Isaiah Berlin
Su vida

Michael Ignatieff



TAURUS

Nacido en Toronto en 1947, Michael Ignatieff es escritor, historiador y periodista. Doctor en Historia por la Universidad de Harvard, ha sido *fellow* del King's College de Cambridge, del St. Antony's College de Oxford y de la École des Hautes Études de París. Reside desde 1984 en Londres donde ha presentado varios prestigiosos programas de televisión y escrito guiones de películas, obras de teatro y series de televisión. Michael Ignatieff combina el rigor académico con un brillante estilo literario y tiene, a su vez, una gran capacidad de comunicar que le viene de su larga experiencia en la televisión. Ha publicado varias obras, entre las cuales destacan: *A Just Measure of Pain, The Needs of Strangers, The Russian Album* (galardonado con el Governor General's Award), *Blood and Belonging* (premios Lionel Gelber y Gordon Montador) y *El honor del guerrero* (Taurus).

MICHAEL IGNATIEFF

ISAIAH BERLIN

SU VIDA

Traducción de Eva Rodríguez Halffter

TAURUS

PENSAMIENTO

Título original: *Isaiah Berlin: A Life*
© 1998, Michael Ignatieff
© De esta edición:
Grupo Santillana de Ediciones, S. A., 1999
Torrelaguna, 60. 28043 Madrid
Teléfono 91 744 90 60
Telefax 91 744 92 24

• Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S. A.
Beazley, 3860. 1437 Buenos Aires
• Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S. A. de C. V.
Avda. Universidad, 767, Col. del Valle,
México, D.F. C. P. 03100
• Distribuidora y Editora Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S. A.
Calle 80, n.º 10-23
Teléfono: 635 12 00
Santafé de Bogotá, Colombia

Diseño de cubierta: Pep Carrió y Sonia Sánchez
Fotografía de cubierta: Steve Pyke
ISBN: 84-306-0356-5
Dep. Legal: M-18.636-1999
Printed in Spain - Impreso en España

Todos los derechos reservados.
Esta publicación no puede ser
reproducida, ni en todo ni en parte,
ni registrada en o transmitida por,
un sistema de recuperación
de información, en ninguna forma
ni por ningún medio, sea mecánico,
fotoquímico, electrónico, magnético,
electroóptico, por fotocopia,
o cualquier otro, sin el permiso previo
por escrito de la editorial.

ÍNDICE



Para S. Z.



1. ALBANY

El Albany está situado detrás de un pequeño patio de carruajes cercano a Piccadilly, frente a la librería Hatchards y los almacenes Fortnum & Mason's. Esta institución se fundó en el siglo XVIII como residencia para caballeros con propiedades en el campo que buscaban un *pied-à-terre* en la ciudad. En el alargado vestíbulo que conduce hacia el jardín hay un busto de Byron, que vivió allí en 1816, y placas dedicadas a otros ilustres victorianos, lord Melbourne, lord chancellor Eldon y el vizconde de Palmerston. Todas las instituciones masculinas inglesas —las escuelas privadas, los colegios de Oxford y Cambridge, los clubs londinenses, los *Inns of Court*— tienen un parecido familiar, y el Albany pertenece a esa familia. El corredor es de techos altos, frío y austero; en el suelo relucen las baldosas de mosaico y en la parte alta de las paredes hay paneles bruñidos donde se enumeran los secretarios de la junta directiva sin interrupción desde 1799.

Sus habitaciones están en el extremo de una pasarela de madera cubierta que se extiende a lo largo de todo el jardín. Enmarcados por ventanas de guillotina, entre cortinas, se ven señores que toman el té en sus salas de estar. Toda la vida de este hombre ha transcurrido en lugares como éste, en esos jardines vallados y habitaciones de ventanales altos que acompañan al privilegio institucional inglés.

Me abre la puerta en persona y se deja besar, al modo ruso, una vez en cada mejilla y otra para que no falte. Es una

declaración de nuestra común ascendencia rusa, comienzo y final formalizado de todas nuestras entrevistas. Lleva siempre el mismo traje sobrio, de color oscuro, con chaleco abotonado y pantalón con vuelta. El corte es conservador, el estambre de la mejor calidad. Sus zapatos negros de cordones están bien lustrados y rayados con diminutas grietas por el uso. Suele llevar una corbata en particular, con un dibujo que repite el primer sello inglés, el Penny Black. Del bolsillo de su chaleco pende una cadena con una lupa de nácar en forma de impertinentes que él monta sobre sus gafas para leer letra pequeña.

Me conduce a una habitación confortable con vistas a la pasarela del jardín y una excelente serie de grabados franceses del XVIII en la pared. Sobre la repisa de la chimenea hay un sinfín de invitaciones con membrete en relieve. Lentamente, se acomoda en la butaca blanca y gastada que hay junto al fuego. Tiene el teléfono al lado del codo y suena a menudo. Cuando esto ocurre se produce siempre la misma secuencia de gestos: murmura, "Encantado, encantado, permítame cerciorarme", sujeta el auricular entre el cuello y el hombro, extrae su agenda del bolsillo del chaleco, se coloca las gafas por encima de las cejas y los impertinentes sobre el caballete de la nariz, pasa las páginas de la agenda, reflexiona y después dice: "El miércoles a las 3", escribe rápidamente, devuelve la agenda al bolsillo, cuelga el teléfono, parpadea y pregunta: "Y bien, ¿dónde estábamos?". Su red de relaciones sociales se extiende desde Jerusalén hasta Washington, desde su generación a la mía, en una retícula que abarca el mundo académico, el editorial, la política y las artes, y actualmente dedica una buena parte de su vida a mantenerse al tanto de sus intrigas, sus dramas, sus peleas y reconciliaciones.

Ante él, en una mesa baja, hay una serie de botes que contienen almendras saladas y un tipo de pan crujiente finlandés que siempre lleva en los bolsillos del traje cuando asiste a una cena. En la estantería más próxima a su asiento se alza un zigurat de chocolatinas. Es un mordisqueador inveterado que saborea almendras y pedazos de chocolate mientras habla y

se inclina hacia adelante en su asiento para hacer incursiones en las latas con la mano derecha. El brazo izquierdo suele dejarlo pegado al cuerpo.

Junto a los botes hay algún libro de publicación reciente, muchas veces de algún ex alumno ("Ya no leo nada", suspira) y un voluminoso manuscrito suyo, revisado por su editor Henry Hardy y a la espera de su reacción ("No soporto leerme *a mí mismo,* no digamos ya a los demás"). Pero todas las mañanas examina ávidamente *The Times.* Hay rostros que le miran desde las páginas necrológicas: un letrado de la Cámara de los Lores, un profesor de Física, y en una ocasión una mujer a la que había amado [1]. Detuvo la mirada sobre su cara: "Rabiosamente falsa, así era. Pero deseable en grado sumo". Sacude suavemente la cabeza. "A mi edad parece que lo único que hago es asistir a funerales". En tono humorístico, le cuento que en París dicen: "*Mais Berlin est mort, n'est-ce pas?*". "Quizá lo esté", dice con una sonrisa leve.

En sus fotografías de los años treinta —paseando por los jardines de Magdalen Gardens, o de pie, bajo un rayo de sol oblicuo en el patio de All Souls— es una figura rellena, de hombros estrechos, con traje de tres piezas, cabello negro rizado y ojos oscuros tras unas gafas de cristales gruesos, con la mano derecha cubriendo el codo del brazo izquierdo. Vuelve a medias la cara a la cámara o adopta una pose de gravedad burlona. Sus amigos más antiguos dicen que ha cambiado poco. "Un bebé elefante, siempre el mismo bebé elefante", me dijo Stephen Spender [2]. En sus primeras fotos, hechas por un fotógrafo de sociedad de Riga en 1910, ya con un año llaman la atención sus ojos: grandes, oscuros, pícaros, inteligentes, divertidos. Berlin ha mantenido las certidumbres con las que inició su vida, como único hijo adorado de una próspera familia de comerciantes judíos. Esos mismos ojos siguen mirando al mundo ochenta y siete años después.

Su voz es asombrosamente rápida y, para los no iniciados, casi incomprensible. Joseph Brodsky dijo en una ocasión que hablaba inglés igual que ruso, sólo que más deprisa, "aspira a la velocidad de la luz" [3]. Berlin parece borbotear y vibrar como

un samovar en ebullición. Virginia Woolf, que le conoció en una cena de New College en noviembre de 1933, dijo que parecía un judío portugués de tez morena y hablaba con la vivacidad y el aplomo de un joven Maynard Keynes [4]. La genealogía de sus manierismos vocales es la historia de cómo fueron asentándose en su voz todas las capas de su identidad. En las primeras grabaciones de sus conferencias, la voz es una imitación rusa de la dicción ahogada de clase alta de Oxford, de labios apretados y sonidos vocálicos acortados, tomada inconscientemente del ideal masculino de los años treinta, su amigo y rival de toda la vida, Maurice Bowra. Algunos de sus antiguos amigos, como George Weidenfeld, también perciben algo de David Cecil en el farfullar melódico, el ritmo atropellado. Es irónico que la voz que dos generaciones de radioyentes británicos creyeron era la de un intelectual oxoniense fuera en realidad la imitación inconsciente que hacía un judío de Riga de sus coetáneos ingleses. Con el tiempo dejó de ser una imitación para convertirse en el hombre mismo. Ahora, en el último cuarto de su vida, se ha producido una recidiva rusa; se han reafirmado antiguas sonoridades eslavas y judías y su habla ha pasado de veloz farfulla a murmullo confidencial.

Esa voz es la desesperación de mecanógrafos y estenógrafos: no parece haber por dónde atraparla, ni pausas, ni párrafos, ni puntos. Sin embargo, con el tiempo se aprende que ese murmullo tiene una precisión arcana que le es propia. Siempre hay oraciones; siempre hay párrafos. Incluso si las frases subordinadas abren un paréntesis que parece no acabar nunca, al fin se cierra, formando un pensamiento terminado. Cada oración lleva la claridad en su columna vertebral con matizaciones enroscadas en torno a ella. El orden es melódico, intuitivo y asociativo más que lógico. El estilo de su habla, veloz y con saltos hacia adelante, es su estilo de pensar: esboza una proposición y prevé las objeciones y observaciones mientras habla, de tal modo que tanto proposición como observación se entrelazan en una misma oración simultáneamente. Puesto que dicta toda su obra escrita, su forma de

escribir y su forma de hablar son idénticas: ornamentadas, complejas, anticuadas, pero incisivas y claras. A juzgar por sus redacciones escolares, ya escribía y hablaba así cuando tenía once años.

Las inteligencias con poca capacidad expresiva tienen que debatirse con el vacío que separa la palabra y el pensamiento; en él, palabra y pensamiento se espolean mutuamente de manera imparable. Él recela de su propia facilidad y cree que la inteligencia poco verbal puede ser más profunda y más auténtica, pero esa facilidad es uno de los secretos de su serenidad. Las palabras acuden a su llamada y se componen en frases y párrafos con la misma velocidad con que puede invocarlas. Desde el romanticismo, la vida del espíritu ha estado asociada a soledad, angustia y división interior. En el caso de Berlin, ha sido sinónimo de ingenio, ironía y placer.

Para disfrutar con el acto de pensar, como le ocurre a él, hay que ser rápido, pero también hay que ser sociable. Detesta pensar solo y lo considera una monstruosidad. En él, pensar es indistinguible de hablar, de hacer saltar chispas, de bromear, esquivar, jugar. Su charla es famosa no sólo porque es rápida y aguda, sino también porque implica que el pensamiento es una salida acompañada hacia lo desconocido. Lo que la gente recuerda de su conversación no es lo que ha dicho —no es ocurrente y no hay epigramas que acompañen siempre su nombre— sino la experiencia de haber sido introducido en el salón de su mente. Es por esto que su conversación no es nunca una actuación; no es su forma de montar una exhibición, es su modo de estar en compañía.

Te dice que es “intolerablemente feo”. Ciertamente, su cara es más noble que bien parecida, pero la edad le ha adelgazado, le ha encanecido el pelo ya ralo de la cabeza, haciendo más visibles las cejas, la nariz expresiva y las líneas fuertes de los pómulos y el mentón. Cuando no está frunciendo los labios para torcer el gesto o adoptar una expresión burlona de desaprobación, éstos tienen un contorno fino y lleno. Parece como si hubiera estado siempre destinado a tener su aspecto actual, como si toda su vida le hubiera llevado hacia esta

apariencia de sabiduría rabínica. Pero es un hecho irónico, dado que es por convicción y temperamento lo menos rabínico que puede ser un viejo judío.

Envejecer ha sido hasta el momento una pendiente suave, pero se está haciendo más empinada. Tiene la inclinación de hombros estrechos de un hombre viejo. El oído ya no es tan bueno como solía ser: tiene dificultad para seguir el flujo y reflujo de la conversación en torno a la mesa alargada, cubierta de paño verde, donde se reúnen los *fellows* para las elecciones de All Souls; y las cenas con mucha gente son un tormento; pero los conciertos le proporcionan a él y a su mujer, Aline, tanto deleite como siempre. Cada concierto está inventariado en su cabeza en una serie retrospectiva que se remonta hasta el Salzburgo de los años treinta, el Queen's Hall, hasta auditorios hace tiempo demolidos e intérpretes —Kempf, Schnabel, Solomon, Lipatti— hace tiempo desaparecidos.

Ser célebre por la agudeza de su ingenio significa que sus amigos le observan —y él se observa también— para detectar cualquier signo de decadencia. Por lo que a él hace, esa decadencia ocurre a diario. "No recuerdo nada", dice, y a continuación, simplemente para confundir a sus propios temores, empieza a traer a la memoria ("Espere, espere, ya me viene") el nombre de un director de orquesta en un programa del Festival de Salzburgo de agosto de 1932. Su memoria es extraña, tan increíblemente afinada que apenas parece humana, y con un dominio tan dúctil de su pasado que produce la impresión de haber acumulado todo y no haber perdido nada.

Declara siempre que no se encuentra interesante en modo alguno. Esto es artero y falso, porque muchas de sus mejores anécdotas son sobre sí mismo, pero es cierto que parece una persona contenida más que ensimismada. Escucha a otros seres humanos y parece oír lo que le dicen, aunque es una forma curiosa y no especialmente afectuosa de escuchar, más como una pausa en su propia charla. Hay amigos activistas que le critican a menudo estar más interesado en la experiencia interior que en el compromiso público. Pero así es

este hombre: más curioso sobre las variedades del autoengaño humano que sobre la *realpolitik*.

Su única forma perceptible de narcisismo es su hipocondría. Le gusta estar levemente, curablemente enfermo. Le encantan los médicos, los regímenes, las clínicas; se mete en la cama a la menor provocación. Sus alumnos le recuerdan dirigiendo sesiones de tutoría desde la cama, con un montón de libros, papeles, tazas de té y galletas esparcidos sobre la colcha. En la mesilla junto a la cama turca en la que duerme ahora, en la habitación contigua a la de su mujer, hay un batallón de frascos, ungüentos, cajas, vasos de agua. Te dirá que no termina de estar bien, pero la verdad es que ha gozado de una casi total dispensa de los males de la carne. Su buena fortuna, a éste y prácticamente cualquier otro respecto, es exasperante. En la medida en que la suerte es una verdadera categoría en la configuración de la vida, es uno de los hombres con más suerte en la vida.

La idea de escribir sus memorias le llena de consternación. "Nunca", dice, y después se estremece con cómica firmeza. Además, teme a su propia franqueza y no quiere que quede en letra impresa. Pero si no va a ser él quien escriba su vida, ¿quién podría, dicen sus amigos, captar algo de su palabra antes de que se pierda? Así fue como comenzó este libro en septiembre de 1987. Yo no era antiguo alumno suyo ni hijo postizo: Berlin parece haber nacido sin instinto paternal. Yo simplemente estaba allí, en un principio, para entrevistarle. Grabé su charla, hora tras hora, como un criado que lleva los cántaros a la fuente. Cuando accedió a la biografía, después que hubiéramos trabajado juntos durante varios años, fue decisión suya que se publicara póstumamente, y que él no leyera una sola palabra de la misma. "*Après moi, le déluge*", dijo.

Las tardes en el Albany se continuaron durante un decenio. Bajo el suave y constante murmullo de su voz, la máquina grabadora colocada sobre la mesa baja también captó el leve entrechocar de las almendras dentro de las latas y registró las campanadas del reloj francés de la repisa de la chime-

nea al dar las horas. Una pregunta mía le daba pábulo para hablar una hora mientras divagaba de aquí para allá, contando y recontando viejas historias, recorriendo décadas enteras, dejando atrás rostros famosos, deteniéndose en personas oscuras por el simple placer de demostrarse a sí mismo que no habían sido olvidadas. Su ambición era envolver toda su experiencia —literalmente hasta la última carta y el último billete de autobús, el último chiste o comentario recordados— en un relato terso y sobrio que, una vez elaborado, pulido y rematado, descansara en el laberíntico archivo de su mente, a resguardo de los estragos del tiempo. Era una exhibición virtuosista de una gran inteligencia batallando con la decadencia.

Oí las mismas historias muchas veces, como si esta repetición le demostrara a él mismo que había adquirido dominio de su vida, había penetrado hasta sus rincones más oscuros y roto sus silencios. Se hizo evidente el porqué de que nunca escribiera su autobiografía: sus historias ya lo habían hecho. Éstas salvaron a un tiempo el pasado y a él mismo de la introspección.

Su franqueza sobre su pasado, como su franqueza sobre sus dolencias, era muy rusa. Me lo contó todo, pero no hasta que no hube aprendido a hacer bien las preguntas. Me leyó sus cartas, y resultaron ser tan espontáneas como su charla. Era pródigo con las palabras y con el tiempo. Exponía su distinción entre dos conceptos de libertad ante un estudiante de Oregón totalmente desconocido con el mismo entusiasmo que dedicaba a compartir cotilleos con Arthur Schlesinger Jr. En ese flujo incesante de facilidad verbal parecía como si verdaderamente creyera que podía adoptar un tono personal prácticamente con cualquiera.

Era franco respecto al sexo; algo más que franco respecto a sus amigos; franco respecto a sus defectos. Le gustaba decir que su éxito —sus cátedras, su título de sir, la Orden del Mérito— dependía de un sistemática sobreestimación de su capacidad. "Y que sea por muchos años", añadía siempre.

La autodenigración le era connatural, pero era también un golpe preventivo contra la crítica. "Soy un taxi intelectual; la gente me para y me pide un destino y allá que vamos", era

toda la explicación que daba cuando le insistían en que hablara sobre su trayectoria intelectual. Pero era falso. Muchos de sus ensayos habían sido resultado de la casualidad o las circunstancias, pero sólo aceptaba aquellos encargos que se acoplaban a su propio itinerario. Itinerario hubo sin duda y, una vez lo hubo cubierto, el resultado fue un *corpus* de trabajo único y coherente. Utilizando la distinción que él hizo célebre, la variedad de su obra puede hacerle parecer un zorro que sabe muchas cosas, pero en realidad era un erizo, que sabía una sola cosa grande. Uno de los propósitos de este libro es elucidar cuál era esa única cosa grande.

Para saber una cosa grande tuvo que entenderse con las diversas hebras que había en él: tomó tres identidades en conflicto, rusa, judía e inglesa, y las trenzó en un personaje en paz consigo mismo. Pudo haber suprimido cualquier elemento de lo él que era. En la precariedad del exilio, muchos sobreviven, en efecto, suprimiendo alguna parte de lo que son. Pero él no suprimió nada, quiso responder a todas sus exigencias interiores, y al hacerlo forjó un temperamento liberal que acaso constituya un legado tan importante como su obra.

Se dice con frecuencia que su ecuanimidad, junto a su liberalismo, son producto de una situación de privilegio. Ha tenido, efectivamente, una vida afortunada y privilegiada —padres que le adoraban, un exilio que no le dejó cicatrices, la elección para All Souls a los veintitrés años, un matrimonio con una mujer de talento, rica, que le apoyó siempre—; todo esto le ha permitido dar expresión a lo que con frecuencia se frustra en otros. Pero él le dio encarnadura donde otros podrían haber desperdiciado esas ventajas. Hay en su temperamento alguna fuente impalpable de salud y bienestar. Se encuentra bien dentro de su piel, cómodo en el mundo, tranquilo incluso ante la perspectiva ahora más cercana de su propia muerte. Esta serenidad distante, incluso fría, se me antoja misteriosa, inabordable, inalcanzable; y en todas nuestras tardes juntos es esto lo que más he deseado entender. Ser intelectual equivale muchas veces a ser infeliz: su felicidad es un logro que merece la búsqueda de una explicación.

"¿Desearía poder vivir para siempre?", me preguntó en una ocasión. Su madre vivió hasta los noventa y cuatro años. Le respondí que la idea me llenaba de horror. Me escuchó, y entonces dijo: "Todos mis amigos dicen lo mismo. Pero yo no. Yo quisiera que esto continuara indefinidamente. ¿Por qué no?". Albert Einstein le vio en una ocasión y comentó después que parecía "una especie de espectador del teatro de Dios, que es grande pero en su mayoría no excesivamente atractivo" [5]. Él nunca se ha cansado del teatro de la vida y se imagina a sí mismo contemplando por siempre su escenario iluminado.

Al final de nuestras tardes era frecuente que me acompañara a la calle. Le ayudo a ponerse el abrigo, mientras introduce primero el brazo izquierdo lisiado y después se coloca el abrigo sobre el derecho con un golpe de hombros. Se encaja un sombrero *fedora* marrón en la cabeza, coge el paraguas bajo el brazo derecho y camina delante hacia la salida a la luz chillona y el ruido de Piccadilly. Camina despacio sobre la parte posterior de los talones abriendo los pies hacia fuera, con precisión, muy derecho, volviendo la cabeza hacia un lado y otro para no perder un solo detalle de la escena que está desarrollándose. "Mire", dice refiriéndose a una amazona de cabello deslumbrante con una mochila a la espalda, que nos deja atrás con grandes pasos. "Debe ser noruega. Es aterradoramente rubia". Se detiene e inspecciona los artículos para lluvia de la tienda de caballeros Cordings, mirando con fijeza unos pantalones de golf de pana gorda en amarillo y verde, y otras prendas propias de residentes rurales acomodados, con benévola curiosidad. Pasa ante la entrada del Hotel Meridien y estudia a un hombre de negocios norteamericano, cuyo rostro, por lo demás muy de fines del siglo XX y carente de expresión, muestra un bigote castaño muy trabajado, que sobresale de sus mejillas. Cuando el hombre ya no puede oírnos, Isaiah se cubre la boca con la mano con un aspaviento de aparte teatral. "Un bigote asombroso", dice, y añade, como para sí mismo, "la vida es inagotable".

En Piccadilly Circus nos separamos, él hacia el Club Athenaeum en Pall Mall, para tomar el té con un especialista en

Rusia que desea que le hable de su noche con Anna Ajmátova. Frente al puesto que vende revistas pornográficas, cascos de plástico de la policía londinense y montones del *Evening Standard,* le abrazo; él se retira, hace una inclinación irónica, se da la vuelta con brío y se va, sorteando dos taxis, apuntando el paraguas entre lo más denso del tráfico para forzarles a detenerse, silbando para sí sin sonido.



2. Riga, 1909-1915

Su recuerdo de su ciudad natal estaba enmarcado por dos esfinges que hacían guardia a la entrada de su casa de Albertstrasse, unas figuras sedentes de escayola con zarpas, pechos y tocado faraónico. Ahí siguen, musgosas de humedad y desconchadas por el tiempo, guardando la entrada del bloque de viviendas de estilo *art nouveau* donde nació Isaiah, en el cuarto piso, el 6 de junio de 1909 [1]; en la cama de sus padres muy probablemente, con la presencia de un médico alemán y una enfermera, mientras, fuera, su padre paseaba de un lado a otro sobre el suelo de madera y se filtraba bajo la puerta el olor a cloroformo.

Puede que sólo sobreviviera gracias a la suerte. Al cabo de muchas horas de parto, el médico alemán que asistía —"¿Quiere el nombre? Era Hach"— colocó unos fórceps en el brazo izquierdo del pequeño y tiró tan violentamente para sacarle al mundo que todos los ligamentos quedaron permanentemente dañados.

Isaiah no era el primogénito. Su madre había dado a luz una niña muerta en 1907 y le habían dicho que nunca podría tener más hijos. Sus padres recibieron su llegada con el asombro que se reserva para un milagro. Todos estos hechos —la hermana que nació muerta, el largamente anhelado cumplimiento de los deseos de sus padres, la lesión de nacimiento, el hijo único— son de vital importancia, aunque no es fácil interpretar su significado. Él, por su parte, nunca quiso

interpretarlos de ninguna manera. Pero hay un relato bíblico que podría verse como una fábula oblicua sobre sus orígenes. Es la historia de Ana, la mujer yerma que va al templo para rogar por un hijo, y está tan angustiada que el sacerdote la toma por loca: "Ella, la amargura en el alma, púsose a orar ante Yahveh, llorando copiosamente". En su desesperación, Ana promete que si el Señor el concede un hijo, lo encomendaría a Su servicio. Su fe —su deseo primitivo, intenso, de un hijo— fue recompensada con el tiempo. Ella y su marido Elí tuvieron un niño que al hacerse mayor fue el profeta Samuel [2]. A la madre de Isaiah, Mussa Marie Berlin, le conmovían intensamente estos versos, así como la promesa de esperanza que contenían, porque hablaban directamente a su propia desesperación: por haber perdido un hijo, porque le dijeron que nunca volvería a dar a luz. Tenía la edad relativamente avanzada de veintinueve años cuando fue salvada. No es difícil ver por qué, cuando quiera que el propio Berlin trajera a colación la desesperada fe de Ana, se le llenaban los ojos de lágrimas.

Las lágrimas le brotaban con facilidad a Berlin cuando miraba una película o citaba el Discurso de Gettysburg, pero con todo, prestaba gran atención a su propia verdad emocional. En cuanto al recuerdo de su madre, sentía una especie de sobrecogimiento ante la fuerza de su carácter, mezclado con irritación por la recia energía de su cariño absorbente. Respecto a Riga sentía algo parecido a la indiferencia; quizá fuera demasiado lejana o demasiado letona. Había en él escasa nostalgia y, pese a vivir en el exilio, ningún sentimiento evidente de pérdida. Rememoraba a voluntad las rimas infantiles y las canciones populares de su infancia y las cantaba alegremente con un susurro musical. Pero no había gran cosa que pareciera lamentar. El pasado no le imponía cargas dolorosas.

Los primeros seis años de su vida pasaron en el piso de Albertstrasse. Su institutriz letona le sacaba a la calle con un arnés de cinta, entre las esfinges y calle abajo hasta un jardín público, llamado con grandilocuencia la Explanada, donde

había veteranos de la guerra de Crimea a tomar el sol y revivir Inkerman y Sebastopol. Riga era entonces capital de Livonia, una provincia del imperio zarista. La presencia imperial rusa consistía en una guarnición, un destacamento de caballería, una catedral ortodoxa de construcción reciente y una pequeña administración de empleados de oficina y copistas presidida por un gobernador con bastón, séquito y carruaje. Los rusos habían hecho pocas cosas que alteraran la antigua identidad de Riga como ciudad comercial hanseática, siendo el alemán la lengua de la cultura y el comercio. Había una Bolsa, en buena medida controlada por los comerciantes de habla alemana, y un *Deutsche Oper* de estilo corintio. El joven Wagner había sido *chef d'orchestre* de Riga en la década de 1850 y Bruno Walter había iniciado allí su carrera de director en 1900. El ruso era el idioma utilizado por los funcionarios pero el número de rusos que vivía en la ciudad era pequeño, y las lenguas que se habrían oído por las calles, además de alemán, habrían sido letón y yídish.

En la cumbre de la pirámide social de la Riga zarista estaban los barones bálticos, alemanes ruso-hablantes —los Korff y Benckendorf, Keyserling y Budberg—, dinastías familiares construidas en el servicio a Pedro el Grande y sus sucesores. Ellos eran propietarios de las grandes fincas de la región y de las magníficas residencias urbanas. Después venían los financieros alemanes de la Bolsa y los comerciantes extranjeros en madera. A continuación estaban los empresarios judíos y las clases profesionales judías; por debajo de ellos estaban los artesanos judíos que vivían en el gueto del Dvina Rojo. Al pie de la pirámide estaban los letones, gentes recientemente urbanizadas con una cultura campesina. Ellos representaban la mayoría, pero no tenían derecho al voto en su propia tierra. En Riga eran criados domésticos, trabajadores y niñeras.

Albertstrasse estaba en la parte nueva de Riga, separada por el río de las calles adoquinadas de la antigua ciudad hanseática, en una urbanización de bloques de viviendas *art nouveau* de corte parisino. El padre de Sergei Einsenstein —un judío converso de Riga— era el arquitecto de algunos de aque-

llos edificios, y el propio Eisenstein pasó sus primeros años en Riga [3]. En estos distritos nuevos había escuelas judías pero no eran barrios especialmente, o exclusivamente, judíos.

Riga quedaba fuera de la llamada Empalizada de Asentimiento, el área de las provincias occidentales y polacas del imperio ruso a la que habían quedado confinados por ley los judíos desde de las particiones de Polonia a fines del siglo XVIII [4]. Mientras no crearan problemas, los judíos de Riga estaban exentos de las humillantes restricciones del Gobierno zarista: las leyes que les prohibían tener tierras, la práctica de ciertos oficios, cambiar sus nombres por nombres cristianos; las leyes que les impedían el acceso al Gymnasium y a las universidades [5].

Incluso cuando salían de Riga, ninguna de las limitaciones del estatuto de Asentamiento eran aplicables a la familia Berlin. El padre de Isaiah era Comerciante del Primer Gremio, una pequeña élite a la que el imperio había otorgado ciudadanía de honor y que estaba exenta de las leyes aplicables a los judíos de menor categoría. Podían viajar libremente y comerciar por todo el imperio. Aunque los aserraderos y almacenes de madera de la empresa de Mendel Berlin estaban situados en el gueto judío y empleaban a obreros judíos, para el niño nacido en el edificio de las dos esfinges el gueto fue siempre *terra incognita.*

Entre los papeles de Berlin hay un manuscrito de ochenta y seis páginas, escrito en letra de trazos alargados e inseguros en el duplicado de un libro de contabilidad, fechado en marzo de 1946 [6]. Es la petición del padre a su hijo de que renueve el vínculo con el pasado de la familia en Riga, con los Berlin, los Volschonok y Schneerson, con los rabinos, los estudiosos y los príncipes del comercio de la Rusia judía. Pregunté a Isaiah si tenía conocimiento de esta memoria de su padre; no tenía el menor recuerdo de ella.

En las fotografías, Mendel Berlin aparece como un hombre pequeño, relleno y atildado, con traje de tres piezas de buen corte, un bigote muy recortado y el pelo ya ralo. En los recuerdos de su hijo se perfila como un hombre dulce, inteli-

gente y tímido gobernado por una mujer emotiva y dominante; un hombre de negocios que trataba en maderas de Riga antes de la revolución y en cerdas porcinas después. Los amores de su vida no eran el Talmud ni los Salmos, sino su esposa, su brillante hijo, la comedia ligera francesa y las operetas de Franz Lehár.

Pese a que esto puede sugerir que Mendel era un empresario europeo asimilado que por un casual era judío, la mencionada memoria dibujaba un panorama distinto. Ésta evocaba la devoción y los anhelos de la ciudad de Vitebsk en la Polonia zarista, incluida en el área de Confinamiento, donde había nacido en 1883. Contaba él que su abuelo —un rabino distraído y místico— solía dedicar todas sus horas de vigilia al estudio de los libros sagrados. Mendel recordaba que, cuando volvía caminando de la escuela hebrea ya de noche, daba un rodeo en torno a las iglesias católicas polacas para que sus ropas no rozaran sus muros accidentalmente. Recordaba también las lecciones soporíferas de la escuela hebrea; el escozor de los correctivos del rabino cuando olvidaba el alfabeto hebreo; el largo caftán de seda negra y el casquete bordado que llevaba en la sinagoga; el lúgubre toque del cuerno de carnero. Todo aquello acercaba el mundo judío tradicional a los primeros años de Mendel más de lo que su hijo me había inducido a pensar.

A instancias mías, Isaiah leyó la memoria de su padre. Todo ello muy poco fiable, dijo con seriedad, como si estuviera calificando un trabajo deficiente de un alumno. "Pura vuelta sentimental a las raíces", insistió. "Se creó todo ese sentimiento judío en la vejez". En 1946, cuando Mendel compuso dicha memoria, tenía sesenta y tres años, y estaba a punto de finalizar su vida profesional; llevaba veinticinco años viviendo en el exilio de Londres; la conquista soviética de Letonia había significado que nunca volviera a ver Riga; el Holocausto había convertido en polvo su pasado. No era de extrañar que las raíces que había echado en Inglaterra le parecieran repentinamente insustanciales y que hubiera hecho un intento de salvar todo lo posible de sus lealtades más hondas.

Su hijo no estaba dispuesto a admitir esto. "Se había disociado del todo. Estaba totalmente emancipado, no comía *kosher,* nunca iba a la sinagoga". Cuando apunté que su padre le reñía suavemente en su memoria por no conocer el Talmud, Isaiah cortó en seco: "Tampoco él lo conocía".

Es posible que el judaísmo constituya un elemento central en Berlin, pero él quiso ser judío a su manera y le dolía que su padre hubiera querido definir su judaísmo. En el momento del nacimiento de su hijo, los Berlin habían ascendido a un mundo muy alejado de la religiosidad de Vitebsk. La distancia era tanto lingüística como social. En su infancia, el padre de Berlin había hablado yídish, pero nunca lo utilizó con su hijo. En Albertstrasse, el primer idioma era el ruso, el segundo el alemán.

El historiador Lewis Namier comparó en una ocasión a los judíos de Europa oriental con un bloque de hielo, que empezó a derretirse cuando los rayos de la Ilustración europea comenzaron a brillar sobre él. Al ir deshaciéndose el bloque, la corriente de la vida judía —sionista, *bundista,* laica y religiosa— fluyó hacia el río de la cultura burguesa [7]. Los Berlin, los Volschonok y Schneerson de Riga fueron arrastrados por estas corrientes de asimilación judía.

La madre era una Volschonok y se crió en una familia practicante del gueto de Riga, pero ni siquiera su padre ortodoxo consiguió impedir que recibiera una educación europea y abrigara anhelos europeos de aprender canto; anhelos que, no habiendo sido satisfechos, derramó en su hijo. El padre de Berlin pudo haber recibido una educación tradicional judía en las escuelas hebreas de Vitebsk, pero siendo adolescente se trasladó a Riga, entró en el Gymnasium y adquirió la educación alemana laica de su época. Después fue introducido en el negocio de maderas de su tío abuelo, donde los idiomas comerciales eran el alemán y el ruso. Pronto empezó a viajar a París, Londres y Berlín.

Isaiah insistía en que para ser seglar y escéptico, como él era, no hacía falta romper con el pasado familiar. Aun así, consideremos estos detalles de la memoria escrita por su pa-

dre: en 1904, viajando en un tren nocturno de París a Menton, Mendel y su tío se pusieron los chales de rezo y cumplieron el rito mientras dormían los gentiles. O este otro: una vez al año, Mendel Berlin iba hasta Lubavich, una aldea de la *gubernia* de Smolensk en la Rusia occidental, para consultar a un rabino sobre asuntos de negocios y solicitar su bendición. Parece extraño: una figura bien trajeada haciendo cola en una sinagoga rural junto a pobres lugareños necesitados de consuelo y consejo.

El oráculo en cuestión no era un rabino común [8]. Era la cabeza de una de las sectas más importantes de los judíos hasídicos de Europa oriental, conocidos con el nombre de los *lubavich* por la pequeña ciudad *shtetl* de Polonia oriental donde se había establecido el líder religioso de esta secta. Creada en la década de 1780 por el rabino Schneur Zalman Schneerson, los *lubavicher* era una de las sectas hasídicas más místicas y devotas. Los *hassidim* buscaban la restauración de una fe antigua e institucionalizada a través del canto, el baile y otras formas de comunión directa y gozosa con Dios. En la ortodoxia judía tradicional había una feroz oposición a los *lubavicher* y otros hasídicos por su énfasis en la relación personal con Dios y con el prójimo en lugar de las complejidades de la ley judía, y por el extraordinario poder y grandeza atribuidos a sus líderes.

La bisabuela adoptiva paterna de Isaiah era una Schneerson, descendiente directa del fundador de la secta. Desde su nacimiento, por tanto, Isaiah había pertenecido a la familia real hasídica. En el peregrinaje anual a Lubavich, los Berlin habrían sido recibidos con honores. En su memoria, Mendel Berlin se enorgullecía claramente de estos antepasados hasídicos. El hijo era más escéptico. Los orígenes, dijo siempre, son un hecho, y punto, pero no es nada de lo que poder enorgullecerse. Hacerlo significaba ceder al dudoso determinismo de la sangre. Mendel solía atribuir la buena memoria y los logros intelectuales de su hijo a sus antepasados rabínicos. Berlin creía que eso era un absurdo. En cuanto a los modernos *hassidim luvabich* —con sus levitas tres cuartos, som-

breros de ala ancha, barbas y bucles— les consideraba fanáticos alarmantes. Cualquier mención de los miembros de esta secta —enzarzados en conflictos violentos con la población negra de Brooklyn, o prestando su apoyo a la lucha intransigente contra los palestinos por el valle de Hebrón— le endurecía el gesto en una expresión inusual y desacostumbrada de desagrado. Y, sin embargo, el rabino Schneerson, líder religioso de aquéllos, era primo suyo.

Sus padres le dieron su nombre, Isaiah, como signo de respeto hacia su bisabuelo adoptivo. Este hombre, un magno príncipe del comercio y miembro de la secta *lubavich,* había nacido en Vitebsk pero se trasladó a Riga en su juventud para escapar de las restricciones que imponía la Empalizada de Asentamiento a las empresas judías. Contrajo matrimonio con Chayetta Schneerson, una de las hijas de Zemach Zadek, a la sazón dirigente de los *lubavicher.* El enlazar por vía matrimonial con el linaje real de la secta dio al bisabuelo Isaiah acceso a una formidable red de negocios e información económica. Como cualquier oráculo, el rabino era a un tiempo receptor y proveedor de útiles datos confidenciales. Isaiah Berlin el mayor, o Schaie, como era conocido, era, por tanto, una compleja mezcla de antigua religiosidad y moderna visión capitalista. Se estableció comercialmente suministrando traviesas de ferrocarril y vigas de minería a la industria alemana y rusa. En la década de 1890 poseía 75.000 acres de tierra boscosa en una franja ancha a ambos lados del río Dvina que se extendía hasta las tierras de la Empalizada en torno a Andreapol. En estos bosques, los madereros judíos cortaban los pinos, los amontonaban sobre balsas y los bajaban con pértigas por el Dvina hasta el puerto de Riga, donde los aserraderos de Schaie Berlin en el gueto los convertían en madera para ser enviada a San Petersburgo, Hamburgo y Londres. Hacia finales de siglo, sus serrerías y bosques daban empleo a varios cientos de trabajadores, en su mayoría judíos [9].

Antes de la época de Schaie Berlin, los alemanes bálticos controlaban el comercio de exportación. Por lo general, los

judíos carecían de los idiomas y la cultura necesarios para hacer fortuna en el mercado exterior. Fue este devoto hasídico quien dio el paso decisivo al introducir al padre de Isaiah en la empresa y convertirle en negociador principal con el mercado europeo. Puesto que no tenía hijos propios, al cumplir los quince años se trajo de Vitebsk a Mendel, que era en realidad su sobrino nieto, y le matriculó en el Gymnasium alemán. Cuando Mendel demostró que valía, Schaie le incorporó al negocio, adoptó al padre de Mendel, Dov Behr Zuckerman, como hijo y a Mendel como nieto, y ellos cambiaron su apellido por el de Berlin.

Al comenzar el siglo la empresa maderera de Schaie era tan prominente que le habían nombrado Comerciante del Primer Gremio y otorgado ciudadanía de honor en el imperio ruso con carácter hereditario. Todas las mañanas, el gobernador ruso enviaba un mensajero para interesarse por su salud, y por las tardes el ordenanza de Berlin salía de la serrería para corresponder. El viejo comerciante se levantaba temprano, recorría los aserraderos en coche de dos caballos, visitaba la Bolsa para intercambiar cotilleos con sus colegas gentiles, comía, dormía la siesta en sus apartamentos del piso superior de la fábrica y por la tarde bajaba a su despacho para escribir cartas y contar anécdotas a su *entourage*. Las noches transcurrían en restaurantes y clubs. Pronto fue lo bastante rico para poder permitirse un regio itinerario a través de los balnearios y centros vacacionales de Europa todos los inviernos y primaveras, acompañado por rabinos, carniceros *kosher*, contables, y por Mendel, que contaba entonces poco más de veinte años. En Menton, el anciano comía, bebía y se divertía, tomándose un descanso de su sentido de renuncia. Mendel pasaba el tiempo leyendo literatura rusa prohibida en el imperio —las obras no permitidas de Tolstói y panfletos de los socialdemócratas rusos— mientras la esposa del bisabuelo, Chayetta, languidecía arriba en una enorme sala de estar, cantando suavemente en tono menor.

Schaie pasaba la Pascua judía en Bad Homburg, cenando en el restaurante *kosher* de la localidad y charlando después

de negocios con empresarios gentiles en los cafés y los salones del balneario, en una mezcla de yídish y alemán. Asistía a la sinagoga en Francfort, donde Mendel observó que los judíos eran tan ostentosamente píos que, no queriendo infringir la prohibición de trabajar en el Sabat, contrataban a un gentil para cerrar y abrir sus paraguas a la puerta. De vuelta en Riga, todos los empleados de Schaie tenían que acudir los sábados a su sinagoga privada, y el ordenanza del patrón se presentaba también en Albertrasse para convocar a la familia a sus devociones. Schaie era un paternalista duro de vieja escuela.

Bajo la mirada del anciano, Mendel ascendió hasta la jefatura de la empresa exportadora de Schaie. Empezó también a cortejar a Mussa Marie Volschonok, su prima carnal, hija del estricto hasida Isaac Solomon Volschnokov, también empleado en el negocio maderero de Berlin. Mussa Marie era una mujer diminuta, de cabello oscuro y gordezuela, cuyos rasgos más característicos eran una vitalidad inagotable, una voz agradable para el canto y un temperamento apasionado y poco independiente. Siendo aún adolescente, Mendel empezó a cortejarla, pernoctando en ocasiones en su casa, durmiendo sobre un par de sillas en el salón del piso bajo. Ella rechazó su primera propuesta de matrimonio —para "consternación, horror y también vergüenza" de Mendel—. Cuando, varios meses después, ella cambió de opinión y le aceptó al fin, Mendel tenía la certeza, como confesaba con tristeza en su memoria, "que madre me aceptó sólo después de calcular que al fin y al cabo tenía que casarse y yo no era tan mal candidato". Él sabía que era tímido y no muy agraciado, pero tenía buenas perspectivas —como heredero de Schaie Berlin— y era evidente que adoraba a su prima.

La boda se celebró en Riga el 13 de marzo de 1906. Ella tenía veintiséis años y él veintitrés. Con el matrimonio, un piso nuevo en Albertstrasse y mayores ingresos por su trabajo como agente de seguros de una compañía londinense, Mendel inició el periodo más feliz de su vida. Pero también empezó a sentirse molesto por las tiranías de su abuelo de adop-

ción. El anciano no tenía el menor reparo en hacer acudir a su nieto "por telegrama en mitad de la noche" a algún balneario alemán, simplemente para que le tradujera una carta de negocios. Ahora que Mendel tenía su propia familia, le desagradaba estar a las órdenes de Schaie. Pero su periodo de servidumbre estaba llegando a su fin. El viejo murió a los sesenta y siete años en 1908, dejando a Mendel la empresa, que éste vendió enseguida para comenzar su propia y nueva sociedad comercial en maderas.

Cuando Isaiah nació al año siguiente —y le dieron el nombre del patriarca desaparecido— llegó al mundo en el punto más alto de los destinos familiares. Mendel pasó pronto a la jefatura de la asociación de comerciantes en madera de Riga y aumentó el volumen de su negocio con el mercado maderero de Londres.

El joven Isaiah se crió colmado de atenciones de sus embelesados padres y nunca perdió la afición a ser mimado. Durante toda su vida le encantaron las regresiones en todas sus formas más acogedoras, metiéndose en la cama siempre que podía, preferiblemente en habitaciones pequeñas y caldeadas. Al mismo tiempo, no creía que tuviera, como él decía, "fijación materna". En todo caso, sería él quien dominaba a sus dos progenitores. Algo se advierte del pequeño tirano doméstico en las primeras fotos. La locuacidad de Isaiah, la charla incesante, pudo haberse originado en el hecho de haber sido un hijo único prodigiosamente inteligente y parlanchín, seguro de que nadie —y desde luego ninguna hermana o hermano menor— iba a interrumpir sus monólogos.

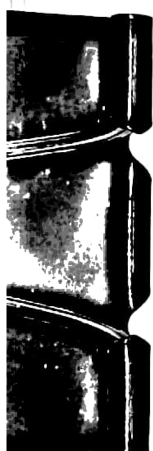
Según su recuerdo, él dominaba el escenario de su entorno. En algún momento de 1912 fue llevado a visitar a Chayetta Berlin, viuda de Schaie, el padre fundador. La habitación era un salón con exceso de calor y en penumbra, inmaculadamente reluciente y triste, en un extremo del cual, sentada en un sillón, había una señora de tez amarillenta, con vestimentas de viuda llenas de volantes al estilo victoriano y un pañuelo en la mano. Los padres de Isaiah le insta-

ron a adelantarse y le rogaron que le besara la mano. Ella era la matriarca del clan y él era el tocayo del marido desaparecido. Pero había algo repugnante en el rostro envejecido y arrugado, en aquella oscuridad, en la carne amarillenta. Isaiah se negó. La vergüenza que sufrieron sus padres fue grande, la victoria del niño completa. Cuando se despidieron, la mano de la matriarca seguía sin haber sido besada. Isaiah no volvió a verla.

Hay otro recuerdo temprano en el que actuaba también de pequeño tirano. En 1912 la hermana de su padre, Evgenia, se casó con Isaac Landoberg, un apuesto aventurero, boxeador en su día, propietario de una galería de arte y hombre de mundo. Isaiah, que tenía tres años, fue llevado a la fiesta de boda vestido con un traje blanco de seda. Toca una orquesta de baile: las parejas giran a su alrededor. A él le suben a una mesa, exhibiéndole ante tías y tíos, le manosean la barbilla, le convierten en un espectáculo. Alguien le coge en brazos; los danzantes dan vueltas en torno a él, la música suena cada vez con más fuerza. Súbitamente, Isaiah prorrumpe a chillar convertido en una furia infantil, *"Ich hasse diese Scheissemusik! Ich hasse diese Scheissemusik!* Dirige una patada hacia la música de mierda y el mundo adulto cesa de bailar.

Aparte de estas magnas ocasiones, los Berlin vivían apaciblemente. Se iban de vacaciones a los centros costeros del Báltico y en invierno tomaban las aguas curativas de los balnearios alemanes, pero la impresión general de su vida en el piso de Albertstrasse es la de una familia atenta siempre al niño convertido en su centro. En una carta escrita al psiquiatra Anthony Storr en 1978, Berlin se preguntaba por qué habiendo "recibido una dosis colmada de amor parental en todo momento", se había sentido atormentado toda su vida por la sensación de que sus logros tenían "escaso o ningún valor" [10]. Ciertamente, esto opera como advertencia contra el querer deducir al adulto a partir del niño; sin embargo, esa "autoduda" de la que habla —por muy real que fuera en ocasiones— formaba también parte de una estrategia de autorreprobación cuidadosamente cultivada, cuyo fin era des-

viar y desarmar toda crítica. Bajo este exterior, latía un sentido sereno e inquebrantable de autoestima. No puede ser irrelevante que empezara su vida frente a un público formado por un padre y una madre llenos de adoración y muy sobrecogidos.



3. Petrogrado, 1916-1920

Las certidumbres de Riga duraron poco. En julio de 1914 fue asesinado el archiduque austriaco en Sarajevo. Isaiah tenía sólo cinco años. Los imperios ruso y alemán se movilizaron uno contra el otro, y los judíos de Riga quedaron atrapados en medio. Su idioma era el alemán; su ciudadanía, rusa. Al ir retrocediendo las fuerzas rusas, el alto mando, creyendo que los judíos ofrecían ayuda y consuelo a los enemigos, ordenó su deportación al otro lado de las líneas del frente. Los judíos de Riga se salvaron de ser deportados sobornando al gobernador general. La mayor parte de los refugiados del Pale huyeron hacia el este, pero algunos fueron al norte, a Riga. Isaiah, que ya había cumplido los seis años, estaba de paseo con su institutriz cuando toparon con dos ancianos refugiados del *shtetl*, un hombre y una mujer, que mendigaban en la calle. Isaiah tenía una galleta en la mano y se la ofreció al viejo, pero la mujer se la arrebató de las manos. "Sólo come una vez al día", dijo devorando la galleta ante la mirada asustada de Isaiah.

En mayo de 1915 el Báltico se encontraba ya bajo el bloqueo naval alemán y la industria maderera estaba parada. Mendel había logrado redirigir el negocio abandonando la exportación y suministrando a los ferrocarriles rusos, pero con todo, una buena porción de sus maderas permanecían inmóviles en los almacenes de la localidad. Cuando un incendio destruyó sus existencias, Mendel acusó al propietario

alemán del almacén de haberlo iniciado intencionadamente; el alemán contraatacó denunciando a Berlin ante la policía acusándole de haberlo hecho él con objeto de cobrar el seguro. Por entonces la Rusia imperial estaba en plena retirada a lo largo del frente oriental y los ejércitos alemanes se encontraban a veinticinco millas de la ciudad.

Éste era el contexto —una disputa enconada, teñida de implicaciones antisemitas junto a la creciente amenaza de una invasión alemana— que en el verano de 1915 indujo a Mendel a enviar a su esposa y su hijo por tren hasta Andreapol, una pequeña población maderera situada aguas arriba del río Dvina, a una hora aproximadamente de Riga, donde se concentraban las concesiones de madera familiares. Mendel, por su parte, se fue a Petrogrado para ver de cobrar la indemnización por sus pérdidas en el incendio, en una atmósfera, ésa era su esperanza, "menos envenenada" que la de Riga [1].

Andreapol, un pueblo maderero de unos 1.000 habitantes en lo más profundo de los bosques que rodean Pskov, estaba repleto de judíos píos y practicantes que trabajaban de leñadores, cortadores, obreros de serrería y manipuladores de madera. Pero había también un terrateniente ruso tradicional, muriendo de tuberculosis, en una gran casa rodeada de un parque; y oficiales rusos de permiso pertenecientes a los regimientos cercanos que solían dar serenatas a las damitas del lugar con balalaikas o leerles versos sentimentales. Uno de estos oficiales leía a la madre de Isaiah a la luz rojiza de una lámpara de aceite. En el recuerdo tanto de Isaiah como de su madre, Andreapol aparece como una foto en sepia de la vieja Rusia en sus horas de agonía. El desplazamiento a este mundo nuevo no era ni extraño ni amenazante: Andreapol era en efecto propiedad de la compañía maderera de los Berlin, y todos mostraban deferencia al joven principito.

En la escuela hebrea, sentado en bancos de tablones junto a los hijos de los cortadores de madera, Isaiah recibió su primera instrucción religiosa formal. Fue también su primera experiencia escolar, y hasta el final de su vida recordaría las palabras de una canción que aprendió con el resto de los

niños, sobre una estufa colocada en un rincón que daba calor a una pobre familia. Con un viejo rabino aprendió las letras del alfabeto hebreo. Tampoco olvidó nunca al rabino. En una ocasión, éste hizo una pausa y dijo: "Queridos niños, cuando seáis mayores comprenderéis que en cada una de estas letras hay sangre judía y lágrimas judías". Cuando Berlin me contó esta anécdota, ochenta años después, en la habitación de estar del piso bajo de su casa de Oxford, Headington House, durante una fracción de segundo le abandonó su compostura y dirigió la mirada hacia el jardín. Después volvió a mirarme, recobrada la ecuanimidad, y dijo: "Ésa es la historia de los judíos".

En 1916 Mendel Berlin trasladó a la familia de Andreapol a Petrogrado, donde entonces trabajaba para el Gobierno ruso abasteciendo de madera los ferrocarriles. Varios miembros de la familia Berlin se encontraban ya en Petrogrado: el tío Isaac, la tía Evgenia Landoberg, Yitzhak e Ida Samunov. Para el pequeño, el tío Isaac tenía un aire irresistiblemente romántico, porque para entonces estaba totalmente inmerso en el movimiento socialista y volvía a casa con historias de revólveres, registros y aventuras heroicas. Tía Ida, hermana de su madre, era una criatura dulce y muy inteligente, de estatura diminuta y talante afectuoso, aún más —como Berlin llegó a pensar con el tiempo— que su madre.

Desde la llegada de la familia a Petrogrado en 1916 hasta su salida hacia Inglaterra en 1921, Isaiah no fue al colegio, pero se instruía en la biblioteca del piso alquilado por su familia en la isla Vassilievsky, al norte de la ciudad. Dicho piso estaba sobre una pequeña fábrica de cerámica, y el patio interior estaba sembrado de fragmentos multicolores de baldosa cerámica. Había criadas y profesores particulares, pero pocos niños con los que jugar. La soledad permitió que floreciera la precocidad de Isaiah. Él jura que leyó *Guerra y paz* y *Anna Karenina* a los diez años. La primera le encantó, pero no consiguió enterarse de qué hablaba la segunda.

Las lecciones de hebreo de Isaiah continuaron, junto a la instrucción en el Talmud. En aquel entonces, todo ello le pa-

recía un ejercicio en aburrimiento. "Porque era todo de este estilo: una historia de dos hombres que cogían una prenda de vestir y la rasgaban en dos para repartírsela. ¿A quién pertenece? Esa clase de preguntas no me parecían nada fascinantes". Éstas eran las lecciones elementales de la tradición judía sobre las ambigüedades de la justicia humana, y si bien resultaban pesadas al niño, el adulto no las olvidó nunca.

Más fascinantes eran *Veinte mil leguas de viaje submarino* de Julio Verne, las aventuras del oeste de Mayne Reid y *Los tres mosqueteros* de Alejandro Dumas, todos ellos en traducción rusa. Al hacerse mayor, si le preguntaban qué había querido ser de pequeño, Berlin respondía que soñaba con ser un científico como los de las novelas de Julio Verne y observar el mundo de la naturaleza por un ojo de buey sumergido en las aguas. Es una fantasía de distancia omnisciente: explorar las profundidades, pero quedar inmune frente a sus peligros.

Estas lecturas infantiles se mantuvieron vívidas en él durante toda su vida. En agosto de 1956, cuando visitó la Biblioteca Lenin en Moscú, vigilado de cerca por la KGB, pidió una serie de libros rusos y pasó la mañana leyéndolos. Cuando Isaiah se marchó, el agente encargado de seguirle descubrió que no eran más que ediciones originales, con las esquinas de las páginas dobladas, de dos historias de aventuras alemanas para niños, traducidas al ruso.

Además de lo que extraía de sus lecturas recibía los retazos de conocimiento que le lanzaban a la hora de cenar sus tías y tíos. Recordaba que el tío Isaac le había enseñado quiénes eran Garibaldi y sus Camisas Rojas; que su progresista tía Evgenia se había dedicado con mucha gravedad a demoler ciertos mitos hebreos sobre Mordecai y Esther. A diferencia de Mendel y Marie, que llevaban una vida retirada, Isaac y Evgenia fueron arrastrados por la fuerte marea de la política de Petrogrado en el otoño de 1916 pero, aparte de las historias que contaron sobre lo visto en las calles, los drásticos sucesos exteriores —la lenta disolución del régimen, el imparable derrumbamiento del ejército imperial— no produjeron la menor impresión en el niño de siete años. El primer temblor

político que quedó registrado en él fueron las portentosas letras negras de los titulares de prensa que anunciaban el asesinato de Rasputín a fines del otoño de aquel mismo año.

Todo un régimen se desmoronaba en torno a Isaiah, y por supuesto él no tenía ni la más remota idea del hecho. Iba de paseo con su institutriz judía al Nevsky Prospekt. Contemplaba los escaparates de las jugueterías, con sus pequeños trenes ingleses y sus osos de peluche alemanes, de las pastelerías, donde su atención quedaba absorta en cierto tipo de chocolatinas, cuyo nombre —*Khvorost*— y forma, como montoncitos de ramas de árbol, no olvidó jamás.

En el invierno de 1916-1917 sus padres le llevaron a oír al bajo ruso Fiodor Chaliapin en el papel protagonista de *Boris Godunov* en el teatro Marinsky. Lo que más le gustó fue el momento en que Boris ve el fantasma de Dimitri: Chaliapin caía de rodillas, se arrastraba bajo la mesa y se cubría la cabeza con el mantel. La afición de por vida que tuvo Isaiah por la ópera se inició en ese momento, con Boris, y con el espectáculo de una persona adulta reducida a mero terror animal, todo ello contemplado desde la seguridad del marco teatral. Es verdad que ya pronto vería auténtico temor en la mirada de los adultos, y en modo alguno dentro del armazón mágico de una credulidad en suspenso.

No le dejaron salir aquel día luminoso de fines de febrero de 1917 en que la multitud empezó a afluir hacia el centro de la ciudad a través de Vassily Ostrov. La familia fue a las ventanas para mirar las grandes pancartas de madera con consignas como "¡Tierra y libertad!", "La Duma al Poder", "Abajo el Zar", "Abajo la Guerra", flotando sobre las gorras y los pañuelos de la muchedumbre. Cuando el primer cordón de soldados avanzó hacia ella en formación, la multitud permaneció inmóvil. La línea militar osciló, se quebró y después pueblo y ejército se entremezclaron, lanzando las gorras al aire, cantando *La Marsellesa* en ruso, haciendo causa común y dirigiéndose unida a través de los puentes del Neva hacia la plaza del Palacio de Invierno. Isaiah tenía siete años y medio cuando vio aquello que era la primera mañana eufórica de la re-

volución de febrero. Sus padres —como la mayoría de los judíos liberales— parecían compartir el entusiasmo popular, aunque Mendel y Marie no eran el tipo de persona para echarse un abrigo sobre los hombros y salir apresuradamente para unirse a la multitud.

Cuando pareció haber pasado el peligro, Isaiah y su institutriz salieron a la calle a dar un paseo cerca de su casa. El niño se inclinó para examinar una traducción rusa de Verne muy ajada, en oferta de un librero que exponía sus productos sobre la acera nevada, cuando la calzada se llenó súbitamente con un pequeño grupo de hombres, serían unos quince en total, que pasó llevando entre sus manos a una persona aterrada. Posteriormente, Isaiah se enteró de que el hombre era un *faraón,* uno de los policías municipales que fueron las últimas fuerzas uniformadas en guardar lealtad al antiguo régimen. Lo habían descubierto en el tejado de un edificio cercano y le habían arrastrado hasta la calle. Lo único que el niño de siete años tuvo tiempo de ver fue un hombre muy pálido que se retorcía y daba vueltas mientras se lo llevaban. El niño no podía saber hacia dónde se dirigían, pero incluso en aquel momento era claro que no iba a salir vivo. Por breve que fuera esta escena, le dejó una impresión indeleble. Mucho después, en los años treinta, cuando había contemporáneos suyos seducidos por el marxismo revolucionario, el recuerdo de 1917 seguía operando en el interior de Berlin, reforzando su horror hacia la violencia física y su recelo de los experimentos políticos, e intensificando la predilección que sintió toda su vida hacia los compromisos contemporizadores que mantienen el orden político a resguardo frente al terror.

Inicialmente, los *faraones* estuvieron entre las únicas víctimas de la revolución, y en un principio los padres de Berlin se sintieron contagiados por el entusiasmo. Seguían con avidez las proclamas del Gobierno Provisional, los discursos de Miliukov, Gutchkov y Rodzianko en la Duma. Pero los liberales en los que los Berlin habían depositado su confianza seguían queriendo la guerra. Miliukov reafirmó las pretensiones imperiales sobre los Dardanelos, malinterpretando drásticamen-

te el cansancio de guerra de aquellos desertores sin gorra militar que deambulaban por las calles de Petrogrado. Al llegar la primavera de 1917, los manifestantes estaban ya gritando a coro "Abajo los Ministros capitalistas. Abajo Miliukov-Dardanellski". A mediados de verano había pasado ya el momento de los liberales; el orden en las calles estaba desintegrándose a ojos vista y el poder había desbordado a la Duma desplazándose hacia el Soviet de Petrogrado y una pequeña banda de maximalistas, como entonces se conocía a los bolcheviques.

Para huir del calor y de la creciente tensión y violencia de la ciudad, madre e hijo pasaron el verano en una *dacha* de Staraya Russa. Allí hubo fiestas de disfraces, tómbolas y tardes en el parque escuchando a una orquesta italiana que tocaba en el quiosco de música. Estos italianos se habían dejado en su país las partituras, y todas las tardes anunciaban primero una marcha veneciana, después otra finlandesa y finalmente una italiana. Gradualmente, Isaiah comprendió que era siempre la misma melodía, interpretada una y otra vez.

Entre su círculo de amigos de Staraya Russa se encontraba Leonard Schapiro, que sería después catedrático de Historia rusa en la London School of Economics. Los dos niños, de siete y ocho años, se sentaban en el porche de la *dacha* o deambulaban por los parques de aquella localidad vacacional, departiendo seriamente sobre el arte de Alexander Benois, Leon Bakst y otros pintores rusos de la época. Schapiro le mostraba a Berlin postales coloreadas de las obras de éstos, e incluso hizo un busto de escayola del héroe revolucionario Marat agonizante [2]. Estas conversaciones estivales —de una precocidad apenas creíble— pusieron la primera capa del sedimento cultural y artístico que posteriormente asombraría a sus coetáneos ingleses.

Cuando la familia regresó a Petrogrado en el otoño de 1917, Isaiah advirtió, al dirigirse a casa en taxi, que los muros de la ciudad estaban forrados de carteles para las elecciones a la nueva asamblea constituyente. Ya entonces se veían jóvenes arrancando los carteles de otros partidos y pegando los suyos, estampados con la hoz y el martillo.

Mientras Marie e Isaiah estaban fuera, Mendel había estado alternando entre sus empresas madereras de Andreapol y el pequeño despacho que mantenía en el piso de Vassily Ostrov. Pese a que la situación empeoraba, el negocio de Mendel con los Ferrocarriles Windon-Rybinsk —a los que suministraba coches cama y madera de construcción— siguió prosperando. En mayo, George Payne, un comerciante en maderas inglés, había llegado a Petrogrado para importar chapa de madera báltica o escandinava a cambio de tejidos ingleses. Cuando fracasaron los tratos de Payne, Mendel le compró su cargamento de chapa y después lo envió por barco desde Arcángel a Londres, donde obtuvo jugosos dividendos, que depositó en libras en un banco londinense. Una mañana de aquel mismo verano volvió a su despacho y se encontró con que había sido registrado, desapareciendo una serie de documentos comerciales, y había una tarjeta de visita de un negociado de resonancias siniestras que se hacían llamar la Oficina de Contraespionaje. Se trataba de un resto del aparato de Inteligencia zarista de época de guerra y cuando se personó en sus oficinas le pidieron a Mendel que explicara sus tratos con extranjeros. Aunque fue liberado sin cargos, el incidente bastó para alterar a aquel hombre tímido. Quemó todos sus papeles relacionados con el comercio inglés y decidió llevarse a la familia de Vassily Ostrov, donde creía estar bajo la sospecha de sus vecinos proletarios por ser un burgués, a una residencia que él suponía más segura y más elegante, en el número 16 de Angliisky Prospekt, cerca de la ribera del Neva, en la ciudad propiamente dicha.

Las habitaciones de Angliisky Prospekt desaparecieron de la memoria de Isaiah, pero no los establecimientos de los artesanos que había en los sótanos, especialmente el cacharrero que arreglaba samovares y trabajaba bajo un cartel laboriosamente escrito con una falta de ortografía: SHAMOVAR. Al final de la calle había un pequeño cine que proyectaba noticiarios de guerra y un comedor de beneficencia, que daba alimento a una cola siempre interminable de indigentes.

La pobreza no visitó nunca a los Berlin. Entre los vecinos de Angliisky Prospekt figuraban el yerno de Rimsky-Korsa-

kov, un violoncelista judío, una princesa caucásica y un viceministro para asuntos fineses, cuya hija se convirtió en compañera de juegos de Isaiah. Este pequeño círculo padeció junto la convulsión que se inició a fines de octubre de 1917.

Comprendieron por primera vez que algo pasaba cuando dejaron de funcionar los ascensores del edificio. Después los tranvías ya no hacían sus recorridos. Más tarde desaparecieron los periódicos de las calles. Al mismo tiempo que los bolcheviques suprimían los periódicos de la oposición, éstos reaparecían —al menos durante algún tiempo— con nombres distintos. Así, un periódico liberal llamado *Día* clausurado en octubre volvió a circular posteriormente con el título de *Tarde*, después *Noche*, después *Media Noche*, e hizo su aparición final como *Noche Cerrada* hasta que fue definitivamente silenciado [3]. En un principio, la familia probablemente riera ante estas cosas, pero no hubo risa alguna cuando un grupo de hombres con brazaletes y escopetas se presentó a la puerta. Se ordenó a los inquilinos que formaran un comité de vecinos con el fin de administrar democráticamente el bloque de viviendas. El secretario del comité sería el calefactor Koshkin, en quien pocos vecinos habían reparado porque vivía en el sótano y mantenía las calderas llenas de carbón. Koshkin comenzó entonces a dar órdenes, vestido con el pantalón rayado de coronel en lugar de su viejo mono tiznado de negro. La princesa Emeretinsky y la hija de Rimsky-Korsakov tuvieron que llenar las calderas, sacar las basuras y barrer el patio. Pero por alguna razón —una propina quizá— los Berlin quedaron exentos de estos reveses de la fortuna. También les protegió su criada, una campesina de fuertes convicciones zaristas, que abría la puerta cuando empezaban a merodear las partidas de registro y los echaba. Las joyas de la familia, escondidas bajo la nieve en el balcón, no fueron nunca confiscadas.

Durante unas pocas semanas el temor sobre el rumbo que iba a tomar la revolución dejó paso a la euforia ante la Declaración Balfour, que prometió a los judíos una patria en Palestina. Más de una década llevaba Chaim Weizmann, el líder sionista, presionando ante el Gobierno británico en pro de

dicha declaración. Y entonces, en 1917, con tropas inglesas preparadas para expulsar de Palestina a los soldados del imperio otomano, el ministro de Exteriores británico, Arthur Balfour, envió una carta al barón Rothschild, en la que declaraba que el Gobierno miraba "favorablemente la creación de una patria nacional para el pueblo judío", siempre —empleando palabras que se harían célebres— "que no se haga nada que pueda perjudicar los derechos civiles y religiosos de las actuales comunidades no judías de Palestina". Esta declaración fue anunciada el 9 de noviembre de 1917, inmediatamente después de la revolución bolchevique, e Isaiah recordaba la emoción que suscitaba en su familia ese lugar llamado Palestina y las banderas azul, blanco y oro que les dieron a él y otros niños para agitarlas en una reunión celebrada en el sótano de la sinagoga.

Mendel siempre fue escéptico en cuanto a Palestina, pero Marie llevaba el sionismo en la médula. Dos de sus hermanas, Ida (casada con Yitzhak Samunov) y Evgenia (casada con Isaac Landoberg), reharían finalmente sus vidas en Palestina. Pero aunque todo el clan Berlin acogiera la Declaración Balfour con júbilo, por el momento al menos, Evgenia e Isaac unieron sus destinos a la revolución. En 1917 Landoberg no era bolchevique sino miembro de sus rivales por la izquierda, los revolucionarios socialistas. Recorría Petrogrado con una enorme pistola en el cinturón que tanto asustaba a la madre de Isaiah que ésta la metió en la pila de la cocina llena de agua para que no pudiera causar ningún daño [4].

Mendel y Marie eran más cautos. Mantenían una postura discreta, procurando adivinar el giro que pudiera tomar la revolución. Al principio, su vida no se vio afectada por ésta. Cuando los bolcheviques nacionalizaron los ferrocarriles, Mendel Berlin se incorporó como contratista del Estado para suministrar madera de los bosques de Andreapol. Como funcionario público disfrutaba de un pase para viajar en tren, documentos que le eximían de registros y arrestos, cupones de comida y ropa, y una pistola, que esperaba no tener que utilizar jamás.

La familia pasó el verano de 1918 en una *dacha* alquilada entre los parques y jardines reales de Pavlovsk, un centro vacacional al sur de Petrogrado. En el quiosco de música, Isaiah oyó una sinfonía de César Franck, conversaba con Schapiro sentado en las pérgolas del parque y leyó *Quo vadis?* En la medida de su recuerdo, la revolución no fue nada para él. Por entonces, Lenin había hecho un llamamiento a la paz y había sacado a Rusia de la guerra. Para un niño todo era como debía ser. Verdad era que se veían hombres con chaquetas de cuero y escopetas paseando por los parques, impresionando a las jovencitas. Eran reclutas de la policía secreta de Lenin, la Cheka, pero a ojos de un niño tenían un emocionante aspecto de gánsters. En el otoño e invierno de 1918-1919, sin embargo, cuando la familia regresó a Petrogrado, hasta Isaiah comprendió que algo amenazante había empezado a suceder. El comité de vecinos de Angliisky Prospekt ordenó a todos que no ocuparan sus habitaciones sobrantes con objeto de conservar el calor. Isaiah dormía con su madre, mientras su padre dormía en la habitación contigua, su despacho oficina. Durante los dos años y medio siguientes su vida se redujo a la brújula de estas dos habitaciones, en una atmósfera de registros, privaciones y temores que les obligaron a cerrarse aún más sobre sí mismos. El vínculo entre madre e hijo se hizo todavía más íntimo. Gracias a los cupones del Estado que recibía, Mendel conseguía alguna que otra bolsa de harina blanca que se llevaba a casa escondida bajo su abrigo de pieles, atravesando los controles policiales. Esta harina era después elaborada en una barra de pan blanco, exclusivamente reservada —así lo recordaba Mendel— para su hijo. A lo largo de los años de escasez del comunismo de guerra de Lenin, Isaiah estuvo tan bien alimentado que cuando hacía cola para adquirir alimentos en la tienda del barrio oyó a una mujer que estaba detrás comentar con sorna que estaba demasiado regordete para necesitar comida de ninguna clase.

En las atestadas habitaciones de Angliisky Prospekt, Isaiah se entregaba a la lectura. Había ediciones encuadernadas en

vitela de Tolstói, Turgénev, Zhukovsky (preceptor de Pushkin), del propio Pushkin, traducciones de Heine y Goethe y, sobre todo, el tesoro del saber ruso-judío: la *Enciclopedia judía*. Esta enciclopedia había sido confeccionada a base de una especie de plan de asistencia a cambio de trabajo —obra del filántropo barón Gunzburg— para escritores judíos indigentes [5]. Mientras Isaiah leía ávidamente sus entradas, iban asentándose en su espíritu las tradiciones e historia del judaísmo, expresadas por las mejores cabezas de la *intelligentsia* judía del XIX ruso.

En 1919 pasaban el verano en una pensión de Pavlovsk cuando una Cheka arrasó el chalé. Era una brigada en busca de joyas, pero Mendel se las arregló para ocultarlas en los jarrones de flores de la galería. Había sido interrogado anteriormente, pero este registro fue la gota que colmó el vaso. No eran sólo las privaciones del régimen de Lenin lo que detestaba sino, en palabras de Mendel, "la sensación de estar encarcelado, sin contacto con el mundo exterior, el estar continuamente espiado, las detenciones repentinas y el sentimiento de impotencia total frente a los caprichos de cualquier vándalo vestido de bolchevique".

Habiéndose decidido por el exilio, la familia consideró las alternativas. Palestina quedó descartada: estaba demasiado lejos; la comunidad judía constaba sólo de 50.000 personas; y no conocían a nadie allí. Sí consideraron la capital alemana, porque era barata y por entonces estaba llena de rusos. También consideraron la posibilidad de París, pero el *affaire* Dreyfus les suscitó temores de que los franceses pudieran ser antisemitas. De modo poco sorprendente, se inclinaron por Riga. Letonia era a la sazón una república independiente y el régimen soviético estaba dispuesto a permitir a los letones de verdad que emigraran allí. Además, Mendel creyó, al parecer, que podría reanudar su actividad en el comercio maderero de Riga.

Aunque la decisión de marchar se tomó en el verano de 1919, hasta octubre de 1929 no finalizaron totalmente los trámites. La familia dejó todas sus pertenencias en Angliisky

Prospekt, llevándose solamente los 3.000 rublos Romanov por persona permitidos y algunas joyas cosidas al forro del abrigo del niño. Fue tal su alivio al salir, que lo único que Isaiah echó de menos al cerrar la puerta del piso fue la señorial *Enciclopedia judía* y las ediciones estándar de los clásicos rusos que se quedaban en los anaqueles.

Los Berlin salieron de Petrogrado el 5 de octubre de 1920. La oportunidad de su marcha acaso quedara contrapesada por la lucha entre el Ejército Rojo y los polacos en Rusia occidental. En agosto de 1920, los Rojos estaban a las puertas de Varsovia. Al llegar octubre, el contraataque polaco había obligado a los rusos a aceptar un armisticio, firmado en Riga el 6 de octubre. El viaje —de sólo 300 millas en línea recta— duró diez días. Se detuvieron más de veinticuatro horas, recordaba Mendel, en la estación de Pskov. En otras estaciones menores cambiaron sal y velas por el pan y los huevos que traían los campesinos a los andenes. "Podrá imaginarse la comodidad de todo ello", recordaba Mendel secamente, "sin lavabos ni sanitarios en el [tren] y teniendo que esperar hasta la próxima parada, en ocasiones durante horas, para satisfacer nuestras necesidades físicas" [6].

En la frontera letona-soviética, los letones que viajaban en el tren —en su mayoría policías y bomberos— gritaron vítores y pronto recibieron permiso para continuar hacia Riga, mientras que los judíos y otros forasteros fueron obligados a bajar del tren. Para profunda indignación de Mendel, tuvieron que pasar la noche en unos cuarteles fríos y sin calefacción antes de ser enviados a unos baños rusos para ser despiojados. Mendel fue informado de que tendrían que permanecer allí una semana. Un funcionario de frontera, que reconoció el nombre de Berlin, insinuó que podía meterlos en el próximo tren a cambio de la voluntad (por una módica suma, dice el diccionario). "Aunque temeroso de una posible provocación, me sentía tan abatido y degradado", recordaba Mendel, que pagó el soborno, y al día siguiente salieron hacia Riga en un vagón atestado de tercera clase [7].

En el tren nocturno a Riga, Isaiah estaba dormitando en su compartimento cuando unos letones entraron e iniciaron una conversación vigorosamente antisemita, suponiendo obviamente que la asustada familia de enfrente eran judíos rusos que no entendían lo que decían. Marie Berlin, que hablaba letón con soltura, escuchó y después apuntó con aspereza que, aunque había muchas cosas en la Unión Soviética que no estaban bien, el antisemitismo no era una de ellas. Cuando recorrió el tren un control militar letón, los letones acusaron a Marie de ser espía comunista. En la estación de Riga subieron unos policías y se llevaron a Marie, ante la mirada aterrada de Isaiah y Mendel. En ese momento, otro letón, que había estado en el mismo compartimento, informó a Mendel de que pertenecía al servicio secreto de Letonia. Estaba dispuesto a liberar a Marie, dijo, a cambio de una módica suma. Mendel pagó el soborno y la familia pudo marchar. Pero se instruyó una causa contra Marie, y durante el otoño de 1920 los Berlin no cesaron de recibir cartas oficiales en las que les informaban que Marie tendría que responder a ciertos cargos.

El incidente del tren no sólo puso de manifiesto la conciencia judía intransigente de la madre de Isaiah; también le hizo patente a éste su propia identidad. Como él recordaría posteriormente en mi presencia: "Éramos judíos... No éramos rusos. No éramos letones. Éramos otra cosa. Necesitábamos un hogar. No tiene sentido vivir en un perpetuo *qui vive.* Sobre todo no tenía sentido negarlo, ocultarlo. Hacerlo era indigno y un esfuerzo frustrado. De ahí me viene... De ella". Mendel era una figura más flexible. "Si hubiera sido posible la asimilación, él habría estado dispuesto a asimilarse. Ella jamás".

Llegaron a Riga el 15 de octubre de 1920 y no se alojaron en Albertrasse, que no era ya propiedad suya, sino cerca de allí, con un pariente. Después de haber tenido que sobornar a dos grupos de funcionarios en el camino, la cartera de Mendel estaba vacía. Envió un cable a Londres, y afortunadamente el banco respondió con otro comunicándole que seguía teniendo acceso a los considerables beneficios de sus nego-

cios en chapa —más de 10.000 libras— a resguardo en su cuenta bancaria. Al principio Mendel volvió a entrar en el comercio maderero. Conservaban sus conexiones familiares en Riga: el padre de Mendel y el de Marie, auténticos patriarcas, seguían viviendo allí, además de hermanos y hermanas y una multiplicidad de jóvenes primos. Todos éstos eran motivos sobrados para quedarse allí, pero el incidente del tren y las continuas dificultades de Marie con las autoridades contribuyeron a convencer a los Berlin de que era conveniente marcharse. Mendel emprendió los trámites para lograr visados para Inglaterra. Además de los contactos comerciales que tenía allí quería ofrecer a Isaiah las ventajas de una educación en una escuela privada británica. Mendel era, como recordaba su hijo, un empecinado "anglo-maníaco". Pertenecía a esa generación de liberales rusos cuya definición de civilizado era todo lo inglés: las bicicletas tenían que ser Raleigh; el azúcar Tate and Lyle; los vapores siempre Cunard; educación significaba una escuela privada inglesa; y en el mundo post-Versalles de los Mussolini, los Lenin y los Pilsudski, la autoridad pública digna, rutinaria e incorruptible significaba el rey Jorge V.

Mientras Mendel se ocupaba de los trámites para la marcha, Isaiah seguía recibiendo educación en casa con un preceptor alemán que le instiló las lenguas latina y alemana y le hizo leer a Goethe. Este contacto con la *Kultur* alemana no fue especialmente afortunado. El alemán de Berlin fue imperfecto toda su vida, y por lo que hace al profesor alemán, éste consideraba superficial a su discípulo de ocho años. Este juicio quedó alojado en el espíritu de Isaiah para siempre. "Algo de verdad hay en eso. El doctor Kupfer no se equivocaba".

En enero de 1921 Mendel marchó solo a Inglaterra para preparar el viaje y enviar billetes y visados desde allí. En febrero, Isaiah y su madre se despidieron de sus parientes y salieron de Riga en tren hacia Ostende. Cuando el ferry atracó en Dover, su padre esperaba al pie de la pasarela, e Isaiah, vestido con polainas rusas, abrigo y gorro de piel, se lanzó pasarela abajo para abrazarle. Mendel tenía champán espe-

rando en el compartimento reservado del tren que les llevaba a Londres, pero cuando ofreció a Marie una copa, ella respondió que aquello era un dispendio excesivo. Isaiah les oía discutir en voz queda mientras el tren avanzaba raudo hacia Londres en medio de la oscuridad.

Su destino resultó ser una parte del sur de Londres donde no había un solo ruso y muy pocos judíos. El socio de Mendel en el negocio de chapa de madera de 1916, George Alexander Payne, le había informado de que los ingleses no vivían en las ciudades. Por tanto, el 3 de febrero de 1921 Isaiah pasó su primera noche en Inglaterra en una espaciosa casa exenta, alquilada en St. James' Road, en Surbiton, una zona suburbana del sur de Londres. A la mañana siguiente Isaiah se sentó ante su primera comida en Inglaterra, un plato decidamente no *kosher* de huevos con beicon. Después de desayunar, Isaiah se levantó, se dirigió al piano del salón y, con una mano, sacó la melodía de *God Save the King* [8].

4. Londres, 1921-1928

Al final de su primer día en la escuela de Arundel House en Surbiton, Isaiah volvió a casa llorando —recordaba su madre— sin haber podido entender una sola palabra de lo que decían los profesores y los chicos. Había recibido lecciones de inglés en Petrogrado, pero claramente no habían sido suficientes. Cuando le preguntaban de mayor cuánto inglés sabía al llegar al exilio, a Berlin le encantaba canturrear con tono agudo y susurrado: "It von't be a stylish marridze. I can't afford a carridze. But you'll look sveet upon ze seat of a bycicle built for two". ("No va a ser una boda elegante. No puedo permitirme un coche de caballos. Pero estarás muy mona en el sillín de una bicicleta hecha para dos". Tanscrito con fonética de fuerte acento alemán). Aparte de la canción *Daisy, Daisy,* Isaiah conocía apenas otras setenta y cinco palabras. Nunca había ido al colegio en Petrogrado y ahora se encontraba en uno, con la mirada de filas y filas de escolares ingleses dirigida hacia él. Para agravar la situación, era enero, mediado ya el curso escolar. En semejantes circunstancias, no era extraño que llorara.

Una señora de la vecindad que había sido niñera en Rusia le instruyó en la lengua inglesa, e Isaiah aprendió de memoria interminables listas de vocabulario y efectuó desconsoladoras expediciones al zoológico local en su compañía. Durante su primer año en Inglaterra, la familia cambió de dirección tres veces: primero St. James' Road, después el nú-

mero 8 de Berrylands Road, ambos en Surbiton; finalmente, Effingham Road, en Long Ditton (Surrey). Berlin no recordaba nada de estos alojamientos fantasma.

Es fácil imaginar la soledad de un niño exiliado en medio de una lengua extranjera. Las tradiciones y aficiones de los escolares ingleses —equipos de fútbol, personajes de cómic, canciones y chistes verdes, su esnobismo y crueldades— le resultaban totalmente incomprensibles, mientras que todas las cosas verdaderamente impresionantes que él sabía parecían carentes de valor o le avergonzaban.

Las marcas del exilio permanecieron en él, leves pero visibles, durante toda su vida: de manera abstracta, en el respeto que le merecía la necesidad de pertenecer; políticamente, en su sionismo; moralmente, en su fascinación por las figuras marginales, rechazadas o airadas de la historia del siglo XIX. Pero ¿y personalmente? En una ligera susceptibilidad, una hipersensibilidad hacia los pequeños menosprecios, hacia cualquier gesto que le tratara como foráneo.

En otros sentidos, el exilio fue una experiencia enteramente positiva. Vladimir Nabokov, que llegó a Inglaterra aproximadamente al mismo tiempo, escribió en *Speak, Memory* que el exilio le suministró la "patada sincopal" que le arrojó fuera de la infancia, de la tranquila familiaridad con su entorno que, de haber continuado, podría haber impedido que se convirtiera en escritor. La desposesión fue la condición de su arte [1].

En el caso de Berlin, el exilio consolidó su distanciamiento. Por ser extranjero podía observar, pero no podía jugar. Porque la lengua era algo adquirido, no podía tomársela a beneficio de inventario. Tenía que poseerla. Isaiah siempre insistió en la celeridad con que se había producido la asimilación: a los seis meses de su llegada tenía un papel en la obra de teatro *Babes in the Woods* —es difícil ser más inglés— de "segundo asesino". Su única intervención eran las palabras: "I'm comin', I'm comin'" ("Ya vengo, ya vengo"). Al final de su primer año llamaba *chink* al dinero y pronunciaba *say* como *sigh* como el resto de los chicos. Y cuando algún crío le llamó

"judío asqueroso" —no, se corrigió Berlin, fue "alemán asqueroso"— otros compañeros pegaron al muchacho. Los chicos de Surbiton que le defendieron en aquel patio del colegio pasaron a formar parte de su folclore sobre el *fair play* inglés. Pero el incidente es también revelador de la increíble habilidad de un niño judío rellenito y feúcho en un colegio de gentiles, un chico aficionado a la lectura, con acento extranjero y el brazo izquierdo lisiado, para ganarse a la gente.

Tendría que haber contemplado este talento para la asimilación con satisfacción. Por el contrario, el deseo de complacer figura en primer lugar de su lista de vicios. Siempre le inquietó la idea de que un judío no debía ser tan conciliatorio, tan complaciente. Uno de los dilemas centrales de su vida fue armonizar el sentido de la dignidad con este anhelo de encajar. El querer congraciarse, sostenía, era el pecado típico del judío, que siempre abrigaba la esperanza, frente a toda evidencia, de poder "pasar". Paradójicamente, desde luego, esta extrema sensibilidad a los dilemas de la asimilación le hicieron singularmente apto para ella. Se convirtió en un maestro de la acomodación, al precio de una persistente antipatía hacia sí mismo (autorresentimiento)

Una de las paradojas de su temperamento era el deseo de haber sido uno de esos nobles intransigentes que hay en la vida: los que no se doblegan, sino que obligan a los demás a someterse a su voluntad. "Considere mis héroes", solía decir. Ni uno solo de ellos es un liberal agradable, domesticado y acomodaticio. Todos ellos eran personajes duros, difíciles, "imposibles" —Toscanini, Churchill, Weizmann—, hombres cuyos vicios excusaba porque entre ellos no figuraba un fatal anhelo de complacer.

Aquel niño de Petrogrado, que dos veranos antes había conversado sobre el arte de Bakst y la música de Franck en los parques de Pavlovsk, se encontraba ahora inmerso en el mundo suburbano de la clase media inglesa. La mayor parte de sus compañeros eran hijos de comerciantes y pequeños empresarios. La familia de Isaiah probablemente era más rica que las suyas. La madre de Isaiah tenía una criada que le

ayudaba en las tareas domésticas; él tenía un profesor particular de inglés y, brevemente, un profesor de piano, hasta que se hizo evidente que la lesión del brazo izquierdo eliminaba toda esperanza de aprendizaje en el teclado.

El exilio, que suele ser una caída vertiginosa en la decadencia social, fue un camino fácil y recto para los Berlin. Por ser un comerciante en maderas de Riga con relaciones firmemente establecidas con Londres, Mendel podía emprender de nuevo su vida donde había quedado interrumpida. En el Banco Midland seguían depositados los beneficios de sus contratos de chapa de los años de guerra, y sin dinero alguno estableció su negocio en Bishopsgate, Londres EC1, al que dio el leal nombre de "Compañía Comercial Británica y de Ultramar" y empezó a importar madera de Letonia para la construcción. A los pocos meses de su llegada, la familia asistía a una elegante sinagoga del barrio oeste. Pronto Mendel estableció amistad con un eminente QC (Queen's Counsel) de la City y le pidió a él consejo sobre una buena escuela privada londinense para enviar a su hijo. Cuando su mujer se fracturó un tobillo, Mendel buscó los servicios no de cualquier médico, sino del médico personal de la Reina, a quien Isaiah recordaba como "un charlatán con una forma muy anticuada de tratar al paciente".

Los países de adopción no siempre corresponden al cariño del exiliado. Los Berlin tuvieron al principio algunos encuentros afortunados en su país de adopción. Durante unas cuantas semanas, mientras su madre se recuperaba de su fractura de tobillo, Isaiah hizo todas sus comidas en la escuela, con el director y su mujer, no regresando a su casa de Surbiton más que para dormir. Aprendió modales de mesa ingleses y aumentó enormemente su vocabulario. En su espíritu, Inglaterra se convirtió en sinónimo de la consideración y buenas maneras de este amable matrimonio.

Toda su vida atribuyó a lo inglés casi todas las proposiciones de su liberalismo: "Ese respeto considerado hacia los demás y la tolerancia de la disensión es mejor que ese sentido de orgullo y de misión nacional; que la libertad acaso no sea

compatible con, y es mejor que, el exceso de eficiencia; que el pluralismo y un cierto abandono son, para los que valoramos la libertad, mejores que las rigurosas imposiciones de sistemas omnicomprensivos, por muy racionales y desinteresados que sean, mejores que el imperio de mayorías frente a las cuales no hay posible apelación". Todo esto, insistía Berlin, era "profunda y singularmente inglés" [2].

En realidad, en su liberalismo había algunos ingredientes muy poco ingleses: Alexander Herzen, Benjamin Constant, Giuseppe Mazzini, entre otros, y los elementos ingleses estaban filtrados por cristales de color rosa. Es prerrogativa del exiliado amar su patria de adopción con una falta de ironía que resulta imposible al oriundo. Isaiah aceptaba más o menos todo lo que los ingleses gustan de creer sobre sí mismos: que son prácticos, descuidados, excéntricos, imparciales, empíricos, con sentido común, y esa palabra ubicua: personas decentes. La suya era una versión de lo inglés congelada en el momento de su primer encuentro con ello en los años veinte: la Inglaterra de Kipling, el rey Jorge, C. K. Chesterton, el patrón oro, del imperio y la victoria. Faltaban todavía decenios enteros para llegar al prolongado deslizamiento hacia la decadencia imperial y la autoduda. El provincianismo de vía estrecha, el filistinismo y la insularidad no tenían parte alguna en su idea de Inglaterra. Si los ingleses le aceptaron fue porque él a su vez les hizo ofrenda de sus mitos más aprobatorios.

En cuanto a la Riga y el Petrogrado que había dejado atrás, ¿sentía anhelo, nostalgia? Berlin siempre fue perentorio en el tema de la añoranza: "Ninguna. Vida nueva. Empecé de cero".

Su primera redacción conservada, fechada en 1922 cuando tenía doce años, parece sugerir lo contrario. Era una historia absorbente, con un estilo novelístico de quiosco, sobre el asesinato de Uritzky, uno de los primeros comisarios soviéticos y jefe de la Cheka de Petrogrado. Uritzky era la encarnación del fanatismo: "Tenía la mirada astuta, pero también cruel, y todo su semblante mostraba la expresión del fanáti-

co. Firmaba sentencias de muerte sin levantar siquiera las cejas. El lema que impulsaba su vida era 'la finalidad justifica los MODOS'" [3].

En este relato, Uritzky es asesinado por un hijo que venga la muerte de su padre a manos de la Cheka. El padre de Isaiah recordaba que pasó un año después de estar instalados a salvo en Surbiton antes de que él pudiera oír que un coche paraba en su calle sin abrir los visillos para lanzar una mirada aprensiva [4]. Algunas de estas emociones se abrieron paso hasta las redacciones de su hijo. Tanto el lenguaje, que conservaba construcciones rusas, como el tema indican que Berlin seguía en Petrogrado con la imaginación durante algún tiempo después de haber iniciado una nueva vida en Surbiton.

En enero de 1922 la familia se trasladó al Hotel Royal Palace en la zona de Kensington, mientras dejaban lista una casa que acababa de comprar en Holland Park. Isaiah se estaba preparando para el examen de ingreso en escuelas privadas en una academia de Quebec Street, a espaldas de Marble Arch. En el piso superior, mister Crouch se sumergía en los clásicos; en la inferior, un tal mister Bird impartía las matemáticas. Un día Isaiah contó "una mentira grande, enorme, atrevida y gratuita". Salió del hotel, diciendo a sus padres que iba a Quebec Street. En vez de hacerlo, se paseó de arriba abajo por Kensington High Street, contemplando los escaparates, hasta que llegó la hora de volver a casa. Al regresar comprobó que su padre había telefoneado a la academia y había descubierto que no se había presentado en todo el día. Toda su vida recordó Isaiah la regañina de su padre, y aún más la decepción perpleja y llorosa de Mendel. Aunque se le pasó, dejó en el niño una clara conciencia del grado de profundidad en que sus padres idealizaban a su hijo [5].

En el otoño de 1922 se mudaron a la casa adosada de tres pisos, situada en Upper Addison Gardens de Holland Park. Todas las noches, a lo largo de toda la década de 1920, Mendel volvía en el metro de su trabajo en Bishopsgate, cenaba tranquilamente con su mujer y su hijo y se sentaba después

en una butaca de la sala a leer el periódico, mientras Isaiah se afanaba con empeño en sus tareas en el piso de arriba. Mendel casi nunca cenaba fuera, porque no le gustaba la tosca cordialidad de los madereros londinenses; prefería pasar la noche con su esposa, aunque, como Isaiah empezó a comprender, él aburría a Marie. "Era evidente. Buscaba peleas con él de índole obvia e innecesaria". A él le gustaba un poco de derroche de vez en cuando, mientras que a ella le gustaba ser ahorrativa. Él detestaba las discusiones y las polémicas; para ella eran como el comer. Ella leía lo último en literatura, Knut Hamsun, D. H. Lawrence, una feminista austriaca *bien pensant* de nombre baronesa Zutner, y ansiaba todo tipo de estímulos intelectuales; él no. "Si le pones un libro en las manos, lo lee". Y si no, él prefería las operetas de Offenbach. Tenía una inteligencia clara, despejada y ordenancista y, según su hijo, habría sido mejor funcionario público que empresario. Carecía de la audacia y el dinamismo que exigen los riesgos de los negocios a lo grande. De mayor, Isaiah no podía remediar sentir lástima por él. "No vivió nunca su vida. Y si no has vivido tu vida, ¿qué te queda?".

Ella, por otra parte, sí vivió su vida; a través de su hijo. En los recuerdos de éste no se encuentra una sola nota de desdén o lástima hacia ella, sino más bien una especie de intimidación ante la fuerza de su amor, las dimensiones de su frustración y de su vitalidad. "Le disgustaba estar casada con él. Le parecía que era insulso, que dependía de ella. Deseaba ser amada, deseaba apasionarse, nada de esto ocurrió y todo su amor se volcó en mí". No le dejaba un minuto, le atosigaba; no soportaba verle sentado: quería actividad, interés, vida intensa y vitalidad; debería estar haciendo algo. Y cuando le llevaba el desayuno a la cama ("Sí, estaba mimado"), le preguntaba: "¿Qué planes tienes para hoy?" y él respondía malhumorado: "¡No tengo planes, ni uno solo!".

Era enloquecedora, pero rebosaba energía. Mantenía la casa impoluta, iba de aquí para allá entonando arias del *bel canto* italiano, rememoraba la figura de un hombre que amó pero con quien no pudo casarse, mimoteaba a su hijo y, a lo

largo de sesenta y cinco años, vivió indirectamente a través de él. Lo cual no significaba que él se confiara a su madre. Cuando yo sugerí esta posibilidad, pareció divertirle la simple idea. "Nunca le conté a nadie mis problemas. Nunca tuve demasiados problemas que contar y, no teniéndolos para contarlos, se evaporaban". Si aquello parecía una defensa de la utilidad de la represión, Isaiah reconocía de inmediato que así era.

Acaso madre e hijo no tuvieran nunca una relación confesional, pero ella tuvo un impacto perdurable en los mejores instintos de Berlin. Marie sabía juzgar a las personas con una inmensa sagacidad. De ella aprendió Isaiah a valorar el carácter por encima de la inteligencia, la vitalidad por encima del refinamiento y la sustancia moral por encima de la habilidad verbal.

En las fotografías, la madre es una mujer pequeña, redondeada y rellena, con ojos grandes y expresivos, que aparece ligeramente apartada de su marido, manteniendo la distancia frente a la cámara, con una expresión cauta, inteligente e irónica en el rostro. En las fotografías se ven jardines ingleses al fondo, pero ella no parece encontrarse del todo cómoda en ellos. Isaiah decía que se había tomado el exilio en Inglaterra como un refugiado indomable, como una de esas personas "sentadas sobre las maletas en Ellis Island rodeada de catorce hijos". Era sionista nata, convencida siempre —aunque no visitó Palestina hasta después de la II Guerra Mundial— que su gente nunca se adaptaría del todo a Inglaterra. Después del traslado a Hollycroft Avenue, en el barrio de Hampstead, en 1928, pasó a ser presidenta de la asociación sionista Brondesbury, la cual dominaba totalmente.

Toda su vida envió a su hijo maternales comunicados en pequeñas cuartillas de un papel azul fino, con letra grande, rotunda y redondeada, operando su inglés como una red de pescador en la que capturaba una exótica pesca lingüística de frases en hebreo, alemán y ruso. Utilizaba el alemán para hacer exhibición de su *Kultur* y el hebreo para hacer despliegue de sus frases bíblicas. Hablaba inglés sazonándolo con cons-

trucciones rusas y con un fuerte acento, pero con expresividad y fluidez. El idioma utilizado en el hogar era sobre todo el inglés, aunque de vez en cuando, si ella perdía los estribos se lanzaba a hablar en ruso. Tanto ella como su hijo sabían que podían ser más insultantes en ruso. Cuando él empezaba a extralimitarse, ella le gritaba: "Habla en inglés".

Recién trasladados a Inglaterra, al parecer los Berlin llegaron incluso a desechar algo de su ser judío. En su arribada, habían tomado ese desayuno no *kosher* de huevos con beicon. Pero éste fue un lapso breve. Marie fue a la carnicería a comprar en los primeros meses de su estancia y advirtió la presencia de un hombre menudo con barba blanca, sentado en un rincón. Cuando Marie preguntó a mister Hearnshaw, el carnicero, quién era, éste respondió que mister Fogelnest venía de Reading todas las semanas para preparar los alimentos de dos familias judías de Surbiton. Marie se acercó al señor Fogelnest y descubrió que, efectivamente, era un carnicero *kosher.* Charlaron, hablaron sobre la comunidad judía de Reading y Surbiton, y súbitamente ella prorrumpió en lágrimas. Volvió a su casa con los preparados de mister Fogelnest y el resto de su vida su mesa fue siempre *kosher.* Además, todos los años se celebraba el Passover Seder y se ayunaba en Yom Kippur. Mendel era bastante laxo en cuestiones religiosas; ella, nunca.

Al llegar 1923 los Berlin tenían ya su lugar en el Londres judío; y con los judíos ingleses, no los rusos. Habían salido para siempre del gueto de los emigrados. Su sitio era lo bastante firme para que, cuando Mendel solicitó la ciudadanía británica, tres de sus amigos gentiles del comercio maderero estamparan su firma al pie de su solicitud [6].

Pero la aceptación no fue nunca del todo completa. Isaiah había pasado las pruebas de admisión para Westminster, uno de los colegios privados de élite de Londres. En una visita a este centro había visto a los alumnos, con sombrero de copa y chaqueta estilo Eton, entrando en fila a la abadía de Westminster para asistir a misa. Berlin esperaba con impaciencia su primer trimestre escolar, pero mister Crouch, su profesor

particular, comentó de pasada que, con un nombre como el de Isaiah, la vida podía resultarle un poquito difícil en Westminster. ¿Había considerado la posibilidad de cambiarlo por James o Robert? Isaiah volvió a casa e informó a sus padres de que en realidad ya no quería ir a Westminster.

El colegio St. Paul's, situado en Hammersmith Road, era una venerable institución cristiana, fundada en 1509, pero que ni excluía a los judíos ni limitaba su número. Más adelante, la junta directiva fijó, en efecto, un cupo de alumnos judíos —un 15 por ciento— y cuando Berlin lo supo se dio de baja en la asociación de antiguos alumnos paulinos [7]. En 1922 había alrededor de setenta chicos judíos de un total de quinientos. Leonard Schapiro, con quien Isaiah había jugado en Pavlovsk en 1919, y cuya familia había emigrado al mismo tiempo que los Berlin, era alumno de St. Paul's. En junio de 1922 Isaiah se presentó al examen para solicitar beca. Para sorpresa de todo el mundo le suspendieron. Le daban plaza, sí, pero no beca.

En el otoño de 1922 tomó el camino a través de Holland Park, cruzó el puente de Addison y siguió hasta Hammersmith, vestido con el uniforme de pantalón gris de franela, chaqueta y gorra del colegio St. Paul's. Este centro era un *grammar school* * para muchachos ambiciosos de clase media y media baja. Al principio Isaiah seguía sintiéndose extranjero y muy incómodo. Carecía del *hinterland* cultural que el resto de los chicos asumían de manera inconsciente. Pero al año, su talento para la asimilación había dado fruto. Trabajaba mucho, jugaba mal al críquet y al fútbol, se consideraba razonablemente popular y nunca se vio como el tipo de alumno seriecito y empollón. Su opinión, muchas veces expresada, de que no se había distinguido en St. Paul's no está del todo corroborada por el expediente escolar. En dos ocasiones fue el primero de todo su curso y participaba activamente en el club

---

* *Grammar schools* eran centros de enseñanza media con sus propios planes de estudios y para ingresar en los cuales se exigía un examen de aptitud. *(N. de la T.)*

de debate. Su madre conservó sus notas, y en ellas sus maestros parecen estar bastante impresionados pero no boquiabiertos: "Tiende en ocasiones a escribir sobre fundamentos abstractos en lugar de abordar el tema en cuestión" [8].

Arthur Calder-Marshall, también alumno de St. Paul's, recordaba haberse quedado asombrado por la forma en que hablaba Berlin. "Era como interpretar un instrumento —no en busca de la verdad o la belleza ni de nada salvo el puro deleite—, como una fuente" [9]. En los pasillos del colegio, repletos de bustos de escayola de Platón, Sócrates y Cicerón y flanqueados de armarios rebosantes de enseres deportivos, carteras escolares y chanclos, Isaiah caminaba hablando sin parar. No era su locuacidad lo que resultaba exótico a los ingleses, sino la idea de que hablar fuera un fin en sí mismo.

En su crítica escolar sobre la representación de *El jardín de los cerezos* en un teatro londinense a fines de los años veinte, Isiaiah está escribiendo ya con una displicente fluidez adolescente para sostener que cualquier producción inglesa estaba condenada a no captar el espíritu ruso de la obra dramática. En un comentario agrio escrito al pie del ensayo, su profesor de St. Paul's advertía un "deje de superioridad" en su crítica "que aun si se tiene... debe ocultarse" [10].



Mientras que algunos de sus compañeros judíos se recordaban a sí mismos asiéndose a su identidad judía, frente a frente con los retratos del canónigo Colet y el cardenal Manning que les observaban en el aula de exámenes, Isaiah insistía en que él se encontraba totalmente adaptado en aquella institución anglo-católica y que tenía una amistad igualmente buena con gentiles como Calder-Marshall y con sus amigos judíos. St. Paul's fue solamente la primera de toda una cadena de instituciones inglesas donde había capilla, oración cristiana, bendiciones anglicanas al principio y final de las comidas. En todas ellas, Isaiah se sintió más o menos como en casa, permaneciendo en silencio mientras los demás susurraban sus palabras ancestrales [11].

A mediados de su adolescencia, Isaiah visitó, junto a Leonard Schapiro, algunas sinagogas pobres de la zona oeste de

Londres; no el elegante centro donde él celebró su *bar mitzvah*, sino sinagogas hasídicas de Portobello Road, donde los fieles se balanceaban atrás y adelante mientras oraban. Durante algún tiempo, el rito hasídico ejerció uno cierto hechizo sobre él, aunque es difícil saber hasta qué punto era atracción nostálgica del pasado y en qué medida inquietud espiritual. Muy al principio, Isaiah era, al parecer, un escéptico en materia religiosa. En una carta escrita en 1989 insinuaba que este escepticismo era antiguo:

> Ojalá pudiera yo alardear de similares sentimientos o experiencias religiosas — desde que llegué al convencimiento de que era improbable — que existiera un Dios personal — un anciano con barba — el Señor Dios, o a fin de cuentas cualquier tipo de individualidad concebible en términos humanos — soy algo así como una persona sin oído para la música — comprendo que otras personas se sienten profundamente inspiradas por ella, y eso lo respeto, y siento una gran simpatía hacia las ceremonias, las obras y la poesía religiosa: ¿pero Dios? [12]

Antes de ingresar en Oxford, antes de haber leído una sola línea de Hume, era ya un escéptico humeiano. Y siguió siéndolo, toda su vida, aunque celebraba las grandes festividades judías, Passover y Yom Kippur. Berlin no veía contradicción en ello. Siempre consideró que esta clase de observancia no tenía nada que ver con creer; eran declaraciones de lealtad judía, más que afirmaciones de su fe. Hacia dicha fe mantuvo una actitud de duda respetuosa pero inquebrantable.

Siempre se dio por sentado que iría a Oxford. Nunca se planteó la posibilidad de que se incorporara al negocio de su padre. Para Isaiah los balances y los libros de contabilidad eran un misterio y, en las contadas ocasiones en que fue a comer con los socios de su padre, cordiales y coloradotes, sus bromas le resultaron insoportables. En la primavera de 1927 se presentó al examen de entrada para el Balliol College. No sólo no obtuvo beca, ni siquiera consiguió plaza. Su memoria siempre inventariaba estos reveses. En su recuerdo, su domi-

nio de los clásicos no estuvo a la altura requerida y su examen oral, el llamado *viva* (por *viva voce*), fue lamentable. Unas semanas después se presentó al mismo examen para ingresar en el Corpus Christi College y, para satisfacción de todo el mundo, obtuvo una beca para estudiar clásicas.

Con su futuro decidido, podía empezar a levantar la cabeza de los libros y dejar que su curiosidad vagara con mayor libertad. Debido a que St. Paul's era un colegio londinense, y que por ello permitía asistir a los conciertos, teatros y conferencias de la capital, los paulinos tenían fama, al menos en Oxford, de llegar a la universidad con un talante cultivado en exceso, pasado antes de haber podido madurar.

Y hay un tufillo de precocidad rancia en el Isaiah adolescente: voluble, exteriormente confiado, devorando libros de todo tipo: Aldous Huxley, Anatole France, Dickens, Thackeray, Austen ("que me aburrió infinitamente"), los ensayos de Chesterton; la poesía de Eliot y Carl Sandburg. Quedó impresionado por el sombrío empuje de *La decadencia de Occidente* de Oswald Spengler y de los ensayos de Gilbert Murray sobre los griegos. Posiblemente, la máxima influencia en su estilo posterior fue Macaulay, al cual leyó por primera vez a los catorce años. Los ondeantes periodos de su prosa madura son de corte macaulayano, esas oraciones largas que van tomando impulso como una gran piedra que rodara cuesta abajo, acumulando frases subordinadas al acelerar su ritmo. Pese a que algunas de sus lecturas —Joyce, Eliot y otros— pertenecían al estilo moderno, su verdadera pasión era la grandiosidad formal de la prosa victoriana.



A la par que estas influencias inglesas empezaban a moldear su habla y sus hábitos mentales, Isaiah podría haber ido soltando las amarras de Riga y Petrogrado de no haber sido por una amistad decisiva que comenzó cuando era aún adolescente. Schmuel Rachmilievitch era un judío ruso, nacido en Riga y exiliado en Londres, donde trabajaba, a desgana, como asesor legal de la industria maderera. Pero su pasión eran las ideas: era un ejemplo auténtico del intelectual ruso prerrevolucionario. Educado en diversas universidades alemanas an-

tes de la guerra, había sido un socialdemócrata menchevique antes de la revolución, que solía sentarse a horcajadas, según le dijo a Isaiah, sobre los troncos de los aserraderos de Riga, intentando despertar la conciencia de los obreros rusos de la industria maderera. Después de la revolución huyó de Rusia por vía del mar Negro y Constantinopla. En Londres no había un espacio apropiado para un tipo social tan singular. Era enormemente culto pero no tenía títulos universitarios y era una criatura en exceso exótica e indisciplinada para encontrar sitio en las parameras de la vida académica inglesa. Así pues, se alojó con una familia de Riga, los Shalit, se hizo con un barniz de derecho comercial inglés para poder mantenerse y vivió para los sábados en que pasaba el día entero leyendo en la Biblioteca Británica. Por las noches asistía a las salas de concierto londinenses, lanzando miradas furibundas a los directores de orquesta, recordaba Isaiah, farfullando críticas con tal desparpajo que era un milagro que la orquesta pudiera tocar algo.

Schmuel tenía treinta años e Isaiah quince cuando se conocieron en casa de los Shalit e iniciaron una amistad que duraría otros treinta. Rachmilievitch era un diletante puro, apasionado, ingenioso, voluble, levemente loco y obviamente fascinante para un escolar. El primer contacto de Isaiah con Kant no se produjo en Oxford, sino en los resúmenes que le ofrecía Rachmilievitch de las lecciones sobre la filosofía moral de Kant que había recibido en Heidelberg. Hablaba inglés con fuerte acento yídish, y cuando estaba en pleno discurso era imparable. “Espega un momento, espega un momento, voy a contestag”, decía cuando Isaiah intentaba meter baza de alguna manera. “Pues bien, Kant dice”, y entonces se lanzaba, a velocidad vertiginosa, saltando a Husserl, a Schopenhauer y otra vez de vuelta. Si puede atribuirse a alguien el primer interés de Berlin en la filosofía, esa persona fue Rachmilievitch. Este hombre extraño y excitable no escribió jamás una sola de sus teorías, tomó a Isaiah bajo su tutela para poder contemplar a su brillante alumno emprender el vuelo mucho más lejos de lo que podría haber imaginado y se ase-

guró de que el centro de gravedad intelectual de Isaiah fuera siempre ruso. De Rachmilievitch brotaban oscuros escritores rusos del siglo anterior; de su boca salían atropelladamente referencias a ésta o aquella desaparecida u olvidada polémica perteneciente a la historia del socialismo ruso; y poco a poco, Isaiah fue absorbiéndolo todo. Un decenio después, cuando llegó el momento de expresar sus agradecimientos por su primer libro —una biografía de Karl Marx— el nombre desconocido de S. Rachmilievitch figuraba junto al de lumbreras oxonienses como A. J. Ayer y Stuart Hampshire [13].

Rachmilievitch fue una inspiración, pero su fracaso en encontrar un sitio en la sociedad inglesa y su charla brillante, que se desvaneció como el humo, fueron también una advertencia. Rachmilievitch era lo que Isaiah podría muy bien haber llegado a ser, de no haber existido un elemento de autodisciplina hasta el momento oculto que diera a aquella charla la forma de pensamiento cohesivo, de no haber surgido las seductoras oportunidades de Oxford para dar a Berlin el sentimiento de pertenencia que Rachmilievitch no adquirió nunca.

La amistad de Rachmilievitch proporcionó a Isaiah una envidiable cimentación intelectual, pero en otros aspectos siguió siendo un adolescente retraído y tímido. Recordaba haber asistido a bailes en Bayswater donde, en lugar de bailar, se ganaba la antipatía de la anfitriona a base de reunir a los chicos en torno a él contándoles anécdotas. En una de aquellas fiestas conoció a Betty Spiro, una muchacha tímida, ascética y muy inteligente, un año menor que él, del colegio femenino de St. Paul's. Ella detestaba el baile tanto como Isaiah, por lo que ambos fueron a sentarse a un rincón y hablaron de libros. Betty era "una joven pensativa, levemente melancólica, con unos modales absolutamente encantadores", cuyas terminaciones nerviosas parecían estar a flor de piel [14].

Estas incursiones tentativas en el mundo de los bailes, las fiestas y los primeros amores convencieron a Isaiah de que no tenía nada que hacer allí. En una carta escrita a la tía Ida

Samunov a Jerusalén, inmediatamente antes de marchar a Oxford en el verano de 1928, Isaiah menciona un próximo compromiso con unos amigos de la familia, y añade: "En fin, yo, que he jurado eterno celibato, me alegro mucho. Lo cual, viniendo de mí, es suficiente" [15]. Siguió pensando lo mismo hasta bastante después de haber cumplido los cuarenta.

Su éxito de despedida en St. Paul's fue la concesión del Premio Truro por su ensayo sobre el tema de la libertad. Su hostilidad sempiterna hacia el determinismo tiene aquí su primera expresión [16]. Aquel muchacho de dieciocho años se situaba en un lugar intermedio entre los deterministas ("ya sean comunistas rusos, industriales norteamericanos o fascistas italianos [todos los cuales] se afanan en el logro de un Estado esencialmente colectivista") y los idealistas alemanes, que intentan rehuir la evidencia de un mundo determinista escapando a un reino interior de libertad. En su ensayo defendía la auténtica libertad de la experiencia interior frente a los deterministas y la auténtica libertad de la acción en el mundo exterior frente a los idealistas. Quizá la cuerda de este ensayo donde vibra una auténtica nota autobiográfica sea su defensa de las convenciones:

> En sí mismas, las convenciones no implican esclavitud; son en buena medida esa ley instintiva que surge del temor de los hombres a la anarquía, y que dista tanto de la libertad como la propia tiranía. En esta función, las convenciones son muchas veces una salvaguarda de la libertad interior, creando, como crean, una amplia igualdad disciplinaria exterior que deja espacio para un total anticonformismo interior. A ningún hombre le perjudica el conformismo si comprende que es simplemente una suerte de buenas maneras, una especie de etiqueta universal.

La defensa de las convenciones ocuparían un lugar considerable en su pensamiento posterior. Desde St. Paul's en adelante vivió en el seno de instituciones convencionales, de orden, repletas de tradiciones y costumbres, absurdas quizá, pero también absurdamente convincentes.

Este ensayo puede forzarse para extraer de él a la persona madura que fue después, pero sólo al precio de perder el perfil de la persona que lo escribió: un muchacho de dieciocho años rebosando citas entendidas a medias, referencias aprehendidas a medias, ideas a medio formar, generalizaciones que se elevan muy por encima del plano donde se encontraba. Como dijeron sus maestros de St. Paul's, rutinarios pero no faltos de discernimiento, era prometedor pero necesitaba disciplina. En Oxford le esperaban los enemigos de aquella promesa y nada fue menos inevitable que el hecho de que la promesa se cumpliera de manera tan insólita.



5. Oxford, 1928-1932

Marchó a Oxford en el otoño de 1928. Era un joven gordezuelo, de pelo negro rizado y ojos oscuros y vivos, cejas pobladas y gafas gruesas. Llevaba un traje de tres piezas de color apagado como su padre y en las fotografías se sostiene el brazo izquierdo con el derecho. A su madre le preocupaba —era estudioso, no sabía bailar; no hacía vida social— pero no había ningún motivo para ello. Oxford fue una liberación. Isaiah se alejaba de sus padres y se lanzaba al gran mundo.

El *college* que le habían elegido, Corpus Christi, era una institución pequeña, casi exclusivamente gentil, que producía clérigos y catedráticos especializados en los clásicos y torcía el gesto ante cualquier manifestación del siglo XX. No había máquinas de escribir en las oficinas del centro: su presidente despachaba toda su correspondencia escribiendo a mano con caligrafía de letra inglesa. Los tutores no veían con buenos ojos las nuevas carreras de Filosofía, Ciencias políticas y Económicas, introducidas en 1920, y se sobreentendía que los estudiantes no graduados de Corpus no iban a trabajar en esas especialidades [1].

Toda una generación de alumnos deslumbrantes —Cyril Connolly, Harold Acton, Brian Howard, Evelyn Waugh— estaba en trance de graduarse cuando llegó Berlin. Éste recordaba haber oído a Harold Acton leyendo *Sea and Sardinia* de D. H. Lawrence con "una voz muy empalagosa, muy pastosa" y retroceder ante la afectación homoerótica de todo el asun-

to. En los años veinte, la homosexualidad no era solamente una inclinación sexual: era también un estilo de rebeldía frente al sandio antiintelectualismo de los centros privados de enseñanza media. Mirando hacia esa época, Berlin recordaba a un extravagante latinoamericano, que se hacía llamar Reina del Perú, y que celebraba fiestas muy ruidosas en una casa donde los encargados de la disciplina solían hacer redadas y se decía que se cometían actos indecentes. Había otro esteta lánguido llamado Frank Curtis, cuyo padre era supuestamente coronel de la Guardia Real y que insistía en ser llamado François Capel. Si le preguntaban a cuál de los colegios de Oxford pertenecía, decía arrastrando las sílabas: "Querido, sencillamente no me acuerdo". Los tipos del estilo de Capel leían *Transition,* una revista surrealista publicada en París, y se paseaban por las calles de Oxford con cadenas de retrete en la mano para defenderse de los trogloditas, muchachos broncos de colegio privado vestidos con camisa de rugby, a los que les gustaba beber cerveza y atacar a los "mariquitas".

La universidad en la que Berlin ingresó en 1928 —casi exclusivamente masculina, de clase media, dedicada a la enseñanza de los clásicos— ya no existe, como tampoco los taxis tirados por caballos que entonces aún esperaban la llegada de los trenes en la estación de Oxford. Era un Oxford que se regía por el *êthos* de la escuela privada masculina, por los privilegios de clase, por un ideal de gentileza civilizada, que se enfrentó a su primera conmoción de conciencia en la década de 1930. Los estetas, recuerda Berlin, murieron "en el acto" a causa de la crisis financiera de 1931: sus padres se quedaron sin dinero para pagarles la ropa y las suscripciones a revistas francesas, y con el comienzo de la Depresión despertaron a la realidad de que iban a tener que trabajar en serio al terminar sus estudios.

La madre de Berlin no tenía por qué preocuparse: pronto fue éste el centro de un círculo de amigos, en el que llegaron a figurar John Hilton, Bernard Spencer, Martin Cooper y Stephen Spender. En los tres primeros años vivió en un anexo del colegio en Magpie Lane. Las habitaciones se calentaban

con chimeneas de carbón; no había agua corriente. Un criado del colegio —el *scout*— despertaba a los jóvenes por la mañana, trayéndoles un aguamanil de agua caliente para que se lavaran y afeitaran. Para llegar a los retretes había que cruzar el frío del *quad*, el patio interior. Las mañanas comenzaban con la oración en la capilla, presentándose en el comedor, con cara de sueño y generalmente en pijama, para pasar lista los que, como Isaiah, no asistían al servicio. La comida consistía en pan y queso, que cogían en el comedor y se tomaba en la habitación. La cena se hacía en el gran comedor. Los que se dedicaban al estudio, como Isaiah, tenían que llevar toga, y uno de los especialistas en Ciencias clásicas tenía que pronunciar una larga bendición de la mesa en latín. Isaiah se la aprendió de memoria y recordaba la ansiedad que le producía que, siendo judío, le pidieran que la recitara en público. Nunca se lo pidieron.

Había obtenido una beca para estudiar Ciencias clásicas e Historia moderna, pero el tutor que le correspondía en su colegio echó una ojeada a sus estudios clásicos y dijo que en modo alguno eran suficientes. Tendría que hacer Pass Mods, un curso preparatorio para los clásicos, durante dos semestres y comenzar después con los Greats, una especialidad de cinco semestres en Historia antigua y Filosofía, antigua y moderna. Los estudios clásicos constituyeron otra capa geológica más de su cultura, del mismo modo que las cadencias de Cicerón y Séneca llegarían a ser las fuentes de su retórica. Pero no era un buen especialista en clásicos; los clásicos tenían un espíritu ordenado, aseado. El suyo no era ni lo uno ni lo otro.

A Berlin le gustaba contradecir la imagen que otros tenían de él como estudiante brillante y prometedor. El acento de su recuerdo se centraba en mucho trabajo hasta entrada la noche: Jenofonte, Herodoto, Séneca, Plauto y graves mamotretos leídos en voz alta todas las semanas ante su somnoliento e insulso tutor en los clásicos. Los ensayos que escribía Isaiah para la mayoría de sus asignaturas eran "largos en exceso", refunfuñaba su tutor. Siempre que se permitía un pa-

saje grandilocuente, el riguroso doctor Grundy no fallaba en escribir al margen un desalentador "¿Ah, sí?".

No le venía mal del todo que le bajaran los humos de escolar arrogante. "Descubrí, en efecto, que no era ni mucho menos tan bueno como otros. No me importó. Soy poco ambicioso. No tengo deseo de brillar". Este humilde autorretrato es insincero. Stephen Spender, coetáneo suyo, le conoció después del primer año y recordaba que Isaiah era "ya famoso" de estudiante. ¿Famoso por qué? "Por hablar" [2]. Sus habitaciones de Corpus Christi se convirtieron en "un lugar muy concurrido" para charlar y chismorrear. Uno de sus amigos, Bernard Spencer, era poeta, un esteta a quien los miembros más bullangueros del colegio atacaron una noche, afeitándole la mitad de las largas patillas; Martin Cooper tenía gusto musical; Spender estudiaba Lengua y Literatura inglesa. Las conversaciones en la habitación de Isaiah eran sobre conciertos, obras dramáticas, poemas, novelas, no sobre el derrumbamiento de Wall Street, las elecciones alemanas o el destino del Gobierno laborista. Se celebraban fiestas organizadas sobre el principio de que la comida debía reflejar el carácter de la persona invitada. Al malhumorado Humphry House le sirvieron una comida negra: pudín negro, tostadas quemadas, café negro, aceitunas negras; al poeta en ciernes Stephen Spender, sopa de letras.

Al final de su segundo año, en 1930, Berlin heredó de su antiguo amigo del colegio Arthur Calder-Marshall la dirección del *Oxford Outlook*, una revista estudiantil. *Outlook* tenía un tono de superioridad sesuda y seguía las pautas intelectuales de revistas londinenses de moda como *London, Mercury* y *Criterion*. El estilo dominante era una especie de afectación de conocimiento mundano y sofisticación, y las primeras contribuciones de Isaiah emulaban este lenguaje. La dirección de *Outlook* le permitió entrar en contacto con algunos de los estudiantes más brillantes de su generación [3].

Pocos recuerdos quedan de parrendeo estudiantil. Berlin recordaba, sí, haber bebido unas copas de más en una fiesta y tambalearse hasta High Street, haciendo eses, saludando con

el sombrero a las señoras y disculpándose por su conducta. Stephen Spender recordaba una fiesta de estudiantes en la que Isaiah se colocó en la ventana con un cuenco en la mano, tirando guindas a los viandantes. Pero estas ocasiones eran excepcionales. Otra contemporánea, Diana Hubback, decía que "parecía totalmente adulto en un momento en que sus amigos de juventud empezaban apenas a salir de la adolescencia" [4]. Y ciertamente tenía un aire impresionantemente cosmopolita. Los escépticos se preguntaban de dónde sacaba el tiempo para adquirir tanta erudición. Shiela Grant Duff, que conoció a Berlin a principios de 1931, solía preguntarse si efectivamente leía los libros que citaba con tanta soltura. Quizá lo que hacía era "sentarse en medio de la habitación y absorberlos" [5]. En realidad, Berlin picaba un poco aquí y otro poco allá, y tenía un sentido extraordinariamente agudo para saber, con leer unas pocas páginas, si un libro merecía ser leído, y en ocasiones decía estar familiarizado con obras que apenas conocía. Su antipatía de toda la vida hacia Freud, por ejemplo, se fundaba en un conocimiento muy somero de sus escritos. Una inteligencia selectiva unida a una memoria prodigiosa le permitió acumular esa masa de referencias que admiraba a sus amigos. Pero nunca fue un trabajador ordenado: sus habitaciones de trabajo eran un caos confortable, atestado de libros, papeles, discos, cartas por contestar y tazas de té a medio beber. Le gustaba leer por la noche —a ser posible en la cama— y lo hacía, hojeando y garrapateando a gran velocidad, hasta las dos, e incluso las tres de la mañana, durmiendo después durante las horas del desayuno y de las primeras sesiones de tutoría.

La persona que le enseñó disciplina intelectual era un modesto escocés, Frank Hardie, su tutor de Filosofía en Corpus. Comenzando en el segundo año de estudios de Isaiah, Hardie se puso manos a la obra, obligando pacientemente a su brillante alumno a abrir algunas sendas en la selva de su mente. Todas las semanas Hardie escuchaba los ensayos que Isaiah escribía y leía en voz alta y después los desmontaba, eliminando los fragmentos recargados, los vuelos de fantasía,

haciéndole ver sin brusquedad las contradicciones e incoherencias con un acento escocés suave y preciso. Las disecciones de Hardie eran aleccionadoras pero el efecto era inspirador. Recordando estas sesiones sesenta años después, Berlin se animaba, puntuando sus palabras con palmadas de la mano derecha sobre el dorso de la izquierda: "Me sacó del cuerpo toda la oscuridad [palmada] y pretenciosidad [palmada], y las frases contorsionadas [palmada], desde entonces hasta este mismo momento [palmada]".

Hardie se convirtió en la influencia intelectual más importante en la vida de estudiante de Berlin, orientándole hacia el empirismo británico que llegaría a ser su moral intelectual. Es extraordinario que alguien tan indisciplinado e intuitivo comprendiera hasta qué punto necesitaba lo que aquel escocés de maneras suaves y retraído podía enseñarle. Pero ésta fue una pauta de toda su vida: adivinar en los demás lo que a él le faltaba, y poseer la astucia y confianza suficientes para ir a buscarlo.

La filosofía de Oxford acaba de entrar en el siglo XX: sus filósofos más destacados seguían refutando el idealismo bradleiano del siglo anterior. En cuanto a Russell, Wittgenstein y la revolución que empezaba a germinar en la cercana Cambridge, los profesores de Filosofía de Oxford de fines de los años veinte y comienzos de los treinta les prestaban escasa atención. La obra de G. E. Moore *Principia Ethica* —que en tan alto grado había definido la atmósfera ética del grupo de Bloomsbury— no figuraba en ningún programa de estudios, aunque Isaiah accedió a ella por cuenta propia, en algún momento del año 1930, y quedó impresionado por su claridad expositiva, la pureza de su tono moral y la reconfortante implicación de que el bien puede ser tan claro, tan nítido y tan intuitivamente aprehensible como los colores primarios. También debió impresionarle que el escepticismo intelectual pudiera caminar de la mano con el conservadurismo social. Moore escribía: "En cualquier opinión generalizada, parece indudable que la conservación de la sociedad civilizada, para conseguir la cual son necesarias dichas normas, es necesaria para la existencia,

en cualquier grado considerable, de todo lo que se cree bueno en sí mismo"[6]. La función de la filosofía era defender "la sociedad civilizada" depurando su discurso sobre sí misma, aclarando sus reglas morales y, con ello, fortaleciendo el compromiso de sus "hombres jóvenes" con sus valores. La posibilidad de que los valores —lejos de ser objetivamente discernibles como los colores— pudieran ser a un tiempo contestables e incompatibles no era cosa que figurara en el horizonte de nadie.

Moore llevó a Isaiah hasta Russell, pero no de Russell a Wittgenstein. Berlin no conoció la existencia de Wittgenstein hasta que un joven y apuesto estudiante, Freddie Ayer —vistiendo, recordaba Isaiah, una chaqueta de etiqueta muy elegante con un clavel en el ojal— leyó en Christ Church un trabajo suyo sobre el *Tractatus* ante una congregación de profesores de Filosofía, en la primavera de 1932.

En el verano de 1931 Berlin hizo amistad con el joven profesor de reputación más notoria y más célebre de su época, considerado en aquel momento como "loco, malo y de trato peligroso". Se trataba de Maurice Bowra, un clasicista menudo, fornido, de aspecto beligerante, con una complexión de bulldog, que era a la sazón decano de Wadham College y centro de un círculo formado por los profesores jóvenes y estudiantes más brillantes de Oxford [7].

Oxford es una institución dedicada a la seducción de los jóvenes, y Bowra era uno de sus seductores más asiduos. Cyril Connolly recordaba que Bowra le había recogido y después presentado a los congregados diciendo: "This is Connolly. Coming man. [Pausa] Hasn't come yet". ("Aquí Connolly. Este hombre llegará. No ha llegado aún"). Bowra tuvo conocimiento de Isaiah a través de su amigo Martin Cooper, que, enterado de que Bowra buscaba a alguien que revisara su traducción de un poema del escritor ruso Alexander Blok, presentó a los dos hombres. El primer encuentro no fue auspicioso. Isaiah leyó los dos primeros versos:

Una tempestad marina...
Una sirena posada en ramas de un manzano...

¿Una sirena? Isaiah quiso ver el original. La palabra rusa se refería en realidad, dijo, a una criatura mitológica alada, posiblemente un pájaro de fuego. Bowra miró la palabra en el diccionario. Aquí dice "lechuza", le comunicó ásperamente. Puesto que aquello no era posible, escribió con lápiz "tórtola" en la prueba de imprenta y la mandó así, claramente picado porque aquel estudiante precoz hubiera considerado su ruso defectuoso. Pese a ello, al despedirse le dijo a Isaiah que volviera por allí. Pronto Isaiah se encontró en el círculo más íntimo. Bowra sería una influencia decisiva: con figura de barril, engreído, de rostro coloradote, locuaz, presente en todas las fiestas, "riendo a carcajadas en un timbre con la capacidad de resonancia de las Trompetas del Juicio Final", Bowra era prueba de que la vitalidad y el apetito de vivir no tenían por qué ser borrados de la existencia profesoral. En los años treinta, Bowra gustaba de caracterizarse como líder del "frente inmoral", formado por todos aquellos comunistas, homosexuales y anticonformistas que defendían el placer, la convicción y la sinceridad frente a los pesados y quisquillosos mandarines de los colegios de Oxford. Bowra era además un personaje de agudeza e ingenio celebrados, solicitado y temido alternativamente por lo afilado de su lengua. En el recuerdo de Isaiah, "sus palabras salían en explosiones breves y nítidas de fuego concentrado y certero, mientras imágenes, juegos de palabras, metáforas y parodias parecían generarse espontáneamente en cadena en una sucesión de formas fantásticamente imaginativas, elevándose en ocasiones hasta increíbles fantasías, frenéticamente cómicas". En otras palabras, era un Paganini de la palabras, un virtuoso de esa asociación libre, en apariencia desenfrenada pero, no obstante, disciplinada, que llegaría a ser especialidad del propio Isaiah [8]. Su dicción misma —la verborrea de fuego graneado— provenía de Bowra.

Más adelante, cuando Isaiah decía que conocer a Bowra había sido una "liberación", a lo que se refería era a que éste le había dado confianza para ser él mismo, para dejar fluir

sus palabras, para permitir que se derramara su exuberancia. Bowra le ayudó a rehusar la figura profesoral estirada que se ofrecía en los colegios oxonienses de su época. Para un estudiante cauto y moralizante había algo delicioso en un profesor joven que, cuando le preguntaban sobre la conciencia, tronaba que "era una cosa de mal gusto que daba las doce y decía no lo hagas" [9].

Bowra dio licencias al modo de expresión de Isaiah; le enseñó que se podía conformar una persona pública en torno a aquella índole de verborrea brillante; por él comprendió que no tenía que reprimir ese aspecto de sí mismo para triunfar [10]. Pero Bowra también suministró un público sustentador para el interés de Isaiah en todo lo ruso, contribuyendo a dejar abierta la puerta al pasado ruso en un Oxford donde, sin él, podría haberse cerrado poco a poco [11].

Cuando Berlin conoció a Bowra en 1931, la vida estudiantil de Oxford empezaba a olvidarse de la estética y a interesarse en la política. El triunfo de Hitler en las elecciones alemanas, la crisis de la libra y el abandono británico del patrón oro, la formación de un Gobierno Nacional y los disturbios provocados por los parados supusieron una fuerte presión sobre los estudiantes en buena medida privilegiados de la época y dirigieron todas las conversaciones hacia el entorno político, cada vez más oscuro. Como decía Berlin en una carta de septiembre de 1931, "la política se ha vuelto tan interesante que hasta yo he empezado a seguirla con bastante avidez" [12]. De pronto, el comunismo estaba bien visto y la Unión Soviética era un faro de esperanza para todos los que creían ver algo podrido en la urbanidad liberal que Isaiah tanto admiraba.

Stephen Spender es quien más contribuyó a que Berlin y su círculo comprendieran las realidades de la política europea. Spender se marchó de Oxford en 1931 y viajó por Alemania. Sus cartas no permitían a Isaiah desoír lo que estaba ocurriendo mientras Hitler iba acercándose cada vez más al poder:

No es posible exagerar la gravedad de la situación política de Alemania. Parece que la totalidad del sistema... va a quebrantarse y que en diciembre, después de otras elecciones generales, todas las personas de origen judío van a ser fusiladas, todos los extranjeros expulsados del país y todos los niños pobres enviados a Heligoland o algún sitio similar para trabajar la piedra [13].

La perspicacia política y la franqueza sexual de Spender les unieron. Como expresara Spender en sus memorias de los años treinta, *World Within World*: "Isaiah sentía un interés por las vidas de los demás reforzado por la convicción de que él por su parte era ajeno a las pasiones que las movían" [14]. Isaiah vivía su vida erótica a través de las estudiantes que venían a contarle sus tribulaciones, y a través de aventureros como Spender, que exploraban ambos lados de su naturaleza erótica. Spender recordaba haber paseado con Isaiah por las calles de Salzburgo una noche del mes de agosto en 1931, cuando vio a un muchacho que le gustó y se fue con él [15]. Isaiah no estaba demasiado escandalizado, aunque el propio Spender lo consideró posteriormente como un episodio de exhibicionismo. Más adelante, en ocasión de un viaje a pie por el Distrito de los Lagos en que algunas personas creyeron que eran una pareja de homosexuales, a Isaiah le divirtió el asunto más que consternarle. Las ventajas de la experiencia vicaria, claro está, son que no hay riesgo de cometer errores; puedes observar a los demás cometerlos en tu lugar.

A principios de 1932 Spender había sido testigo del destrozo de los comercios judíos a manos de los Camisas Negras y había sentido difundirse la atmósfera de intimidación y miedo por toda Alemania. En una carta escrita a Isaiah, le advertía explícitamente contra su distanciamiento aristocrático:

No he querido decir que la tosquedad y la violencia fueran en sí mismos mejores que Oxford. A lo que me refiero es a que si nuestro mundo es un mundo de violencia, de brutalidad, entonces [cuando] sales de Oxford no tienes más remedio que hacer frente al hecho, por tanto es mejor aceptar la situación real de la

vida contemporánea lo antes posible. Hay que convivir con ella, para bien o para mal, y la única esperanza de cambiarla es hacerle frente, no vivir en un sueño de viejo mundo. Pero me canso de repetir lo que para mí es del todo evidente. La cuestión es que si la filosofía se retira a la reclusión de Oxford y la estudian personas que no ven más allá de Oxford, esa filosofía creará un mundo remoto e idealista tan enclaustrado como estuvo la Iglesia, pero que supone una trampa para personas con cerebro, cosa que no ocurre ya con la Iglesia (*pace* T. S. Eliot) [16].

Como judío, extranjero y foráneo, Berlin consideraba que no estaba hecho para adoptar posturas públicas, pero contemplaba las ideas políticas de Stephen con respeto vicario. No podía dejar de ver que cualquier defensa auténtica de la "vida civilizada" tenía que tener presente hasta qué punto era claustral la versión de civilización que ofrecía Oxford. Fue Spender quien le proporcionó aquella puesta al día con la realidad que no permitió a Isaiah retirarse a un distanciamiento académico. A Berlin, los embrollos personales de Spender le resultaban cómicos y absurdos, su poesía y sus obras dramáticas le parecían sentimentales y "lacrimógenas", y no entendía por qué Stephen había militado brevemente en el Partido Comunista en 1936. Pero respetaba el hondo apetito de vida que había en el compromiso de Spender con su tiempo, y creía que había una especie de seriedad rusa en el sentido que tenía Spender de su compromiso político.

El amigo y rival de toda la vida de Stephen Spender, Wystan Auden, le trataba como a un preceptor; Berlin le trataba como un igual. Si era cierto que Isaiah hablaba "en un monólogo en que a veces todas las palabras parecen unirse en una sola palabra gigantesca", también lo era que sabía *escuchar.* Al advertir sus amigos esta capacidad para escuchar, esta empatía hacia sus dificultades, empezó a adquirir, ya con veintitantos años, fama de ser persona sabia, de tener algún don misterioso de claro discernimiento humano.

En el verano de 1930, en compañía de Spender, Berlin realizó su primera visita a Salzburgo. Estas visitas, que continua-

ron hasta el Anschluss de 1938 y se reanudaron después de la guerra, tenían una importancia central para la vida de Isaiah. Nunca olvidó la sensación de emoción física que le embargó cuando ocupó su litera en un coche cama de tercera con destino a Salzburgo. Fundado en 1920 por el empresario Max Reinhardt y el poeta Hugo van Hofmannsthal, el Festival de Salzburgo estaba dedicado a la música de Mozart y Beethoven como Bayreuth estaba consagrado a Wagner [17]. Reinhardt era judío, Hofmannsthal de una familia judía convertida al catolicismo; Salzburgo era, en términos políticos, el anti-Bayreuth. Cuando Toscanini se negó a tocar la *Giovinezza,* el himno fascista, y fue atacado por matones del fascio en Milán en los años veinte, y cuando se negó a dirigir en Bayreuth, se convirtió en héroe de los antifascistas de toda Europa. En 1935 en Salzburgo Toscanini ofreció la célebre interpretación del *Fidelio* de Beethoven, en que —como recordaban tanto Spender como Berlin— el coro de prisioneros, en el momento en que se quitan las cadenas y salen a la luz, parecía dar voz a la "fe humanística" bajo asedio en la Europa de los años treinta. Berlin no olvidó aquella representación en toda su vida: la convicción moral y la expresión musical fundidas en un momento de emoción sobrecogedora.

Debido a Toscanini, Berlin y Spender consideraban Salzburgo como el hogar cultural de la oposición cosmopolita europea a la estética nazi. Pero la ciudad en sí no estaba del todo exenta de manifestaciones fascistas: el periódico de la ciudad era notablemente antisemita, e Isaiah tuvo su único encuentro directo con fascistas en los cafés y restaurantes de sus calles. Hombres borrachos, con la cara congestionada y *Lederhosen,* calcetines blancos y brazaletes nazis, que daban puñetazos en las mesas para que les sirvieran y farfullaban oscuramente sobre esos cosmopolitas morenos que había en otras mesas. A la madre de Berlin le preocupaban tanto las aventuras estivales de su hijo que llegó a rogarle que no fuera, y él accedió, marchándose después a escondidas.

La presencia fascista en Salzburgo no podía haber sido abrumadora, porque la vida en aquella pequeña ciudad —donde se

alojaba en una pensión barata, se levantaba tarde, desayunaba en algún café, asistía a conciertos de mediodía, leía o paseaba por las tardes, volvía a los conciertos por la noche— llegó a ser su definición de paraíso. El primer verano, además de Spender, le acompañaron Walter Ettinghausen, un amigo de St. Paul's, y un diminuto ex alumno de Marlborough, Michael Corley, hijo de un próspero fabricante de mantas. A Spender siempre le desconcertó Corley, que se comportaba como si fuera el paje de Berlin, afectuoso, incondicional y al mismo tiempo burlón y divertido ante su leve hipocondría. Cuando Isaiah contrajo un catarro y tuvo que quedarse en cama en su *Gasthof*, en agosto de 1930, Spender preguntó a Corley cuándo estaría bien, y éste respondió con humor: "Isaiah nunca se pone bien" [18].

Los viajes a Salzburgo eran mucho más que vacaciones, y la creciente devoción de Berlin por la música mucho más que un pasatiempo. La música siempre había sido importante en su vida. Su madre iba de un lado a otro de la casa canturreando en tono de voz de soprano almibarado pero puro; cuando estaba en St. Paul's frecuentaba los conciertos del Queen's Hall y el Wigmore Hall y a los diecinueve años había escuchado ya la mayor parte del repertorio pianístico de Beethoven y Schubert. En Oxford fue crítico musical del *Oxford Outlook.* Aunque nunca aprendió a tocar bien ningún instrumento o siquiera a leer una partitura, amaba la música con auténtica pasión, y sus amores musicales —Bach, Mozart, Beethoven, Schubert, y también figuras más ligeras como Rossini y Donizetti— ofrecen algún indicio de la vida interior esencialmente ordenada, satisfecha y serena que llegó a tener. Le encantaba el repertorio clásico decimonónico —especialmente el de piano— porque daba expresión a un compromiso, a un tiempo estético y ético, con el mundo de la dignidad y la luz diáfana. Respetaba a Wagner pero desaprobaba la violencia y pasión sexual de su música. No sólo le producía rechazo la intensidad de los sentimientos, o siquiera la fuerza de su erotismo, sino también lo que él consideraba insinceridad por parte de Wagner. En una carta a Spender de 1935

sostenía que Wagner era uno de esos artistas incapaces de sentir emoción directamente. Tenía que preguntarse: "¿Qué es la pasión erótica?", "¿qué son los celos?" para después dedicarse a construir una paráfrasis musical de emociones que no podía sentir de primera mano [19]. Mientras que Verdi llegaba al corazón directamente, porque él mismo sentía las emociones y no le hacía falta parafrasear. Verdadera o falsa, esta distinción entre tipos de artistas era también una exploración indirecta de su propia ansiedad. Se preguntaba si tenía capacidad para sentir emociones directamente y creía que le preocupaba en exceso la impresión que producía en los demás. Muy pronto había calificado esta suerte de inseguridad como un obstáculo tanto para el arte como para la paz interior.

En la música y a través de ella aprendió a afinar su oído emocional, a distinguir entre sentimientos auténticos y falsos. Siempre tuvo un sentido muy vívido de la dificultad para saber lo que sentimos y expresar esa emoción sin sentimentalismo. Es por esto que su afición a la música era a un tiempo estética y ética; porque era en la sala de conciertos donde percibía el carácter de la autenticidad emocional.

Las cualidades musicales y morales nunca estuvieron claramente diferenciadas en su espíritu. Fue por motivos tanto morales como musicales por los que Toscanini se convirtió para Berlin en el héroe artístico más perdurable: el Toscanini que exigió una disculpa personal a Mussolini por el trato de que había sido objeto a manos de los matones fascistas era inseparable del disciplinario implacable que hacía a una orquesta repetir tres acordes un sinfín de veces en pos de una perfección esquiva que sólo él podía oír. En la forma de dirigir de Toscanini había algo "fogoso e implacable, algo muy poco inglés" que cautivaba a Isaiah. La palabra que empleaba para describirlo era del italiano: *terribilità,* y toda su vida amó el arte que poseía este sentido de necesidad fiera e insobornable.

Hay una fuerte analogía entre lo que Berlin aprendió de Toscanini y lo que aprendería de Bertrand Russell: que los

artistas y pensadores de verdadera grandeza poseen una idea nuclear que, por compleja que sea su exposición y su defensa, en sí misma es siempre sencilla. Una vez hallada, ésta daba acceso al carácter de la obra [20]. La obra de Berlin como intérprete de figuras intelectuales del pasado estaba muy influida por los directores de orquesta a los que admiraba. Sus interpretaciones siempre aspiraban a revelar la línea melódica esencial del pensador. Admiraba también la modestia artística de Toscanini, su respeto hacia las intenciones del compositor. "Cuando decía que el menos bueno de los compositores está por encima del mejor director de orquesta, lo decía en serio". Berlin además siempre presentaba sus propias ideas como si estuvieran simplemente enunciando las líneas melódicas de compositores mejores que él.



Otra figura de Salzburgo era Sheila (Sigle) Lynd, la vivaz hija de un periodista irlandés, Robert Lynd, y de la poetisa Sylvia Dryhurst. Las hermanas Lynd, Sheila y Marie (también conocida por B. J. [Baby Junior]), tenían una belleza celta de estilo prerrafaelita y eran fuertemente inteligentes e izquierdistas. Durante el verano de 1931, Isaiah se sintió seriamente atraído por Sheila, y en las salas de concierto y los cafés floreció una especie de romance reprimido. "No pasó nada", recordaba Isaiah categóricamente. "Nunca nos besamos. Ni nos tocamos. Fue todo muy inhibido". Era la primera vez que se había aventurado en aguas profundas y se retiró a todo correr. Sheila pronto buscó parejas físicamente más demostrativas, pero quedaron como buenos amigos, incluso después que Sheila se dedicara a la política comunista activa.

El regreso de Berlin después de aquel encuentro emocionante pero perturbador con Sheila Lynd le llevó hasta la primera encrucijada en el camino de su profesión. En los exámenes había conseguido una calificación de matrícula de honor en estudios clásicos, además del premio de filosofía John Locke. Ahora debía decidir qué hacer a continuación. Seguir los pasos de su padre era impensable; le tentaba el permanecer en Oxford otro año y obtener un título en PPE (Philosophy, Politics and Economics: Filosofía, Políticas y

Económicas). Pero también existía la posibilidad de dedicarse al derecho. En el otoño de 1931 consideró brevemente hacer carrera en la abogacía, pero llegó a la conclusión de que el derecho era un auténtico aburrimiento. Estaba también la posibilidad del periodismo. El presidente de Corpus Christi le había informado de que el director del periódico *The Manchester Guardian*, C. P. Scott, también ex alumno de Corpus, buscaba un especialista sólido en clásicos, interesado en asuntos extranjeros y dotado de "soltura para escribir". El presidente aconsejó a Isaiah que renunciara a un cuarto año en Oxford, dado que "una vía tan buena hacia la vida pública" raramente se presentaba, y desde luego no el punto más negro de la Depresión. C. P. Scott le invitó a una entrevista. Scott era una figura de fama nacional, un patriarca de barba blanca y ojos azules de los directores de prensa británicos, que inspiraba cierto temor. Fue al grano directamente: "¿Tiene facilidad para escribir?", preguntó a Isaiah. Cuando Berlin confesó que no, Scott le miró de arriba abajo y dijo: "Entonces no me sirve". La entrevista había concluido. El puesto de trabajo fue para el amigo de Isaiah Goronwy Rees [21].

Dado que C. P. Scott había decidido el asunto, en el año académico de 1931 Isaiah regresó a Oxford para estudiar PPE, por entonces una especialidad relativamente nueva, considerada con recelo por muchos catedráticos, que la tachaban de "*greats* para chicas", es decir, una alternativa fácil al estudio de Ciencias clásicas, apropiado para jovencitas. Berlin se concentró en la filosofía con Frank Hardie y empezó a asistir con regularidad a un club de filosofía estudiantil, la Jowett Society, donde se granjeó más fama por demoledor escéptico de las posiciones de los demás que por la exposición de sus propios argumentos. Asistió también a un curso de conferencias impartidas por R. G. Collingwood. El tema de las mismas era la filosofía de la historia, y Collingwood era el único de todos los filósofos de Oxford en insistir en una aproximación histórica a los problemas filosóficos. Si hay que buscar en Oxford el verdadero origen del posterior interés de Berlin en la filosofía de la historia, en innovadores filosóficos

como el napolitano del siglo XVIII Giambattista Vico y en el desarrollo de su idea de que pensar en términos históricos era la mejor forma de hacer filosofía, ese origen fue Collingwood. Nunca hubo entre ellos una relación cercana —Collingwood rechazó suavemente una de las invitaciones de Berlin para participar en un seminario— pero fue una influencia importante.

En cuanto a la parte de estudios políticos del programa PPE, en Corpus no había tutores para esta disciplina, motivo por el cual le dijeron a Berlin con pomposidad que leyera los editoriales del periódico *The Times* para compensar dicha deficiencia. Y tampoco existía filosofía política propiamente dicha. El espacio filosófico del que Isaiah tomaría posesión —filosofía de la historia y teoría de la libertad— no formaba parte de sus estudios subgraduados. Es más, cuando posteriormente inició la andadura en esta senda no había prácticamente nadie en Oxford cuyos pasos pudiera seguir o con quien compartir sus intereses.

Para la economía le asignaron un tutor de Queen's College, pero no le atraía esta disciplina. Fue también su primer contacto con las ciencias sociales y, aunque era un alumno cumplidor, le resultaron tediosas. El capitalismo no figuraría nunca entre sus temas de estudio o interés. Este desdén hacia las ciencias sociales, unido a un vivo recelo de sus pretensiones científicas, se convirtió en un rasgo fijo de su orientación intelectual. En el verano de 1932 se presentó a los exámenes finales y obtuvo el título con una de las calificaciones más altas [22].

Richard Crossman, recientemente nombrado miembro de New College, convenció entonces al director de su colegio, H. A. L. Fisher, de que esta institución necesitaba otro tutor de filosofía. Con consumada mendacidad se las arregló para insinuar que Berlin había recibido tres ofertas de otros tantos colegios. En realidad, ningún *college* le había hecho oferta alguna. Pero con las recomendaciones de Frank Hardie y una matrícula de honor en la mano, a Berlin le dieron un puesto de tutor de filosofía en New College, que debía

ocupar a partir de octubre de 1932. No hubo ni solicitud ni entrevista. Berlin no había publicado nada más que algunas críticas de música y de libros en una revista estudiantil de Oxford; sólo hacía unos meses que había aprobado sus exámenes finales; nunca había dado clase; y estaba ya embarcado en la vida de profesor de Oxford.

El paso de la vida de estudiante a la de profesor resultó un shock extremadamente desagradable. La sala de New College donde se reunían los profesores era de un aburrimiento mortal. "Todo el mundo hablaba de automóviles y carreteras de circunvalación". Jasper Ridley, un brillante estudiante de Filosofía de Balliol College, metió la cabeza en aquella sala de profesores, echó una ojeada y susurró: "¿Pero quiénes *son* todas esas gárgolas?". Ahora Isaiah era una de las gárgolas y cobrar conciencia de ello le hundía en la miseria. La primera vez que cenó en *high table* se mostró tan absolutamente mudo que Crossman le dijo entre dientes desde el otro lado de la mesa: "Tienes que ser brillante, Berlin, brillante. Si no lo haces, no terminarás de caerles bien, sabes". Con Crossman sí podía hablar, pero le parecía un bravucón agresivo de mucho desparpajo, con una vena de cinismo en su conversación. "Era un nazi de izquierdas. Era anticapitalista, detestaba la función pública, la respetabilidad, los valores convencionales de estilo decente, honrado y pesado. Lo que a él le gustaba eran los jóvenes entonando canciones, los estudiantes enlazando los brazos, los desfiles con antorchas. Había un fuerte componente fascista en él. Quería poder, odiaba el liberalismo, las buenas maneras, la amabilidad, la cordialidad...".

A Berlin le gustaba hablar de filosofía a los estudiantes, pero apenas si tenía la sensación de haber encontrado una vocación. En efecto, aunque siempre fue un profesor responsable, nunca disfrutó mucho con la enseñanza. Sus ribetes paternales le resultaban incómodos; las relaciones padre-hijo, padre-hija, no fueron nunca su fuerte. Lo que sobre todo parece haberle deprimido era tener que convertirse en una persona "responsable".

No deja de ser interesante que su mejor amigo en New College fuera el *warden* (presidente) H. A. L. Fisher, aristócrata liberal y antiguo ministro del gobierno. Las indiscreciones de Fisher sobre sus colegas del colegio eran legendarias. "Antes de la guerra", solía decir, "este colegio era un lugar espléndido; con Gilbert Murray y demás. ¿Qué tenemos ahora? Un enorme mausoleo". Exactamente lo que pensaba Isaiah. Él y Fisher empezaron a comer solos en la vivienda del *warden* y a dar un paseo a continuación, para irritación de colegas de más antigüedad, que no entendían qué veía en aquel judío parlanchín con gafas. Fisher era el primer grande del reino que Berlin había conocido, el primero con ese sentido señorial de las cosas del mundo que, lejos de repeler a Isaiah, le parecía decididamente atractivo. En una ocasión, Fisher salió de una reunión con miembros del colegio y le comentó a Isaiah: "Acabo de aplicarles una inmensa cantidad de cursilería victoriana: creo que ha funcionado". El cinismo de Crossman le había resultado repugnante a Berlin; el de Fisher tenía una grandiosidad y un ingenio que lo hacía seductor.

Pronto hizo amistad no sólo con Fisher, sino también con su mujer —una gran señora por derecho propio, cuya mordaz franqueza divertía mucho a Isaiah— y con su hija, Mary. Ésta era estudiante de clásicos, agraciada, de cabello rubio y ojos azules, seria y muy cariñosa. En la residencia de Fisher vivía también Maire (B. J.) Lynd, hermana de Sheila, la amiga romántica de Isaiah en Salzburgo. Pronto Isaiah se encontró cenando en la vivienda del director con aquellas dos jóvenes encantadoras y de buena familia, que serían amigas suyas toda la vida.

Aparte de los Fisher, la existencia profesoral de Isaiah era deprimente. A las pocas semanas se perfiló una posibilidad de huida. En octubre de 1932, a instancias de Frank Hardie, se presentó a un examen para obtener un excelente *fellowship* *

---

* Puesto que otorga derecho a la categoría y los emolumentos de un *fellow*, miembro ya graduado de un colegio con un puesto remunerado para un periodo de investigación. *(N. de la T.)*

en All Souls College. Este colegio representaba el Parnaso mismo de la vida académica inglesa: era una institución ancestral y rica en donde no había docencia de ninguna clase ni estudiantes graduados o por graduar, y que tenía fama de seleccionar a las personalidades más brillantes de Inglaterra. Una vez elegido, el *fellow* entraba en una versión de cielo académico, en el que podía dedicarse a la investigación, a la enseñanza o incluso contraer compromisos profesionales en Londres, teniendo todas sus necesidades cubiertas y atendidas y sin ninguna intrusión molesta del mundo exterior que pudiera distraer o irritar. Berlin no era muy consciente de lo que significaba aquel colegio, y no tenía ni idea sobre lo que iba a hacer en caso de ser aceptado. Realizó los exámenes en una sala de All Souls durante tres días de finales de octubre de 1932. Apenas guardaba memoria de aquella ordalía: tenía que escribir tres trabajos, uno sobre temas generales, otro sobre filosofía y otro sobre economía. La parte más intimidante de todo el asunto era cuando llamaban al aspirante, le ponían frente a los *fellows* y le hacían leer primero un fragmento en alemán y traducirlo después a la vista. A Isaiah se le trabó la lengua en medio de la traducción y oyó a lord Chelmsford, *warden* de All Souls, un venerable ex virrey de India, entonar la palabra "continúe", lo cual le hizo confundirse aún más. Al salir de la sala, sonrojado de vergüenza, oyó a Chelmsford susurrar: "Por lo menos con ése no tenemos que quedarnos". Isaiah supo más adelante que otro *fellow*, el obispo de Gloucester, objetó a la idea misma de elegir a un judío para el puesto.

El 4 de noviembre de 1932 el amigo de Berlin, Goronwy Rees —miembro de All Souls desde el año anterior— se le acercó en la calle y le dijo que había sido elegido. Isaiah se quedó estupefacto. Aquello era imposible: el primer judío jamás seleccionado para entrar en All Souls, y el tercero en recibir un *fellowship* en todos los colegios de Oxford. Tan pronto como se supo la noticia, el periódico *The Jewish Chronicle* publicó un artículo y toda la comunidad judía conoció su éxito. El Gran Rabino le escribió una carta de felicitación y la figura judía más insigne de todas, el barón Rothschild, le invitó a

pasar un fin de semana en Waddesdon, su palacial casa de campo. De repente, de un gran brochazo, a los veintitrés años Berlin había salido de una oscuridad profesoral entrando en lo que era a la sazón el club más selecto de la vida inglesa, un colegio donde ministros del gobierno, directores del periódico *The Times* y las figuras intelectuales más destacadas de la época se mezclaban en términos de igualdad. Crossman se puso furioso: el percherón que tenían que hacerse cargo de lo más plúmbeo de sus tareas docentes mientras él encantaba en las aulas con sus brillantes lecciones magistrales sobre Platón le había ganado por la mano. No es de extrañar que Isaiah estuviera eufórico: salió de New College y se instaló en sus habitaciones de All Souls en cuestión de días. "Charlé durante dos días y dos noches sin parar", y después estuvo enfermo dos meses por puro agotamiento nervioso.



6. All Souls

Dos amigos suyos colocaron un atril de música en el pasillo de sus nuevas habitaciones de All Souls, lo cubrieron con un birrete y una toga y situaron aquel espantajo académico ante la puerta de Berlin con un cartel al cuello que decía "¡No entrar!". Durante una semana, Isaiah se permitió el derrumbamiento. Después dejó el colegio para recuperarse, primero bajo los cuidados de su madre en Hollycroft Avenue y después en un hotel de Amalfi, donde se entretenía comunicándose en latín con los camareros.

Cuando regresó a All Souls en enero de 1933 había dominado las emociones que le desbordaron al ser elegido. Se instaló en sus habitaciones, que miraban al gran patio interior y la Radcliffe Camera, y empezó a disfrutar. Permanecería en All Souls hasta 1938, cuando aceptó un *fellowship* de New College para enseñar filosofía, y siempre consideró aquellos seis años de la década de 1930 pasados en All Souls como los más felices de su vida. All Souls le proporcionó el entorno en el que todas sus características pudieron florecer: su necesidad de compañía; su apetito de conversación; su afición al chismorreo; su fascinación por las vidas de los demás. Una institución masculina le ofrecía además la posibilidad de rehuir la carga de tener una vida erótica propia [1].

Le gustaba ser un *rara avis*. Ninguna persona tan exótica como él se incorporaría a este colegio hasta la elección de John Plamenatz, un montenegrino, en 1936. Plamenatz le

confesó a Berlin en una ocasión, esperando algo de espíritu fraternal, que siempre que estaba en una habitación con un par de ingleses se sentía solo debido a la complicidad silenciosa que existía entre ellos [2]. Berlin nunca tuvo esa sensación, ni se sintió particularmente identificado con los extranjeros u otros judíos. Dos de sus mejores amigos de este colegio, los filósofos John Austin y Stuart Hampshire, eran la caricatura del inglés en su modo de ser indirectos, su contención y su reserva [3].

All Souls proporcionó al joven Berlin una experiencia de casi total pertenencia. Este colegio tenía un aura aristocrática, pero era al mismo tiempo lo bastante meritocrático para no engendrar sentimientos de humillación. El hijo de un maestro de escuela galés, como Goronwy Rees, y el de un comerciante en maderas de Riga, como Isaiah, podían encontrarse a la hora de cenar junto a Robert Brand, el prominente banquero de la City; sir John Simon, secretario de Asuntos Exteriores; o Geoffrey Dawson, director de *The Times.* All Souls cerraba sus muros a los foráneos, pero, una vez dentro, trataba a todos sus miembros como iguales. A los miembros de All Souls que vivían en Londres y se trasladaban para pasar el fin de semana en el colegio les gustaba hacerlo precisamente porque les permitía la ilusión de ser otra vez jóvenes con ideas. Dentro de este bastión de privilegio había algo que se aproximaba a una democracia del intelecto.

El ingreso en All Souls le dio también a Isaiah acceso a los niveles superiores de la sociedad anglo-judía: a los fines de semana con los Rothschild, o las cenas de los Sieff en Park Lane. Estas familias judías eran tan insignes que resultaba impensable rechazar sus agasajos. Los Rothschild eran además tan ricos, que en una ocasión en que Berlin se quejó de lo que tardaba en hacer el viaje de vuelta a Oxford le llevaron a casa en un avión ligero tras haber pasado un fin de semana con Victor Rothschild en Cambridge [4].

Criticar a Berlin por dejarse seducir tan fácilmente por la alta sociedad, por volverse excesivamente mundano, es no comprender un aspecto esencial de su carácter: disfrutaba

con esa mundanidad, le gustaba conocer algo del funcionamiento interior del mundo del poder y el privilegio, saber los cotilleos, comprender que había motivos indignos que realmente movían el mundo. En su léxico, "mundanidad" se convirtió en sinónimo de tener ese "sentido de la realidad" del que evidentemente carecían tantos intelectuales y catedráticos.

Nunca fue un hombre de colegio como su amigo John Sparrow, que a la sazón ejercía la abogacía en Londres y fue después *warden*; o como A. L. Rowse, el especialista en Shakespeare oriundo de Cornualles hacia el cual concibió una antipatía de por vida (plenamente correspondida) [5]. Berlin nunca permitió que All Souls definiera su personalidad y sus lealtades hasta ese grado, y es dudoso que sus sentimientos hacia este colegio volvieran a ser tan fuertes después de la guerra como en los años treinta. Ahora bien, siempre sintió un profundo afecto hacia el "pequeño regimiento" de la sociedad colegial y su ritualizada intimidad masculina: las cenas diarias, donde el traje era de rigor; la conversación de sobremesa en la sala revestida de madera, decorada con dibujos y cuadros de antiguos miembros; las juntas de selección, en las que se decidían las admisiones anuales al círculo mágico.

Berlin pertenecía al *college* con ese vínculo especial que los extranjeros sienten con las instituciones nativas que los adoptan, pero conservó la suficiente distancia para comprender hasta qué punto podía parecer irreal Oxford a ojos de un extraño. En un escrito de 1937 describe Oxford como "un sistema cerrado y autónomo, con una estructura de símbolos y valores privada y en ocasiones irreal y contradictoria, por lo general sin relación alguna con el mundo exterior" [6]. Pese a todo, nunca se mostró irónico con el sentimiento de pertenencia que le proporcionaba. En una carta enviada a Stephen Spender a Alemania, escrita en 1935, confesaba Berlin que posiblemente a Spender le gustara ir de aquí para allá, pero que él odiaba el desarraigo: "En consecuencia, defiendo apasionadamente todas las sociedades pequeñas, las disciplinas fijas, etc., lo cual es simplemente una racionalización

de mi amor al útero materno, digo yo [un útero con vistas, un útero propio, etc.]" [7] *.

Sus habitaciones pronto se convirtieron en lugar de reunión: el *Rhodes scholar* de Alemania, Adam von Trott, se pasaba por allí para llevarse discos prestados y hablar de Hegel; el especialista en literatura inglesa Humphry House debatía sobre literatura y salía convencido de que Isaiah sabía menos sobre Wordsworth, Dickens y la tradición inglesa de lo que tendría que saber. Maurice Bowra le visitaba y vociferaba alegremente. Goronwy Rees, entonces ya joven periodista de Londres, regresaba los fines de semana, con cotilleos sobre la política y sobre su vida amorosa.

Todo el mundo le llamaba Shaya, su apodo familiar. Nunca se deshizo de lo que conservaba de este periodo: de las notas y los mensajes de amigos, de los ripios procaces de Maurice Bowra, garrapateados en sobres o páginas arrancadas de cuadernos y metidos por debajo de su puerta. Un racimo de jóvenes estudiantes femeninas venían a sus sesiones tutoriales, y se quedaban, para dejarle a sus perros, para pedir prestados discos y libros, y al fin para convertir a Isaiah en confidente. La hija de H. A. L. Fisher, Mary, Maire Lynd, Diana Hubback, Shiela Grant Duff, Rachel Walker y Jenifer Fischer Williams le hacían visitas para contarle intimidades. Isaiah se sentía emocionalmente ligado a todas ellas, y ellas a él, como si fueran jóvenes y hermosas feligresas de algún sacerdote local, ingenioso y atractivo pero asexual. Como el cura de aldea, él confesaba a estas muchachas, pero como confesor pronto adquirió fama de cotilla. Esto llegó a formar parte de su imagen pública en tal medida que incluso apareció en letra impresa en el libro *Letters from Iceland,* de Wystan Auden y Louis MacNeice, publicado en 1937. En un poema, un burlón testamento en que MacNeice distribuye regalos y reliquias personales entre sus amigos de Oxford, dejaba a Isaiah "un plato

---

* Juego de palabras que contiene una referencia a dos conocidos títulos de la literatura, *A Room with a View (Una habitación con vistas),* de E. M. Forster, y *A Room of One's Own (Una habitación propia)* de Virginia Woolf. *(N. de la T.)*

de leche" [8]. La implicación —que tenía algo de malicia felina— era lo bastante certera para hacerle hervir de indignación y vergüenza.

Otros amigos de los años treinta recordaban a Berlin más como mojigato que como gato. Censuraba, por ejemplo, que las parejas se cogieran de la mano en público. Su desaprobación de la homosexualidad explícita parece haber agriado sus primeros encuentros con Auden, el cual le resultó frío y arrogante, mientras Auden se iba con la impresión (según Stephen Spender) de que Berlin era uno de esos judíos "que odian la vida" con auténtica aversión al contacto físico [9]. Sally Graves, una amiga muy guapa y muy asediada, le reprobaba lánguidamente: "Lo que algunos no parecen comprender es que la gente tiene *apetitos*" [10]. Isaiah *tenía,* sí, temor a los apetitos. Se creía irremediablemente feo —gordo, con la piel aceitosa y blanca, deforme— y no dejaba nunca de comunicar el hecho a los demás. A consecuencia de ello, se le consideraba tan inmune a las tentaciones de los mortales que los padres se fiaban de que actuara de carabina de sus hijas cuando éstas se iban de vacaciones a Irlanda o Austria en los años treinta.

La primera de estas expediciones surgió en el verano de 1933, cuando él y Mary Fisher, Maire Lynd y Christopher Cox, un profesor joven de New College, recorrieron el sur de Irlanda en coche, parando para hacer una visita a Elizabeth Bowen en su casa, Bowen's Court, de Country Cork. Berlin halló a la novelista sentada en su jardín, preparando grosellas para hacer un postre. Bowen invitó a todos a alojarse en su casa, y de esa visita data una de sus amistades más firmes. Formaban una pareja extraña: ella era una *grande dame* protestante y anglo-irlandesa, dura, conservadora en política, sexualmente experimentada, muy inteligente, pero sin interés particular en las ideas abstractas; él era un judío abstinente, agnóstico, púdico y de izquierdas, sin gusto particular por la obra de Bowen [11]. Pero a Berlin le encantaban su severa perspicacia y su *élan* aristocrático, mientras que ella parece haber quedado hechizada por su torrencial rapidez verbal y su sen-

tido del humor. Elizabeth Bowen fue una de sus confidentes más íntimas durante los años treinta; y las cartas que Isaiah le escribió se cuentan entre las mejores.

Fue a Elizabeth Bowen a quien escribió en noviembre de 1933, después de haber conocido a Virginia Woolf en una cena en casa de los Fisher en New College. Woolf tenía el tipo de belleza de elegante estructura ósea que a Berlin le iba a resultar atractiva en las mujeres y quedó fascinado por su forma de hablar. Fisher preguntó a Virginia Woolf si le gustaba pasear, y ella respondió que sí, porque le encantaba topar con cabras. "Tienen un aspecto tan eclesiástico", dijo. Después de cenar, Isaiah se retiró a un rincón con el profesor de Magdalen College C. S. Lewis. Charlaron afectadamente sobre "Dios, Shakespeare y la charada de la vida", hasta que Isaiah oyó que Virginia, que estaba por allí cerca, mencionaba a Elizabeth Bowen [12]. Salió de su rincón y le dijo que estaba en América; a continuación mantuvieron una conversación entrecortada sobre literatura, antes de que ella se marchara para hablar con otros invitados. Mientras Isaiah consideraba que había sido premiado con unos instantes en los Campos Elíseos, la reacción de la señora Woolf fue considerablemente más cáustica:

> Diría que cien estudiantes prometedores vinieron después de la cena; y a todos les estreché la mano, e intenté pensar en qué decirles, pero, ¡santo cielo, qué farsa! Era lo mismo que ir a una fiesta de escuela y regalar bollitos. Allí estaba el gran Isaiah Berlin, que tiene aspecto de judío portugués, máxima lumbrera de Oxford; comunista, creo, un exaltado; pero en casa de Herbert [Fisher] todo el mundo habla con afectación y sin mover los labios y hablando con ellos no sospecharías que tienen vida [13].

Vería varias veces más a Virginia Woolf después de aquella ocasión en el piso de Ben Nicolson, donde ella se sentaba en el suelo rodeada de amigos y contaba anécdotas divertidas, como la vez que su vestido se había prendido fuego y ella

estaba en la puerta del jardín totalmente ignorante de que estaba en llamas. Isaiah se daba cuenta de que Virginia era una terrible esnob, pero le agradaba su altivez aristocrática y citaba con regocijo el comentario de la cocinera de Elizabeth Bowen, de que se veía que Virginia era una señora "por su aquel". Berlin decía que cada vez que la veía sentía un cierto temblor antes y un cosquilleo estremecido durante varios días después. Ciertamente, Virginia Woolf podía ser muy coqueta. Una postal que envió a Isaiah invitándole a cenar termina seductoramente con las palabras: "Si llamas a mi puertecita gris, la abriré".

Berlin cenó con Virginia y Leonard Woolf en la casa de Tavistock Square en 1938, y Virginia le tomó afecto, observando en una carta a su hermana que su conversación brillantemente rápida le recordaba al joven Maynard Keynes. A Virginia le agradaba su rapidez, pero seguía considerándole un "judío violento", aunque su antisemitismo, que podía llegar a ser obsceno y descontrolado cuando estaba enfurecida, no pareció impedir a ninguno de los dos el hacerse amigos. Isaiah había recibido ya una invitación para cenar con ella en Londres en 1941, durante uno de sus viajes a Inglaterra desde Washington, cuando recibió la noticia de su suicidio [14].

A Berlin le fascinó siempre la celebridad, las figuras con carácter, las de personalidad abrumadora, y el Oxford de los años treinta estaba muy bien abastecido de éstas. William Butler Yeats fue a tomar el té a casa de Maurice Bowra en 1934, vestido de verde y hablando con lo que, para Isaiah, era un estilo fingido de gran poeta. Miguel de Unamuno, el existencialista español, dio una conferencia en 1935 en la que sostuvo, con elocuencia y tono hastiado, según comunicó Berlin a Spender, que los europeos estaban "demasiado oprimidos por nuestra historia para ser capaces de actuar, demasiado debilitados por el peso del conocimiento del pasado para hacer otra cosa que dudar; quizá Rousseau tuviera razón, hacía falta una nueva barbarie, etc., para desprendernos de nuestras cargas" [15]. A Isaiah aquello le parecieron bobadas. Más le impresionó Gertrude Stein, que aquel mismo año

pronunció una conferencia vigorosa, coloquial y brillante sobre la literatura norteamericana. Disfrutó particularmente con la brusquedad con que Gertrude Stein trató a las personas que interrumpían ("Siéntate, hijo, tú no quieres saber a qué me refiero, lo que quieres es que utilice tu lenguaje. Pues me niego. Yo no creo para el público, sino para mí solamente, etc."). Una de las frases que a ella se le escapó en aquella conferencia se le quedó grabada a Isaiah: "¿Es *preciso* que todo tenga que ver con todo?" [16]

Durante la mayor parte de la década de 1930 Isaiah fue un espectador, observando los amoríos de sus amigos, manteniéndose a distancia de sus propias emociones. En una carta a Elizabeth Bowen defendía a "los intelectuales, los sensibles, los observadores, las personas que conversan" frente a la acusación de que eran "inválidos", capaces de ver la vida desde todos sus ángulos pero incapaces de vivirla en la realidad. Berlin citaba a Tolstói como ejemplo triunfal de observador que, pese a ello, se sumergió hasta el cuello en la vida, se comprometió, se dio por entero y "no perdió nada irrevocable" [17]. Esta carta a Bowen es lo que más se parece a un credo de todo lo que escribió en los años treinta. La cuestión era si él podía cumplirlo; si estaría dispuesto a sumergirse en la índole de agitación emocional que por lo general se conformaba con observar mientras envolvía a otros.

Uno de los testigos silenciosos de la velada en New College con Virginia Woolf era una estudiante de filosofía de veinte años, Rachel Walker. "Tips" —como la llamaban— era una muchacha hermosa e intensa, hija de un abogado londinense que había muerto cuando ella tenía dieciocho años. En una fotografía de ella que se ha conservado aparece montada en una yegua zaína con todo el atuendo de equitación, rasgos angulosos, inglesa y elegante hasta decir basta, y el cabello peinado en un moño. Rachel vivía en situación de creciente acritud con su madre viuda en Mill House, Burford, en las afueras de Oxford [18]. Fue a las habitaciones de Berlin en All Souls para recibir tutoría en filosofía y a finales del verano de 1934, cuando se graduó, estaba ya escribiéndole car-

tas cada vez más íntimas. La parte de Isaiah de esta correspondencia no se ha conservado, pero es evidente que él respondía a su afecto, porque ella le agradecía el regalo de un perro de juguete, que decía iba a llevarse a misa junto con el misal. Cuando ella muriera, añadía, "ordenaré que le pongan una hornacina de cristal entre mis reliquias" [19]. Después de terminar sus estudios en Oxford, Rachel se fue a París para estudiar con un profesor de lógica francés. Desde París enviaba a "mi querido, querido Shaya" cartas cada vez más apasionadas. Al parecer, él respondía pidiéndole discreción y cautela, que ella deseaba arrojar al viento. A fines de agosto de 1935 Rachel regresó a Inglaterra. Vivía en Mill House, cortaba flores de lavanda junto a su madre viuda y se sentía muy desgraciada, menos cuando ella e Isaiah asistían juntos a algún concierto. Sin duda alguna Rachel fue a Londres y conoció a los padres de Isiah en su casa de Hollycroft Avenue, y aunque no podían por menos que lamentarse de que no fuera judía, no dijeron nada.

En septiembre de 1935 Rachel había vuelto a París y había invitado a Berlin a visitarla, con la esperanza de que pudieran ir juntos a conferencias sobre lógica o a escuchar a Paul Valéry disertar en el Collège de France. Por entonces había en sus cartas, tan apasionadas y dulces como siempre, una nota de excitación extraña y muy tensa [20]. En octubre de 1935 Isaiah voló a París para verla. Mary Fisher, que se encontraba también allí y que era la mejor amiga de Tips, estaba levemente alarmada por su estado de exaltación, y por su "idea extremadamente inverosímil y maquiavélica" de Isaiah [21]. Y también lo estaba madame Parodi, la señora con la que ambas muchachas se alojaban. Al llegar Isaiah, ésta le comentó a Mary: *"J'ai l'impression que Mr. Berlin est maître de la situation, non?"*. Pero no lo era. La diferencia de edad entre ambos era pequeña: él tenía veintiséis años y ella veintiuno; y él se encontraba en una de esas situaciones en que el ingenio y la facilidad de palabra no bastaban. Como confesó arrepentido a un amigo, ya no era "el observador y el Fígaro de las situaciones" sino "un agente activo", obligado por fin a pronunciarse [22].

Él y Rachel fueron a dar un paseo por el zoológico de París y mientras él la miraba con aire pesimista, ella le propuso matrimonio. En una carta dirigida a Elizabeth Bowen se narra lo que siguió:

> Nuestro encuentro en el zoo frente a la serpiente pitón fue extremadamente excitante y atormentador. Tu comentario sobre la seriedad y literalidad de la conversación interracial es absolutamente cierto. En todo momento fui consciente de estar hablando sin esfuerzo alguno, totalmente olvidado del efecto que pudieran tener mis palabras [una sensación muy desconocida] y también de estar diciendo las bobadas más horrorosas, ininteligibles y complicadas. Nos dedicamos a apuntarnos mutuamente y a fallar el tiro la mayoría de las veces con desesperada seriedad. Ay; no me puedo casar con ella de ninguna manera. Ella piensa que sí puedo. Seremos desgraciados de inmediato. La última escena, en que me obligué a ser sensato y pedestre y a analizar la situación con calma y declarar que tenía que quedar ahí, fue demasiado horrible para ser descrita [23].

Éste fue aparentemente el final: Berlin volvió a Inglaterra, mientras ella se iba a Viena a alojarse con unos amigos. Él le dijo a Bowen que iba a evitar a las jovencitas impresionables, a pasear con Maurice Bowra y a volver a una vida asexual de profesor erudito. Elizabeth le respondió con un consejo duro de hermana: “Por lo que concierne a miss Walker, tengo la impresión [y no es enteramente despiadado decirlo porque me incluyo] que a las mujeres no les importa realmente sentirse disgustadas —quiero decir sentir desasosiego— tanto como a los hombres”. Y añadía: “No te pases de austero” [24].

Por lo que hace a Tips, hubo en su vida desolación y cosas mucho peores. Profundamente dolida, se marchó a Viena y no volvió a ver a Isaiah. Al cabo de un año aproximadamente, Isaiah se enteró de que había vuelto y vivía con su madre en Burford. Allí se sumió en una grave depresión y sufrió violentos ataques de furia. Escribió a Isaiah una carta insultante

a la que él no contestó [25]. Después de haber atacado a su madre, fue hospitalizada en un centro público de Northampton y, con varios interludios, permanecería en el hospital el resto de su vida, sometida a terapias de electroshock y al fin a una lobotomía, que la dejó en estado semivegetativo. Vivió hasta 1992. Ninguna de las personas más próximas a ella —ni su hermana, ni Mary Fisher— hizo jamás responsable a Isaiah de lo ocurrido [26]. Pero el peso de esta responsabilidad perduró en él y él la aceptó. Y desde luego, este episodio y su desenlace tuvieron importantes efectos en su propio desarrollo. Tips fue su primer encuentro emocional serio: pasarían diez años antes de que se permitiera otro.

En el invierno de 1933 el *warden* de New College, H. A. L. Fisher, le propuso que escribiera el volumen sobre Karl Marx de la Home University Library. Era una oferta muy halagadora, pero Isaiah no sabía prácticamente nada sobre la cuestión. Lo interesante sería saber por qué no la rehusó, como habían hecho otros anteriormente: Sidney y Beatrice Webb, Frank Pakenham, que sería posteriormente lord Longford, y Harold Laski [27]. Isaiah, por su parte, sentía hacia las teorías de Marx la antipatía esperable de cualquier refugiado a causa de la revolución rusa. El hecho de que aceptara precisa de una cierta explicación. Hacia comienzos de 1933 la Depresión había creado gran conmoción en Oxford y el marxismo atraía a los estudiantes más brillantes. El propio Isaiah asistió a reuniones del Pink Lunch Club, que congregaba a toda la izquierda profesoral de Oxford: Crossman, Cole, Austin, Hampshire. Además, en 1933, la Unión Soviética seguía asombrando al mundo. La opinión inglesa, en términos generales, no sabía que los campesinos de Ucrania estaban muriéndose a millones al ser expulsados de sus tierras por las colectivizaciones forzadas. Ni sabía que un poeta como Osip Mandelstalm había sido arrestado y deportado por escribir un poema denunciando a Stalin. Los estudiantes de izquierdas de Oxford buscaban en el Este alguna alternativa al hundimiento y la depresión económica que sufría su país. Isaiah, por su parte, era inmune a este entusiasmo: los dos años que

pasó en la Rusia de Lenin esperando que la Cheka llamara a su puerta le habían inmunizado contra el marxismo para siempre. Pero percibía la fascinación que había en el ambiente: su amigo J. L. Austin se fue a Moscú en 1935 y regresó impresionado por el sobrio ascetismo de la revolución en marcha. Christopher Hill, que estaba a la sazón trabajando en la Biblioteca Lenin de Moscú, le envió a Berlin libros sobre Marx [28]. Su propio padre fue a Rusia en 1935 por motivos de su negocio maderero y volvió admirado por la velocidad a que aquella sociedad atrasada estaba aproximándose al mundo industrial. En los clubs cinematográficos de Londres, Isaiah vio los grandes clásicos del cine soviético: *El acorazado "Potemkin"* de Eisenstein, *La madre* de Pudovkin, *El hombre de la cámara* de Vertov. Su reacción no fue como la del personaje de Nabokov, Pnin, permanecer en la oscuridad de la sala, llorando a pesar suyo, pero no pudo evitar un sentimiento renuente de respeto hacia la sinceridad revolucionaria. Que todo aquello estaba al servicio de un engaño era algo que sin duda sabía ya; que era responsable de terror y exterminio no lo sabría hasta más adelante.

Escribir sobre Marx era, por consiguiente, unirse al flujo de la principal corriente ideológica de su época y tomarle la medida al reto que ello significaba para sus propias e incipientes lealtades liberales. Lo que fascinaba a Isaiah era el odio de Marx hacia la civilización misma que él admiraba. Esto sentaría un precedente que perduraría el resto de sus días: Berlin defendía sus propias convicciones escribiendo sobre las personas que eran sus enemigos más acérrimos. Así pues, un burgués irónico, burlón consigo mismo, y no comprometido decidió, en la primavera de 1933, pasar cinco años en compañía de un ideólogo ferozmente dogmático, que había despreciado todo lo que Berlin representaba. Fue ciertamente una experiencia tonificante, pero también solitaria. Pese al gran interés político que despertaba el marxismo, no había nadie en Oxford que trabajara sobre historia del marxismo como especialidad intelectual. En un sentido más general, el estudio de la historia de las ideas —no digamos ya

de las ideas socialistas— apenas si existía en Oxford. No es posible apreciar la originalidad de Berlin a menos que este hecho se comprenda bien. Desde el comienzo de su vida intelectual seria trabajó solo. Y desde luego trabajó. Se sumergió en el *MEGA*, las macizas obras reunidas de Marx y Engels publicadas en alemán hasta la llegada de Hitler al poder y después continuadas en Moscú. Su dominio del ruso le procuró una vía hacia Marx vedada para la mayoría de los restantes estudiosos ingleses, con la excepción de E. H. Carr. Las fuentes rusas, en especial Plejánov, sobre los precursores de Marx le llevaron a los pensadores de la Ilustración; y desde ese punto hasta los socialistas del siglo XIX. Las lecturas de Berlin entre 1933 y 1938 le suministraron el capital intelectual del que iba a depender el resto de su vida.

Fue en este momento, mientras curioseaba sin objeto fijo en los anaqueles de la British Library, cuando descubrió a Alexander Herzen, el aristocrático exiliado enemigo del zarismo, cuyas memorias se convirtieron en uno de sus libros predilectos [29]. Es fácil comprender por qué se identificaba con Herzen: era un aristócrata renegado que logró reconciliar un compromiso auténtico con una total libertad de todo dogmatismo sectario. Herzen era a un tiempo un espíritu afín al suyo —un hombre ilustrado, generoso, ponderado, con sentido del humor y moralmente serio— y un reto moral, por ser una persona que exhibía el valor y compromiso político de los que Isaiah sabía que carecía.

Al final, sin embargo, no fue Herzen sino Turgénev, el supremo artista liberal, quien se convirtió en el espejo en que se miró toda su vida. Berlin confesó a Shiela Grant Duff que, después de leer *En vísperas* de Turgénev, había tenido la sensación de que su ser más íntimo hubiera quedado al descubierto, especialmente "su inexperto y verboso idealismo" [30]. Este escritor ruso encarnaba "la aptitud negativa" del liberal, su capacidad para actuar y comprometerse, no obstante la empatía que le permitía ver el otro lado de la moneda. Turgénev ayudó a Isaiah a conservar el equilibrio liberal mientras ahondaba cada vez más profundamente en los feroces

odios y pasiones de la visión del mundo marxista. En 1935 estaba empezando ya a escribir la biografía de Marx pero, como escribía a un amigo, le estaba resultando una tortura [31]. Tenía dificultad para encontrar sosiego, no le venían las palabras y después, cuando venían, torrencialmente, descubría que eran irrelevantes para el tema.

Mientras se debatía con Marx, Berlin le daba vueltas a su propia relación con el compromiso político. Admiraba a los amigos que se habían comprometido —como las hermanas Lynd, que eran militantes del Partido Comunista a mediados de los años treinta, o Stephen Spender, que se había lanzado a la acción antifascista y marcharía a España para trabajar en la radio republicana—. Pero tenía la fuerte impresión de que la política llevaba a las personas a cometer tonterías. Cuando Shiela Grant Duff le dijo que la visión de las marchas de hambre que desfilaban pesadamente por las calles de Oxford le había hecho sentir vergüenza por vivir en una torre de marfil, Isaiah le respondió cortante que estaba sucumbiendo a un "sentimentalismo tolstoiano" [32].

Evitar todo compromiso era tentador, pero no una auténtica alternativa. All Souls era uno de los lugares de reunión de los principales partidarios del apaciguamiento en la década de 1930: John Simon, lord Halifax, Geoffrey Dawson; estos hombres creían que no había forma de detener a Hitler, y que un Estado nazi podía operar como colchón frente a la expansión comunista en Europa. Isaiah se alineó con los jóvenes profesores de izquierdas, Austin, Hampshire y otros, contrarios a estos supuestos. Él fue uno de los que arrinconó a Simon, secretario de Asuntos Exteriores, en el salón de fumar de All Souls después de cenar en el otoño de 1935 y le exigió que impusiera sanciones petrolíferas a Italia por la invasión de Abisinia. "¿Y después qué?", respondió sir John con calma, "¿qué Italia quede en poder comunista?" [33].

Al igual que la mayoría de sus amigos de izquierdas, Berlin apoyaba a los republicanos españoles. Como le dijo a Shiela Grant Duff, la causa española era la prueba de fuego para saber, de manera infalible, dónde se situaban tus amigos políti-

camente. Pero añadió que era casi la única cuestión política realmente clara: “Respecto a todas las restantes [por ejemplo, Palestina], no se puede formular ninguna propuesta definida que no sea en cierta medida injusta para alguien” [34].

Como la mayoría de sus amigos, apoyaba al Rey en el asunto de su abdicación en 1936, convencido de que “a su modo pésimo y vulgar”, Eduardo VIII había defendido “la república de Weimar, las libertades, el poder ser espontáneo, [y] decir lo que uno quiera” [35]. La victoria de Baldwin y la Iglesia, al forzar su abdicación, habían dado entrada a una nueva era de conformismo gris. Berlin tomó partido por la izquierda, con lo que su amigo Maurice Bowra denominaba el “frente inmoral”. Pero en su postura política siempre hubo un lado distanciado y socarrón. Durante las famosas elecciones locales de Oxford celebradas en 1938, en las que Quintin Hogg, un compañero de All Souls, se presentaba para el Parlamento con una plataforma claramente pro-apaciguamiento y pro-Múnich contra A. D. Lindsay, director de Balliol College, a Berlin todo el asunto le resultó más divertido que otra cosa. Al ver un coche estacionado en la calle frente a All Souls, con un cartel de “Un voto por Hogg es un voto por Hitler” en el parachoques, y otro con un cartel de “Vota a Hogg” en el mismo sitio trasladó este último al primer coche y le observó mientras se alejaba llevando el silogismo completo: “Un voto por Hogg es un voto por Hitler. Vota a Hogg”.

No todo el mundo veía con esa clase de humor la cuestión de Múnich y sus secuelas. Uno de sus amigos de Oxford, Moore Crosthwaite, dimitió indignado de su puesto en la Embajada británica de Berlín [36]. Shiela Grant Duff, que se encontraba en Praga, escribió un panfleto enfurecido en el que vilipendiaba la traición a Checoslovaquia por parte de Chamberlain [37]. Su amigo J. L. Austin asistía a los mítines de Hogg para interrumpirlos con comentarios o preguntas molestas, y las elecciones —ganadas por Hogg— dividieron a esta ciudad en dos bandos enconados. Isaiah se mantuvo al margen de todo el asunto.

Algunos de sus amigos, como Shiela Grant Duff y Adam von Trott, creían que era excesivamente indiferente e intros-

pectivo; todas las melancolías de Isaiah, bromeaba Shiela, tenían su propia anatomía *; carecía de espíritu público. Frente a la "plácida continuidad" de la vida de Isaiah, en su "torre de marfil", dijo Shiela a Von Trott, ella deseaba una vida de compromiso y peligro [38].

La relación de Berlin con Von Trott le obligaría a adoptar su primera postura auténticamente de principios. Berlin conoció a Von Trott cuando éste era *Rhodes scholar* y cursaba sus estudios de PPE en Balliol. En aquellos momentos, aquel alemán alto y aristócrata estaba considerando las alternativas de intentar quedarse en Oxford y estudiar filosofía o volver a Alemania y dedicarse a la vida pública. Su padre había sido ministro de Educación con la administración guillermina. Adam formaba parte de un círculo de estudiantes de izquierdas, ricos y bien parecidos, en el que figuraban Peggy Garnett, Douglas Jay, Shiela Gran Duff, Diana Hubback y David Astor [39].

Pronto, Berlin y Von Trott empezaron a dar paseos juntos por los prados de Christ Church y los alrededores de Addison Walk en Magdalen College, durante los cuales hablaban de filosofía: el delgado y extremadamente alto Von Trott, junto a una figura de menos estatura, más lleno y con gafas, caminando entre los tilos, el uno serio y denso, el otro reticente, irónico, humorístico y agudo. Según el recuerdo de Berlin, "cuando quiera que Von Trott encontraba dificultad en algo, decía: 'En este punto, yo me acojo a Hegel', como un acróbata que se dejara caer de espaldas seguro de encontrar una red. Desde luego creía en Hegel, pero no decía lo que Hegel había dicho. Lo que quería insinuar con eso era, te estás poniendo demasiado pedante, demasiado exacto, hay otras maneras más generosas de pensar en esto que las que vosotros, los de Oxford, podéis concebir" [40].

Von Trott consideró la posibilidad de presentarse al examen de All Souls para obtener un *fellowship*, pero al recibir

---

* Juego de palabras que alude a la obra de Robert Burton *Anatomy of Melancholy (Anatomía de la melancolía)*. *(N. de la T.)*

un título con máxima calificación decidió volver a Alemania. Salió de Oxford en el verano de 1933 y volvió a trabajar en el despacho del fiscal de la provincia de Hesse. Le dijo a Isaiah y otros amigos que su país estaba "muy enfermo", dejando implícito que allí le necesitaban. En enero de 1934, el periódico *The Manchester Guardian* publicó un reportaje sobre discriminación contra los judíos en los tribunales alemanes. Von Trott escribió una carta al periódico declarando que, en su experiencia, no se practicaba dicha discriminación en los tribunales. Mientras que algunos de los amigos ingleses de Von Trott mantenían que la carta era una tapadera para protegerle de la sospecha de las autoridades nazis, porque estaba ya comenzando a trabajar contra el régimen, Isaiah simplemente se indignó. Los hechos de los procesos nazis eran en exceso evidentes para poder negarlos [41]. Cuando Berlin alegó esto, los defensores de Von Trott de Oxford le acusaron de traicionarle. Insinuaron además que estaba adoptando esta postura simplemente por ser judío. Pasaron cinco meses antes de que Berlin pudiera decidirse a escribir directamente a Adam a la ciudad de Kassel:

> Perdona mi largo silencio... Tengo que admitir que el incidente del M. G. [*Manchester Guardian*] produjo una explosión muy pequeña en mí, porque me pareció perjudicial en sí mismo, que no respondía a tu carácter y tus creencias, y más particularmente por las estúpidas defensas que hicieron de ti el resto de tus amigos con un espíritu de lealtad acrítica. Me irritó que todos mis argumentos se entendieran como evidencia de traición personal y no fueran ponderados *an sich* [42].

En realidad, dicha explosión no había sido "muy pequeña": fue una despedida. La indignación de Isaiah era, como dijera él, un hecho ineludible. Tal era el prestigio de Isaiah a ojos de Von Trott, como amigo y como judío, que éste procuró asiduamente recuperar su amistad durante toda la década de 1930. En sus cartas, Adam invocaba triste e irónicamente la solidaridad cultural por entonces en trance de desapare-

cer en Europa, y mostraba su deseo de poder leer el estudio que Isaiah estaba escribiendo sobre Marx [43]. Se vieron a fines de 1936 y nuevamente en marzo de 1937, cuando Adam fue a Oxford para solicitar la colaboración del Rhodes Trust en la financiación de un viaje a China y Japón. A su regreso de China buscó la aprobación de Isaiah para regresar a Alemania y ocupar un puesto de profesor:

> Ya te veo moviendo la cabeza: ¿pero qué alternativa tengo? ¿Dejarlo todo y abandonar? Sé que tampoco estarías de acuerdo con eso. Sea como fuere, estoy seguro de que no me retirarás tu amistad y confianza a la ligera y de eso me siento bastante orgulloso [44].

En el verano de 1939 Von Trott visitó otra vez Inglaterra, se alojó con los Astor en Cliveden, conoció a Halifax y a otros políticos británicos destacados y cenó en All Souls como invitado de su presidente. Allí volvió a ver a Isaiah y estuvieron discutiendo en la habitación de éste hasta las 3 de la mañana. Von Trott le dijo que, a menos que Inglaterra y Francia le hicieran frente a Hitler, habría guerra y Hitler podría ganarla. Isaiah le preguntó qué creía él que habría que hacer: "Hay que acorralar y detener a Alemania. Y hay que hacerlo muy pronto. No debe producirse una expansión alemana".

Aun después de esto, Berlin siguió dudando sobre la verdadera actitud de su amigo hacia los nazis. Por ejemplo, Von Trott dijo a algunos amigos ingleses que la subida al poder de Hitler era una divisoria hegeliana en la historia europea y, para su privilegiada clase social, un castigo necesario [45]. En los recelos de Isaiah respecto a Von Trott acaso influyera el hecho de que, en este periodo, Oxford recibió la visita de una serie de alemanes, enviados por el régimen, para influir en la opinión británica en sentido favorable al apaciguamiento. Berlin recordaba a un miembro de la aristocracia alemana particularmente torpe que, en la sala de profesores de All Souls, se le ocurrió decir que en su opinión las demandas territoriales alemanas sobre Europa eran tan razonables como las pre-

tensiones ultramarinas británicas. Este comentario, hecho en medio del silencio de la sala, fue súbitamente interrumpido por un gruñido gutural de un hombre al que Isaiah no había visto nunca, sentado en uno de los huecos de las ventanas. "*Wir Juden und die anderen Farbigen denken anders*" ("Nosotros los judíos y el resto de los pueblos morenos pensamos de otra manera"), rezongó el desconocido, y salió muy digno de la sala. Éste fue el primer encuentro de Isaiah con el historiador de origen polaco y ferviente sionista Lewis Namier [46].

Incluso cuando Von Trott se comprometió en conspiraciones contra el régimen de Hitler, Isaiah seguía sin saber con claridad si lo hacía porque era moralmente contrario al mismo o porque temía que la derrota de Hitler destruyera a Alemania y arruinara sus propias posibilidades de convertirse en una importante figura política. Berlin compartió estas dudas con sus amigos, en particular con Maurice Bowra, y esto tendría serias consecuencias. Después de comenzar la guerra en 1939, mientras Estados Unidos era aún neutral, Von Trott realizó una visita a Washington y se reunió con Felix Frankfurter, a la sazón juez del Tribunal Supremo y persona de confianza de Roosevelt, en un intento de persuadir a norteamericanos influyentes de no entrar en guerra con Alemania, con la esperanza de que, a su tiempo, la oposición interior, dirigida por hombres como Von Trott, derrocara a Hitler. Berlin le había entregado ya a Von Trott cartas de presentación para Frankfurter en una anterior visita a Washington. Pero en esta ocasión, Bowra escribió a Frankfurter expresando ciertas dudas sobre la fiabilidad de Von Trott. La carta de Bowra, interceptada por la censura postal británica, acabó en los archivos de los servicios de Inteligencia de Gran Bretaña. Cuando en 1943 Von Trott, por entonces comprometido en el asesinato de Hitler, intentó entrar en contacto con el servicio secreto británico, Gran Bretaña se negó a una reunión. Posteriormente, los amigos ingleses de Von Trott, principalmente David Astor, culparon a Bowra de haberle malquistado con la Inteligencia británica; consideraban, en consecuencia, que Bowra tenía cierta responsabilidad en la detención y eje-

cución de Von Trott, tras el fallido complot de Stauffenberg de julio de 1944. Indirectamente, Astor también responsabilizó a Berlin.

Cuando Bowra mostró públicamente su arrepentimiento por su falta de confianza en Von Trott, Isaiah permaneció inamovible [47]. Mucho después, cuando había pasado bastante tiempo desde la muerte heroica y terrible a manos de los torturadores nazis en 1944, Berlin seguía negándose a unirse a la general consagración de Von Trott como héroe. En una carta a Shiela Grant Duff, escrita en 1956, le decía que no tenía el menor deseo de denunciar el mito del "demócrata de corazón puro y hombre de recios principios", pero que en realidad había sido "una figura ambiciosa, fascinante, autoidealizada, personalmente encantadora y políticamente ambigua, al que apasionaba la intriga al máximo nivel" [48]. El episodio Von Trott revela la tenacidad con que Berlin se resistía a la resaca sentimental de los demás, su implacabilidad de juicio y el papel de su judaísmo a la hora de definir sus compromisos últimos.

7. La hermandad, 1934-1940

En el verano de 1934, después de su "pequeña explosión" con Von Trott, Berlin realizó su primera visita a Palestina. Había sido sionista desde la infancia: ésta era su primera oportunidad de ver la Tierra Prometida, gobernada desde 1918 como mandato de la Sociedad de Naciones por el Ministerio de Colonias británico. Sin saberlo, había elegido un momento favorable para hacer este peregrinaje. En 1929 se habían producido las primeras algaradas árabes contra la presencia judía en Palestina; en 1936 iba a estallar una revuelta árabe a gran escala tanto contra el mandato británico como contra la inmigración judía [1]. El verano elegido por Berlin resultó ser uno de calma antes de la tormenta. Después de marchar de allí, la tormenta se inició en serio, con luchas entre árabes-palestinos y judíos y contra los ingleses, haciendo con ello ingobernable el territorio y forzando una evacuación británica en 1948.

Berlin hizo una primera parada en Salzburgo para escuchar a Toscanini y después fue a Venecia, donde se reunió con su compañero de All Souls, John Foster. Juntos tomaron un barco hacia Alejandría y El Cairo. Para gran sorpresa de Foster, cuando el tren en el que estaban cruzando el desierto del Sinaí traspasó la frontera de Palestina y un revisor judío de uniforme les pidió los billetes, los ojos de Berlin se llenaron de lágrimas [2]. Era la primera vez que veía a un funcionario judío que ejercía su autoridad en algún sitio.

Pero recuperó su compostura irónica cuando llegaron a Tel Aviv. Isaiah se sintió a un tiempo consternado y cautivado por la efervescente energía del lugar: bocinas de coches, gritos de policías de tráfico en hebreo y en yídish, y perspectivas desaforadamente incongruentes, como una caravana de camellos, "conducida por un pequeño judío polaco con sombrero hongo que emitía en árabe los sonidos apropiados para los camellos" [3]. Pero cuando ya empezaba a pensar que había caído en algún exótico bazar oriental, de pronto se percataba de la presencia de un grupo de intelectuales deambulando por la calle, debatiendo etimologías hebreas, y sintió que aquélla era una ciudad afín a él.

La primera oleada de refugiados alemanes de la Alemania nazi —más de 40.000 sólo en 1934— había empezado a llegar, y su presencia daba a la ciudad un aire febril, evocador de la fiebre de oro del Klondike. Había alemanes por todas partes, "como un enjambre de aquí para allá, con pequeñas carteras portafolios bajo el brazo, haciendo sus negocios en todas partes, en cafés, autobuses, casas de baño, en el mar, en todas partes menos en sus despachos" [4]. Con frecuencia, se encontraban cómicamente incómodos en su patria mediterránea. Como Berlin escribió a sus padres, el primer instinto de estos alemanes al llegar a Tel Aviv había sido comprarse un horario de autobuses, un *fahrplan:* "Llegan a las 10 de la mañana al sitio; no hay autobús. Preguntan si vendrá pronto; el judío a cargo de aquello dice que no, que no hay autobús, ni esperanza alguna de autobús. El judío alemán empieza con su '*aber im fahrplan...*'" [5].

Pero no menos desconcierto le produjo a él descubrir que en realidad pertenecía a esta familia levantina ruidosa y vital:

> En cuanto a los judíos, son extraños y fascinantes en grado sumo, y yo me siento igualmente inquieto junto a ellos y lejos de ellos, como familiares que no hubieras visto en 30 años o algo similar, con los que sabes, incluso sientes, que estás emparentado, pero que no conoces realmente, y los temes, y a los cuales

tienes que tratar de modo extrañamente familiar, pese a no saber nada de ellos, y aún tenerles miedo [6].

Durante su estancia de un mes en Palestina vivió dos vidas: una con funcionarios británicos como John Foster y Thomas Hodgkin, un amigo de izquierdas de Oxford que trabajaba a la sazón para el Alto Comisionado; la otra con sus amigos y parientes judíos [7]. De día contemplaba exhibiciones de motociclismo sincronizado en algún acto deportivo británico de Nablus, o bebía en el bar del hotel King David con cansados funcionarios británicos sacados de una novela de Somerset Maugham, que rezongaban sobre los judíos que se daban aires de superioridad, mientras les rellenaban los vasos criados nubios vestidos con *djellabahs;* por la noche volvía a casa de los tíos Ada y Yitzhak Samunov para oírles denunciar las maquinaciones imperialistas de los británicos. Lo inglés y lo judío entraba en conflicto en su interior, y en las cartas que escribió a casa quedó registrada esta división. La tía Ida, le comunicaba a su madre, se excedía un tanto, para su gusto, con sus historias sobre "atrocidades británicas", mientras que la mayoría de las autoridades británicas eran demasiado pro árabes [8].

Hacía viajes, a veces en compañía de Foster, otras solo; un día visitaba una mezquita en Damasco o el paseo marítimo de Beirut; dormía bajo las estrellas en Jerash, sobre una lápida romana cuyas inscripciones se le grababan en la espalda aun por encima del abrigo loden; desplazándose después hasta un *kibbutz* donde conoció a una memorable anciana revolucionaria socialista rusa que, cuando él se ofreció a pagar su comida, dijo con voz áspera que podía haber exceso de tacañería y exceso de generosidad; y ser demasiado generoso también era pecado. Berlin era insaciablemente curioso, se iba a todo correr a la universidad para conocer a un historiador de sionismo, su primer encuentro con Gershom Scholem, el gran erudito hebreo; y después viajaba a Amman para conocer palestinos ferozmente antisionistas. Como dijera a sus padres, le habría gustado ver al líder palestino mismo, el Gran Mufti, si éste hubiera tenido por costumbre recibir judíos [9].

Pero, en lugar de hacerse más sionista, siguió viendo Palestina con ojos ingleses y a través del filtro de algunas metáforas muy inglesas. Se representaba Palestina como una escuela privada inglesa: el Alto Comisionado era el director; el Ministerio de Colonias era el Consejo Asesor; la escuela en sí estaba dividida en un pabellón árabe y un pabellón judío. A la mayoría de los profesores les gustaba la casa árabe, porque sus alumnos eran "alegres, afectuosos, vivarachos y duros, con cierta propensión a estallar de vez en cuando y organizar un alboroto y romperle la cabeza a unos cuantos judíos o quizá a un inglés...". "La casa judía", decía Berlin, "estaba llena de muchachos capaces y ricos, a quienes sus padres daban demasiado dinero de bolsillo, maleducados, engreídos, feos, ostentosos, sospechosos de hacer trampas cuando cambiaban sellos con otros chicos, diciendo siempre que lo saben todo, propensos a trabajar en exceso y a no jugar con los demás". El emplear este estilo de metáforas de escuela privada significaba utilizar términos que se movían con algo de tensión entre la ironía y la desestima. La energía judía se califica de prepotencia; la inteligencia se vuelve arrogancia; la exuberancia se torna vulgaridad; la afectuosidad se considera sentimentalismo. Nunca dejó totalmente de ver a su propia gente a través de los ojos de sus detractores [10].

En términos generales, toda su vida se resistió a la marea sentimental de identificación con Palestina. Era sionista; pero empezaba a perturbarle el mito sionista de Palestina como tierra sin gente donada a un pueblo sin tierra. *Había* un pueblo en aquella tierra y era inevitable tener en cuenta sus reivindicaciones. En cartas, sostenía que los judíos tenían que esforzarse más para integrar a los árabes en la economía palestina. Simultáneamente, creía que los intentos británicos de apaciguar a los árabes eran responsables de la radicalización del sionismo y la aparición de grupos dispuestos a recurrir a la violencia, tanto contra los británicos como contra los árabes. Berlin veía que los árabes preferían ser mal gobernados por su propia gente que bien gobernados por los judíos, y que en un periodo "de quince años los nacionalistas árabes

serán fascistas sinceros, incorruptibles y absolutamente brutales. Va a ser entonces cuando empiece la diversión en serio" [11].

Y, en efecto, al marchar de Palestina en un barco con destino a Italia presenció su primer anticipo de la "diversión". Mientras cenaba en el sector *kosher* del restaurante de a bordo conoció a un joven bien parecido y de aire poético llamado Abraham Stern, que se dirigía a Italia para tomar posesión de una beca proporcionada por el Gobierno de Mussolini para hacer estudios clásicos en la Universidad de Florencia. Cuando empezaron a conversar, Isaiah le preguntó qué pensaba de la reciente propuesta británica de crear un consejo legislativo en Palestina. "Vamos a oponernos", dijo Stern. "¿Por qué?". "Porque daría representación a los árabes en proporción a su superioridad demográfica". "Pero", respondió Isaiah, "el consejo sería meramente asesor". "No importa", dijo Stern, "lucharemos y lucharemos, y si hay que derramar sangre..." [12], se encogió de hombros expresivamente. Éste era el hombre que fundaría después el Lech'i, el más radical de los grupos clandestinos judíos que lucharon contra el mando británico en Palestina. Tanto por las cosas que escribió a su casa como por la persona que conoció por casualidad a su regreso, Isaiah vio venir el futuro y empezó ya a definir su sionismo liberal en reacción.

Regresó de Palestina y volvió a su investigación sobre la biografía de Marx, pero la única persona con la que realmente podía hablar era con Rachmilievitch. Éste parecía totalmente familiarizado con el tema de Isaiah: los exiliados alemanes y rusos, visionarios, si bien apocalípticos, que habitaban en el entorno de Marx en los cafés y casas de vecindad parisinos de la década de 1840. Los sábados, Berlin hacía el trayecto hasta Londres para reunirse en la sala de lectura de la Biblioteca Británica con Rachmilievitch, siempre enfrascado en sus propias investigaciones secretas, nunca publicadas. Durante la cena o después de los conciertos en el Queeen's Hall, revivían las polémicas de los agitadores e intelectuales centroeuropeos a quienes tanto se parecía Rachmilievitch.

En términos intelectuales Isaiah llevaba una doble vida: la primera con Rachmilievitch, divagante, histórica, saturada de referencias rusas, alemanas y judías y conducida en tres lenguas a la vez; la segunda con los compañeros de filosofía de Oxford, precisa, anglosajona, procedimental y racionalista. La entrada en All Souls le había dado acceso a un círculo mágico de brillantes profesores de filosofía. El más precoz de éstos era un filósofo delgado, tarambana y mitad judío, A. J. Ayer, conocido universalmente por el nombre de Freddie [13]. Tendrían que haber sido buenos amigos —y mantuvieron en efecto una amistad recelosa y competitiva durante cincuenta años— pero todo lo que tenían en común les separaba en realidad. Estaba la cuestión de su judaísmo. Berlin nunca se sintió muy próximo a los judíos ingleses, y en todo caso, ambos hombres vivían su condición de judíos de manera muy distinta. Para Ayer, ser judío era una herencia atávica de la que la mente racional debía deshacerse, mientras que para Berlin era una identidad que podía cuestionarse, pero nunca desecharse ni trascenderse. Las mismas diferencias coloreaban su talante religioso. Ambos eran escépticos convencidos al estilo de Hume, pero el joven Ayer desdeñaba la religión, mientras que Berlin observaba las principales fiestas judías —Pascua y Yom Kippur— y siempre trataba las creencias religiosas con respeto irónico. Finalmente, aunque ambos pertenecían al "frente inmoral" de Bowra, la izquierda librepensadora del Oxford de los años treinta, Ayer era mucho más experimental en su vida personal que Berlin. Se había casado con una mujer muy inteligente y elegante siendo aún estudiante, y había comenzado ya la serie de amoríos y embrollos eróticos que caracterizarían su vida privada desde entonces. Debido primordialmente a su vida amorosa, Isaiah, con algo de mojigatería, le consideraba un consumado bribón: inteligente y divertido, pero amoral. La competencia de por vida entre ambos comenzó con la elección para All Souls en 1932: él fue elegido, mientras Freddie quedaba excluido. Después de no haber logrado un puesto en All Souls, Ayer pasó el invierno de 1932-1933 en Viena, asistiendo a seminarios de fi-

losofía de las figuras más importantes del círculo de Viena: Moritz Schlik, Rudolf Carnap, Otto Neurath y Friedrich Waismann. Durante esta estancia de cuatro meses en Viena, Ayer escribió a Isaiah importantes cartas en que explicaba con claridad lo que estaba aprendiendo: a saber, que la cuestión esencial de la filosofía era "qué es lo que se está haciendo cuando se elabora una teoría" [14]. En el círculo de Viena, una doctrina estrictamente empírica de verificación se convirtió en prueba de fuego para saber si la teoría era aceptable. Si las proposiciones no podían verificarse empíricamente o someterse a una prueba de lógica no tenían sentido. Con esto, la mayoría de las cuestiones metafísicas de la filosofía —cuál es el sentido de la vida, cuál es la naturaleza del bien— quedaban relegadas al cubo de la basura. El positivismo lógico, como se conoció la doctrina del círculo de Viena, quería, en palabras de Bernard Williams, convertir la filosofía en humilde "necrologista de la metafísica" y "secretaria de las ciencias" [15].

Ayer se intoxicó con aquellas doctrinas: era iconoclasta por temperamento, y las ideas de Viena aplicaban el hacha a la filosofía que a él le habían enseñado. En una carta escrita a Isaiah desde Viena, le transmitía su sentimiento de entusiasmo intelectual:

> La filosofía es gramática. Donde nosotros hablamos de leyes, ellos hablan de reglas gramaticales. Todas las cuestiones filosóficas son puramente lingüísticas. Y toda cuestión lingüística se resuelve si consideramos cómo se utiliza en efecto el símbolo que nos ocupa... Sin duda éste es un grupo de hombres que me es afín [16].

Después de regresar a Oxford y ocupar un puesto de tutor en Christ Church College, Ayer se convirtió en brillante divulgador de las doctrinas de la Escuela de Viena en general, y de Wittgenstein en particular. Éste, por entonces en Cambridge, no había sido nunca miembro como tal del círculo de Viena y aunque había partes de su *Tractatus,* publicado en 1921, que parecían la expresión más plena de las doctrinas de esta

escuela, había otras, particularmente al final, que el círculo rechazaba tachándolas de metafísica y de especulación religiosa [17]. Hasta los esfuerzos de Ayer, Wittgenstein había estado más presente como figura mítica que como influencia filosófica. La gente hablaba de él en la mesa a la hora de cenar, pero eran pocos los que le habían leído. En 1934, en una cena en casa de Felix Frankfurter, que había dejado durante un año la Facultad de Derecho de Harvard para ocupar el puesto de *eastman professor* en Oxford, surgió una disputa entre Isaiah, Freddie Ayer, Guy Burgess (que pertenecía al Trinity College de Cambridge) y el abogado Sylvester Gates, en torno a si la máxima de Wittgenstein "De lo que no se puede hablar, mejor es callarse" aparecía una o dos veces en el *Tractatus.* Ayer y Berlin decían que una vez; Gates decía que dos. Se hicieron apuestas, se envió un taxi a las habitaciones de Freddie en busca de un ejemplar del sagrado texto y éste reveló que, en efecto, Wittgenstein había incluido esta frase dos veces: una vez en el prólogo y otra en la conclusión. Ayer y Berlin pagaron la apuesta. Berlin realmente había leído el *Tractatus,* pero la única frase que tuvo resonancias perdurables en él fue la célebre observación de Wittgenstein: "La muerte no es un acontecimiento de la vida" [18].

Cuando Ayer finalizó su brillante exposición sobre la doctrina de la escuela de Viena en su libro *Language, Truth and Logic* envió el manuscrito a Berlin y consideró sus indicaciones lo bastante valiosas para agradecérselas en los reconocimientos de la primera edición publicada en 1936 [19]. Con toda la implacabilidad de la juventud, Ayer se dispuso a demoler la filosofía inglesa con la dinamita que le había proporcionado la Escuela de Viena. La filosofía tenía que ser el análisis de afirmaciones o bien empíricas o bien lógicas: si una proposición no era ninguna de esas dos cosas era un absurdo. En cuanto a los contenidos de la ética o la filosofía moral, eran o afirmaciones de hechos o expresión de estados emotivos. Como recordaría más tarde Stuart Hampshire, a la sazón joven filósofo de All Souls, la ética parecía "tener muy poco contenido racional de ningún tipo" [20].

Dado que el positivismo lógico era "conscientemente anticlerical" —pues atacaba el fundamento metafísico de las enseñanzas de la Iglesia y de sus normas— tenía un aura progresista de izquierdas. Freddie Ayer se presentaba en una candidatura laborista para la concejalía del distrito de Westminister y vivía la bohemia en un piso de Foubert's Place, entre los clubs de jazz del Soho londinense. El positivismo lógico era como su vida misma: asociaba la razón al progresismo político, la libertad sexual y las opiniones anticlericales y antiautoritarias en todos los casos.

Había muchas cosas en todo esto que estimulaban a Isaiah. En una crítica, escrita para la revista de T. S. Eliot, *Criterion,* en 1937, describía el positivismo lógico como "uno de los fenómenos intelectuales más extraordinarios del momento"[21]. Coincidía, en particular, con el ataque de esta filosofía a lo que él llamaba "las vaporosas nubes de bobadas" de la filosofía alemana, que él nunca había estudiado entre sus asignaturas de Oxford. El positivismo lógico parecía prometer que la filosofía podía ser algo más que conversación nebulosa: podía generar resultados, podía progresar. El positivismo lógico, en palabras de Stuart Hampshire, parecía haber dejado hatrás el "diletantismo" y "provincianismo" filosóficos que habían aprendido los estudiantes de Oxford a fines de los años veinte y comienzos de los treinta.

El principal competidor intelectual de Ayer era J. L. Austin, un filósofo alto, con gafas y pelo ralo, descrito de manera memorable en una ocasión como una grulla inescrutable[22]. Había sido elegido para All Souls el año siguiente a Isaiah, y también él se sintió atraído por el rigor intelectual que prometía el positivismo lógico, y hasta empezar a desarrollar su propio modo de análisis del lenguaje ordinario después de la guerra, sus disputas con Ayer tenían más bien el carácter de una competencia por el liderazgo intelectual que de una fundamental diferencia de opinión. Austin se convertiría en una autoridad central en la vida de Isaiah, hasta tal punto que los que frecuentaban las habitaciones de Berlin después de la guerra recordaban ver sobre la chimenea un cartel me-

tálico claramente adquirido en un garaje de Oxford. Rezaba simplemente: "Austin" [23]. Austin y Berlin sintieron simpatía mutua de inmediato, pese a que formaban una pareja extraña: un inglés meticulosamente exacto, emocionalmente reservado, con maneras de un abogado de alto tribunal y un judío ruso parlanchín, de dicción increíblemente rápida y una mente intuitiva de igual velocidad. Pronto fueron inseparables; pasaban las mañanas que no tenían clase en sus habitaciones de All Souls o paseando por Addison's Walk en Magdalen College, inmersos en conversación. Austin se granjeó el afecto de Isaiah para siempre cuando susurró *sotto voce*: "Todos *hablan* de determinismo y *dicen* que creen en él. En toda mi vida no he conocido a un solo determinista, es decir, a un hombre que realmente creyera en ello, como tú y yo creemos que los hombres son mortales. ¿Y tú?" [24]. Este comentario —dirigido contra Ayer— definió su mutuo compromiso con la idea de que la libertad de acción emanaba inevitablemente de la definición misma de conducta humana; de la inteligibilidad misma del lenguaje de fines, intenciones y juicios.

Fue idea de Isaiah el ampliar este *tête-à-tête* con Austin para incluir a otros jóvenes filósofos. Una mañana de 1935, mientras curioseaba en la librería Blackwell's, topó con *Mind and the World Order*, obra sobre la filosofía del conocimiento del pragmatista de Harvard C. I. Lewis. Comprobando que se trataba de una formulación interesante y bien elaborada de un empirismo pragmático, sugirió a Austin que dieran una clase conjunta sobre este libro. A Berlin le esperaba una sorpresa. Austin se convirtió de pronto en Gran Inquisidor cuando aparecieron juntos como profesores ante una multitud de estudiantes de filosofía. "Si hay tres manchas color bermellón en esta cuartilla, ¿cuántos bermellones hay?", preguntó. Berlin dijo que uno. "Yo digo que hay tres", dijo Austin, y procedió —de manera "lenta, formidable e implacable"— a demoler la postura de Berlin, dejando a Isaiah con aspecto, según recordaban algunos presentes, claramente fastidiado [25].

Fue una muestra de su madurez intelectual el que Isaiah, en lugar de apartarse de Austin, siguiera procurando su com-

pañía. Pasó después a desempeñar una esencial función de muñidor filosófico, mediando entre el positivismo lógico de Ayer y la incipiente filosofía escéptica del lenguaje de Austin. A Isaiah se le ocurrió la idea de realizar debates filosóficos regulares, con la participación de ambos. Entre la primavera de 1937 y el verano de 1939, la "hermandad" se reunió los jueves por la noche después de cenar en las habitaciones de Isaiah en All Souls. Este círculo mágico era reducido: Ayer, Berlin, Hampshire, Austin, Donald MacNabb, A. D. Woozley y Donald MacKinnon. R. G. Collingwood fue invitado, pero rehusó.

Los principales temas de discusión de la hermandad versaban sobre teorías de percepción, la identidad personal y la posibilidad de conocer otras formas de sentir. La atmósfera filosófica de la habitación estaba llena de jerga técnica del círculo de Viena: Isaiah se esforzaba, según recordaba Hampshire, por dispersar la nube ofuscadora argumentando que debían analizar ejemplos simples y evidentes. A cualquiera no perteneciente a dicho círculo, estos debates le habrían parecido marcianos. Debatían, por ejemplo, si era posible saber si el dolor de cabeza de una persona era más fuerte que el de otra. Si todo lo que sabemos del mundo nos viene por vía de los sentidos, ¿cómo podemos saber nada sobre el contenido de otras mentes? El empirismo estricto parecía atrapar a cada perceptor en el mundo solipsista de sus propias percepciones. Y de la misma manera, si todo lo que sabemos del mundo nos viene a través de los sentidos, ¿cuáles son los bloques constitutivos en que están divididos los datos de los sentidos? Supongamos, decía Austin, que estás mirando un campo visual de siete franjas negras y siete amarillas. ¿Diremos que constituye catorce unidades discretas de datos sensoriales o la piel de un tigre?

Leían juntos *La metamorfosis* de Kafka y ponderaban la desgracia de Gregor Samsa, porque parecía decirles algo sobre la relación entre identidad personal y la persistencia de la memoria. ¿Era Samsa un hombre con cuerpo de cucaracha o una cucaracha con recuerdos y conciencia de hombre?

"Ninguna de las dos cosas", declaraba Austin. "En estos casos no podemos saber qué decir. Es entonces cuando decimos 'nos faltan palabras'"[26].

Pero raramente les faltaban palabras. Estas veladas eran ruidosas: uno de ellos comparó sus debates con una caza con jauría. En una ocasión, Ayer le gritó a Austin que él era un galgo al que no le apetecía correr, sino simplemente morder a los demás perros. Había mucho de verdad en esto: Ayer al menos tenía las doctrinas de Viena que defender; en este periodo, Austin no tenía una posición propia sino más bien un talento infinitamente minucioso para demoler las de otras personas. Austin tenía el don de infundir temor en los demás. "¿Te importaría repetir eso?", preguntaba con mirada letal. Si lo repetías, entonaba con voz tenue: "A mí me parece que lo que acabas de decir es una completa tontería". Las reuniones eran duelos de carácter tanto como de intelecto y producían auténticas heridas. "No se trataba de educados juegos de esgrima", recordaría posteriormente Isaiah, "sino de guerra a muerte; o sea, mi muerte". Por lo que luchaban era por la situación, finalidad y naturaleza de su disciplina: si la filosofía debía ser ciencia; qué preguntas eran relevantes y cuáles susceptibles de respuesta; cuáles no lo eran; cómo podía progresar la filosofía. Esta índole de duelos podría haber destruido para siempre la confianza de Berlin en sí mismo, e indudablemente le mostraron sus límites en tanto que filósofo, pero el descubrimiento no le perjudicó. Como dijo más adelante, "yo sabía que no era de primera, pero que era bastante bueno. Me tenían respeto; no me despreciaban. Era miembro de la hermandad"[27].

De forma típica, a Austin le preocupaba que los debates fueran en exceso informales, chapuceros, si no se imponía un orden riguroso. Escribió a Isaiah diciendo que "las discusiones filosóficas suelen ser nimias y poco edificantes por falta de reglas estrictas de procedimiento"[28]. Y a continuación exponía cuatro páginas de sugerencias procedimentales, que habrían sido excesivas en la Cámara de los Comunes y eran una locura cuando se aplicaban a un grupo de siete perso-

nas. Ninguna de las indicaciones de Austin fue adoptada. Isaiah consiguió mantener a raya la manía ordenancista de Austin.

A los ajenos les sentaba mal el círculo. Un filósofo de Londres fue a dar un seminario en febrero de 1938, y cuando regresó envió una carta muy cáustica, en la que comentaba que los filósofos de Oxford publicaban poco y hablaban en demasía [29]. Como incluso Isaiah admitiría posteriormente, "éramos excesivamente egocéntricos. No creíamos que nadie tuviera nada que enseñarnos. Nosotros éramos las únicas personas a quienes queríamos complacer, y cuando convencíamos a alguien del círculo de que algo era verdad, esto nos satisfacía totalmente, demasiado totalmente" [30]. Y con todo, compartir un lenguaje de iniciados y experimentar el vértigo de la clarividencia enseñó a Isaiah lo que era la verdadera felicidad intelectual.

Isaiah, pese a haber florecido intelectualmente dentro del círculo, fue mirando con creciente escepticismo el positivismo lógico. Él fue uno de los primeros en comprender que podían existir proposiciones con sentido que no se ajustaban a ninguna de las categorías de Ayer. Los condicionales hipotéticos —si un caballo llamado Carlomagno hubiera participado en la carrera, habría ganado— tenían sentido, pero por definición no podían ser verificados empíricamente. Había también verdades conceptuales —el color rosa está más próximo al rojo que al negro— que tenían sentido, pero cuya verdad, sostenía Berlin, no era ni una cuestión de hecho ni una deducción lógica. Ayer reconstruía sus muros frente a esta clase de excepciones, afirmando que la relación entre los colores, por ejemplo, era una cuestión de hecho. Pero Berlin llegó a la convicción de que estos ejemplos viciaban el presupuesto central del positivismo lógico de que toda afirmación con sentido tenía que ser o bien deductiva, o bien empírica.

Un laberinto similar surgió en torno al tema de la posibilidad de conocer otras formas de sentir. Si alguien decía que tenía dolor de cabeza, ¿cómo podía verificarse que esto era,

en efecto, cierto? La verificación parecía abrir un mundo solipsista en que cada individuo podía convencerse de la verdad de sus sentidos, pero no podía verificar la correspondencia entre el uso del lenguaje de otra persona y los datos sensoriales a que hacía referencia este lenguaje. También esto parecía abrir otra grieta en el muro. "Verification", el trabajo presentado por Berlin en 1939, planteaban todas estas objeciones y argumentaba a continuación que "la verificabilidad depende de la inteligibilidad y no viceversa". Había afirmaciones que era inteligibles pero no podían ser verificadas. Y esto no podía explicarlo el positivismo lógico. Sus trabajos se contaban entre las críticas más penetrantes del positivismo lógico aparecidas antes de la guerra [31].

Él era "bastante bueno": el problema era que esta índole de filosofía —con su sesgo científico, su falta de interés en cuestiones éticas, históricas y políticas— empezaba a perfilarse como un callejón sin salida. En el momento de publicación de uno de sus últimos artículos elaborados en estilo analítico, "Logical Translation", en 1950, el escepticismo hacia el positivismo lógico empezaba a adoptar tintes de sarcasmo. Este artículo es un ataque a las consecuencias reduccionistas de buscar "proposiciones incorregibles"; la búsqueda de tan áridas islas de certidumbre era una pérdida de tiempo. Cuando más exacto se hacía nuestro lenguaje, tanto menos era lo que en efecto podía decir:

> Para decir algo significativamente sobre el mundo tenemos que introducir algo más que la experiencia inmediata [sea lo que sea lo que pueda significar "inmediata"], a saber, el pasado y el futuro, y objetos ausentes y otras personas, y posibilidades incumplidas y juicios generales e hipotéticos, y así sucesivamente. Y si todos éstos, debido a que no podemos certificar que sean ciertos, se eliminan, al final no queda literalmente nada. No podemos hablar sin incurrir en algún riesgo, al menos en teoría; la única forma de estar absolutamente seguros es no decir absolutamente nada [32].

Como reacción al positivismo lógico, el talante de su pensamiento se hizo cada vez más histórico. Berlin tenía la fuerte impresión, como ha dicho Bernard Williams, de que no existe "ningún argumento abstracto o analítico totalmente carente de conexión con el pensamiento personal, histórico: que todo pensamiento pertenece no sólo a algún lugar sino a alguien, y encuentra acomodo en el contexto de otros pensamientos, un contexto que no está prescrito de manera puramente formal" [33]. Este hábito mental fue llevando a Berlin hacia una creciente intolerancia del carácter etéreo de las conversaciones filosóficas, y no le alejó de la filosofía pero sí le orientó hacia una filosofía fundamentada en la historia de las ideas. La biografía de Marx, iniciada como un ejercicio responsable sin mucho sentido de dónde podía acabar, le abrió gradualmente un universo más ancho en el que Isaiah se sintió auténticamente integrado: la historia de las ideas. Fue el trabajo sobre Marx lo que le rescató de lo que, al menos para él, era el callejón sin salida de la filosofía de Oxford.

Si bien el periodo exclusivamente filosófico de su vida fue breve, no es ocioso preguntar qué residuo dejó en su obra madura. Él siempre insistió en las propiedades depurativas de la filosofía analítica. "Me sacudí muchas brumas de hegelianismo que eran inútiles... fue una gran fuerza rejuvenecedora" [34]. Pero no le convencía en modo alguno la redifinición que había hecho el positivismo lógico de la filosofía como saber accesorio de la ciencia. "El reino natural de la filosofía", escribiría más adelante, eran "las categorías permanentes o semipermanentes en términos de las cuales se concibe y clasifica la experiencia" [35]. Como sugiere "permanente y semipermanente", la materia propia de la filosofía era histórica. Era característica inevitable de esta índole de modelos y categorías de pensamiento que cambiaran con el paso del tiempo. Para Ayer y los positivistas, la historicidad del pensamiento humano era un rasgo incidental o falto de interés. Para Berlin, planteaba el problema central de la filosofía misma: si la idea de valores humanos continuos y estables podía reconciliarse con la patente variación histórica en los modos en

que estos valores se expresaban según la época, la cultura y según los individuos dentro de las culturas. El énfasis en los valores, además, devolvía la ética y la filosofía política al centro de la escena [36].

Mientras se acrecentaban las dudas de Isaiah sobre la filosofía en el medio académico, algunos de los Jóvenes Turcos empezaron a creer que estaba evitando las arduas cuestiones analíticas a favor de placenteras incursiones en el terreno más grato del siglo XIX. Esta objeción fue expresada en su forma más cortante por Stuart Hampshire, un estudiante brillante, alto y apuesto de Balliol, elegido *fellow* de All Souls en 1936. A la par que aumentaba la confianza intelectual de Hampshire, y crecía su fascinación por el positivismo lógico, crecía también su impaciencia ante lo que él denominaba la "charla de época" de Isaiah. En una carta muy cáustica, escrita en 1937, Hampshire le leía la cartilla a su amigo por escribir con exceso de vaguedad "sobre estados mentales generalizados, sobre el espíritu de éste o aquel Zeitgeist" [37]. Todo ello era "muy poco positivista y muy poco realista", y su historia de las ideas estaba viciada por el recurso a vagas generalidades de estilo hegeliano.

La carta de Hampshire sigue siendo la crítica metodológica más contundente de la obra de Isaiah; y definió también el carácter curiosamente tenso de su relación de amistad: Hampshire, el joven, arrogándose el papel de conciencia intelectual y política de su amigo, un hombre mayor, menos exacto, más polifacético. En los reconocimientos del libro de Berlin sobre Marx agradece a Hampshire, junto a Ayer y Rachmilievitch, sus comentarios; pero no está claro en qué medida cambió Isaiah alguna vez sus opiniones y planteamiento a consecuencia de los consejos, muchas veces críticos, de Hampshire. Berlin siguió su propia vía. La mayoría de las cuestiones esenciales que iban a ocupar su vida posterior no estaban siquiera sugeridos en la filosofía analítica de Oxford, sino que su simiente había arraigado en el pensamiento de Berlin a consecuencia del proceso aparentemente fortuito o contingente mediante el cual una buena cabeza

selecciona sugerencias o frases del pensamiento ajeno y los convierte en trabajo de toda una vida. Dos preconcepciones fundamentales —que puede haber incompatibilidad entre valores y que los seres humanos no son infinitamente maleables— echaron raíces muy pronto. En una carta a Elizabeth Bowen, escrita en noviembre de 1933, encontramos ya a Berlin señalando que el filósofo Malebranche había observado que, puesto que los fines morales que los seres humanos en general persiguen estaban en conflicto entre sí, la idea misma de crear una sociedad perfecta era incoherente. Había topado con esta idea germinal en otro lugar. "¿No había dicho Kant", escribía a Bowen, "que 'del fuste torcido de la humanidad' nunca pudo salir nada recto?" [38]. Fue este tipo de encuentros fortuitos con ideas —y no las febriles discusiones con Ayer y Austin— lo que generó su pensamiento posterior; y fue en sus lecturas solitarias, no en sus reacciones a las críticas de Hampshire, donde se configuró lentamente su pensamiento maduro.

De forma característica, Berlin nunca permitió que las críticas de Hampshire desalentaran su amistad. Antes de su elección para All Souls, Hampshire había compartido habitaciones con otros dos estudiantes en Beaumont Street, y los tres habían dirigido un grupo de debate muy erudito llamado el Club Florentino, al que habían sido invitados los profesores más en boga, como Maurice Bowra e Isaiah. T. S. Eliot había asistido a una de aquellas reuniones en Beaumont Street en 1934, e Isaiah había sorprendido a los presentes hablando lúcidamente con él sobre el poeta alemán Wilhelm Busch, cuya obra era Isaiah, a su modo misterioso, la única persona de Oxford en haber leído. Berlin hacía a Hampshire sentirse "caricaturescamente inglés" y provinciano en comparación, pero en lugar de sentirse desanimado por la amplia cultura europea de Isaiah y su incesante charla se sentía fuertemente atraído por él. Tras una comida al aire libre en el verano de 1936, en la que Isaiah se atracó de aceitunas negras y pareció, a la mirada divertida de Hampshire, no prestar la menor atención a la campiña inglesa, se hicieron ami-

gos íntimos [39]. La esquiva discreción y tímida rectitud de Hampshire indujeron a Isaiah a poner a su amigo el sobrenombre de "la gacela".

En el verano de 1937 Hampshire y Berlin hicieron juntos un viaje por Irlanda. Fueron transportados en una barca de mimbre y cuero hasta las islas Blasket y allí se sentaron en torno a fogatas de turba y escucharon cantar a los isleños, aportando después a los festejos de la velada una canción de All Souls entonada con voz temblona. Siguieron su viaje en autobuses rurales irlandeses, en los cuales, recordaba Hampshire, Isaiah se entretenía leyendo el *Bouvard y Pécuchet* de Flaubert en ruso. A fines de julio hicieron una visita a Bowen's Court, con la escritora Rosamond Lehmann y con Goronwy Rees, y presenciaron cómo Goronwy, con brío torero, transfería sus afectos de Bowen a Lehmann; episodio éste que Bowen utilizó como núcleo amargo de su novela más famosa, *The Death of the Heart* [40].

En el verano de 1938, Berlin entregó al fin el manuscrito de su trabajo sobre Marx a los editores, para ser informado a continuación de que tenía que reducirlo en 25.000 palabras. Se encerró en un hotel de Beaulieu-sur-Mer y después en Hollycroft Avenue, que era —como dijo él con franqueza— perfecto porque era el único sitio donde se le permitía estar de mal humor a la hora de comer. Al finalizar ese verano se fue a Bowen's Court, donde Elizabeth Bowen le encerraba en su dormitorio todas las mañanas hasta la hora de comer. Al final, salió con un manuscrito achicado al tamaño requerido [41].

A fines de septiembre de 1938 Berlin cogió el tren y transbordador nocturnos de Irlanda a Londres, donde compartió litera con un tratante de caballos irlandés que saltó al andén al detenerse el tren en una parada y compró un periódico con grandes titulares que proclamaban el acuerdo de Chamberlain con Hitler en Múnich. El tratante de caballos exclamó: "Ya no hay guerra", y volvió a dormirse. La guerra parecía, en efecto, algo totalmente irreal. Al regresar Berlin, Oxford mostraba un aspecto beatífico bajo la luz de finales del veranillo de San Miguel [42].

Aquel otoño Berlin hizo una visita al más famoso refugiado de la Europa nazi, Sigmund Freud. La mujer de Freud estaba emparentada con un amigo de la familia, Oscar Phillip [43]. A través de este intermediario, Isaiah quedó en ir a la casa de Maresfield Gardens un viernes por la tarde en octubre de 1938. Le abrió la puerta el propio Freud, que le invitó a pasar a su célebre despacho con las estatuillas y figuritas egipcias y griegas dispuestas ya sobre cualquier espacio libre de su escritorio y en las vitrinas y estanterías. Cuando Freud le preguntó a Berlin a qué se dedicaba, e Isaiah le respondió en alemán que intentaba enseñar filosofía, Freud le respondió con sarcasmo: "Entonces pensará que soy un charlatán". No estaba nada lejos de la verdad, pero Berlin protestó: "Doctor Freud, ¿cómo puede pensar una cosa así?". Freud entonces señaló hacia una figurilla que había sobre la chimenea. "¿Adivina de dónde es?". Cuando Berlin le dijo que no tenía ni idea, Freud contestó: "Es de Megara. Veo que no es usted pretencioso". A continuación le explicó que había llegado hasta Londres gracias a la intercesión de la princesa Marie Bonaparte e inquirió si Isaiah tenía algún conocimiento sobre miembros de la familia real griega. Cuando éste dijo que no, Freud respondió: "Veo que no es usted un esnob".

Concluida esta parte del interrogatorio, Freud empezó a reflexionar en voz alta sobre la posibilidad de establecerse profesionalmente en Oxford. Berlin dijo que con seguridad los servicios del doctor Freud estarían muy solicitados en un lugar como Oxford, y mentalmente imaginó una placa de latón discreta y bruñida en alguna puerta de Oxford que rezara "Dr. Freud, consulta de 2 a 4 de la tarde" y una fila de neuróticos de dos kilómetros de longitud.

En ese momento la esposa de Freud, una mujer dulce de setenta y tantos años, entró con un gesto divertido e irónico en la cara y preguntó: "Usted conoce a mi primo Oscar. ¿Es un judío practicante?". Berlin dijo que lo era. Ella continuó: "Toda mujer judía desea encender las velas del Sabat los viernes por la noche, pero este monstruo", y señaló a su marido, "lo prohíbe. Dice que es superstición". Freud asintió con gra-

vedad burlona y dijo: "La religión es superstición". Claramente, aquello era una broma entrelazada en el tejido mismo de su matrimonio.

Después de esto, los Freud, su nieto Lucian y Berlin tomaron el té en el jardín, en una atmósfera que, según recordaba Berlin, era pura Viena *circa* 1912. El anciano Freud estaba en la etapa penúltima de su cáncer de mandíbula, pero no dio una sola muestra de dolor, malestar o lamentación. Cuando hubieron tomado el té, Berlin se marchó, con el sentimiento de haber pasado una hora en compañía no de un genio, pero sí de un viejo doctor judío, inteligente, malicioso y sabio.

De mayor trascendencia para la vida posterior de Isaiah fue su encuentro a principios de 1939 con otro patriarca, el líder del movimiento sionista, Chaim Weizmann. Se conocieron en el palacial piso de Mrs. Israel Sieff en Park Avenue, en una reunión de los Amigos de la Universidad Hebrea de Jerusalén. Herbert Samuel, alto comisionado de Palestina, habló ante los reunidos y se pidió a Isaiah que diera un breve discurso de agradecimiento a la anfitriona, Mrs. Sieff. Isaiah era un profesor joven, no acostumbrado a entornos tan lujosos y, al levantarse para hablar, tuvo que resistir el impulso de decir que lo más importante de la señora Sieff era "que era muy, muy rica". Después de haber evitado semejante violencia, le presentaron a Weizmann que, al descubrir que Isaiah hablaba ruso, le invitó a tomar el té en el Hotel Dorchester. Berlin pensó de inmediato que Weizmann era, en efecto, una especie de genio, al menos en su trato con los seres humanos, "un gran cautivador" con "una voz muy aterciopelada y extremadamente seductora". Cómodo precisamente no era, pero sí jovial, cínico, divertido y en modo alguno amable. Le encantaba contar la historia de cómo en 1915 un policía le cerró el paso en una calle de Moscú y le preguntó qué hacía en la ciudad. Cuando Weizmann respondió que estaba trabajando por los judíos, el policía le dijo, en un susurro confidencial: "Tenga cuidado, le van matar". Weizmann añadía entonces con un cómico gruñido: "Y desde luego tenía

razón. Me *van* a matar". Esta relación sarcástica e irónica con el judaísmo atrajo a Berlin de inmediato [44].

Se conocieron en un punto bajo de la trayectoria sionista. El informe de la Comisión Peel sobre el futuro de Palestina, encargado después del levantamiento árabe de 1936, había recomendado la partición, que la Agencia Judía de Weizmann aceptó pero los árabes rechazaron de plano. Una conferencia celebrada en Londres en los meses de febrero y marzo de 1939 no consiguió romper el punto muerto. Y entonces, en mayo de 1939, el Gobierno británico publicó un Libro Blanco en que proponía la creación durante el siguiente decenio de un Estado palestino unitario en que árabes y judíos compartieran la autoridad. A lo largo de un periodo de cinco años, se permitiría la entrada de 75.000 inmigrantes judíos; desde 1943 quedaría prohibida toda nueva inmigración. Tanto árabes como judíos rechazaron enfurecidos esta propuesta [45]. Los judíos se sintieron especialmente indignados por la prohibición de emigrantes, no obstante la clara evidencia de que Hitler había puesto a todos los judíos europeos en peligro de muerte. Weizmann y Berlin conversaron sobre las posibles alternativas de la Agencia Judía, con la pesimista conclusión de Weizmann de que si vivía para ver la Tierra Prometida, probablemente sería en un campo de concentración británico.

Con el estallido de la guerra en septiembre de 1939, Isaiah —como todos sus compañeros de Oxford— se presentó voluntario para colaborar en el esfuerzo bélico. De inmediato recibió un pequeño, pero irritante, recordatorio de su carácter de extranjero. Le ofrecieron un puesto insignificante de censor de correspondencia, pero cuando se descubrió que había nacido en Letonia le retiraron la oferta [46]. Cuando Freddie Ayer, Stuart Hampshire y John Austin marcharon a la guerra como jóvenes oficiales, Berlin tuvo que permanecer en Oxford desconsolado, reuniéndose con las mujeres de los profesores ausentes en la sede del ayuntamiento para montar máscaras antigás y enrollar vendas [47].

Su libro *Marx* se publicó al comienzo de la guerra en la colección Home University Library. Fue ligeramente alaba-

do en el *Times Literary Supplement,* y las grandes figuras de Oxford —como G. D. H. Cole y el director de Balioll, Lindsay— mostraron todas sus aprobación, aunque Lindsay sí dijo que Berlin había olvidado resaltar el lado "de profeta hebreo" de Marx [48]. A Berlin aquello le pareció ridículo, como si hubiera que considerar a una persona profeta hebreo simplemente porque era judío y llevaba una larga barba. Las críticas de la izquierda fueron más hostiles, aunque el *Daily Worker* admitía que la obra era superior a la habitual basura reaccionaria que producía la burguesía. ¡Gran alabanza, sin duda! [49]

Este libro está en su cuarta edición y sigue vivo. Sus defectos son bastante evidentes: Berlin no llegó a dominar la teoría económica de Marx formulada en *El capital.* Pero se enorgullecía de haber podido penetrar en el pensamiento de una figura que le era antipática, y en un sentido más amplio, esta incursión en Marx tuvo una profunda influencia en su pensamiento posterior. Le proporcionó una meta de por vida, porque detestaba literalmente las ideas marxistas de determinismo histórico y argumentaría que sirvieron de principal pretexto ideológico para los crímenes de Stalin. Simultáneamente, influyó en él la concepción marxista de que las ideas y los valores son históricos, y que en la lucha de clases los valores de los grupos sociales son incompatibles [50]. El marxismo acentuó su tendencia a observar en términos históricos los valores que los liberales de su generación creían verdades eternas.

Mientras duró la *phoney war**, a todo lo largo del invierno de 1940, Berlin continuó con sus clases de Oxford en estado melancólico. Exteriormente, el lugar estaba igual. Bowra seguía contando los mismos chistes; David Cecil seguía entrando y saliendo a toda prisa de las habitaciones de Isaiah, farfullando con una voz como si estuvieran arrastrando una jaula de gallinas por un camino. Aunque se mantenía una cierta sangre fría en las salas de profesores, Oxford bullía de rumo-

* Periodo de relativa inactividad a comienzos de la guerra de 1939-1945. *(N. de la T.)*

res de que el Gobierno de Whitehall estaba a punto de ser evacuado a esta ciudad. Una vez iniciada la invasión de Francia, Isaiah empezó a temer realmente por su seguridad. Como escribió a Felix Frankfurter:

> No soy soldado ni puedo serlo, y a ciertos respectos soy una persona muy expuesta, aunque no sea más que por ser judío y haber escrito sobre Marx; haré todo lo que pueda para que no me cojan: si pudiera inducir a alguna institución norteamericana a invitarme, lo haría. Pero una huida a sangre fría es monstruosa [51].

El 12 de junio de 1940, cuando los alemanes rompieron las líneas francesas y París quedó franco para su avance, Berlin fue a pronunciar una conferencia sobre "Otras formas de sentir" ante el Club de Ciencias Morales de Cambridge. En Oxford, todo el mundo tenía en mente la inminente caída de Francia. En Cambridge, el ensimismamiento de los profesores era irreal.

Asistieron todos los filósofos de Oxford —Braithwaite, Broad, Ewing, Moore, Wisdom y una sexta persona, menuda, de rasgos agraciados, que se presentó rodeado de acólitos vestidos con chaquetas de *tweed* y camisas blancas con el cuello abierto idénticas a las suyas. Era Ludwig Wittgenstein. Berlin pronunció su conferencia sobre el problema de cómo era posible conocer los estados mentales interiores de los demás. Fue, según él, "horriblemente aburrido". Después de unas cuantas preguntas iniciales, Wittgenstein se impacientó y se puso al frente del debate. Berlin recordaba que había dicho: "No, no, ésa no es manera de abordar la cuestión. Permítame. No hablemos de filosofía. Hablemos de asuntos entre usted y yo. Asuntos normales. En circunstancias normales, yo le digo: 'Vea un reloj. La aguja del minutero y la de las horas están clavadas en ciertos dígitos de la esfera del reloj. Toda la esfera gira, pero la hora sigue siendo la misma'. ¿No? Eso es solipsismo" [52].

Era una idiotez, decía Wittgenstein, pretender que el tiempo se había detenido simplemente porque las agujas del

reloj permanecían inmóviles. El tiempo cambiaba hubiera lo que hubiera en el reloj, fueran los que fueran los datos registrados por los sentidos. Aquello era demolición pura al estilo del verificacionismo de Ayer. Nadie más habló. "Broad estaba allí como una langosta cocida con gesto iracundo. G. E. Moore, viejo y decrépito, miraba con la boca abierta". Isaiah paró los golpes como mejor pudo y los acólitos escucharon cada palabra con gran atención sin atreverse a interrumpir. Pasada una hora, Wittgenstein se puso en pie, los acólitos hicieron lo propio, se inclinó sobre la mesa del seminario y estrechó las manos de Isaiah. "Un debate muy interesante. Gracias". Y con estas palabras, salió de allí. Otros participantes se agolparon en torno a Berlin y comentaron lo infrecuente que era recibir esta clase de cumplidos. Pero Berlin no se engañaba. A Wittgenstein no le habían parecido gran cosa ni su trabajo ni su argumentación posterior; pero sí parecía convencido de que había sido honrado y sincero, sin exhibicionismo de ningún tipo, como podría haber sido el caso de Freddie Ayer. El juicio de Wittgenstein coincidía con el del propio Berlin, y su encuentro significó el final simbólico, si bien no el real, de la carrera filosófica activa de Isaiah.

Sin previo aviso, a mediados de junio de 1940, Guy Burgess se presentó en las habitaciones de Berlin en All Souls y propuso un viaje a Rusia juntos. Isaiah conocía a Burgess desde principios de 1934, cuando se conocieron en casa de los Rothschild en Cambridge junto con Anthony Blunt. A Berlin le agradó Burgess de inmediato: aquel estudiante de Trinity College le pareció divertido, enérgico, vulgar e irreprimible, y se mantuvieron en contacto a lo largo de los años treinta. Fue una atracción de opuestos: el profesor pulcro y más bien reprimido y el aventurero homosexual y alborotado [53]. Isaiah observaba a Burgess con una especie de fascinación mientras éste se abría camino entrando primero en la Central Office con el Gobierno conservador; después en un boletín de la City que ofrecía asesoramiento a inversores; más adelante escribiendo discursos para un diputado conservador; y a continuación trabajando para Radio Luxemburgo. En todo mo-

mento siguió deleitándose en la vida de los bajos fondos londinenses, y las historias de sus aventuras proporcionaron a Isaiah gran cantidad de disfrute vicario. Burgess se presentaba en Oxford de repente y telefoneaba desde The Mitre, un hotel a corta distancia de All Souls, proponiendo una visita, con algún amigo transitorio a remolque. Isaiah le ordenaba a Burgess que se dejara al amigo en The Mitre, abría la botella de whisky y él y Burgess charlaban hasta la madrugada, nunca sobre política, casi siempre sobre libros, cine y música. Berlin no tenía la menor idea de los compromisos más profundos y ocultos de Burgess. Pero en algún momento de 1938, Isaiah se enteró de que Burgess se había afiliado a Britannia Youth, un grupo neofascista que enviaba escolares británicos a las concentraciones nazis de Alemania. Al saberlo, Isaiah rompió todo contacto con él.

En junio de 1940 Burgess llegó a Oxford sobrio y con aire serio, y ofreció una explicación de su unión temporal con los neofascistas. "Soy terriblemente inestable, y sencillamente me cogió. En Inglaterra todo era tan cutre. Creí que al menos los nazis sabían dónde iban. En fin, no espero que me perdones" [54]. Pero Isaiah le perdonó. Burgess le anunció entonces que se iba a Rusia en una misión de MI5. Le había propuesto a su mentor y protector, Harold Nicolson, que a la sazón ocupaba un alto cargo en el Ministerio de Información, que Isaiah —dado su dominio del ruso— fuera nombrado oficial de prensa de la Embajada británica en Moscú. Isaiah, al que aún escocía el haber sido rechazado para funciones de guerra por ser extranjero, cada vez más temeroso de que los alemanes pudieran invadir Gran Bretaña y desesperado por hacer algo meritorio en la guerra, saltó sobre esta posibilidad. Durante la década de los treinta había dicho en varias ocasiones cuánto le gustaría volver a Rusia; ahora se presentaba la oportunidad. Rápidamente, Burgess dispuso visitas a Gladwyn Jebb, del Foreign Office, y a Nicolson, del Ministerio de Información. Ambos parecieron alentar la idea de una misión conjunta en Moscú. Para ello haría falta un visado, pero éste podía tramitarse sobre la marcha. De las rutas posibles a Ru-

sia, la más fácil era a través de los puertos de la costa oeste norteamericana hasta Vladivostok. En julio de 1940, en compañía de Guy Burgess, Isaiah salió por barco hacia Montreal con destino —o eso pensaba él— a Moscú [55].

8. La guerra de Isaiah: Nueva York, 1940-1941

El SS *Antonia* zarpó de Liverpool el 9 de julio de 1940, atestado de niños evacuados, que cayeron como un enjambre sobre el barco, "detrás, sobre, por encima y debajo de todos los muebles y todas las jarcias" [1]. Burgess y Berlin tenían cabinas individuales de primera clase, varios niveles por encima de las madres y custodios de las cubiertas inferiores. Guy no decía nada sobre su misión y a Isaiah no le quedaba más que preguntarse qué podría ser.

Para tranquilizar a sus padres, les escribió que el viaje transcurría "sin percances"; en realidad fue lento y desquiciador. El barco zigzageaba por las rutas de los convoyes, con una escolta de destructores lanzando cargas de profundidad para mantener a los submarinos alemanes a raya. La travesía duró diez días e Isaiah tuvo tiempo sobrado para plantearse si había tomado o no la decisión correcta. El puesto —agregado de prensa en Moscú— parecía dudoso: ¿quién podía creer en serio que iba a conseguir colar artículos pro británicos en *Pravda* en lo más álgido del pacto Hitler-Stalin?

El 20 de julio desembarcaron en Quebec e hicieron el trayecto hasta Nueva York. A los pocos días, Burgess anunció misteriosamente que había recibido orden de regresar [2]. Lo único que sabía Isaiah es que Burgess había ido a ver a Michael Straight, un americano muy rico coetáneo de su época de Cambridge. No tenía la menor idea de que Straight y Burgess eran comunistas y que al menos uno de ellos era un

agente soviético activo. En mirada retrospectiva, es evidente que Burgess había utilizado sus conexiones con Harold Nicolson, del Ministerio de Información, para disponer una visita a Moscú a cargo del Gobierno de Su Majestad, con el inocuo Berlin para hacerle de tapadera. Una vez iniciado el viaje, o Moscú o Londres cambiaron de idea, probablemente este último. Posteriormente, Isaiah estaba convencido de que alguien de los servicios de Inteligencia británicos, quizá Victor Rothschild, había considerado que Burgess era muy poco estable —por motivos personales más que políticos— para confiar en él y le hizo volver [3]. Al regresar, Burgess fue despedido de Inteligencia y fue a parar a la BBC. Isaiah no tenía la menor noticia de todo esto, lo único que sabía es que a él le habían dejado en la estacada.

Desde luego resulta extraordinario que hubiera dejado su puesto de profesor, cruzado el Atlántico norte en mitad de la guerra y puesto rumbo a Moscú, sin visados ni cartas de acreditación oficiales, en compañía de un hombre que era notoriamente inestable y poco convencional. A Berlin no se le ocurrió nunca pensar que Burgess pudiera no ser lo que decía, achacando la prisa con que se había organizado el viaje y la forma súbita en que concluyó al caos de la guerra. Después que Burgess regresara a Londres el 30 de julio, Isaiah insistió en que él proseguiría hacia Moscú como le habían dicho. Fue a ver a su antiguo amigo Felix Frankfurter, entonces juez del Tribunal Supremo de Estados Unidos, a su casa de verano de Heath, Massachusetts. Allí conoció al teólogo liberal Reinhold Niebuhr, cuyas convicciones sionistas, opiniones liberales y encanto personal ganaron a Isaiah de inmediato. No contando con acreditación explícita de la Embajada británica en Moscú, Isaiah no estaba seguro de tener autorización del embajador Stafford Cripps para proseguir. Niebuhr le dijo que era amigo de Cripps desde hacía tiempo y que le escribiría de inmediato [4].

Berlin fue después a Washington para hacer una visita a su amigo de All Souls, John Foster, que era asesor legal de la Embajada británica. Allí, a través de canales del Foreign Offi-

ce, envió una segunda solicitud de permiso para seguir hacia Moscú. Fue también a la Embajada soviética en Washington para obtener un visado. El embajador ruso le invitó a comer y se dedicaron a intercambiar bromas aceradas en ruso. Por qué razón, quiso saber Isaiah, acababan los soviéticos de ocupar su ciudad natal, Riga, y se habían cargado la independencia de los repúblicas bálticas. "New Deal para Letonia, New Deal para Estonia, New Deal para Lituania", respondió el embajador, con una sonrisa obsequiosa, antes de autorizar su visado [5].

El que los soviéticos permitieran su visita acrecentó la humillación de Isaiah cuando varias semanas después, Stafford Cripps respondió que la carta de Niebuhr era la primera notificación que tenía de la misión de Berlin. No veía que hubiera ninguna función útil para él en Moscú y, además, le parecía poco conveniente tener entre su personal a alguien de origen letón. Llegó también una nota igualmente fría de Fitzroy Maclean desde el Foreign Office, en la que decía que Su Majestad no tenía deseo de emplear al señor Berlin en ninguna capacidad [6].

No hubo muchas ocasiones en que la depresión y la autocompasión embargaran a Isaiah, pero ésta fue una de ellas. Se refugió en la *suite* de un amigo en el Hotel Shoreham de Nueva York durante todo el mes de agosto de 1940, incapaz de hacer nada en el calor de la canícula, salvo leer a Dickens y sentirse patéticamente dickensiano, "como un litigante cómico relegado por los tribunales a una miseria ridícula" [7]. Miraba desde la ventana a las figuras que como hormigas desfilaban por las avenidas y se sentía morbosamente insignificante y despreciable. Los periódicos de Nueva York rebosaban historias sobre la batalla de Inglaterra y los primeros bombardeos de Londres. Su madre se había trasladado a las habitaciones de Isaiah de New College y su padre pasaba con ella los fines de semana pero seguía trabajando en la City incluso bajo las bombas. Para rematar la preocupación de Isaiah corrían rumores de una inminente invasión nazi. Lo que ahora temía era no poder salir de Nueva York mien-

tras sus padres, ya mayores, eran enviados a campos de concentración.

Había salido en julio, imaginando que iba a hacer una "contribución deslumbrante" al esfuerzo bélico [8]. Ahora las bombas caían sobre Londres y él se encontraba vergonzosamente a salvo en Nueva York, sin hacer nada, a expensas de los contribuyentes. Este talante de autoflagelación no desapareció precisamente por la velada que pasó con el fugitivo más notorio de Inglaterra, Wystan Auden. La reunión no fue bien: a Isaiah siempre le había parecido mal la decisión de Auden de abandonar Inglaterra y ahora, habiendo marchado él también, sentía su propia culpabilidad aún más intensamente [9].

Cuando Berlin expresó sus tribulaciones en una carta dirigida a Harold Nicolson al Ministerio de Información, éste le contestó con ligereza que, de todas maneras, él nunca había tenido mucha fe en aquella empresa moscovita. En cuanto a su regreso a Inglaterra, aconsejaba a Isaiah que se quedara en Nueva York y no se entregara "al sentimentalismo de esquivar las bombas entre los claustros humeantes de Oxford" [10].

Tampoco le animó mucho su contacto con la "escena grande enorme cegadora luminosa extrovertida e hiperverbosa" de Estados Unidos. En una carta a su padre admitía que los norteamericanos eran "abiertos, vigorosos, gente de 2x2=4, que esperan un sí o un no como respuesta", pero él sentía nostalgia de la compañía de personas con "matizaciones" europeas. A su amiga de Oxford, Mary Fisher, le confesó que se sentía tristemente añorante de los complejos y misteriosos laberintos de Oxbridge *: no había laberintos en Norteamérica, no había más que perspectivas llanas y diáfanas. Las conversaciones con los norteamericanos eran igualmente decepcionantes: "Total ausencia de sal, pimienta y mostaza" [11].

No obstante estas primeras y desdeñosas impresiones, empezaba ya a conocer a algunos norteamericanos que serían

---

* *Oxbridge* es una palabra compuesta con los nombres de las Universidades de Oxford y Cambridge para referirse a las características que tienen en común. *(N. de la T.)*

amigos suyos de por vida. En casa de John Foster conoció a un joven periodista, Joe Alsop, que tenía el doble atractivo de ser pariente del presidente y un locuaz observador de Washington durante la guerra. A través de Frankfurter, Isaiah conoció a varias figuras clave del Washigngton de Roosevelt, en particular Ben Cohen, un abogado con un lúgubre acento de South Bend, Indiana, que había redactado gran parte de la legislación esencial del New Deal [12].

Aunque Berlin apenas conocía Estados Unidos, y lo que había visto le había desagradado en su mayoría, logró impresionar a los funcionarios británicos con su comprensión del panorama norteamericano. Sentado en el jardín de la casa de su amigo Foster en Georgetown una noche bochornosa de julio, apenas cuarenta y ocho horas después de su llegada, mantuvo una riada tal de comentarios sobre la política estadounidense que sus amigos decidieron sacarle provecho. John Wheeler-Bennett y Aubrey Morgan, que estaban intentando organizar un equipo eficaz de propaganda para meter a Estados Unidos en la guerra, se dirigieron inmediatamente a lord Lothian, embajador británico, para ver la posibilidad de que le dieran algún puesto a Isaiah [13]. Lothian habló con el agregado de prensa de la embajada, el cual propuso que, para poner a prueba su capacidad, confeccionara un estudio sobre la cobertura que había hecho la Associated Press (AP) de la moral británica durante la batalla de Inglaterra. Entretanto, Weizmann instaba a Berlin a aceptar un cargo en la Agencia Judía, pero éste rehusó diplomáticamente el abrazo del Jefe. En vez de esto, a lo largo del mes de septiembre, mientras la batalla de Inglaterra se aproximaba a su punto álgido, Isaiah iba todos los días a la biblioteca británica del Centro Rockefeller en la Quinta Avenida neoyorquina y leía los reportajes de la AP sobre la actuación británica en la guerra, que, a su juicio, eran por lo general "derrotistas y aterrorizados" [14]. Isaiah informó en este sentido y la embajada quedó lo bastante complacida para ofrecerle un puesto permanente en el Servicio de Prensa británico de Nueva York. Pero, en lugar de ocuparlo inmediatamente, Berlin decidió que antes

tenía que regresar a Gran Bretaña [15]. Sus amigos de Estados Unidos no habían previsto el gran malestar de Isaiah, redoblado por ser judío, porque pudieran considerarle un cobarde que se ocultaba en América mientras Inglaterra estaba en peligro. A principios de octubre regresó en un hidroavión con el embajador británico, lord Lothian, que volvía a Londres para unas consultas. Durante la escala en las Azores para reabastecerse de combustible, el embajador echó una ojeada al paisaje vacío que les rodeaba y comentó secamente: "No se parece nada a Broadway, ¿verdad?". Desde allí volaron a Lisboa, donde Isaiah pasó varios días en el Hotel Estoril Palace, atestado de refugiados judíos a la espera de obtener visados y transporte para América, antes de lograr un vuelo a Gran Bretaña. Su hidroavión aterrizó en el puerto de Bristol en medio de un ataque aéreo y, mientras las baterías antiaéreas tronaban a su alrededor, le embargó una emoción virtuosa de estar regresando en lo más crudo de la batalla. "Para eso había vuelto". Inmediatamente tomó un tren para Oxford, se reunió con sus padres y reanudó sus clases. También volvió a ver a Burgess y, sin escarmentar, le acompañó a comer con Harold Nicolson en el Ministerio de Información [16].

Pasado el primer mes del trimestre le llegó una carta del Ministerio de Información que instruía a Berlin para que regresara de inmediato a Nueva York. Después de tranquilizar a sus padres, arreglar su excedencia en New College, y una vez que hubo demostrado que no estaba escapando del *Blitz*, Isaiah regresó a Nueva York con la conciencia tranquila. Pero cuando salió en enero de 1941 se sintió enfermo de temor: dejaba allí a sus padres y su mundo familiar de Oxford y le preocupaba poder fracasar en su nuevo trabajo como funcionario. Al marchar a Nueva York, escribió a Maire Lynd con autocompasión atípica: "Soy realmente incapaz de describir la profundidad de mi sufrimiento. Estar perdido a los treinta y un años es muy humillante" [17]. En realidad, América iba a constituir un giro decisivo en su vida.

Su función era conseguir que Estados Unidos entrara en la guerra [18]. Iba a trabajar como propagandista, actuando con

los sindicatos, las organizaciones negras y los grupos judíos. Vivía en hoteles situados en la periferia de Manhattan e iba todos los días a trabajar al Servicio de Información británico en el piso cuarenta y cuatro de un edificio del Centro Rockefeller. Allí revisaba montones de recortes de la prensa norteamericana clasificados en cajas de zapatos. Con ellos confeccionaba un informe semanal para el Ministerio de Información sobre el estado de la opinión pública norteamericana. En los primeros meses de 1941 los aislacionistas iban en ascenso y las perspectivas de lograr la participación de Estados Unidos en la guerra parecían remotas.

El servicio de información era, como recordaba Berlin, "alegre, tramposo, ineficaz y lleno de viejos amigos, en esencia agradables para hacerles una visita pero no muy admirables"; en otras palabras, a kilómetros de distancia de la "severidad eficiente" del Foreign Office [19]. Daphne Straight, hija de un duque que se había refugiado en Nueva York y trabajaba en la misma oficina que él, recordaba a Berlin como un profesor hablador y algo demente —con los bolsillos rebosando dulces, pañuelos, recortes de prensa y las solapas grises de ceniza de cigarrillo— pero en modo alguno ineficaz [20]. Trabajaba muchas horas y pronto articuló una red extremadamente útil de contactos americanos.



Este trabajo le lanzó a un mundo para el cual la vida oxoniense no podía prepararle: hacer presión cerca de directores de periódico, conocer empresarios, rabinos y políticos influyentes, tutelar delegaciones de sindicalistas británicos hasta lograr reuniones con los jefes de los sindicatos americanos. Pronto encontró terreno común con los líderes del sindicato de la confección de Nueva York, David Dubinsky y Sid Heyman, que resultaron firmemente probritánicos. Otros sindicatos —especialmente los mineros del carbón dirigidos por John L. Lewis— eran más hostiles, no miraban con buenos ojos los intentos del Servicio de Información británico de llevar a los trabajadores norteamericanos a una guerra imperialista y hacían la contra a las campañas de inspiración británica para lograr que los sindicatos aplazaran toda ac-

ción huelguista hasta después de finalizar la guerra. Otros sindicatos recelaban de los esfuerzos ingleses para influir en sus elecciones internas en sentido probritánico. Pero a Berlin empezó a encantarle Estados Unidos. Enviaba a sus amigos entusiastas descripciones de sus aventuras en aquel mundo extraño. Sobre la convención del CIO (Congress of Industrial Organizations) en Detroit, celebrada en noviembre de 1941, a donde había acompañando a "algunos ejemplares fornidos" del movimiento sindicalista británico, junto con el nada fornido viceprimer ministro, Clement Attlee, contaba cómo "todos los delegados de origen alemán de Milwaukee y Wisconsin y Minnesota compraron las chapas con los pulgares hacia arriba del British War Relief que les ofrecía un judío bastante feo que después me llevó a un restaurante *kosher*"[21]. Era un mundo lunático, dijo, pero que estaba haciendo suyo.

Pese a que la campaña británica contra la neutralidad norteamericana creció en efectividad en el transcurso de 1941, tenía pocas probabilidades, por sí sola, de invertir la marea de opinión [22]. Berlin empezó a creer que Roosevelt quería ganar la guerra sin tener que entrar de hecho en ella. A este respecto, no se equivocaba en su juicio sobre la opinión norteamericana: aunque los estadounidenses eran más favorables a la causa aliada al final de 1941 que al principio, el 80 por ciento del público seguía siendo contrario a enviar soldados norteamericanos y así permaneció hasta Pearl Harbor y la declaración de guerra alemana [23].

Es posible que el trabajo de Berlin cambiara poco las cosas, pero ciertamente le cambió a él. Se entregó a la tarea con avidez, atraído por la vitalidad norteamericana y divertido por su vulgaridad. Descubrió en sí mismo un buen oído periodístico para los rumores y la intriga; y se dedicó por completo a convertirse en los ojos y oídos de su Gobierno en el Nuevo Mundo. Esta experiencia alteró también sutilmente su perspectiva intelectual profunda. La experiencia práctica le estaba enseñando que discernimiento y carácter podían ser bastante más importantes que la simple inteligencia. Las

personas a las que admiraba más eran las que veían el mundo con sencillez. La cita del obispo Butler, con la que había comenzado la introducción a su *Karl Marx,* era canónica para Isaiah: "Las cosas y las acciones son lo que son, y sus consecuencias serán las que serán: así pues, ¿por qué querer engañarnos?". Pero en el Oxford de preguerra, Berlin era demasiado joven e inexperto para que su realismo fuera algo más que una actitud. Fue en Estados Unidos, en el contacto directo con políticos, líderes sindicales, congresistas, periodistas y compañeros propagandistas, cuando el realismo se convirtió en un elemento de su carácter. Allí aprendió cómo se llevan a cabo los asuntos de la vida; cómo se hacen tratos, cómo se crean ilusiones y cómo se utilizan, cómo se moldea y se altera la opinión. Fue en Estados Unidos donde tuvo sus primeros encuentros con los famosos de verdad. Conoció a Greta Garbo a través de un amigo mutuo, Raimund von Hofmannsthal, la cual, después de mirarle fijamente durante un periodo de tiempo que le pareció perturbadoramente largo, comentó con voz humosa: "Tiene usted los ojos bonitos".

Otras personas fueron menos sensibles. Al principio, Berlin causaba en ocasiones una impresión cómica. Harold Ross, famoso director de la revista *New Yorker,* le invitó a comer al Hotel Algonquin, escuchó a Isaiah y al finalizar la comida le dijo arrastrando las vocales: "Joven, no entiendo ni una palabra de lo que dice, pero si escribe algo se lo publico". Esto se convirtió en norma en Estados Unidos: se hizo célebre por ser mal entendido. El malicioso *patois* connatural a las salas de profesores de Oxford era —para el Nueva York y el Washington de 1941— inconcebiblemente exótico. Empezó a ganarse fama de ser un tipo lleno de vitalidad y contertulio animado: difícil de entender, quizá, pero lleno de irónica curiosidad sobre la vida norteamericana. A los estadounidenses les encantaba oír cómo era descrito su país en aquella lengua vernácula trepidante y semimarciana.

Su trabajo con los sindicatos era interesante, pero las barreras de clase, experiencia y educación le impedían convertirse en algo más que un antropólogo de visita entre ellos. Su

ocupación en las organizaciones judías era un asunto muy diferente. El Libro Blanco británico de 1939, que prohibía nuevas inmigraciones judías y preveía, por tanto, que los judíos quedaran como minoría permanente en un Estado palestino, había desilusionado a la opinión judía norteamericana. No era tarea fácil mantener las simpatías de los judíos estadounidenses hacia la causa británica.

En Palestina, los grupos judíos clandestinos, con la excepción de la banda Stern, cesaron sus campañas contra los ingleses, y el Ejecutivo Británico de Operaciones Especiales empezó a entrenar en la guerrilla a activistas clandestinos judíos en previsión de la esperada invasión de Palestina por parte de los Afrika Korps de Rommel, que por entonces avanzaban hacia El Cairo [24]. La Agencia Judía exigió que, además de estas fuerzas guerrilleras, se creara un ejército judío para la defensa de Palestina. Si había unidades checas, polacas y de la Francia libre en las fuerzas aliadas, ¿por qué no podían los judíos luchar como tales a favor de la causa aliada? Berlin tuvo que defender la línea oficial de que un ejército judío era innecesario, porque los judíos podían alistarse individualmente en las fuerzas armadas británicas; y era perjudicial, porque una fuerza de combate judía suscitaría la enemiga de los árabes, y podría volverse algún día contra los propios ingleses. La primera de estas razones podía declararse públicamente; la segunda no era para el consumo público. Por primera vez, Isaiah tuvo que aprender a decir una cosa y creer otra.

A su llegada, la oficina de Nueva York le envió a una reunión con el rabino Stephen Wise, principal muñidor del presidente Roosevelt en los medios de la política judía neoyorquina y uno de los líderes judíos más influyentes de su época. Isiah les dijo a sus padres que Wise era "errático, ruidoso, poco fiable", pero también que tenía "imaginación, valor y un corazón de oro". Después, Felix Frankfurter proporcionó a Berlin una carta de presentación para el gobernador de Nueva York, Herbert Lehmann, el cual le pareció como "un pequeño oso pardo, al que no le llegan los pies al suelo cuando se sienta" [25]. Pero la figura que le hizo mayor impresión

fue el juez del Tribunal Supremo Louis Brandeis, al que Berlin se dirigió con reverencia por ser "un santo y un caballero, una especie de lord Balfour judío". Por entonces a Brandeis sólo le quedaban unos meses de vida y era casi una carcasa empequeñecida dentro de sus judiciales ropas negras. Pero seguía irradiando una formidable autoridad moral e intelectual. Le dijo a Isaiah que la mayoría de los judíos norteamericanos eran favorables al sionismo, pero que no estaban dispuestos a emigrar y que no contribuirían con grandes sumas de dinero a la causa sionista. También era escéptico respecto a la verdadera influencia política del *lobby* judío; dijo que los católicos estadounidenses estaban mejor organizados. Cuando Isaiah le preguntó por qué los judíos norteamericanos no eran más explícitos en su apoyo a la causa aliada en Europa, Bradeis exclamó: "¡Porque son muy ignorantes! No se hace idea hasta qué punto" [26].

Estos encuentros le proporcionaban a Isiah un kaleidoscopio de las diversas identidades judías de Estados Unidos: le atrajo Wise por su vitalidad y Brandeis por su nobleza. A los que no podía soportar era a los judíos norteamericanos contritos: Edward Warburg, mimado heredero de la prominente familia de banqueros; Arthur Krock y Walter Lippmann, los dos columnistas más famosos de su tiempo, que producían la impresión de retorcerse interiormente por el mero hecho de ser judíos; o Arthur Hays Sulzberger, editor del *New York Times*, que hizo un aparte con Isaiah para decirle: "Señor Berlin, ¿no cree usted que si la palabra judío fuera prohibida en la prensa pública durante cincuenta años tendría un efecto fuertemente positivo?" [27]. En una ocasión Lewis Namier había denunciado de manera memorable a esta clase de judíos, tachándolos de "trémulos aprendices de gentil". Isaiah hizo pronto amistad con un brillante experto en Rusia del Departamento de Estado, Charles Bohlen, y juntos acuñaron las siglas OTAG (Order of Trembling Amateur Gentiles: Orden de los Trémulos Aprendices de Gentil) [28].

Esta índole de "trémulos aprendices de gentil" daba aún mayor relieve al héroe de Berlin, Chaim Weizmann. En dig-

nidad y autoridad, se parecía a Brandeis: por la pura fuerza de su personalidad había obligado al Gobierno británico y la administración norteamericana a tratarle como jefe de Estado en ciernes. Pero era más humano que Brandeis, más divertido, más confortablemente ruso. Weizmann llegó a Estados Unidos en abril de 1941, a instancias del Gobierno británico, para conseguir respaldo judío en pro de la causa aliada y recaudar dinero para la Agencia Judía. Weizmann era un "irresistible seductor político" e Isaiah sucumbió de inmediato. Siempre fue consciente de la vanidad y la falta de escrúpulos de Weizmann, pero admiraba enormemente su tenaz moderación y su "sentido de la realidad". En Estados Unidos, Berlin llegó a ser un amigo íntimo, que cenaba a solas con Weizmann y luego llevaba a su mujer, Vera, al cine mientras Chaim permanecía en la *suite* del hotel haciendo llamadas telefónicas a su red de aliados, confidentes e informadores. Berlin envió a sus padres una descripción humorística del *modus operandi* de Weizmann con los donantes americanos ricos:

> Es muy gracioso cuando habla por teléfono con alguien desconocido; sonríe dulcemente, dice "¿Cómo está usted, Sr. Heineman, sí, desde luego, tenemos que vernos muy pronto, tendré *mucho* gusto en verle, tenemos que arreglarlo..", después se vuelve hacia mí, mientras el otro sigue hablando y susurra en voz alta *"dinero"*, vuelve otra vez al teléfono, "será un placer verle, cómo está su hija, etc.?". Yo le pregunto: "¿Es rico?" W. responde: "Mucho. Un tipo horrible. Pero *muy* rico" [29].

Como sionista, Isaiah creía que la prohibición de emigrar a Palestina que imponía el Libro Blanco era una abominación. Como funcionario británico, tenía obligación de defenderlo. Su amistad con Weizmann no podía por menos que poner a prueba sus lealtades. Berlin logró mantener este equilibrio en la cuerda floja informando oficialmente de sus conversaciones con Weizmann, y ocultando simultáneamente un cierto grado de rumores y desavenencias internas del sionismo. Weizmann, por su parte, utilizó a Isaiah como uno de sus mu-

chas vías hacia Whitehall, pero cuidó de no revelarle información sensible que Berlin se hubiera visto obligado a transmitir a sus superiores. Ambos caminaron con delicadeza, pero para Isaiah el conflicto de lealtades era inevitable [30].

En un principio, su principal función era suavizar las relaciones entre Weizmann y el juez del Tribunal Supremo Felix Frankfurter, que tenía influencia en Roosevelt en cuanto a la cuestión palestina. Tanto Frankfurter como Weizmann tenían su propia vanidad, e Isaiah consiguió convertirse en neutralizador cuandoquiera que ellos no deseaban comunicarse directamente. También mantuvo contactos con la bestia negra de Weizmann y su rival para el liderazgo sionista, David Ben Gurion, que ya entonces era muy crítico respecto al fracaso de Weizmann a la hora de conseguir la creación de un ejército judío. Ben Gurion quería que los sionistas hicieran campaña de inmediato para que se estableciera una mancomunidad judía; Weizmann aceptaba la posición británica de que el futuro de Palestina quedara aplazado hasta después de la guerra. Ben Gurion contemplaba un Estado judío totalmente independiente; Weizmann imaginaba una entidad judía bajo poder mandatorio británico o integrada en la Commonwealth. El uno confiaba en que Gran Bretaña *otorgara* a los judíos un Estado; el otro confiaba en recurrir a las armas, si fuera necesario, para *hacerse* con él; el uno creía que una discreta acción diplomática dentro del *establishment* británico sería lo más eficaz para lograr los objetivos sionistas, el otro insistía que una presión judía a escala mundial dirigida por la comunidad norteamericana forzaría a los británicos a ceder Palestina [31]. Estos desacuerdos, prolongados y siempre a punto de ebullición, estallarían al fin en un choque frontal. Berlin se alineó con Weizmann pero también consiguió ganarse la confianza de Ben Gurion.

En diciembre de 1941, Isaiah acudió a una reunión a última hora de la noche con el confidente de Roosevelt, Ben Cohen, en un hotel de Manhattan. Cohen pasó el sábado en Nueva York y después regresó a Washington en el tren de primera hora de la mañana que salía de Grand Central Sta-

tion. A media noche Isaiah llamó con los nudillos en la que él creía ser la puerta de Cohen y vio que la abría, no Cohen, sino un hombre pequeño y musculoso, con una nariz pronunciada y una melena blanca. Ben Gurion le pidió que entrara en su habitación y conversaron cortésmente sobre Platón antes de que Isaiah pudiera expresar plenamente sus disculpas y se dirigiera a la habitación de Cohen. Este primer encuentro fijó la pauta: Ben Gurion intentaba seducir a Isaiah alejándolo del campo de Weizmann con exhibiciones de erudición filosófica que no eran del todo convincentes. A Isaiah le encantaba que ambos hombres le solicitaran. Sus relaciones con Weizmann eran patriarcales e intensas, mientras que con Ben Gurion eran cautelosas y más distantes; pero consiguió no quedar comprometido con ninguno de los dos campos.

Durante algún tiempo, Berlin debió creer que en privado podía ser todo lo indiscreto que quisiera respecto a la política británica, siempre que en público acatara la disciplina del Foreign Office. En septiembre de 1941, en una carta privada, se le escapó el comentario de que, aunque le exigían que repitiera la postura oficial, la verdadera razón contra la fuerza de combate judía era que suscitaría el antagonismo de los árabes. Esta carta fue interceptada por los censores postales británicos y elevada a sus superiores en el Ministerio de Información. "Creo", escribió uno de ellos en un memorándum confidencial, "que una parte de las obligaciones del Sr. Berlin consistía en explicar nuestra política a los judíos de Estados Unidos. Si este informe es correcto, no parece que el Sr. Berlin esté haciendo muy bien su trabajo". Otro funcionario de este ministerio añadía un comentario condenatorio: "Sí, parece que sus correligionarios le tienen arrinconado" [32]. En realidad, Berlin no había hecho más que decir con todas las letras lo que todos los judíos ya sabían: que el Foreign Office era cautivo de la opinión árabe. Pero llamar a las cosas por su nombre no es una virtud diplomática, y a Isaiah le dieron a entender que nunca más debía permitir que sus lealtades judías dominaran sobre su discreción británica.

En aquel entonces, no recibió más que un suave golpecito en los nudillos; y sin duda este incidente no perjudicó a su carrera. Había desplegado tal habilidad para lograr contactos influyentes que la Embajada británica en Washington empezó a requerir sus servicios.

El 7 de diciembre de 1941 comió con David Ben Gurion. En la conversación se mezclaron cotilleos políticos sionistas y filosofía griega. Ben Gurion hablaba con "explosiones breves, intensas y agudas, puntuadas con silencios meditabundos aún más intensos y más concentrados... como si la visión apocalíptica que le poseía hubiera superado su capacidad de expresión" [33]. Aquello era romanticismo político en su forma más dramatizada y más ensimismada y a Isaiah le resultaba fascinante como espectáculo, pero poco fiable como política. Al mismo tiempo, estaba convencido de que Ben Gurion se equivocaba en querer movilizar la opinión judía norteamericana contra la política británica en Palestina; se equivocaba porque la influencia real del grupo de presión judío era escasa; se equivocaba porque toda agitación sembraría disensiones entre Estados Unidos y Gran Bretaña. Hasta más tarde no comprendió que el "sentido de la realidad" de Ben Gurion era tan sagaz como el de Weizmann y el suyo propio.

Después de comer, Ben Gurion se fue a Washington para ver a Ben Cohen, con la esperanza de lograr una entrevista con Roosevelt. En cuanto Isaiah se hubo metido en un taxi para volver al Rockefeller Center, el taxista se volvió hacia él y le dio la noticia de que los japoneses habían atacado Pearl Harbor. Cuando llegó a su despacho, los funcionarios británicos lo estaban celebrando: el objetivo en pos del cual habían estado trabajando durante más de un año, la entrada de Estados Unidos en la guerra, estaba ahora garantizada. Sólo Daphne Straight —mitad norteamericana por matrimonio— estaba llorando [34].



9. La guerra de Isaiah: Washington, 1942-1945

Los análisis de prensa que hacía Berlin para el Ministerio de Información tuvieron tanto éxito que le pidieron que hiciera lo mismo para el Foreign Office, operando desde la Embajada británica en Washington [1]. La alianza anglo-norteamericana estaba en todo su apogeo, por fin la democracia estadounidense se había movilizado a favor del lado aliado y dos grandes líderes actuaban concertadamente. Berlin estaba entusiasmado por el "apetito de futuro" de Churchill y Roosevelt, por su sentido de estar "preparados para ver llegar la ola con la plena confianza de que podrán navegar sobre ella triunfalmente" [2]. Washington estaba hasta los topes de casetas Quonset * y edificios temporales, complejos de oficinas construidos de conglomerado de madera, pintados de los colores gris o verde de tiempos de guerra para alojar a un nuevo ejército de trabajadores bélicos [3]. La ciudad toda rebosaba con la marea de la guerra. Había unos 3.000 funcionarios británicos en Washington —la mitad de los colegios de Oxford y Cambridge estaban allí cumpliendo algún tipo de servicio— y los antiguos protocolos de las burocracias británicas y norteamericanas se habían roto por la afluencia de personas que, como Isaiah, eran ajenas a ellas, razón por la que él

* Un tipo de construcción metálica prefabricada, así llamada porque se fabricó por primera vez en Quonset Point (Rhode Island) y se patentó con este nombre. *(N. de la T.)*

se sintió pronto como en casa. Su resumen semanal sobre la opinión estadounidense le dio licencia para conocer a todo el mundo que importaba, y se introdujo en los diversos mundos del Washington de guerra con una perspicacia social que admiraba a sus compañeros de la embajada. Pronto estuvo comiendo con los principales editorialistas y columnistas, Marquis Childs, Drew Pearson, Arthur Krock y Walter Lippmann. Con Lippmann se enfrascaba en magnos, serios y complicados *tours d'horizon* que, aunque eran a escala global, siempre parecían pasar por alto Palestina, porque Lippmann era muy sensible hacia cualquier tema que pudiera implicar a su conflictivo judaísmo [4]. Isaiah dominó enseguida la lógica de las filtraciones de prensa en Washington: si Krock publicaba un artículo sobre el Departamento de Trabajo, Berlin sabía que los datos habían sido filtrados por un departamento rival; estaba enterado de qué fuentes secretas trabajaban para qué columnistas, cuáles eran fiables, cuáles no. Washington, como escribía su amigo Chaim Weizmann, era "una auténtica bóveda de ecos, que une todas las desventajas de la gran capital a las de la pequeña aldea... rumores y chismorreos viajan con alas invisibles, a la velocidad del rayo y en la mayoría de los casos distorsionados" [5]. Berlin se convirtió en los oídos de Gran Bretaña en aquella bóveda de ecos.

Pronto descubrió que los diversos departamentos gubernamentales mantenían entre sí tantas distancias como los colegios de Oxford. Las relaciones profesionales, por otra parte, eran fuertemente personales. En Washington trabajabas para el señor Ickes o el señor Morgenthau o el señor Hull, lo cual tendía a generar indiscreción en las personas porque las lealtades personales trascendían los lazos institucionales. Las conexiones oxonienses también contribuyeron a abrirle puertas a Berlin. Felix Frankfurter le proporcionó acceso a figuras clave de la Casa Blanca. Berlin hizo amistad con el círculo de los más brillantes jóvenes de la política del New Deal en Washington. En este círculo figuraban Katharine y Philip Graham, que por entonces empezaban a hacerse cargo del *Washington Post* dirigido por el padre de ella, Eugene Mayer;

Charles E. Bohlen, un funcionario del Departamento de Estado, aristocrático e inteligente, que iba a ser quien tomara las notas y sirviera de intérprete en las entrevistas de Roosevelt y Stalin; George Kennan, otro personaje clave del Departamento de Estado, especializado en relaciones con los rusos; John Ferguson, un joven abogado de Washington que trabajaba a la sazón para el Departamento de Justicia; Donald Hiss, también del Departamento de Estado; John Oakes, de Inteligencia; y Edward Prichard, un abogado joven de Kentucky, jovial y de una rapidez sobrehumana, antiguo empleado de Felix Frankfurter y entonces miembro del personal de la Casa Blanca. Algunos de estos hombres se alojaban juntos en una casa llamada Hockley, e Isaiah fue pronto uno de los fijos en las cenas que allí se celebraban. "Prich", como llamaban a Prichard, era un hombre corpulento que cuando fue reclutado para la guerra decía con humor que como ya habían vaciado los toneles estaban echando mano de los toneles mismos [6]. Posteriormente, durante la guerra, cuando Prichard regresó del ejército, él e Isaiah vivieron juntos en una casa alquilada en Georgetown. A través de su amistad, Isaiah consiguió un acceso incomparable a algunos de los políticos más influyentes y ciertamente más vivaces del Washington de guerra.



La conexión All Souls abría todas las puertas de la embajada. John Foster era asesor legal y el propio embajador era un antiguo miembro de este colegio. Lord Halifax era virreinal y remoto, un "ser que no es de este siglo", que consideraba a la mayor parte de su personal chupatintas del Foreign Office, pero se mostraba inusitadamente amable con los funcionarios de menor nivel provenientes de su antiguo colegio [7]. Además de Halifax había otro *fellow* de All Souls, Robert Brand, socio mayoritario de Lazard Freres, al frente de la British Food Mission (Misión de Alimentos Británica).

En el invierno de 1942, Berlin fue invitado a una comida en Washington que ofrecía Jennifer Brand Polk, hija de Bob Brand. Le advirtieron que le iban a presentar a una absurda aventurera centroeuropea que siempre era terriblemente pe-

sada. En vez de esto, se encontró sentado junto a la condesa Patricia de Bendern, de veinticuatro años, que resultó ser la hija de lord Queensberry y emparentada, por consiguiente, con el *jeune homme fatal* de Oscar Wilde, lord Alfred Douglas. El marido de Patricia era entonces prisionero de guerra en África del norte y ella había ido a Estados Unidos con su hija matriculándose en la Universidad de Radcliffe, en Cambridge (Massachusetts). A Isaiah le pareció "desbordantemente atractiva": profundos ojos azules, rostro de muchacho adolescente enmarcado por cabellos de un castaño claro cortados al estilo paje; físicamente menuda y delicada, seductoramente femenina. Como la mayoría de las mujeres de sociedad de su época, no era lo que se dice culta, pero sí muy viva y con debilidad por los hombres inteligentes. Era evidente que no estaba enamorada de su simpático e insignificante marido, y cuando Isaiah le preguntó por qué se había casado, contestó: "Ah, pues porque todos los demás eran horrendos" [8]. Ella pertenecía a los círculos elegantes londinenses, pero parecía aburrirle su buen tono. En Radicliffe estaba dedicándose a reinventarse a sí misma como persona seria: iba a las conferencias de F. O. Matthiessen sobre Henry James, estaba tomando lecciones de violonchelo y celebraba reuniones en su casa a las que invitaba a profesores de Harvard. Hablaba bien, recordaba Isaiah, sobre las *suites* de Bach para violonchelo solo, que eran, decía, sus piezas musicales favoritas. Era incorregiblemente coqueta y a Isaiah le resultaba intoxicante ser el objeto de sus atenciones. Hacia el final de la comida sintió que estaba sucumbiendo. Ella le invitó a pasar el fin de semana en su piso de Cambridge. "No ocurrió nada físico", recordaba él. "Me consideraba tan poco atractivo como todas las demás, pero por alguna razón se aferró a mí. Deseaba conservarme". Pronto figuró entre el círculo de personajes de talento de la Universidad de Harvard que danzaban a su alrededor. La conversación de Patricia le resultaba fascinante, su alegría y sentido del humor, irresistibles. Muy pronto estuvo enamorado por primera vez en su vida. Todo el resto de 1942 pasó los fines de semana con ella en Cambridge y se vieron

siempre que ella iba a Nueva York o Washington. Los amigos de Isaiah tenían dificultad para entender esta relación: aquel intelectual gordezuelo y jovial, con escaso *savoir-faire,* claramente loco por una conocida *femme fatale;* ella tan sexual, él tan reprimido; él tan judío, y ella, como lo expresara uno de los amigos de Isaiah, tan "*super-goyissimo*"* [9]. Ella al menos disfrutaba con los halagos de él. Cuando estaba fuera, en Washington o en Londres por consultas, Patricia no dejaba nunca de enviarle una nota cariñosa atrayéndole otra vez hacia ella. Pero él comprendió enseguida que ella era inconstante en grado enloquecedor; daba citas que luego cancelaba, se declaraba suya y después desaparecía durante meses enteros entregada a algún amorío secreto. Si es verdad que era falaz, también era irresistiblemente perdonable. Esta aventura amorosa —si es que se puede llamar así a un asunto desesperantemente insatisfecho— continuó a todo lo largo de 1942.

En el verano de 1943, cuando Patricia se enamoró de otro, la relación para Isaiah dejó de ser capricho pasajero para convertirse en algo que se parecía mucho a auténtico suplicio. El objeto de su interés era un estudiante graduado franco-cubano de Harvard, Jacques Abreu, joven y rico, extremadamente apuesto, recordaba Berlin, y casi totalmente carente de sentido del humor. En diciembre, Patricia, Abreu e Isaiah fueron juntos ver el musical *Oklahoma!* en Nueva York y después regresaron al hotel, donde las habitaciones de Patrica y de Abreu eran contiguas a la de Isaiah. Mientras intentaba conciliar el sueño, éste podía oír apagados sonidos amorosos a través de la pared. A la mañana siguiente cuando dejó la habitación se llevó la llave. Y la guardó el resto de su vida [10].

A mediados de 1944 el marido de Patricia se escapó de un campo de prisioneros de guerra de Italia y huyó a Suiza, desde donde le envió un mensaje llamándola a su lado. Llena de remordimiento, ella volvió a Europa después del Día-D, pero

---

* De la palabra hebrea *goy* (plural *goyim*) que designa a los no judíos o gentiles. *(N. de la T.)*

siguió enviando cartas a Isaiah que hábilmente le mantuvieron en estado de agitación constante y expectación desesperanzada durante otro año más.

Afortunadamente, su trabajo le absorbía. En lugar de estar vinculado a alguna especialidad o área de conocimiento específicas en la embajada, Isaiah era libre para moverse por todo el mundo oficial de Washington, comiendo, cenando, cotilleando y, una vez a la semana, reuniendo los materiales para pasar de hacer un compendio de la opinión norteamericana a ser enviado al Foreign Office, y a través de éste a otros departamentos de Whitehall, entre ellos la Oficina del Gabinete. A la sección de sondeos de la Embajada británica llegaban informes sobre opinión pública enviados por los consulados ingleses de todo el país, así como un resumen semanal de la prensa de Nueva York. Ocasionalmente, Isaiah se aventuraba fuera de Washington y Nueva York —visitó, en efecto, Los Ángeles, San Francisco, Chicago, Portland y Seattle— pero la Norteamérica que él conocía de verdad iba desde el centro de Manhattan hasta el Potomac [11].

Isaiah estudiaba todo lo que recibía y después dictaba un compendio en su lenguaje expresivo y penetrante. Había empezado a utilizar el dictado para la revisión de su libro sobre Marx, y el resto de sus días éste sería su método preferido de elaboración. El dictado vencía sus inhibiciones respecto a la palabra escrita, pero sometía a duras pruebas a sus atormentadas secretarias, que tenían que sintonizar su oído al flujo de su pensamiento, que era fuertemente compacto, intrincado, se tragaba palabras y montaba las oraciones una sobre otra. Este primer borrador era examinado a continuación y algunos de los cotilleos más indiscretos de Isaiah eran eliminados por algún funcionario de grado superior, antes de firmarlo y enviarlo bajo el nombre de Halifax [12].

Sólo en una ocasión —cuando terminaba ya su periodo de estancia en Washington— alteró el embajador personalmente uno de los despachos de Isaiah. Fue uno en que hacía una valoración del nuevo presidente, Harry Truman, y en el que había incluido el comentario de que era probable que el Con-

greso se entendiera mejor con Truman que con su antecesor, hombre "más imperioso". La mano de Halifax se disparó como un áspid y su pluma tachó la expresión "más imperioso". Las palabras se referían a Roosevelt, pero Winston, explicó Halifax, lo entendería como una referencia a sí mismo [13].

La variedad de las fuentes de Isaiah y la calidad de la información que conseguía extraer de los rincones más recónditos del Gobierno norteamericano impresionaban a sus superiores. De vez en cuando, sin embargo, le llamaban la atención sobre alguna afirmación chocante. ¿Es esto cierto, le preguntaban? "Es cierto", decía Isaiah sentenciosamente, "pero en un nivel profundo" [14].

Una versión oficial de su resumen era telegrafiada en clave a la sede del Foreign Office en Londres, mientras que una carta donde se incluían todos los cotilleos "que los moradores de la penumbra de Whitehall consideran excesivamente relumbrantes" llegaba a manos de los amigos de Isaiah —sobre todo de Herbert Nicholas— en "Heartbreak House" ("Casa de la desolación"), como llamaban al Ministerio de Información [15]. Estas cartas se conocieron como la versión "de contrabando" de sus despachos, y empezaron también a atraer atención. Era un juego peligroso, y Berlin hubo de advertir a Nicholas que no las difundiera demasiado, dado que los amigos norteamericanos estaban empezando a quejarse de que la información confidencial que le habían dado estaba rebotando de vuelta a Washington.



La lista de circulación de los resúmenes oficiales de Isaiah era pequeña pero selecta. Desde luego eran leídos por Winston Churchill, Anthony Eden, la Oficina del Gabinete, el Ministerio de Información, los niveles superiores del Foreign Office, los embajadores de más antigüedad y los secretarios de Estado. También le llegaban al Rey. El voraz apetito de información secreta sobre la política de Washington era indicio de la creciente sumisión de los británicos a la opinión norteamericana. Se había convertido ésta en un factor esencial a ser sopesado, investigado e informado, antes de poder tomar decisiones, e Isaiah se convirtió en su principal proveedor.

No es de extrañar que su cotización aumentara de forma tan desproporcionada respecto a su rango relativamente menor de primer secretario. Él, por su parte, era tajante respecto a la nueva tendencia británica de esperar hasta conocer en qué dirección iba a saltar el gato estadounidense. En una de sus cartas "de contrabando" a H. G. Nicholas insistía en que los ingleses debían decidir sus políticas contaran o no con el refrendo norteamericano [16].

Palestina era la cuestión en la cual el Gobierno británico esperaba con particular atención para ver hacia dónde saltaba el gato estadounidense. Tras la caída de Tobruk en junio de 1942, cuando Palestina quedó franca al ejército de África de Rommel, los dirigentes sionistas norteamericanos empezaron a exigir que los ingleses permitieran la creación de una fuerza de combate judía. Los informes de Isaiah sobre este punto dejan muy claro que anteriores reprimendas no le habían silenciado. Decía en ellos que "la sencillez y humanidad" de la petición judía de poder luchar como judíos había conseguido muchos aliados en Estados Unidos. Los argumentos del Gobierno británico contra esta fuerza de combate "habían sido refutados demasiadas veces en la prensa sionista para retener algo de plausibilidad" [17]. Sólo la influencia de Weizmann, sostenía Berlin, había impedido que los círculos judío-norteamericanos se volvieran irrevocablemente contrarios a la posición británica. Isaiah utilizó todos sus despachos para reforzar la posición de Weizmann a ojos ingleses. El 9 de junio de 1942, por ejemplo, Isaiah hizo saber a Halifax que "sería aconsejable que cualquier posible concesión [en relación al ejército judío]" del Gobierno británico se hiciera "en forma de concesión al señor Weizmann personalmente" [18]. Halifax elevó exactamente aquella recomendación a Churchill el 27 de junio, y estas iniciativas desembocaron en la formación de un regimiento de Palestina en agosto, el cual, sin embargo, defraudó cruelmente las esperanzas sionistas porque no era más que una milicia local voluntaria con pretensiones [19].

Durante todo este periodo, la influencia de Weizmann en la comunidad judía norteamericana iba en declive. En abril



Riga, 1910.



A los 8 años, Petrogrado, 1917.



A los 14 años
en Upper
Addison Gardens,
Londres, 1923.

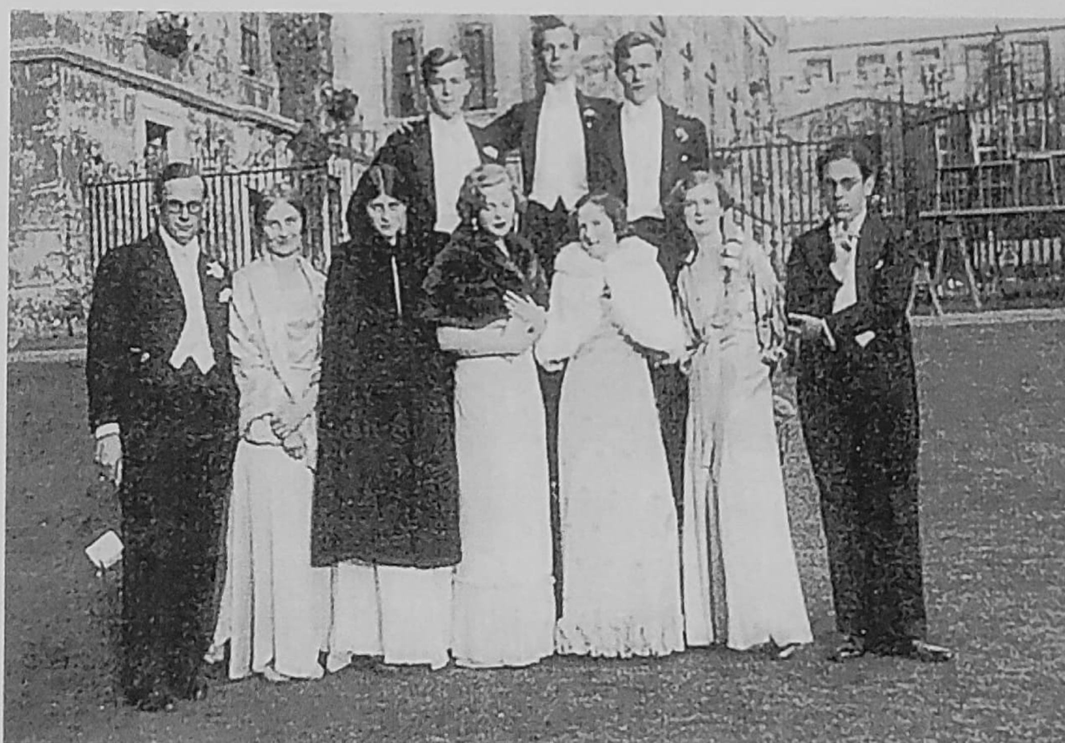


Londres, década de 1920. *De izquierda a derecha:* Isaiah, sus tíos Ida y Yitzka Samunov, Marie y Mendel Berlin.



Corpus Christi College, 1928-1929.

Isaiah (*a la derecha*) y amigos en la fiesta del Commem Ball, Jardín de New College, 1931-1932.



THIS IS TO CERTIFY THAT

NO. 21

Mr. I. Berlin

WHOSE SIGNATURE AND PHOTOGRAPH APPEAR HEREON IS EMPLOYED BY THE

BRITISH INFORMATION SERVICES

DIRECTOR GENERAL

Isaiah Berlin

SIGNATURE OF HOLDER

B. C. Thomas

NOT VALID UNLESS COUNTERSIGNED BY B. C. THOMAS, FINANCE AND ESTABLISHMENT OFFICER

Tarjeta de identificación de los Servicios de Información Británicos.



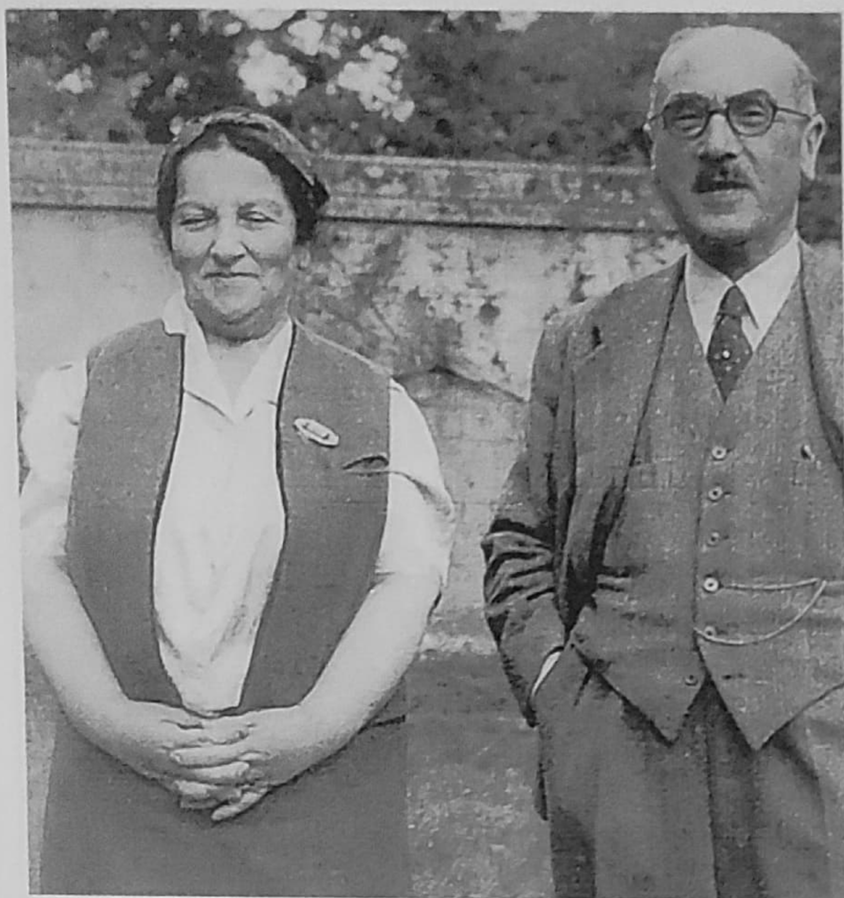
Shirley Morgan, Isaiah y la chocolatina Hershey, Oxford 1946.



Anna Ajmátova, el día después de que Isaiah se fuera de Leningrado, 1946.



Isaiah Berlin en los años cuarenta.



Marie y Mendel Berlin,
fines de la década de 1940.



Isaiah y Mendel Berlin,
Venecia, 1947

de 1942, en una reunión de organizaciones sionistas en el Hotel Biltmore de Washington, se había aprobado una declaración, en buena medida por insistencia de Ben Gurion, en que se protestaba oficialmente por la prohibición británica de nuevas emigraciones judías a Palestina y en que la comunidad norteamericana quedaba comprometida a hacer campaña activa a favor de un Estado judío en Palestina al finalizar la guerra. La política de Weizmann de procurar concesiones británicas no había ido a ninguna parte, mientras que la de Ben Gurion de desafiar abiertamente a los ingleses ganaba adeptos.

Berlin no fue nunca un amigo oportunista y permaneció al lado de Weizmann. Cuando se marchó de Washington para regresar a Inglaterra en agosto de 1942 llevaba consigo mensajes del Jefe para la Agencia Judía de Londres. A su vuelta a Estados Unidos en septiembre le trajo a Weizmann las últimas noticias del cuartel general. En ese momento, la enfermedad les acercó aún más fuertemente. Isaiah contrajo una pulmonía a su regreso y hubo de ser hospitalizado en Nueva York. Estaba tan débil que sentía las piernas como "goma sintética de pésima calidad" [20]. La principal preocupación de Isaiah era que su madre no se enterara de su situación, por lo que envió un río de alegres telegramas: "estupendamente", "monótonamente bien", "soberbio estado físico", e hizo ver que la pulmonía había sido un brote menor de sinusitis. Lo cierto es que quedó inmovilizado durante todo el otoño de 1942, aunque consiguió, pese a todo, dictar resúmenes políticos desde la cama del hospital de Nueva York [21]. El matrimonio Weizmann se unió al "frente de mendacidad" y enviaron también a Mendel y Marie mensajes tranquilizadores. El propio Weizmann, muy extenuado por las batallas con Ben Gurion y desalentado por el rechazo de los gobiernos inglés y norteamericano, había sido hospitalizado por agotamiento y pasó el otoño recuperándose en Grossinger's Resort, un lugar de los montes Catskill en el norte del estado de Nueva York. Isaiah se reunió allí con ellos y Weizmann, que tenía entonces sesenta y siete años, e Isaiah, con sus treinta y cuatro, da-

ban paseos por los bosques y descansaban en el porche del bungaló de los Weizmann. Meyer Weisgal, una de las personas de confianza de Weizmann, bromeaba diciendo al Jefe que no iba a tener otro remedio que descansar mucho, porque se podía contar con que Isaiah hablara todo el tiempo [22].

En enero de 1943, tras una larga convalecencia, Isaiah volvió al trabajo, habiendo confesado a su madre que había estado algo más enfermo de lo que le había dado a entender. Se reanudó entonces su curioso desdoblamiento: aconsejaba a Halifax sobre la forma de tratar con el *lobby* judío, mientras asesoraba simultáneamente a Weizmann sobre el modo de tratar con Halifax. Weizmann, por su parte, utilizaba a Isaiah para mantener a la Embajada británica informada sobre sus tratos con el Departamento de Estado. Weizmann propuso a Sumner Welles, del Departamento de Estado, que los aliados pagaran al mandatario de Arabia Saudí una suma considerable, a cambio de su ayuda para forzar a los árabes a admitir un Estado judío. Cuando Berlin transmitió este *démarche* al Foreign Office se produjo una reacción de indignación. "Weizmann es un crío para estas cuestiones", dijo Harold Caccia, miembro del Foreign Office, enfurecido. Era absurdo suponer que se pudiera sobornar a Ibn Saud para este fin. Eden, ministro de Asuntos Exteriores, coincidía. Crear un Estado judío en Palestina podía provocar un levantamiento árabe que hiciera parecer simples *bagatelles* a los de los años 1920 y 1930. En abril de 1943 Eden buscó la aprobación de Churchill para comunicar a Weizmann, a través de la Embajada en Washington, que no estaba autorizado para agitar la opinión judío-norteamericana repitiendo comentarios prosionistas que Churchill le había hecho a él de forma privada. Si en efecto a Weizmann le llegó esta advertencia, optó por desoírla [23].

En mayo de 1943 Isaiah informó al Foreign Office que Weizmann le había dicho que era imposible que una "minoría progresista" como los judíos fuera gobernada por una "mayoría atrasada" en Palestina, y que cuanto antes forzaran las grandes potencias a los árabes a admitirlo tanto más fácilmente podría resolverse el problema de Oriente Medio. En

su informe, Isaiah permitió que se filtrara momentáneamente su propia opinión en una referencia de pasada a la "limitada política" del Libro Blanco de MacDonald de 1939, que había restringido severamente nuevas emigraciones judías. Los funcionarios del Foreign Office anotaron con exasperación en este informe:

> El Sr. Weizmann repite constantemente que los árabes transigirían si se les dice que tienen que aceptar la inmigración judía, pero eso es sencillamente falso. Nos han advertido que es inevitable una explosión en Palestina. Cuando se produzca no se deberá a la "limitada política" de Sir Macolm MacDonald sino a la intransigencia de Ben Gurion y semejantes [24].

Isaiah no vio nunca estas notas confidenciales, pero siempre fue consciente del sesgo antisionista de las autoridades que leían sus informes.

Llegado el verano de 1943 se había alejado la amenaza directa a Palestina por parte de las tropas de Rommel y las organizaciones sionistas clandestinas reanudaron sus operaciones. La administración inglesa de Palestina estaba cada vez más alarmada por la posibilidad de una insurrección colonial en aquella zona. A Isaiah le enviaban análisis confidenciales de los servicios de Inteligencia sobre la actividad clandestina en Palestina solicitando sus comentarios. Dichos análisis le parecían a un tiempo "antisemitas y absurdos" [25]. Por una parte, se afirmaba que no se debía permitir a los judíos formar una brigada para combatir en el bando aliado porque como luchadores eran una nulidad; por la otra, no debían armarse por temor a que volvieran sus armas contra los británicos.

Las lealtades de Isaiah fueron sometidas a una prueba de fuego en el verano de 1943. Por entonces, el Gobierno británico estaba cada vez más alarmado por el doble impacto de la agitación judía en Palestina y del *lobby* judío en Estados Unidos. La Embajada de El Cairo transmitía la preocupación árabe respecto a las presiones judías sobre la política británi-

ca y, cuando se dio carpetazo a los movimientos militares británicos para interceptar envíos ilegales de armas a los grupos clandestinos judíos de Palestina, por temor a la indignación de Estados Unidos, empezó a preocupar a Eden el que la política inglesa quedara inmovilizada por el *lobby* judío norteamericano. Las empresas petrolíferas estadounidenses en Arabia Saudí también tenían motivos de preocupación por la creciente influencia de las organizaciones sionistas en Washington y ejercieron una presión considerable sobre el Departamento de Estado, de por sí fuertemente proárabe. En mayo de 1943 Eden presentó un memorándum al Gobierno en que planteaba su preocupación porque los países árabes pudieran interrumpir su respaldo al esfuerzo bélico si el resultado de la victoria fuera un Estado judío en Palestina. En junio de 1943 el embajador norteamericano en Londres expresaba esta misma inquietud y proponía que Roosevelt y Churchill emitieran una declaración conjunta condenando la agitación sionista e insistiendo en que el problema palestino se aplazara hasta después de una victoria aliada.

A Isaiah le llegaron rumores sobre la proyectada declaración conjunta a principios de julio a través de Nahum Goldmann, adjunto de Weizmann en las oficinas del Congreso Mundial Judío de Washington [26]. Berlin se sintió auténticamente escandalizado. Había agitación en India en pro de la independencia del subcontinente; los polacos clamaban por una Polonia libre al final de la guera. ¿Por qué condenar solamente la agitación sionista?

Isaiah decidió actuar. Informó secretamente a George Backer, editor de un periódico sionista, sobre la propuesta de declaración, y Backer lo comunicó de inmediato a Henry Morgenthau, secretario del Tesoro. Una vez avisado el *lobby* judío, Isaiah informó después a Halifax, para gran consternación del embajador, que se había filtrado la noticia de la declaración. Entretanto, Morgenthau se dirigió al presidente para pedir que se anulara dicha declaración [27]. Para ganar tiempo, Roosevelt pidió a un alto asesor, Sam Rosenman, que celebrara consultas con los británicos y con los grupos judíos.

Rosenman habló con Isaiah, inquiriendo si éste podía apaciguar la ira judía por la proyectada declaración, a lo cual respondió Isaiah con falsos remilgos que él "no era de ninguna utilidad posible, aunque no sea más que en virtud de mi cargo oficial". Como Isaiah esperaba, de los grupos judíos se alzó un aullido de protesta, y el 8 de agosto el Departamento de Estado había informado ya al Gobierno británico de que había retirado dicha declaración. Halifax, cuando hubo informado al Foreign Office de que la responsabilidad era del *lobby* judío, pidió a Isaiah que averiguara cómo se habían enterado aquél de la declaración y cómo era posible que se hubieran podido movilizar la oposición a la misma dentro de la administración con tanta eficacia.

Isaiah tuvo entonces que contar al Foreign Office una versión de lo sucedido que ocultara su propia participación en echar por tierra la iniciativa. Su resumen relataba hábilmente los hechos como si fueran una comedia francesa, un caso divertido de cómo los rumores habían ido rebotando por la "bóveda de ecos" de la política de Washington. El tono deliberadamente ligero de su informe produjo el efecto deseado: disimuló su propio papel en la escena [28]. Isaiah contó el episodio a modo de comedia, pero lo cierto es que pasó muchas noches sin dormir temiendo la posibilidad de ser descubierto. Había solucionado su conflicto de lealtades con agilidad, humor y ciertas dosis de astucia, pero cuando tuvo que elegir había escogido la lealtad judía por encima de la británica. Fue un incidente que le preocupó. Mucho después, cuando podría haber querido revelar su participación, al menos ante el público judío, siguió silenciándolo. Hasta que me lo confió a mí en una conversación al final de su vida, siempre había negado vigorosamente que el problema judío de la doble lealtad le hubiera obsesionado jamás [29]. Pero así había sido, y si en algún momento consideró que un judío podía trabajar cómodamente en el Foreign Office, la experiencia de 1943 le curó de esa ilusión para siempre.

Durante el resto de la guerra, Isaiah fue el espíritu mismo de la discreción en asuntos sionistas. Cuando empezaron a

presentarse propuestas para una posible partición de Palestina a finales de 1943, Berlin informó sobre las reacciones de Weizmann y Goldmann [30]. Poco después, Weizmann se reunió en Londres con Churchill y el Gabinete de Guerra. Gracias a los resúmenes de Berlin, Churchill pudo conocer la versión de esta reunión que Weizmann había decidido circular por Washington [31]. Según él, Churchill había dicho

> que seguía siendo un firme prosionista, que nunca olvidaría lo poco que habían contribuido los árabes a la causa británica en la guerra y que enseguida se metería a fondo "en el pastel y sacaría una guinda auténtica". A continuación se había dirigido a Attlee preguntando: "¿El Partido Laborista, en cualquier caso, está comprometido con el sionismo, no?", ante lo cual Attlee, según él, había asentido con la cabeza y añadido que su gente se opondría aún con mayor entusiasmo al Libro Blanco si los judíos no les presionaran tanto en Gran Bretaña y Estados Unidos.

El comentario de Attlee podía interpretarse como una ominosa advertencia de lo que esperaba al sionismo cuando el Partido Laborista llegó al poder en 1945. Pero por el momento este aviso de tormenta no se entendió como lo que era. Al ir avanzando la guerra, los despachos de Isaiah fueron haciéndose progresivamente más confiados, personales y hasta perentorios. El Día-D, por ejemplo, habló con el rabino Silver, portavoz jefe para asuntos judíos del Partido Republicano. Silver quería que el Gobierno norteamericano se enfrentara a los ingleses y les obligara a conceder el Estado judío. Isaiah, según su versión escrita de esta conversación, había utilizado hábilmente el nombre y el prestigio de Weizmann para comunicar la postura del Foreign Office:

> Le informé de que no se haría pública ni se aplicaría ninguna decisión en torno a Palestina antes de finalizar la guerra, y de que el propio Weizmann era en cierto modo contrario a la partición, pero en todo caso consideraba que el Gobierno norteamericano nunca tomaría la iniciativa para resolver este proble-

ma sino que probablemente respaldaría al Gobierno británico en lo que éste quisiera emprender en Palestina y que, por consiguiente, la presión sionista en Estados Unidos le parecía en gran medida inútil, y cuando llegó a los extremos de 1943-1944, perjudicial y dañina, dado que provocó e irritó a las autoridades británica de Londres con las que él trataba sin desviarlas de su política [32].

El enfrentar a un dirigente sionista con otro en servicio del Gobierno de Su Majestad le granjeó a Isaiah una alta valoración de sus superiores. En el margen de este informe, un funcionario del Foreign Office escribió: "Dr Berlin. — Treinta-Cero!".

En realidad, Berlin estaba convencido de que el Foreign Office exageraba la fuerza del *lobby* judío norteamericano. En un despacho de 1944 sostenía que "los sionistas no han avanzado mucho en el reclutamiento de un apoyo amplio a sus posiciones ni en la prensa ni en la opinión pública". Él sabía privadamente que Roosevelt era mucho menos projudío de lo que suponía la comunidad judía, y que no había empuje alguno prosionista en el seno de la administración. Respecto a la cuestión palestina, sostenía que "el Gobierno de Su Majestad podía proceder con resolución para imponer cualquier curso de ación que crea conveniente sin excesivo temor a sus repercusiones en el público norteamericano" [33]. Si se modificaba la política del Libro Blanco —cuya terminación estaba prevista para 1944—, entonces la mejor política de relaciones públicas para el Gobierno británico era "dividir el frente", para aislar a los sionistas radicales enviando a eminentes judíos británicos como lord Rothschild a hablar con los dirigentes moderados. Ganándose sin reservas a estas figuras para el campo británico, el Gobierno no tenía nada que temer ni de la administración estadounidense ni del *lobby* judío.

La argumentación de Berlin, aunque sonaba a música celestial a oídos del Foreign Office, le granjeó la enemiga de los propios sionistas. Blanche Dugdale, importante partidaria de Weizmann, asistió a una charla de Isaiah sobre la opi-

nión judía norteamericana en una reunión celebrada en Londres a principios de 1944. Insistió Berlin en que las fuerzas sionistas de Estados Unidos hacían mucho ruido pero carecían de influencia suficiente en la administración norteamericana para obligar a actuar a Gran Bretaña. Dugdale le hizo saber por medio de Lewis Namier que su charla le había parecido "desdeñosa, cínica y que sus palabras no eran las de un sionista". Con su estilo mortalmente directo, Namier coincidía. "Los años pasados en los círculos diplomáticos", le dijo a Berlin, "tienden a desecar el estilo y a petrificar los sentimientos". La doble vida de Isaiah no era ya convincente [34].

Desde agosto de 1942 en adelante empezaron a llegar informes sobre los campos de concentración a las organizaciones judías de Washington y Nueva York [35]. Se comunicó al Congreso Mundial Judío que se estaba llevando a cabo un auténtico exterminio en hornos crematorios. En Londres, el Gobierno polaco en el exilio transmitió similares informes a las autoridades británicas y norteamericanas. A comienzos de 1943 los altos funcionarios sabían ya que los alemanes proyectaban el exterminio total. En febrero de 1943 el Gobierno rumano se dirigió a los aliados con la propuesta de intercambiar 70.000 judíos rumanos por material de guerra y dinero en efectivo. En abril de 1943 los gobiernos aliados se reunieron en las Bermudas para estudiar qué hacer con los refugiados judíos de la Europa nazi en los acuerdos de posguerra.

En una reunión con Halifax, Weizmann imploró al Gobierno británico que levantara la prohibición sobre inmigración judía impuesta en 1939 por el Libro Blanco. En un memorándum a la Conferencia de Bermudas Weizmann calculaba entre cuatro y cinco millones el número de judíos con probabilidad de sobrevivir a los nazis. A fines de 1943, en una melancólica conversación con Isaiah que éste comunicó al Foreign Office, Weizmann había revisado drásticamente a la baja sus cálculos: si se restaba al total los judíos absorbidos tras el telón de acero, junto a los que probablemente serían exterminados por los alemanes, dijo, sólo un millón de ju-

díos sobrevivirían y tendrían posibilidad de emigrar a Palestina. Según el informe de Berlin, Weizmann había proseguido de esta forma:

> Aunque él consideraba este hecho trágico en sí mismo, le parecía que hacía más solucionable el problema judío en los términos sionistas, puesto que el viejo argumento de que Palestina sola, por muy ampliamente que se abrieran sus puertas, no tenía posibilidad de absorber cuatro o cinco millones de judíos desplazados no tenía ya vigencia. Un millón era una cifra manejable [36].

Ésta era la primera vez que aparecía una mención oblicua del Holocausto en las conversaciones de Berlin con Weizmann. La única reacción conocida de Isaiah a estas cifras tan impresionantes y perturbadoras fue preguntar a Weizmann cuál sería la reacción previsible de los árabes a la llegada de un millón de personas:

> Le planteé la pregunta de siempre sobre los árabes. Respondió con la respuesta de siempre: que si se hacía entender claramente a los árabes que no podían esperar una Palestina como Estado Nacional Árabe o parte del mismo se plegarían... Yo expresé dudas. Quedaron sin resolver.

Desde fines de 1942 a comienzos de 1943 empezaron a aparecer en la correspondencia de Weizmann, así como en la de importantes dirigentes judíos como Stephen Wise, frases sobre la "abrumadora tragedia" y "el horror" que estaban sufriendo los judíos europeos. Sin embargo, es evidente que la magnitud real de lo que estaba ocurriendo —la mecanización de la muerte, el uso del gas Zyklon B y los hornos crematorios, la movilización de la totalidad de los recursos del Estado con el fin de la exterminación racial— se les escapaba enteramente. En años posteriores, Berlin insistió en que el marco de expectativas posibles estaba limitado por la memoria popular de los pogromos y por la evidencia de los campos

de concentración de preguerra. La imaginación de la mayoría sencillamente no podía, o no quería, recorrer la distancia que había hasta la conclusión que parecían imponer los hechos que empezaban a surgir en 1943. El genocidio en sí, y por medios tan espantosos, seguía siendo inconcebible [37].

La palabra "exterminio" figuró en los memorandos de Berlin desde mayo de 1943 en adelante, pero él siempre mantuvo posteriormente —con cierto sentimiento de vergüenza— que no supo nada del Holocausto hasta que los campos fueron liberados y empezaron a publicarse fotografías de Buchenwald, Dachau y Belsen a finales del invierno y en la primavera de 1945. La única referencia directa a estos lugares en su correspondencia oficial no aparece hasta el 28 de abril de 1945. Aunque es posible que estuviera desviando la mirada de una verdad que otros vieron claramente, no fue el único en no poder creer lo que palabras como "exterminio" significaban realmente.

En cuanto a lo que debían hacer los aliados para salvar a los judíos, la posición oficial —que Isaiah suscribía— era que la única estrategia posible era una rápida victoria aliada. Él siempre desaconsejó los diversos planes para bombardear las líneas ferroviarias de abastecimiento o los campos mismos, insistiendo en que los bombardeos podían matar por error a miles de reclusos inocentes. Los aliados podían conseguir más, a su juicio, advirtiendo a los países del Eje —Italia, la Francia de Vichy, Rumania, Hungría, Bulgaria y Croacia— que no podían esperar más que una paz punitiva si colaboraban en el genocidio nazi [38]. Dentro del propio Reich, sin embargo, no se podía hacer nada. El régimen estaba decidido al exterminio y sólo la conquista militar y la rendición incondicional podían detenerlo.

En febrero de 1944, los artículos de Edgar Answel Mowrer en el *New York Times* y el libro de Pierre van Passen *The Forgotten Ally* insistían en que los aliados estaban "permitiendo pasivamente la exterminación de los judíos europeos cuando podían estar salvando a una gran cantidad de ellos". Isaiah fue una de las personas consultadas en el borrador

de respuesta a estos cargos. El resultado fue un ejemplo enteramente típico de los comunicados de prensa del Foreign Office:

> Los Gobiernos británico y norteamericano están haciendo todo lo que está en su mano, enviando advertencias a Hitler y negociando con los países neutrales, para poner fin a esta masacre y ayudar a huir a las víctimas. Por motivos evidentes no es posible hacer pública la envergadura total de su actividad [39].

Palabras del estilo de "masacre" indican que al entorno de Berlin se le escapaba del todo la magnitud de lo que estaba ocurriendo. Era como si su habitual sentido de la realidad, la capacidad para deducir el panorama general a partir de una multiplicidad de detalles, le hubiera abandonado.

Cabe preguntarse, por ejemplo, hasta qué punto pensaba en los parientes que habían quedado en Riga. El último mensaje que su familia había recibido en Londres había sido del abuelo materno de Isaiah, Solomon Volschonok. Éste les había escrito una postal en enero de 1940, en los días finales de la república independiente, antes que el Ejército Rojo entrara y cortara toda comunicación con el mundo exterior. En buen inglés, escribía: "Let God help you with all the Good!" ("¡Que Dios os ampare con todo lo Bueno!"), y pasaba a preguntar por Shaja (*sic*) y a informarles de que no había nada nuevo que comunicar sobre Riga [40]. En la esquina inferior izquierda de la postal —como una premonición siniestra— había un sello con la esvástica del servicio postal alemán, que la había transportado a través del territorio del Reich. Ésta fue la última comunicación que tendrían con la familia de Riga. En julio de 1941 el ejército alemán expulsó a los rusos, que iban de retirada, y detrás de ellos vinieron las SS. En noviembre y diciembre de 1941 los judíos de Riga fueron reunidos por los fascistas letones y la policía alemana y transportados a pozos arenosos en las afueras de la ciudad, donde fueron fusilados y sus cuerpos arrojados a una fosa común. Los Volschonok y Schneerson de Riga —entre ellos los abue-

los materno y paterno de Isaiah— perecieron de este modo. Él no se enteraría de su muerte hasta después de la guerra.

Su exterminio era un hecho que Berlin estaba dispuesto a mencionar, pero nunca a hablar sobre él. Y tampoco escribió jamás directamente sobre el Holocausto en su obra posterior. Fueron los crímenes de Stalin, no los de Hitler, los que despertaron su reacción imaginativa más intensa. Es más fácil enunciar este curioso hecho sobre Berlin que explicarlo. Cuando le preguntaban decía que no tenía nada que decir sobre el Holocausto que no hubieran dicho ya otros [41]. Detestaba con todas sus fuerzas la industria surgida en torno al Holocausto y se mantuvo a distancia de toda invocación retórica del horrible destino de su pueblo. El silencio le pareció más veraz.

Pero la experiencia de Washington en tiempo de guerra sí le hizo comprender los drásticos límites del gradualismo liberal que él y Weizmann profesaban. Quedó consternado cuando los grupos clandestinos judíos reanudaran su campaña de resistencia activa contra el mando británico. A fines de 1944 la banda Stern asesinó al jefe de la autoridad mandataria, lord Moyne. Uno de los compañeros de Berlin en la embajada, David Daiches, un escocés especialista en literatura que era además judío, recordaba que Berlin le había llevado a un lado tras la muerte de Moyne y había susurrado: "Vamos a tener que pensar como suecos", refiriéndose presumiblemente a que, estando su propia gente empeñada en un lucha a muerte con los ingleses, todos los judíos británicos tendrían que permanecer neutrales [42]. Todo en Berlin le inducía a detestar el terrorismo sionista. Para él, la vía hacia adelante era la de Weizmann: ejercer presión discretamente entre bambalinas. Pero, al fin, no fueron las maniobras de Weizmann, sino "la visión física de los muertos y los agonizantes en los campos, las fotografías y filmaciones de los esqueletos y los cadáveres descarnados, de los niños de vientres hinchados y los tristes amontonamientos de posesiones humanas rotas", lo que hizo repentinamente irresistible la causa sionista. "Una inmensa ola de horror y compasión y sentimientos humanos

de indignación se extendió por la tierra" [43]. Si se añaden la oposición al sionismo del Gobierno laborista de 1945, la espiral de terrorismo judío resultante y el inesperado y firme respaldo del presidente Truman al Estado judío, todos estos factores, enteramente imprevistos en aquel momento, produjeron un desenlace que toda una vida de silenciosa diplomacia al estilo de Weizmann por sí sola acaso no habrían conseguido jamás. Isaiah nunca se arrepintió de haber apoyado a Weizmann, pero concluyó con pesar que tanto él como Weizmann —"los hombres del centro"— habían "escrito en el agua", habían "construido en arenas movedizas" [44]. Washington le enseñó que incluso las grandes figuras políticas raramente entendían la historia que querían acoplar a sus propios designios, y que la política siempre tenía un potencial de tragedia, porque las fuerzas que se proponía dominar no estaban nunca plenamente al alcance humano.

Cabría extraer la impresión de que no hizo mucho más en Washington que informar sobre los asuntos judíos. En realidad, Palestina sólo ocupó una pequeña parte de su tiempo y una porción aún menor de sus resúmenes semanales. Como complacía en extremo a Isaiah apuntar ante sus amigos sionistas, para una persona como Halifax el futuro de Palestina era una distracción marginal [45]. El grueso del trabajo de Isaiah estaba de hecho dedicado a informar sobre todos y cada uno de los matices de la relación del presidente con el Congreso, sobre toda manifestación de sentimiento antibritánico en los sindicatos, los columnistas de prensa y las minorías irlandesa, hindú, checa y polaca del crisol americano. Dichos resúmenes atrajeron a un número creciente de adeptos en Whitehall. En enero de 1944, después de un cable particularmente informativo, Churchill envió una nota a Eden preguntándole quién escribía en realidad los informes que llegaban firmados por Halifax. Churchill, que detestaba a Halifax, estaba convencido de que aquellos despachos tan expresivos no podían salir de una pluma tan sosa.

La respuesta del Foreign Office que apareció unos días después en la mesa de Churchill describía al autor como un

tal "Sr. Berlin, de origen judío báltico, de profesión filósofo". El 27 de enero de 1944 Churchill escribió a Eden: "Estos resúmenes están ciertamente bien escritos. Tengo la impresión de que sacan el máximo partido a todo y presentan un cuadro un tanto apasionado de los asuntos norteamericanos". Eden comentaba de su puño y letra: "Estoy de acuerdo. Tienen quizá un exceso de sabor generosamente oriental" [46].

Lo que Churchill quería decir con "apasionado" era ardoroso, casi febril. Y el "oriental" de Eden significaba demasiado sutil, demasiado colorista, poco inglés. El filósofo de origen "judío báltico" era sin duda inteligente, pero no era uno de ellos. Con todo, el efecto sobre el prestigio de Isaiah fue inmediato. No se daba todos los días que el primer ministro y el ministro de Asuntos Exteriores compitieran para encontrar el adjetivo preciso con que calificar los informes de un funcionario subalterno.

Isaiah tuvo un solo encuentro con Churchill, seis meses antes, a fines de agosto de 1943. Le habían pedido que llevara un cable confidencial a la Casa Blanca, donde se alojaba el primer ministro británico tras la reunión en la cumbre de Quebec. Isaiah fue conducido al dormitorio de Churchill y estaba esperando, telegrama en mano, cuando el primer ministro, recién salido del baño, apareció vestido con el mono azul marino de faena. Estrechó la mano de Isaiah, cogió el telegrama y dijo, con gran energía y énfasis: "Espléndido. Buen trabajo, siga así", y después le despidió con un movimiento de mano benevolente. Isaiah salió en medio de la noche con el ánimo fortalecido por la capacidad de aquel hombre mayor para alentar las fuerzas de la vida pero sabiendo también que Churchill no tenía ni idea de quién era él [47].

A principios de febrero de 1944 Clementine Churchill informó a su marido de que Irving Berlin estaba en Londres, y le preguntó si podría encontrar tiempo para agradecerle su actividad en pro de la guerra. La señora Churchill pensaba en un breve apretón de manos. De ningún modo, dijo el primer ministro, que venga a comer. Un tanto desconcertada, la señora Churchill se encargó de que le enviaran al señor Berlin

una invitación para el 9 de febrero a una comida en el Garden Room de 10 Downing Street, un comedor pequeño situado exactamente debajo de la Sala del Gabinete. Entre los invitados figuraban sir Alan Brooke, comandante del Estado Mayor Imperial, y la duquesa de Buccleuch, Molly Lascelles. El secretario de Churchill, Jock Colville, registró todo lo ocurrido. Berlin habló poco durante la comida, mientras la madre de Colville, que creía que debía ser algún tipo de funcionario, no dejaba de intentar iniciar una conversación con él sobre los problemas sociales de Gran Bretaña. En la cabecera de la mesa, Churchill mantenía un flujo continuo de conversación sobre la situación de la guerra. Al finalizar la comida, Churchill se volvió y dijo: "Diga, Sr. Berlin, cuál es su opinión sobre las probabilidades de que mi querido amigo, el Presidente, sea reelegido para un cuarto mandato". Irving Berlin, que hablaba con un fuerte acento de Brooklyn, dijo que tenía la seguridad de que el gran nombre de Roosevelt le garantizaba la victoria. Y para rematarlo añadió: "Pero si no vuelve a presentarse, creo que no votaré a nadie".

—¿Significa eso —preguntó Churchill—, que cree usted que le van a dar voto?

—Espero de verdad que así sea.

Churchill musitó que si el profesor tenía voto en Estados Unidos era una buena señal de la cooperación anglo-norteamericana. Las siguientes preguntas de Churchill sobre la situación y volumen de la producción de guerra en Estados Unidos no suscitaron más que respuestas vagas y evasivas. Churchill, ya un tanto exasperado, preguntó a Berlin cuándo creía él que iba a terminar la guerra. "Sr. Primer Ministro, contaré a mis hijos y a mis nietos que Winston Churchill me hizo *a mí* esa pregunta". Ya totalmente confundido, Churchill preguntó qué era lo más importante que el señor Berlin había escrito. Éste respondió: *Navidades blancas.*

Previendo un desastre social, Clementine Churchill dijo suavemente que todos debían dar las gracias al señor Berlin por haber sido tan generoso. "¿Generoso?", gruñó su marido, mirando en torno a sí con consternación. Llegado este

punto, Jock Colville daba suaves pataditas al primer ministro bajo la mesa. "¿Por qué me da patadas?", rezongó Churchill, y a continuación le volvió la espalda a Berlin. Poco después terminó la comida. Berlin regresó al hotel donde se alojaba con el productor Alexander Korda y declaró que había sido un almuerzo desconcertante, que no parecía haberse entendido del todo bien con el primer ministro [48].

Jock Colville a su vez informó al primer ministro que se había producido un caso de identidad equivocada y, muy divertido, Churchill lo contó ante su gabinete. Pronto la anécdota estaba circulando por Whitehall y desde allí se filtró a la prensa, apareciendo en la revista *Time* en abril de 1944. Por entonces Isaiah estaba en Londres y, enterado de la historia por Jock Colville, comprendió que se había convertido en una celebridad menor por error. El "asunto Irving-Winston-Isaiah" fue muy comentado [49]. En Londres, lord Beaverbrook telefoneó para invitar a Isaiah a cenar y ofrecerle una columna en su periódico [50]. Estirados aristócratas de All Souls que se habían mostrado distantes anteriormente procuraban ahora su opinión. Hubo colegas de Whitehall que le escribieron para decirle que sus despachos de Washington estaban a la altura de los grandes memoristas y diaristas del pasado: Creevey, Saint-Simon, Clarendon y Greville. Su propio jefe, lord Halifax, propagó muy complacido por Washington la historia de los dos Berlin [51].

En noviembre de 1944 las relaciones de Isaiah con su jefe eran tan buenas que Halifax le invitó a escuchar por la radio en sus apartamentos privados de la embajada los resultados de las elecciones presidenciales en que se enfrentaron Roosevelt y Dewey. Isaiah se unió a un grupo selecto en el que figuraban lord Keynes, su esposa rusa Lydia Lopokova, y el hermano de la Reina, David Bowes-Lyon. El único encuentro anterior de Berlin con Maynard Keynes —en una cena de Kings College en 1935— no había tenido mucho éxito. Berlin había ido para leer un trabajo filosófico sobre el placer y cuando Keynes, que estaba sentado a su lado durante la cena, se enteró del tema, dijo con tono cortante que le habría

dado igual escribir un trabajo sobre la sopa que estaban tomando [52]. Cuando se vieron en Washington, la atmósfera era diferente. Berlin fue presentado a Keynes como el catedrático Berlin, y cuando dijo con toda claridad que no era catedrático, Keynes respondió que él tampoco, añadiendo: "Rehúso la indignidad sin los emolumentos".

Durante la cena en casa de Halifax, Isaiah no paró de charlar con lady Keynes en ruso, para leve pero evidente disgusto de lord Keynes. Después de la cena se dirigieron todos al despacho de Halifax en el piso superior. Como experto en política norteamericana, Isaiah fue el encargado de traer consigo el mapa de los distritos electorales publicado por el *Washington Post* e ir marcando los resultados a medida que los locutores iban anunciándolos. En la radio se oía monótonamente: "Mississippi, 490 distritos para Roosevelt, 10 para Dewey". Lydia Keynes se aburría y empezó a charlar con Isaiah en un inglés con fuerte acento: "¿Le cae bien Roosevelt? A la gente le cae muy bien. Rosie. A mí me cae muy bien Rosie". Maynard interrumpió: "Ahora no, Lydia, ahora no". Pasó otra media hora. Lydia preguntó entonces a Isaiah: "¿Qué le parece lord Halifax?". Halifax estaba sentado en un sofá contiguo. Añadió ella: "Porque ahora es muy popular, pero no siempre fue así. ¿Recuerda el apaciguamiento? Fue terrible. Múnich, el apaciguamiento, fue terrible". Isaiah consiguió ahogar una carcajada explosiva, y ni siquiera Maynard la interrumpió esta vez, claramente divertido por la travesura. El pálido anfitrión, lord Halifax, se miraba los zapatos y acariciaba al perro. "Venga, venga, Frankie", le dijo al perro, "ya está bien de política". Después se llevó al perro y telefoneó a la mano derecha de Roosevelt, Harry Hopkins. Volvió Halifax y dijo: "He hablado con Harry y dice que la cosa es segura". Después de aquello la fiesta terminó [53].

Siempre que Keynes iba a Washignton, él y Berlin se reunían, en ocasiones en casa de Robert Brand o en la propia embajada. Isaiah disfrutaba sobremanera con la compañía de aquel gran hombre, aunque de vez en cuando la provocativa ligereza de Keynes le escandalizaba. Una vez, durante una

cena celebrada en una calurosa noche de verano en 1944, Keynes preguntó: "¿Se han dado cuenta de que el Congreso aprueba legislaciones estúpidas en julio y agosto? Hace demasiado calor. Demasiado calor para el hombre blanco. Está bien para los negrazos. No para personas como yo". Y Berlin también abrigaba dudas sobre hasta qué punto entendía Keynes la política norteamericana, pues parecía creer que el envío de un buen editorial del londinense *Times* al despacho de algún recalcitrante senador sureño le induciría a aceptar opiniones debidamente cultas y racionales. "¿Tendría esto algún efecto?", preguntaba a Isaiah. "Ninguno en absoluto", respondía éste. Pero Berlin tenía una opinión francamente favorable del internacionalismo liberal de Keynes. Sus juicios keynesianos se traslucen en su comentario sobre *Camino de servidumbre,* el libro de Friedrich Hayek publicado en 1944 e inmediatamente adoptado por los republicanos de Wall Street en su batalla contra el plan keynesiano de Bretton Woods, que, para consternación de los partidarios ideológicos del libre mercado, buscaba la estabilidad de las monedas internacionales a través de la regulación de los bancos centrales. "Wall Street considera a Hayek la mina de oro más rica jamás descubierta y vende sus opiniones por doquier", concluía sarcásticamente Isaiah, en su batalla contra "siniestros incendiarios sociales como lord Keynes y la Hacienda británica" [54].

Otro episodio de 1944 que ilustra las ideas políticas de Isaiah es un memorable duelo con Donald Maclean, a la sazón compañero en la Embajada británica e, ignorado por Isaiah, agente soviético. Un día Maclean metió la cabeza por la puerta del despacho de Isaiah y dijo: "Yo trabajo con gente del Pentágono y el Departamento de Estado. Son todos unos fatuos. Me han dicho que conoces gente del New Deal. ¿Podrías invitar a alguno?". Isaiah, que tenía amigos comunes de Oxford con Maclean, accedió y pidió a Kay Graham que organizara una cena con jóvenes funcionarios, entre ellos Ed Prichard [55]. Durante la cena, Isaiah comentó de pasada que conocía a Alice Roosevelt Longworth, una prima del presidente, *grande dame* famosa en Washington por sus opiniones anti New

Deal. Maclean, que había bebido mucho, súbitamente saltó: "Es una mujer horrible, con opiniones horribles". Cuando Isaiah respondió que no veía razón para no pasar un rato con personas de opiniones horribles, Maclean contestó agriamente: "No digo que no puedas verla. Lo que quiero decir es que no puedes tener la clase de gusto que te induce a querer verla". "El tratar con la señora Longworth", dijo Isaiah, "no era demostración alguna de que tenía gustos reaccionarios". "No estoy diciendo que en la hora duodécima ya no estarás de nuestra parte", prosiguió Maclean. "Pero hasta entonces, haces a pelo y a pluma".

En este punto, para asombro de Isaiah —puesto que había conocido a la señora Longworth en casa de su padre—, Kay Graham se sumó al bando de Maclean. El salón estaba dividiéndose rápidamente en dos campos y a Isaiah le parecía estar en una película de Douglas Fairbanks, donde el héroe tiene que saltar sobre la mesa para rechazar, con una sola estocada, el empuje de cien espadas. Era una forma humorística de verlo, pero la discusión era seria. Todo el mundo le acusaba de ponerse de parte de los archienemigos de los progresistas del mundo entero. "Se supone que estamos luchando por la civilización frente a la barbarie", recuerda haber dicho Isaiah, con un tono sentencioso poco habitual en él. "Y civilización significa libertad para elegir tus amigos". Maclean no estaba dispuesto a admitir nada de esto e insistía en que "la vida es guerra. En la guerra, hay que saber de qué lado estás". El resto de la sala, incluida Kay Graham, coincidían ruidosamente. Isaiah se mantuvo firme. "Entiendo que te puedan juzgar por tus amigos, eso lo admito". Estaba incluso dispuesto a considerar situaciones extremas en que hubiera que sacrificar amigos que hubieran traicionado alguna fidelidad esencial o una causa justa. "Pero hasta entonces deben permitirte conocerlos, aun si los demás te condenan por ello".

Maclean no quería dejar la cuestión. "La vida es batalla", repetía. "Tenemos que saber de qué lado estamos y no tener tratos con el otro lado".

La velada concluyó agriamente, con Maclean saliendo al jardín para orinar. Hubo llamadas telefónicas disculpatorias de Kay Graham y una carta de Maclean proponiendo contrito una comida para hacer las paces. Isaiah se presentó, como era de esperar, y Maclean le preguntó qué pensaba de Henry Wallace, vicepresidente con Roosevelt y hombre de izquierdas. Isaiah dijo que le parecía que podía tener algún tornillo flojo por algún lado. Maclean volvió a estallar y defendió a Wallace como campeón de todo lo que era decente y progresista, momento en el cual Isaiah llegó a la conclusión de que la amistad con él era imposible. Como en el caso de Burgess, no tenía la más remota idea de que Maclean fuera espía. Pero este encuentro quedó en su espíritu como algo más que un desacuerdo de sobremesa. Toda su vida recibió reproches por la libertad con que elegía a sus amigos, por su capacidad para ser relativamente indiferente a las opiniones de los demás, siempre que tuvieran otras virtudes a su favor: en el caso de Alice Roosevelt Longworth, su alegre aristocratismo, una inteligencia despierta, su voluminosa memoria para el folclore y los cotilleos de Washington y, sobre todo, una vitalidad que parecía, a juicio de Isaiah, redimir sus detestables opiniones políticas [56]. Irónicamente, lo mismo pensaba del compañero de Maclean, Burgess: que el puro apetito de vida redimía su sórdida actividad amorosa y peculiares pareceres políticos. El duelo al estilo Douglas Fairbanks con Donald Maclean fue uno de esos pequeños sucesos en que su temperamento liberal recibió su bautismo de fuego.

Con el avance de la invasión aliada en Europa hacia una victoria inevitable y la paz finalmente a la vista, Arnold Toynbee le ofreció a Berlin un puesto en el Departamento de Investigación del Foreign Office, pero éste retrocedió ante la "muerte en una atmósfera de vida" de aquella "cueva de profesores frustrados" [57]. Consideró momentáneamente la idea de marchar a París como agregado de prensa del embajador Duff Cooper [58]. Había conocido a la mujer de Cooper, Diana, en un refugio antiaéreo de Londres durante una visita a su casa en 1942, y le había seducido su belleza gélida y su in-

genio letal. Pero comprendía que París era un retroceso respecto a Washington; en realidad, Whitehall también lo era. La carrera en el Foreign Office le parecía como una dieta vegetariana tras los placeres de un festín carnívoro en los centros de poder [59].

Se cansaba de la pesadez semanal de los resúmenes políticos, diciendo a los amigos que se sentía como un cantante de ópera que hubiera cantado demasiadas escenas de locura. Pero había algo más que fatiga en su creciente nerviosismo en la embajada. Trabajar para un Foreign Office que era enérgicamente antisionista y proárabe era a un tiempo agotador y deprimente. Se sentía extenuado por la batalla interior con su propia y exuberante propensión a ser indiscreto. Por último, comprendió que tendía a "ver pautas en el tapete" —es decir, el sentido general de los acontecimientos— y que esto correspondía a un talante intelectual más que burocrático [60]. Los resúmenes de opinión semanales eran restrictivos: quería escribir con trazo más amplio. En consecuencia, por todas estas razones, empezó a soñar con volver a New College y bromeaba que estaba dando vueltas a una obra inmensa sobre historia de Europa en al menos veinticinco volúmenes, que le mantendría ocupado en irreprochable monotonía el resto de sus días.

Un encuentro fortuito le había inducido a pensar seriamente en la futura dirección de su vida intelectual. En algún momento a principios de 1944 había comido en el Club de Profesores de Harvard con el lógico matemático Harry Sheffer [61]. Sheffer fue muy cáustico respecto al daño que habían hecho a la filosofía las pretensiones seudocientíficas del positivismo lógico. "El progreso científico", insistió, "sencillamente no era posible en campos filosóficos como la epistemología o la ética. Hablar de un experto en epistemología o un especialista en ética", recordaba Isaiah que había dicho Sheffer, "no tiene sentido; no son esa clase de disciplinas". Sólo en campos estrictamente deductivos como la lógica, o en especialidades empíricas como la psicología experimental, era posible el progreso de índole científico. Isaiah, en realidad,

consideraba la condena de Sheffer al positivismo lógico en exceso indiscriminada, pero salió de aquella conversación con dudas renovadas sobre la vuelta a la filosofía. En la primavera de 1944 se encontró en un interminable vuelo transatlántico a Londres. En aquellos días las cabinas no estaban presurizadas y los viajeros tenían que pasar muchas horas en la oscuridad, respirando por un tubo de oxígeno. No pudiendo dormir —por temor a que el tubo se le escapara de la boca— Isaiah permaneció despierto toda la noche en aquel avión oscuro, frío y ruidoso, sin poder hacer otra cosa más que pensar. Siempre detestó pensar en soledad, y este viaje fue particularmente desagradable. Estuvo repasando lo que Sheffer había dicho y empezó a ver la filosofía pura como una disciplina parecida a la crítica o la poesía, en que no era posible aumentar el depósito de conocimiento humano auténtico. "Gradualmente llegué a la conclusión", escribió posteriormente, "de que prefería un campo en que hubiera esperanza de saber más al final de la vida que cuando uno la había empezado". Al aterrizar a la mañana siguiente, con la ropa arrugada y ojeroso, había decidido abandonar la filosofía y dedicarse a la historia de las ideas.

Sugirió a New College, donde había sido profesor desde 1938, la posibilidad de pasar a historia de la filosofía y propuso dejar la ética, la lógica y la epistemología a su amigo Herbert Hart. Éste era un antiguo amigo de Oxford, de una familia judía de Yorkshire, por entonces casado con otra vieja amiga, Jenifer Fischer Williams: era la opción perfecta para sustituir a Isaiah en New College y así lo hizo en 1945. La otra gran figura filosófica de los años treinta, John Austin, había aplicado su formidable capacidad a gestionar la logística de los desembarcos del Día-D. Estaba ya previsto su regreso a Oxford, como el de Stuart Hampshire, que había seguido una carrera igualmente distinguida en Inteligencia militar, descifrando señales codificadas de los alemanes. Por entonces intentaba lograr un *fellowship* en Balliol College para reanudar su carrera en filosofía. Isaiah instó a Herbert Hart a que se pusiera en contacto con Austin y Hampshire y reconstruyera

otra vez el círculo de la década de los treinta. En cuanto a Jenifer, que iba a renunciar a un puesto importante en el Ministerio del Interior, previno a Herbert que "llevar a la esposa a Oxford es como llevarla a la Costa de Oro: las condiciones son coloniales" [62].

Había llegado ya el mes de abril de 1945 y Berlin quería marcharse, pero el director de escuela, como llamaba entonces a lord Halifax a escondidas, no quería, a espaldas suyas, dejarle volver a la vida académica [63]. El 12 de abril murió Franklin Roosevelt, y recayó en Isaiah la tarea de hacer un análisis para el angustiado Gobierno británico sobre el decisivo cambio que se había producido. El informe resultante fue uno de los más incisivos de la carrera de Isaiah. Roosevelt estaba siendo objeto de toda clase de panegíricos a su muerte, observaba, pero durante su vida había sido una de las figuras más enconadamente odiadas de Estados Unidos. Sus logros, proseguía Berlin, habían sido alterar, "acaso a perpetuidad, el concepto de deberes y funciones del Gobierno estadounidense en general y de la Presidencia en particular". Mirando hacia el futuro, predecía que las principales reformas federales del New Deal prevalecerían. Aun si el grado de intervención gubernamental quedaba reducido con la llegada de la paz, la "tradición de acción efectiva para el bienestar social" —que Roosevelt había iniciado— continuaría bajo el mandato de Truman [64]. La versión de contrabando enviada a Nicholas al Ministerio de Información era considerablemente más franca:

> La verdad sobre la Casa Blanca es que aunque Truman es claramente sincero, digno ("Ya sé que es digno", dijo Mr. Ickes la noche de la muerte de Roosevelt, "pero ¿puede alguien mencionar algún otro atributo?") y liberal al modo provinciano del Medio Oeste, el tipo óptimo de legionario norteamericano, sorprendentemente eficiente, rápido, alerta y capaz de entenderse con personas como Eden y Lyttleton, todo ello es a una escala tan diminuta, tan del estilo de un interior holandés, que todas estas virtudes no podrán atender a la primera crisis realmente

> grande que no se pueda resolver por principios generales. Sencillamente, Truman siente predilección por politiquillos respetables y poco intimidantes. "Quizá tendría que haberme dedicado a tocar el piano en una casa de putas y no a ser Presidente de Estados Unidos", le comentó él con buen humor a un amigo mío [65].

Isaiah había querido ir a San Francisco para unirse a la delegación británica en el congreso que creó las Naciones Unidas aquel verano, pero Halifax le retuvo en Washington redactando sus resúmenes políticos semanales. A finales de mayo, sin embargo, le enviaron en avión para ayudar a la delegación con la traducción al ruso de la carta fundacional de la ONU. En este trabajo colaboró estrechamente con un antiguo amigo, Charles (Chip) Bohlen, ahora enlace norteamericano para la redacción rusa del documento. Isaiah admiraba la afinada sensibilidad de Bohlen para el lenguaje. Éste había sido traductor y anotador personal de Roosevelt desde la conferencia de 1943 en Moscú y asistido a las reuniones de los Tres Grandes. Churchill fue quien, de hecho, había planteado más dificultades a Bohlen en cuanto traductor. Era aficionado a lanzar frases del estilo de "la profundidad de la sublime insensatez", que no se prestaban fácilmente a una versión en ruso [66].

En aquella ocasión, Bohlen reclutó la ayuda de Isaiah para la traducción de la carta. Ambos pasaron dos semanas juntos en el Edificio de Veteranos de San Francisco, barajando e intercambiando palabras rusas, sopesando sus connotaciones ocultas, para cerciorarse de que los soviéticos no estaban colando alguna ambigüedad conveniente en su elección de lenguaje para el tratado. En la sección que trataba sobre el derecho de los Estados miembros a que su ejército marchara a través de un segundo Estado con el fin de defender a un tercero, Isaiah se detuvo en la palabra rusa para "atravesar", y convenció a Bohlen de que la versión rusa implicaba el derecho no sólo a atravesarlo, sino a quedarse, si fuera necesario. Cuando este hecho se comunicó a los soviéticos, protestaron

que sus escolares estaban ya aprendiéndose de memoria el texto propuesto. Era demasiado tarde para introducir cambios. Isaiah y Bohlen no dieron su brazo a torcer y finalmente los soviéticos cedieron. En otra ocasión, la traducción rusa implicaba que todos los territorios bajo mandato británico debían quedar abolidos a partir de aquel momento. Isaiah insistió en que se modificara la formulación, y Bohlen dijo en broma que Isaiah había salvado el Imperio británico con un golpe de lápiz [67].

Bohlen quedó lo bastante impresionado para sugerir a Halifax, en el vuelo de vuelta a Washington, que se utilizara a Isaiah en subsiguientes reuniones en la cumbre con Stalin. Halifax accedió y recomendó el nombramiento de Berlin como traductor de Anthony Eden en la próxima conferencia de los dirigentes aliados en Potsdam. A comienzos de julio Isaiah voló a Londres, para prepararse. En privado, no estaba muy entusiasmado con Eden y en alguna ocasión se había referido a él, a sus espaldas, llamándole "la bella durmiente" [68]. Eden, por su parte, no sentía especial simpatía hacia universitarios e intelectuales, especialmente los ingeniosos y burlones. Unos días antes de su salida, el Foreign Office comunicó a Berlin que al final no le enviaban a Potsdam. Es posible, aunque Isaiah nunca lo supo con certeza, que su comentario sobre la "bella durmiente" se hubiera vuelto contra él [69].

Su desilusión por no ir a Potsdam fue honda pero breve, porque se había presentado una alternativa seductora. Dieciocho meses antes, en una visita a Washington realizada en enero de 1944, Archibald Clerk Kerr, embajador británico en Moscú, había hablado con Isaiah sobre posibles políticas hacia la Unión Soviética. De pasada, sugirió que acaso a Isaiah le interesara ir a Moscú y echar una ojeada. Isaiah saltó ante esta posibilidad. Clark Kerr le preguntó cuándo le gustaría ir. "Enseguida, esta noche". Clark Kerr se rió y le dijo que algunas condiciones habría. "Ninguna", contestó Isaiah. "Rendición incondicional" [70].

Clark Kerr regresó a Moscú y el plan quedó en el aire durante casi dieciocho meses. Como Isaiah había escrito a un

amigo, se sentía como una de las pobrecillas provincianas de la obra de Chéjov *Tres hermanas*, que suspiraba de continuo: "A Moscú, a Moscú" [71]. En mayo de 1945, Clark Kerr reapareció en Washington de camino a la conferencia de San Francisco, renovó su oferta y convenció a Isaiah de que lo decía en serio "con el truco simple pero irresistible de agitar un visado en mis narices" [72]. Esta vez, Isaiah no repitió los errores del asunto Burgess. Se aseguró de que el Foreign Office daba su aprobación al plan de Kerr. A comienzos de junio se había decidido que fuera a Moscú para preparar un largo informe sobre las relaciones norteamericano-soviético-británicas en el mundo de posguerra. Su dictamen iba a ser "un magno acontecimiento", comentó con ironía, un punto de referencia "para todos los tiempos" [73]. Iba a permanecer en Moscú hasta comienzos de 1946, para regresar después a Washington a redactar este informe. Sería su canto de cisne, su aria de despedida de la administración británica. A fines de julio de 1945, por entonces de vuelta en Inglaterra, Isaiah pasó el fin de semana con Patricia Douglas en una casa de campo que ella había alquilado tras la quiebra de su matrimonio. El 26 de julio escucharon en la radio los resultados electorales de las elecciones generales británicas y bailaron alegremente en el césped por las noticias de la arrolladora victoria laborista. Con una ingenuidad encantadora, que esta vez Isaiah consiguió resistir, ella le propuso matrimonio [74]. Escapando de esta nueva fase de su relación con ella, Isaiah cogió un avión hacia Berlín y, tras una noche en compañía de Noel Annan, Goronwy Rees y otros amigos, entonces trabajando para los servicios de Inteligencia británicos en las ruinas de la capital alemana, voló a Moscú [75]. Se encontraba en estado de gran excitación. En una carta a sus padres, exclamaba en ruso: "*Chudno budet!* ¡Va a ser maravilloso!" [76]

10. MOSCÚ, 1945

Sentía cierta aprensión respecto al viaje, y le dijo en broma a un amigo que no sabía qué llevarse: "Insecticida, gamuza para el calzado, sombreros de piel de foca o vaya usted a saber" [1]. Al final, Isaiah voló a Moscú el 8 de septiembre de 1945 llevando consigo ropa de invierno, pequeños puros suizos con boquilla de plástico y botas para Borís Pasternak, regalo de las hermanas de éste residentes en Oxford.



Isaiah había anhelado este regreso —la idea de este viaje había estado en su mente desde que tenía poco más de veinte años— pero ahora que estaba ocurriendo se sentía lleno de temores [2]. Los soviéticos podrían insistir en que era ciudadano soviético, por haber nacido en Letonia, y no permitirle volver a salir. Tenía una pesadilla recurrente de ser arrestado y se decía —con pesimismo atípico— que de ser así, sencillamente se pegaría un tiro [3].

No tuvo tiempo para dar vueltas a su ansiedad porque, con su habitual buena suerte, llegó a Moscú a tiempo justamente para asistir a una fiesta de la embajada, en la que hizo contactos que le abrirían las puertas de la comunidad artística rusa durante toda su estancia. La embajada —situada en el ornamentado palacio de un comerciante a la orilla del río, exactamente enfrente de los muros del Kremlin— ofrecía una cena para celebrar el aniversario de su boletín de noticias en lengua rusa, *Britansky soiuznik* (El Aliado Británico). El invitado de honor era J. B. Priestley, cansado e irritable. Durante un

momento de debilidad en lo más álgido de la alianza de guerra británico-soviética, Priestley había escrito que la literatura soviética era la conciencia del mundo. El reconocimiento de Stalin había consistido en una visita oficial, incluidos tediosos recorridos de fábricas y granjas colectivas [4].

Priestley estaba agotado y se retiró enseguida a su hotel, dejando a Isaiah con Lina Prokofiev, la ex mujer catalana del compositor; el director de teatro Alexander Tairov; el crítico y escritor de literatura infantil Korney Chukovsky; y el director de cine Sergei Eisenstein. Para pasmo de todos ellos, estaban charlando con un funcionario británico que no sólo hablaba ruso perfectamente, sino cuya forma misma de pensar, apuntó Tairov con entusiasmo, era "enteramente rusa".

Isaiah comprendió pronto que cada uno de los comensales era presa del temor. Stalin había visto hacía poco la segunda parte de la película de Eisenstein *Iván el Terrible* interpretando la representación del zar como una denuncia alegórica de su mandato, cada vez más paranoico y cruel. Al parecer, Stalin en persona había reprendido al director [5]. No era de extrañar que Eisenstein estuviera demacrado y distraído. Para animarle, Isaiah le preguntó en qué momento había sido más feliz. A comienzos de los años veinte, respondió Eisenstein con añoranza, cuando aún estaba permitida la experimentación. Hubo una noche, dijo, que en un teatro de Moscú habían soltado cerdos manchados de grasa entre el público. Qué días aquellos. El director Tairov, que había sido despedido del teatro Kamerny por Stalin en 1939, coincidía en que los años veinte habían sido buenos, pero el periodo prerrevolucionario del Teatro del Arte de Moscú había sido aún mejor. Tairov recordaba con cariño el trabajo de Vsevolod Mayerhold. Para Isaiah, Meyerhold —cuyo trabajo experimental había convertido a Moscú en el centro dramático más importante de Europa en la década de 1920— no era más que un nombre. Para aquellas personas, Meyerhold era también un destino y un aviso. Lo único que sabían es que había desaparecido: corrían rumores de que había sido enviado a Tashkent durante la guerra. En realidad, fue tortura-

do y fusilado en 1940 [6]. Isaiah, claro está, nada sabía de todo esto. Preguntó por qué había cesado toda la experimentación artística de los veinte. "Las cosas cambian", dijo Tairov decaído; y, pasado un momento, añadió: "Las cosas también no cambian. Eso es todavía peor", y quedó en silencio fijando la mirada en el mantel, con aspecto viejo y vencido.

Desde sus primeras noches en Moscú, por consiguiente, Isaiah estuvo inmerso en una atmósfera de pesimismo, vergüenza y terror entre "los sagrados" que había conseguido sobrevivir la *Yezhovshchina,* el exterminio indiscriminado de la *intelligentsia* rusa de 1937. Además de los millones de personas corrientes enviadas a campos de trabajo o simplemente fusiladas, el régimen había exterminado a la élite cultural, incluido el poeta Osip Madelstam, el brillante escritor de relatos cortos Isaac Babel, el director de teatro Meyerhold, el crítico D. S. Mirsky e innumerables personas más. Cuando cesaron las muertes y las deportaciones quedó un silencio vacío en la cultura rusa, como un bosque tras un fuego devorador [7].

El ritmo de destrucción disminuyó con el comienzo de la guerra. En 1941 se permitió a algunos artistas que se unieran a la lucha nacional contra los alemanes: Borís Pasternak y Anna Ajmátova habían hecho lecturas públicas de su obra, y el partido descubrió que la autoridad moral de estas figuras disidentes era un capital a explotar. En un momento en que el lenguaje de apelación patriótica se había rebajado a toscas consignas, estos poetas sabían evocar la fuente más auténtica de emoción nacional: el amor a la lengua rusa. Soldados rasos conocían su obra de memoria o llevaban sus poemas consigo apuntados en pedazos de papel [8]. Ahora, en 1945, había artistas que estaban haciendo leves calas; atreviéndose, por ejemplo, a aceptar invitaciones de la Embajada británica. Pero ninguno de los comensales sabía si la pequeña relajación de los años de guerra era anuncio de tiempos mejores o si volvería el terror. Como escribiría posteriormente Isaiah, los que habían sobrevivido estaban como el Jonás entre las fauces de Leviatán de los frescos de Giotto, a punto de ser tragado por la ballena [9].

El más confiado de los tres rusos era Korney Chukovsky, crítico y filólogo de la era prerrevolucionaria que se había salvado de las purgas de los años treinta transformándose en irreprochable y, según se vio, inspirado autor infantil. Su gran popularidad logró, al menos por el momento, protegerle a él y a su familia. Con Isaiah se sintió lo bastante seguro para lanzarse a nostálgicas reminiscencias de sus tiempos de penuria en Inglaterra antes de la revolución. Durante la cena en la embajada se sacó del bolsillo del chaleco una edición barata de la obra de Thomas Carlyle *Sartor Resartus*, que él había utilizado para aprender inglés por sí solo en Londres antes de la I Guerra Mundial. A Isaiah le confesó su añoranza por las novelas de Trollope, en especial los clérigos y párrocos de Barchester. Su amiga Ivy Litvinov, mujer inglesa del ex ministro de Exteriores caído en desgracia, compartía la afición a Trollope pero creía en exceso arriesgado pedir más ejemplares de sus libros a Inglaterra. Isaiah prometió hacerles este favor (y a su regreso a Inglaterra cumplió, enviando a Chukovsky un paquete lleno de obras de Trollope) [10].

Isaiah preguntó en aquel punto si él podía pedir un favor a cambio. ¿Sería posible que Chukovsky arreglara una entrevista con Borís Pasternak? Isaiah había leído *Mi hermana, la vida* y Maurice Bowra, que había publicado algunos poemas de Pasternak en una antología durante la guerra, había sugerido que acaso fuera posible hacerle una visita. Chukovsky, que tenía una *dacha* cercana a la de Pasternak en la colonia de artistas de Peredelkino, a corta distancia de Moscú en tren, dijo que sus relaciones con el poeta eran difíciles, pero prometió ayudar. Lina Prokofiev también se ofreció a colaborar. Con su don natural para aprovechar el momento, Isaiah terminó sus primeras noches en Moscú con un acceso especial a los escritores rusos que los diplomáticos occidentales destinados allí no podían por menos que envidiar. La comunidad occidental de Moscú vivía —como él escribió posteriormente— "en una especie de zoo, con jaulas intercomunicantes, pero aislada del mundo exterior por una elevada valla" [11]. Él había encontrado una salida de la jaula.

Isaiah se adentró en el Moscú septembrino, lleno de soldados licenciados y gentes impasibles venidas del campo, un Moscú todavía embargado por la euforia de aquella famosa ceremonia de agosto de 1945 en que las banderas y estandartes de las derrotadas legiones alemanas habían sido arrojados sobre el adoquinado de la plaza Roja. Isaiah no había oído hablar su lengua materna en las calles de una ciudad desde los once años. Escuchó conversaciones a hurtadillas; exploró las calles del barrio de Arbat, bajó al metro construido por Stalin, oyó las conversaciones de las mujeres que hacían cola ante las panaderías, absorbiendo la vida rusa de la que había estado alejado durante veinticinco años. Curioseó en los catálogos de la Biblioteca Lenin y después se coló en las salas de lectura, donde observó, con algo de asombro, a jóvenes estudiantes que pasaban las hojas de tesis doctorales, copiando diligentemente los fragmentos que tenían aprobación oficial para ser citados en sus trabajos. Pero fue la experiencia de sumergirse en la lengua nuevamente lo que más le conmovió. En una carta a su familia, exclamaba: "Había olvidado que existieran semejantes emociones y expresiones" [12].

Pronto se hizo evidente que le estaban siguiendo. La sensación de que había figuras con gabardina a su espalda que aparecían y desaparecían entre la multitud era incómoda, pero no especialmente alarmante. Si sentía miedo, daba pocas muestras de ello, salvo cuando aseguraba a sus padres que estaba siendo "sumamente cuidadoso, formal, discreto, etcétera" y "rotundamente" no salía a pasear solo a las 3 de la mañana [13]. Vivía en un piso de la embajada situado en el Arbat y le dijo a su familia que iba al ballet, al teatro o la ópera todas las noches; *El jardín de los cerezos*, de Chéjov, la *Cenicienta* de Prokofiev y el *Onegin* de Chaikovsky fueron algunos de los espectáculos a los que asistió. De modo totalmente atípico, incluso se fijaba en la comida que le daban: sopas de setas, *piroshkis, borscht.* Relataba las cómicas conversaciones que tenía con la criada del piso de la embajada. "Dicen que Stalin está muy enfermo", apuntaba ella.

—No, el embajador norteamericano le vio en Sochi y estaba en excelente estado de salud —respondía Isaiah.

—¿Lee mucho a Trotski?

—No.

—Era un hombre bueno, ¿verdad?

Era una "viejecita encantadora" y sus torpes intentos de ponerle trampas en beneficio de sus jefes eran más enternecedores que amenazantes. Además, él la había oído susurrar a otra criada que era un tipo extraño: dormía hasta las once; "*Sovsem ne Anglichanin,* no parece inglés" [14].

La verdad, dijo a sus padres, aquellas estaban siendo "las semanas más llenas de mi vida". Estaba, les dijo, "rebosante de impresiones" y, cuando empezaron a caer las primeras nieves de otoño en el mes de octubre, su descripción de la escena, aun siendo irónica, vibraba de sentimiento:

> ¿Tengo que describir el crujir de la nieve, las cúpulas de las iglesias, el aire cortante, los campesinos, los gorros de piel, el timbre del habla rusa en las calles, el sonido lejano de los hombres del Ejército Rojo cantando mientras marchan? Es exactamente como una ilustración de Repin casi vulgarmente sentimental... [15]

En Moscú tenía viejos lazos familiares que renovar. El hermano de su padre, Leo, se había establecido allí tras la revolución y era profesor de Dietética en la Universidad. En dos ocasiones, Isaiah se escapó del ballet durante el descanso, eludiendo a sus perseguidores, para visitar a Leo, su mujer y su familia en su piso moscovita: un refugio acogedor, estrecho y forrado de libros, lleno de alegría judía y memorias de Riga. En la segunda de estas ocasiones se reunió todo el clan Berlin: sus tíos, Samuel y Solomon, y su tía Evgenia, que había estado casada con Isaac Landoberg, del que ahora estaba separada. El último contacto entre los Berlin ingleses y los rusos había sido en 1935, cuando Mendel Berlin hizo una visita a Moscú con una delegación maderera. Por tanto, había mucho que hablar para ponerse al día, preguntas sobre sa-

lud y negocios, si bien en ningún momento se comentó entre ellos la pérdida de la totalidad de los familiares que habían permanecido en Riga. Esta dolorosa cuestión no fue mencionada, pese a que por entonces Isaiah sospechaba que ninguno había sobrevivido [16]. Tampoco el dulce y encantador Leo entró en conversaciones políticas. Incluso con su propio sobrino, en su propia casa, la política era sencillamente un tema demasiado peligroso. Sí dejó caer un comentario que puso clara y crudamente de relieve las realidades de la vida soviética. Cuando Isaiah apuntó que la vida de un profesor de universidad acaso no fuera tan mala después de todo, Leo le preguntó con énfasis muy significativo: "¿Has estado en Florencia? ¿Has estado en Venecia?". Isaiah asintió, y Leo respondió con tono firme pero serenamente patético: "A nosotros también nos gustaría ir".

Las antenas de Isaiah captaron en efecto la impresión de que el antisemitismo, acallado durante la guerra, empezaba entonces a volver. Uno de sus tíos, que seguía aún vistiendo el uniforme del ejército soviético, se lo insinuó claramente, aunque no dio más explicaciones. Pero Isaiah no podía siquiera imaginar lo que iba a suceder y Leo, por su parte, era algo ingenuo. Cuando le preguntó si le preocupaba que la NKVD les hiciera pronto una visita, Leo respondió alegremente que era más probable que él le hiciera la visita a *ellos*. Como todos los intelectuales de la embajada, probablemente tenía la esperanza de que el final de la guerra significara el fin de sus desgracias. En realidad, no habían hecho más que empezar.

De vuelta en la embajada, a Isaiah le dieron una mesa en la Cancillería, pero tenía poco que hacer aparte de preparar un boletín semanal sobre la prensa. Ni que decir tiene que los periódicos rusos eran menos entretenidos que los norteamericanos. La propaganda era monocroma y el contenido virtualmente el mismo en todos ellos. Lo cierto era que estos periódicos le recordaban al mundo plano, despreocupado y falso de las revistas que se hacían en las escuelas privadas inglesas [17]. Muy ocasionalmente se traslucían las sañudas reali-

dades de la vida soviética: el hecho, por ejemplo, de que tres trenes atestados de soldados desmovilizados hubieran sido olvidados en una vía muerta al norte de Odessa y todos hubieran muerto congelados.

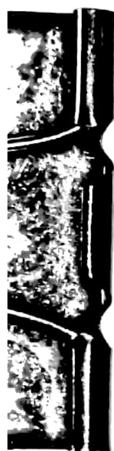
Aparte de este tipo de estampas, la prensa no procuraba a Isaiah ningún indicio de lo que pudiera estar sucediendo fuera de las "jaulas intercomunicantes" de la comunidad extranjera. Las reuniones con la élite política eran escasas y muy espaciadas, y cuando ocurrían —incluso un encuentro fugaz en un cóctel oficial— cada palabra tenía que ser descodificada para descubrir su significado oculto. En una de estas reuniones, celebrada el 7 de noviembre, entró en conversación con un alto funcionario, cuyo nombre no pudo captar Isaiah pero que le pareció de rango elevado por el tono de respeto temeroso con que se dirigían a él los funcionarios que había a su alrededor y por la relativa confianza con la que conversaba [18]. Éste hizo saber a Isaiah que el partido estaba preocupado por la renuencia de los campesinos a volver a las granjas colectivas después de la guerra. Las dimensiones de la crisis, dijo el funcionario, "recordaba a los años veinte y principios de los treinta", referencia a la resistencia campesina a la colectivización y la reacción despótica de Stalin, e insinuó que ahora se estaba produciendo una similar resistencia. Con franqueza muy poco diplomática, Isaiah preguntó a continuación si era verdad que el antiguo tipo de intelectuales comunistas, en su mayoría judíos —particularmente Maxim Litvinov, ex ministro de Asuntos Exteriores, e Ivan Maisky, ex embajador en Londres— estaban siendo apartados del poder. El comisario le aseguró untuoso que los males del "racismo" eran denunciados en el último número de *Bolshevik*. La conversación, que hasta este punto "había sido un diálogo superpuesto al silencio algo tenso de las otras diez u once personas presentes", empezó a relajarse, y los rusos se congregaron en torno a Isaiah para reprobarle por la política británica hacia Rusia durante la guerra. Los rusos creían que cuando Rudolf Hess había volado a Gran Bretaña en 1940 había llegado a un acuerdo secreto con Churchill por el que

se otorgaba libertad de acción al dictador alemán si atacaba Rusia. Se confesaban perplejos por el apoyo de Gran Bretaña a Rusia en 1941 y lo interpretaban como una puñalada por la espalda a Alemania. Isaiah intentó sacarles de su error respecto a semejantes teorías conspiratorias, pero "la atmósfera era exactamente como si fuera un grupo de hombres de negocios norteamericanos del Medio Oeste a quienes una autoridad británica comunica que Australia no es una colonia". No había forma de convencerles: y este encuentro dejó a Isaiah con una profunda sensación de que el hombre soviético no era, como creían los optimistas, pragmático y receptivo a los argumentos racionales. La doctrina del partido había penetrado hasta el último rincón de su conciencia.

En un salón literario, que celebraba en su casa una tal madame Afinogenova, poco tiempo después, Berlin tuvo su primera experiencia del ambiente de adulación que reinaba en la vida intelectual. Fue invitado a conocer a Ilya Selvinsky, poeta oficial que poco antes había sido oficialmente reprendido por haber propuesto inocentemente que el realismo socialista se complementara con un romanticismo socialista. Selvinsky, como era natural, se encontraba en estado de cierta agitación en relación a su futuro, mientras él e Isaiah conversaban sobre literatura contemporánea en el estilo afectado que caracterizaba todo intercambio en aquella época. ¿Quiénes eran los grandes escritores británicos de la actualidad?, le preguntó a Isaiah. Cuando omitió citar la obra de Arthur Greenwood *Love on the Dole* y otros clásicos oficiales de la literatura proletaria, y sugirió por el contrario que la conocida reaccionaria burguesa Virginia Woolf podría ser en realidad una escritora más perdurable, sintió una reacción gélida en la sala. A continuación, Selvinsky, con gran vehemencia y a todo volumen, dijo que aunque sabía que en Occidente se acusaba a los escritores rusos de conformismo, aplaudían dicha acusación. "Somos conformistas porque consideramos que cuandoquiera que nos desviamos de las directrices del Partido, al final siempre resulta que el Partido tenía razón y nosotros estábamos equivocados". Un silencio tenso e incó-

modo descendió sobre la congregación. Berlin comprendió que las palabras de Selvinsky iban dirigidas a los micrófonos [19].

Una atmósfera en todo sentido más libre y más generosa reinaba en Peredelkino, la colonia de artistas donde Chukovsky, Pasternak y otros escritores tenían sus *dachas* de verano. Isaiah, con el paquete de botas entregado por Lydia y Josephine Pasternak y acompañado por Lina Prokofiev, hizo el viaje en tren hasta allí una tarde luminosa de otoño a finales de septiembre. Encontró al poeta, su mujer y su hijo sentados en torno a una mesa tosca de madera en el jardín trasero. Pasternak, que contaba entonces cincuenta y cinco años, tenía una cara "sombría, melancólica y expresiva" [20]. La curvatura oriental de sus labios y ojos le daba el aspecto, como había dicho Marina Tsvetaeva de manera memorable, de un árabe y su caballo. Cuando Berlin le entregó a Pasternak las botas, el poeta pareció avergonzarse por el gesto caritativo de su hermana. La mujer de Pasternak, deseando romper el hielo, preguntó cómo estaba recuperándose Inglaterra de los efectos de la guerra. Antes de que Isaiah pudiera responder, Pasternak interrumpió y empezó a relatar —con un tono bajo y monótono que no permitía interrupciones— la historia de la última vez que había visto a sus hermanas. Había sido en junio de 1935, durante su visita a París como delegado soviético oficial en el Congreso Internacional de Escritores en Defensa de la Cultura, organizado por André Malraux, Ilya Ehrenburg y otros intelectuales antifascistas de izquierdas [21]. Había sido enviado a París por orden expresa de Stalin e Ilya Ehrenburg le había entregado el discurso que debía leer. Pero, en lugar de leer el texto preparado, Pasternak dijo a los escritores que atestaban la enorme sala de la Mutualité que debían mantenerse al margen de la política. "No organicéis resistencia al fascismo", dijo. Los escritores no debían organizarse nunca. "Os lo imploro, no os organicéis". Después había quedado en silencio, mientras toda la sala esperaba en vano a que continuara. Este silencio, magnificado por el micrófono, tuvo —al menos en el recuerdo de los delegados soviéticos— un "efecto devastador". La callada de Pasternak re-



cuerda el comentario apócrifo de Babel a sus interrogadores, aproximadamente por entonces, de que estaba desarrollando un "género nuevo de silencio" [22].

Cuando Pasternak tomó el tren de vuelta a Moscú en 1935 después de aquel congreso, el sentimiento de que estaba siendo totalmente apartado de la cultura de Europa occidental había penetrado en él con fuerza arrolladora. Tuvo despierto toda la noche al secretario del Sindicato de Escritores en el coche cama con su charla llorosa y compulsiva. Al volver a contar este episodio para Isaiah, incluso sugirió que su conducta demencial le había granjeado fama de loco, lo cual sirvió para protegerle posteriormente. En la noche oscura que siguió, Pasternak vio cómo la mayoría de sus amigos eran ejecutados o deportados a campos de trabajo. Él, por su parte, era demasiado eminente para que le tocaran, pero fue forzado a rebajarse en modos que le atormentaron el resto de su vida. En 1936, cuando dos altos cargos del partido, Zinóviev y Kámenev, fueron sometidos a juicio, acusados de troskismo, el Sindicato de Escritores Soviéticos participó pidiendo a gritos sus cabezas. En un artículo de *Pravda* titulado "Hay que barrerlos de la faz de la tierra", el sindicato denunciaba a Kámenev y Zinóviev como terroristas y exigía su ejecución. Pasternak fue uno de los dieciséis escritores que firmó este llamamiento [23].

Isaiah no podía haber sabido nada de esto. Había ido a Peredelkin con espíritu acrítico de idealización. Para él, Pasternak encarnaba la Edad de Plata de Rusia, el florecimiento artístico de los últimos años de gobierno zarista. Había advertido ya que estos artistas no hablaban nunca de la Unión Soviética, sino de Rusia, y fue como personificación de su cultura rusa perdida, pero propia, como Isaiah se había aproximado a él. Hasta posteriores encuentros no empezó a comprender el sentimiento de vergüenza que perseguía a todos los supervivientes de la época que acababa de terminar.

Berlin fue probablemente el primer occidental en conocer la historia de la ominosa conversación telefónica de 1934 entre Pasternak y Stalin sobre el poeta Osip Mandelstam,

que por entonces había caído bajo sospecha por recitar un poema feroz que atacaba al "Montañero del Kremlin" en una pequeña reunión privada celebrada en Moscú. Pasternak pensó en un principio que la llamada era una broma pesada y colgó. Stalin volvió a llamar, y Pasternak, comprendiendo que estaba hablando directamente con el Líder, dijo, con tono sumamente emotivo, que siempre había sabido que aquello ocurriría y tenía esperanza de poder verle de inmediato para hablar sobre cuestiones esenciales de vida y muerte, y el futuro de Rusia. Stalin no hizo caso a todo esto y preguntó bruscamente si Pasternak había estado presente cuando Mandelstam leyó el poema. Pasternak empezó a dar evasivas; Stalin insistió. ¿Era Mandelstam un gran poeta, un maestro? Pasternak contestó que no se trataba de eso, refiriéndose a que los poetas debían recibir buen trato fuera cual fuera la calidad de su obra. En este punto, Stalin interpuso una frase célebre: "Si yo fuera amigo de Mandelstam habría sabido defenderle mejor", y colgó el auricular. Mandelstam fue después enviado al exilio, que concluiría con su muerte en el campo de trabajo de Magadan en diciembre de 1938 [24].

Pero en el otoño de 1945 Pasternak creía que todos aquellos episodios de horror y autohumillación habían finalizado. Se sentía en estado de ánimo exaltado, hasta eufórico. La guerra, pese a todas sus privaciones, había permitido a Pasternak identificarse, él y su trabajo, con la lucha patriótica. Hizo más lecturas públicas de su poesía que en ninguna ocasión anterior y descubrió que, cuando se equivocaba en algún verso, salían voces de la sala que le recordaban las palabras debidas. Por primera vez en el periodo soviético, sentía que no era ya un simple residuo aislado de la perdida cultura prerrevolucionaria, sino un participante activo en la lucha de su nación por la supervivencia. Este anhelo de participar en la lucha le indujo a escribir unos manidos versos patrióticos, "En los trenes de madrugada", pero era característico de su esencial honestidad artística que su publicación le avergonzara, y se sintió aliviado cuando Isaiah le dijo que no los había leído.

En el jardín umbrío, Pasternak "hablaba en magníficos periodos lentos y ocasionales torrentes intensos de palabras; su habla rebosaba a menudo por encima de las orillas de la estructura gramatical". Cuando se lanzaba a aquellos vuelos discursivos era como el bailarín Nijinsky: parecía permanecer en el aire más tiempo que los seres humanos corrientes [25]. Isaiah admiraba la imparable elocuencia de Pasternak al tiempo que mantenía una cierta distancia escéptica. Tenía dudas sobre la opinión de Pasternak de que el terror y la guerra habían sido un purgatorio necesario para el alma rusa. Cuando Pasternak estaba en talante profético, a Isaiah le resultaba oscuro y a veces incoherente. Pero no se podía dudar de su elocuencia, su genio o su sentido de que, con el final de la guerra, su vida artística había llegado a un punto de inflexión. Aquella tarde en Peredelkino, Berlin fue el primer extranjero en saber que Pasternak tenía un nuevo proyecto: una novela sobre su propia generación y su destino en la revolución y la guerra. Unos pocos de los primeros capítulos estaban ya terminados, y le confió a Isaiah el cometido de llevárselos a sus hermanas a Oxford. Esta obra se llamaba entonces "Muchachos y muchachas, la historia de un Fausto ruso: sacada de los papeles inéditos de la familia Zhivago". Isaiah se metió los capítulos bajo el brazo y, al volver a Inglaterra, los entregó sin haberlos leído [26].

Mientras estaban sentados en el jardín a la luz lentamente declinante, Pasternak empezó a preguntar a Isaiah sobre escritores y pensadores occidentales: Joyce, Hemingway, el filósofo inglés Herbert Read. Durante la guerra había emocionado a Pasternak descubrir que no había sido olvidado del todo en Occidente: se habían publicado algunos estudios críticos sobre su poesía, y Maurice Bowra había incluido uno de sus poemas en su *Book of Russian Verse,* editado en 1943; también se había publicado una traducción de *La infancia de Liúver* de Pasternak, e Isaiah le había complacido al decirle que la había leído. Para Pasternak, cualquier indicio de atención por parte de Occidente era valioso: demostraba que no había sido enterrado en vida. En realidad, su idealización del

oeste era algo embarazosa. Parecía convencido de que se había producido "un magnífico florecimiento del arte y la literatura" que no estaba al alcance de los rusos. Berlin "intentó apuntar que nuestro desarrollo cultural no era tan irresistiblemente triunfal como ellos generosamente suponían". Aquella idealización, sospechaba, era la reacción de Pasternak a la exagerada denigración de Occidente que hacía el partido. No le llevó la contraria a Pasternak; simplemente escuchó mientras el poeta, privado de este tipo de interlocutor durante un decenio, reanudaba su diálogo con la cultura de la que había sido apartado.

El reloj se había parado en Rusia, le dijo a Isaiah, hacia 1928 cuando se habían interrumpido las relaciones con el mundo exterior. Pasternak tenía pocas noticias sobre los escritores occidentales coetáneos. En cuanto a los escritores rusos emigrados —Bunin, Nabokov, Khodasevich, Berbérova— ni siquiera podían ser mentados. La literatura rusa, que había sido una sola en 1914, quedó cortada en dos.

Pero también había muros que separaban a los artistas de Peredelkino de su propio público. Una de las vecinas de Pasternak, Lydia Seifullina, se unió a ellos en el jardín y, cuando Pasternak dijo a Berlin que la *Enciclopedia soviética* no contenía mención alguna de su obra posterior a 1928 interpuso: "Yo he corrido exactamente la misma suerte. Las últimas líneas del artículo sobre mí de la *Enciclopedia* dicen: 'Seifullina se encuentra actualmente en estado de crisis psicológica y artística'. Durante veintisiete años", dijo con sarcasmo, "he estado en ese mismo estado de crisis". Después añadió: "Somos como la gente de Pompeya, tú y yo, Borís Leonidovich, sepultados por cenizas a media frase" [27].

Seifullina inquirió sobre la suerte del poeta Vladislav Khodasevich, ignorando que había muerto en París en 1939. Llegado este punto, Pasternak, al parecer, consideró que Seifullina había sido en exceso ingenua. Se sintió visiblemente violento e Isaiah decidió marcharse, prometiendo volver a visitarle en Moscú. Fue andando a la *dacha* de Chukovsky —éste y Pasternak no se hablaban—, donde conoció a los poetas Sa-

muil Marshak y Lev Kassil; pero no prestó mucha atención a lo que decían; estaba embargado por su encuentro con Pasternak.

Como oscurecía, pidió que le acompañaran a la estación. Mientras esperaba el tren, empezó a llover y se refugió con dos estudiantes jóvenes bajo una marquesina. Envalentonados por la oscuridad, los dos estudiantes empezaron a hablar con aquel inglés desconocido. La muchacha —estudiante de historia— confesó que no entendía por qué, si el imperio zarista había sido la cárcel que decían los libros de texto, radicales y revolucionarios habían disfrutado de la relativa libertad para conspirar su derrocamiento. Isaiah no contestó, pero veía que la chica estaba pisando terreno resbaladizo. Era también evidente que les atraían mucho más los escritores prerrevolucionarios que los posrevolucionarios. Cuando les preguntó si les gustaba la literatura soviética actual, la chica respondió con intención: "¿Le gustan a *usted?*". Como el gran poeta que acababa de dejar, los estudiantes creían que al otro lado de los muros que les separaban de Europa había un reino cultural dorado del que habían quedado excluidos para siempre. Inmediatamente antes de la llegada del tren, Isaiah les preguntó por qué la gente seguía creyendo que no podían hablar abiertamente sobre cuestiones sociales. "Si alguien lo intenta", respondió el muchacho en la oscuridad de aquel rincón de la estación, "desaparece como barrido por una escoba" [28]. Cuando el tren llegó, los tres se separaron e hicieron el viaje a Moscú en silencio, como si aquella conversación no hubiera ocurrido.

De vuelta en Moscú, Isaiah hizo varias visitas a Pasternak en el piso de éste. Siempre estaban solos, sentado Pasternak tras un escritorio impoluto "en el que nunca se veía ni un libro ni una brizna de papel". Pasternak le habló de su padre, el pintor Leonid Pasternak, a quien Isaiah había conocido poco antes de morir en Oxford. Leonid Pasternak había pintado a Tolstói y había llevado a Borís al lecho de muerte de éste en Astapovo en 1910 [29]. Pasternak se veía como la última voz auténtica de aquella tradición rusa del siglo XIX. Y Berlin era un

visitante muy raro del mundo perdido de Europa: un ruso parlante oriundo que creía, al igual que él, que la cultura decimonónica era su hogar espiritual; a un tiempo hogar y refugio, porque, como advirtió Isaiah, Pasternak parecía haber quedado más o menos intacto por la modernidad. Había leído y admiraba *Ulises*, pero había permanecido al margen de Eliot, Stravinsky, Picasso y todos los avatares de la rebelión del siglo XX contra las virtudes tolstoianas del arte. En la medida en que la modernidad se había alineado con la revolución, y la revolución se había convertido en tiranía, Pasternak —como Berlin— se había declarado en contra de ambos.

Mientras charlaban en el piso moscovita de Pasternak, el poeta le reveló parte de su tormento por haber colaborado con el régimen y su angustia por ser judío. Ambas cosas estaban profundamente vinculadas. Anhelaba ser considerado como un auténtico patriota ruso y que su obra se reconociera como la verdadera voz del pueblo ruso: pero, en tanto que judío, nunca le habían permitido sentirse auténticamente ruso. Careciendo de este sentimiento de autenticidad, se había adaptado y había deformado su talento con el fin de sobrevivir. Esta doble vergüenza era origen de una verdadera autotortura. Isaiah se había percatado de la insistencia con que Pasternak había señalado que Pederelkino fue en su día parte de las propiedades del patriota y eslavófilo ruso Yuri Samarin. Pasternak no quería identificarse con la *intelligentsia* liberal (y en algunos casos, judía), sino con los eslavófilos, más auténticamente rusos. "Este anhelo apasionado, casi obsesivo, de ser considerado un escritor ruso" le indujo a ser agudamente negativo respecto a su origen judío. Producía la impresión, observó Isaiah con aspereza, de desear haber nacido hijo de un campesino de cabello muy rubio y ojos azules. Pasternak insistía en que los judíos tenían que asimilarse y decía que se consideraba un cristiano creyente, si bien idiosincrático. Toda esta cuestión, advirtió Isaiah, le causaba "visible aflicción" [30]. Diez años después, cuando Isaiah regresó a Pederelkino, Pasternak le entregó un manuscrito y dijo que estaba dispuesto a publicar en Occidente, cualesquiera que

fueran las consecuencias. Berlin se marchó, leyó los capítulos e inmediatamente supo que la crisis de identidad de Pasternak se había resuelto. Había dejado tras de sí todas sus ambigüedades en un solo acto de rebeldía y genialidad: el de escribir *Doctor Zhivago.*



11. LENINGRADO, 1945

A Berlin le habían dicho que era posible que las librerías de Leningrado tuvieran mejores depósitos de publicaciones prerrevolucionarias que las que estaban a la venta para los extranjeros en Moscú. Así pues, fueron los libros y no la nostalgia lo que atrajeron a Berlin a la ciudad de su infancia. El 12 de noviembre salió en un coche cama del Flecha Roja en compañía de Brenda Tripp, una química orgánica que representaba al British Council. Como ella confió a su diario, Berlin era tímido, evitó todo contacto con ella y disimuló su nerviosismo con gran cantidad de charla. Después de cenar en el coche restaurante volvieron al compartimento de literas; él ocupó la cama de arriba, donde leyó en pijama, y ella la de abajo. Cuando él apagó la luz, a Brenda Tripp le hizo gracia que Isaiah tirara todos los periódicos al suelo, como un niño arrojando los juguetes fuera de su cochecito [1].

Después de tomar habitaciones en el Hotel Astoria, que apenas tenía calefacción pero conservaba toda su gloria prerrevolucionaria, ambos salieron en busca del antiguo piso de Isaiah en Angliisky Prospekt. Berlin permaneció allí un rato en medio de la nieve, absorbiendo la atmósfera fría y húmeda del patio interior, tan sórdido y abandonado como la última vez que él lo había visto en época de Lenin. Pasó la mano por la familiar barandilla rota de la pequeña tienda del sótano, la que tenía mal escrito el nombre —"Shamovar"— donde el viejo soldador había arreglado samovares y otros utensi-

lios domésticos. Berlin se sintió suspendido entre el mundo tremendamente real del pasado y el irreal del presente.

Embargado por la melancolía, caminó por la orilla del Neva y bajó por Nevsky Prospekt. Los tranvías iban llenos hasta los topes y avanzaban con dificultad "como gigantescas avispas inválidas, cubiertas de lapas humanas" [2]. La gente que se veía por la calle tenía aspecto más raído y escuálido que los moscovitas. El cerco de mil días seguía marcado en los rostros. Los ojos de Isaiah buscaron a los supervivientes de la ciudad que él había conocido: "Las figuras extenuadas y rendidas de la antigua intelectualidad, con la ropa harapienta agitada por el viento cortante y la nieve". Si los supervivientes iban andrajosos, la ciudad en sí era una inquietante combinación de devastación y esplendor. En el año que había transcurrido después de haber finalizado el cerco se habían reparado los efectos más graves de los bombardeos. Pero los palacios reales y los lugares recreativos a las afueras de la ciudad —Tsarskoye Selo, Peterhof, Oranienbaum— seguían en ruinas, y muchas de las fachadas de la ciudad conservaban las marcas del estallido de las bombas y la metralla. Detrás de las fachadas —como expresaría Joseph Brodsky— "entre viejos pianos, alfombras raídas, cuadros polvorientos con pesados marcos de bronce, restos del mobiliario [sillas las menos] consumido en los fogones de hierro durante el cerco; empezaba a relumbrar una vida tenue" [3].

Al día siguiente de llegar, Berlin y Brenda Tripp toparon con una Librería de Escritores al final de la Nevsky Prospekt. Detrás del mostrador de la sala delantera había estanterías llenas de libros prerrevolucionarios a precios considerablemente más baratos que en Moscú. Había también una habitación trasera tras una cortina, que escritores y críticos solían utilizar como una especie de club, metiéndose allí para resguardarse del frío, para curiosear y charlar. El gerente del establecimiento era "un judío pequeño, delgado, homosexual, medio calvo y pelirrojo" llamado Gennady Moiseyevich Rachlin, que les invitó a pasar al sanctasantórum [4]. Rachlin informó a Berlin lleno de orgullo que su librería estaba en el em-

plazamiento exacto del famoso establecimiento de Smirdin, en su día frecuentado por Belinsky y los escritores rusos de las décadas de 1830 y 1840. Había figuras con abrigos andrajosos hojeando viejos volúmenes y charlando en voz queda entre sí. La vida literaria rusa, comprendió Isaiah, seguía aún indomablemente viva. Rachlin era una suerte de "Figaro de Leningrado": dictador de los precios de los libros en la ciudad, principal abastecedor de literatura para los escritores locales, infatigable mediero, cotilla, gruñón y jefe del club. También proporcionaba entradas de teatro, conferencias y contactos con extranjeros. Se vanagloriaba de su lista de clientes importantes: Molotov, ministro de Asuntos Exteriores; Beria, jefe de la policía secreta; por no hablar del patriarca Alexis y el rabino de Leningrado. Rachlin tenía planes para abrir una tienda en Moscú y parecía creer que las distintas autoridades iban a apoyarle.

Isaiah inició una conversación con una de las figuras que husmeaban por la sala trasera. Resultó ser el crítico e historiador Vladimir Orlov. El cerco, le dijo a Isaiah, había sido inenarrable: prácticamente todos los niños nacidos en aquellos tres años habían muerto; Rachlin relató cómo los cadáveres quedaban en las calles, dado que era imposible enterrarlos en la tierra helada. Hasta aquel mismo local, dijo, habían llegado figuras medio muertas por el frío y el hambre, apretando capítulos arrancados de libros antiguos, con la esperanza de poder intercambiarlos por algo de comida. Rachlin y Orlov habían vivido gracias a un racionamiento especial entregado a los intelectuales. Rachlin bromeó que para fines de racionamiento él había sido clasificado como "escritor de segunda categoría"; todavía conservaba el sabor de la cola de carpintero que había diluido en agua y bebido como sopa. Más de un año después de haberse levantado el sitio, algunos habitantes de Leningrado seguían desfallecidos por la desnutrición. De no haber sido por los convoyes enviados por el camarada Zhdanov a través del helado lago Ladoga en 1943, habrían perecido. Sí, insistió Rachlin, había sido el camarada Zhdanov quien había salvado a la ciudad [5].

Berlin preguntó qué había sido de los escritores de la ciudad, y mencionó dos nombres: Mijaíl Zoshchenko, cuya sátira mordaz y melancólica *Escenas de la casa de baños* le habían convertido en uno de los escritores soviéticos más populares de los años veinte; y Anna Ajmátova, una poetisa de la era prerrevolucionaria, a quien no se le había permitido publicar nada desde 1925. El régimen había silenciado a ambos pero seguía considerándoles patrimonio nacional. Cuando los alemanes cercaron Leningrado en el otoño de 1941, Zhdanov había ordenado que fueran transportados en avión al otro lado de las líneas alemanas, a Moscú y luego a Tashkent, donde pasaron la guerra. Daba la casualidad de que Zoshchenko se encontraba en aquel momento en la librería, hundido en una silla: con la tez amarillenta, demacrado, incoherente, "pálido, débil y consumido". Isaiah le estrechó la mano pero no tuvo ánimo para intentar conversar con él [6].

Isaiah había leído las *Escenas de la casa de baños* de Zoshchenko, pero de la poesía de Ajmátova no había leído absolutamente nada. Para él era solamente un nombre mítico del desaparecido pasado zarista, que conocía porque Maurice Bowra había traducido algunos de sus primeros poemas y los había incluido en su recopilación de poesía rusa hecha durante la guerra. Bowra ni siquiera sabía si seguía viva [7]. Así pues, Isaiah preguntó sin intención alguna si lo estaba, y el crítico Orlov respondió, para asombro suyo: "Pues claro que sí, vive cerca de aquí en el Fontanka, en Fontanny Dom. ¿Le gustaría conocerla?". Era, recordaba Isaiah, como si le hubieran invitado a conocer a Christina Rossetti o alguna otra figura semimitológica de la historia de la literatura [8]. En medio de su entusiasmo, no pudo más que balbucir que desde luego le gustaría muchísimo. Allí mismo, Orlov hizo una llamada telefónica y regresó diciendo que la poetisa les recibiría aquella misma tarde a las tres. Isaiah acompañó a Brenda Tripp al Astoria y volvió andando a la librería.

En compañía de Orlov cruzó el puente Anichkov, con sus estatuas de bronce de caballos corveteantes, y siguió junto al canal Fontanka en la tarde nevosa y gris de luz mortecina.

Fontanny Dom era el palacio del siglo xviii de la familia Sheremetiev. Su ornamentación barroca de escayola amarilla y blanca estaba agujerada por la metralla y en algunos sitios desconchada por el abandono. Pasaron bajo el escudo de armas de los Sheremetiev de la entrada barroca, atravesaron las puertas de hierro rococó y entraron en un patio interior. Berlin y Orlov subieron por la escalera oscura y empinada hasta un piso de la tercera planta —el número 44— y dejaron atrás cinco o seis habitaciones que se abrían a un pasillo. La mayor parte del piso estaba ocupado por el ex marido de Ajmátova, Nikolai Punin, su mujer y su hijo. Al final del pasillo, Ajmátova tenía una habitación que miraba al patio. Estaba vacía y desnuda: ni alfombras en el suelo ni cortinas en las ventanas, sólo una mesa pequeña, tres sillas, un arcón de madera, un sofá y, cerca de la cama, un dibujo de Ajmátova —la cabeza inclinada, recostada en un diván—, un apunte rápido de su amigo Amedeo Modigliani durante su visita a París en 1911. Era el único icono de la Europa que Ajmátova había visto por última vez hacía treinta y cuatro años. Majestuosa, con el pelo cano y un chal blanco sobre los hombros, Ajmátova se levantó para saludar a su primer visitante de aquel continente perdido. Isaiah se inclinó; parecía lo apropiado porque tenía el aspecto de una reina trágica.

Tenía veinte años más que él, había sido en su día de una afamada belleza, y ahora vestía pobremente, estaba gruesa, tenía sombras bajo los ojos oscuros, pero su porte era arrogante y su expresión de dignidad distante. Cuando se sentaron en las sillas desvencijadas en dos extremos de la habitación y empezaron a hablar, Isaiah sólo sabía de ella que había sido una figura brillante y hermosa del círculo poético prerrevolucionario conocido como los Acmeístas; la estrella más fulgurante de la *avant-garde* de San Petersburgo durante la guerra y de su lugar de reunión, el Café del Perro Vagabundo [9]. Pero no sabía nada de lo que le había ocurrido después de la revolución.

Nada había falsamente melodramático en su aire trágico. Su primer marido, Nikolai Gumilyov, había sido ejecutado

en 1921 por la falsa acusación de conspirar contra Lenin. Los años de terror habían comenzado para ella en aquel momento, y no en 1937. Aunque escribía continuamente, a Ajmátova no le permitieron publicar ni una sola línea de su poesía entre 1925 y 1940. Durante aquellos años había sobrevivido trabajando en la biblioteca de un instituto agrario, traduciendo, y escribiendo estudios críticos sobre Pushkin y escritores occidentales como Benjamin Constant [10]. Puesto que había quedado cercenado todo contacto con el mundo exterior, Ajmátova y el poeta Osip Mandelstam mantuvieron viva una fiera convicción de que la tiranía que les había separado de París, Londres y Berlín no duraría para siempre. Como escribiera Mandelstam en su poema "Ariosto" de 1933:

Hace frío en Europa. Italia está en tinieblas.
Y el poder es bárbaro como las manos de Pedro el Grande.
Ay, abrir del todo, cuanto antes
Una ventana inmensa sobre el Adriático.

...Querido Ariosto, acaso pase un siglo;
Y podremos verter juntos tu añil y nuestro negro
En un mar negro y azul, fraternal, vasto.
Allí estuvimos también nosotros. Bebimos también el hidromiel [11].

Ajmátova había estado presente la noche de 1934 en que se llevaron a Mandelstam para ser interrogado por primera vez; y desde entonces hasta su muerte en Magadan estuvo junto a la esposa de éste, Nadezhda [12]. Pero en marzo de 1938 el peso del terror cayó sobre ella directamente. Su hijo, Lev Gumilyov, fue detenido. Durante diecisiete meses no supo si estaba vivo o muerto. Mientras el terror cerraba los labios de los que la rodeaban, Ajmátova se erigió en poeta de la desesperación y el abandono:

Diecisiete meses he estado gritando,
Llamándote a que vuelvas.
Me he arrojado a los pies del verdugo,

Eres mi hijo y mi horror.
Todo está confundido para siempre,
Y no discierno con claridad
Quién es la bestia ahora, quién el hombre,
Cuánto falta para la ejecución[13].

Durante diecisiete meses Ajmátova hizo cola con otras mujeres a las puertas de la cárcel de Kresty en Leningrado, esperando en vano alguna noticia. Fue en estas colas donde recibió lo que ella siempre consideró una llamada imperativa a actuar como testigo poético:

> Entonces una mujer de labios azulados que estaba detrás de mí, que, desde luego, nunca me había oído llamar por mi nombre, despertó del estupor al que habíamos sucumbido todos y murmuró en mi oído [todo el mundo hablaba allí en murmullos]:
>
> —¿Puede describir esto?
>
> Y yo respondí:
>
> —Sí, puedo.
>
> Entonces algo que recordaba a una sonrisa se dibujó en lo que un día había sido su rostro[14].

El ciclo poético de Ajmátova —*Réquiem*— mantuvo aquella promesa a la mujer anónima: en él se preservaba en memoria poética el tormento de una generación. En aquellos días era muy peligroso guardar estos poemas en forma escrita. Una amiga de Ajmátova, la novelista Lydia Chukovskaya, recordaba la amarga ceremonia con que solía concluir la lectura susurrada de estos poemas por parte de Ajmátova, cómo, una vez terminada, sujetaba las páginas encima del cenicero y las quemaba en silencio[15].

Durante su evacuación a Tashkent en época de guerra, entre 1941 y 1944, Ajmátova vivió en una habitación sin ventilación del último piso del hostal para escritores moscovitas. Lydia Chukovskaya y Nadezhda Mandelstam vivían también allí, y durante un tiempo la situación fue algo menos dura

para todas ellas. A Ajmátova le permitieron publicar un volumen, severamente censurado, de *Poemas escogidos* y ofreció lecturas para los soldados heridos en los hospitales. En mayo de 1944 recibió por fin permiso para marcharse de Tashkent. En el viaje a casa paró en Moscú y ofreció una lectura de poemas en el Museo Politécnico, que terminó con el público en pie aplaudiéndola como figura nacional, encarnación de la victoriosa lengua rusa. Ella, por su parte, quedó aterrada por esta señal de respeto, temiendo la atención que iba a crearle. Y no se equivocaba, porque, como Pasternak le había dicho, al parecer, el propio Stalin preguntó a Zhdanov: "¿Quién ha organizado esta ovación en pie?" [16].

El regreso de Ajmátova a Leningrado en junio de 1944 resultó desolador: la ciudad era un "horrible espectro"; habían muerto tantos amigos; sus habitaciones del Fontanny Dom habían sido saqueadas y destrozadas. Tenía la esperanza de poder reunirse con Victor Garshin, un juez de instrucción de Leningrado con quien había establecido una relación íntima después de dejar a Punin. Garshin fue a esperarla a la estación y le comunicó que iba a casarse con otra persona [17]. Así pues, cuando conoció a Isaiah, empezaba a reconciliarse, a los cincuenta y seis años, con la perspectiva de vivir sola el resto de su vida.

A finales del verano de 1945 su hijo Lev, liberado anteriormente de Siberia para servir en el ejército soviético en Alemania, regresó al fin a casa y ella se permitió concebir la esperanza de que su vida estuviera finalmente a punto de mejorar. Desde luego, sin la reciente puesta en libertad de Lev —y con ello la liberación del rehén cuyo destino podría haberla inducido a la cautela— es dudoso que Ajmátova hubiera aceptado el riesgo de entrevistarse con un primer secretario temporal de la Embajada británica en Moscú.

Vladimir Orlov y una "dama universitaria" amiga de Ajmátova estuvieron presentes mientras hablaban y la conversación fue en un principio protocolaria y constreñida. Berlin dijo que se alegraba de ver que gozaba de buena salud, dado que "no se había sabido nada de ella durante muchos años". Ella

le corrigió majestuosa: se había publicado un artículo sobre ella en *The Dublin Review* y le habían dicho que se estaba escribiendo una tesis sobre su obra en Bolonia [18]. En aquellos momentos acaso estuviera preguntándose cuánta obra suya habría leído Isaiah, y él, claro está, se sentía algo inquieto porque ella comprendiera que no había leído nada.

Entonces Ajmátova le preguntó cómo había sobrevivido Londres a la guerra. Isaiah respondió como mejor supo, ignorando que ella había escrito "A los londinenses" en 1940. En aquel poema expresaba el horror que le producía la posibilidad de la destrucción de Londres, pero también su firme creencia en la unidad de la cultura europea, de la cual el nervioso y joven funcionario sentado ante ella era en aquel momento símbolo involuntario:

El tiempo, con mano impasible, está escribiendo
El vigésimo cuarto drama de Shakespeare.
Nosotros, los oficiantes en esta terrible ceremonia,
Preferiríamos leer Hamlet, César o Lear
Allí junto al plomizo río;
Preferiríamos, hoy, con antorchas y cantos,
Estar transportando a su tumba a Julieta, la paloma,
Preferiríamos atisbar a través de las ventanas de Macbeth,
Que tiembla junto al asesino a sueldo;
¡Pero esto no, esto no, esto no,
Esto no tenemos valor para leerlo! [19]

Mientras hablaban, Isaiah empezó a oír que alguien gritaba su nombre por allí cerca. Creyó que se trataba de una ilusión, hasta que la palabra "Isaiah" resonando desde el patio se oyó con una claridad que no era posible desatender. Se asomó a la ventana, miró y vio con horror a Randolph Churchill en medio del patio, vociferando hacia la ventana como un estudiante achispado en el cuadrángulo de Christ Church. Berlin musitó una disculpa y salió corriendo, seguido de Orlov. En el patio, Isaiah hizo las presentaciones del crítico soviético y el hijo del señor Winston Churchill. Tan pronto

como se hubieron estrechado las manos, Orlov se fue apresuradamente. Ahora se había frustrado cualquier posibilidad de que el encuentro con Ajmátova pasara inadvertido. Y en efecto, inmediatamente empezaron a correr rumores absurdos de que Churchill estaba en Leningrado para preparar una operación británica de rescate mediante la que Ajmátova sería llevada a Inglaterra rápidamente. En realidad, lo único que pretendía Churchill era que Isaiah —al que había conocido cuando eran estudiantes— regresara al Astoria y le explicara al personal del hotel que había que conservar en hielo el caviar que acababa de comprar. Isaiah rechinó los dientes, volvió al Astoria, dejó el caviar de Churchill a buen recaudo y llamó a Ajmátova para disculparse y acordar otra cita. "Le espero esta noche a las nueve", fue la respuesta [20]. Había una inocencia regia en su decisión: sólo una reina podría estar tan ajena al riesgo que estaba corriendo.

Sabemos que esperó su regreso con impaciencia. Posteriormente, dedicó algunos versos de un poema a aquel sentimiento de viva expectación:

Mas con cuánto
Contento oí sus pasos
En la escalera, su toque en el timbre
Tímido como las yemas de los dedos de un joven
Que tocan por primera vez a una muchacha [21].

Pero cuando le abrió la puerta, Ajmátova no estaba sola. Había allí otra señora muy culta —especialista en arte asirio— que hizo a Berlin una serie de preguntas sobre las universidades inglesas, mientras Ajmátova permanecía en silencio, retraída. Hasta medianoche no estuvieron solos al fin. La habitación estaba mal iluminada; ella estaba sentada en una esquina y él en la otra, fumando diminutos puros suizos con boquilla de plástico. La cara de Ajmátova estaba nimbada de oscuridad, la de Berlin de humo. Ella empezó de inmediato a preguntarle sobre sus amigos rusos emigrados. Berlin le dijo que había conocido al compositor Arthur Lurie en Nue-

va York durante la guerra. Ella había tenido un breve amorío con Lurie, en la época lejana en que frecuentaba el Café del Perro Vagabundo y Lurie compuesto música futurista para las actuaciones de este local. Preguntó por Borís Anrep, e Isaiah le dijo que trabajaba como artista en Londres. Debió resultar grotesco que aquel completo extraño conociera a sus viejos amigos y pudiera restablecer la conexión rota por la revolución. Es fácil imaginar su deleite cuando Isaiah le dijo que también conocía a Salomeya Andronikova Halpern, una belleza de San Petersburgo de la época del Perro Vagabundo de la que Mandelstam había estado brevemente enamorado, y que todo el círculo de los Acmeístas había admirado tanto por su belleza como por su capacidad para escuchar e inspirar [22]. Isaiah le contó que se había casado con un abogado ruso, Alexander Halpern, y que vivían en Nueva York. Como Ajmátova anotó posteriormente, este joven desconocido "me había traído a Salomé desde la faraónica bóveda en penumbra del cabaré del Perro Vagabundo" [23].

A sus ojos, Isaiah estaba haciendo de mensajero entre las dos culturas rusas —una en exilio exterior, la otra en exilio interior— que la revolución había separado. En los poemas que escribió después de la marcha de Isaiah, decía que Europa estaba echando brotes: que una rama verde de la cultura que un día fue la suya había ido enroscándose y creciendo hasta llegar al Fontanny Dom [24].

Pero Ajmátova se mostraba categórica en la cuestión de la emigración. Salomé Andronikova, Borís Anrep y los demás eran muy libres de elegir el camino del exilio, pero ella nunca abandonaría Rusia. Su lugar estaba entre su gente y su lengua madre. Y así, la noche fue adquiriendo otra significación para ella: fue un momento para reafirmar el sentido de su destino como musa imperecedera de su lengua nativa. Isaiah tenía la total seguridad de no haber conocido jamás a nadie con tanto talento para la autodramatización; pero, simultáneamente, reconocía que su afirmación de un destino trágico era tan auténtica como cualquiera que él hubiera conocido.

Berlin siempre había buscado su validación en los genios: para él era de enorme importancia que Virginia Woolf, Freud, Wittgenstein y Keynes hubieran sabido apreciar su valía. Pero este encuentro le importaba por encima de todos los demás. La más grande poetisa viva en su lengua madre estaba allí hablando con él como si hubiera pertenecido siempre a su círculo, como si él conociera a todas las personas que ella conocía, hubiera leído todo lo que ella había leído y comprendiera todo lo que decía y que quería decir. En realidad, aquello era sin duda una ilusión: él sabía mucho menos sobre Ajmátova de lo que ella suponía. Pese a todo, estaba a punto de producirse un momento de la más pura comunicación, de esos que sólo ocurren una o dos veces en toda la vida.

En la ola creciente de entusiasmo y nostalgia, Ajmátova le habló sobre su infancia en la costa del mar Negro —"una tierra pagana, sin bautizar"— y de su perenne afinidad con "la cultura ancestral, mitad griega y mitad bárbara, profundamente no rusa", del litoral meridional de Rusia. Rememoró la Odessa que había conocido de joven, el bullanguero puerto marítimo de las historias de Isaac Babel, lugar de encuentro de judíos y besarabios, turcos y ucranianos. Él le contó episodios de su infancia en Riga, sus primeros años en Petrogrado, y que, cuando ella era ya una poetisa tan famosa que sus admiradores recitaban todos sus últimos versos de memoria, él era aún un niño que, solo en el despacho de su padre, leía las historias del Oeste de Mayne Reid [25].

Ella le habló de su matrimonio con Gumilyov y de que, no obstante su separación y divorcio, siempre había recordado el modo lacónico e incondicional con que él había aceptado su talento. Cuando Ajmátova describió las circunstancias de su ejecución en 1921 se le llenaron los ojos de lágrimas. Entonces empezó a entonar versos del *Don Juan* de Byron. Su pronunciación era ininteligible, pero recitaba con emoción tan intensa que Isaiah tuvo que levantarse y mirar por la ventana para ocultar su emoción.

Pronto empezó a recitar Ajmátova sus propios poemas, de *Anno Domini*, *La bandada blanca*, *De seis libros* y también de

Cleopatra, escrito en 1940 en uno de los momentos más bajos cuando ella se preguntaba si le quedaba otra cosa que no fuera morir, como la reina de Egipto, por su propia mano. Ajmátova le dijo que poemas como aquéllos habían sido causa de la muerte de un poeta mejor que ella, pero Berlin no consiguió saber si se refería a Mandelstam o Gumilyov, porque volvió a desfallecer. Al serenarse, empezó a recitar el todavía inconcluso *Poema sin héroe,* comenzado en Tashkent en 1943. Éste era, escribió Isaiah después, "una suerte de monumento último a su vida de poetisa, al pasado de la ciudad", en "forma de una procesión carnavalesca de Epifanía con figuras enmascaradas". Al escucharla, no podía saber que en esta obra —que ella siguió puliendo hasta 1962— acabaría apareciendo él mismo como el misterioso "Invitado del Futuro", "el invitado del otro lado del espejo".

Después leyó partes de un ejemplar manuscrito de *Réquiem,* la mayoría compuesto en la habitación donde estaban charlando. Este ciclo de poemas era su acto de conmemoración en honor de todos los torturados y desaparecidos de su generación:

Quisiera nombrarlos a todos por su nombre,
Pero la lista ha sido confiscada y no se encuentra.

He tejido un ancho manto para ellos
Con sus exiguas palabras oídas al azar.

Los recordaré siempre y en todas partes,
No les olvidaré nunca, venga lo que venga[26].

Se interrumpió para describir la detención de su hijo y su marido, hablando —así lo recordaba Isaiah— con tono desapasionado de su larga vigilia a las puertas de la cárcel, de las humillaciones sufridas por ellos a manos de sus carceleros, de la deserción y traición de tantos de sus antiguos amigos. Se interrumpía constantemente. Recordaba Isaiah que había dicho: "Es inútil, usted viene de una sociedad de seres huma-

nos, mientras que nosotros aquí estamos divididos entre seres humanos y..." [27]. Antes de la guerra, hubo años en que el círculo de traiciones y denuncias la oprimió con tanta dureza que no había podido confiar en ningún otro ser vivo que no fueran Nadezhda Mandelstam y Lydia Chukovskaya. Sobre Osip Mandelstam y lo que le había ocurrido no era capaz de hablar. Cambiaba de tema y se obligaba a rememorar tiempos mejores en Tashkent durante la guerra.

Eran las tres de la mañana cuando llegó su hijo, Lev Gumilyov. Tenía éste dos años menos que Isaiah —treinta y cuatro, puesto que éste tenía treinta y seis— y poseía una cultura y un volumen de lecturas impresionantes, no obstante haber sido arrestado a los veinticuatro años. Había leído a Proust y a Joyce en su lengua original, aunque nunca había traspasado los límites de la Unión Soviética, y era evidente que pensaba en sí mismo, y en su madre, como personas que conservaban criterios europeos de cultura frente a la marea soviética [28]. Había sido detenido por el delito de tener a Nikolai Gumilyov y Ana Ajmátova como padres. Ahora parecía convencido de que sus infortunios habían terminado y podía reanudar su vida intelectual en su ciudad natal. Entró en el hueco que servía de cocina y encontró un plato de patatas hervidas. Su madre se avergonzó de la escasez de su hospitalidad, pero Isaiah recordaba con deleite cómo se habían repartido el montoncillo de patatas y las habían comido en la casi total oscuridad de la habitación, a la luz de la lumbre.

Cuando se hubo marchado su hijo, Isaiah pidió a Ajmátova que le dejara apuntar *Poema sin héroe* y *Réquiem*. El que ella rehusara da idea de cuánta era entonces su esperanza, prometiendo que le enviaría un ejemplar de sus poemas completos, que iba a publicarse en el año siguiente. Pasaron después a hablar de sus autores predilectos y por primera vez empezaron a disentir. Isaiah compartía su reverencia por Pushkin, su aversión hacia "el mundo de color fango" de Chéjov, pero no podía coincidir con su afición a Dostoievski y a ella le impacientaba el afecto de Isaiah por Turgénev [29]. No eran éstas meras diferencias de gusto: marcaban los límites

de sus mundos emocionales; a Isaiah le atraían la levedad, delicadeza e ironía de Turgénev y le repelían la violencia, el tenebrismo y la intensidad emotiva de Dostoievski; Ajmátova se identificaba con la descripción profunda de estados anímicos y no podía soportar las gráciles sutilezas de Turgénev. Estas diferencias de gusto moral eran, claro está, también diferencias de circunstancia. La delicadeza de Turgénev era una vibración fácilmente acorde con el Oxford de Isaiah, pero es difícil imaginar que pudiera encontrar público en el Leningrado de Stalin. Los escritores rusos que resultaban más sugerentes a Isaiah —Herzen y Turgénev— habían moldeado su arte en el exilio, mientras que a Ajmátova le atraían los escritores que habían forjado su obra en suelo ruso. Él siempre contrastaba "el carácter ruso, abierto, apasionado, espontáneo y ancho" con el occidental "seco, calculador, inhibido y refinado", pero en realidad era la mezcla de ambos —algo sólo posible a los exiliados— lo que más le conmovía[30]. Pero no era esto en lo único que disentían. Isaiah idealizaba a Tolstói por las dimensiones de su visión histórica, mientras que a Ajmátova le repelía lo que ella consideraba su hipocresía sexual. Al permitir que Ana Karenina fuera acosada hasta morir, dijo, Tolstói había capitulado ante las filisteas convenciones sociales que decía condenar.

A Isaiah le encantó descubrir el lado desdeñoso, sarcástico y levemente malicioso de Ajmátova; entonces, su regio talante se mostraba algo más humorístico y humano. Empezó a comprender que era una consumada actriz que dominaba el papel de reina, pero que era lo bastante astuta y conocedora de sí misma para disociarse de él y contemplarse, a ella y a los demás, con ocasionales chispas burlonas. Habló divertida sobre la pasión recurrente de Pasternak por ella; en los años veinte Borís se presentaba en su casa y decía suspirando que no podía vivir sin ella, pero al cabo se cansaba y rogaba a su mujer que viniera a recogerle para volver a casa.

Ajmátova le confesó que se sentía muy sola, que su Leningrado se había convertido en un lugar desolador. Le habló a Isaiah de sus amores pasados, por Gumilyov, Shileiko y Punin,

y, movido por aquel tono confesional —pero quizá también para impedir cualquier interés erótico en él— Isaiah confesó que él estaba también enamorado. Aunque velada, la referencia era claramente a Patricia Douglas. Ajmátova parece haber transmitido una versión desaforadamente tergiversada de estos comentarios de Isaiah sobre su vida amorosa a Korney Chukovsky, cuyas memorias, publicadas años después, presentan a Berlin como una especie de Don Juan aterrizando en Leningrado con el fin de añadir a Ajmátova a su lista de conquistas [31]. La propia Ajmátova parece haber sido responsable de este malentendido, que ha pendido sobre su encuentro desde entonces. Ningún ruso que lea *Cinque*, los poemas que dedicó a su noche juntos, puede creer que no se acostaran.

En realidad, apenas se rozaron. Él permaneció en un extremo de la habitación y ella en el otro [32]. Lejos de ser un Don Juan, él era un neófito en materia sexual que se encontraba solo en el piso de una mítica seductora que había tenido profundas relaciones amorosas con media docena de hombres de talento supremo. Ajmátova estaba ya invistiendo su encuentro de mística significación histórica y erótica, mientras él se resistía a esta corriente subyacente y mantenía una prudente distancia intelectual. Además, empezaba a sentir necesidades más pedestres. Llevaba allí seis horas y quería ir al lavabo. Pero eso habría quebrado el tono del ambiente y, además, el cuarto de baño comunal estaba al final del oscuro corredor. Así pues, no se movió y siguió escuchando mientras se fumaba otro de sus puros suizos. Al tiempo que ella le confiaba la historia de su vida, él la comparaba con la Doña Anna de *Don Giovanni* y, moviendo adelante y atrás la mano con la que sostenía el puro —un gesto que ella captaría en un verso— describía el ritmo de la melodía de Mozart en el espacio que les separaba [33].

Llevaban varias horas hablando de forma continua, con saltos hacia delante y hacia atrás que iban del Café del Perro Vagabundo al bloqueo, de Leningrado a Oxford, a lo largo de todo el curso del siglo, enlazando una cadena de asocia-

ciones y conexiones que les uniría para el resto de sus días. Habían hablado de las cosas más íntimas y después hablaron de las más abstractas y supraterrenales. Isaiah preguntó si el Renacimiento era un mundo real para ella, o era imaginario, y ella afirmó que era esto último. Toda la poesía y el arte, dijo, eran una "forma de nostalgia, un anhelo de una cultura universal, como la habían concebido Goethe y Schlegel, de lo que había sido transmutado en arte y pensamiento: la naturaleza, el amor, la muerte, la desesperación y el martirio, de una realidad que no tenía historia, ni nada fuera de sí misma" [34]. Aquella noche en el Fontanny Dom, en aquella habitación vacía y desnuda, con el plato de patatas, el dibujo de Modigliani, el humo de los cigarros asentándose en todo lentamente, la vida de Isaiah se acercó más que nunca a la quieta perfección del arte.

Empezaba ya a clarear en el exterior y ambos oían el sonido de una lluvia helada sobre el canal Fontanka. Él se levantó y besó la mano de Ajmátova y volvió andando al Astoria, deslumbrado, "trastocado", exaltado. Miró su reloj y se percató de que eran las once de la mañana. Brenda Tripp recordaba claramente que había dicho, al derrumbarse en la cama de su habitación, "estoy enamorado, estoy enamorado" [35].

En la memoria de Isaiah nada más quedaba de su visita a la ciudad, sólo Ajmátova. De hecho, permaneció allí una semana en total, haciendo el obligado peregrinaje a la ópera de Glinka *La vida por el Zar* en el teatro Marinsky, visitando a Rachlin en su piso en compañía de Randolph Churchill y entrevistándose con los más o menos brutales líderes políticos de la ciudad. Pero todo esto —registrado en sus informes oficiales— desapareció rápidamente de su recuerdo.

Da idea de cuán fundamentalmente le había conmovido Ajmátova que, en lugar del memorándum sobre la política exterior soviética, para redactar el cual había sido enviado a Moscú, Berlin pasara el mes de diciembre escribiendo "A Note on Literature and the Arts in the RSFSR in the Closing Months of 1945" ("Nota sobre la literatura y las artes de la RSFRS en los meses finales de 1945") [36]. Este modesto título

disimulaba la ambición del trabajo: era ni más ni menos que una historia de la cultura rusa en la primera mitad del siglo XX, una crónica de la malhadada generación de Ajmátova. Era probablemente la primera exposición occidental sobre la guerra de Stalin contra la cultura rusa. En cada una de sus páginas se advierte la huella de lo que Ajmátova —y también Chukosvsky y Pasternak— le dijeron sobre sus experiencias en los años de persecución. Isaiah insistía en que la auténtica voz de la cultura rusa seguía siendo la "*intelligentsia* prerrevolucionaria rusa, envejecida pero elocuente... profundamente civilizada, sensible, exigente y que no se deja engañar". En todo caso, él idealizaba su valor y pasaba por alto sus errores. Durante el resto de su vida, estas figuras siguieron siendo su patrón oro, la piedra angular de la integridad moral.

Isaiah había visto el público de oficinistas y soldados en los teatros Maly y Marinsky y les había visto contemplar las obras de Shakespeare o Griboyedov como si fueran escenas de la vida actual; vio cómo murmuraban aprobación o desaprobación con un apetito infinito que faltaba en el saciado oeste. Si idealizó aquel ansia, alguna razón le asistía. Ajmátova y Pasternak le habían dicho que los soldados del frente conocían los versos de Pasternak de memoria. Los prisioneros del *gulag* habían cosido los poemas de Ajmátova en volúmenes hechos a mano encuadernados con corteza de tronco de abedul, que llevaban consigo entre sus harapos [37]. Este sentimiento arraigado de Isaiah de que la cultura rusa rompería algún día sus grilletes soviéticos provenía de su noche con Ajmátova. Terminado su informe en diciembre de 1945 finalizó el compromiso de Isaiah con la Embajada británica y tuvo que regresar a Washington. Pero había tomado la decisión de verla una vez más.

El 3 de enero de 1946 tomó el Flecha Roja nocturno y se alojó otra vez en el Hotel Astoria. Tenía que salir hacia Helsinki desde la estación de Finlandia al día siguiente. Aquella tarde volvió a hacer una visita al número 44 del Fontanny Dom. Ajmátova estaba sola, esperándole, tan majestuosa como siempre. Le dijo que las puertas de hierro de su pala-

cio —siempre cerradas— se habían abierto la mañana que él se marchó. Ella tenía instinto para los augurios y aquel, creía, era uno [38]. Él le regaló un ejemplar de *El castillo* de Kafka en inglés y una antología de la poesía de los Sitwell. Ella le entregó unos ejemplares de su poesía, dedicado cada uno de su puño y letra. Una de estas dedicatorias hacía referencia a su anhelo de "poner a la negra víbora sobre su pecho crepuscular con mano indiferente", pero, escribió, se había librado de la añoranza de Cleopatra. Resistiría. En un segundo volumen incluyó una cita del *Poema sin héroe,* como si aquellos versos, escritos mucho antes, hubieran presagiado su encuentro:

Nadie llama a mi puerta, sólo el espejo sueña con el espejo,
Y la quietud vigila a la quietud.

A. 4 enero 1946.

En otro insertó unos versos compuestos después de su visita. Posteriormente, él descubriría que éstos formaban parte de *Cinque,* un ciclo de poemas de amor que trazaba la trayectoria de su embeleso, su batalla contra la esperanza, su euforia y su pena ante la partida de Isaiah.

1
Como en el perfil de una nube
recuerdo tus palabras,
y por las palabras que yo te dije,
la noche se hizo más clara que el día.
Así arrancados de la tierra,
nos elevamos, como estrellas.
No hubo desesperanza ni vergüenza,
ni ahora, ni después, ni entonces.
Pero en la vida real, ahora mismo,
me oyes llamarte.
Y esa puerta que tú entreabriste,
no tengo fuerzas yo para cerrar de golpe.

2
Los sonidos se apagan en el éter,
y las tinieblas se apoderan del crepúsculo.
Hay tan sólo dos voces, la tuya y la mía.
Y al sonido casi de campanas
del viento que viene del invisible lago Ladoga,
el diálogo de noche cerrada se trocó
en delicado relumbrar de arco iris entrelazados.

3
Tanto tiempo detesté
ser compadecida,
pero una sola gota de tu piedad
y giro como si tuviera al sol dentro del cuerpo.
Es por esto que hay alba en torno a mí.
Voy por ahí creando milagros,
¡Es por esto! [39]

Se despidieron sin abrazarse o rozarse. En la estación de tren de la frontera con Finlandia, una venerable funcionaria soviética de aduanas le echó un vistazo a los libros, dedicados por la proscrita poetisa, se inclinó levemente con gravedad y le dejó pasar a través del espejo al otro mundo. Isaiah viajó absorto a través de Helsinki, Estocolmo y un París "limpio, hermoso, silencioso y vacío" como una tumba [40]. Tras una breve parada en Inglaterra, volvió a Washington. Pero su pensamiento quedó con Ajmátova, porque en una carta escrita a fines de febrero seguía hablando de su visita como "la cosa más emocionante, creo, que me ha ocurrido jamás" [41].

Él volvió al mundo exterior; *ella* a su soledad de Fontanny Dom. Su desolación —hasta su ira— encontraron expresión, una semana después de marchar Isaiah, en los dos últimos poemas de *Cinque*:

4
Sabes muy bien que no voy a celebrar
el día más amargo de nuestro encuentro.

¿Qué dejarte en recuerdo?
¿Mi sombra? ¿De qué puede servirte un fantasma?
¿La consagración a un drama quemado
del que no queda una sola ceniza,
o el terrible retrato de Año Nuevo
súbitamente arrancado del marco?
¿O ese sonido apenas audible
de las brasas de abedul,
o que no tuvieron tiempo de hablarme
del amor de otro?

5
No habíamos respirado la somnolencia de la amapola,
Y nosotros mismos desconocemos nuestro pecado.
¿Qué había en nuestras estrellas
que nos destinara al dolor?
¿Y qué suerte de bebedizo infernal
nos brindó la oscuridad de enero?
¿Y qué suerte de fulgor invisible
nos volvió locos antes de amanecer?[42]

Su encuentro fue uno de esos sucesos que no terminan nunca, que engendró consecuencias hasta el final de sus vidas. A los pocos días de su marcha, la policía secreta fue a su casa mientras Ajmátova estaba fuera y torpemente instaló micrófonos en el techo. Ni siquiera se molestaron en limpiar los montoncitos de escayola que quedaron en el suelo.

En el cuartel general de los órganos de seguridad de San Petersburgo hay tres volúmenes de documentos con un total de 900 páginas de denuncias, informes de teléfonos intervenidos, citas de sus escritos, confesiones de personas cercanas a ella. Estos expedientes, que se iniciaron en 1939, llevan el título de "Troskismo oculto y actitudes antisoviéticas"[43]. La única persona que los ha visto, el agente de la KGB Oleg Kalugin, pronunció una conferencia sobre el expediente de Ajmátova en un congreso celebrado en Moscú en 1993, organizado por la Fundación Heinrich Böll. Kalugin reveló que la KGB había forzado

a una polaca anónima, que estaba traduciendo la obra de Ajmátova, a hacer de informadora. Ésta comunicó a la KGB que el espía inglés Berlin había visitado a la escritora en dos ocasiones y le había declarado su amor. Aun a través del tosco alambique de la mirada de una delatora, Ajmátova se perfila como una figura regia e imperiosa, melancólica, altiva y sin miedo.

En abril de 1946 Ajmátova viajó a Moscú y, junto a Pasternak, ofreció una lectura de poemas en la Sala de las Columnas. Se había editado una antología de su obra severamente censurada, la cual leyó, vestida con su austero traje negro y un chal blanco. Una vez más, como en 1944, le asustó la intensidad de la admiración de que fue objeto. Como anotaría más adelante: "Supe que estaba perdida en el momento en que una muchacha se acercó corriendo y cayó de rodillas después que terminé de recitar mi poesía en la Sala de Columnas" [44]. Aquella noche volvió a reunirse con Pasternak y en el piso de éste los dos comieron, bebieron y recitaron poesía. También hablaron de Isaiah. En una carta que Berlin recibió en julio de 1946, a través de la Embajada inglesa, Pasternak le decía:

> Cuando Ajmátova estuvo aquí una de cada tres [palabras] era: usted. ¡Y de forma tan dramática y misteriosa! Por la noche, por ejemplo, en el taxi que nos llevaba de vuelta de alguna velada o recepción, inspirada y cansada, y un poco en las nubes [o ebria] y en francés: *Notre ami* [ése es usted] *a dit, ou a promis*, etc., etcétera. Al final, los amigos que se sentían celosos de su [afecto] hacia usted empezaron a agobiarme con peticiones: Borís Leonidovich, descríbenos por favor a Berlin, ¿quién es, cómo es? Después escuchaban mis alabanzas y era entonces cuando empezaba su auténtico tormento. Todos le quieren y le recuerdan con mucho cariño [45].

Aquel verano Isaiah siguió manteniéndolos a ambos en el primer plano de su pensamiento. Por entonces había vuelto a Inglaterra y, mientras esperaba en el andén de la estación

de Oxford se aproximó al vicerrector de la universidad y sugirió la posibilidad de que propusieran a Pasternak para un título honorario. El vicerrector dijo que no había oído hablar de aquella persona, pero que, en todo caso, no era partidario de utilizar las ceremonias de nombramientos *honoris causa* para hacer gestos políticos [46].

Ajmátova tenía razón en asustarse ante el desbordamiento de emociones en sus sesiones de lectura moscovitas. Durante el verano de 1946 se fue cerrando lentamente el cerco en torno a ella. Nadezhda Mandelstam, que le hizo una visita en el Fonanny Dom, recuerda que había figuras sombrías "con la jeta fea" [47] que las seguían siempre que salían a pasear. En una ocasión, cuando regresaban a casa, encontraron cerrado el portal y fueron entretenidas inexplicablemente por el portero. Cuando por fin las dejó pasar al patio interior se disparó un flash en la ventana de una planta superior: los agentes estaban haciéndoles fotos.

Después, en agosto, Ajmátova se encontraba en el Sindicato de Escritores, "esa idiota residencia de ancianos", como ella lo llamaba, y advirtió que la gente evitaba su mirada y claramente se apartaba de ella. En el camino a casa compró pescado y se le envolvieron en papel de periódico. Se encontró con Mijaíl Zoshchenko por casualidad y éste le preguntó muy afligido qué podían hacer. Ella respondió sosegadamente que no les quedaba otro remedio que aguantar, sin entender por qué estaba él tan agitado. Cuando llegó a casa y sacó el pescado, leyó en la hoja de periódico que una resolución del partido acababa de censurar las revistas *Zvezda* y *Leningrad* por publicar sus escritos. Una semana después, Andrei Zhdanov publicó un documento del partido en el que la obra de Ajmátova era clasificada como "retrato de una buena damita frenética que revolotea entre el tocador y la iglesia". Su poesía era un brebaje reaccionario de "tristeza, añoranza, muerte, misticismo y perdición". Ella era un "residuo de la vieja cultura aristocrática", "mitad monja, mitad ramera", o mejor, una "ramera-monja, cuyos pecados se mezclan con rezos". El 4 de septiembre de 1946 fue expulsada del Sindicato

de Escritores y su libro de poemas —el que había prometido enviar a Isaiah— convertido en pasta de papel [48].

Una vez más, había quedado relegada a la oscuridad y el purgatorio, aunque —como la KGB tuvo cuidado de anotar— había vecinos y amigos anónimos con valor suficiente para dejar ramos de flores y paquetes de comida a la puerta 44 del Fontanny Dom. Con el tiempo todo esto cesó y, con el nuevo arresto de Lev en 1949, una vez más por el delito de ser su hijo, la desolación de Ajmátova fue total.

Ella tenía la seguridad de que todas aquellas calamidades eran consecuencia de la visita de Isaiah. No le culpaba por ello; era su destino que las cosas fueran así. Ajmátova siempre vio su situación con magna perspectiva. Para ella, la visita de Berlin y la subsiguiente condena de su obra por parte de Zhdanov representaron ni más ni menos que el comienzo de la Guerra Fría, el fin de la cooperación con los aliados occidentales de la época de guerra y la reanudación de la guerra ideológica, moral y política entre dos órdenes mundiales radicalmente diferentes. Sobre la visita de Berlin escribió:

No será un amante esposo para mí
pero lo que nosotros, él y yo, logramos,
inquietará al Siglo Veinte[49].

Esto era algo altisonante, pero no totalmente erróneo. A Ajmátova le habían dicho, probablemente Pasternak, que Stalin, al parecer, había leído los informes de vigilancia de la KGB y había dicho a Zhdanov: "¿Así que ahora nuestra monja confraterniza con espías británicos, no?". De ahí que, cuando ella escribió en *Poema sin héroe* que su noche con un visitante del futuro cambiaría la historia lo decía en serio.

A Isaiah no se le había ocurrido calcular las consecuencias de sus visitas, ni a ella ni las que hizo a su familia en Moscú, pero con el paso de los años empezó a comprender hasta qué punto habían sido terribles dichas consecuencias. A lo largo de los años 1947 y 1948 la Embajada inglesa en Moscú intentó aplacar su angustia sobre el destino de Ajmátova. Le dijeron

que estaba "bien y viviendo tranquilamente en su piso con una pensión del Estado de 600 r. al mes" [50]. No debía sentirse responsable de las dificultades que ella había sufrido. Otra carta presentaba un cuadro mucho más sombrío. Mientras que a Pasternak le dejaban escribir su novela en paz, a Ajmátova le habían retirado su carné del Sindicato de Escritores y se encontraba reducida a una situación mísera [51]. A mediados de 1947 la embajada le envió una copia de las últimas críticas de Zhdanov a la filosofía soviética, e Isaiah comprobó que la presión ideológica del partido era tan implacable como siempre [52]. En abril de 1948 sus amigos de la embajada en Moscú le advirtieron que la xenofobia contra los extranjeros era tan fuerte que cualquier intento de entrar en contacto con Ajmátova no haría sino acrecentar el peligro que corría [53]. Durante los siguientes seis años no supo nada más de ella.

Éstos fueron algunos de los años más tenebrosos de Ajmátova. Desesperada por el nuevo arresto de su hijo cedió ante el régimen y compuso unas cuantas odas formularias y poco convincentes al camarada Stalin en un intento de conseguir su puesta en libertad. Este gesto fue aún más humillante porque fracasó. No engañó a Stalin; el viejo Montañero del Kremlin quizá habría leído en el expediente de los archivos de la KGB las cosas cáusticas que ella había dicho sobre él. En éste, según dice Oleg Kalugin, Ajmátova se enfrentaba a su destino con una especie de lúgubre deleite, diciendo a la delatora polaca que se enorgullecía del incesante interés de Stalin en ella, tanto como de los ramos de flores anónimos que dejaban a su puerta. "La gente olvida a los afortunados", dijo, "pero no olvida a los que sufren" [54].

Stalin murió en 1953, pero el padecimiento de Ajmátova siguió. En mayo de 1954 un grupo de estudiantes universitarios ingleses visitó la Casa del Escritor de Leningrado. Ajmátova y Zoshchenko, tensos, pálidos y silenciados, fueron exhibidos ante ellos. El único estudiante que hablaba ruso era Harry Shukman, a la sazón en la Universidad de Nottingham. Con total inocencia, Shukman preguntó si había lugar para la sátira en la literatura soviética. Esta pregunta puso a ambos

escritores en una situación imposible: una sola palabra fuera de sitio sería atacada por los escritorcillos del partido que había presentes en la sala. Zoshchenko respondió que había lugar para la sátira —un comentario imprudente y valiente que le costaría muy caro— y luego calló. Cuando le preguntaron su opinión a Ajmátova, está dijo cortante que estaba de acuerdo —dejando deliberadamente sin aclarar si era con Zoshchenko o con las sentencias— y luego calló también. Volvió a su casa convencida de que aquellos estudiantes habían sido enviados por Isaiah. En realidad, ninguno de ellos venía de Oxford y él no sabía nada de su visita [55].

Berlin nunca dudó de que su visita a Ajmátova era el acontecimiento más importante de su vida. Salió de Rusia habiendo concebido un odio hacia la tiranía soviética que iba a informar prácticamente todo lo que escribió en defensa del liberalismo occidental y las libertades políticas a partir de entonces. Su feroz diatriba contra el determinismo histórico estaba animada por lo que había aprendido de Ajmátova: que la historia podía verse obligada a ceder ante el puro tesón de la conciencia humana [56].

Pero su viaje a Rusia también le dejó una carga de culpa. Todos pagaron un alto precio por su visita. Entre 1948 y 1953 la ola de antisemitismo se convirtió en marea. Las instituciones y publicaciones judías de la Unión Soviética fueron clausuradas como parte de una represión general de toda manifestación supuestamente nacionalista y "cosmopolita en la vida soviética". Esto culminó en 1952 con la detención, juicio y ejecución de quince prominentes médicos judíos por conspiración para asesinar a Stalin. El tío de Isaiah, Leo, fue detenido y acusado de pertenecer a una red de espías británicos entre los que figuraban su hermano Mendel y su sobrino Isaiah. Los acusadores ligaban la visita de Mendel con la comisión de madereros en 1935 con la visita de Isaiah en 1945 y alegaban que los servicios de Inteligencia británicos habían colocado a Leo en la clínica de Dietética de la Universidad con objeto de obtener información sobre la salud de Stalin y otros líderes soviéticos. La finalidad de la visita de Isaiah, in-

sistían los interrogadores, era entregar a las autoridades de Londres la información suministrada por Leo. Leo Berlin fue golpeado hasta que intentó suicidarse. Después, simplemente para que cesaran las torturas, confesó que en efecto era espía británico. Quedó encarcelado más de un año y fue puesto en libertad en febrero de 1954, tras la muerte de Stalin [57]. Caminaba por una calle de Moscú, aún débil y desnutrido, cuando vio a uno de sus torturadores cruzar la calzada frente a él. Sufrió un ataque cardiaco y murió solo en una calle nevada [58].



12. La tribu, 1946-1948

Ajmátova y la guerra le habían cambiado. El hombre de treinta y siete años que regresó a Oxford en abril de 1946 era una persona más avezada y más cabal que el ingenuo cómplice de la expedición transatlántica emprendida por Guy Burgess en junio de 1940. Había demostrado su temple, y la visión que el resto del mundo tenía de él se modificó en consonancia. El prestigio de los despachos enviados desde Washington le dio una fama en Whitehall que se filtró hasta las regiones más altas de la sociedad londinense. Berlin se convirtió en una persona que honraba o divertía conocer. Las grandes damas de sociedad le invitaban a cenar, la BBC le pidió que hablara por la radio [1]. En 1945 lord Beaverbrook le invitó a escribir una columna para la cadena de periódicos *Express* [2]. Como recordaba posteriormente Isaiah, "yo me comportaba como una institutriz suiza, que era víctima de un ataque a su virginidad". Era fácil rehusar, pero los galanteos del viejo demonio eran halagadores. Figuras de Oxford que antes de la guerra le habían perdonado la vida se mostraban ahora respetuosos ante sus opiniones. En 1951 fue seriamente considerado como candidato para la dirección del All Souls College; en 1953, para la de Nuffield College [3]. Su reputación empezó crecer en torno a él. En 1951 Freddie Ayer le dijo a Berlin que cuando le habían presentado en una fiesta londinense como "el hombre más inteligente de Inglaterra", alguien había exclamado: "Ah, entonces debe ser usted Isaiah Berlin" [4].

Él fue una de las cuatro personas consultadas por Churchill en relación a la estructura general y los pormenores históricos de sus memorias de los años treinta, *The Gathering Storm.* William Deakin, miembro de Wadham College, que había conocido a Isaiah en Nueva York durante la guerra, fue uno de los principales asesores de Churchill para estas memorias y convenció a éste de que utilizara a Berlin como caja de resonancia [5]. En diciembre de 1947 Churchill envió los primeros seis capítulos solicitando un comentario general a los mismos. En febrero de 1948 Berlin respondió sin rodeos que el libro tardaba demasiado en entrar en materia. Los primeros capítulos era "en exceso episódicos e insustanciales para servir de andamiaje suficiente" para los posteriores [6]. Además, la versión de Churchill de por qué había ejecutado Stalin al mariscal soviético Tujachevsky en 1937 se fundaba en un rumor poco fiable. Llamaba también la atención de Churchill hacia uno de sus comentarios de pasada. En 1933 había dicho que la enemiga de Hitler hacia los judíos estaba injustificada, aunque "si los judíos estaban actuando contra su país, había que ponerlos en su lugar". Esta observación marginal, sostenía Berlin, tenía probabilidades de ser mal interpetada. Churchill se tomó en serio sus críticas, revisó el manuscrito en consonancia y envió a Isaiah unos honorarios de 200 guineas.

Otros indicios de reconocimiento empezaron a llegarle. *Foreign Affairs,* la revista del *establishment* norteamericano de política exterior, le pidió una colaboración, y los dos artículos que escribió —uno sobre las ideas políticas en el siglo XX y el otro sobre el modo de gobierno de Stalin— fraguaron en Estados Unidos su reputación de experto en cuestiones soviéticas [7]. Chatham House primero y después las escuelas de verano de los Partidos Laborista, Conservador y Liberal pidieron su participación como conferenciante [8]. El Foreign Office le enviaba informes y memorandos desde Moscú, solicitando sus comentarios [9]. En el verano de 1947 Oliver Franks solicitó los servicios de Berlin en la Conferencia de París sobre la aplicación del Plan Marshall a Europa. En esta confe-

rencia, los europeos, observó Isaiah con sarcasmo, se comportaban como "mendigos altivos y exigentes" pidiendo a un "millonario temeroso". Formular el tortuoso lenguaje de los compromisos internacionales no le atraía, y después de sólo dos semanas se volvió a Oxford [10].

Si efectivamente él había cambiado, también lo había hecho Oxford. Los colegios estaban inundados de soldados desmovilizados que reiniciaban sus estudios donde los habían dejado en 1939. En New College pronto se vio con unas inauditas dieciocho horas de clase a la semana: historia del pensamiento político, un curso sobre la filosofía del obispo Berkeley, tutorías sobre epistemología [11]. Berlin era un profesor excéntrico, que llevaba muchas veces a cabo sus sesiones de tutoría en pijama y bata, o directamente desde la cama. Sus habitaciones de New College estaban dominadas por un enorme gramófono con un altavoz desmesurado y sobre la repisa de la chimenea había una divertida colección de cachibaches: un letrero de "Austin" de un garaje de Oxford; una serie de juguetes baratos de Woolworth; un ratón y un coche de cuerda, además de una piedra marina con forma y colores de una corbata de colegio privado. Un estudiante, Ronald Hope, estaba leyendo el ensayo que había escrito cuando levantó la vista y vio a Isaiah dando cuerda al ratón y poniéndolo a correr sobre la alfombra [12]. Otra estudiante, Isabel Roberts, le recuerda enunciado el tema del ensayo que ella debía escribir: "No existe nada que pueda denominarse derechos naturales", y añadir después señalando con un gesto de la mano hacia sus estanterías: "Se ha escrito mucho serrín sobre este tema... mucho serrín. No lea nada de eso. Váyase a casa y piense" [13].

Berlin no aburría a sus estudiantes, pero con frecuencia éstos le aburrían a él. En un momento atípicamente bajo de 1946 escribió que eran "monótonos y corteses y sin garra; hay un exceso de vida militar [en ellos], en decenas y decenas abarrotan cada resquicio de tiempo y espacio disponibles, mañana tarde y noche" [14]. En cuanto a sus colegas —aparte de Herbert Hart, Stuart Hampshire y David Cecil— eran to-

dos, dijo agriamente, "nulidades y escritorzuelos devotos y grises". En 1950 había logrado deshacerse del trabajo de tutoría en New College y regresado a All Souls, con la esperanza de que el retiro "monástico" le permitiera, al fin, escribir.

Ajmátova había reavivado su pasión intelectual por Rusia, pero en Oxford había pocas personas con quienes compartirla. La historia intelectual era una tierra de nadie, despreciada por la filosofía, la historia y las ciencias políticas por igual. Stuart Hampshire advirtió que Berlin se había convertido en espectador más que participante en el círculo de filósofos de la universidad y que buscaba compañía intelectual en otros lugares [15]. Desde 1949 en adelante empezó regularmente sus peregrinaciones académicas a Estados Unidos —a Harvard, Bryn Mawr y Princeton— donde la historia intelectual, especialmente del siglo XIX ruso, tenía prestigio académico.

Otra vía de escape de Oxford era la de Londres, donde era acogido por los monstruos sagrados, las damas de sociedad. Estaban los almuerzos de lady Colefax en Lord North Street, así como las invitaciones de lady Cunard y, más adelante, las de Marietta Tree a su casa de Ditchley Park en el condado de Oxford. Su entrada en la alta sociedad suscitaba cierto asombro entre sus amigos. Clarissa Churchill —que después se casaría con Anthony Eden— contemplaba la vida social de Isaiah con perpleja decepción. Podría haber sido un sabio; por el contrario, a su parecer, se había convertido en tertuliano de salón, un acróbata intelectual en el circo de la sociedad [16].

Esta clase de reproches han ensombrecido su reputación, pero surge de una caricatura de la austeridad con que en teoría debe vivirse la vida intelectual. En realidad, las fiestas eran lugares donde a Isaiah se le ocurrían ideas buenas. Una de las mejores, por ejemplo, inició su andadura como juego de salón. Justamente antes de la guerra, lord Oxford —par del reino y católico, que por entonces estudiaba Ciencias clásicas en Balliol College— le dijo a Isaiah que había topado con un verso del poeta griego Arquíloco [17]. Tenía la elegancia y el

misterio de un *haiku* japonés: "El zorro sabe muchas cosas, pero el erizo sabe una única cosa grande". Isaiah comenzó de inmediato a dividir a los grandes escritores del pasado en zorros y erizos: Goethe y Pushkin era zorros; Dostoievski y Tolstói eran erizos. Era una distinción que encarnaba la incompatibilidad última entre tipos de personalidad artística y de moral de la vida creadora. En 1951 recordó dicha distinción cuando trabajaba en un estudio sobre el sentido de la historia de León Tolstói, porque parecía captar la fisura entre su talento novelístico, el del zorro, para transmitir los detalles más sutiles de la vida humana, y su búsqueda, de erizo, de una teoría omnicomprensiva sobre la existencia humana.

Era ésta una fisura que Berlin encontraba dentro de sí mismo. La mayoría de sus amigos le consideraban un archizorro —ligero, astuto, ingeniosos saltando de un tema a otro, eludiendo a sus perseguidores—. Pero era también el tipo de zorro que anhela ser erizo: saber una cosa, sentir una cosa con más autenticidad que ninguna otra. Tardaría más de un decenio en descubrir cuál era.

Debido a que su frivolidad y mundanidad eran tan a menudo blanco de ataques, la búsqueda de una moral intelectual propia se convirtió en rasgo central de sus escritos. Berlin buscaba una senda entre el compromiso intenso y el distanciamiento olímpico. Quería ser serio sin ser enfático, defender sus convicciones sin ser dogmático y ser entretenido sin caer en lo fácil. Compartía el recelo inglés hacia los intelectuales europeos. Los intelectuales franceses, por ejemplo, tenían enorme prestigio en el periodo de posguerra. ¿Pero qué era exactamente lo que los intelectuales franceses *sabían?*

Raymond Aron era la única figura francesa que gozaba del respeto de Isaiah. Éste le hizo una visita en París en 1950 y se mantuvieron en estrecho contacto desde entonces. Aron era liberal, anticomunista, judío, escéptico —todas características que atraían a Isaiah—, pero era también demasiado vanidoso intelectualmente para llegar a ser un amigo íntimo. Parecía irritar a Aron que el joven profesor de Oxford no se

considerara aroniano, mientras que Berlin creía que Aron era un soberbio periodista político pero un débil historiador de las ideas [18].

Al menos, en Francia se respetaba una cierta lucidez cartesiana; en Alemania, Berlin se impacientaba con la altiva oscuridad de la tradición filosófica alemana, y cuando iba acompañada por el flaco servicio del nazismo su impaciencia se trocaba en desprecio. Le repugnaban las argucias con que Heidegger había querido explicar su complicidad con el régimen nazi. Sobre la cosmología de Heidegger, Isaiah escribió con causticidad en 1949 que era "vagamente trágica pero en exceso remota para transmitir el sentido de los crímenes y horrores del pasado inmediato, aliviando la carga de culpabilidad particular mediante una brumosa disquisición sobre su naturaleza en general" [19].

Su rechazo de los modelos de vida intelectual continentales no acercaba en modo alguno a Berlin a los modelos que ofrecía Oxford. Habiendo escrito su *Marx* sabía que no estaba hecho para ajustarse al molde británico de intelectual. Tenía talento para la síntesis, no para el estudio erudito; para el ensayo, no para la monografía. El público que a él le importaba eran las clases medias cultas, no los especialistas, aunque sabía que tenía que ganarse el respeto de éstos. Además, le gustaba demasiado estar en compañía para pasar los mejores años de su vida en una biblioteca.

Antes de la guerra había buscado sus objetivos intelectuales en fuentes ajenas a él. Ahora debía encontrar motivos nutrientes en su interior. Había llegado a una encrucijada en el camino: o se creaba un compromiso intelectual serio y propio o degeneraba en lo que él más temía: un "charlatán". Alrededor de él, los mejores pensadores de su generación estaban definiéndose. Karl Popper, por ejemplo, había pasado la guerra en Nueva Zelanda escribiendo *La sociedad abierta y sus enemigos* [20]. En Isaiah influyó la apasionada defensa que hacía Popper de los valores liberales, pero él y Popper eran muy distintos: éste era un racionalista escéptico, Isaiah un pensador más intuitivo, interesado —como no estuvo nunca Pop-

per— en la angustia interior, los dilemas personales y el conflicto entre valores humanos.

Pese a sus diferencias, ambos se situaron frente a los pensadores marxistas: E. H. Carr, que por entonces había emprendido una larga historia de la revolución bolchevique; Isaac Deutscher, biógrafo de Trotski; y Christopher Hill, el historiador de la revolución puritana, entonces en Balliol. En los años treinta, Isaiah había tenido amistad con Christopher Hill, intercambiando con él notas y libros sobre los precursores rusos y europeos de Marx. Pero en el libro de 1947 de Hill, *La revolución rusa,* se afirmaba que los bolcheviques habían tenido razón al disolver la Asamblea Constituyente de 1917 porque el campesino común no tenía confianza en ella. En todo caso, sostenía Hill, el partido socialista revolucionario, que estaba presente en pleno en la Asamblea Constituyente, no representaba realmente los intereses del campesinado que le había votado. Este fragmento indignó a Isaiah doblemente: le parecía que falsificaba los hechos históricos y negaba que fuera posible confiar en que los actores humanos ordinarios —en este caso el maltratado campesinado ruso— supieran qué era lo que más les convenía. Hill se enteró de la reacción de Isaiah, pero un encuentro entre ellos no logró restañar su relación. La fácil amistad de los años treinta había terminado; de ahora en adelante, liberales y marxistas estaban en lados contrarios [21].

En este contexto de creciente polarización, Berlin eligió una vía propia, buscando un proyecto propio y su propia versión del compromiso intelectual. El primer trabajo de investigación y elaboración a gran escala emprendido por Isaiah después de la guerra fue el estudio del crítico del siglo XIX Vissarion Belinsky, creador de la imagen del intelectual ruso como testigo moral y de la idea del poeta como defensor de la lengua rusa. En este sentido, Belinsky era también una forma de desarrollar la propia vocación de Berlin. Éste empezaba a entender las ideas exactamente de la misma forma que Belinsky, como aquello para y por lo que vivían los seres humanos: "Algo más amplio y más intrínseco a los seres huma-

nos que creen en ellas que las opiniones e incluso los principios... [ellas] son en efecto el complejo central de las relaciones del hombre consigo mismo y con el mundo exterior" [22]. De Belinsky y de los rusos salieron los perfiles de un proyecto intelectual singular: en lugar de un análisis lógico o semántico, Isaiah iba a estudiar el modo en que las ideas permean y configuran la vocación intelectual misma; el modo en que se elaboraba y defendía la seriedad intelectual en sí de época en época. Pero al constituirse en historiador de la vocación intelectual rusa terminó demostrándose a sí mismo por qué un estilo mucho más leve, más irónico y más políticamente distanciado se adecuaba mejor a su propio carácter. Belinsky había inventado la seriedad moral del intelectual ruso, pero también había legitimado un cierto estilo de fanatismo moral. ¿Quién iba a invocar a Belinsky como antepasado espiritual sino el mismísimo Lenin? Comparado con esto, el escepticismo intelectual independiente de corte berliniano tenía sus virtudes.

El problema era que Isaiah detestaba escribir. Como confesó a un amigo, "la palabra hablada se esfuma y no perdura responsabilidad alguna; y uno queda libre de esos testigos embarazosos de nuestros estados momentáneos" [23]. Escribir significaba aceptar responsabilidad, y él evitaba la responsabilidad de cualquier tipo. No tenía hijos, ni persona dependiente alguna, tenía pocas obligaciones oficiales. Había prolongado su adolescencia conscientemente; estaba acercándose a los años maduros, era soltero, inestable, estaba condenado a un futuro como personalidad menor en Oxford.

En una carta a un amigo se lamentaba de que:

> ...voy a la carrera de la ceca a la meca como un estudiante norteamericano perpetuamente acosado por exámenes, juzgando y siendo juzgado perpetuamente, incapaz de lograr un solo momento de calma ancha, del mínimo de tranquilidad que exige una vida tolerable... No sé nada, no he escrito nada, no he dicho lo que querría decir. Ya no recuerdo qué era lo que hubiera querido decir. En algún momento, alguien se percata-

rá de hasta qué punto es vacua mi actividad, descubrirá el engaño, se acabará el juego [24].

Cuando el ritmo frenético de trabajo y vida social produjo uno de sus periódicos derrumbamientos y tuvo que recluirse en una clínica para descansar, su amigo Stuart Hampshire le rogó que se impusiera una cierta "economía de espíritu": que se refrenara, canalizara sus energías, cesara de disiparse en mil direcciones distintas [25]. Berlin era consciente de que ser entretenimiento intelectual de los ricos era una trampa en que los judíos estaban especialmente expuestos a caer. Tendría que afirmar su reputación con medios más inequívocos que meramente hablar.

Mientras iban haciéndosele patentes las exigencias de su situación tuvo una experiencia infrecuente pero mortificante de antisemitismo inglés. Gracias a su relación con Churchill había hecho amistad con el político conservador Oliver Lyttelton, que, cautivado por la viva conversación de Berlin, presentó su candidatura para ingresar en el St. James's Club en el verano de 1950, sólo para descubrir que varios de sus miembros estaban "decididos a que no hubiera nadie de extracción judía en el Club" [26]. Berlin retiró de inmediato su solicitud y fue propuesto, y aceptado, en el Brook's Club, una institución aún más distinguida a pocos pasos de la anterior en la misma calle. Pero el rechazo del St. James's Club le recordó que seguía habiendo puertas invisibles que le cerraban el paso al mundo de los gentiles.

Al finalizar la guerra nuevas presiones le obligarían a elegir entre sus identidades judía y británica. Los judíos estaban saliendo de los campos de refugiados a miles para dirigirse a Palestina; allí, los grupos clandestinos estaban librando una guerra abierta contra las autoridades británicas. Cuando el gobierno Attlee intentó mantener las restricciones sobre la inmigración judía de antes de la guerra, cuando no permitió la entrada de barcos llenos de desesperados refugiados de Europa, los judíos británicos sintieron que su doble lealtad empezaba a quebrarse. En 1946 se hizo patente que la soste-

nida anglofilia de Weizmann había entrado en bancarrota. El empuje político estaba en manos de los que habían empuñado las armas. El 22 de julio de 1946 unidades clandestinas judías, comandadas por Menachem Begin, volaron el hotel King David de Jerusalén, que alojaba a la administración británica, matando a noventa y una personas. Weizmann se esforzaba en vano por detener la marea de terrorismo judío. Consultó a Isaiah en relación al discurso que iba a pronunciar en el Congreso Sionista de Basilea en diciembre de 1946, e Isaiah aportó un párrafo muy fuerte en que condenaba el terror judío: "El terrorismo es un insulto a nuestra historia; es una burla de los ideales que debe representar la sociedad judía; contamina nuestra bandera; compromete nuestra apelación a la conciencia liberal del mundo" [27]. Weizmann comentó a su socio Meyer Weisgal, "el párrafo de Isaiah sobre el terrorismo tiene bastante garra, ¿verdad?" [28]. Pero aquel discurso no consiguió en modo alguno restaurar la autoridad política de Weizmann. Hacia la conclusión del congreso había quedado despojado del liderazgo de la Agencia Judía y marginado. Enfurecido y rechazado, Weizmann, ya envejecido y casi ciego, tuvo el sueño de ponerse a la cabeza de un puñado de seguidores moderados, entre ellos Isaiah, escindidos del movimiento [29]. Pero aquello quedó en nada y los partidarios de Ben Gurion en la Agencia Judía empezaron a intentar atraer a Isaiah hacia su campo. En enero de 1947 recibió una llamada de Moshe Shertok, un alto funcionario de la Agencia Judía, para ofrecerle la dirección de los trabajos de la Agencia en Europa oriental y central. Shertok estaba intentado alejar del Jefe a los weizmanistas más capacitados, pero Isaiah no se dejó seducir [30].

Llegado el verano de 1947, 4.000 luchadores clandestinos judíos habían inmovilizado a 80.000 soldados británicos, metidos en puestos de mando subterráneos y fortificados conocidos con el nombre de "Bevingrads", por el ministro de Exteriores, Ernest Bevin. Weizmann ordenó a Berlin que fuera a verle [31]. A fines de julio de 1947 Berlin zarpó con desgana hacia Palestina en compañía de su padre. Durante el viaje

por mar, le irritó la constante necesidad de compañía de Mendel, pero por primera vez vio a su padre, que tenía entonces sesenta y cuatro años, con el distanciamiento que venía de haber alcanzado él mismo la madurez. Como Berlin escribió a su madre, "ella había desplegado un palio sobre las vidas de ambos, por lo que Mendel había quedado a resguardo de la vida, como hombre amable, bondadoso, decente e inocente, un hombre sin defensas naturales". Mendel, por su parte, escribió comentando tristemente sobre el abismo que les separaba. Marie contestó desde Baden, donde estaba tomando las aguas, diciendo con bastante buen juicio que la distancia era natural. Pese a todo, decía, Isaiah seguía siendo "nuestro Shaiele" [32].

Mientras el barco seguía su ruta de Marsella a Atenas y de Alejandría a Haifa, Isaiah charlaba con los emigrantes judíos de tercera clase. Los barcos de guerra británicos estaban obligando a volverse a otras naves repletas de refugiados, pero aquellos emigrantes pertenecían a la exigua minoría que tenía documentos legales para Palestina. Iban apiñados en los niveles por debajo de cubierta, llevando consigo solamente sus pertenencias más esenciales, y habían sido trasladados de un campo de refugiados a otro antes de lograr el pasaje para Palestina. Pero en aquel momento, dijo Isaiah a su madre, estaban "en vías de solucionar todos sus problemas morales, así como los materiales. No temen ni a la vida ni a la muerte; ¿qué más puede decirse?" [33].

Cuando el barco atracó finalmente en el puerto de Haifa probablemente sorprendería a los judíos de a bordo que uno de los suyos fuera recibido en el muelle por un comisionado adjunto de distrito, lord Oxford —amigo de Isaiah desde su época de Oxford— y una escolta británica armada [34]. En la ciudad de Haifa había un ambiente tenso. Unas pocas semanas antes, marinos británicos habían abordado el *Exodus*, un barco con destino a Haifa con 4.500 refugiados judíos a bordo. Habían arrebatado el control del barco a sus defensores, lo habían remolcado hasta el puerto de Haifa y obligado a los refugiados a desembarcar para devolverlos por la fuerza a los

campos de refugiados de Alemania. Al mismo tiempo, dos sargentos británicos fueron encontrados ahorcados en un bosque de eucaliptos de Natanya, ejecutados por las fuerzas de combate clandestinas judías en represalia por las ejecuciones inglesas de sus soldados. Británicos y judíos estaban en guerra, y allí estaba Isaiah haciendo el viaje hacia el sur desde Haifa, en un coche oficial británico, para ir a ver a Weizmann. La atmósfera era tan tensa que cuando llegó a la ciudad natal de Weizmann y preguntó la dirección para la residencia del Jefe, un habitante de Rejovot al que se dirigió le miró fijamente y le dijo con frialdad: "No tengo ni idea". Incluso los judíos de su ciudad natal odiaban a Weizmann por su disposición a hablar con los ingleses. En efecto, aquellas conversaciones continuaron mientras Isaiah permaneció en Rejovot. El gobernador militar británico del distrito cenó con Weizmann, y el destacamento local del Haganah limpió de minas la carretera para que pudiera llegar el gobernador y volvió a minarla después de su marcha [35].

Weizmann, por entonces ya casi ciego, caminaba dando tumbos por su jardín amurallado, bramando contra la estupidez de los británicos y la locura de los judíos. Acababa de pronunciar otro discurso implorando a su gente que depositara su confianza en los ingleses, el cual fue recompensado con silbidos del público. Isaiah le preguntó por qué había llegado tan lejos y Weizmann le respondió cortante: "Todo el mundo va demasiado lejos en este país. No veo por qué no puedo hacerlo yo" [36].

Weizmann rogó a Isaiah que se fuera de Oxford, que dejara de dar clase a gentiles y ocupara el lugar que por derecho le correspondía como jefe de su estado mayor. Pero Isaiah era lo bastante sagaz para comprender cuál era la situación: no había estado mayor del que ser jefe. Cuando Berlin rehusó, Weizmann se puso furioso. No entendía que un judío prefiriera quedarse en la Diáspora cuando el destino de su patria estaba en juego. Isaiah recordaba que Weizmann había musitado: "Su amigo Felix Frankfurter se reúne allí con esos gentiles, siete días a la semana. ¿Cómo puede? ¿Qué está ha-

ciendo?". En cartas a Frankfurter, Berlin le confiaba que Weizmann se había convertido en una "enorme, amargada y trágica ruina", un hombre "unido al poder toda su vida" y ahora "despojado de él sin ninguna contemplación" [37]. Berlin tenía la certeza de que no debía renunciar a Oxford para hacer carrera en Palestina. La política judía estaba excesivamente polarizada. Temía que le hiciera pedazos [38]. Comprendió también que no tenía lugar allí; la emergente sociedad israelí era de Oriente Medio, hablaba hebreo y era instintivamente antibritánica. El proyecto sionista estaba creando una índole de judío con el que no tenía nada en común. En los *kibbutz* de Galilea conoció gentes mediterráneas de piel morena que tenían aspecto de chipriotas o malteses, despreocupados, incultos y sin miedo. Irremediablemente, el abismo que separaba a estos *sabras* de los judíos europeos iba a aumentar [39]. Hay un punto de ironía en todo esto: el sionista de toda la vida que descubre que no hay lugar para él en Sión.

Con cierto alivio, Isaiah se excusó ante los Weizmann y marchó a Jerusalén a hacer una visita a la tía Ida Samunov y otros miembros del clan Berlin. Uno de ellos se encontraba metido de lleno en la lucha por la independencia. Su tío político, Isaac Landoberg, había huido de Rusia a Palestina a comienzos de los años veinte, se había cambiado el nombre a Yitzhak Sadeh y era entonces un soldado clandestino judío que vivía en Tel Aviv huyendo de las autoridades británicas [40]. Después de luchar contra las fuerzas francesas de Vichy en Líbano y Siria junto a las fuerzas británicas en 1943, había pasado a ser uno de los arquitectos del *Palmach,* la fuerza de élite y de choque del clandestino ejército judío. Aunque él personalmente no participaba en actos terroristas, Sadeh era un entusiasta defensor de la acción militar directa contra los ingleses. Berlin tendría que haber reprobado su conducta, pero quedó cautivado por "Big Isaac", como le habían motejado los británicos, que era evidentemente un personaje idiosincrático. El hombre esbelto, elegante y bastante fatuo que recordaba Isaiah de Petrogrado era ahora una figura llena, con barba, descuidado, pero tan alegre como siempre y fascina-

do por los peligros de la vida en la clandestinidad. Se encontraron en un café de una calleja de Tel Aviv. A Isaiah le preocupaba que alguien del local pudiera dar aviso a las autoridades británicas, pero Yitzhak se reía de los riesgos. No sentía animosidad contra los ingleses, dijo, incluso admiraba las instituciones británicas; pero la mayoría de los administradores coloniales eran unos tremendos filisteos. Era imposible hablarles de libros, ideas, música o historia. La sumisión al mando árabe —que era claramente lo que tenía en mente el Ministerio de Colonias— era impensable. Isaiah se separó de Sadeh y de Palestina convencido de que la partición y la independencia eran inevitables y de que él pertenecía al medio inglés [41].

Los británicos anunciaron que iban a elevar el problema palestino a Naciones Unidas, y éstas decidieron la partición en noviembre de 1947. Los judíos la aceptaron, mientras los árabes la rechazaban, y ambos lados de Palestina se prepararon para la guerra después de la salida inglesa. Los árabes palestinos empezaron a huir, expulsados por las masacres y las represalias. El 14 de mayo de 1948 David Ben Gurion proclamó la independencia del Estado de Israel, y las fuerzas sirias, libanesas y egipcias atacaron, mientras la Legión Árabe, entrenada y armada por los británicos, cruzaba el Jordán y ponía cerco a Jerusalén. Los judíos del mundo entero creían que los ingleses, habiendo abandonado Palestina, habían hecho causa común con los árabes [42]. El 6 de junio de 1948, mientras el destino de Jerusalén pendía de un hilo, Isaiah escribió a Weizmann para felicitarle por su elección para primer presidente de Israel, criticando furiosamente la complicidad británica en el ataque al nuevo Estado. Le dijo a Weizmann que el Foreign Office se había autopersuadido de que había que aplastar al nuevo Estado judío antes de que "cayera bajo la órbita soviética ideológica y políticamente" [43]. Terminaba ofreciéndose a ponerse en contacto con Winston Churchill, líder de la oposición en aquel momento, para instarle a montar un ataque contra la política laborista. Weizmann le contestó, con regia serenidad, para decirle que no debía molestar a

Churchill. Por entonces, claro está, hasta Weizmann comprendía que la vieja estrategia sionista de susurrar al oído de políticos británicos simpatizantes era inútil: ahora, el destino de Israel dependía de la fuerza de sus armas y de figuras como Yitzhak Sadeh, que en aquellos momentos dirigía unidades del *Palmach* contra los puestos de mando egipcios en los desiertos del Negev y del Sinaí.

Mientras el joven Estado luchaba por su supervivencia, Isaiah seguía sintiendo ocasionales remordimientos de conciencia por su distanciamiento. El cerco de Jerusalén se mantuvo a lo largo del verano de 1948, y Berlin se puso en contacto con Leo Amery, un compañero de All Souls y antiguo secretario de Colonias, para saber si era posible ejercer alguna presión sobre los gobiernos árabes con el fin de que aflojaran el asedio sobre la ciudad [44].

En septiembre de 1948, con Israel en vías de vencer en su lucha por sobrevivir, Isaiah escribió a Weizmann dejando claro que, aunque siempre sería sionista, no iba a unir sus destinos a los del nuevo Estado. Añadía que nunca volvería la espalda a Israel e insistía en que su asociación a Weizmann le producía más orgullo que ninguna otra cosa. Reconocía que elegir Oxford "en la hora de crisis de nuestro propio pueblo puede parecer un egoísmo imperdonable y hasta una especie de frivolidad", pero si no se estabilizaba y se ponía a trabajar en serio, "perdería toda valía a mis propios ojos" [45].

Esta carta era a un tiempo su más apasionada declaración de lealtad y también una declaración de independencia: de Weizmann, de Israel y del sionismo. Durante los siguientes tres años, mientras iba tomando forma el Estado de Israel, el propio Ben Gurion, y altos funcionarios como Abba Ebban, Teddy Kollek y Walter Eytan (coetáneo de Isaiah en St. Paul's y a la sazón alto cargo del Ministerio de Asuntos Exteriores israelí) iban a pedirle que fuera a vivir a Israel [46].

Weizmann fue a un tiempo lo bastante educado y astuto para desistir en su empeño, pero su mujer, Vera, se negó a ceder tan fácilmente. Todavía en 1951 seguía implorando a Isaiah que se estableciera en Israel [47]. Pero éste había empe-

zado a alejarse de la órbita de Weizmann después de 1948. Aunque seguía haciendo visitas al Jefe siempre que éste iba a descansar y recuperarse a Suiza, los encuentros con "el viejo monstruo" le resultaban cada vez más difíciles. Weizmann vivía para el poder y detestaba el carácter marginal y puramente ceremonial de su cargo. Abba Ebban le dijo a Isaiah que cuando visitó a Weizmann y le preguntó lo que hacía, gruñó: "¿Hacer? Dicen que soy el símbolo de Israel. Pues aquí estoy, simbolizando" [48]. Cuando Berlin volvió a verle en 1950 seguía siendo el Rey de los Judíos, el feroz observador de las estupideces de los mortales. Pero estaba rodeado de un *pâthos* y una amargura que hacían sus encuentros dolorosos. Era entonces, dijo Isaiah, como un "viejo león enfermo" [49]. Cuando Vera Weizmann propuso a Isaiah que fuera el biógrafo de su marido, Isaiah se excusó con delicadeza.

Después de su estancia con Weizmann en Rejovot, fue un alivio volver a estar con Yitzhak Sadeh. Vivía éste en una casa pequeña de Jaffa, decorada con trofeos de sus batallas contra los egipcios en la guerra de independencia —cascos, banderas, dagas— y, en un lugar destacado de la habitación, una botella grande de vodka, regalo del embajador soviético. Vivía con una "francotiradora", una partisana de la guerra de 1948. Había fotografías de él rodeando con el brazo a sus jóvenes *protégés*, Moshe Dayan y Yigal Allon, e instantáneas tomadas en refugios subterráneos egipcios capturados en el Negev. Quedó absolutamente complacido cuando Isaiah le llamó Garibaldi judío [50].

A Isaiah le encantaba el entusiasmo de "Reb Yizthak" por el nuevo Israel pero no lo compartía. Como escribió a Felix Frankfurter, "el problema con los israelíes no es sólo su convicción parcialmente inconsciente, nacida de la experiencia, de que la virtud siempre pierde y la dureza gana, sino un gran provincianismo y ceguera a la opinión ajena". Es dudoso que los israelíes supieran nunca en qué medida era Berlin condenatorio en privado sobre el Estado que defendía en público. ¿Habría seguido Ben Gurion, por ejemplo, buscando la compañía de Isaiah cuando quiera que viajaba a Ingla-

terra, como ocurrió en diciembre de 1950, de haber sabido hasta qué punto era realmente escéptico Isaiah? El primer ministro llegó de incógnito, con sus guardaespaldas, se dio unas vueltas por las librerías y después pasó la velada en The Mitre, bebiendo vasitos de oporto y charlando con entusiasmo de todo, desde la filosofía de Platón hasta la función y el significado de los elefantes en las fábulas hindúes. A Isaiah, Ben Gurion le producía la impresión de un enérgico "líder campesino": tosco, implacable y astuto. Ben Gurion censuró la forma de vida de Berlin y le ofreció la dirección del Ministerio de Asuntos Exteriores israelí, pero Isaiah lo rehusó [51]. Pese a ello, el primer ministro consideró la posibilidad de utilizar a Isaiah como enlace secreto con Churchill en 1951, cuando Ben Gurion se planteó tantear a los británicos respecto a la idea de una operación conjunta para arrebatar el Sinaí a los egipcios [52]. Este plan era descabellado y afortunadamente no fue mucho más allá de la cabeza de Ben Gurion, pero el hecho de haber pensado en Isaiah para esta misión indica el grado de confianza en él del mando israelí.

En una conferencia sobre Israel pronunciada ante la Asociación Anglo-Israelí en 1953, Berlin alabó a este país porque permitía a los judíos huir de los estereotipos y huir de su historia. Ya no tenían necesidad de ser "intelectuales de café, sofisticados, jugadores de ajedrez". Después de una historia de martirio, se habían ganado el derecho a ser "normales", "saludables" y hasta "aburridos". Si los israelíes no "querían pasarse la vida llorando a los seis millones de judíos muertos", también a eso tenían derecho. Nunca olvidarían el Holocausto, pero tampoco era obligado que vivieran la vida como "tristes herederos de una tragedia horrible" [53].

Cuando Weizmann murió en noviembre de 1952, Vera envió a Isaiah una desconsolada descripción de las últimas horas de su marido y poco después redobló sus peticiones de que fuera su biógrafo. Isaiah cumplió enviando una nota necrológica al periódico *The Times,* pero confesó en privado que el Jefe había sido "demasiado inflexible e imponente, y demasiado interesado en lo público, con una vida privada

demasiado escasa para ser bueno" [54]. En público, alabó a Weizmann calificándole de "primer judío totalmente libre del mundo moderno".

Si bien la muerte de Weizmann dirimió al fin la cuestión de si debía o no dedicarse a trabajar por el sionismo, no resolvió el dilema de cómo vivir siendo judío en el seno de la sociedad británica. La creación del Estado de Israel modificó el carácter de esta cuestión. En mayo de 1950 el escritor anticomunista Arthur Koestler, famoso por su obra *El cero y el infinito,* concedió una entrevista a *The Jewish Chronicle* en la que afirmaba que los judíos de la Diáspora sólo tenían dos alternativas posibles: asimilarse del todo y desprenderse de su judaísmo o emigrar y emprender una vida plenamente judía en Israel. Cualquier posición intermedia era falsa [55]. Esto suponía un desafío directo a la postura de Isaiah y éste decidió responder a los argumentos de Koestler frontalmente. Su ensayo "Jewish Slavery and Emancipation" ("Esclavitud y emancipación de los judíos") se publicó en *The Jewish Chronicle* en el otoño de 1951. Hasta la existencia del Estado de Israel, decía Berlin, ningún judío tenía libertad para vivir una vida puramente judía, no distorsionada por el escrutinio, presión y represión de los no judíos. La creación del Estado de Israel era una victoria para la libertad precisamente porque "devolvía a los judíos no solamente su dignidad personal y su categoría de seres humanos, sino lo que era inmensamente más importante: su derecho a elegir en tanto que individuos cómo querían vivir" [56]. Pero esto no significaba que la única vida libre para los judíos tuviera que ser vivida en Israel.

La rígida disyuntiva de Koestler entre asimilación y emigración era un ejercicio en matonismo intelectual: "Hay demasiadas personas en el mundo que deciden no ver la vida en forma de opciones radicales entre un curso y otro y a los cuales no condenamos por esta razón. 'Del fuste torcido de la humanidad', dijo un gran filósofo, 'nunca salió nada recto'". Los judíos tenían que gozar del mismo derecho que los demás a decidir sus vidas: a elegir asimilación, emigración, separación o cualquier otra opción que cumpliera el requisito

de ser una vida elegida por sí mismos. El sionismo de Berlin era una defensa de Israel como condición necesaria no para el sentido de pertenencia judía sino para la libertad judía.

Berlin negaba que hubiera una sola manera de vivir una vida judía. Los judíos religiosos creían que mantener el judaísmo como fe era una "obligación absoluta" a la que había que supeditar todo lo demás. Igualmente, la mayoría de los judíos laicos creía que la preservación de los valores judíos podía ser digna de cualquier sacrificio. Pero otros podrían muy bien preguntarse si la supervivencia del judaísmo a lo largo de los siglos justificaba el "increíble coste en sangre y lágrimas". De haber conseguido asimilarse bien los judíos, de haber desaparecido totalmente como pueblo y religión diferenciados, acaso se habrían evitado el martirio.

Isaiah nunca creyó que fuera posible una asimilación completa, pero la cuestión era: ¿cómo podían los judíos estar seguros de que dicha alternativa no habría sido mejor para ellos? Para él, como observó Avishai Margalit, el padecimiento judío nunca podía ser una bendición; era siempre una maldición. Había un algo de frialdad inquietante en su modo de imaginar que podría haber sido mejor asimilarse y desaparecer que sobrevivir y padecer. Pero Berlin era uno de esos judíos que, como él mismo dijera sobre Proust, "transforma su mismo desarraigo en la índole de punto arquimediano exterior a todos los mundos, para mejor apreciarlos desde allí" [57]. Porque era capaz de cuestionar sus propios compromisos veía que los valores medulares de los demás podían ser contestables. Lo que una persona valoraba era rechazado por otra; los valores esenciales —libertad y pertenencia— estaban en conflicto. Estas conclusiones centrales se habían fraguado en su relación con su propio carácter judío. Un judío podía encontrar su identidad en Israel y otro en Gran Bretaña; uno en la fe religiosa y otro en mantener las costumbres judías, y un tercero en abandonar el judaísmo del todo. Era una forma de tiranía intelectual el suponer que una de estas alternativa tenía que ser la indicada para todo el mundo. Si las exigencias de la religión y la tradición prevalecían por encima

del derecho del individuo a elegir su vida, los judíos no harían sino sustituir la esclavitud impuesta por los gentiles que habían sufrido durante milenios por la esclavitud autoimpuesta de la comunidad.

"Jewish Slavery and Emancipation" era también un retrato implacable de su experiencia interior como judío en una sociedad de gentiles. El judío, decía, era como un antropólogo que estudia a una tribu: sólo podía prosperar si llegaba a ser más experto en las costumbres de la tribu que los propios nativos. De ahí la honda pasión de los judíos por las instituciones que les admitían pero no les permitían pertenecer realmente. De ahí el "fantástico superdesarrollo de sus facultades para detectar tendencias y discernir los tonos y matices de las cambiantes situaciones individuales y sociales, a menudo antes de que hayan sido advertidas en ningún otro lugar" [58]. Su propio éxito social se debía precisamente a poseer este tipo de radar sintonizado con gran precisión. Ahora bien, él comprendía que esta clase de sensibilidad era una suerte de deformación, porque le inducían a ansiar en exceso la aprobación de los gentiles y eso en sí mismo producía una dialéctica del rechazo: cuanto más sensible era, tanto más relieve cobraba su inseguridad, y tanto más se exponía a la exclusión y el rechazo.

Otra metáfora de este ensayo captaba la esencia íntima de su experiencia del judaísmo en términos aún más descarnados. Gustaba Isaiah de contar un chiste sobre un inventor jorobado norteamericano llamado Steinmetz, que caminaba ante la Sinagoga Templo Emanuel de la Quinta Avenida de Nueva York con Otto Kahn, el financiero que, aunque de origen judío, estaba plenamente asimilado. Kahn había mirado hacia la sinagoga y había dicho: "Yo antes asistía aquí a los servicios", ante lo cual Steinmetz había respondido con desparpajo: "Y yo antes era jorobado" [59]. Este cuento debió constituir la base de un largo fragmento de "Jewish Slavery" en que Berlin sostenía que ser judío era como tener una joroba. Cada judío reaccionaba de manera distinta a su deformidad: unos pretendían que no tenían chepa; otros se vanagloriaban de

ella y la exhibían ante el mundo entero; mientras que un tercer grupo, "tullidos, tímidos y respetuosos", se ponían voluminosas capas para ocultar su contorno deforme. La metáfora de los jorobados es de lectura inquietante. Algo revela de la complejidad de su vida interior que Berlin hiciera semejantes conexiones subliminales entre ser judío y ser deforme y declarara, no obstante, abiertamente, su carácter judío hasta el fin de sus días.

Un compañero judío de All Souls, Keith Joseph, posteriormente ministro en el Gobierno de Margaret Thatcher, le reprochó haber publicado este pasaje sobre las jorobas. Quizá los judíos abrigaran esta clase de pensamientos, pero expresarlos era una traición a la tribu [60]. Berlin se sintió entonces avergonzado de su sinceridad. Nunca permitió que se reeditara "Jewish Salvery and Emancipation", que ha permanecido oculto en un olvidado *Fetschrift.*

Este ensayo tuvo una consecuencia importante. En él Isaiah había hecho una breve referencia a T. S. Eliot, al que había incluido entre los "pensadores temerosos", "las almas llenas de terror" que procuraban situar a los judíos "más allá de los límites de la ciudad" porque su espíritu crítico y descontento ponía en peligro la unidad de la civilización cristiana europea [61]. Esta referencia crítica a Eliot era algo sorprendente, porque Isaiah le conocía desde principios de la década de los años treinta, le admiraba profundamente como poeta y había escrito en *Criterion,* la revista cuatrimestral de Eliot [62]. Después de la guerra Eliot le había consultado en alguna ocasión sobre manuscritos de filosofía recibidos en la Editorial Faber. En diciembre de 1948 Eliot había recibido el Premio Nobel de Literatura.

La idea de Berlin sobre Eliot fue cambiando a medida que empezó a aflorar la polémica sobre las opiniones de éste. En 1950 Emmanuel Litvinoff, un poeta y hombre de letras judío, leyó ante un público londinense, entre el que se encontraban Eliot y Stephen Spender, un poema titulado "A T. S. Eliot", donde reprobaba a éste sus referencias al pueblo judío. Después que Litvinoff hubo terminado su lectura, Stephen

Spender se levantó para defender a su amigo frente a la acusación de antisemitismo. Al propio Eliot se le oyó murmurar, con la cabeza baja: "Es un buen poema, un poema muy bueno" [63]. Así pues, la controversia sobre el carácter exacto de las opiniones de Eliot había comenzado ya cuando el director de *The Jewish Chronicle* envió a Eliot una copia de "Jewish Slavery and Emancipation" tras ser publicado en sus páginas en octubre de 1951.

En una carta a Berlin de noviembre de 1951, Eliot empezaba insistiendo en que nunca había defendido la emigración en masa de los judíos poniendo fin así a la Diáspora, y que para él "el problema judío no es en modo alguno un problema racial, sino religioso" [64]. Isaiah no estaba dispuesto a dejar así la cuestión. ¿No era cierto, replicó, que en unas conferencias pronunciadas en la Universidad de Virginia en 1934 y posteriormente publicadas con el título *After Strange Gods,* Eliot había dicho que la sociedad moderna no podía lograr unidad cultural y espiritual mientras hubiera judíos en su seno? Y citaba las propias palabras de Eliot: "Hay razones de raza y religión que hacen indeseable cualquier congregación grande de judíos librepensadores" [65]. Y esto frente a la insistencia de Eliot de que la "raza" no tenía nada que ver con el "problema judío". Después de hacer referencia deliberadamente al hecho de que dichas conferencias tuvieran lugar un año después de la subida al poder de Hitler, Isaiah admitía que Eliot no había defendido nunca "métodos de barbarie", pero añadía:

> ¿Me equivoco radicalmente al pensar que, al menos en 1934, consideró usted desafortunado que grandes grupos de "judíos librepensadores" le complicaran la vida a unas comunidades anglosajonas y cristianas, por lo demás bastante homogéneas? ¿que sería mejor que no fuera así? ¿y que si se hiciera empleando medios humanitarios y persuasión, y sin coerción, sería mejor para dichas comunidades que estos vecinos judíos, o una proporción suficientemente grande de ellos, fueran trasladados "más allá de los límites de la ciudad"?

En su respuesta Eliot se disculpaba por la dudosa frase de las conferencias de 1934 en Virginia: "La frase de la que [con justicia] se queja, desde luego no habría aparecido en modo alguno en ese momento de haber sabido yo lo que iba a ocurrir, en realidad había empezado a ocurrir ya, en Alemania... Todavía no entiendo por qué surge la palabra 'raza' en esa frase, porque yo quería hacer énfasis en el adjetivo 'librepensadores' .[66] Eliot se resistía a abandonar del todo la palabra "raza"; al fin y al cabo, era posible que hubiera algo de razón en la idea de "inferioridad racial" o "superioridad", si se entendía simplemente como una forma de decir que algunas culturas y sociedades habían resultado más logradas que otras. Pero fueran o no una raza, los judíos eran sin duda una cultura y, a su juicio, las culturas no podían sobrevivir sin una columna vertebral religiosa. La cuestión esencial era, por tanto, si la religión judía podía o debía sobrevivir:

> Desde una perspectiva cristiana, la Fe judía ha terminado, porque se ha continuado en la Fe católica. Teóricamente, la única consumación apropiada es que todos los judíos se hagan cristianos católicos. El problema estriba en que esto tendría que haber ocurrido hace mucho tiempo: en parte por la rigidez de vuestra gente; en gran parte —acaso principalmente, pero la atribución no tiene relevancia inmediata— por la conducta errónea de los que se llaman cristianos, esto no ocurrió.

La secularización, proseguía Eliot, tenía pocas probabilidades de traer la paz entre cristianos y judíos. Si ambos se desprendían de su fe, los judíos seguirían quedándose fuera y mirando hacia dentro. Porque la mayoría gentil siempre estaría instalada en una cultura esencialmente cristiana, mientras que la minoría judía que abandona su religión no encuentra hogar en la cultura cristiana. "Esto es lo que implica mi adjetivo 'librepensador'", añadía. En una cultura laica y moderna, los judíos estaban condenados a una eternidad de alienación, descontento y auto-desamor. Y concluía:

> Las únicas posibilidades son: que los judíos conserven su cultura manteniendo su propia religión [y no veo por qué no pueda haber comunidades judías en la civilización occidental], o que se asimilen del todo; afirmando que la única asimilación auténtica es la aceptación del cristianismo.

Berlin no respondió a esto, pero había indicado ya en "Jewish Slavery" que la asimilación total (es decir, el abandono de la fe judía) era imposible. Así pues, nada más había que decir. Comprendiendo que no deseaba asociar a Eliot con las opiniones de Koestler y no queriendo ofender al poeta, Berlin eliminó toda referencia a Eliot en la versión del ensayo que apareció en un *Festschrift* israelí. En un momento muy posterior de su vida, Berlin creyó que su cortesía había llegado a un tono de servilismo [67].

Aparte de estas concesiones a las buenas maneras, Berlin no cedió terreno en cuanto a lo sustancial de la diferencia que los separaba. La divisoria no era meramente entre un judío laico y un anglo-católico creyente, sino entre un individualista liberal y conservador con una pertinaz convicción de que el individualismo estaba degradando la civilización europea. El carácter judío de Isaiah le hacía tan patente a él, como era para Eliot, que los individuos deben poseer un sentido sólido de pertenencia cultural para ser auténticamente libres. El judío cuya cultura se ha esfumado en torno a él ya no es libre para ser judío. En este sentido podía concurrir en parte con Eliot. Comprendía, al igual que Eliot, que los individuos de las sociedades modernas están irremediablemente divididos en cuanto a la naturaleza del bien y que los credos que los hombres profesan están en conflicto inevitable. En lugar de unidad cultural había ahora un irreductible conflicto entre ideas rivales del bien humano [68]. Para Eliot, ésta era una cuestión a lamentar; para Isaiah, un hecho inalterable sobre el mundo moderno, o más aún, sobre la vida humana como tal, el cual iba a constituir el núcleo central de su obra posterior.

13. Guerra fría, 1949-1953

En enero de 1949 Berlin aceptó el primero de lo que sería un cuarto de siglo de puestos a tiempo parcial en universidades americanas. De la misma manera que había tenido que hacer las paces con Israel, había también de hacerlas con Estados Unidos. Se incorporó al Centro de Investigaciones Rusas de Harvard y, además de dedicarse a su propia investigación sobre la *intelligentsia* rusa, debía impartir un curso para estudiantes subgraduados sobre pensamiento ruso. Maurice Bowra, que había estado en Harvard poco antes pronunciando las *Norton Lectures,* escribió a Isaiah una carta burlona sobre sus obligaciones lectivas:

> En la admirable publicación "Cursos de Instrucción", p. 161, bajo "Estudios Internacionales y Regionales" veo que el Sr. Berlin de la Universidad de Oxford va a hablar sobre "El desarrollo de las ideas revolucionarias en Rusia" los lunes, miércoles y viernes a las 9. Pues bien: las 9 en este país significa las 9 de la mañana y lunes significa lunes en todo el mundo. Sin duda ya has pensado en todo esto, pero considero mi obligación apuntarlo [1].

Para un profesor de Oxford de edad mediana acostumbrado al esplendor semieclesiástico de las cenas colegiales tuvo que ser una cura de humildad ponerse a hacer cola con una bandeja en la cafetería de Lowell House junto a adoles-

centes norteamericanos. En un principio, Isaiah se sintió muy deprimido. Se debatía con sus lecciones magistrales en medio de una agonía de inseguridad, evitando la mirada fija de las filas apretadas de oyentes y dirigiendo los ojos hacia el techo por encima de sus cabezas. Se sumergía en la Biblioteca Widener, ahondaba en las fuentes rusas, pero echaba de menos la sociedad londinense y, después de las emociones de sus años de Washington, Cambridge (Massachusetts), le resultaba insulso y monocromo. Sus estudiantes no parecían saber leer ni escribir, al menos "no como esta clase de actividad se entiende en nuestras mejores universidades". Sus ideas surgían sin orden ni concierto de la "confusión atronadora y febril de sus cabezas" [2]. Los peores parecían sordos a la ironía, mientras los mejores parecían acosados por la culpabilidad. Berlin creía que su mala conciencia respecto a la inutilidad del arte y la erudición era otra forma de filisteísmo.

El contraste entre el lenguaje moral atormentado de los intelectuales rusos sobre los que estaba leyendo en la Widener y el discurso insípidamente psicológico de los jóvenes y afanosos estudiantes norteamericanos que veía a la hora de cenar en Lowell House le daban materia en que pensar. A éstos les desconcertaba la idea de que los problemas esenciales de la vida acaso no siempre tuvieran solución. Cuanto más pensaba Berlin sobre este asunto, tanto más se le antojaba uno de los síntomas centrales de la época. "Toda desgracia o mal [es] considerado", escribió, "como un estado deficiente, una especie de dolencia psicológica, que necesita ante todo de algún remedio" [3]. Pero aquello significaba equivocar lo que hacía la vida digna de ser vivida. Cuando esa cultura de terapia se unía a una enérgica política de servicios sociales —como en la Gran Bretaña de Attlee y los Estados Unidos de Truman— el resultado era un conformismo social sin alma.

Algo estaba germinando en su espíritu, pero por el momento sólo registraba la monotonía del mundo académico norteamericano de posguerra. Sus compañeros del Centro de Investigaciones Rusas consumían el tiempo "deduciendo pesadas conclusiones de materiales oblicuos y sospechosos".

En cartas a E. H.Carr y Alan Bullock, Isaiah escribía con causticidad sobre la pedantería positivista de las ciencias sociales norteamericanas [4]. Probablemente no había leído mucho al respecto, pero esto no le impedía comentar que los profesores norteamericanos escribían con la gracia de un buzo sentado a una mesa elegante [5].

Con el paso de los meses, hizo amigos y empezó a animarse. Como en Londres, su perspicacia social nunca le abandonó. Las más destacadas anfitrionas de la sociedad de Boston —Mrs. Warren y Mrs. Chandler— le invitaban a sus tés de las cinco. A diferencia de Londres, donde la conversación en una cena de sociedad era muchas veces subida de tono y divertida, la conversación de la alta sociedad bostoniana era como una parodia de Henry James [6].

Mejor se entendía con Merle Fainsod, el politólogo de Harvard especializado en el Gobierno de la Unión Soviética; con el gran estudioso italiano y héroe antifascista Gaetano Salvemeni, que entonces ocupaba el despacho contiguo en la Biblioteca Widener; con Irving Singer, un joven estudiante graduado de filosofía; Elliot Perkins, presidente de Lowell House; Perry Miller, brillante autor de *The New England Mind*; y con Arthur Schlesinger Jr., joven historiador norteamericano que empezaba a hacerse famoso por su obra *The Age of Jackson* [7]. Con Schlesinger, a quien Berlin había conocido en Washington durante la guerra, hizo una cordial amistad: ambos eran liberales gregarios, ávidos de cotilleos e intrigas, forasteros ambiciosos, poco aficionados al mundo académico, fascinados por el poder y la influencia.

Todos los fines de semana posibles, Berlin tomaba el tren para Washington para regresar a sus antiguos paraderos. En sólo tres años, la atmósfera de la ciudad había cambiado. La Gran Alianza de Churchill y Roosevelt no era ya más que un recuerdo: Truman y Attlee habían disentido abiertamente en torno a Palestina, y la caída en desgracia de Gran Bretaña a ojos norteamericanos era patente. En lugar de la ingenua confianza en sí mismos que Isaiah tanto admiraba había un nuevo talante de taciturna autodesconfianza en relación a la

amenaza comunista. En enero de 1949 tropas comunistas habían tomado Pekín y mediado el verano la mayor parte de China estaba en manos comunistas. En Washington la pregunta del momento era "¿quién ha perdido China?", y la caza de chivos expiatorios —compañeros de viaje, intelectuales marxistas, espías en las agencias gubernamentales— se había iniciado ya. Los antiguos amigos de Berlin estaban con ánimo sombrío y, en el caso de Joe Alsop, convencidos de que los días de la república americana estaban contados [8].

A Edward Prichard le había sobrevenido el desastre. Había sido acusado y condenado por adulterar sufragios en una elección demócrata de Kentucky de 1948, y no obstante la intercesión de sus poderosos amigos de Washington, había perdido la apelación y estaba cumpliendo condena en una cárcel federal. Prichard escribía doloridas cartas a Isaiah en donde admitía su culpa y lamentaba la arrogancia de la juventud [9].

En mayo de 1949 Isaiah viajó a Wellfleet, en Cape Cod, para renovar su amistad con el crítico Edmund Wilson. Berlin admiraba *Axel's Castle* y había conocido a Wilson en una comida del Princeton Club de Nueva York en la primavera de 1946. A Isaiah le fascinaba el aspecto de Wilson —"corpulento, de rostro colorado y estómago abultado... algo parecido al presidente Hoover"— y su extraordinaria vehemencia. Hablaba "con una voz curiosamente ahogada, haciendo silencios entre oraciones, como si las ideas se entrechocaran y revolvieran dentro de él" [10]. Berlin creía que las ideas políticas de Wilson eran en ocasiones disparatadas —por ejemplo, su aislacionismo intransigente durante la guerra— pero admiraba su seriedad intelectual y la temeridad con que se sumía en lenguas desconocidas (hebreo y ruso, por ejemplo) cuando iniciaba un trabajo nuevo. A Wilson le intrigaba la "doble personalidad rusa —y británica—" de Berlin, y al final de un fin de semana enloquecido de discusión incesante, entreverado de mucho alcohol en el caso de Wilson, surgió entre ellos una amistad perdurable [11].

Antes de regresar a Inglaterra aquel verano, Isaiah dio una conferencia en Mount Holyoke College, una universi-

dad del este de Massachusetts, sobre "Democracia, comunismo y el individuo". Había empezado a sentirse a gusto entre los estudiantes norteamericanos y en cartas a sus amigos ingleses comentaba lo mucho que le agradaba sentarse como un obispo en una confirmación rodeado por "cientos de jovencitas vestidas con vaqueros, mocasines [y] calcetines blancos". Le recordaban a las intelectuales rusas de 1880 que, cuando les preguntaban a qué se dedicaban, respondían "a pasear y pensar" [12].

Las raíces del comunismo, dijo Berlin a aquellas jóvenes serias, estaban en la creencia del siglo XVIII —expresada en su forma más extrema por Rousseau— de que había una forma indicada de vivir para los seres humanos. Esta creencia, proseguía, "niega que los diversos ideales de vida" puedan no ser "totalmente reconciliables entre sí"; la libertad, la igualdad y la fraternidad, por ejemplo, eran "hermosas pero incompatibles" [13]. El comunismo había heredado este credo y los "ingenieros del alma humana" de Stalin habían querido moldear a los seres humanos en formas idénticas. Esta misma tentación utópica amenazaba también a las democracias occidentales, cuando quiera que las autoridades creían que no había más que una respuesta a todas las preguntas, y cuando quiera que los expertos concebían la sociedad como "un inmenso hospital" e interpretaban el malestar humano como simples desajustes. La democracia, afirmaba ante los estudiantes, no significa el imperio de los planificadores y expertos, sino de los ciudadanos.

Después de pronunciar aquel sermón encomiable pero no precisamente incendiario, Berlin quedó consternado al leer en el *New York Times* del día siguiente que había instado a las universidades americanas a dedicarse a los estudios marxistas. La noticia estaba perdida en las páginas interiores y en las siguientes ediciones desapareció del todo, pero Isaiah escribió una carta inquieta al director insistiendo en que le habían entendido mal. Sin duda debía enseñarse el pensamiento marxista en las universidades norteamericanas, pero sólo debían hacerlo profesores "lo bastante críticos para tener en

cuenta los errores y distorsiones que abundan en el marxismo" [14]. Después escribió al rector de Harvard asegurándole que no era compañero de viaje comunista y pidió a George Kennan, del Departamento de Estado, que enviara una nota aclaratoria al oficial de enlace del FBI en la universidad [15]. Kennan informó debidamente al FBI de que su amigo era "probablemente el mejor y más inteligente estudioso de asuntos soviéticos de todo el mundo anglosajón". Pasada una semana, Isaiah escribió avergonzado a Alice James:

> Soy desde luego anticomunista, pero quizá cuando están quemando herejes por todas partes no sea la cosa más valiente del mundo declarar tu lealtad hacia los que hacen las hogueras, particularmente cuando condenas a la Inquisición [16].

Y en efecto se había instituido una inquisición: una Comisión del Congreso de Estados Unidos que investigaba presuntos comunistas en las universidades y las industrias de defensa; el senador McCarthy estaba a punto de iniciar su siniestra carrera. Alger Hiss había sido destituido del Departamento de Estado por representar un riesgo de seguridad y le estaban arrastrando de tribunal en tribunal. Todos los amigos más íntimos de Isaiah —los Frankfurter, los Alsop, los Schlesinger— estaban consternados ante la venenosa atmósfera de intimidación y denuncia. Parece evidente que a Isaiah le producía pánico aquel ambiente: había sido prudente, pero no precisamente valiente.

Aunque sus simpatías estaban con los liberales norteamericanos, sabía que las batallas de éstos no eran realmente suyas. Mientras que los Frankfurter contribuyeron a la defensa de Hiss, Isaiah mantuvo un grado de distanciamiento hacia este caso que puso a prueba la paciencia de estos amigos. En un fin de semana pasado en Washington, Isaiah dijo al parecer a Mrs. Alice Roosevelt Longworth que en su opinión Hiss era "un poco inocente y un poco culpable", y la señora Longworth repitió este comentario sin tardanza en presencia de Marion Frankfurter. Cuando ésta le recriminó por ello, Isaiah,

entonces de vuelta en Oxford, respondió que las batallas de la Guerra Fría le parecían lejanas. Se alegraba de estar a resguardo entre los muros monásticos, "en sublime ignorancia del mundo exterior" [17].

Pero no se negó a todo gesto de solidaridad. Cuando a Robert Oppenheimer, director del Instituto de Estudios Avanzados de Princeton, se le negó un pase de seguridad por sus presuntas simpatías comunistas, Isaiah se unió a los que escribieron cartas de protesta. Pero se mantuvo al margen. En junio de 1951 Guy Burgess se fue apresuradamente a la Unión Soviética; mientras otros amigos se mostraron escandalizados y moralmente consternados, Isaiah quedó impasible, pese a sentirse más irritado que complacido cuando en 1953 Burgess le envió una descarada nota desde Moscú, por mediación de Roy Harrod, transmitiéndole sus saludos [18]. Berlin prestó toda la ayuda posible a Peter Wright, el "cazaespías" de los servicios de Inteligencia británicos, que le visitó en busca de cualquier otro cómplice que Burgess pudiera tener en el mundo universitario o la administración. Realmente, la defección de Burgess sembró el pánico entre sus amigos ingleses, en especial Goronwy Rees, con quien había tenido una amistad particularmente estrecha a fines de los años treinta [19]. Tras la marcha de Burgess, Rees vivió con el terror de poder ser denunciado por espía, lo cual no era. En 1956, en un confuso intento tanto de disipar sospechas como de asestar un golpe preventivo a lo que él temía que pudiera ser una campaña de denuncia y difamación por parte del propio Burgess, Rees colaboró con el popular tabloide *The People*, publicando una descabellada denuncia del Foreign Office, tachándolo de nido de compañeros de viaje y espías. En ese artículo insinuaba que Berlin podría haber estado trabajando involuntariamente para Burgess [20]. Berlin le escribió una nota gélida dejando claro que nunca "se había afiliado a ninguna organización para la que trabajara Guy. Ni he sido nunca enviado por nadie en misión secreta alguna a ninguna parte, ni fui ayudante de Guy". Incluso en este caso, pese a estar enfurecido con Rees, con el tiempo restableció su amis-

tad con él, y en cuanto a la traición de Burgess, aunque Berlin desde luego no fue a verle cuando visitó Moscú en 1956, nunca renegó de su amistad.

Este distanciamiento respecto a los intensos conflictos intelectuales y emocionales de la Guerra Fría llamó la atención de Albert Einstein cuando conoció a Berlin en Princeton en marzo de 1952. Frankfurter le había dado una encomiástica carta de presentación y charlaron amistosamente en el estudio de Einstein sobre política exterior soviética. Después, Einstein escribió a Frankfurter que Isaiah le había parecido un muy inteligente "espectador del teatro de Dios, que es grande pero en su mayoría no muy atractivo" [21]. La reacción de Isaiah a Einstein fue ambigua; era un genio, pero en cuestiones políticas parecía ingenuo. Einstein suponía, al parecer, que ninguna persona decente podía tener enemigos entre la izquierda. Psicológicamente, era inaccesible, y tenía —así le dijo Isaiah a Vera Weizmann— "la inhumanidad del niño" [22]. Berlin se preguntaba si un genio de la abstracción pura sólo podía germinar a expensas de toda "relación personal íntima". Pero había dos aspectos del pensamiento de Einstein que dejaron en él una impresión indeleble, o al menos concordaban hondamente con los compromisos esenciales de Berlin. Uno era su "sentido de la realidad". Sólo había un mundo, escribió Berlin de Einstein, y ése era "el mundo de la experiencia humana, sólo éste era real". Este sentido de la realidad —que el mundo era como parece, y que era posible conocerlo mediante investigación paciente y esmerada— era la única garantía segura frente a la intoxicación ideológica. El segundo aspecto del pensamiento de Einstein que le atraía profundamente era su odio al nacionalismo junto a un firme compromiso con el sionismo. Por su sola existencia, Einstein parecía demostrar que se podía ser a un tiempo sionista y cosmopolita, y dado que Berlin aspiraba a reconciliar estas dos tendencias opuestas dentro de sí, el ejemplo de Einstein le ofrecía alivio e inspiración.

En el otoño de 1949 Berlin dio una charla en la emisora de radio de la BBC sobre "El dilema angloamericano", en la

que se advertía hasta qué punto le había afectado su estancia en Estados Unidos y cuán completamente angloamericanas se habían vuelto sus lealtades. Insistió Berlin en que Gran Bretaña debía reconocer que sus intereses últimos no residían ni en el imperio ni en Europa, sino en Estados Unidos. Hay en este texto un eco de presciencia en su aceptación del declinar británico y la hegemonía norteamericana. Pero irritó a izquierdas y derechas. Lord Beaverbrook, a quien debió ofender que Berlin rechazara su oferta de trabajar para él, se tomó la revancha en forma de un artículo sin firma publicado en el *Evening Standard,* en que arremetía contra él por su derrotismo respecto al imperio y su servilismo hacia los norteamericanos [23]. Las opiniones de Isaiah no fueron precisamente mejor recibidas por la izquierda. Tanto a Harold Laski como a su compañero de Oxford G. D. H. Cole les desagradó la antipática idea de que un compromiso con el campo capitalista norteamericano impidiera un alto grado de colectivismo socialista en casa.

El terreno intermedio se hizo aún más tenue con la publicación del panegírico de Berlin a Churchill en 1949 [24]. "Winston Churchill en 1940" es merecidamente célebre como uno de los ensayos que creó el mito churchilliano. Se trataba de una examen brillante, a un tiempo irónico y admirativo, de la estructura de la retórica de Churchill: cómo éste se había forjado conscientemente un estilo prosístico arcaico y barroco con objeto de alinear la figura churchilliana con la gran tradición de la historia inglesa, y cómo sus discursos crearon el halagador espejo de un mito en que el pueblo inglés podía contemplar sus rasgos más atractivos heroicamente resaltados. Dado que el estilo de prosa de Isaiah, que empezaba a configurarse, era también conscientemente arcaico —un soberbio pastiche personal de los ondulantes periodos de Macaulay y Carlyle— sus observaciones sobre la retórica de resonancia arcaica como especie de mecanismo de defensa psicológico pueden interpretarse en clave autobiográfica. "Puesto que pensamos en gran medida en palabras", comenta en un momento dado, "éstas adoptan por necesidad la propiedad de

servir de armadura" [25]. Dado que sus propios escritos le suscitaban comprensibles ansiedades que tenían que ver con compromisos, con revelaciones de sí mismo y con la inautenticidad, le fascinaba la armadura de Churchill, su habilidad artística para crear convicciones morales inquebrantables exteriormente frente al caos y oscuridad interior. Fue la intensidad de la propia identificación de Isaiah con la pretensión churchilliana de crear una retórica creíble lo que elevó aquel artículo por encima de la simple hagiografía política.

Pero sus amigos de izquierdas lo entendieron como hagiografía sin más. La mitad del país había votado la salida de Churchill del poder en 1945 y le consideraba una reliquia reaccionaria. En 1949 se presentó la llamada de las elecciones. Churchill se disponía a dirigir el ataque conservador a la jefatura de Attlee, y he aquí que un presunto liberal entonaba sus alabanzas calificándole de "el ser humano más impresionante de nuestro tiempo". Harold Laski, principal intelectual del Partido Laborista, escribió dos iracundas cartas atacando a Isaiah por no haber hablado de "su falta de magnanimidad, de su capacidad para ser mezquinamente agresivo, de su aptitud para la venganza a largo plazo" y su "tosca y a menudo maligna brutalidad" [26]. Isaiah no hizo mucho caso de aquello pues consideraba a Laski un fabulista mediocre. Pero resultaba más difícil encajar la reprobación de su antiguo amigo Rachmilievitch. Poco importaba que "Rach" estuviera entrando en un crepúsculo de depresión y enfermedad mental del que nunca se recuperaría. En esta ocasión, fue hirientemente preciso:

> No compete a un miembro del Partido Laborista escribir una exposición "objetiva" sobre el papel de Churchill, que no es a fin de cuentas un obituario, sino una heroización de un hombre que está vivo y en activo, que se publica dos meses antes de las elecciones [27].

El error de Rachmilievitch era suponer que su viejo amigo era partidario del laborismo. Aunque Berlin había votado

laborista en la victoria aplastante de 1945, tenía buenas razones para detestar a este partido por su obstinada negativa a aceptar un Estado judío en Palestina, y nunca se sintió cómodo con la mezcla de "moral de colegio privado de segunda", unción metodista y oficiosidad tecnocrática que constituían las fuentes del activismo laborista [28]. Comparado con aquello, Churchill parecía a un tiempo espléndido y revitalizador. A Isaiah le gustaba particularmente un comentario churchilliano que le había contado su amigo John Sparrow. Cuando Sparrow había envuelto la conversación en una abstrusa complejidad académica, el gran hombre le había cortado en seco: "No oscurezca el buen sentido, joven" [29].

La reacción de Churchill al exagerado elogio de Berlin tardó en producirse. William Deakin lo puso sobre su mesa y esperó a que Churchill hiciera algún comentario. Al fin, no recibiendo ninguno, le animó a que lo hiciera y el anciano hizo un guiño y rezongó: "Demasiado bueno para ser verdad" [30].

Berlin y Churchill se conocieron en diciembre de 1949 en casa de Oliver Lyttelton. Por entonces la anécdota de Irving Berlin formaba parte del folclore político y Churchill bajó la cabeza y dijo que el señor Berlin debía conocer el "solecismo" que había tenido la desgracia de cometer a causa de él [31]. Churchill estaba a la sazón absorbido por su propia pintura y paseaba a zancadas de una habitación a otra, mirando fijamente todos los cuadros, comentado en voz alta sobre la técnica y la pincelada, mientras un remolino de invitados a la cena le seguía nervioso. En la mesa, hizo una observación que Isaiah relató a Vera Weizmann con evidente aprobación: "Olvide si las opciones son buenas o malas; lo que hemos de tener es una gran multiplicidad de ellas y no un triste gris sobre gris" [32].

Puesto que, como era muy evidente, el laborismo era ese "triste gris sobre gris", el voto de Isaiah en las elecciones de 1950 tendría que haber sido una decisión previsible. Pero lo cierto es que admiraba a Churchill pero en realidad nunca le tuvo simpatía. En aquella misma cena, el viejo león rugió que

tenía ganas de volver al poder y lanzarse a la lucha contra Stalin. Con auténtica ferocidad, dijo que tanto Italia como Francia podían claudicar al comunismo, y contemplaba la posibilidad de una vuelta a la guerra en Europa con claro deleite. Berlin sintió a un tiempo fascinación y repulsión. "Era en exceso burdo, en exceso brutal, y yo no quería que volviera". Así que, por el contrario, voté a los liberales [33].

Era por convicción un liberal socialdemócrata, pero socialmente se encontraba mejor entre los conservadores. Intentó mantenerse entre dos aguas e, inevitablemente, esto le expuso a acusaciones de tener dos caras. Pero también en este sentido era un zorro que anhelaba ser un erizo. Lo que admiraba en Churchill, después de todo, era su diamantina firmeza de propósito y su coherencia de erizo. ¿Pero cómo podía esperar un forastero liberal ser un erizo?

De esta tensión interior, este deseo de encontrar un núcleo de convicción, aun si no era ni una cosa ni otra, surgió el ensayo de Berlin más largo y más significativo hasta la fecha: "Political Ideas in the Twentieth Century" ("Ideas políticas del siglo XX"), publicado en *Foreign Affairs* en la primavera de 1950. Dicho ensayo puede leerse como un texto de la Guerra Fría, como la defensa por parte de un liberal occidental de la libertad frente a la amenaza soviética. Pero su lectura no sólo resultaba incómoda por eso. Tanto el marxismo soviético como la socialdemocracia occidental de posguerra, decía, eran presa de la misma ilusión racionalista del siglo XX según la cual, con la suficiente ingeniería social, los males humanos podían ser abolidos y los individuos felizmente asimilados a un consenso social sin fisuras. Sin duda alguna, el marxismo soviético era más despiadado en su desprecio de la democracia y los derechos humanos. Pero los liberales occidentales no tenían motivo para la autosatisfacción. El deseo humano de quedar liberado de la carga de elegir podía inducir a Occidente a abandonar los dilemas de la vida pública y privada en manos de expertos, políticos, psicoterapeutas y otros "ingenieros del alma humana". Adelantándose a lo que Daniel Bell denominaría "el fin de las ideologías", Isaiah ob-

servaba que el fundamental desacuerdo en torno a los fines políticos y morales había quedado desplazado por un desacuerdo técnico en cuanto a los medios. Este estilo tecnocrático de política arrinconaba el desacuerdo moral, no lo resolvía. De hecho, bajo un insípido consenso sobre gestión, seguían contendiendo principios ardientemente opuestos. Habiendo condenado a la modernidad por esta clase de consenso, Berlin criticaba después —de manera algo contradictoria— su aguda polarización. "Los liberales con gusto por la vida privada" y repugnancia hacia los movimientos políticos organizados eran "despreciados por todos los partidos que combaten en las grandes guerras ideológicas de nuestro tiempo" [34].

En estas guerras, él pertenecía a la izquierda liberal, pero advertía a los de su propio lado que sus aspiraciones estaban en conflicto. Por cada presunto logro en justicia social podía producirse una correspondiente pérdida de libertad. Este conflicto entre los fines no tenía más remedio que obstruir cualquier solución gestorial fluida. Lo más que podía esperarse era alguna índole de "compromiso de lógica desaliñada, flexible y hasta ambiguo". Lo que pide esta edad, concluía Isaiah, "no es [como nos dicen a menudo] más fe, o un liderazgo más fuerte, o más organización científica. Es más bien lo contrario: menos ardor mesiánico, más escepticismo culto, más tolerancia de las idiosincrasias". Era esencial luchar contra la injusticia, pero los hombres "no sólo viven de luchar contra los males"; viven de elegir sus propias metas, una gran mayoría de ellas "raramente previsibles, en ocasiones incompatibles". Era la libertad individual, para elegir el bien o el mal, lo que había que defender, no una visión última del bien humano. Dado que ninguna inclinación era impecable, ninguna era la definitiva. Su lema en política, concluía, era: *surtout pas trop de zèle.*

La reacción de la izquierda era previsible. E. H. Carr, en un artículo posterior publicado en *The Times,* decía que era poco probable que un pensador que prevenía contra los peligros de las convicciones fuertes creyera por su parte en gran cosa [35]. La reacción del centro derecha fue más entusiasta. El

influyente editor de la revista *Time*, Henry R. Luce, y el director del *Washington Post*, Herbert Elliston, escribieron a Berlin para felicitarle por su artículo de *Foreign Affairs*, pero a ambos les habría gustado que tuviera expresiones más resonantes de fe en la democracia occidental [36]. Cuando Elliston le escribió para pedirle que redactara un credo para los liberales de la Guerra Fría, Isaiah respondió con ironía:

> Desde luego no creo que la respuesta al comunismo sea una contra-fe, igualmente ardiente, militante, etc.; porque hay que combatir al diablo con sus propias armas. Para empezar, nada es menos indicado para crear una "fe" que la perpetua reiteración de que estamos buscándola, que tenemos que encontrarla, que estamos perdidos sin ella etc., etc. [37]

Otros amigos, como el compositor ruso emigrado Nicolas Nabokov, creía en una cruzada cultural militante contra la amenaza comunista, y cuando la Agencia Central de Inteligencia (CIA) norteamericana empezó a financiar el Congreso por la Libertad de la Cultura, Nabokov ocupó el puesto de secretario en París. Entre las actividades de este congreso figuraba sufragar encubiertamente la revista *Encounter*, fundada en 1953 por Stephen Spender e Irving Kristol; *Tempo Presente* en Italia, dirigida por Nicolo Chiaromonte; *Preuves* en París; y *Die Monat* en Alemania [38]. Ciertamente, Berlin conocía a las principales figuras de estas publicaciones de la Guerra Fría, así como a personas como Michael Josselson, que eran agentes activos de la CIA en Europa. Tampoco encontraba dificultad, ni entonces ni después, para considerarse a sí mismo un intelectual de la Guerra Fría, pero desde luego no tenía ninguna relación oficial o extraoficial ni con los servicios de Inteligencia británicos ni con la CIA, ni tuvo conocimiento previo de que la CIA estuviera financiando bajo cuerda las revistas en las que él colaboraba, aunque pudiera haber oído rumores en este sentido y pudiera tener sus sospechas. Como explicaría más adelante: "Yo no tenía la menor objeción a que fueran fuentes norteamericanas las que suminis-

traran el dinero; era [y soy] pronorteamericano y antisoviético, y si se hubieran declarado dichas fuentes no me habría importado nada... Lo que a mí y otros como yo nos importaba mucho era que una revista que decía ser independiente, una vez y otra, resultara estar a sueldo de los servicios secretos de Inteligencia norteamericanos" [39]. Pero todo esto no fue de conocimiento público hasta 1967. Hasta entonces, Berlin colaboró en *Encounter,* pero sería absurdo considerar los estudios sobre la *intelligentsia* rusa que publicó en esta revista entre 1954 y 1956 como ataques dentro de la contienda ideológica [40].

Y tampoco eran sus artículos para *Foreign Affairs* simplemente escritos de propaganda en la Guerra Fría. Fueron intentos serios de comprender la tentación totalitaria en el siglo XX en general y, aunque resultaron influyentes y muy leídos, algunos de sus amigos más comprometidos, como Charles Bohlen, consideraron que no denunciaban los males del comunismo con suficiente energía [41]. George Kennan, el arquitecto y filósofo de la política norteamericana de posguerra de contención hacia la Unión Soviética, elogió "Political Ideas in the Twentieth Century" diciendo que era "una de las exposiciones realmente importantes sobre nuestro tiempo", pero creía que la condena de la Unión Soviética con que concluía era demasiado superficial [42]. Observaba Kennan acertadamente que lo que Berlin detestaba del fascismo y el comunismo era su cinismo moral, su mutuo desprecio hacia los seres humanos comunes y corrientes. Ambos habían procurado indoctrinar a los hombres para que abandonaran su fe en su propia capacidad de juicio. La carta de Kennan indujo en Berlin una de su más reflexiva formulación de convicciones. Estaba de acuerdo con Kennan en que el núcleo de su perspectiva moral radicaba en una feroz repugnancia de todo intento de negar a los seres humanos su derecho a la soberanía moral. El comunismo y el fascismo era igualmente culpables de esto en la manera misma en que buscaban indoctrinar a sus partidarios y liquidar a sus enemigos. Trataba con detenimiento sobre el ejemplo más som-

brío: cómo los verdugos nazis habían engañado a los judíos para conducirlos sin protesta a la muerte asegurándoles que los vagones de ganado en que viajaban les transportaban hacia "reasentamientos" en el Este:

> ¿Por qué nos suscita esta clase de engaño, que pudo en realidad haber aminorado la angustia de las víctimas, una índole de horror verdaderamente inefable...? Sin duda porque no podemos soportar la idea de que se niegue a los seres humanos su último derecho: el de conocer la verdad, el de actuar al menos con la libertad del condenado, el de poder enfrentarse a su destrucción con temor o valentía, según su temperamento, pero al menos como seres humanos, armados con capacidad de elección [43].

Se había producido, a su juicio, una cadena de negaciones del derecho humano a conocer el propio destino y veía que ello podía desembocar en las cámaras de gas. El Holocausto no era el único responsable de que este tema se fijara en el centro de su pensamiento a partir de entonces, sino que era una confluencia de presiones lo que lo había situado en ese punto: una creciente repugnancia hacia la tesis marxista de la falsa conciencia y los "ingenieros del alma" soviéticos. Pero la convicción anticomunista por sí sola no bastaba para explicar la vehemencia, insistencia y determinación con que defendía la amenazada soberanía de la propia elección y el derecho del ser humano a conocer su destino y enfrentarse a él con los ojos abiertos. Aquí Auschwitz sí tenía una función subliminal. Era la visión de su propia gente, indecentemente engañada, dirigiéndose a ciegas a la muerte, lo que transformó este tema en convicción, y una idea en un compromiso.

El zorro había descubierto que era, después de todo, un erizo. Había encontrado esa "única cosa grande" que iba a ordenar su vida intelectual desde entonces: el tema de la libertad y de la libertad traicionada. En 1950 y 1951 leyó con ahínco las obras de los *philosophes:* Diderot, Helvetius, Holbach, La Mettrie, Voltaire; empezó a leer también, por pri-

mera vez, a los escritores del romanticismo alemán: Schelling, Herder, Fichte. En febrero y marzo de 1952 pronunció las conferencias Mary Flexner con el título "Sobre las ideas políticas de la época romántica" en el Bryn Mawr College de Pensilvania. Y en ellas inició el proceso de construir su visión histórica de la transición entre los ideales de libertad de la Ilustración y los del Romanticismo.

Los filósofos de la Ilustración, dijo ante los estudiantes de Bryn Mawr, suponían que los valores humanos podían deducirse de la naturaleza humana. Creían que todos los hombres deseaban las mismas cosas y que no existía conflicto entre éstas. Todo el proyecto occidental de reforma regeneradora se derivaba de este racionalismo optimista. El dilema de Berlin era cómo rescatar lo que tenía de positivo esta visión ilustrada separándolo de lo que tenía de tiránico. Lo positivo estaba muy claro: el ataque a la autoridad y el dogma religioso; la acción en defensa de los derechos humanos y la libertad personal frente a la tiranía del Estado; la fe en la razón humana misma. A estos respectos, el propio Isaiah era volteriano hasta la médula. Pero comprendía que había profundas lacras en el racionalismo ilustrado. No era posible deducir con certeza los valores humanos de la naturaleza humana. Esto era lo que habían comprendido los pensadores románticos: los valores los creaban los hombres en su lucha por dominarse a sí mismos, a su sociedad y al mundo natural. Los valores eran, por consiguiente, históricos, relativos a las culturas que los engendraban y contradictorios, puesto que la naturaleza humana en sí era contradictoria.

El racionalismo ilustrado suponía que los conflictos entre valores eran herencia de una educación equivocada o de una injusticia, y que podían ser eliminados mediante reformas racionales, indoctrinando a los individuos en la creencia de que sus intereses particulares podían satisfacerse plenamente si actuaban exclusivamente por el bien común. Tanto Rousseau como Robespierre contemplaron exactamente esta clase de Estado, en que la libertad se vivía como sumisión a la necesidad racional.

En las cuatro conferencias de Bryn Mawr, Berlin formuló la distinción que posteriormente haría famosa entre libertad positiva y negativa, aunque en ese momento las denominó "liberal" y "romántica" [44]. Hasta Rousseau, siempre se había entendido la libertad en sentido negativo, como ausencia de obstáculos para seguir determinados cursos de pensamiento o acción. Con Rousseau, y después con los románticos, llegó la idea de que sólo se accedía a la libertad cuando los hombres podían realizar su naturaleza más íntima. Libertad pasó a ser sinónimo de autocreación y autoexpresión. La persona que gozaba de libertad negativa —libertad de acción o pensamiento— podía, no obstante, carecer de libertad positiva: la posibilidad de desarrollar plenamente su naturaleza más íntima.

Evidentemente, Berlin suscribía los ideales de autorrealización. El peligro residía en la idea, latente tanto en el racionalismo ilustrado como en el romanticismo, de que los hombres pudieran ser tan ciegos a su verdadera naturaleza —por ignorancia, costumbre o injusticia— que sólo pudieran ser "liberados" por los revolucionarios o ingenieros sociales que entendían sus necesidades objetivas mejor que ellos mismos:

> Éste es uno de los argumentos más poderosos y peligrosos de toda la historia del pensamiento humano. Volvamos a rastrear sus pasos. El bien objetivo sólo se puede descubrir merced al uso de la razón; imponerlo a los demás es simplemente activar la razón dormida que hay en ellos; liberar a las personas significa hacer por ellas lo que, de ser racionales, harían ellas por sí mismas, al margen de lo que en realidad afirmen querer; así, algunas formas de la más violenta coerción vienen a representar la libertad más absoluta [45].

Liberar al hombre, insistía Berlin, significaba liberarle de obstáculos —prejuicio, tiranía, discriminación— para ejercer su propia y libre elección. No significaba explicarle cómo utilizar su libertad.

Poco había en todo esto que Berlin reclamara como original. Las falacias tiránicas del racionalismo ilustrado habían sido denunciadas desde Kant; y entre sus coetáneos modernos, Karl Popper y Jacob Talmon habían también remontado el totalitarismo del siglo XX hasta Rousseau [46]. Lo que era propio era el énfasis de Berlin en la división humana: el ser estaba desgarrado entre impulsos encontrados; los fines y objetivos que perseguían los seres humanos estaban en conflicto. Berlin hacía de esta división humana, la interior y la exterior, el fundamento mismo de un sistema de gobierno liberal. Una sociedad libre era una sociedad buena porque aceptaba el conflicto entre los bienes humanos y mantenía, a través de sus instituciones democráticas, el foro en que dichos conflictos podían desenvolverse pacíficamente.

Las opciones públicas y las privadas tenían que decidirse en ausencia de certidumbres. Los compromisos que hacían viable la sociedad liberal pocas veces eran indoloros y en ocasiones implicaban auténticos daños y perjuicios. ¿Era cierto, preguntaba con intención, "que toda tragedia se deba simplemente al error o la falibilidad, que todas las preguntas son contestables, que todos los males son por principio siempre curables, que todo tiene que ser para bien a fin de cuentas...?" [47] La tragedia era intrínseca a la elección porque toda elección implicaba una pérdida considerable.

Él personalmente había tenido pocos roces con la tragedia pero poseía, en efecto, un hondo sentido de división interior. Sus lealtades más profundas no estaban cómodamente superpuestas en capas; estaban en conflicto, y su resolución era dolorosa y prolongada. Lo que le convertía en una persona magnética para sus amigos —su ser lábil, polifacético— estaba en realidad fuertemente dividido: era un zorro que anhelaba ser erizo; un pensador solitario que anhelaba la sociedad; un liberal, muchas veces desgarrado por la repulsa que este curso intermedio suscitaba en sus amigos de izquierdas y derechas. Ello contribuye a explicar la singular agudeza con que se centró en la falacia ilustrada de que todos nosotros albergamos una sola naturaleza interior no problemáti-

ca de la cual pueden deducirse nuestros valores y nuestros intereses.

Esto era historia de las ideas al servicio de una visión filosófica del mundo. Su método consistía en fuerte abstracción y gran síntesis. Berlin se centraba en lo que el filósofo de Oxford R. G. Collingwood llamaba "los presupuestos absolutos" de los modos de pensamiento de la Ilustración y del Romanticismo. Berlin era partidario de introducirse directamente en la ciudadela de las tesis de un pensador, asiendo el concepto dominante y pasando por alto los terraplenes de matizaciones y la elaboración. Era una empresa muy ambiciosa, pero también drásticamente abstracta. La totalidad del fenómeno complejo y contradictorio de la Ilustración quedaba reducido a un solo conjunto de proposiciones sobre la libertad; el movimiento romántico se simplificaba de forma similar. Mientras que su trabajo sobre la *intelligentsia* rusa mostraba un certero sentido de contexto, del matiz y de lo que diferenciaba a un pensador de otro, su búsqueda de la distinción entre los modos de pensamiento ilustrado y romántico suponía una drástica sobresimplificación de la antítesis.

Como profesor, su estilo de grandes generalizaciones no siempre satisfacía a los especialistas o a él mismo, pero se reveló enormemente afortunado para la radio. Desde 1946 había tenido una buena amistad con Anna ("Niouta") Kallin, una productora de charlas radiofónicas brillante y mordaz de origen ruso-judío que se había criado entre la emigración rusa de Berlín y había sido amante del fogoso pintor expresionista Oskar Kokoschka. Después de pasar la guerra escuchando las emisiones rusas en la estación de la BBC en Caversham, en 1946 había sido contratada para la Radio 3, la aventura de la BBC en radiofonía intelectual seria. Anna Kallin era una inspirada productora de charlas radiofónicas, una exiliada audaz que parecía unir la concepción británica de servicio público a la concepción rusa del intelectual como autoridad moral [48]. Ella fue responsable de introducir un tipo de charla extraordinariamente culto y complejo en las ondas radiofónicas británicas de la posguerra: conversacio-

nes entre Graham Greene, Elizabeth Bowen y V. S. Pritchett en torno a la función del artista en la sociedad; entre Bertrand Russell y el padre Copleston sobre la existencia de Dios; análisis de Noel Annan sobre Lytton Strachey y sus críticos; y de Berlin sobre Belinsky.

En el otoño de 1952, a instancias de Kallin, Berlin reescribió las cuatro Conferencias Flexner, que se habían organizado por temas, en forma de seis lecciones sobre diversos pensadores —desde Helvetius a Maistre— para el Tercer programa de la BBC. Con objeto de mantener lo que él denominaba "la noble mentira de la espontaneidad", pronunció cada una de las seis charlas de una hora improvisando, con la sola guía de unas notas, en los estudios de la BBC de Broadcasting House. Fue una experiencia aterradora, "una especie de verborrea agónica ante una máquina", pero la reacción a esta prodigiosa hazaña de estudiada improvisación verbal provocó admiración y hasta pasmo. A lo largo de seis semanas de octubre y noviembre de 1952 cientos de miles de personas, en su mayoría de las clases medias cultas, encendieron sus aparatos para escuchar aquellas charlas endemoniadamente difíciles de una hora, pronunciadas con un cortado acento oxoniense de fuego graneado. Éstas fueron las conferencias que indujeron a Eliot a felicitar a Isaiah, con su estilo mordaz, por su "torrencial elocuencia"; y al filósofo conservador Michael Oakeshott a elogiarle, de modo igualmente irónico, como "Paganini de la tarima". Lydia Keynes —viuda de Maynard Keynes— escribió diciendo que "la farfulla y el tartamudeo" de Isaiah eran "confortables y apropiados", y se multiplicaron otros indicios más convencionales de atención pública: señoras anónimas que le hicieron calcetines rojos de lana; excéntricos que le enviaban manuscritos [49]. Después de finalizar aquello, a Berlin le surgieron sus características dudas, confesando a Marion Frankfurter que estaba avergonzado de haber "hablado en la radio demasiado, y en tono demasiado divulgador" [50]. Pero también se sintió gratificado y sorprendido por la respuesta recibida. El director de Radio 3 elogió las emisiones diciendo que eran un hito en la

radiofonía británica, y fueron desde luego un hito en la vida de Berlin. La búsqueda de su propia vocación intelectual había constituido una preocupación central desde su regreso de la guerra. Con la emisión por radio de "Freedom and its Betrayal" ("La libertad y su traición"), la lucha se había dirimido. La BBC le proporcionó una plataforma y un público distinto. Se había convertido en un intelectual público; al estilo ruso, pero con expresión inglesa.

No obstante su éxito radiofónico, los públicos universitarios eran los que más seguían importándole. En la Conferencia Auguste Comte pronunciada en la London School of Economics en mayo de 1953 —con Karl Popper y Michael Oakeshott presentes entre el público— montó un ataque sostenido contra las doctrinas de "inevitabilidad histórica" en un trabajo titulado "La historia como coartada". La fama adquirida con "La libertad y su traición" aseguraba un lleno de público; su nerviosismo aumentó con el sardónico encomio de Oakeshott a sus dotes de conferenciante; y se había preparado hasta un grado ridículo. El texto era en exceso largo para ser leído y empezó a abreviarlo sobre la marcha, apartando páginas frenéticamente, esforzándose por mantener la coherencia del hilo argumentativo, hablando atropelladamente a ritmo cada vez más rápido y en tono de voz alto [51]. Cuando llegó vacilante a la conclusión, las reacciones fueron formularias y salió de allí, no por última vez, con la incómoda sensación de que sus compañeros se estarían preguntando si su fama era merecida.

Berlin rehízo la conferencia de la LSE para convertirla en charla radiofónica y después la pulió dándole su forma final con el título de "Historical Inevitability" ("Lo inevitable en la historia"). Es una impresionante declaración de sus convicciones más fundamentales [52]. Admitía que la ciencia moderna había demostrado que podía afirmarse que el ámbito en el que los seres humanos ejercían la libertad era limitado. La biología, la psicología conductista y la genética habían puesto de relieve la medida en que los seres humanos estaban sujetos a las leyes de la naturaleza. Pero Berlin insistía en que el

vocabulario moral que los seres humanos empleaban en todas partes era igualmente un hecho de la naturaleza humana. En dicho vocabulario se presuponía que los seres humanos eran únicos entre todas las especies, en su capacidad de elección moral. Dicho presupuesto informaba todos los aspectos del lenguaje humano: no era razonable suponer que una característica del discurso tan pertinaz y constitutiva manara de una ilusión que la ciencia iba con seguridad a disipar algún día.

Los seres humanos no eran marionetas; no eran juguete de vastas fuerzas impersonales; su conducta y su universo mental acaso estuvieran conformados por su clase, raza, género y tradiciones culturales, pero en tanto que individuos poseían la capacidad de elección moral, y en ese sentido eran libres de estos factores determinantes. Por consiguiente, era justo elogiarlos o culparlos por su conducta histórica. Aquellos que insistían en que la función del historiador era entender más que juzgar el pasado se equivocaban; como también los que sostenían que cuanto más entendiéramos el pasado, tanto menos podíamos aplicar nuestros criterios morales a las circunstancias ajenas del pasado. El principio relativista *tout comprendre, c'est tout pardonner* era falso. La función del conocimiento histórico era delimitar el espacio exacto del que disponían los actores históricos para actuar, entender cómo y por qué utilizaron su libertad, y valorar sus actos con el criterio de las alternativas reales que en ese momento estaban a su alcance.

"Lo inevitable en la historia" era una defensa del intelectual como moralista, y por ello una apología *pro sua vita.* Pero era más que eso. Las implicaciones políticas de su argumentación eran que la sociedad de individuos libres e instituciones libres dependía de la posibilidad de responsabilidad individual y libre elección. La voluntad de la gente para defender la sociedad liberal podía quedar socavada si se volvían cínicos o escépticos en cuanto a su propia capacidad de ejercicio moral, si aceptaban la visión de sí mismos como marionetas morales, como víctimas y juguetes de manipuladores políti-

cos. Eso era precisamente lo que hacían los diversos estilos de determinismo —histórico, científico, psicológico—, y eran seductores porque eran reconfortantes. La atracción de la teoría determinista, dijo ante el público de la LSE, residía en nuestro "deseo de renunciar a nuestra responsabilidad, de no hacer juicios siempre que nosotros mismos no seamos juzgados y, ante todo, no estemos obligados a juzgarnos a nosotros mismos; en un deseo de huir en busca de refugio a algún vasto, amoral, impersonal y monolítico todo, naturaleza, historia, clase, raza, o las 'duras realidades de nuestro tiempo'"[53].

Nada había de abstracto en esta insistencia en que se afrontaran las propias responsabilidades. Pues en su vida misma —a la par que sus ideas intelectuales iban adoptando su forma madura— sus dilemas se volvían especialmente agudos. Tanto en sus escritos como en su vida había llegado al momento de la verdad.

14. Un despertar tardío

En junio de 1949 Berlin pasó un cuarenta cumpleaños tristón en Harvard. Era, confesó, "un bache tremendo que pasar". Tenía dificultad para admitir que era ya, en efecto, una persona adulta:

> No acabo de verme estando del lado de la autoridad, del buen juicio, etc., y me oigo parlotear y la única excusa que encuentro es que uno está lleno de ideas sin tamizar y demasiado desbordado para tener tiempo de pensar y uno tiene la sangre demasiado caliente para hacerse cargo de las consecuencias y este tipo de cosas, y esto es absurdo cuando a uno le consideran un mozo viejo [1].

No obstante su vida social frenéticamente activa, viajando continuamente en tren para asistir a cenas de sociedad en Londres, se sentía inquieto y muchas veces, cuando regresaba de noche a sus habitaciones de New College, se sentía solo. A algunos amigos íntimos les dijo que quería casarse, pero a ellos les resultaba difícil imaginar semejante perspectiva. No parecía mostrar ningún interés en los hijos de sus amigos; carecía de las destrezas domésticas más elementales; y seguía muy unido a sus padres. Celebraba las grandes festividades religiosas judías con ellos, les visitaba en su casa de Hollycroft Avenue en Hampstead siempre que estaba en Londres y hasta se iba de vacaciones con ellos a hoteles franceses y balnearios alemanes.

Los colegios de Oxford siempre han hecho las veces de hogar para los eternos adolescentes. Refugiado en su abrazo, podría muy bien haber sido siempre un profesor sin vida sexual. Pero él sabía que aquello no era solución. Su relación con Patricia Douglas había encendido en él fuertes anhelos, aunque no consumados, y sabía que la huida hacia la reclusión monástica no era posible. Patricia Douglas continuó su danza exasperante y incitadora durante más de cuatro años después de la guerra. Cuando Isaiah estaba en Moscú le escribía cartas añorantes, regañándole con coquetería por dejarse envolver en el misterio de Rusia; cuando él regresó, la encontró inmersa del todo en un nuevo amorío. Hacían planes para ir al festival de música de Aix-en-Provence y ella no se presentaba. Mientras Patricia salía y entraba sin cesar de amores y matrimonios, unas veces en París, otras en Irlanda, Isaiah recibía cartas lastimeras que la hacían parecer irresistible. Pero cuando estaban juntos, ella volaba pronto hacia hombres con más aplomo sexual. La situación se hizo intolerable y él comprendió que sólo podría mantener algún equilibrio si se negaba a verla.

Su estado emocional en este periodo queda patente en su traducción de la obra de Ivan Turgénev, *Primer amor* [2], la historia del despertar al amor de un muchacho, contada en mirada retrospectiva por un hombre mayor y más triste. Con objeto de revisar su versión en inglés, Isaiah contrató la colaboración de una hermosa amiga, Shirley Morgan, que trabajaba a la sazón en el Foreign Office. Existen fotografías de los dos, tumbados a la orilla del río en Oxford, o en una batea, Shirley con un vestido ligero de algodón floreado, Isaiah robusto, con un sobrio traje de tres piezas y una chocolatina Hershey en la mano levantada para cubrirse la cara ante el fotógrafo. Con Shirley, Isaiah hizo de *curé,* como de costumbre: escuchaba las anécdotas de sus pretendientes, entre los que estaba Freddie Ayer, contra el cual Isaiah le previno, y el marqués de Anglesey, con quien finalmente se casó [3].

Puesto que *Primer amor* era un tierno estudio de pasión juvenil, su traducción proporcionó a Isaiah un medio indirec-

to para explorar sus propios sentimientos hacia Patricia. ¿Era correcto, preguntó a Patricia, decir que "te había dado un vuelco el corazón" cuando tu mirada amorosa fue correspondida por primera vez? ¿O era mejor decir que "el corazón se le había desbocado"? Mientras estuvo en Harvard, era a Vladimir Nabokov —entonces investigador de lepidópteros en el departamento de Zoología de Harvard— a quien Isaiah consultaba sobre cómo traducir aquel pasaje en particular. La sugerencia de Navokov —"el corazón le latía con fuerza"— no convenció a Isaiah. Al final, se decidió por "el corazón me dio un salto" [4].

Primer amor cuenta la historia de un adolescente arrebatado al amor y la edad adulta por la fuerza de su pasión no correspondida hacia una muchacha mayor y más experimentada que él. Según va desenvolviéndose el relato, el joven descubre por qué aquella mujer, Zinaida, rechaza el hondo amor que él anhela. Lo cierto es que ella está enamorada de un hombre de más edad. En las escenas culminantes descubre quién es este hombre. Una noche, oculto entre las sombras, observa a Zinaida y al hombre solos ante la ventana abierta; están hablando y súbitamente el muchacho comprende que es su padre. Después contempla con horror cómo su padre levanta un látigo y azota el brazo desnudo de la mujer. La conmoción del chico es intensa: "Apenas pude contenerme para no gritar. Zinaida se estremeció —miró a mi padre en silencio— y elevando el brazo lentamente hacia sus labios, besó la marca escarlata que relucía en él" [5].

Es ésta una imagen inolvidable del amor en su intensidad más enloquecida. Con quien Isaiah se identificaba era con el chico que observa: con su sentimiento asfixiante de estar aún atrapado en la adolescencia, con capacidad para mirar pero no para participar ni comprender plenamente la pasión de los adultos. No es exagerado decir que *Primer amor* expresa toda la angustia que había sentido años antes en el hotel de Nueva York, escuchando a Patricia y su amante al otro lado del tabique divisorio. La primera edición de esta traducción, cuando se publicó en 1950, estaba dedicada a ella. Pero era

una especie amarga de presente de despedida, porque por entonces Isaiah sabía que su relación era imposible. En posteriores ediciones, eliminó la inscripción "A P de B" (Patricia de Bendern) de la página de dedicatoria.

Su experiencia con Patricia podría haberle afirmado —o aprisionado— en el papel de soltero asexuado. Pero en lugar de ser el fin de su vida erótica fue el comienzo. Porque dejó de estar enamorado de Patricia de la forma más eficaz de todas las posibles: enamorándose de otra persona. Su elección fue sorprendente: una mujer casada y con hijos, a la que conocía desde los años treinta. Era una mujer vivaz, atractiva y muy inteligente, de firmes opiniones políticas, que había sido comunista durante un periodo breve antes de la guerra. Su matrimonio era estable pero infeliz. Estaba casada con un profesor universitario brillante, abstraído y distraído. Ella era audaz en su vida sexual y cabría suponer que fue ella quien tomó la iniciativa. Pero no fue así. A mediados del verano de 1950, Berlin se puso enfermo con un catarro, y cuando ella fue para cuidarle, él la atrajo hacia sí en la cama. Ella se quedó pasmada y a continuación conmovida de que hiciera semejante demostración de emoción. Para Isaiah, esta experiencia abrió las compuertas de una presa. El cambio fue total. A la edad relativamente madura de cuarenta y un años inició su vida sexual adulta. Comenzaron entonces una intensa relación amorosa en las habitaciones de Berlin, en casa de ella, en campos y jardines de iglesia de los alrededores de Oxford y en una ocasión, estando ausentes los padres de Isaiah, en casa de éstos en Hampstead. Estuvieron a punto de ser descubiertos en varias ocasiones: colegas, hijos y amigos estuvieron muy cerca de sorprenderles, pero Isaiah parecía disfrutar con el riesgo. Era un amante más ingenuo que sentimental, ansioso más que diestro, pero descubrió que era capaz de intensa ternura física. Tras la pantalla protectora de su brillante charla existía una capacidad para la intimidad que acaso ni siquiera él hubiera sospechado [6].

Isaiah no le pidió nunca que abandonara a su marido, a sabiendas de que ella probablemente se negaría. Sin embar-

go, *él* llegó muy pronto a la convicción de que tenía que comunicarle a aquél sus sentimientos. Debió ser un momento angustioso: eran buenos amigos y el hombre en cuestión era la dignidad en persona. "Estoy enamorado de tu mujer", soltó Isaiah sin más, a lo cual respondió el marido: "No es posible". Así que la relación continuó pero Isaiah se sintió obligado a repetir la confesión, y esta vez el marido volvió a casa —recuerda ella— moviendo la cabeza y diciendo: "Isaiah se está volviendo loco. Ha vuelto a decir que está enamorado de ti".

Antes de la guerra Berlin había sido reprobatorio en cuanto a los engaños y subterfugios de sus amigos. Él mismo admitía que había sido mojigato en asuntos de relaciones personales. Y ahora él incurría en el tipo de duplicidad que tan pronto había estado para criticar en otros. Esta experiencia le liberó de parte de su mojigatería, le hizo menos proclive a juzgar y culpar, más respetuoso con la fuerza arrasadora de los sentimientos y más consciente de la fragilidad de las compuertas y contenciones levantados para controlar su poder.

Su relación continuó durante varios años, pero los afectos de Berlin empezaron lentamente a desplazarse hacia otra mujer, también casada con un colega de Oxford, también con hijos. Aline Halban era una francesa esbelta, deportista y aristócrata que bordeaba los cuarenta, nacida en el seno de una distinguido sector de la comunidad judía de París. Su padre era el barón Pierre de Gunzbourg, nacido en Rusia e hijo del barón Horace Gunzburg, ilustre banquero y filántropo del San Petersburgo prerrevolucionario. El padre de Aline se había establecido en París casándose con la hija de una familia judía de Alsacia que había hecho fortuna con aceites de calefacción [7]. Aline se crió en la gran mansión familiar de la Avenue d'Iéna, en el distrito 16. La suya era una familia judía considerablemente menos observante que la de Isaiah. Aline se educó como una parisina asimilada, consciente de sus orígenes ruso y judío, pero fundamentalmente francesa por idioma, cultura y visión general.

Esta cómoda vida se hizo pedazos inmediatamente antes de la guerra con las muertes, muy cercanas entre sí, de su

hermana, un hermano y su joven marido. A los veinticuatro años se encontró viuda y madre de un niño pequeño. Después llegó la guerra y los cimientos todos de la asimilación judía en Francia se derrumbaron con la derrota francesa. En 1940 huyó hacia el sur para escapar de los alemanes, alojándose primero en Biarritz y después en Niza. Cuando el régimen de Vichy publicó sus edictos antijudíos, ella se propuso huir y a comienzos de 1941 consiguió llegar a Nueva York con su hijo, tomando un barco en Lisboa, seguida de cerca por sus padres [8]. Isaiah iba en aquel mismo barco, de camino a su puesto neoyorquino, y se percató de la presencia de aquella mujer alta, elegante y tímida, preguntándose quién sería.

Volvieron a encontrarse durante la guerra en Nueva York, gracias a los auspicios de los Rothschild, en una casa situada en la zona vacacional de The Hamptons (Long Island). Ella se hallaba allí para jugar al golf con Cecile Rothschild. Él pensó, con un algo de *frisson,* que ella tenía una bonita figura. Aline quedó bastante menos impresionada: no entendía lo que Isaiah decía, no podía imaginar su edad y le pareció un hombre de aspecto regordete e insignificante con un traje blanco arrugado. Volvieron a encontrarse en el Hotel Pierre de Nueva York algún tiempo después y se repitió la pauta: ella apenas se percató de su presencia.

En 1943 Aline conoció a Hans Halban, un físico de origen austriaco que había trabajado en el programa nuclear francés y había huido a Estados Unidos en 1940, llevando consigo importante información sobre la producción de agua pesada, uno de los componentes en la fabricación de armas nucleares. Por entonces trabajaba en investigaciones secretas para el Proyecto Manhattan [9]. Aline y Hans Halban se casaron y marcharon a Montreal, donde él dirigió un laboratorio de investigación durante toda la guerra. En 1946, cuando Isaiah estaba a punto de abandonar Estados Unidos para regresar a Oxford, volvió a ver a Aline. El matrimonio de ésta parecía haberla destruido; la mujer culta y elegante que había conocido en 1942 se mostraba ahora humilde y sumisa, y era claramente infeliz, aunque no dijo nada sobre esto.

Hans Halban fue invitado a ocupar un puesto en Oxford y cuando se trasladaron allí en 1946, Isaiah pasó a ser parte de la vida de Aline, llevándola a conciertos, cenando en su casa y convirtiéndose gradualmente en amigo de la familia. Ella se sentía a gusto con Isaiah; él la hacía reír y le proporcionaba una salida sin riesgos ni culpas de un matrimonio que se hacía más difícil cada año.

En 1949, cuando Isaiah se fue a Harvard, ella se encontraba en el mismo barco dirigiéndose a visitar a su madre, y pasaron diez felices días juntos en una travesía que incluía entre el pasaje a Marietta y Ronald Tree y otros amigos. El viaje se transformó en aventura: el barco encalló frente a las costas de Cherburgo y no llegaron a Nueva York hasta doce días después. Fue a bordo del transatlántico donde se hicieron amigos inseparables, pero ni siquiera en este periodo, aunque ella era cada vez más desgraciada en su matrimonio, le cruzó el pensamiento la idea de que Isaiah pudiera ser un compañero posible. Y la idea, evidentemente, tampoco se le ocurrió jamás a Hans Halban, que la dejó que llevara en coche a Isaiah al festival de Aix en Francia en el verano de 1952.

A mediados de 1953 Aline iba a las habitaciones de Isaiah en All Souls prácticamente todos los días para trabajar con él en una traducción del francés de "El zorro y el erizo", que por entonces estaba en prensa en la edición de Weidenfeld and Nicolson. Weidenfeld había tenido suficiente vista para comprender el potencial comercial que encerraba un ensayo desconocido, "Lev Tolstoy's Historical Scepticism" ("El escepticismo histórico de León Tolstói"), que Isaiah había publicado en la revista *Oxford Slavonic Papers* en 1951. Al darle el nuevo título de "El zorro y el erizo" y editarlo para el público general con algunas adiciones de Isaiah, Weidenfeld hizo más a favor de la celebridad de Isaiah que ningún otro editor. Este ensayo concluía con la imagen de la angustia humana más memorable de todos los escritos de Berlin, su descripción de Tolstói en Astapovo:

> A un tiempo arrogante hasta la demencia y lleno de odio, omnisciente y dudoso de todo, frío y violentamente apasionado, desdeñoso y autoflagelante, atormentado y distante, rodeado de una familia amante, de seguidores devotos, de la admiración de todo el mundo civilizado y, sin embargo, casi aislado de todos, [Tolstói] es el más trágico de todos los grandes escritores, un anciano desesperado, sin posibilidad ninguna de ayuda humana, vagando por Colonus cegado por su propia mano [10].

Mientras Aline e Isaiah trabajaban en la traducción de este ensayo, el más sugerente de todos los suyos, su intimidad fue en aumento. Él era espontáneo y tenía una fenomenal agilidad mental, pero era también afectuoso y estaba lleno de vida. Ella creía que las muertes juveniles de su hermana, su marido y un hermano, fallecido antes de la guerra durante el servicio militar, la habían dejado helada. Isaiah parecía tener capacidad para deshelarla.

Pero ella seguía viendo hasta qué punto eran diferentes: pese a ser ambos judíos, ella era una aristócrata parisina, él un judío ruso de la clase comerciante. Como ella dijera en una ocasión: "Yo era Europa occidental; él Europa oriental" [11].

Él se daba cuenta de que ella estaba retraída, que había desarrollado un caparazón protector. Isaiah la llamaba la "odalisca": un cumplido ambiguo, que elogiaba su belleza al tiempo que expresaba su perplejidad por su melancólica pasividad. A un amigo le escribió: "Aline me agrada mucho; tiene una educación magnífica y es en todos los sentidos encantadora: y vive de manera curiosamente distante... en Oxford, donde ella no pertenece en ningún sentido y al que reacciona con un estilo algo sonámbulo" [12].

En el verano de 1953 le diagnosticaron leucemia al padre de Isaiah. Sus médicos le ocultaron el carácter de su dolencia, pero a Isaiah le dijeron la verdad. En septiembre marchó a Harvard para un semestre, sabiendo que era improbable que su padre sanara. Isaiah siempre había pensado que la verdad implicaba ciertas obligaciones y que el hombre que

va a morir tiene derecho a conocer la realidad de su situación. Pero entonces, cara a cara con su propio padre, le resultó imposible estar a la altura de sus propias máximas. Volvió a Inglaterra en diciembre y encontró a su padre en el hospital, alerta y sin dolores, pero muriéndose claramente. Pasaron dos días juntos, preguntando su padre, aún no exactamente consciente de su estado, a su hijo si había vida después de la muerte y sin tener éste valor para decirle que no creía que hubiera tal cosa. Mendel se enfrentó a la muerte con el mismo aire dulce, reservado y algo perplejo con que se había enfrentado a la vida. Entró en coma y murió mientras dormía el 15 de diciembre de 1953, a los setenta años.

Durante una semana aproximadamente los ritos judíos de funerales y luto mantuvieron ocupados a Isaiah y su madre, y éste comentó con un amigo suyo la sabiduría que encerraba aquella religión en la que él no creía. Pero después, en enero y febrero, la pérdida le cogió con toda su fuerza. Isaiah no creía en estos rituales, pero los cumplió meticulosamente, encargando que se celebrara un servicio religioso en todos los aniversarios de la muerte de su padre. A lo largo de todo el invierno de 1954 tuvo dificultad para mirar la letra de su padre sin sentirse embargado por la pena y un cierto remordimiento. Como dijera tristemente a una amiga, Anna Kallin, siempre había pensado en su padre como una especie de hermano menor, al que tenía que instruir sobre la vida [13]. Ahora comprendía que su padre le había protegido, había cargado con todas las responsabilidades, permitiendo a Isaiah mantenerse como un adolescente despreocupado. Se dio cuenta por primera vez de que estaba "en primera línea", que era responsable de su madre, de él mismo, de su propia vida por fin. La "anormalidad y lo sombrío" de aquello le deprimía profundamente [14]. En conjunto, la muerte de su padre tuvo un "efecto mucho más hondo y devastador" en él de lo que había previsto [15]. Fue la crisis emocional más grave de su vida. Estuvo muy deprimido durante todo el invierno de 1954. Pero no se encerró en sí mismo, sino que se desahogó en cartas a sus amigos y buscó el apoyo de Aline.

Antes de la Pascua de 1954, con ánimo deprimido y angustiado, pidió a Aline que le llevara a Londres en coche para asistir a una reunión en que se iba a decidir qué hacer con la empresa de cerdas porcinas de su padre. Durante este viaje, él "se le declaró" y le tocó la mano. Ella se mantuvo totalmente silenciosa durante todo el recorrido pero recordaba haber pensado: "Maldita sea". El toque de la mano de Isaiah la había conmovido, pero le producía fuerte rechazo. Ella era una mujer casada con tres hijos, luchando para mantener las apariencias en un matrimonio difícil. Pero su infelicidad era tal que empezó a ver a Isaiah clandestinamente. En Pascua mantuvieron una conversación telefónica de una hora. Isaiah se fue al Hotel Ruhl de Niza para acompañar a su madre y allí recibió una carta de Aline en que ponía fin a sus relaciones. Hans Halban había escuchado su conversación amenazándola con divorciarse y llevarse a los niños. Durante dos días Isaiah permaneció postrado en cama, sin poder levantarse [16].

A su regreso a Oxford ella le telefoneó —"con voz ahogada"— y le invitó a tomar unas copas en Headington House, la espléndida casa georgiana de tres pisos que había adquirido para su familia. Era su marido quien había pensado que se mantuvieran en términos amistosos; al parecer, consideraba poco político forzar la cuestión hasta la ruptura. Tanto Berlin como Halban eran personas conocidas de Oxford. Había que tratar el asunto con delicadeza. Pero por entonces Isaiah sentía por él una cordial antipatía [17].

Sin embargo, también Hans Halban estaba sufriendo enormemente: había interceptado sus llamadas telefónicas, utilizado detectives privados para seguir sus movimientos y, en una ocasión, en la playa de Deauville, Aline se lo encontró recomponiendo frenéticamente los pedazos de una carta de Isaiah que ella había leído y roto [18]. La angustia de Halban era patente. Durante la fiesta Aline apareció, agotada y hecha polvo, mientras Isaiah se mantenía a una distancia prudencial de ella y sostenía una tensa conversación con Halban.

Poco después Aline le llamó para decirle que tenía que verle. "Estoy en una cárcel", dijo, "¿estás dispuesto a recibirme?". Empezaron a verse otra vez en el verano de 1954, haciendo salidas al campo en coche. Pero un día, en que se había citado con ella en High Street frente a All Souls, Berlin cruzó la calle y halló que Halban se había enterado de su encuentro y venía a enfrentarse con ambos. Isaiah siguió cruzando, los saludó a los dos con una inclinación de cabeza, entró en la farmacia que había justo enfrente, sin saber lo que hacía compró una serie de artículos que no necesitaba y volvió a sus habitaciones de All Souls sintiéndose —recordaba— "más muerto que vivo". Poco después llamó Halban y pidió a Isaiah que fuera a Headington House para una entrevista.

Según lo recordaba Isaiah, Halban había dicho: "Ésta es una situación difícil, vamos a hablar de ella". Pero fue Isaiah quien habló. Recordaba haber dicho: "Mira, tienes toda la razón. La justicia está totalmente de tu parte. Tú estás casado con ella; tú la quieres. No puedo decir nada, entiendo plenamente tu posición. No hace falta que me expliques nada. Hay una sola cosa que quiero decir. Permíteme un consejo, que no es enteramente desinteresado, como verás. Si tienes a alguien en una cárcel, el prisionero tiene más ansias de salir que el carcelero de mantenerlo dentro. Esto no va a acabar bien. Si le impides verme, esto no seguirá así indefinidamente y antes o después terminará rompiéndose, incluso si yo no hago nada".

Esta educada disquisición sobre la psicología de la libertad parece haber cogido por sorpresa a Halban. Respondió que se lo pensaría y mandó a Isaiah al jardín para ver a Aline. Ella estaba dando paseos de arriba abajo entre las rosas, retorciendo el pañuelo entre las manos. Precisamente estaba diciendo a Isaiah que le apenaba su marido cuando Halban salió corriendo al jardín con una nota. Ésta decía: "Acepto tu propuesta. Puedes verla una vez a la semana".

Era una medida desesperada; el matrimonio era como una jarra agrietada, pero también Isaiah empezaba a ceder bajo la tensión. En aquel momento deseaba a Aline desesperadamente pero ella seguía atormentada por una lealtad re-

sidual a su marido y la preocupación del efecto que pudiera tener en sus hijos. A fines de otoño Isaiah fue ingresado en el hospital con pericarditis, una irregularidad del latido cardiaco que le producía mareos y dificultad para respirar. Era un síntoma evidente de agotamiento emocional.

A fines de 1954 el Gobierno francés se dirigió a Hans Halban con la petición de que regresara a París para dirigir un nuevo laboratorio de física nuclear. Cuando propuso a Aline que lo aceptaran, ella contestó que no podía acompañarle. Aquel fue el fin de su matrimonio. Isaiah estaba junto a la portería de All Souls hablando con un amigo cuando Aline le llamó para darle la noticia: todo había terminado. Halban se había marchado a París y había accedido a la separación. Dos semanas después, en el jardín botánico de Oxford, Isaiah le propuso matrimonio. Para su consternación, ella se preguntó si era necesario; él insistió: quería algo "sólido y definitivo". Ella cedió y anunciaron su compromiso.

Isiah presentó a Aline a su madre, la cual, habiéndose alarmado en el momento álgido de su enamoramiento de Patricia Douglas, porque pudiera casarse con una gentil, se sintió jubilosa de que Isaiah volviera al redil. Cualquiera que fuera la ambigüedad que una madre fuertemente protectora hubiera podido sentir hacia su futura nuera quedó compensada por el orgullo de que su familia fuera a emparentar con la familia Gunzburg, a la que todos los judíos rusos respetaban por su filantropía. La madre confió a una amiga que "estaba entrenada" en separarse de Isaiah y que, aunque el matrimonio era una separación "más profunda y mucho más definitiva", tenía la esperanza de que, practicando una "disciplina autoimpuesta" y no entrometiéndose en sus vidas, podría "ganarse el cariño de Aline" [19].

La madre de Aline —una *grande dame* de gran energía y encanto— conocía ya a Isaiah y le tenía simpatía, pero cuando su hija le dio la noticia de su próximo matrimonio exclamó: "*Mais il est inépousable*" [20]. Casi todos los amigos y amigas de Isaiah mostraron la misma sorpresa: era el hombre menos casable que conocían.

La nueva de que iban a casarse, una vez concluido el divorcio en París, fue filtrándose hasta todos los amigos de Isaiah a lo largo del invierno y la primavera de 1955. Pero seguía habiendo una persona que no sabía nada: la mujer de la que se había enamorado dos años antes se enteró por casualidad a través de un amigo mutuo en una comida de All Souls, después de un acto de concesión de títulos honorarios en junio de 1955. Su impresión y decepción fueron intensos. Fue a las habitaciones de Isaiah y éste sólo pudo reconfortarla como mejor supo: "Llora, pequeña, llora".

Es testimonio de la falta de rencor de ella, de la profundidad del cariño de Isaiah (y del aguante de Aline) que siguieran siendo buenos amigos, burlándose de sus respectivas ideas políticas y haciéndose confesiones durante el resto de la vida de Isaiah.

En el verano de 1955 Aline e Isaiah hicieron juntos un recorrido por el sur de Francia en el que viajaron como marido y mujer. Por entonces, ambos creían que nunca habían estado tan enamorados en toda su vida. A Aline le parecía revelador que aquel soltero de edad mediana, tan conocidamente *inépousable*, hubiera conseguido "deshelarla" y devolverle su ánimo, confianza y ganas de vivir. Habían desarrollado ya una broma compartida sobre los franceses, en la que Aline defendía a su país de nacimiento, su cultura y su civilización, e Isaiah refunfuñaba que medían las emociones con dedal [21].

Mientras estaban en Aviñón fueron a ver a un coleccionista de arte, Douglas Cooper, a su *château* de la Vaucluse. Comieron en compañía de éste y del filósofo Richard Wollheim y su esposa Anne. Isaiah contó una larga historia sobre la muerte del poeta español Lope de Vega. Conocedor de que estaba finalmente a las puertas de la muerte, Lope de Vega se permitió confesar un último y (para un poeta) sacrílego pensamiento: "Pues bien, Dante me aburre" [22]. Esto les movió a reír con gana durante la comida. Después, Cooper y Wollheim se fueron a ver una corrida de toros en Nîmes, donde Cooper iba a encontrarse con Pablo Picasso.

Aline e Isaiah regresaron por la noche y se encontraron con el *château* de Cooper brillando como un ascua y todos los criados muy atareados de aquí para allá. En el patio frontal había un enorme Mercedes. En el interior encontraron a Pablo Picasso, su amante Jacqueline, su hijo Paolo, Jean Cocteau, el artista Tériade y su amante. Wollheim y Picasso se fueron al ático para ver una temprana naturaleza muerta que Cooper acababa de adquirir. Picasso no la había visto desde que la pintara; se inclinó hacia el cuadro, se retiró y después masculló: "*C'est bien ça, c'est quelque chose*".

Después de cenar, Picasso contó con humor que daba la casualidad de que siempre que le invitaban a Moscú y le proponían una exposición de su obra, la invitación era misteriosamente retirada [23]. A Isaiah siempre la atrajo el genio, y era tal la fuerza de la personalidad de Picasso que durante toda la cena se mostró atípicamente silencioso. Cuando Picasso estaba a punto de marcharse Isaiah se aproximó a él y empezó a contarle la anécdota de las palabras de Lope cuando iba a morir. El resultado fue desastroso. Mientras Isaiah avanzaba en su relato, el rostro de Picasso iba oscureciéndose contrariado. La muerte era un tema estrictamente prohibido en presencia de Picasso; una anécdota sobre la muerte de un español famoso era aún peor; y lo peor de todo era una historia en que las palabras finales de un español famoso eran objeto aparente de ridículo. Picasso salió como un vendaval y el gigantesco Mercedes se adentró rugiendo en la noche. Isaiah se quedó sin poder entender qué había hecho mal. Por una vez en su vida le habían fallado sus increíbles antenas sociales.

Esta distracción del todo anómala debe entenderse como la exaltación de un hombre profundamente enamorado. Cuando Aline e Isaiah siguieron viaje por Francia en dirección a Roma, donde Isaiah tenía que asistir a un congreso de historiadores, éste escribió una carta extasiada a su madre en la que decía: "Tengo unos treinta años menos que nunca: *rien à dire*" [24]. Este estado de felicidad se mantuvo mientras continuaban en coche hacia Italia. Cuando enviaban telegra-

mas a amigos o firmaban juntos alguna carta amalgamaban sus nombres en *Isaialine.*

En Roma, Isaiah conoció al primer historiador ruso al que habían permitido salir del país desde la muerte de Stalin. Empezaba a producirse el deshielo de Jruschov y muchos observadores occidentales creyeron que comenzaba una era auténticamente nueva. Isaiah se mantuvo escéptico. Cuando Isaac Deutscher anunció en *The Times* que empezaba a suavizarse el antiguo régimen, Berlin consideró que su argumentación eran "bobadas ingeniosas" [25]. A su madre le escribió que los historiadores soviéticos estaban llenos de cordial *bonhomie,* pero que todo ello parecía una actuación cuidadosamente orquestada por los jefes del partido. En su análisis de la política soviética —"Generalissimo Stalin and the Art of Government"— había esbozado la pauta "zigzageante" de la actuación soviética, soltando unas veces, tirando otras de las riendas de la represión, con el fin de mantener desorientados a sus enemigos. Este nuevo deshielo era un "zig" de este patrón; sin duda pronto le seguiría un "zag" [26].

Pasó el otoño de 1955 dando clases en la Universidad de Chicago. Allí conoció al politólogo conservador Leo Strauss, y hablaron de Hobbes y Maquiavelo. Strauss fue uno de los que se mantuvieron escépticos tanto respecto a la erudición de Berlin como de su proyecto liberal en general [27]. A través de Arthur Schlesinger Jr., Berlin conoció a Adlai Stevenson, antiguo gobernador de Illinois y candidato demócrata a la Presidencia. A diferencia de la mayoría de los intelectuales, que admiraban a Stevenson casi hasta la idolatría, a Berlin le dejó indiferente. A su parecer, Stevenson no era ni un auténtico intelectual ni un auténtico hombre de acción, y él siempre admiró ante todo a los políticos, como Truman o Weizmann, que eran hombres de acción [28].

Como si fuera un tenor de moda, Isaiah atraía a grandes multitudes, y las universidades le hacían ofertas muy halagadoras, pero su interés estaba en otro sitio. La ausencia de Aline le resultaba dolorosa —estaba en Oxford y París finalizando los trámites del divorcio— pero les permitió a ambos

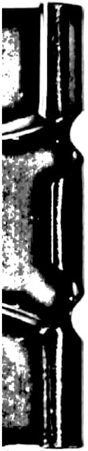
tiempo y espacio para reflexionar sobre el otro. Isaiah confió a su madre en 1955 que había sido "el año más triunfal" de su vida: "Estoy felizmente enamorado. Es una sensación asombrosa... Vivir en una ola perpetuamente creciente de emoción muy fuerte, muy serena, muy real es un lujo desconocido para mí hasta ahora" [29].

En una carta a Aline dejó oír una nota de alarma —en parte auténtica y en parte irónica— sobre su próxima pérdida de independencia. Y comentó también, en tono burlón, la conexión oculta entre los dramas de su vida personal y el desarrollo de sus ideas políticas:

> Es una transformación de mi vida mucho más extraña que de la tuya; hasta los 45 vivía sin conocer esta sensación de irrecuperable pérdida de independencia. Intento escribir unas notas para unas conferencias de ciencia política, sobre por qué la gente cree que un sentimiento de necesidad es libertad. Yo estoy ciertamente atado de pies y manos. ¿No soy libre? ¿Es esto lo que el "amor" político por los líderes produce? ¿Es la devoción fanática, el amor violento = autorrealización, o existe un sentimiento sosegado y hondo que no está atado a "imágenes" y se perpetúa de forma tranquila, mística? [30]

Berlin podía ya contemplar el decenio que había pasado desde su regreso de Washington como el periodo más transformador de su vida. Había abandonado la filosofía analítica y encontrado su propia voz de historiador y moralista. Se había enfrentado al conflicto entre lealtades que amenazaba con dividirle como sionista y como judío, y había resuelto su posición en la Diáspora. Se había sentido tentado por Estados Unidos y había vencido la tentación. Su liberalismo iba a tener siempre una inflexión distinta a la de este país. Finalmente, había vencido sus vacilaciones emocionales y estaba a punto de iniciar su vida de casado. A un amigo le dijo bromeando que si tuviera que escribir una autobiografía, la titularía "Despertar tardío" [31]. Pero en efecto había despertado. Todas sus luchas —en busca de identidad como judío, como

intelectual, como liberal y como hombre— habían confluido simultáneamente y emergió de ese momento con el trabajo que le iba a hacer famoso y con la mujer que compartiría el resto de sus días. El 7 de febrero de 1956, Aline y él se casaron en la sinagoga de Hampstead. Tres días después se trasladó Isaiah a Headington House, donde vivió el resto de su vida.



15. FAMA, 1957-1963

En agosto de 1956 Aline, sus tres hijos e Isaiah tomaron habitaciones en la Pensione Argentina de Paraggi, una pequeña población de tiendas, pensiones y *trattorie* emplazadas en torno a una pequeña cala arenosa a una milla de Portofino en la costa ligur italiana. Las películas caseras hechas por Aline aquel verano están centradas en sus hijos, ágiles en el agua como focas, zambulléndose desde el espigón, tirándose y volviendo a subir en barcos, más o menos ajenos a un grupo de adultos de la atestada playa: Stuart Hampshire y su hijo Julian, David Cecil (con los pantalones remangados), lady Diana Cooper con sombrero de ala ancha, recién desembarcada del yate de un magnate armador, e Isaiah, metido en el agua en traje de baño, inusitadamente tostado, gesticulando y rebosante de charla. No nadaba —su débil brazo izquierdo se lo impedía— pero se metía en el agua hasta la cintura, sumergiéndose de vez en cuando para refrescarse, manteniendo un fluir constante de bromas y especulaciones con los amigos que nadaban por allí cerca. Isaiah se divertía comparando las características nacionales de los nadadores: los ingleses parecía "como si estuvieran a punto de un examen médico", según él, mientras que los franceses "llevan poquísima ropa y se comportan como si estuvieran en un club nocturno". Los únicos extranjeros que se sentían perfectamente cómodos, concluyó con algo de pesar, eran los alemanes [1].

Aquel verano Isaiah estaba haciendo ensayos de padrastro. Tenía una posición ambigua en la familia, como una especie de tío ruso que vivía en la casa. Nunca había deseado hijos propios y le preocupaba desplazar al padre de los chicos, entonces instalado en París. Pero las artes diplomáticas de Isaiah no le abandonaron, y formó una útil alianza con la niñera, miss Lee, que contribuyó mucho a facilitar su relación con ellos. Cuando los chicos crecieron, Isaiah les ayudó en el colegio y la universidad, les escribió cartas cariñosas y les dio consejos desinteresados; y poco a poco, ellos descubrieron que *podían* meter baza en sus monólogos [2].

La Pensione Argentina iba a ser la casa de verano de la familia durante la mayor parte del siguiente decenio. Ocupaban todo un piso y hacían allí todas sus comidas. Isaiah trabajaba casi toda la mañana en su habitación o en una silla plegable en la azotea. Pese a que el matrimonio con Aline le había procurado medios suficientes para retirarse de la vida académica activa, nunca consideró esta posibilidad. Por el contrario, la década posterior a su matrimonio resultó ser uno de los periodos más fecundos de su vida. Fue entonces cuando inició sus estudios sobre Vico y Herder, y fue en Paraggi donde empezó a redactar la más famosa de sus conferencias. En un memorable *dictabelt* del verano de 1957 o 1958 se le oye entonar por encima de chirridos y pitidos: "Two Concepts of Freedom... no... of Liberty" ("Dos conceptos de Libertad").

Tenía entonces cuarenta y ocho años, estaba recién casado, era intensamente feliz, se encontraba en la cúspide de su capacidad productiva y estaba al borde de la fama. Pero su actitud hacia la fama era compleja. Cuando Harold Macmillan se puso en contacto con él para ofrecerle el título de sir en la primavera de 1957, su primer impulso fue rechazarlo. Le producía la impresión, escribió a T. S. Eliot, de que le estaban pidiendo que se pusiera un sombrerete de papel [3]. Cuando le comunicó a su madre su decisión de rehusar, a ella se le llenaron los ojos de lágrimas y entonces pensó que, después de todo, tenía que aceptar [4]. Cuando el título se hizo público, su

antiguo amor, Patricia Douglas, le escribió una carta felina, felicitándole por sus servicios en pro de la conversación [5]. Fue una pulla que se le clavó hondo. Durante todo 1957 estuvo acosado por dolencias —un párpado tembloroso, arritmias cardiacas— que indicaban algún malestar psíquico [6]. A Isaiah le encantaba citar la severa admonición que había leído en una tumba del cementerio de una iglesia: "Evita la vergüenza". Sir Isaiah, como era ya, se preguntaba si en efecto la había evitado.

Siempre fue neurótico respecto a la información que la prensa daba de él. Ya había roto su relación con Robert Kee después de un artículo que éste escribió en *Picture Post* en que daba mucha importancia a la corpulencia y la locuacidad de Berlin [7]. Durante la década de 1960 envió cartas gélidas al *New Yorker, The Sunday Times* y *The Daily Telegraph* protestando por diversos artículos que, pese a ser laudatorios, le avergonzaba haber permitido [8].

El reconocimiento público engendró en él un tipo particular de estado de conciencia, que empezó a explorar en un ensayo titulado "The Naïveté of Verdi" ("La ingenuidad de Verdi"), basado en la distinción de Schiller entre el artista "ingenuo" y el "sentimental". Un compositor "ingenuo" como Verdi no tenía conciencia de sí: era parte integral del Risorgimento y toda su obra hablaba de y a ese mundo. Los artistas "sentimentales" como Wagner forjaban su arte con su propia alienación, su propia incapacidad para identificarse plenamente con su época o con su medio. A Berlin, por su parte, le encantaba el arte "ingenuo", especialmente Verdi, pero sobresalía en lo altamente "sentimental", es decir, en formas culturales conscientes, como el análisis, la crítica y la teoría [9].

Él creía que esa conciencia de sí era algo especialmente judío. De ser así, ¿cómo deshacerse de ella? En un ensayo sobre Disraeli y Marx, Berlin sostenía que Disraeli había intentado escapar de su judaísmo al identificarse románticamente con la aristocracia británica y la monarquía victoriana. Marx, su antítesis aparente, venció la alienación judía identificándose con el proletariado. Ambas clases —la aristocracia y el

proletariado— estaban libres del esnobismo y la conciencia de sí característicos de las clases medias. Hay algo de Disraeli en el afecto que tuvo Berlin toda su vida por aristócratas como David Cecil. La cualidad que él admiraba en los de buena cuna era esa indiferencia a las convenciones que acompañaba al sentimiento de sentirse a gusto. ¿Pero cómo podía un judío sentirse jamás plenamente a gusto? El sionismo, dijo siempre Berlin, ofrecía a los judíos una vía de escape de esta conciencia. Les prometía una tierra donde podían ser ellos mismos, a salvo entre los suyos, sin que tuvieran ya que "encajar", "acoplarse", acomodarse y complacer a todos menos a los suyos propios. Berlin defendía el sionismo, pero sabía que nunca podría sentirse totalmente a gusto en Israel. Así pues, ¿en qué situación quedaba?

El matrimonio sin duda ayudó: no era ya marginal ni sexual ni socialmente. Aline le había dado un sentido definitivo de pertenencia, y con él surgió el sentimiento de estar a gusto consigo mismo, algo que sus amigos percibieron después de su matrimonio. Pero también su vida intelectual tuvo alguna parte. Superó la conciencia de sí mediante empatía, identificándose con los dilemas imaginados de las figuras históricas sobre las que escribía. Sabía que nunca podría ser un artista "ingenuo", pero algunos amigos íntimos como Robert Silvers, que por entonces iniciaba la revista *New York Review of Books,* tenían razón cuando consideraban su temperamento esencialmente artístico [10]. Todos los mejores ensayos de Berlin exhiben un auténtico talento para transponerse en espíritus antitéticos y para imaginar el mundo como se vería a través de su mirada. Esto le permitía explorar su propio dilema —sobre el compromiso, sobre esa conciencia de sí— en la figura de otro. En ocasiones le preocupaba ser tan buen ventrílocuo que nadie pudiera saber dónde empezaba Berlin y terminaba Herzen, Turgénev, Tolstói o Disraeli. Pero este don le proporcionaba escape y protección a un tiempo: era capaz de ver cómo aparecía a ojos ajenos y la perspectiva en general le tranquilizaba. Podía decir con razón, al menos cuando estaba en los cincuenta y tantos años, que había deja-

do atrás la mayoría de las cargas de su autoconciencia judía. Sabía quién era y, gracias a la empatía, sabía cómo parecía a los demás. Sus amigos llegaron a pensar en él como uno de los hombres más libres que habían conocido [11]. Había en él una espontaneidad, un efervescencia, un desbordamiento que encantaba a sus amigos y que a él mismo le complacía. Estaba auténticamente a gusto con su propio cuerpo, con la desnudez, las dolencias físicas, su brazo endeble. Las mujeres que le amaron dan todas testimonio de su capacidad para entregarse y quedar absorbido en la vida de ellas. No obstante lo cual, sus reacciones agudamente sensibles a la atención de la prensa sugieren que nunca bajó la guardia del todo frente al mundo de los gentiles que, se temía, celebraba su brillantez delante de él pero expresaba sus dudas cuando volvía la espalda.

Pese a su inquietud de que pudiera considerársele en exceso atrevido, se postuló a comienzos de 1957 para suceder a G. H. D. Cole en la cátedra Chichele de Teoría Social y Política. Isaiah había recibido ánimos para presentarse al puesto, pero tenía cierta preocupación sobre el resultado. Sabía que su única obra grande era el estudio sobre Marx, publicado casi veinte años antes, y aunque gozaba de buen nombre privadamente entre los filósofos profesionales, su reputación se derivaba de la celebridad de sus charlas radiofónicas. Los tres grandes de Oxford que escribieron apoyando su candidatura matizaron sus elogios sobre la agilidad de su pensamiento con dudas cuidadosamente formuladas sobre sus limitaciones. El filósofo Gilbert Ryle dijo que Berlin había admitido que no era precisamente un "rompehielos" en filosofía. Una cátedra de pensamiento político, por otra parte, era lo más indicado para su talento. Richard Pares, compañero historiador de Berlin en All Souls, confesó que encontraba un exceso de "acumulación retórica" en el ensayo de Berlin "Lo inevitable en la historia" y que las conferencias de la BBC eran casi "demasiado apasionantes" para los criterios del estudio académico sobrio. Charles Webster observó que Berlin no había escrito todavía "esa gran obra de síntesis que esperamos confiados" [12].

Todos estos *caveats* reproducían los suyos propios. Pero tanto los suyos como los ajenos se verían desmentidos, porque su ejercicio en la cátedra fue un éxito incuestionable. Las lecciones magistrales que pronunció ante aulas atestadas de estudiantes entre el otoño de 1957 y 1965 le acreditaron como uno de los profesores más sugerentes del Oxford de su época. Los que le oyeron disertar nunca olvidaron la experiencia; como la ocasión en que dijo con agudeza memorable que "siempre que un hombre hablaba de 'realismo' se puede tener la certeza de que ello es preludio de algún hecho sangriento". Escucharle era como una "aventura aérea" en que Berlin transportaba al público en vuelo raudo por encima de los paisajes intelectuales del pasado, dejándoles, cuando al finalizar la hora salían ordenadamente a High Street, en estado "de leve aturdimiento", con los pies sin tocar del todo la tierra [13].

Los que escucharon a Berlin en la cúspide de su capacidad sencillamente no podían creer que aquella elocuencia en la tarima le costara terror antes y melancolía después. Sus lecciones siempre suponían preparación compulsivamente excesiva, puliendo de modo incesante, reduciendo sesenta páginas a treinta, después a diez y finalmente a una serie de subtítulos en una sola cuartilla, que ni siquiera consultaba cuando empezaba su actuación en estado como de trance. Aun entonces, no le abandonaba el nerviosismo, y miraba hacia los tubos de la calefacción, las ventanas o las lámparas de araña por encima de las cabezas del público, por miedo a quedar mudo ante una mirada interrogante. El precio de su increíble fluidez oral era su obsesión de ser "una simple carraca", alguien que, decía, arrojaba "margaritas de mentira a unos cerdos de verdad" [14]. Pero no obstante sus dudas, su paso por la cátedra contribuyó al comienzo de un extraordinario renacer de la teoría política en Oxford. Con la muerte de J. L. Austin en 1961, la filosofía analítica de Oxford perdió su fuerza motora, mientras la filosofía política y la historia de la teoría política iniciaban un renacimiento. Berlin presidió el renacer ecuménico del pensamiento político se-

rio —marxista, hegeliano, liberal— que ha continuado hasta hoy día.

"Dos conceptos de libertad" fue su conferencia inaugural como profesor Chichele ante una sala llena hasta los topes en el Schools Building de Oxford el 31 de octubre de 1958. Antes del acto, se sentía característicamente pesimista [15]. Había pasado dos veranos en Paraggi dictando y redictando la conferencia, reduciéndola de cuatro horas a una duración factible. Se la había mostrado a algunos amigos próximos como Herbert Hart y había quedado convencido de que estaba a punto de dar salida a una serie de sonoras perogrulladas [16]. En realidad, iba a ser la conferencia más influyente de todas las que pronunciara.

Algunos de los elementos centrales de su credo ya tenían un lugar propio: esta disertación inaugural le proporcionó la oportunidad de aunarlos en una sola exposición coherente. Berlin reformuló su anterior diferenciación entre las concepciones "liberal" y "romántica" de libertad en una distinción más nítida entre libertad negativa y libertad positiva. Esto era lo que separaba el credo liberal de sus primos jacobino, socialista y comunista. Como él lo expresara, con contundente concisión, los liberales "aspiran a restringir la autoridad en sí", mientras que los demás "aspiran a tenerla en sus propias manos" [17]. La libertad negativa era la esencia del credo político auténticamente liberal: permitir al individuo que haga lo que quiera, siempre que sus actos no interfieran en la libertad de los demás. La libertad positiva era la esencia de todas las teorías políticas emancipatorias, de la socialista a la comunista: porque todas estas doctrinas quieren utilizar el poder político para liberar a los seres humanos, que así pueden hacer realidad algún potencial oculto, bloqueado o reprimido.

La Ilustración europea, sostenía Berlin, estaba hendida por una contradicción central entre mantener que el hombre debe ser libre para elegir e insistir en que sólo sea libre para elegir lo que es racional desear. Marx era un hijo auténtico de Kant: la utopía socialista tenía la finalidad de emanci-

par al individuo y hacer posible la autonomía que Kant había defendido como esencia de una vida racional. Pero el resultado había sido una tiranía comunista construida conceptualmente sobre la doctrina de la falsa conciencia —la idea de que el hombre puede estar tan alienado de sus verdaderas necesidades y su verdadero yo por la vida burguesa que ha de ser reeducado por el Estado y obligado a ser libre—. Ésta era la "extraña inversión" a la que la que propendía fatalmente la doctrina de "libertad positiva", de "libertad para": comenzar con un ideal de libertad entendida como ser dueño de la propia vida y terminar con la dictadura del proletariado y los ingenieros del alma humana del estalinismo.

El sentido de la posición de Berlin era que el liberal no cree en una jerarquía del ser interior (un yo superior, inferior, verdadero, falso) ni cree que pueda haber una solución política para la experiencia de la división interior humana. Los seres humanos son lo que son, y la política liberal sólo debe interesarse en lo que los seres humanos dicen querer. Se puede disentir de sus preferencias y cabe la persuasión, pero la coerción —en nombre de lo que tendrían que preferir, si pudieran ver con mayor claridad— es siempre ilegítima. Las preferencias manifiestas de los hombres y mujeres de a pie deben ser límite y árbitro de toda política práctica.

Esta conferencia era una fuerte defensa de la libertad del individuo, más que del gobierno democrático como tal. El gobierno democrático representativo "ofrece en términos generales una mejor garantía" de libertad negativa que otros regímenes, pero sólo "en términos generales" [18]. Entraba dentro de lo posible que el liberal tuviera que defender la libertad (de una minoría, digamos) frente a una tiranía democrática. Esta índole de conflicto de valores era intrínseca a la vida política moderna.

A continuación surgía un segundo conflicto de valores, entre privacidad y participación. A contracorriente de toda la tradición republicana, que había hecho siempre de la participación política y la ciudadanía la arena redentora de la vida humana, Berlin defendía tácitamente el quietismo polí-

tico, o al menos de libertad de los que querían mantenerse al margen de la política. Era muy escéptico, por consiguiente, sobre la idea prevaleciente desde Aristóteles de que el hombre era un "animal político". El deseo de participar era simplemente el deseo de ser reconocido por el propio grupo, y el deseo de pertenecer. No había motivo para suponer que la participación, el ejercicio de la ciudadanía, beneficiara al carácter humano. La política era un elemento inevitable de los asuntos humanos, sostenía, sencillamente porque las aspiraciones humanas estaban en conflicto. La política no era una actividad emancipadora, sino meramente necesaria.

"Dos conceptos" estaba conscientemente elaborada para una era de descolonización, y su mensaje a los pueblos colonizados que exigían libertad era hondamente escéptico. Advertía Berlin que los movimientos de liberación nacional que afirmaban luchar por la libertad contra el opresor colonial no estaban necesariamente luchando por la libertad, sino por el reconocimiento de su personalidad en tanto que pueblo nacional y por la condición de independencia nacional. No es que Berlin no sintiera simpatía hacia estos impulsos —en efecto, en tanto que sionista, su liberalismo era extraordinariamente receptivo a las ansias de reconocimiento y estatus—. Pero llamar lucha por la libertad a la liberación nacional suponía confundir los motivos que informaban estas revueltas coloniales, y por ello garantizar la desilusión cuando no producían la emancipación prometida.

Una clara psicología se había asentado en el seno de la filosofía liberal de Isaiah, que veía a los seres humanos como criaturas divididas, obligadas a menudo a elegir entre exigencias privadas y públicas, entre razón y emoción y, de manera crucial, entre valores políticos en conflicto. "Dos conceptos" era un ataque a la fe común a todo el republicanismo clásico, al marxismo y al socialismo utópico de que la política podía liberar al hombre de estos conflictos interiores y exteriores.

Muchos de sus oyentes de izquierdas interpretaron esta conferencia como una defensa del individualismo *laissez-faire*. Pero la robusta vida ulterior de "Dos conceptos" sería

inexplicable si no hubiera sido más que una defensa del *status quo*; lejos de ello, era su psicología —su visión del ser humano eligiendo entre objetivos muchas veces incompatibles e incongruentes— lo que le dotó de tanto ascendiente.

En la práctica política, Berlin no era ni conservador ni individualista al estilo *laissez-faire,* sino un liberal del New Deal, convencido de que las personas no pueden ser libres si son pobres, desgraciadas y tienen una educación deficiente. La libertad sólo era libertad si se disfrutaba de ella con algún grado de igualdad social. Pero cuestionaba toda la tradición socialdemócrata de posguerra cuando señalaba que los valores que latían en su fondo —igualdad, libertad y justicia— eran contradictorios entre sí. Por ejemplo, podría ser necesario un aumento de los impuestos sobre las rentas de unos pocos con objeto de hacer mayor justicia a muchos, pero era una perversión del lenguaje pretender que no se dañaría la libertad de nadie a consecuencia de ello. En el fragmento que más se aproxima a ser la esencia de sus ideas políticas escribía Berlin:

> Todo es lo que es: la libertad es libertad, no igualdad o equidad o justicia o cultura, ni felicidad humana ni una conciencia tranquila. Si la libertad mía, de mi clase o mi país depende de la desgracia de otra serie de seres humanos, el sistema que promueve esto es injusto e inmoral. Pero si recorto o pierdo mi libertad, con objeto de aminorar la vergüenza de dicha desigualdad, y con ello no aumento materialmente la libertad individual de otros, se produce una pérdida absoluta de libertad. Esto puede quedar contrapesado por una ganancia en justicia, felicidad o paz, pero la pérdida sigue siendo la misma, y es una confusión de valores decir que aunque mi libertad individual "liberal" se haya preterido, aumenta algún otro tipo de libertad —social o económica [19].

Toda elección política seria implicaba pérdida, no simplemente contrapartidas o compromisos sino auténtico sacrificio de fines deseables: tanta cantidad de libertad sacrificada

en pro de tanta de igualdad o tal cantidad de justicia sacrificada en aras de la clemencia, y así sucesivamente. "Si, como yo creo, los fines de los hombres son múltiples, y no todos ellos son en principio compatibles entre sí, entonces la posibilidad de conflicto —y de tragedia— no puede nunca quedar totalmente eliminada de la vida humana, personal o social" [20]. La pérdida era inevitable porque había valores en conflicto y porque la razón humana era irremediablemente imperfecta. La razón podía aclarar los hechos, pero la elección en sí era un acto de voluntad, instinto y emoción y, como tal, una jugada decidida en la oscuridad.

"Dos conceptos de libertad" dejaba claro en contra de qué estaba el liberalismo, pero menos claro era a favor de qué estaba; es decir, hasta qué punto era la justicia social compatible con la libertad negativa, o, incluso, cuánta justicia era *necesaria.* La polémica contra la libertad positiva alejaba a Berlin de estas cuestiones y dejaba sin especificar su concepto de justicia social. Acaso habría tratado esta cuestión con más profundidad de haber seguido su vida una dirección distinta. Morton White invitó a Berlin en 1958 para dirigir un seminario sobre liberalismo en Harvard junto a John Rawls y, de haber aceptado, Berlin podría haberse visto en la tesitura de tener que llevar su argumentación más lejos. Rehusó la invitación de White, y las consecuencias de un encuentro prolongado entre Rawls y Berlin pertenecen al reino de lo que podría haber sido [21]. Cuando se produjo el renacer norteamericano de las teorías liberales en los años setenta, con la publicación del libro de Rawls *Teoría de la justicia,* éste adoptó una forma rawlsiana más que berliniana. El rasgo que diferenciaba a Berlin de Rawls era su énfasis en la incompatibilidad última de valores, y de ahí la cualidad trágica de la opción liberal.

El segundo origen de dificultades en aquella conferencia fue que Isaiah no explicó por qué la libertad negativa ha de tener prioridad sobre otros valores políticos. Berlin disentía de la idea de John Stuart Mill de que la libertad era "la condición necesaria" para el desarrollo del genio humano. Como había aprendido durante su visita a Ajmátova, el genio indivi-

dual puede florecer bajo las condiciones más adversas y antiliberales. Entre la libertad y el florecer humano había una relación contingente más que necesaria, del igual modo que el desarrollo humano sólo contingentemente dependía del conocimiento. La verdad nunca había hecho libres a los hombres, ni la libertad había hecho siempre mejores a los hombres [22]. El objetivo central de Berlin era separar la defensa de la libertad de cualquier afirmación de que ésta tuviera efecto alguno emancipador o rehabilitador en la naturaleza humana.

En realidad, la única defensa que ofrecía de la prioridad de la libertad en política era en términos de pluralismo. Si los valores estaban en conflicto, entonces la prioridad de la libertad era procedimental. Un régimen de libertad negativa era la mejor garantía del debate público sobre alternativas posibles que una vida social libre requería. Pero esto dejaba la justificación de la libertad atrapada en un círculo: la libertad era necesaria para hacer posible la libertad. Berlin nunca se declaró preocupado por no haber cimentado su defensa de la libertad en principios axiomáticos, insinuando con acidez que los racionalistas laicos que buscaban garantías inexpugnables para los principios políticos estaban sucumbiendo, sin darse cuenta, a la nostalgia del consuelo que en su día ofrecía la fe religiosa. Berlin rechazaba la idea misma de buscar garantías últimas. "Los principios no son menos sagrados porque su duración no pueda garantizarse" [23].

"Dos conceptos de libertad" fue inmediatamente objeto de ataques, incluso de algunos buenos amigos [24], pues lo que allí se ponía en cuestión era el paternalismo elitista de su propio entorno. George Kennan escribió a Berlin para preguntarle si al electorado norteamericano de "este país enorme, desigual, descuidado y letárgico que tengo ante mí; a estos 175 millones de personas que avanzan irreflexivamente hacia la autogratificación, los malos hábitos, la decadencia y la apatía política" podía entregársele confiadamente una libertad negativa. ¿No requería aquel caso una élite que les dijera, o al menos les sugiriera, cómo emplear mejor su libertad? No

se ha encontrado ninguna respuesta de Berlin, pero era uno de sus principios inamovibles que no había razón alguna para que las llamadas élites —intelectuales o de cualquier otro tipo— presumieran que tenían mayor discernimiento que el hombre o la mujer de la calle [25]. Desde el extremo opuesto del espectro, filósofos conservadores como Leo Strauss y Alan Bloom, de Chicago, aplaudieron la crítica de Berlin a la tentación totalitaria, pero les incomodaba su ataque igualmente duro a su idea de que en el bien —en política y en moral— no había contradicciones y podía proclamarse, *ex cathedra,* desde los púlpitos de la Universidad de Chicago [26].

Los críticos de la izquierda resaltaron la actitud escéptica de Berlin hacia la democracia y la participación política. La idea de una "democracia participativa" acababa entonces de iniciar su andadura por el firmamento ideológico de los años sesenta y Steven Lukes, un joven tutor de Oxford, afirmaba que "Dos conceptos" podía interpretarse como una apología de la apatía electoral. Berlin respondió —y lo mismo dijo a Bernard Crick— que él creía en las virtudes cívicas tanto como cualquier liberal: lo que se negaba a creer era que hicieran mejores a los hombres [27]. Karl Popper le escribió para felicitarle por su conferencia, pero también para criticarle por su ataque a la idea kantiana de que el hombre se emancipe y sea su propio dueño [28]. Una vez más, Berlin se mantuvo firme en su tema central, que consistía en disociar la defensa de la libertad de la de liberación, personal o social [29]. Una afirmación bastante distinta del ideal de autorrealización fue la del filósofo canadiense Charles Taylor. Éste mantenía que la versión de libertad positiva que presentaba Berlin era una caricatura: la autorrealización kantiana no desembocaba necesariamente en tiranía totalitaria. El individuo podía utilizar su libertad para transformarse a través del conocimiento y la comprensión de sí mismo. La libertad tenía potencial emancipador: si éste no se cumplía, la defensa de la libertad que hacía Berlin quedaba reducida a mera apología del *laissez-faire;* no ofrecía una explicación suficiente de por qué la libertad era tan importante para el individuo [30].

Isaiah no era precisamente un polemista, pero no cedió un ápice en este asunto. A su juicio, los conflictos que podían arder dentro del yo no eran enmendables. Las justificaciones emancipatorias de la libertad se las ingeniaban para no confrontar esta dificultad, porque los individuos disentían sobre lo que podía significar la emancipación y la forma que debía adoptar. La impresión de que Berlin era un pensador que cedía ante la presión es falsa: es el carácter implacable de su escepticismo lo que le ha asegurado longevidad intelectual a su obra. Berlin no tenía programa alguno de reforma política moderada que propagar; no estaba interesado en gozar de o cultivar la influencia política activa; no tenía interés en la práctica política. El aspecto original de su filosofía política radicaba en su visión psicológica del yo dividido y en su perceptiva comprensión de la susceptibilidad humana a las utopías que prometían liberarle de la carga de la elección moral. Nunca se apartó de estas intuiciones centrales.

A la luz de todo esto, resulta interesante saber cómo se situaba él en las controversias políticas de su tiempo. Nunca tuvo dificultad alguna para pensar en sí mismo como un soldado de la guerra fría, como un defensor liberal del mundo capitalista y sus libertades. Pero a menudo se sentía incómodo con las personas que tenía que tratar y le inquietaba participar en campañas públicas. En 1956 Anthony Blunt, director del Instituto Courtauld, hizo una petición a Berlin para que firmara una declaración de condena contra la invasión soviética de Hungría [31]. Este llamamiento, dijo Blunt, era necesario "con objeto de despertar a la opinión" pública de Estados Unidos. Aquel incidente puso de relieve todos los peligros de unirse al "ejército escénico de los buenos". Por entonces, Isaiah sabía ya que el amigo y amante de Blunt, Guy Burgess, había huido a la Unión Soviética, pero no tenía ni idea de que el propio Blunt hubiera sido agente soviético y que su petición era pasmosa por su mala fe. Con todo, la repugnancia que sentía Berlin por el régimen del otro lado del telón de acero nunca cedió y, durante el siguiente decenio, firmó

continuas peticiones a favor de los disidentes húngaros presos, como István Bibo y Tibor Dery [32].

Berlin también se singularizó entre los liberales de los años cincuenta porque no se dejó engañar por el deshielo de Jruschov. Una visita a Moscú en el verano de 1956 —en viaje de luna de miel con Aline— le convenció de que el régimen soviético seguía siendo expansionista y represivo en el fondo. El Politburó, a cuyos integrantes había conocido en una recepción de la embajada, le recordaba a una congregación de porteros matones de los colegios de Oxford, "a un tiempo educados y brutales, con conciencia de clase y corruptos, horrendamente joviales y con una fácil y gansteril charla llena de rememoración sentimental" [33].



Durante aquella visita a Moscú, Berlin llevó a Aline a visitar a Pasternak en Peredelkino [34]. Allí, el escritor le dijo que ya había enviado el manuscrito de *El doctor Zhivago* a su editor italiano y estaba resuelto a que se publicara. Berlin rogó a Pasternak que considerara las consecuencias de esto para él y su familia [35]. El martirio era una tentación moral como cualquier otra a la que había que resistirse. Pasternak se enfureció e Isaiah comprendió que era inútil insistir. De vuelta en su habitación de la Embajada británica de Moscú, Berlin leyó el manuscrito —uno de los primeros occidentales en hacerlo— y de inmediato concluyó que era una obra maestra. A su regreso Isaiah tuvo un papel decisivo para conseguir que *El doctor Zhivago* se publicara en Gran Bretaña [36]. Pero siguió obsesionado por el recuerdo de haber puesto en peligro a Ajmátova. Al salir a la calle *El doctor Zhivago* en el otoño de 1958, Berlin quedó aterrado cuando su compañero de Oxford y amigo George Karkov leyó partes del manuscrito en la emisión en ruso de la BBC [37] porque aquello hacía inevitable que se tomaran represalias oficiales contra Pasternak. Encolerizado, Berlin rompió su relación con Karkov por este asunto. Cuando el régimen soviético forzó a Pasternak a rehusar el Premio Nobel y empezó el hostigamiento que contribuiría a su temprana muerte en 1960, Isaiah sintió que su cautela había quedado reivindicada.

En 1958 Dimitri Shostakovich fue a Oxford para recibir un título *honoris causa,* junto al compositor francés Francis Poulenc. Shostakovich llegó a Headington House en un coche oficial de la embajada flanqueado por funcionarios soviéticos. El compositor era un hombre menudo, tímido y con aspecto de "farmacéutico de Canadá occidental". Siempre que sus acompañantes estaban cerca, se refería a ellos como mis queridos amigos, y una contracción nerviosa se dibujaba en su rostro. Pero en una velada musical con Poulanc en casa de Alexandra y Hugh Trevor-Roper, el compositor ruso se transformó. En cuanto un par de intérpretes empezó a tocar su sonata para violoncelo, Shostakovich, que había estado encogido en un rincón como un animal asustado, se puso en pie con brío, corrió hacia la partitura e insistió en que los intérpretes habían cometido un error. Se comprobó que estaban tocando con una partitura occidental, modificada por el chelista Dimitri Piatigorsky. Shostakovich tachó iracundo estas alteraciones con un lápiz, añadiendo la versión correcta. Isaiah sugirió entonces que Shostakovich se sentara al piano y tocara, lo cual hizo, interpretando un preludio y fuga con tanta pasión y arte que todo lo que habían oído previamente de Poulenc pareció pálido y domesticado en comparación. La expresión obsesiva y acosada sólo abandonó el rostro de Shostakovich en los minutos en que se sentó al piano [38].

Los últimos encuentros de Isaiah con las grandes figuras de la intelectualidad rusa ocurrieron en 1965 cuando él y Maurice Bowra consiguieron convencer a su universidad de que concediera a Anna Ajmátova un título honorario. Berlin la había telefoneado a Moscú en 1956 y ella había recibido la noticia de su matrimonio con un silencio gélido. Ambos habían concluido que era arriesgado encontrarse. Cuando Ajmátova se presentó efectivamente en Oxford en junio de 1965, a Isaiah le impresionó ver cuánto había envejecido. Había engordado y él pensó, con algo de crueldad, que se parecía a Catalina la Grande. Pero Ajmátova tenía porte de emperatriz y expresaba sus opiniones con fuerza imperial. Cuando llegó ante Headington House y contempló el espléndido jardín, la

casa georgiana de tres pisos y la flamante esposa de Isaiah, comentó con causticidad: "Así pues, el pájaro está ahora en su jaula dorada" [39]. La chispa que se había encendido entre ellos veinte años antes se había apagado. Isaiah no pudo más que lograrle el reconocimiento de Occidente que ella merecía; ella tan sólo pudo agradecerlo con regia altivez. Isaiah estuvo a su lado mientras Ajmátova, ante el público del teatro Sheldonian, escuchaba el elogio en latín, que la aclamaba como "encarnación del pasado, que consuela al presente y da esperanzas al futuro". Después, estuvo pendiente de todo cuando ella recibió en el Hotel Randolph a visitantes rusos venidos de todas partes del mundo para rendirle homenaje. Estuvo también a su lado cuando ella leyó poemas suyos, entonando sus ritmos profundos y sonoros frente a una grabadora [40]. Finalmente, Ajmátova salió hacia París y luego Moscú, e Isaiah no volvió a verla. Ella murió al año siguiente. El anticomunismo de Berlin siempre había sido una declaración de lealtad a la *intelligentsia* de la cual era ella la última heroína viva. Después de su muerte Isaiah dijo a un amigo que siempre pensaría en ella como un reproche "incontaminado", "indómito" y "moralmente impecable" a todos los compañeros de viaje marxistas que creían que el individuo no podía nunca enfrentarse a la marcha de la historia [41].

La férrea desconfianza de Berlin hacia el sistema soviético le llevó a apartarse de un gran número de sus amigos de Oxford que se unieron a la Campaña por el Desarme Nuclear. En 1958, cuando Philip Toynbee pidió un manifiesto a favor del desarme nuclear unilateral, Berlin respondió —con brío más bien atípico— que los principios liberales no significaban gran cosa si uno no estaba dispuesto a arriesgar la propia supervivencia en su defensa:

> A menos que haya un punto en el que estés dispuesto a luchar contra viento y marea, y sean cuáles sean los peligros, no solamente para ti, sino para cualquiera, todos los principios se vuelven flexibles, todos los códigos se deshacen, y todos los fines mismos para los que vivimos desaparecen [42].

En noviembre de 1960 Ignazio Silone y Nicolo Chiaromonte, ilustres liberales italianos, le pidieron que firmara un manifiesto a favor de la rebelión antifrancesa del FLN en Argelia [43]. Berlin aceptaba el derecho argelino a la autodeterminación y condenaba la brutalidad de la guerra contrainsurgente francesa, pero no podía suscribir el uso del terrorismo que hacía el FLN contra objetivos civiles [44]. Esta repugnancia hacia el uso de la violencia se aplicaba de manera indiscriminada, incluso a los sionistas. Cuando conoció a Menachem Begin en el ascensor del Hotel King David, el mismo hotel que Begin había volado en 1946 con pérdida de noventa vidas, Berlin se negó a estrecharle la mano [45].

En mayo de 1961, cuando la administración Kennedy apadrinó la abortada invasión de Cuba con exiliados cubanos, Kenneth Tynan, el crítico de teatro, escribió a Berlin pidiéndole que firmara una declaración de condena contra la operación. Isaiah se negó alegando que "quizá Castro no sea comunista pero a mi juicio le importan tan poco las libertades civiles como a Lenin y a Trotski". La respuesta de Tynan —que Castro era menos represivo que muchos otros dictadores latinoamericanos— acaso fuera cierta, pero Berlin no estaba dispuesto a ceder: es posible que Castro fuera "progresista", pero su historial de derechos humanos anulaba cualquier derecho a ser respaldado [46].

Todas estas posturas —sobre Hungría, Cuba, Argelia y la campaña por el desarme nuclear— eran coherentes con los principios liberales, pero le granjearon a Berlin cada vez mayores recelos de la izquierda. Perry Anderson, de la revista *New Left Review*, le atacó en un artículo memorable por ser uno de los inmigrantes europeos de Gran Bretaña que más habían hecho para presentar a los ingleses esa imagen autogratificante de supuestas virtudes liberales [47]. Berlin, en realidad, no veía razón alguna para disentir: amaba a Inglaterra y se lo hacía saber.

El resentimiento de la izquierda hizo ebullición en torno al asunto Isaac Deutscher. Nunca había habido mucha sim-

patía entre ambos hombres. Deutscher había herido a Berlin con una crítica feroz de su conferencia sobre lo inevitable en la historia; y a Berlin le irritaban el dogmatismo político de Deutscher y su hostilidad hacia el sionismo. En 1963, Deutscher, que por entonces estaba terminando su monumental biografía de Trotski, fue considerado para la cátedra de estudios políticos de la Universidad de Sussex. El vicerrector pidió a Berlin, que era miembro del consejo académico de esta universidad, su opinión sobre las credenciales intelectuales de Deutscher. La respuesta de Berlin —que Deutscher era "el único hombre cuya presencia en la misma comunidad académica que la mía me resultaría moralmente intolerable"— echó por tierra las posibilidades de Deutscher [48]. Berlin se apresuró a añadir que habría apoyado las candidaturas de un C. Wright Mills o un Eric Hobsbawm, porque éstos no subordinaban el trabajo serio a la ideología.

El asunto Deutscher estalló en 1969 cuando la revista radical *Black Dwarf* publicó la correspondencia confidencial al respecto y denunció a Isaiah tachándole de cazabrujas anticomunista. A Berlin le preocupaba su parte en esta cuestión: mantenía que si a Deutscher le hubieran ofrecido una cátedra de pensamiento marxista él no habría puesto ninguna objeción. La dificultad radicaba en suponer que se podía confiar en que Deutscher fuera a enseñar conceptos no marxistas con la ecuanimidad necesaria en un profesor de universidad. Ésta era una aplicación justa de los criterios de tolerancia liberal en la universidad, pero Isaiah enturbió las aguas considerablemente al afirmar que él seguía siendo un hombre de izquierdas. En realidad, como demuestra el asunto Deutscher, no pertenecía en modo alguno a esta familia política.

De hecho, estaba consagrado a explorar y ampliar la divisoria que separaba liberalismo y socialismo. Hasta qué punto era ancha a su juicio dicha separación se puso de manifiesto cuando el político laborista Richard Crossman le escribió en 1963, alabando su ensayo "Does Political Theory Still Exist?", pero censurando a Berlin que hubiera desestimado la tradi-

ción socialista democrática de Gran Bretaña representada por Laski, Tawney, Lindsay y T. H. Green. Laski, respondió Berlin con sequedad, era un "retórico superficial", mientras que las ideas de Lindsay eran como los autobuses londinenses: aparecían de pronto y volvían a desaparecer en la niebla retórica. Sólo Tawney merecía su respeto, por la seriedad moral de sus actitudes políticas y la calidad de su conocimiento histórico [49].

La polémica de Berlin con la izquierda continuó a lo largo de la década de 1960. En 1961 E. H. Carr dedicó una parte de las Trevelyan Lectures de Cambridge a atacar el ensayo de Berlin "Lo inevitable en la historia". Carr ponía en cuestión que Berlin creyera en la mera posibilidad de la explicación histórica, dada su indiferencia hacia los factores sociales y económicos, y su aparente creencia en que la primera preocupación del historiador no debía ser la explicación sino la valoración moral. Sin duda, dijo Carr, nadie suponía en serio que la tarea del historiador era ocuparse de si Hitler o Cromwell eran malvados. Su tarea consistía más bien en comprender los factores que les habían permitido llegar al poder y las fuerzas que su mando había desatado.

Las conferencias de Carr fueron actos muy públicos, emitidos después por la BBC, publicados semanalmente en *The Listener* y reunidos posteriormente en el libro enormemente influyente *¿Qué es la historia?* La respuesta a Carr era un reto que Berlin no podía evadir. En una serie de cartas a *The Listener*, así como en conversaciones privadas con el propio Carr, Berlin insistió en que la teoría marxista otorgaba un énfasis casi exclusivo a la causación económica y despreciaba la importancia de las ideas, las creencias y las intenciones de los individuos [50]. Esto suponía una falsificación de la causación y hurtaba al "lenguaje histórico la fuerza valorativa que hay el lenguaje común, en aras de una objetividad amoral" [51]. Más aún, la supuesta objetividad moral de la historiografía marxista era falsa. La historia que hacía Carr era la narración del ascenso y posterior triunfo de las fuerzas "progresistas": el proletariado y el partido bolchevique. Y éstos eran califica-

dos de "progresistas", afirmaba Berlin, simplemente porque habían triunfado. Para Carr, "los fracasos y las minorías, pertenecen, en las famosas palabras de Trotski, al basurero de la historia". Para Carr, el quehacer del historiador consistía en ocuparse de los ganadores. En una carta de respuesta a Berlin, Carr se decía "perplejo ante esta cuestión de los ganadores y los perdedores". Si estuviera escribiendo una historia del críquet, decía, dedicaría un espacio al bateador que había hecho cientos de carreras, no al "simpático joven que no pudo coger la pelota". Berlin se mantuvo en cordiales relaciones personales con Carr a lo largo de toda esta polémica, pero el distanciamiento que había entre ellos era insalvable. Berlin siguió insistiendo en que las preguntas de los "perdedores" eran tan pertinentes como las respuestas de los "ganadores".

El duelo con los marxistas no fue el único ámbito en que Isaiah se vio obligado a aplicar principios políticos liberales en la práctica. En ocasiones se sintió flaquear incómodamente. En los primeros días de la malhadada operación de Eden en Suez para arrebatar el canal a Nasser en 1956, Berlin le escribió a Clarissa Eden expresando su apoyo hacia su marido [52]. Pero mientras estaba llevándose a cabo dicha operación comprendió que incluso si la invasión triunfaba, Gran Bretaña y Francia tendrían que ocupar Egipto, o al menos la zona del canal, pese a la excitada oposición nacionalista árabe, y que esa clase de operaciones coloniales de control estaban condenadas al fracaso [53]. A partir de ese momento fue contrario a la política de Eden en Suez, pero aquella *volte-face* —relativamente infrecuente— le preocupaba. Comprendió que había permitido que sus convicciones proisraelíes le inclinaran en una dirección y su tendencia anticolonialista en otra.

A menudo le incomodaba profundamente que le pidieran consejo sobre cuestiones políticas concretas. En 1958 David Ben Gurion preguntó a cincuenta sabios, entre ellos Berlin, si había llegado el momento de enfrentarse al monopolio del rabino ortodoxo en los métodos para verificar el judaísmo de los nuevos inmigrantes y conversos a esta religión. Esta

cuestión dividió fuertemente a la sociedad israelí y había hecho caer gobiernos. Lo que estaba en juego era la definición de quién era judío: ¿lo eran los hijos de ciertos matrimonios mixtos? Berlin era decididamente laico, pero contestó que si Ben Gurion se empeñaba en este asunto sembraría un innecesario conflicto entre judíos religiosos y no religiosos. "El estatus de los judíos es único y anómalo, está compuesto de ingredientes nacionales, culturales y religiosos, inextricablemente entrelazados. El intento, bien de afirmar su indisolubilidad, o de separar estos ingredientes, ha de desembocar inevitablemente en un desacuerdo hondo y enconado" [54]. Él recomendaba que Ben Gurion evitara una *Kulturkampf* con los partidos religiosos, pero se evadió de cualquier implicación mayor en esta controversia diciendo que los judíos de la Diáspora, como él, no debían inmiscuirse en los asuntos de Israel [55].

Berlin se sentía en todos los sentidos más a gusto fuera del ámbito político, colaborando con gente del arte. En 1958, a través de Nicolas Nabokov, conoció al compositor Igor Stravinsky y a su amigo y amanuense, Robert Craft [56]. Stravinsky, dijo a un amigo, era "mucho más menudo de lo que la gente cree" y su cara tenía una "movilidad incesante" que era fascinante contemplar [57]. A Berlin le atraía la vitalidad de Stravinsky e incluso disfrutaba con su malicia. Por ejemplo, cuando le preguntaron su opinión sobre Benjamin Britten, Stravinsky respondió con tono engolado: "Es un excelente acompañante". Y Berlin no podía evitar sentir simpatía por alguien que, cuando le preguntaron su opinión sobre Wagner, contestó: "Si se escucha *Parsifal*", articulando las palabras con lentitud y claridad, "se oyen muchos sonidos muy desagradables" [58].

En octubre de 1961, en una comida en Headington House, el compositor dijo que el Estado de Israel le había pedido que compusiera una obra en honor del Festival de Jerusalén. ¿Tenía Isaiah alguna idea para un buen libreto? Isaiah subió deprisa a su biblioteca en el piso superior y bajó con un ejemplar de la Biblia hebrea. Hojeándola, sugirió primero la descripción bíblica de la Creación en el libro del Génesis, pero Stravinsky creía que sería demasiado largo: "Como un fin de



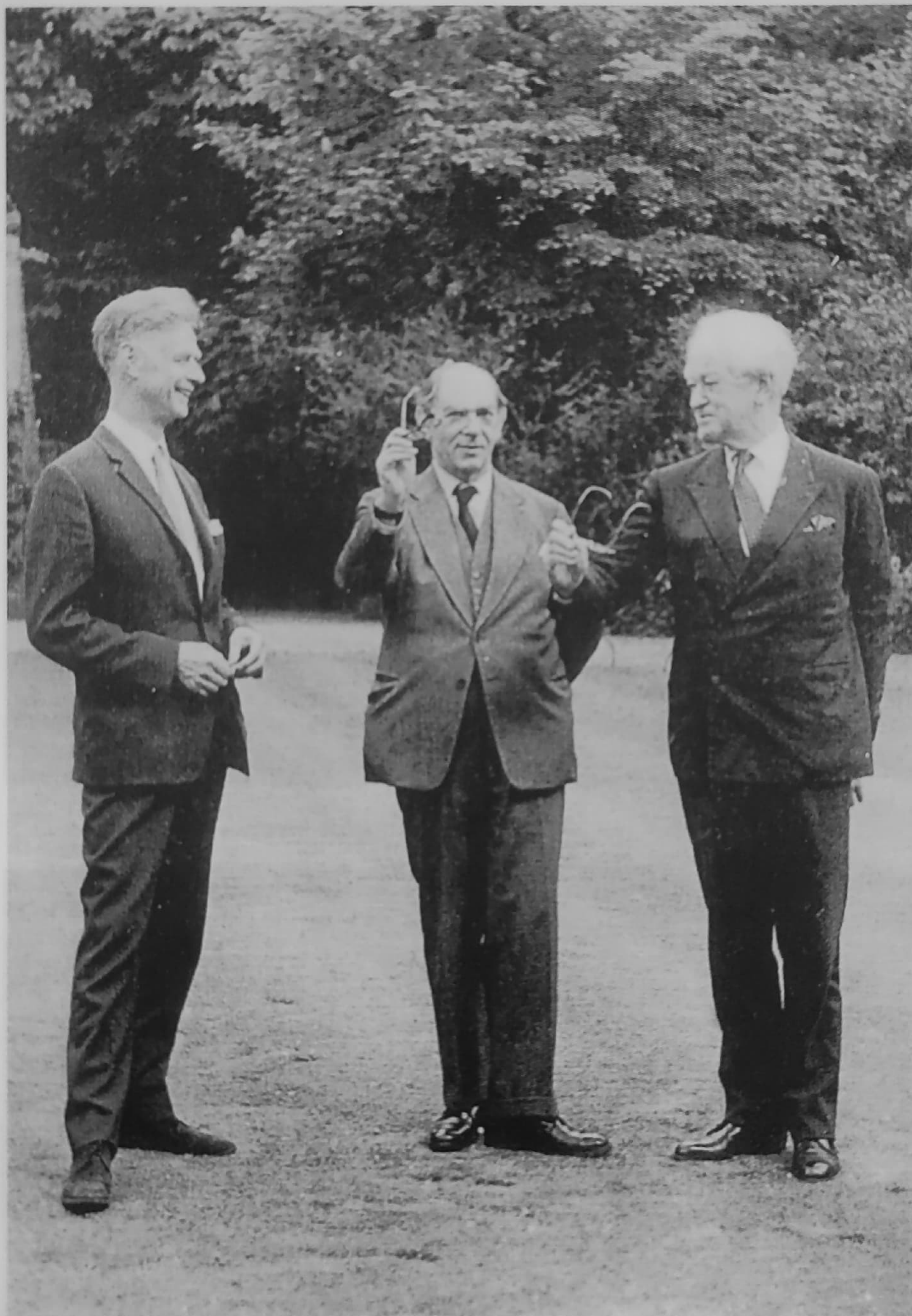
Isaiah Berlin, foto de Cecil Beaton, 1955.



Isaiah Berlin en los años cincuenta.

Isaiah y Aline Berlin en el *Queen Mary*, ya casados, 1955-1956.





Stuart Hampshire, Isaiah y Nicolas Nabokov en el jardín
de Headington House, años sesenta.



Isaiah Berlin, foto de Clive Barda, fines de los años sesenta.



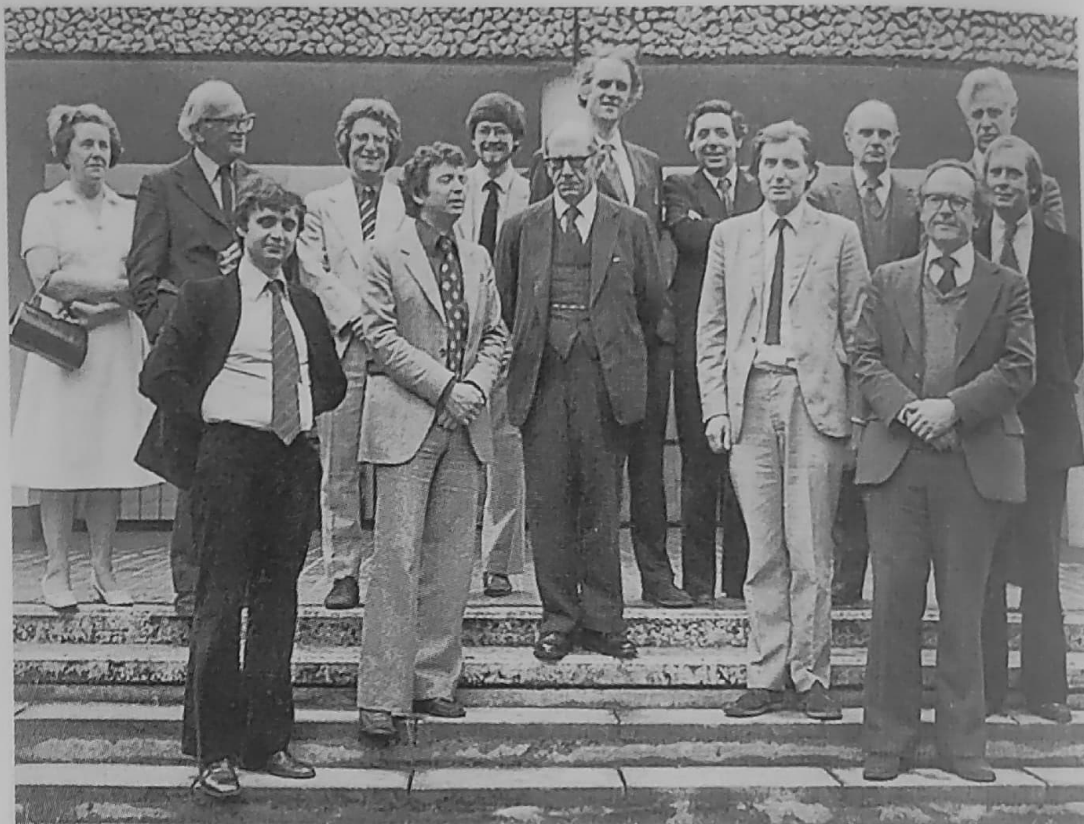
En Headington House, años cincuenta, con Peter y Philippe Halban.





De vacaciones en Italia, década de 1980.

Baño en Paraggi, septiembre de 1958.



Con los colaboradores del primer *Festschrift* de homenaje a Berlin, editado por Alan Ryan, en Wolfson College, 1979.
De izquierda a derecha, en segunda fila: Pat Utechin (secretaria de Isaiah), H. L. A. [Herbert] Hart, G. A. [Jerry] Cohen, Henry Hardy, Charles Taylor, Bernard Williams, Richard Wollheim, Stuart Hampshire;
en primera fila: Robert Wokler, Alan Ryan, Isaiah Berlin, Robin Milner-Gulland, Patrick Gardiner, Larry Siedentop.



Isaiah y Aline Berlin (*a la derecha*) con Elena Bonner y Andrei Sajarov, Headington House, junio de 1989, cuando Sajarov recibió el doctorado *honoris causa*.



Con Stephen Spender, principios de los años noventa.



Isaiah Berlin, foto de Deborah Elliot, en la Codrington Library, All Souls, enero de 1988.

semana británico". A continuación Berlin le propuso la escena en que Abraham ata a Isaac, el momento en que el padre se prepara para sacrificar a su propio hijo. Berlin leyó en voz alta algunos de los sonidos hebreos —*elim, elohim*— y Stravinsky pareció escuchar atentamente su ritmo musical. Así comenzó su colaboración [59]. Berlin envió a Stravinsky una transliteración completa del texto hebreo con una traducción al inglés debajo [60]. Cuando la obra estuvo terminada, Berlin fue invitado a Jerusalén para asistir al ensayo general y el estreno. La música de la Cantata de Abraham e Isaac le resultó desconcertante, pero el espectáculo de Stravinsky en el podio le pareció fascinante. El compositor subió al podio, con un aspecto tan frágil como una muñeca de porcelana, pero cuando dijo *Shalom* con voz tenue, el público israelí aplaudió frenéticamente. Mientras iba oyéndose la música, los asistentes, "un bosque de camisas blancas y azules y melenas blancas y despeinadas", parecía perplejo, sin tener "ni idea de lo que aquellos sonidos debían transmitir o si tenían algo que transmitir", pero aplaudieron al final pese a ello, porque comprendieron que Stravinsky había querido honrar la tradición judía. En cuanto a éste, se sintió totalmente encantado en Israel, comió en el restaurante del Hotel King David, bebió cantidades de whisky escocés y se mostró benévolo con todo el mundo. Hasta le divirtió el espectáculo de Berlin convenciendo al director de la orquesta del restaurante para que dejara de tocar empalagosos aires de vals en presencia del compositor [61].

A lo largo de toda la década de los sesenta, Berlin siguió pasando algunos semestres en Estados Unidos, primero en Harvard y después en la City University of New York, que le dio una cátedra a tiempo parcial. Oxford nunca había sido exactamente un hogar para su idiosincrática mezcla de filosofía, ética e historia intelectual. Era a Estados Unidos donde iba para encontrar compañía académica afín: los especialistas en Rusia Martin Malia, Adam Ulam, Richard Pipes, Marc Raeff y James Billington; los críticos Edmund Wilson y Lionel Trilling; el historiador y activista político demócrata Arthur

Schlesinger Jr.; el filósofo e historiador de las ideas Morton White.

Berlin estaba entonces tan solicitado que sus recorridos norteamericanos adoptaron un aire de viaje regio, para gran irritación de Edmund Wilson, que anotó en su diario que su viejo amigo estaba "comportándose cada vez más como si fuera de la realeza" [62]. Otros amigos también notaron que Isaiah se había convertido en una figura insigne. Stephen Spender registró en su diario este intercambio con un ascensorista de Nueva York:

> "¿Ha leído el artículo de Sir Eesiah Berlin en el *New York Times* sobre el Pasado Histórico?"
>
> "Me temo que no".
>
> "Pues Sir Eesiah tiene razón. No se puede saber sobre el pasado hasta que te mueres" [63].

En el otoño de 1962 Berlin se instaló solo en la Lowell House de Harvard para preparar las Conferencias Storrs de la Universidad de Yale, sobre tres puntos de inflexión del pensamiento político: los griegos, Maquiavelo y el romanticismo. Pero la mayoría de los fines de semana los pasó en Nueva York o Washington en deslumbrante compañía. Eran los momentos de gloria de Camelot, y muchos de los amigos que había conocido en época de guerra en Washington habían sido llamados a la corte de Kennedy: Arthur Schlesinger era consejero especial del presidente; Walt Rostow y McGeorge Bundy eran asesores de la Casa Blanca; Phil Graham y su mujer, Kay, eran editores del *Washington Post,* mientras que Joe Alsop era el columnista más influyente del día. Otras figuras, como George Kennan y Charles Bohlen, eran consejeros presidenciales para asuntos exteriores.

A mediados de octubre de 1962 Joe Alsop invitó a Isaiah a una cena privada de pocas personas en honor de Chip Bohlen, que se marchaba para incorporarse al puesto de embajador norteamericano en París. Estaban presentes Kay y Philip Graham, Arthur Schlesinger, los Bohlen y el embajador fran-

cés y su mujer. Berlin vio al presidente llegar con la señora Kennedy, y circular por el salón estrechando manos como Napoleón saludando a sus mariscales [64]. Se percibía la misma intensidad, complicidad y adoración, el mismo culto a la fortaleza y la firmeza. Antes de cenar, el presidente se llevó a Chip Bohlen al jardín de los Alsop y se les vio pasear de arriba abajo, sumidos en conversación.

Durante la cena el presidente desplegó un humor de estilo *playboy* de Palm Beach, observando a Berlin con recelo, a juicio de Isaiah, "como un hombre de acción enfrentado a un intelectual célebre, posiblemente ininteligible y quizá incluso irónico" [65]. Después de cenar se llevó a Berlin a un lado y su actitud se volvió intensa y formal. ¿Por qué los rusos no estaban creando más problemas en Berlín?, quiso saber Kennedy. ¿Qué hacían los rusos típicamente cuando se sentían políticamente arrinconados? Berlin respondió como mejor supo, mientras Kennedy escuchaba con aterradora atención. Como Isaiah comunicó posteriormente a Schlesinger: "No he conocido jamás un hombre que escuchara con mayor atención cada palabra que pronunciaba. Con los ojos un poco saltones, se inclinaba hacia mí, y el hecho de que estuviera registrando cada palabra me hacía sentirme nervioso y responsable".

Kennedy invitó a Berlin a que comparara las intenciones de Jruschov con las de Stalin y después añadió que alguien debía escribir un libro sobre la filosofía de Stalin. "¿En qué sentido habla de filosofía?", preguntó Berlin, y el presidente respondió que todo gran líder político tiene una serie de principios propios que sigue. Berlin no creía que Stalin tuviera ninguna filosofía digna del nombre, pero no insistió en ello. Kennedy parecía obsesionado por la grandeza: cada vez que mencionaba a Stalin, Lenin o Churchill, "sus ojos brillaban con un destello particular". Pero no había en él el porte confiado del gran hombre. Berlin tenía la impresión de que, para el presidente, la vida era una serie de obstáculos a salvar mediante una enorme concentración y esfuerzo interior. Tuvo también la sensación angustiosa de que todos sus ami-

gos de Washington estaban esperando, en los márgenes de su conversación, para saber cómo iba la cosa, y su impresión era que no iba demasiado bien. Después de un interrogatorio de media hora el presidente se levantó, se reunió con el resto de los invitados y dijo, con cordialidad pero con firmeza: "Vaya a sentarse con Jackie. Ella quiere hacerle hablar". Jackie Kennedy resultó más aguda y con una inteligencia más sagaz de lo que su apariencia había inducido a Berlin a creer. Estaba despotricando contra Adlai Stevenson, a quien parecía detestar tanto como su marido. Al final, Isaiah sintió cierta pena, porque en todo lo que ella decía parecía haber un tono de melancolía y exclusión. La conversación giró hacia los temores de la señora Kennedy sobre lo que su marido haría después de la presidencia. Como Berlin escribió a Aline posteriormente, Jackie añadió "que le horrorizaba su futuro después que J. dejara de ser Presidente. Boston sería terrible [lo es]. Y él, J., recaería en los hábitos familiares, que eran deleznables. Increíblemente sincera"[66].

A la mañana siguiente el presidente anunció que en los vuelos de reconocimiento norteamericanos sobre Cuba se habían descubierto misiles soviéticos en territorio cubano. Kennedy había visto por primera vez las fotografías en la mañana de la fiesta de Alsop. Su conversación en el jardín con Chip Bohlen había girado en torno a cómo plantear ante los rusos dicha información. Con su increíble habilidad para estar en el sitio adecuado en el momento adecuado, Isaiah había permanecido en el centro de atención la primera noche de la crisis de los misiles cubanos. Cuando repasó los acontecimientos de la velada, le admiraron la sangre fría y el buen humor del presidente.

Al ir desarrollándose la crisis, Berlin escuchó los discursos del presidente en televisión junto a los estudiantes de Lowell House y asistió a reuniones multitudinarias en el Sanders Theatre de Harvard, donde oradores no muy capacitados hablaban ante enormes muchedumbres. Como siempre, Isaiah permaneció al margen de la general atmósfera de preocupación y le dijo a una señora de la limpieza, cuan-

do ella le preguntó con ansiedad si habría guerra, que no podía haberla [67].

Una vez finalizada la crisis, la Casa Blanca volvió a llamar para invitarle a una cena reducida organizada por la señora Kennedy para celebrarlo. El presidente "irradiaba felicidad total", aunque confesó que Cuba Nº 2 no podría nunca borrar el baldón de Cuba Nº 1 (el fracaso de bahía de Cochinos). Esta vez fue más fácil conversar con el presidente, aunque Berlin admitió en una carta a Noel Annan que él "realmente no servía para charla de mesa sobre misiles balísticos intercontinentales, armas de alcance medio, la importancia estratégica de Assam o siquiera los secretos del Ministro de Defensa británico" [68]. En cuanto a Kennedy, a Berlin le producía la impresión de alguien que está luchando conscientemente por hacerse un lugar en la historia, esforzándose para estar a la altura del gran duelo con la Unión Soviética. Comentó Kennedy que no creía que su periodo en el cargo fuera a ser tranquilo y evidentemente pensaba que en Jruschov había encontrado su Moriarty. Era también patente que estaba obsesionado por la fama de apaciguador de su padre y que la analogía de Múnich había inducido al presidente a considerar que "había que presentar resistencia *de inmediato*" a cualquier incursión por parte de los rusos. La tendencia del presidente a la autodramatización, la percepción de sí mismo como un personaje con un sino y un destino, le resultaban a Berlin a un tiempo fascinantes y poco atractivas. Cuando se relajó lo bastante para contar al presidente "una historia más bien frívola" sobre la vida privada de Lenin, el presidente le interrumpió bruscamente, al parecer molesto porque se hablara con tanta ligereza de figuras históricas.

No obstante este *froideur*, llegó enseguida otra invitación, esta vez para hablar en un seminario informal que se llevaba a cabo en la residencia de Bobby y Ethel Kennedy, Hickory Hill. Berlin sabía que su rival, A. J. Ayer, había hablado allí y no había sido un éxito clamoroso; Ayer, antirreligioso militante, se había burlado tanto de los intentos de Ethel Kennedy como buena católica de introducir a santo Tomás de

Aquino en el debate, que Bobby había dicho entre dientes: "Déjalo, Ethel". En un principio Berlin rehusó la invitación, pero después de la petición del embajador británico, accedió. El presidente solicitó que la reunión se celebrara en la Casa Blanca. El seminario tuvo lugar el 12 de diciembre después de cenar, con la asistencia de McGeorge Bundy, Robert MacNamara, Arthur Schlesinger, Robert Kennedy, Walt Rostow y otras personalidades clave de la administración, además de sus mujeres. Aline Berlin asistió y la compañía del presidente le resultó cautivadora. Después de cenar, sentado el presidente en su mecedora y escuchando atentamente, Berlin se levantó para hablar. De haber sido más ambicioso, más político, más soldado de la Guerra Fría, podría haber elegido un tema pensado para los oídos del presidente. Por el contrario, decidió hablar sobre el compromiso artístico de la *intelligentsia* rusa del siglo XIX. En este seminario, intentó explicar cómo el comunismo, importado a Europa como "doctrina abstracta secular y teorética", se transformó al entrar en contacto con la sobria intelectualidad rusa y su creencia en las funciones sociales del pensamiento, y volvió a Europa en su forma leninista, "una fe cuasi religiosa ardiente y sectaria". Incluso en un tema relativamente intelectual como aquel, Berlin sintió toda la fuerza de la atención tensa y omnívora del presidente. Al finalizar su intervención, éste le preguntó cuál había sido la suerte de aquella *intelligentsia* después de la revolución, quiénes habían colaborado, quiénes se habían opuesto y cuál había sido la importancia de su reacción para el curso de la revolución [69]. Una vez más, Berlin tuvo la sensación de que el presidente estaba aquilatando, sopesando qué personas podían resistir las presiones, quiénes ceder ante ellas y en qué momento, como si aquellas preguntas fueran las que él se hacía incesantemente.

En diciembre de 1962 Berlin se encontraba junto a Stuart Hampshire en el vestíbulo del Hotel Carlyle de Nueva York donde iba a ver a su suegra cuando los ascensores fueron bloqueados no permitiéndose a nadie abandonar el vestíbulo. Súbitamente, el recinto se llenó con una cuña móvil de agen-

tes del servicio secreto y policías, tras los cuales caminaba con paso ligero el presidente. Se percató de la presencia de Isaiah, se acercó, le estrechó la mano y preguntó qué hacía allí. Berlin le dijo que era simplemente un admirador que esperaba para recibir un autógrafo. Kennedy rió, le volvió a felicitar por su conferencia y dijo que tenían que verse alguna otra vez. Después se dirigió al coche y desapareció.

Evidentemente, Berlin se sintió halagado por la atención del presidente, pero estaba menos deslumbrado por Kennedy que sus amigos. No se sentía atraído por la llama del poder. No había en él ese poso de frustración por las limitaciones pasivas de espectador de la vida intelectual que el hombre poderoso puede explotar. Disfrutaba con el espectáculo de Camelot, pero le dejaba esencialmente indiferente. El interés de Camelot en *él* representa el punto culminante de su celebridad en la costa Este de Estados Unidos. Después de las visitas a los Kennedy en la Casa Blanca no volvería a gozar de tanto favor. Berlin era también lo bastante sagaz para comprender que el prestigio relativo de los ingleses en Washington había sufrido un descenso drástico desde los años de Roosevelt. Como escribió a Robert Oppenheimer, director del Instituto de Estudios Avanzados de Princeton, sólo Rusia, China y Estados Unidos eran plenamente "reales" para los políticos norteamericanos; a sus ojos, Europa carecía de una personalidad claramente discernible [70]. Cuando regresó a Oxford en 1963, Berlin sintió —por primera vez— que volvía a un país disminuido y de segunda categoría.

Se encontraba en la Universidad de Sussex, a punto de subir a la tarima para pronunciar una conferencia en noviembre de 1963, cuando le informaron del asesinato del presidente Kennedy. Durante diez minutos fue incapaz de articular una palabra. Después, sin comentar la noticia o hacer referencia alguna a ella, leyó la conferencia que había preparado sobre Maquiavelo [71].



16. El liberal acorralado, 1963-1971

A comienzos de la década de 1960 Berlin tenía una reputación singular, que no era ni de historiador ni de filósofo, sino una mezcla idiosincrática de ambos. Este enfoque particular le situaba en una categoría propia, pero planteaba dudas en el pensar de los críticos sobre qué era exactamente lo que estaba haciendo. Dado que sus ideas más características eran presentadas como glosas del pensamiento de otros —Herzen, Vico, Maquiavelo—, su propia originalidad permanecía oculta. Pero este método era afín a su talante. Carecía de la capacidad de John Rawls o Herbert Hart para la exposición abstracta sostenida. Pensar, para él, era siempre un diálogo bien con un amigo o con un libro. La cuartilla en blanco le suscitaba temor; una página de Vico encendía una chispa tras otra de meditación. Los resultados podían haber sido una serie de ensayos misceláneos de no haber estado todo su proyecto amalgamado por un compromiso superior con la defensa de la validez de los principios liberales frente a su aparente relatividad histórica.

Hacia principios de los sesenta estaba convencido de que esta cuestión no había cobrado relieve en la filosofía occidental hasta el nacimiento de la era romántica. En "Some Sources of Romantic Thought" ("Algunas fuentes del Romanticismo"), las Conferencias Mellon pronunciadas en la Galería Nacional de Arte de Washington en marzo y abril de 1965 —otro prodigioso ejercicio en improvisación preparada— ante un

público inmenso, Berlin presentó la polémica afirmación de que, hasta el Romanticismo, ni siquiera se había planteado la idea de que pudiera existir un conflicto de valores. Hasta los románticos, la opinión filosófica seria sostenía que para toda pregunta auténtica tenía que haber una respuesta verdadera; que estas verdades eran accesibles a todos los seres humanos; y que todas las respuestas verdaderas a preguntas verdaderas tenían que ser compatibles entre sí [1].

Berlin sabía que con este trío de dogmas racionalistas estaba simplificando las corrientes contradictorias de la Ilustración, pero simplificaba deliberadamente con el fin de iluminar el problema filosófico que el romanticismo había legado a la modernidad cuando puso en duda dichos principios. En primer lugar, al concebir al Hombre como una criatura que se expresa, que crea su propia naturaleza e identidad a través del trabajo y el arte, los románticos dieron un decisivo carácter histórico a la naturaleza humana. Puesto que la naturaleza humana no era siempre la misma, la verdad no siempre sería la misma para todos los grupos humanos. Cada cultura tenía su propio centro de gravedad; lo que Herder llamaba su *Schwerpunkt* [2]. Era, por tanto, ininteligible decir que todas las sociedades humanas iban enlazadas en una caravana llamada progreso, avanzando hacia la misma línea del horizonte.

En la década de 1820, gracias al Romanticismo, no quedaba indemne ninguna de las patas del trípode racionalista: la idea de que había una sola respuesta verdadera a las preguntas humanas; de que la verdad era la misma para todos los seres humanos; y de que los valores humanos no podían nunca ser contradictorios entre sí. De este asalto a los supuestos del racionalismo occidental surgió un nuevo conjunto de valores —la sinceridad, la autenticidad, la tolerancia— que nunca antes habían sido objeto de admiración. A Calvino o a Ignacio de Loyola no se les habría ocurrido nunca pensar que las verdades de la otra parte en las guerras de religión podían ser dignas de respeto [3]. Eran herejías condenables. Hacia 1820 la sinceridad en sí se había convertido en virtud, y la autenticidad —que respaldaba la sinceridad con el compromiso—

fue valorada al margen de contenido o convicción. Después de Herder, la cultura europea abrazó la tolerancia en tanto que reconocimiento de la pluralidad de la verdad y de los valores. Junto a esto, los románticos introdujeron la idea de que la variedad cultural era buena en sí misma. Sinceridad, autenticidad, tolerancia y variedad: estos nuevos valores formaron los presupuestos del moderno individualismo liberal. Además, la concepción romántica de la tragedia transformó la política moderna. Hasta el romanticismo se creía que la tragedia era fruto del error o la falibilidad humana. Pero en el mundo revelado por los románticos, la tragedia era inevitable: los hombres estaban condenados a disentir sobre los fines últimos de la vida; estos fines mismos estaban en conflicto. Las cosas buenas no podían coexistir al unísono; el conflicto de valores y la pérdida trágica eran inevitables.

¿Por qué se sentía Berlin tan atraído por el registro trágico del pensamiento romántico? No obstante el éxito exterior y la felicidad interior, la imagen que tenía de sí mismo en los años sesenta era la de un hombre acosado: inaceptable para la izquierda, objeto de recelos para la derecha; en exceso escéptico para que las personas comprometidas confiaran en él; en exceso comprometido para sentirse a gusto entre los defensores del *status quo*. Berlin dominaba aquellos conflictos con una presencia pública alegre e irónica; pero en su interior se sentía muchas veces embargado por un sentimiento si no de tragedia, sí indudablemente de la inevitabilidad de perder a alguien o algo querido siempre que aceptaba un compromiso. Sus conflictos interiores no eran solamente debidos a posiciones políticas. Giraban esencialmente en torno a su moral intelectual. La forma misma de sus disertaciones —generalizaciones panorámicas dirigidas a un público amplio— le producía una honda aprensión interior. Antes de la serie de conferencias Mellon, su hijastro Philippe Halban recordaba que estaba en un estado de agitación casi cómico, inquieto, dubitativo, convencido de que iban a ser un fracaso estrepitoso [4]. En realidad, fueron un éxito resonante y las seis conferencias fueron emitidas por la BBC en agosto y sep-

tiembre de 1966 con una respuesta casi universalmente favorable [5]. Sin embargo, el aplauso nunca acalló las voces del interior. Algún indicio de estas dudas reprimidas sobre la legitimidad misma de su pensamiento afloran en una carta a Richard Crossman de enero de 1963:

> Yo, por mi parte, estoy atrapado entre todos los fuegos: tú me consideras un escapista sutil y un pedante cobarde; prácticamente todos los demás me acusan de crear polémicas desaforadas, de hacer generalizaciones disparatadas, de insuficiente cautela y dedicación al análisis minucioso, y de no tener bastante neutralidad intelectual. Así pues, siempre me coge el toro [6].

Berlin confesó a uno de sus mejores amigos de las décadas de 1960 y 1970, el sociólogo de Nuffield Jean Floud, que interiormente estaba mucho más dividido de lo que parecía: su sentido de conflicto entre fines morales surgía de su propia experiencia:

> La *única* verdad que he dilucidado yo solo creo es ésta: la inevitabilidad del conflicto entre fines, y de ahí el anti-siglo XVIII, anti-Herbert [Hart], anti-positivismo, romanticismo y todo lo demás. Todas las creencias centrales sobre los asuntos humanos brotan de un difícil estado personal: así ocurre con Platón [estoy seguro], con Kant, Hume, Spinoza, Freud, Marx, etc... El contraste entre mi fachada alegre y despreocupada y las inquietas y constantes perturbaciones y temores interiores es muy extraño [7].

Lo que daba hondura a su pensamiento era ese sentido de división interior, y aunque Berlin no introdujo nunca explícitamente su propia autobiografía en su trabajo intelectual no dejó nunca de operar soterradamente, impulsándole a resaltar la posibilidad de tragedia siempre que la persona se veía forzada a elegir entre diversos lados de su naturaleza.

Este sentimiento de lo trágico dio profundidad a su pensamiento y orientó su trabajo hacia cuestiones que no había

podido afrontar. Hasta aquel momento, las referencias al exterminio de su propio pueblo eran escasas y su mirada intelectual se había fijado en el totalitarismo soviético más que en el nazi. A partir de los años cincuenta empezó a reflexionar seriamente sobre el fascismo, rastreando los antecedentes intelectuales más remotos del nazismo hasta la época romántica. Con su énfasis en la singularidad de la *Kultur* alemana, los románticos habían hecho añicos para siempre la unidad de la cultura europea:

> Si soy alemán, busco las virtudes alemanas, compongo música alemana, redescubro ancestrales leyes alemanas, cultivo todo lo que hay en mí que me hace todo lo intensa, expresiva y plenamente alemán que me cabe ser... Éste es el ideal romántico en toda su plenitud. Los viejos presupuestos se han desvanecido de un día para otro. ¿Cuál es el ideal de vida común? La idea misma ha perdido relevancia [8].

Los románticos legaron la tiranía de la política de identidad: la obsesiva elaboración de una identidad diferenciablemente propia, a resguardo de la contaminación o vulneración de otras razas, religiones, géneros o nacionalidades. No deja de ser significativo que un expatriado que tuvo que forjarse una identidad fuera tan escéptico sobre este aspecto de autocreación del ideal romántico. La autocreación podía ser inocua, y alguna vez noble, en condiciones de libertad, pero en manos de un Napoleón o un Hitler podía degenerar en una justificación para moldear el barro humano en instrumentos de su propia voluntad diabólica. El Romanticismo no sólo dio al mundo la figura heroica de Beethoven componiendo en su buhardilla, sino también la de Hitler como artífice de una nación:

> Como mezcla colores el pintor y sonidos el compositor, así el demiurgo político impone su voluntad a su materia prima —el ser humano común, desmañado, generalmente inconsciente de las posibilidades latentes que hay en él— y le da forma de es-

pléndida obra de arte: un Estado o un ejército, o una gran estructura política, militar, religiosa o jurídica. Esto puede comportar sufrimiento: pero, como las disonancias en música, es indispensable para la armonía y el efecto general. Las víctimas de estas grandes operaciones de creación deben consolarse, y aun sentir exaltación, por la conciencia de que han sido con ello elevadas a una altura a la que no podría jamás haber accedido su propia naturaleza inferior [9].

La contribución del Romanticismo al irracionalismo político del siglo XX era la glorificación del líder como demiurgo artístico. Y también había ayudado a quebrar la idea de una sola especie humana cuyos miembros tenían igual derecho a las mismas formas de consideración moral:

> La división de la humanidad en grupos —hombres propiamente dichos, y otros órdenes inferiores de seres, razas inferiores, culturas inferiores, criaturas subhumanas, naciones o clases condenadas por la historia— es algo nuevo en la historia humana. Es la negación de una humanidad común; una premisa sobre la que descansaba todo el humanismo anterior, religioso y secular [10].

La maldición del siglo XX, sostenía Berlin, había sido que sus dos principales utopías —la de Hitler y la de Stalin— rechazaban la idea misma de la indivisibilidad de la especie humana. Un auténtico creyente comunista ni siquiera intentaba persuadir a un burgués o un aristócrata de la verdad de los principios comunistas: eran enemigos de clase, a los que había que reeducar o deshacerse de ellos. Igualmente, los fascistas no se dignaban razonar con judíos, gitanos u otros enemigos raciales: tenían que ser exterminados como plagas. La negación romántica de que todos los seres humanos eran iguales en todas partes podía desembocar finalmente en la negación de que merecieran existir.

En su largo ensayo sobre otro precursor del fascismo, Joseph de Maistre, Berlin se centraba en la romantización de la

violencia. De Maistre concebía al Hombre como un artista violento cuyo deseo de autoinmolación era "tan fundamental como [su] deseo de autoconservación o de felicidad" [11]. Cuando los románticos exaltaron el conflicto, el *sturm und drang* y, al fin, la violencia, pusieron la tierra intelectual en que pudieron arraigar las semillas del nazismo. Berlin no entraba a precisar cómo habían operado estas influencias en la ideología nazi. ¿En qué sentido histórico era De Maistre un precursor del fascismo? Hitler ni siquiera conocía su nombre. Pero, nuevamente, lo que Berlin realmente buscaba no era una genealogía histórica del fascismo. Su interés era filosófico: intentar comprender cómo había sido que la fe ilustrada en principios morales universales se había transformado en la exaltación romántica de todo lo que era irracional en la naturaleza humana [12].

Lo que daba carácter singular a Berlin era que se había alejado deliberadamente de la arena de juego bien iluminada del liberalismo académico —donde John Rawls, Herbert Hart y Ronald Dworkin estaban reconfigurando el legado de Kant y Stuart Mill, adaptándolo a la edad moderna— para adentrarse en la maleza oscura del irracionalismo moderno. Berlin era el único pensador liberal de auténtica prestancia que se había tomado el trabajo de introducirse en los mundos mentales de los enemigos acérrimos del liberalismo.

¿Dónde le situaba esto? ¿Qué era, al fin, lo que podía salvaguardar del ataque romántico a sus propias premisas? Aquí el texto decisivo es "European Unity and its Vicissitudes" ("La unidad europea y sus vicisitudes"), una sombría conferencia pronunciada en 1959 ante la Fundación Cultural Europea en Amsterdam. Su propósito esencial era saber qué valores habían sobrevivido a Hitler y Stalin con su legitimidad intacta. La lista era escueta y clara: existe una naturaleza humana, porque todos compartimos la misma "estructura física, fisiológica y nerviosa", un mismo cuerpo, la misma capacidad para sentir dolor [13]. Más aún, somos seres morales: no podríamos ser calificados de humanos si nuestras deliberaciones carecieran de consideraciones morales, por más falsas

o insuficientes que sean. Y debido a este carácter común —de un mismo cuerpo y un mismo lenguaje de discurso moral— conocemos lo inhumano cuando lo vemos. No tenía Berlin ningún argumento convincente para explicar por qué los hombres y mujeres, que habían bebido la cultura del universalismo europeo a través de Goethe y Schiller, habían tratado a su prójimo como a alimañas. Lo único que sabía era que considerar alimañas a los seres humanos suponía razonar a partir de premisas demostrablemente falsas. Pero no sabía el porqué de que esta índole de razonamiento hubiera resultado persuasivo para toda la clase política de una gran nación, y para millones de sus seguidores en Europa. ¿Y quién puede saberlo?

Lo que Isaiah podía afirmar era que la experiencia de infamia de nuestro siglo había devuelto la sensatez a la conciencia europea. "Debido a que estos criterios han sido condenados nos hemos visto obligados a tomar conciencia de ellos". Desde la II Guerra Mundial se había producido una vuelta a la "antigua idea de ley natural", sostenida esta vez no por la fe *en* la humanidad, sino por temor *a* la humanidad [14]. Ahora se veía con claridad, decía Berlin, en qué desembocaban las ideas de superioridad racial y las teorías de dictadura del proletariado, la pareja de negaciones de la universalidad humana. Por fin, la raza humana había realizado todos los experimentos necesarios: no era ya posible negar que la humanidad tenía o bien que respetar la universalidad de la especie o perecer del todo. Aparte de estos apuntes fragmentarios, Berlin no volvió a explorar más ampliamente cómo podía fortalecerse la fe en los principios morales universales. Tenía verdadera aversión al sermón; lo máximo que llegaría a decir era que "la primera obligación pública" de cualquier política era "evitar extremos de sufrimiento" [15].

¿Dónde le llevaban aquellas incursiones en lo tenebroso? Larry Siedentop, en su día alumno de Berlin, comentó que a su profesor le gustaba adentrarse en la irracionalidad romántica de día, pero siempre volvía a la Ilustración por la noche [16]. Y esto capta, en efecto, algo de la ambigüedad de la odisea

intelectual de Berlin en los años cincuenta y sesenta. Pero al final, sus aventuras en el mundo sombrío y exaltado del Romanticismo europeo le hicieron imposible el regreso absoluto a la serenidad y la luz clásica de la Ilustración. Berlin creía en la razón, pero no con exceso; creía en la universalidad de los valores morales, pero sabía que tenían escaso atractivo para los fanáticos. Los seres humanos eran siempre ingeniosos a la hora de justificar sus propias abominaciones. Él tenía la esperanza de que Europa hubiera aprendido de su bajada al abismo; creía apasionadamente que los campos de concentración representaban la justificación más decisiva de la necesidad de una ley moral universal. Pero incluso respecto a sus proposiciones moderadamente esperanzadas no dejó de ser lo que siempre había sido: un escéptico inteligente, alerta e incurablemente realista.

Cuando pronunció las conferencias Mellon en 1965, Berlin tenía cincuenta y cinco años. De modo misterioso los impulsos que habían nutrido el periodo más formidablemente creativo de su vida intelectual empezaron entonces a decaer. A partir del momento de su visita a Harvard en enero de 1949 había escrito la obra de la que iba a depender su reputación. Todas las identidades en contienda que había en su interior, la judía, la rusa y la inglesa, hubieron de fundirse como en un crisol para hacer posible aquel logro de excepcional determinación. Una vez agotada aquella impulsión a hablar, él estaba cumplido.



Llegada la década de 1960 su imagen en Oxford era casi tan famosa como el teatro Sheldonian o la Radcliffe Camera. Pero él sabía que ser un "tipo" de Oxford era una suerte que había que evitar. No tenía más que mirar a Maurice Bowra para comprender el porqué. Su amigo de siempre bebía demasiado, gritaba mucho, contaba anécdotas aburridas sobre los años treinta, y *"went for arsers"* ("se iba de culo"), su frase para decir que caía sentado [17].

El matrimonio de Isaiah con Aline le había salvado de un destino de soltería al estilo Bowra y su propia lozanía intelectual le impidió convertirse en un fósil. Nunca había cultivado

la amistad de las generaciones más jóvenes; aunque ellas habían gravitado hacia él de forma natural, dado que carecía de la distancia altiva generalmente asociada a los grandes nombres académicos. Debido a ello, se encontró en el centro de la renovación del pensamiento político —especialmente entre los jóvenes marxistas— de los años sesenta. Aunque disentía de sus estudiantes graduados marxistas o marxistizantes, su intensidad moral le recordaba a su amada *intelligentsia* rusa del siglo XIX. Pero cuando uno de ellos, Norman Birnbaum, afirmó que la alienación era un "punto de partida metafísico" necesario para su búsqueda "de una salida de la actual situación de disgusto", Berlin tachó este concepto de ejemplo típico de teología laica centroeuropea, más apta para confundir que para aclarar los motivos de disgusto, cualesquiera que fueran. La idea de alienación "pre-supone la posibilidad de alguna índole de paraíso terrenal; un estado de cosas ideal que constituye la solución para todos los males y la armonización de todos los valores" [18]. Precisamente en contra de esto había él esgrimido su liberalismo. Berlin dudaba también sobre la proposición, central al renacer marxista de los años sesenta, de que existía una diferencia sustancial entre el joven y el viejo Marx, entre el humanista de la década de 1840 y el revolucionario positivista de la de 1850. Como escribió al especialista en Rusia de la Universidad de Harvard, Richard Pipes, no había un Marx liberal humanista que pudiera ser salvado de las consecuencias estalinistas; había sólo el Marx joven, que creía en "ataques y golpes de Estado rápidos", y el viejo que se había resignado a una marcha más larga hacia la revolución [19].

Las visitas de Berlin a las universidades norteamericanas en los años sesenta le introdujeron de lleno en el hervidero radical. En un momento, durante la huelga de estudiantes de Columbia en 1968, dio una clase tan cerca de las líneas policiales que sus amigos le dijeron que humedeciera un pañuelo para cubrirse la boca y los ojos en caso de que lanzaran gases lacrimógenos en la vecindad. Dos alumnos marxistas de postgrado, Bert Ollmann y Marshall Berman, asistieron a

esta clase, dispuestos a defenderle frente a posibles perturbadores, y de ser necesario frente a agresiones físicas [20]. No era un momento favorable para ser un filósofo liberal.

A diferencia de muchas personas de su propia generación —Stephen Spender y Yehudi Menuhin, por ejemplo, que se enorgullecían de su íntima comunicación con "los jóvenes"—, Berlin no sentía gran atracción hacia la turbulencia de los tiempos. Veía la revolución de los sesenta como una rebelión contra el aburrimiento, la seguridad y la falta de retos existenciales del auge capitalista de posguerra. La rabia, a su juicio, tenía relación "con un malestar psicológico, con la hipocresía, la ausencia de amor, de comprensión, de aceptación, con la 'alienación', la conciencia de clase y la educación de clase y no con la opresión de la mayoría a manos de una minoría malvada o desviada" [21].

De modo característico, exploró el malestar de los sesenta volviendo la mirada al pasado, a través del estudio del filósofo anarcosindicalista de comienzos del siglo XX Georges Sorel. Berlin suponía que Sorel no habría tenido la menor dificultad para entender a Frantz Fanon, los Panteras Negras, el Che Guevara y todos los sublevados contra el imperialismo, el capitalismo y el gobierno de los tecnócratas. Berlin mostraba una cierta simpatía irónica tanto hacia Sorel como hacia los revolucionarios de los años sesenta por su repugnancia hacia "una sociedad de consumidores sin auténticos valores morales, hundida en la vulgaridad y el aburrimiento, en medio de una creciente opulencia, ciega a lo sublime y a la grandeza moral" [22]. Pero era sólo una simpatía irónica. Parafraseando pretendidamente las opiniones de Sorel, pero expresando en realidad una de sus propias y más sentidas paradojas, Berlin escribió que "si es verdad que la fe en la razón es engañosa, es simplemente por el uso de métodos racionales, por el conocimiento y autoconocimiento... por lo que hemos podido descubrir y afirmar este hecho" [23]. El culto revolucionario a la violencia, la exaltación de la revuelta por la revuelta, el odio a la razón eran demasiado peligrosos para entregarse a ellos.

Su aversión hacia la filosofía de los años sesenta fue en aumento con el avance de la década. En 1962 había conocido a Herbert Marcuse en Harvard, el cual le pareció un simpático intelectual alemán de café. Cuando Marcuse fue ascendiendo en su papel de gurú de la revolución estudiantil, Berlin se sintió cada vez más decepcionado. Después, en 1969, leyendo un número de la revista *Encounter*, Berlin topó con el comentario de Marcuse de que "el mundo de los campos de concentración no constituía una sociedad excepcionalmente monstruosa. Lo que vimos allí era la imagen, en cierto sentido la quintaesencia, de la sociedad infernal en la que estamos inmersos a diario" [24]. Esto provocó en él una rara explosión de furia intelectual. En una carta a Jean Floud, Berlin exclamaba:

> ¿Por qué se le ha confiado *nada* a semejante hombre? ¿Le creerías capaz de decir la verdad o comportarse honorablemente en *ninguna* circunstancia? ¡De modo que un viejo encantador! Que se vayan todos al infierno... [25]

En uno de los escasos ejemplos de auténtica perorata de su correspondencia se dedicaba a vilipendiar el entorno que había producido a Marcuse:

> ¡Esa *Mitteleuropa* terriblemente retorcida en que nada es claro, sencillo, veraz, todas las relaciones humanas y todas las posturas políticas están deformadas en contornos horrendos por estos atroces damnificados que, debido a que *ellos* están tullidos, no reconocen nada puro y firme en el mundo!

No era sólo Marcuse, sino también Hannah Arendt en quien pensaba Isaiah. La había conocido en 1942 cuando ella trabajaba en la organización sionista de ayuda a damnificados y posteriormente la había visto a principios de los años cincuenta, cuando ella formaba parte del círculo de la revista *Partisan Review* junto a Dwight MacDonald y Mary McCarthy. Cuando la vio por segunda vez, ella había abjurado de su sio-

nismo y Berlin desconfiaba de alguien que hubiera cambiado de posición en una cuestión tan fundamental [26]. Creía además que algunas de las ideas de Arendt —por ejemplo, que la Grecia clásica no tenía respeto ante el trabajo— eran erróneas y este hecho debilitaba algunos libros muy elogiados como *La condición humana.* Su antipatía culminó con el libro de 1962 *Eichmann en Jerusalén: Informe sobre la banalidad del mal.* Isaiah había estado también en Israel durante el juicio de Eichmann y, como a Arendt, le había impresionado la banalidad del acusado, aquel hombre con gafas metido en una jaula de cristal. Pero le indignó profundamente el argumento de Hannah Arendt de que los judíos europeos podrían haberse resistido al Holocausto con mayor contundencia; eso sólo podía tomárselo personalmente. La idea de que su propia gente, los dulces, inofensivos y poco heroicos Volschonok y Schneerson de Riga, pudieran ser criticados desde la seguridad de Nueva York por no haber hecho frente a las SS le parecía un modelo de presunción moral monstruosa [27]. No era posible hacer juicio moral alguno desde una situación de seguridad sobre la conducta de seres humanos en una situación de peligro. Ni siquiera la colaboración activa podía ser condenada sin más [28].

Esta antipatía hacia los intelectuales de moda de los años sesenta —Arendt y Marcuse— se ahondaba en algo que se aproximaba a desesperación intelectual cuando contemplaba a los estudiantes revolucionarios. Berlin estaba en Estados Unidos cuando un grupo de estudiantes negros armados tomó el *campus* de Cornell; sus compañeros de Harvard le dijeron que temían que los estudiantes pudieran prender fuego a los libros de la Biblioteca Widener; fue testigo de cómo la preocupación seria por la reforma universitaria de los estudiantes moderados era secuestrada por un nihilismo violento, que rehuía incluso justificar su propia destructividad. Como escribió a Bernard Williams desde Nueva York a principios de 1969:

> ¿Hay algo que verdaderamente no entendamos en las personas que se niegan a dar respuestas racionales a toda pregunta

sobre lo que quieren, cómo pretenden lograrlo, cuáles [son] sus principios, cómo calculan el coste moral? [29]

La experiencia toda de los años sesenta le hizo desagradablemente consciente de que no había comprendido las consecuencias nihilistas que había tenido el amor de los románticos a la sinceridad y la autenticidad. En las figuras barbadas, con algo de Cristo, que deambulaban por los *campus* y las calles de Nueva York, Berlin veía el Romanticismo llevado a su extremo [30]. En una carta a su vieja amiga Niouta Kallin, con quien había hecho programas radiofónicos en la BBC, Isaiah confesaba la profundidad de su extrañamiento respecto al nihilismo romántico de su tiempo:

> Me deprime el rápido ascenso de la barbarie —que me atrevo a decir, toda generación tiene— entre los jóvenes. Los revolucionarios de mis días tenían cierto respeto por el conocimiento y la inteligencia y procuraban aprender del enemigo con objeto de emplear sus mismas armas —fueran éstas las que fueran— filosofía o historia, matemáticas o tecnología, para sus propios fines. Esta generación es satisfechamente ignorante, utiliza fórmulas mecánicas para deshacerse de todo lo que pueda ser difícil o complicado, detesta la historia en general, desea desprenderse del pasado [lo cual entiendo tratándose de una vuelta a un pasado aún más remoto]. ¡No se puede regresar al futuro ni servirse de él, no es más que una palabra hueca! Los viejos nihilistas al menos creían que respetaban la ciencia; éstos confunden la crudeza con sinceridad y cuando se menciona la palabra cultura sus manos se disparan automáticamente hacia un adoquín. Pero no quiero continuar con mis lamentaciones, que recuerdan a uno de esos liberales destartalados de Turgénev. [31]

En cuanto al asunto más importante de la época —Vietnam— Berlin adoptó una postura que no satisfacía a nadie, ni siquiera a él mismo. Algunos de los norteamericanos con quienes tenía mayor amistad en los años sesenta —como

Robert Silvers, fundador y director del *New York Review of Books*— eran apasionadamente contrarios a la guerra. Otros, como Arthur Schlesinger y McGeorge Bundy, se sentían abrumados por su aportación a la escalada de la intervención estadounidense en Vietnam durante la presidencia de Kennedy; mientras que otros, como Joe Alsop, eran partidarios intransigentes de continuar hasta una victoria militar. Berlin se felicitaba de seguir en términos amistosos con personas que apenas toleraban el estar en la misma habitación [32]. Pero su distanciamiento irritaba a todos los que creían que estaban en juego cuestiones excesivamente serias para distanciarse.

En 1967 le pidieron que participara en el libro *Authors Take Sides on Vietnam*, una colección de declaraciones a favor y en contra de la guerra escritas por prominentes figuras intelectuales de ambos lados del Atlántico. En su breve y equívoca contribución, Berlin sostenía que Vietnam era una cuestión mucho más ambigua que España en 1936. En aquel entonces, él había tenido la certeza de que había que ayudar a la España republicana. En el caso de Vietnam, creía que Estados Unidos no debía haber intervenido pero que, habiendo adquirido este compromiso, no podía retirarse precipitadamente, si no se quería que los vietnamitas del sur fueran masacrados por las fuerzas comunistas. Aceptaba Berlin las premisas básicas de ambas partes: que la intervención norteamericana era desacertada; y también que la teoría del dominó —la probable caída de otros regímenes prooccidentales de la región a raíz de una victoria comunista en Vietnam— era cierta. Sencillamente, no veía cómo la política norteamericana podía evitar que cayeran las piezas del dominó. Esta postura no convenció ni a los estudiantes radicales ni a sus amigos conservadores como Alsop [33].

Berlin quería creer que el resentimiento tanto de la izquierda como de la derecha reivindicaba la moderación y el buen sentido de su posición, pero en realidad se sintió muchas veces solo y ambiguo en una atmósfera moral de faccionalismo apasionado y sinceridad intensa. Al político cana-

diense John Roberts, que había hecho estudios graduados en Oxford, le dijo bromeando que le estaban tratando "como a un viejo mastodonte del liberalismo", como un "último y débil eco de J. S. Mill al que hubiera que dar un trato cuidadoso como vieja reliquia inocua y respetable" [34]. Lo decía en broma, desde luego, pero no del todo.

Berlin percibió antes que la mayoría que todo el periodo de la Guerra Fría estaba llegando a su fin. Como escribiera a McGeorge Bundy, "la guerra fría cultural —dos grandes ejércitos operando uno contra el otro— me parece fragmentada en confusas escaramuzas que surgen por doquier, dentro de los viejos ejércitos y entre ellos" [35]. Ya no sabía con cuál de los ejércitos enfrentarse. Un síntoma de la nueva confusión era el espectáculo de los estudiantes en Francia o Italia, salidos en general de la burguesía, marchando hacia la batalla revolucionaria, en última instancia contra los reaccionarios de los sindicatos dominados por los comunistas. Como Isaiah decía en una carta al historiador italiano Franco Venturi, "la rebelión de la burguesía arrepentida contra el proletariado satisfecho y opresivo es uno de los fenómenos extraños de nuestra época" [36].

Al pasar de los años sesenta a los setenta, Berlin se sintió cada vez más identificado con la figura de Turgénev, otra persona que había tenido que soportar los recelos y la antipatía de izquierdas y derechas. A su amigo, el historiador polaco del paneslavismo Andrzej Walicki, Berlin confesó:

> No dejo de pensar en Turgénev: atrapado en una situación no muy distinta a la nuestra, incapaz, como él mismo dijo, de "simplificarse", constantemente atacado por ambos lados, constantemente ansioso de complacer a los jóvenes y, no obstante, cuando la crisis surge, incapaz de comprometerse del todo, si bien perfectamente capaz de rebajarse ante la autoridad e incurrir en la ira de Herzen y los que estaban a la izquierda de éste [37].

En octubre de 1970 Berlin eligió, para la conferencia Romanes, pronunciada ante una sala atestada de público en el

Sheldonian Theatre de Oxford, el tema de "Padres e hijos" en la literatura de Turgénev. Esta disertación era una defensa de la moderación liberal en una era radical [38]. Berlin trazó paralelos transparentes entre la perplejidad de Turgénev ante los radicales de la década de 1870 y la suya propia. Como Turgénev, a Isaiah le fascinaban los temperamentos radicales, pero era incapaz de serlo. Como Turgénev, tenía un don sobrenatural para la empatía, "la capacidad para entrar en creencias, emociones y actitudes ajenas y en ocasiones fuertemente antitéticas con las suyas" [39]. Como Turgénev, no podía entregarse al radicalismo lo suficiente para rendir su escepticismo distanciado e irónico.

El ensayo sobre Turgénev era también un retrato oblicuo del temperamento liberal, de la psicología que debían mostrar los buenos ciudadanos en un sistema político liberal. La empatía era, para Berlin, la aptitud liberal esencial: la capacidad para ser abierto, receptivo, no temeroso ante opiniones, temperamentos y pasiones ajenos a los propios. La empatía te obligaba a abandonar el recuento de la razón liberal misma con objeto de comprender la limitada vigencia de la razón en un mundo impulsado por la convicción apasionada y la intensidad radical. La empatía de esta índole no implicaba indulgencia relativista: significaba dilucidar desapasionadamente lo que era posible y no era posible negociar cruzando las fronteras entre diversas convicciones. El resultado era una psicología moral de la vida liberal que, aun siendo asistemática, era tan profunda como todo lo que guardaba el canon liberal desde la *Teoría del sentimiento moral* de Adam Smith [40].

Turgénev dio ocasión para otro encuentro aún más íntimo con otro dilema liberal: el problema del valor. Durante toda su vida, se había acusado a Turgénev de congraciarse con las autoridades y los revolucionarios a la vez, y de no haberse granjeado la confianza de ninguna de las dos partes. Incluso Herzen, que respetaba su genio literario, consideraba a Turgénev una especie de solterona ambigua en política. Ésta era, con toda crudeza, la acusación que se susurraba a espaldas de Berlin durante su continuado ascenso a través de las capas

altas de la vida inglesa: que había estado con tirios y troyanos; que había querido que se le considerase un hombre de izquierdas, pero que en realidad se sentía más cómodo entre las derechas. Todos estos defectos se resumían en una sola acusación: que carecía de valor existencial para presentar cara a las cosas.

La inculpación de cobardía le preocupó toda la vida. Pero su obra no tiene la hechura de un hombre ansioso por complacer a cualquier precio. Su teoría liberal era intransigente en su énfasis en la necesidad de elección trágica y en su defensa de la libertad negativa frente a la libertad positiva. Sus afirmaciones teoréticas fueron siempre más provocadoras que acomodaticias: eran obra de un espíritu dispuesto a llevar su escepticismo muy, muy lejos; y, en las polémicas esenciales de su vida —con E. H. Carr, Isaac Deutscher, T. S. Eliot, Arthur Koestler, Adam von Trott— Berlin no cedió terreno jamás. Ni había sido tampoco un *suiviste* convencional: había seguido su profesión en sus propios términos. Dejó la filosofía académica para seguir la senda fuertemente idiosincrática de su propio terreno fronterizo entre la historia y la filosofía, sin mentores que le guiaran ni discípulos que le siguieran. Quizá todo esto no exigiera valor pero indica indudablemente un talante dispuesto a correr riesgos intelectuales. Berlin sabía también sobre riesgos en la vida personal. Buscó el amor de una mujer casada y con hijos a la que al fin hizo su esposa. De todos los riesgos a los que se expuso, aquel fue el que más le mereció la pena.

Pero la cuestión del valor le produjo auténtica angustia [41]. Éste es un hecho interesante en sí mismo: el que pensara que la inteligencia y los logros no podían redimir los fallos de voluntad. Había sido una cuestión que también había atormentado a su héroe, Turgénev. En los últimos años de su vida, cuando sabía que estaba muriéndose de cáncer, Turgénev dictó una narración titulada "Fuego en el mar", que relataba la experiencia de un joven ruso a bordo de un transbordador del Báltico que se incendia en una travesía de San Petersburgo a Lübeck. Turgénev recreaba todo el terror del joven cuan-

do las personas adultas que había a su alrededor perdían la compostura y la dignidad. Según rumores maliciosos, Turgénev había sobrevivido a un fuego exactamente de este tipo prometiendo a un marinero la mitad de su fortuna si le salvaba de las llamas. "Fuego en el mar" era, por tanto, el intento de un hombre moribundo de hacer frente a los rumores de cobardía que le habían obsesionado toda su vida. Lo que parece haber atraído a Berlin del relato de Turgénev era su conmovedora franqueza sobre los defectos de su juventud. Sí, admitía Turgénev, había perdido momentáneamente la cabeza, y en efecto había ofrecido dinero a un marinero para que le salvara. Pero había recuperado la compostura en unos segundos y después ayudado a los demás a subir a los botes salvavidas antes de hacerlo él mismo. Berlin tradujo este cuento y lo leyó en la radio de la BBC en 1956, reeditándolo posteriormente él mismo con una nota introductoria. En dicha nota, sostenía que Turgénev "describe su propia conducta como la de un joven inocente, confundido, de temple romántico, ni héroe ni cobarde, levemente cínico, ligeramente absurdo, pero sobre todo amable, solidario y humano" [42]. Más allá de identificarse con la defensa que hacía el hombre viejo de su persona en la juventud, Berlin comprendía obviamente que allí estaba en juego una cuestión más trascendente. Lo importante era que los criterios románticos de heroísmo eran una forma de tiranía moral: no había que juzgar a los hombres por su disposición a arriesgar la vida, sino por si eran capaces de mantener la sensatez, moral y política, cuando los demás la perdían. Por estos criterios modestos, pero no exentos de rigor, ambos hombres pasaban la prueba que ellos mismos habían fijado.





17. WOLFSON, 1966-1975

En el otoño de 1965, mientras Isaiah estaba en Princeton, recibió una llamada telefónica del vicerrector de Oxford con una propuesta insólita: ¿estaría dispuesto a considerar el nombramiento de primer director del Iffley College? Se trataba de una institución nueva, que apenas empezaba su andadura, una de las dos creadas para dar residencia a los profesores que enseñaban en las facultades de Oxford pero no estaban adscritos a ninguno de los colegios existentes, porque trabajaban en asignaturas para las que no había suficiente demanda estudiantil. Unas dos terceras partes de dichos profesores pertenecían a medicina y ciencias naturales y el resto estaban dispersos en diversas disciplinas de humanidades, en la administración universitaria y en ciencias sociales. Iffley debía también proporcionar alojamiento a los estudiantes graduados que estudiaban dichas especialidades. La presidencia había sido propuesta a un químico teórico, pero éste había rehusado cuando la universidad se declaró incapaz de reunir los fondos necesarios para el edificio de este nuevo colegio. Los nuevos *fellows* de éste sugirieron entonces el nombre de Berlin [1]. Pero Iffley apenas existía: sus estatutos fundacionales acababan de ser ratificados en mayo; no tenía instalaciones propias con fines específicos, sino simplemente una antigua casa reconvertida en el número 15 de Banbury Road. La universidad había asignado un solar considerable para un futuro edificio colegial, pero estaba fuera de Oxford y, aunque



cuatro de las grandes instituciones oxonienses —los colegios de Merton, All Souls, Christ Church y St. John's— estaban aportando fondos para contribuir a los costes corrientes de Iffley en sus primeros años, el capital era insuficiente para un edificio nuevo [2].

La primera impresión de Berlin fue que Iffley no podría ser nunca más que "una papelera" [3] donde la universidad depositara a todo el profesorado que no pudiera encontrar lugar en ninguno de los colegios de verdad. A lo largo de los años sesenta, las facultades de ciencias fueron creciendo, y aumentando el número de estudiantes en ellas, pero Oxford no estaba respondiendo suficientemente a estas presiones. Si no se hacía algo, pronto habría demasiadas personas que, aunque enseñaban en Oxford, carecían de adecuadas instalaciones colegiales propias.

No está claro por qué esta cuestión pudo interesar a Berlin. Sentía escasa curiosidad por las ciencias y desde luego no tenía buenos amigos entre los científicos. En cuanto a las ciencias sociales, era de siempre un escéptico [4]. Doce años antes había rehusado la oportunidad de ocupar la presidencia de otra casa de Oxford, el Nuffield College [5]. Y ahora se encontraba con la oferta de dirigir un cajón de sastre desde una casa con fachada de estuco situada en Banbury Road. A primera vista, la propuesta parecía absurda.

Para sorpresa patente del vicerrector, y quizá para la suya propia también, Berlin respondió que lo consideraría. A Aline le dijo que tenía la idea de convertir aquello en un colegio graduado serio. A su regreso de Estados Unidos se reunió con una delegación de miembros, encabezada por Frank Jessup, y descubrió que eran el tipo de personas afines a él: nada estiradas, inteligentes, con sentido del humor y —respecto a la cuestión de estar excluidos de la vida colegial de Oxford— justificadamente indignados. Cuando se quejaron del trato que recibían en otros colegios, Isaiah lo comprendió perfectamente por razones íntimamente ligadas a sus propios recuerdos de haber sido foráneo. Los pretextos que alegaban los colegios ante aquellos científicos —"trabajan en laborato-

rios, no vienen mucho al colegio... no hay sitio en la *common room*" *— le sonaban a Berlin exactamente como las excusas que presentaban las naciones ricas para denegar asilo a los inmigrantes [6]. Esta reunión parece haber sido la que le decidió. Como el expatriado que era, entendía particularmente bien el sentido de pertenencia: la oportunidad de crear una nueva comunidad para los que carecían de ella le resultó de pronto profundamente atractiva. Pero permanecer en el 15 de Banbury Road y dirigir el colegio como un club de científicos sin hogar no era una posibilidad que Berlin estuviera dispuesto a contemplar. Así pues, puso una condición: si no conseguía reunir el dinero necesario en seis meses no había trato [7].

Cuando se enteró de que Berlin estaba considerando aceptar Iffley, el distinguido historiador Alan Bullock dijo que estaba siendo "quijotesco"; al filósofo Herbert Hart el puesto le parecía "repugnante"; Maurice Bowra dijo que no entendía cómo podía dejar el esplendor de All Souls por una casa miserable allá en Banbury Road; William Hayter, *warden* de New College, creía que Berlin estaba loco; y Marcus Dick, filósofo del colegio Balliol, estalló: "La idea de que pierdas tus extraordinarias dotes y tiempo en reuniones del colegio y en comités me horroriza" [8].

Berlin tuvo que dar algunas explicaciones. Protestó que estaba cansado de su cátedra: dar clases a estudiantes no graduados se había convertido en una carga, y tenía la impresión de que era demasiado historiador para una cátedra cuyo verdadero centro de gravedad era la teoría y la filosofía política [9]. Un profesor de ciencias políticas debía propagar doctrina, dijo, y él no disponía de nada que propagar. Además, en Oxford no había interés en la historia de las ideas. Se sentía aislado y sólo en Estados Unidos tenían alguna repercusión sus ideas. Así pues, si conseguía fondos suficientes, su plan era aceptar el puesto de Iffley y mantener sus clases en

---

* Sala de los colegios a la que tienen acceso todos los miembros de una categoría determinada para fines sociales o profesionales. *(N. de la T.)*

la City University de Nueva York durante un semestre de cada seis.

Confesaba sentir pena ante la idea de abandonar All Souls y renunciar a sus habitaciones con la hermosa vista del patio interior y de la Radcliffe Camera. Pero aparte de eso, estaba listo para marchar. Se sentía desilusionado por lo que a él le parecía el estancamiento mediocre que se había instalado en su colegio. Cuando All Souls denegó un *fellowship* a un brillante, aunque difícil, austriaco dedicado a la lógica, a Berlin le pareció que el colegio había sacrificado sus estándares intelectuales [10]. A mediados de los años sesenta All Souls era objeto de crecientes críticas por negarse a compartir sus bienes con la universidad y por no hacer nada a favor de los estudios posgraduados. Berlin consideraba que era ya tiempo cumplido para una reforma. Se presentaban tres posibilidades: la primera, que empezara a aceptar estudiantes graduados y a ofrecer estudios de posgrado. Esta propuesta, apoyada por Berlin, no llegó a nada. La segunda posibilidad, un matrimonio entre St. Antony's College y All Souls para crear un Instituto de Estudios Avanzados en Oxford al estilo del existente en Princeton, fue rechazada por ambos colegios. La tercera opción, abrir All Souls ofreciendo puestos a investigadores visitantes, fue la favorecida y empezó a funcionar en 1967. Comprendiendo que All Souls no iba a hacer nada más por los estudios posgraduados, Berlin se apresuró a aceptar la oferta de Iffley: ésta iba a darle la oportunidad de fundar por sí solo un colegio de posgrado [11].

Como siempre, tuvo suerte: el momento resultó ser extraordinariamente propicio. Era ya evidente que el informe de lord Franks sobre el estado de la educación en Oxford —que iba a publicarse en junio de 1966— iba a recomendar un sustancial aumento en la dedicación de esta universidad a estudios posgraduados, especialmente en las ciencias [12]. Berlin había hablado sobre las medidas a recomendar con su amigo Jean Floud, que formaba parte de la Comisión Franks. Y ahora se daba cuenta de que hacer algo por los estudiantes graduados y los *non-dons*, profesores del claustro que carecían

de puesto en los colegios, podía ser una forma de devolver a Oxford lo que la universidad había hecho por él. Escribió a Marcus Dick que si podía contribuir algo a Oxford de carácter concreto y perdurable, "me sentiría mejor sobre mi vida en general. Mejor que si hubiera escrito tres libros buenos" [13]. Esto era lo que decía en público, pero en privado confesó: "Tengo un deseo secreto de huir de algo, supongo, aunque lo racionalice, como es natural, diciéndome que es altruismo del más puro" [14]. De lo que huía pudo haber sido el proyecto del Romanticismo, cuyos imponentes perfiles empezaban a parecerle temibles. En todo caso, sus dudas sobre sí mismo en tanto que intelectual se habían acrecentado con los años. Como confesaba a un corresponsal en 1963: "No tengo el menor asomo de fe en nada de lo que yo escribo. Es exactamente como el dinero: si lo haces tú, parece falso" [15]. Dirigir un colegio le ofrecía una salida meritoria. Sería un error considerar el siguiente decenio como un ejercicio en huida o sublimación. Como muchos intelectuales, Berlin anhelaba demostrar su capacidad para los asuntos prácticos. Tras una vida de evadir responsabilidades conscientemente, ahora las buscaba, y en condiciones de riesgo, no haciéndose cargo de una institución oxoniense establecida, sino fundando una prácticamente a partir de cero.

El primer problema que había que superar era el del solar de Iffley, que era demasiado reducido y estaba a dos millas de la ciudad. Había que encontrar un emplazamiento más cercano a Oxford si querían atraer donantes y si el colegio tenía que formar auténticamente parte de la universidad. Una vez más, se mantuvo la buena suerte de Berlin. En noviembre, precisamente cuando aceptaba la oferta de Iffley con condiciones, la familia Haldane accedió a vender a la universidad el usufructo de una finca de nueve acres situada al final de Linton Road en la zona norte de Oxford. Después de unas cuantas maniobras políticas, el lugar quedó a disposición del nuevo colegio [16]. La residencia de los Haldane, una gran mole de ladrillo en la que el científico John Scott Haldane había llevado a cabo durante la I Guerra Mundial sus experi-

mentos sobre el efecto de los gases tóxicos en la respiración humana, tendría que ser demolido y levantado un edificio nuevo en los terrenos de prados y marismas que descendían hasta el río Cherwell [17]. ¿Mas dónde encontrar el dinero para todo ello?

Berlin no había tenido que recaudar fondos en su vida. Había llegado el momento de utilizar sus conexiones. Lo primero fue ponerse en contacto con McGeorge Bundy, por entonces a punto de incorporarse al puesto de presidente de la Fundación Ford [18]. Berlin conocía a Bundy desde Harvard y habían mantenido su relación cuando Bundy estaba en la Casa Blanca. Berlin sentía gran respeto por Bundy como administrador y como asesor de presidentes, pero su sincera valoración, comunicada a Maurice Bowra en 1963, había sido que "evidentemente, no tiene reparos en caminar sobre cadáveres". No tenía nada que decir, añadió Berlin, siempre que el cadáver no fuera el suyo [19].

Su apelación a la Fundación Ford explotaba la *noblesse oblige* norteamericana hacia el debilitado aliado británico: hacía falta un colegio nuevo para evitar la salida de cerebros de los mejores científicos e intelectuales de Gran Bretaña; hacía falta para la renovación de la propia universidad de Oxford [20]. Éstos eran argumentos persuasivos, pero lo más persuasivo de todo era Berlin mismo. Su presencia hacía la propuesta intelectualmente respetable. Como Ford dejó muy claro posteriormente, la presencia de Isaiah era la condición *sine qua non* para su decisión de participar en el proyecto [21]. Otra vez, el sentido de la oportunidad y la suerte de Berlin fueron increíbles: como presidente en ciernes, Bundy vivía una luna de miel con los miembros de su Patronato, que le permitió ganar su aprobación [22]. En febrero de 1966 Bundy había conseguido el compromiso de Ford en el proyecto, siempre que se encontrara algún donante británico que aportara fondos por la misma cantidad.

Berlin, siendo la figura judía más respetada de la vida intelectual inglesa, sabía que tenía francas las puertas de la filantropía judía. Así, traspasó directamente la puerta más formi-

dable de todas, dirigiéndose a sir Isaac Wolfson, presidente fundador de Great Universal Stores. Wolfson era un hombre de Glasgow astuto y devoto, lleno de humor y vitalidad, que había hecho una gran fortuna por obra de su enorme audacia y agudeza en el comercio detallista y por correo. La Fundación Wolfson existía desde 1955 y había hecho sustanciosas concesiones a los colegios de Oxford y Cambridge. Su fundador había llegado a una etapa de su vida en que quería poner broche de oro a sus buenas obras universitarias. Isaac Wolfson le recordaba a Isaiah un gran príncipe mercantil de la Edad Media, mientras que su hijo parecía un hombre de negocios moderno, puntilloso, si bien callado e inescrutable [23]. En la primera comida que tuvo con Leonard Wolfson en el Ritz, Isaiah le presentó la perspectiva de asociarse a una empresa conjunta con la mayor de las fundaciones norteamericanas. Wolfson dijo que había una condición: Iffley tendría que llamarse Wolfson College [24]. Berlin accedió de inmediato, y recordaba haber dicho: "Si quiere inmortalizar su nombre, un colegio es mejor que un hospital. Wolfson College será efectivamente inmortal" [25]. En febrero de 1966 Isaac y Leonard Wolfson habían llegado a un acuerdo tentativo, pendiente de la aprobación de su patronato.

Pero la euforia resultó breve. A oídos de Isaac Wolfson llegó que Anthony Crosland, secretario de Estado para Educación del Gobierno laborista, creía que el dinero debía dirigirse hacia las universidades "de ladrillo rojo" (las que no eran Oxbridge) [26]. Sir Solly Zuckerman, principal asesor científico del gobierno, catedrático de Birmingham y miembro del patronato de la Fundación Wolfson, sostenía también que había que canalizar el dinero hacia otras universidades [27]. Lo irónico del caso era que el resentimiento de Zuckerman hacia Oxford podría deberse en parte al hecho de que, siendo un joven profesor de prácticas de anatomía, había sido uno de esos *non-dons* sin afiliación académica a ningún colegio [28]. Esto no le hacía un contrincante menos feroz en el proyecto mismo que tenía el fin de remediar la injusticia que él creía que se le había hecho. Su oposición se reveló formi-

dable, especialmente porque Oxford en general se encontraba a la defensiva en medio del *êthos* igualitarista de la época. Isaiah estaba francamente exasperado, como confesó a un amigo:

> Es imposible hacer entender en Estados Unidos el enorme grado de prejuicio contra Oxford y Cambridge del actual Gobierno laborista —la igualdad es una idea noble— y en beneficio de la misma Oxford y Cambridge necesitan reformas, pero cuando el deseo de justicia social adopta formas rencorosas y emotivas, genera represión y perjuicios gratuitos más que reforma [29].

A lord Franks, que por entonces terminaba su informe sobre la universidad, escribió Isaiah que "la moda es en pro del igualitarismo — donde podría muy bien resultar fatal—" [30]. El colegio propuesto sería como Covent Garden, decía Berlin, un centro nacional de excelencia, pero, como ocurre con todos los centros de esta clase, no podía dejar de provocar la ira de cierto tipo de socialdemócrata igualitarista. De hecho, los planes de Berlin también lo eran. No habría *high table** en el comedor; los cónyuges tendrían derecho al uso de la *common room;* habría una guardería para niños y alojamiento para familias. En esta congregación habría auténtica democracia.

Pero en el invierno de 1966 todo aquello pertenecía aún al reino de las sanas intenciones. El riesgo consistía en que la Fundación Wolfson se desmarcara del proyecto del todo. Para salvar al colegio, Berlin tuvo que recurrir a reservas de sagacidad política que sus amigos ignoraban que tuviera. Movilizó a todos los presidentes de colegios de Oxford, junto a dos científicos galardonados con el Premio Nobel —sir John Cockroft, de Cambridge, y lord Florey, rector de Queen's College— en pro de la propuesta; y después acudió a Crosland y logró hacerle cambiar de parecer [31]. Finalmente, sa-

* En los comedores de los colegios, una mesa situada sobre una plataforma, a mayor altura que las demás, destinada a los *fellows* e invitados ilustres. *(N. de la T.)*

biendo hasta qué punto podía ser importante para los Wolfson que el propio primer ministro, Harold Wilson, diera su aprobación, Berlin se puso en contacto con Thomas Balogh, principal asesor económico de Wilson, y le pidió que intercediera.

Isaac Wolfson llamó a Berlin unos días después quejándose de haber recibido una llamada telefónica de un comunista húngaro. Era Balogh. Y después telefoneó Balogh, igualmente irritado, para decir que Isaac Wolfson había sido descortés con *él*. Agarrándose a un clavo ardiendo, Berlin sugirió absurdamente que Wolfson le habría confundido sin duda con Max *Beloff* y rogó a Balogh que volviera a intentarlo. Éste cumplió su palabra. Cuando Wolfson le preguntó si él estaría dispuesto a meter *su* dinero en el colegio, Balogh respondió que desde luego lo estaría, porque en él "se unirían calidad y democracia" [32]. El propio Berlin no habría podido expresarlo mejor. En breve, Wolfson recibió una llamada del primer ministro asegurándole su apoyo —aunque Wilson rezongó, cuando conoció a Berlin, que había habido que retorcer muchos brazos para llegar a ese punto—. Y sin duda así era, pero el colegio volvía a estar en marcha.

Todavía faltaba someter la propuesta ante la reunión plenaria del patronato de la Fundación Wolfson, fijada para junio de 1966. McGeorge Bundy vino de Nueva York, mientras Berlin volaba desde Jerusalén aquejado de neumonía. Los Wolfson, padre e hijo, se mantenían en silencio, observando la refriega. El único contrario fuerte que quedaba era Zuckerman. El desarrollo de los acontecimientos se benefició de que Bundy hubiera cobrado una antipatía inmediata y sostenida hacia Zuckerman. Ambos habían asistido a las reuniones celebradas en las Bahamas entre el presidente Kennedy y el primer ministro Macmillan en 1962, y Bundy había salido de ellas convencido de que Zuckerman no era de fiar [33]. Todo el resentimiento contenido de Zuckerman hacia Oxford afloró entonces y se lanzó a una diatriba virulenta contra esta universidad, que calificó de cementerio de la ciencia británica. Sir John Cockroft le escuchó y después murmuró desde el

extremo opuesto de la mesa: "Solly, ha ido usted demasiado lejos" [34]. Y desde luego, así era. Cuando le llegó su turno, Bundy hizo caso omiso de Zuckerman y declaró el firme respaldo de la Fundación Ford. Después se volvió hacia Leonard Wolfson y le preguntó si él estaba a favor. Cuando Wolfson dijo que lo estaba, Zuckerman recogió sus papeles y salió enfurecido de la sala, recordaba muy contento Berlin, como el malo de grandes bigotes de un melodrama. Todo este tiempo Berlin —que se sentía más muerto que vivo a causa de la pulmonía— no había dicho una sola palabra.

Los hechos estaban consumados. Ford había comprometido 4,5 millones de dólares y Wolfson 1,5 millones de libras. Era la mayor obra social de la Fundación Ford en Europa y la mayor donación a Oxford desde la fundación del Nuffield College. Las cartas de felicitación de amigos asombrados, y hasta celosos, empezaron a afluir [35]. Otros colegios, en especial St. Antony's, que había estado solicitando fondos a la Ford durante años, quedaron desconcertados ante el éxito de Berlin, y para enmendar esta situación, Berlin intercedió ante Bundy. Ésta fue una de las razones por la que St. Antony's recibió posteriormente 3 millones de dólares de la Fundación Ford [36].

En julio de 1966, Iffley College fue rebautizado Wolfson, Berlin aceptó la presidencia del mismo y en el otoño la joven institución se instaló en su nido temporal de Banbury Road. Allí estaban apretados: había treinta y seis *fellows* y era imposible que pudieran alojarse todos en una casa con solamente seis habitaciones modestas. Pero el sótano se habilitó para la *common room* y la situación de estrechez produjo una especial camaradería.

Habiendo ya encontrado el dinero, Berlin tenía que reclutar un equipo y consiguió una junta de patronos de lujo: Leonard Wolfson, dos científicos premios Nobel, lord Florey y Peter Medawar, junto a dame Janet Vaughan del Colegio Somerville. Para darle a la junta un contrapeso de *savoir-faire* mundano trajo a dos de sus amigos más antiguos, Sylvester Gates, vicepresidente del National Westminster Bank, y al parlamentario sir John Foster, antiguo compañero y mentor

suyo de All Souls [37]. Berlin tuvo el buen juicio de comprender que él no tenía madera de administrador. Como mano derecha eligió al historiador de Corpus Christi Michael Brock, a quien nombró vicepresidente y tesorero. Berlin demostró ser un agudo observador del carácter, porque Brock era un hombre meticuloso, metódico, muy trabajador, leal y ya versado en las complejidades de la política universitaria.

Una vez elegido el equipo, su tarea más apremiante era encontrar un arquitecto. La mayoría de los edificios universitarios de los años sesenta en Inglaterra habían padecido la parsimonia impuesta por los límites de los gastos gubernamentales, y Berlin estaba decidido a crear una institución que superara el modernismo barato y pronto deteriorado de tantas de las nuevas universidades. Él y sus compañeros se pusieron seriamente manos a la obra de encontrar un arquitecto. Buscaban a alguien que pudiera traducir el colegio oxoniense a un lenguaje moderno. Se mencionaron grandes nombres de la arquitectura —I. M. Pei, Gordon Bunshaft y Philip Johnson— [38], pero Berlin advirtió en contra de elegir a nadie que se creyera un Miguel Ángel y que considerara a los miembros de Wolfson una versión muy deficiente del Papa [39]. Él y su equipo de confianza hicieron recorridos en autobús, contemplando muchos ejemplos lamentables de brutalismo moderno, en Inglaterra y en lugares tan alejados como Finlandia y Holanda.

El edificio que más les impresionó fue el Cripps Building de St. John College, en Cambridge. Era elegante, discretamente emplazado y parecía emanar de una auténtica comprensión de la vida colegial. Cuando hicieron el recorrido, la preocupación de Berlin por el detalle fue reveladora: preguntó sobre la insonorización, quiso ver las habitaciones de los estudiantes, los cuartos de baño y los espacios de estudio y recorrió con la mano el revestimiento de mármol travertino del exterior [40]. Debido a que había sido sufragado por un donante particular y un colegio rico de Cambridge, el Cripps Building tenía la espléndida buena terminación y falta de ostentación que Berlin buscaba. En mayo de 1967 la junta de *fe-*

llows y los patronos de Wolfson se decidieron por los arquitectos del edificio de St. John's, Philip Powell e Hidalgo Moya. Estos dos hombres se mostraron entusiastas: no se daba todos los días que se pidiera a un arquitecto que proyectara toda una comunidad académica. Se aprobó un plan de emplazamiento, trazando los patios, las alas de estudios-dormitorio, la biblioteca y el rasgo más característico: un atracadero deportivo, con aspecto de puerto, para los típicos *punts*, o bateas, que en lugar de llevar el edificio al río, traía el río hasta el edificio. Terminada la demolición de la lúgubre mole de los Haldane, en mayo de 1968 la Reina puso la primera piedra, ante la mirada de Berlin y Wolfson.

La participación de Berlin en los detalles y el plan arquitectónico fue asidua y apasionada. En especial, le preocupaba la "forma de manivela" del bloque B. A lo largo del verano de 1968, mientras iba tomando forma el diseño final en el despacho de los arquitectos, Berlin envió a Powell y Moya un río de postales desde la casa de verano que tenía con Aline en Paraggi. Todas ellas mostraban una vista aérea del puerto cercano de Portofino, y Berlin insistía en llamar su atención sobre la suave curva que describían los edificios en torno al puerto. "Ven ustedes", escribía a los dubitativos arquitectos, "así es como debe hacerse". En lugar de forzar un "rigor rectilíneo sobre el edificio", por qué no imitar la curvatura renacentista del puerto, mucho más apropiada para el "escenario silvano" del río Cherwell. Estas postales son un ejemplo interesante de la técnica persuasiva de Berlin, ligera, humorística pero implacable. Al final los arquitectos cedieron, y cuando este bloque se levantó en la ribera del Cherwell tenía una forma suavemente curvada. En la tradición de este colegio llegaría a conocerse como el Muro de Berlin [41]. También Aline aportó su propio sentido estético, discreto pero firme, inspeccionando de cerca los planos y señalando con amabilidad a los arquitectos que algunos de los pilares eran quizá excesivamente delgados. Los pilares se hicieron según el proyecto, pero cuando Powell volvió al edificio veinte años después, confesó que Aline había tenido razón [42].

En el verano de 1968 el colegio se trasladó a otra casa de Banbury Road, esta vez en el número 60, y en el otoñó admitió a los primeros veinticinco estudiantes graduados. El colegio tenía ya comedor, *common room*, salas de reunión, una biblioteca embrionaria —gracias a los donativos de Berlin y de sir Ronald Syme— y hasta un campo de croquet [43]. Pero carecía de alojamiento para los estudiantes y para satisfacer esta necesidad se adquirieron casas en Linton Road.

Un colegio compuesto por una serie variada de casas de ladrillo del norte de Oxford era un gran cambio respecto a la regia elegancia de All Souls, pero tanto Isaiah como Aline parecen haberse sentido felices en los que luego llamaron los "años de galeras" en Banbury Road [44]. Uno de los estudiantes pioneros de Wolfson recordaba haber entrado en la *common room* y observado una figura vestida de negro rebuscando en el estante de los periódicos a velocidad de vértigo. El estudiante se presentó: "Me llamo Stephen Grounds y vengo de Birmingham". La figura se volvió y dijo: "Y yo me llamo Isaiah Berlin y vengo de Riga", a raíz de lo cual el estudiante se vio transportado por la marea imparable de una conversación con Berlin [45].

Este ambiente, inusualmente íntimo para un colegio de Oxford, significó que la revolución estudiantil de fines de los años sesenta en buena medida pasó por alto la sede de Banbury Road. Los alumnos graduados eran incluidos en las reuniones generales del colegio, junto a los *fellows*, y en la junta rectora había también una representación de estudiantes. Aquel lugar, en palabras de Berlin, iba a ser "nuevo, libre de obstáculos y no piramidal". Exactamente como él deseaba, las barreras entre profesores y estudiantes, presentes en otros colegios de Oxford, fueron desmanteladas: no había *high table*; las *common rooms* eran para todos; sólo había que llevar toga en ocasiones especiales. Además, habría guardería y alojamiento para familias [46].

Entretanto, al final de Linton Road empezaba a surgir lentamente el edifico nuevo a orillas del Cherwell. Michael Brock se esforzó para que arquitectos y constructor cumplie-

ran con lo presupuestado y con los plazos de terminación, y aunque hicieron todo lo posible, la inflación de Gran Bretaña, que fue alta en aquellos años, operó en contra de ellos. A comienzos de 1971 era evidente que el proyecto iba a superar tanto los costes como los plazos [47]. Pero no obstante la escalada de los precios y los retrasos, Berlin y Brock mantuvieron siempre un entusiasta interés en que no hubiera cicatería en la dotación del colegio, y en que la terminación, mobiliario, alfombras, zócalos, fuera decente. Para alivio de ambos, una vez comprometidos, Ford y Wolfson no vacilaron nunca. A iniciativa de sir Isaac, la Fundación Wolfson aportó el mármol blanco de Carrara que da su aspecto relumbrante a la entrada del comedor y por iniciativa de Leonard Wolfson se hizo un pago adicional para garantizar que se utilizaran molduras de maderas nobles en todos los edificios. Cuando estuvo finalizado el proyecto, la Fundación Wolfson había contribuido muy por encima de su compromiso financiero inicial [48].



Había días en que a Berlin le parecía que su vida estaba entregada a consideraciones en torno a mobiliario, presupuestos, atrasos de los constructores, la entrega de mármoles y molduras de madera. Sus cartas de este periodo están llenas de atribuladas lamentaciones, pero el tono es burlón más que auténticamente arrepentido:

> Me convierto en burócrata y ahí se acaba todo: intelecto, imaginación, amor al arte, placer, amigos, todo queda absorbido por el mundo gestorial del que he llegado a ser parte. Esto es quizá una leve exageración [49].

Pese a la marea de detalles —y el hecho de que pasara un semestre de cada seis en Nueva York— consiguió con todo conformar la identidad intelectual del colegio, atrayendo a un número cada vez mayor de miembros extremadamente distinguidos, entre ellos Niko Tinbergen, que obtendría el Premio Nobel por sus estudios sobre conducta animal en 1973. La presencia del propio Isaiah empezó a atraer estudiantes de filosofía política e historia de las ideas. Para 1970 había

cincuenta *fellows* y setenta estudiantes graduados, y en Banbury Road la actividad era incesante: asociaciones de estudiantes, coloquios sobre investigaciones en curso, reuniones de comité y elecciones. Cuando Solly Zuckerman hizo una visita al colegio solicitó ver la lista de *fellows* y, tras un escrutinio largo y meditado, declaró que Berlin había contribuido a seleccionar uno de los elencos más impresionantes de Oxbridge [50]. Al final, incluso *él* mostró su aprobación.

Aunque preocupaba a sus amigos que Berlin estuviera consumiendo su vida intelectual en tareas administrativas, la verdad era que Wolfson College le dio nuevo sentido a la vida de Berlin. Siempre había tenido un intenso sentimiento hacia las instituciones; ahora tenía la oportunidad de crear su propia comunidad y disfrutó muchísimo con ello. En su calidad de presidente, demostró talento empresarial, capacidad de liderazgo y una astucia política que acaso ni siquiera él sospechara. Los que trabajaban más cerca de él —Michael Brock, Cecilia Dick, tesorera para asuntos internos, y el personal de secretaría— recordaban Banbury Road como una época de gran animación. Por ejemplo, Berlin propuso en broma que el lema de Wolfson fuera la lúgubre y misantrópica expresión latina *Homo homini lupus:* el hombre es un lobo para el hombre. Brock le recordaba especialmente en su despacho, dictando cartas en su grabadora Grundig, pulsando para apagar y encender la tecla de grabar, entreverando el dictado con comentarios y bromas con las personas de la habitación. Su secretaria escocesa tenía que transcribir estas cintas, a veces con resultados cómicos. Una carta, depositada ante él para su firma, presentaba la siguiente frase: "Me veo por tanto obligado con enorme contrariedad [ja ja] a declinar su halagadora invitación" [51]. Berlin se estremecía pensando en cómo habría sido recibida semejante misiva.

Para gran sorpresa de sus amigos, Aline también disfrutó mucho con los años de Wolfson: profesores y estudiantes eran invitados con frecuencia a fiestas en el jardín y recepciones en Headington House y ella se sintió aceptada en este ambiente, como nunca lo había estado en All Souls [52].

La productividad intelectual de Berlin descendió durante estos años, pero no dejó en modo alguno de escribir: mientras fue presidente de Wolfson se publicaron ensayos sobre Georges Sorel, la famosa comparación entre Disraeli y Marx, la *Romanes Lecture* obre Turgénev. Y las distinciones seguían lloviéndole: en 1971, la más ilustre de todas: la Orden del Mérito (Order of Merit). Era ésta una condecoración otorgada por la Reina en persona y reservada a veinticuatro hombres y mujeres cuya extraordinaria distinción hubiera contribuido significativamente al lustre de la nación. De modo característico, este honor desató en él una nueva ola de incomodidad: Berlin y Aline huyeron del país [53]. Le parecía que con la OM la sobreestimación sistemática de su capacidad había alcanzado un clímax dudoso. Pero cuando llegaron las noticias al 60 de Banbury Road estalló una fiesta espontánea, que Michael Brock recordaba como la celebración más anárquica y divertida a la que había asistido jamás.

Berlin tenía un fuerte sentido de dramatismo narrativo: comparaba la creación de Wolfson con una carrera de obstáculos, con algunos jinetes por el suelo y otros consiguiendo saltar las vallas, unos con facilidad y otros por márgenes muy estrechos. En otros momentos tenía la sensación de ser un comandante en medio de un fuego graneado, que recibe noticias de los campos de batalla —el solar para el colegio, las salas de reunión, la Fundación Wolfson— de manos de una serie de correos jadeantes. Estas metáforas eran sólo a medias humorísticas, pero también sugería hasta qué punto se sentía implicado en todo el proceso. Al llegar el invierno de 1974 los edificios estaban más o menos terminados. La larga marcha a Linton Road había concluido [54].

La fundación de Wolfson College fue importante para Oxford. A mediados de los años sesenta había peligro de que Oxford pudiera decaer en una Salamanca de la vida intelectual inglesa, arrumbada como la vieja universidad medieval española [55]. Wolfson formó parte de un proceso más amplio de renovación, simbolizado por el Informe Franks, que impidió que Oxford sucumbiera al síndrome de Salamanca. Con

la fundación de Wolfson, las ciencias naturales y sociales tuvieron una nueva comunidad académica propia y esto contribuyó a que la universidad reforzara su fama en estos campos. Y desde luego, la calidad de Wolfson consiguió atraer a estudiantes graduados de excelente calidad del mundo entero y su entorno se convirtió en uno de los más cosmopolitas del sistema oxoniense.

La creación de este colegio fue muy importante para Berlin, porque le permitió dar las gracias a Oxford; le permitió acallar la voz interior que dudaba de su capacidad para los asuntos prácticos; y porque el colegio mismo, cuando se inauguraron los nuevos edificios en 1974, tenía la impronta de sus convicciones y su carácter. A todo lo que puede afirmarse en su favor, por haber sido el filósofo liberal del siglo XX con mayor inclinación histórica y el más filosófico de los historiadores de las ideas, habría que añadir un tercer mérito: que fue el único filósofo en dejar tras de sí una institución a imagen de sus propios ideales.

A lo largo de todo este periodo, en realidad desde la muerte de su padre, había visitado sin falta a su madre una vez al mes en su residencia de Hollycroft Avenue en Hampstead. Una foto de pasaporte de ella, hecha para un viaje a Israel en los años sesenta, muestra a una mujer diminuta de pelo blanco, ojos marcadamente oscuros y una leve sonrisa, con toda la suave dulzura de los ancianos, pero no obstante llena de buen humor y fuerza de carácter. Todas las fiestas de Pascua se celebraban con su presencia: Isaiah leía las escrituras en hebreo, Aline atendía y después la criada polaca servía la comida de Passover. Berlin presentaba a su madre a todos sus buenos amigos, que declaraba a algunos aceptables y formulaba reservas sobre otros; escuchaba ávidamente los cotilleos; participaba en la activa vida de Isaiah todo lo que él le permitía, y después se lamentaba y le reprochaba cuando tenía que marcharse para volver a Oxford. Su madre era la relación más antigua y más fundamental de su vida, y no empezó a debilitarse hasta los últimos años, cuando su salud

decayó después de haber cumplido los noventa años y necesitaba el cuidado constante de una enfermera [56]. Al final, cuando estaba en cama y perdía y recuperaba alternativamente la conciencia, Aline e Isaiah, que estaban sentados a su lado, la oyeron repentinamente cantar *La Marsellesa*... en ruso. A Isaiah le dio un vuelco el corazón: dentro de ella se había despertado algún recuerdo oculto del Petrogrado revolucionario, un retazo de canción traído por el aire. Pero ella no volvió a repetirlo [57]. Una mañana de mediados de febrero de 1974 las enfermeras llamaron a Isaiah para decirle que su madre no se había despertado. Tenía noventa y cuatro años.

Sus viejos amigos acudieron a consolarle. Berlin confesó a Herbert Hart y a Jean Floud que tenía la sensación de que el viento se hubiera llevado el tejado de su vida [58]. La palabra que continuamente se le venía a la cabeza era *Zerrissenheit*, cuyo significado es ser despedazado. Durante una semana aproximadamente guardó luto total, sopesando su pérdida y contemplando el terreno que había recorrido en compañía de su madre. Súbitamente se sentía terriblemente solo. La vida parecía haber perdido su hilo narrativo y su propia existencia parecía accidental. Se había roto el eslabón con la más íntima de sus lealtades. Ella había sido la auténtica fuente no reconocida de sus creencias herderianas: en lo judío, en el sentido de pertenencia, en la necesidad misma de raíces [59]. Ella le había dado esa certidumbre existencial, esa confianza en su propio discernimiento, que le había permitido *vivir* su vida y no simplemente habitarla, como había hecho su padre. Con la muerte de su madre, le dijo a un amigo, se habían agrietado los pilares que sostenían su vida; y aunque las grietas serían pronto recubiertas con cemento casero, los pilares no volverían a ser tan sólidos como antes [60]. Martin Gilbert, el biógrafo de Churchill, consiguió aprehender la magnitud de la pérdida de Isaiah cuando escribió: "Ella debió sentirse inmensamente orgullosa de todo lo que habías logrado en el largo camino desde Riga" [61]. Isaiah la enterró junto a su padre en el cementerio judío de Willesden Green el 14 de fe-

brero de 1974. Sin duda había sido un camino largo desde Riga, y ahora la última persona que le había acompañado en cada uno de sus pasos había muerto.



18. Retrospectiva, 1975-1997

Un mes después del funeral de su madre, Berlin había vuelto al mismo ritmo frenético de antes, dando clases en Estados Unidos, marchando inmediatamente a Jerusalén para formar parte de la comisión que otorgaba las becas Rothschild, pasando después el verano en Paraggi, donde él y Aline se habían hecho una casa. En el otoño de 1974 se trasladó por fin desde Banbury Road a su nuevo despacho de Wolfson College. A finales de otoño Harold Macmillan, rector de la Universidad, inauguró los nuevos edificios, con la asistencia de Isaac y Leonard Wolfson. En su discurso de inauguración, Macmillan rindió homenaje a los Wolfson pero también al presidente del colegio. "Sólo les pido que se hagan esta sencilla pregunta sobre él en cuanto hombre: si se encontraran con ánimo melancólico o de frustración, ¿quién preferirían que entrara en su habitación sino Isaiah Berlin?" [1].

Berlin permaneció en Oxford durante aquel otoño e invierno para oír a Mstislav Rostropovich en el acto de inauguración del nuevo comedor con una noble interpretación de una *suite* de Bach para violonchelo solo. Podría haberse quedado, pero la obra de creación ya estaba hecha, y era la creación de una institución, más que su administración, lo que le había apasionado. Además —y esto constituía un rasgo esencial de su carácter—, siempre se implicaba con una especie de levedad en sus empresas: se entregaba a lo que hacía, pero siempre dejaba al margen una parte de sí. Su identidad nun-

ca parece haber dependido de ninguna de sus realizaciones. Por ello, fue relativamente fácil abandonar Wolfson en marzo de 1975 y no mirar atrás. Su presencia quedó allí, intangiblemente en el *êthos* del lugar, y de manera tangible en el retrato pintado por Derek Hill y colgado en la biblioteca del colegio, que le muestra con el aspecto que tenía cuando se acercaba a los setenta años, con traje de tres piezas, sentado en una silla, las piernas cruzadas, mirando al mundo con una expresión cauta, de zorro, en tensión, viva y escéptica [2].

La retirada de Wolfson College fue más fácil por el hecho de haber sido elegido en 1974 para la presidencia de la Academia Británica, principal institución de Gran Bretaña para la promoción y reconocimiento de la investigación en humanidades y ciencias sociales. El cargo de presidente no exigía dedicación exclusiva y encontró tiempo para hacer largos viajes a Australia y Japón durante su ejercicio, pero, sin embargo, situó a Berlin en el centro de la política académica británica de los años setenta. Como muchas venerables instituciones inglesas de la época, la Academia ocupaba unas instalaciones magníficas —Burlington House, junto a Piccadilly, al lado del piso de los Berlin en Albany— pero sufría de manera perenne de escasez de fondos, personal y espacio para oficinas. La presidencia de la Academia le obligó a enfrentarse al descenso económico relativo de Gran Bretaña y su funesto impacto en la cultura universitaria británica. Después de una visita a una academia hermana de Baviera, Berlin observó que había más espacio en los *pasillos* de la academia bávara que en los despachos de Burlington House [3]. Comparado con los medios que Alemania había derrochado en los Institutos Max Planck y Francia en el Centre National de Recherche Scientifique, la Academia Británica era la cenicienta de la investigación académica de Europa. La década de 1970 fue un momento especialmente adverso para la vida académica británica. La inflación estaba erosionando el valor de la libra y reduciendo la capacidad de la Academia para mantener institutos de investigación en el exterior y los programas para investigadores extranjeros. En el interior, la

subvención gubernamental de la Academia era insuficiente para permitirle mantener revistas especializadas, asociaciones de estudiosos especializados y becas para investigación en las humanidades. Para Berlin, la experiencia intensificó su sensación de estar viviendo en una sociedad de decadencia postimperial. Pero, como siempre, restó importancia a las dificultades y en su primer discurso presidencial de 1975, después de admitir que habría que recortar los fondos para becas, observó que "la pobreza agudiza maravillosamente la capacidad para detectar los... proyectos... que poseen la auténtica chispa de la vida, y los que avanzan, si es que avanzan, a ritmo educado y sin prisa, y cuyo fin no se vislumbra en modo alguno" [4]. Berlin hizo lo posible por alentar los primeros y erradicar los segundos.

Como en Wolfson, sorprendió a sus colegas con su astucia política y su apetito de actividad, consiguiendo del abrumado Departamento de Educación y Ciencia un acuerdo de subvención mejor de lo esperado; persuadiendo al primer ministro, James Callaghan, de que asistiera a la cena anual; y convenciendo a la Fundación Wolfson de que dotara una serie de becas para investigadores visitantes, tanto para estudiosos extranjeros como para británicos que desearan salir al extranjero. Berlin pilotó serenamente la Academia durante cuatro años y entregó la presidencia a sir Kenneth Dover a finales de 1978. En su discurso de despedida observó que en la academia hermana de Tailandia se llamaba a los miembros más antiguos "las tortugas de un millón de años". Era una categoría, declaró, "en la que me propongo ingresar" [5].

Por entonces tenía ya casi los setenta años —una tortuga de un millón de años sin duda— y había renunciado a todos sus cargos públicos salvo su puesto en la junta del Covent Garden y el de patrono de la National Gallery. Seguía tan activo como siempre en la junta del teatro Covent Garden, proponiendo cantantes, repertorios, directores, siguiendo las representaciones atentamente, pero por lo demás en su calendario había ya pocas fechas fijadas que no fueran las de los conciertos [6].

Quedaba aún un gran reto que abordar. Le había dolido la crítica de que nunca había escrito una obra decisiva y magistral y entonces se propuso enmendar dicha omisión. Dijo a sus amigos que iba a pasar el tiempo leyendo libros sobre los románticos alemanes y revisando sus conferencias Mellon sobre las raíces del Romanticismo. Así surgió una rutina regular: los fines de semana en Headington House, la semana en Albany, las mañanas en la Biblioteca Británica, comiendo con los amigos en sus clubs, el Athenaeum o Brooks', o en la mesa junto a la ventana frontal de su restaurante predilecto, Casale Franco, de Jermyn Street. Durante varios años le absorbió el trabajo que realizaba en la Biblioteca Británica. Los estudiantes que se sumergían en las labores de sus tesis se sorprendían de ver a aquel venerable señor europeo vestido con un traje impecable de tres piezas, sentado ante una mesa de la North Library, rodeado de pilas de libros, que iba consumiendo solemnemente uno a uno. A algunos de sus corresponsales le dijo que estaba cubierto del polvo de ancestrales textos alemanes, leyendo encantado y acrecentando su enorme depósito de notas [7].

Y entonces, por motivos misteriosos, vaciló. Lo que él denominaba el "inmenso cajón de sastre de notas sobre el romanticismo" empezó a consternarle e intimidarle. Eran "ilegibles, asistemáticos, no estúpidos [en su mayoría] pero polvo y cenizas comparados con los auténticos pensadores" [8]. A Richard Pipes le dijo que su odio hacia el trabajo iba en aumento y que seguía en la brecha "por pura vergüenza y por un sentido antiguo del deber heredado de todos esos antepasados serios y perseguidos" [9]. A comienzos de los años ochenta ya no iba a la North Library, y el proyecto había quedado parado. Un obstáculo interno fundamental surgió para impedir su terminación. No soportaba tener que reescribir las conferencias originales y, cuando intentó perfilar una nueva síntesis a partir de sus notas se desesperó ante sus propias "insensatas obviedades", sintiendo que asaltaban su conciencia intelectual cien excepciones o matizaciones, aplicando modificaciones que oscurecían la luminosa línea original y le inducían a perder confianza en el proyecto todo [10].

Algunos amigos que habían leído las conferencias Mellon originales rogaron a Berlin que diera permiso para que fueran revisadas y publicadas como estaban, pero se negó, sintiendo quizá que su aparición sería una muestra perenne de su incapacidad para concluir un proyecto más ambicioso. Otros amigos intentaron ayudarle a dejar tiempo y espacio en su vida para dedicarlo a finalizar este trabajo. James Billington, historiador de la cultura rusa, antiguo estudiante de Isaiah y por entonces bibliotecario de la Biblioteca del Congreso, invitó a Berlin a Washington para pasar el otoño en la biblioteca y poder llevar adelante la investigación. Pasó un otoño muy grato, en el que conoció a uno de sus héroes, Andrei Sajárov, también invitado de Billington, pero el proyecto sobre el Romanticismo no avanzó [11]. Este hecho irritaba a Berlin; a fin de cuentas, eso era lo que siempre se había rumoreado: que no tenía capacidad para una obra de gran síntesis. De vez en cuando se esforzaba para reanimar este proyecto, pero gradualmente la puerta de la habitación de Headington House que había asignado al Romanticismo se cerró y las notas de la obra quedaron allí, amarilleando y acumulando polvo.

Berlin lo lamentaba, pero acaso comprendiera que siempre había sido mejor como ensayista, bien centrándose en una sola figura en cuyo pensamiento y obra se introducía como si fueran los propios, bien ofreciendo una visión panorámica de algún tema de envergadura. La arquitectura de una obra de múltiples capítulos simplemente no se ajustaba a su talante mental, y aunque sentía que había fracasado no era persona que maldijera sus propias limitaciones.

Habiendo abandonado el Romanticismo, cabría pensar que se habría sentido deprimido, como ocurre a menudo a las personas al final de su vida profesional. Pudo haber sido un periodo de melancólica mirada retrospectiva y merma de capacidad, de resentimiento por el olvido y perplejidad ante el curso que tomaban los acontecimientos en el mundo. Si éste es el destino común de los hombres al llegar a la vejez, desde luego no fue el suyo. Más aún, los últimos vein-

te años de su vida se contaron entre los más felices [12]. Berlin logró evitar la mayoría, si bien no todos, los escollos de la senectud, y la época conspiró para ofrecerle una especie de reivindicación: vivió lo bastante para poder alegrarse por la caída del comunismo. No era persona para triunfalismo, y cuando algún comentarista indicó que su estilo de liberalismo era la única ideología superviviente del siglo con su legitimidad intacta, a Berlin le pareció una idea absurdamente hinchada. Pero le produjo una satisfacción honda y serena saber que el partido de Ajmátova y Pasternak, el partido que había rehusado el mañana radiante, había vencido al final.

En el plano personal, su matrimonio había madurado en una profunda dependencia mutua. Berlin solía decir bromeando que él y Aline eran los verdaderos "Darby y Joan", figuras ejemplares de felicidad doméstica. Durante más de cuarenta años, todo lo hicieron juntos: conciertos, viajes a sus caros festivales de música como Salzburgo y Pesaro, visitas anuales a Jerusalén y Nueva York, vacaciones, giras de conferencias; y también compartieron la paz de Headington House, oyendo música, leyendo en una sala del piso bajo con cómodos sofás frente a los miradores, por los que se ve el jardín de flores, la sala donde está el magnífico retrato de grupo pintado por Leonid Pasternak a fines del XIX, todas las figuras en negro y marrones oscuros, de compositores y escritores rusos —las verdaderas almas gemelas de Isaiah— inmersos en conversación. Allí era donde estaban más tranquilos, solos en la quietud de los estudios y salas de estar de Headington House. Se convirtieron en inveterados espectadores de televisión, especialmente de óperas, conciertos y programas coloquio a última hora de la noche, en particular aquellos donde participaban intelectuales. Aunque a Isaiah aquello le resultaba en su mayoría un espectáculo cómico —al cual aportaba él un burlón contrapunto desde su mecedora— le encantaba mantenerse al tanto de las últimas tendencias en las ideas, por absurdas que fueran. Ya no se molestaba en leer textos estructuralistas, postestructuralistas o decons-

truccionistas, pero los que sí los leían se vieron sistemáticamente interrogados en torno a sus fundamentos.

No era un hombre egocéntrico o ensimismado pero sí muchas veces pasmosamente inconsciente del apoyo invisible, suministrado ante todo por Aline, que le permitía una vida social tan llena. Era ella quien hacía posible que pudieran tener invitados tan a menudo, de forma que él estuviera siempre rodeado por un enorme círculo de amigos en Headington House. Ya bien cumplidos los ochenta años llevaban una vida social asombrosamente complicada e incesante y a menudo vertiginosas series de conciertos, cenas y recepciones en tres ciudades al menos. Algunas veces, a ella le resultaba fatigosa la afición de Isaiah a la vida social y entonces se quedaban en su casa de Headington para recuperarse y recargar energías. El apetito de fiestas de Isaiah era inagotable: le encantaba estar allí donde la conversación era animada y divertida y la gente rebosaba vida. Éste era un rasgo esencial de su carácter. Su instinto social era fino pero poco ponderado, más como resultado de su pura efervescencia que de ambición social. Aline tenía un carácter más retirado y el suave freno que ella aplicaba a los apetitos sociales de Isaiah le hacía bien. Le llevaba a casa, le obligaba a reflexionar y a asentarse. Hacia fines de los años setenta, los hijos de Aline ya eran mayores y tenían familias propias; juntos pasaban gratos veranos en la casa que se habían hecho en Paraggi, sobre una colina que miraba a la playa. Cuando bajaban al mar en las calurosas tardes de agosto, Isaiah permanecía, con el agua hasta la cintura, como siempre había hecho, rodeado de sus amigos, charlando y bromeando. Cuando se acercaba a los ochenta años podía vérsele vestido con unos inverosímiles pantalones cortos y anchos de color caqui, una camiseta y calzado para caminar paseando por los caminos de cabras que llevaban desde su casa en la colina hasta el pequeño pueblo de Santa Margherita, escuchando algún cuarteto de cuerda de Haydn por los auriculares de su Sony Walkman. Siempre charlaba con los *contadini* con los que se cruzaba, y ellos le saludaban llamándole *il Professore.* Al final de su vida

le llenó de alegría que le hicieran ciudadano de honor de Santa Margherita.

Otro de los soportes esenciales fue el que le proporcionaron la pareja portuguesa Casimiro y Claudina Botelho, que Aline contrató a fines de los años setenta para ocuparse de Headington House. Claudina, una mujer de rasgos hermosos con un soberbio gusto culinario, preparaba las comidas que llegaron a ser parte importante del atractivo de Headington House para cualquiera que fuera su invitado, mientras que Casimiro se convirtió en una especie de ordenanza de Isaiah, amigo fiel y afectuoso que se ocupaba de todas sus necesidades, llevándole en coche entre Oxford y Londres para atender a sus compromisos. El lazo que surgió entre ellos llegó a ser muy estrecho y posteriormente "Caz" contemplaba su relación con asombro: no recordaba que entre ellos hubiera habido jamás una palabra perentoria.

Estas relaciones le ahorraron a Isaiah los indignidades más agudas de la vejez. Más aún: recibía cuidados a lo grande. La ecuanimidad y el buen humor eran relativamente fáciles dadas las circunstancias. Además, se mantuvo en buena forma hasta su enfermedad final. En 1979 una fibrilación atrial le dio motivo de preocupación; y en 1981 se quebró una de sus cuerdas vocales, dejándole prácticamente sin voz durante cuatro meses [13]. Un especialista de Nueva York le dijo que la cuerda sanaría, pero cuando recuperó la voz tenía un tono más bajo y más grave que antes, a medias entre un gruñido y un susurro [14]. Pero podía cantar sus melodías favoritas con un trino agudo y hasta la pérdida de voz le llegó como una liberación, porque le dio un pretexto para dejar de dar clases. Si alguien le hubiera sugerido que se estaba tomando el hacerse viejo con filosofía, Berlin se habría preguntado qué motivo había para tener que aplicar filosofía. En todo caso, él nunca creyó en el consuelo de la filosofía. Siempre había sido de la escuela de Hume y su escepticismo hacia la metafísica, hacia las preguntas últimas, le hizo un buen servicio en la vejez. Todo es, como había dicho el obispo Butler, lo que es y no otra cosa. ¿Para qué querríamos en-

gañarnos? Si no había libreto en la historia, ¿por qué iba a haberlo en la vida común y corriente? Perdía la paciencia tanto con los que se lamentaban de su vejez como con los que pontificaban sobre la sabiduría que en teoría acompañaba el paso de los años. Cuando alguien le escribía con preguntas sobre cosas como "el sentido de la vida" podía mostrarse increíblemente enérgico:

> En cuanto al sentido de la vida, no creo que lo tenga. No es que yo me pregunte en modo alguno sobre esto, pero sospecho que no lo hay y esto para mí constituye fuente de gran consuelo. Hacemos lo que está en nuestra mano y eso es todo lo que hay. Los que buscan algún libreto de Dios... profundo, cósmico y omnicomprensivo están, créame, patéticamente equivocados [15].

En sus años treinta y cuarenta, a menudo parecía sentirse incómodo consigo mismo, con exceso de peso y a disgusto. Y ahora, cumplidos los setenta, daba impresión de serenidad, como un hombre tomando posesión de sí mismo. Caminando por la High Street de Oxford o paseando por Jermyn Street en medio de Londres, presentaba una figura distinguida, incluso bien parecida, con un sombrero fedora marrón y abrigo Loden del mejor paño, silbando quedamente para sí. Claro está que la serenidad no era difícil en sus circunstancias. Era una persona querida, respetada, con seguridad y buena salud. Además, gracias a un editor joven, comenzó entonces un periodo de creciente aclamación.

A principios de 1974, Henry Hardy, un estudiante posgraduado de filosofía de Wolfson, fue a ver a Berlin y le propuso reunir, revisar y reeditar sus ensayos. Había entrado en Wolfson en 1972, había conocido a Berlin y admiraba su obra, pero desde luego no le conocía de cerca. Sabía que los ensayos publicados estaban dispersos en decenas de *festschriften*, simposios, revistas especializadas, cuadernillos y conferencias impresas. Hardy poseía ya suficiente experiencia editorial para haber "adquirido una fuerte afición al tipo de trabajo de edición que permite la publicación de un libro que de

otro modo no habría visto la luz" [16]. Berlin, por su parte, no estaba al tanto de su propia bibliografía y no recordaba ya todo lo que había escrito, no digamos ya dónde se había publicado. Parecía gustarle la oscuridad en que parte de sus trabajos languidecía y le preocupaba cómo resultarían si volvían a la luz del día. Aunque había reunido los escritos de *Four Essays on Liberty* y *Vico and Herder*, parecía conforme con dejar que el resto descansara en el olvido. En un nivel más profundo, había en la idea de publicar conjuntamente toda su obra una cierta insinuación de obituario cercano. Decía en broma que Hardy se proponía publicar sus "escritos póstumos" y, aun siendo broma, ello era indicio de una auténtica resistencia a este proyecto. Quizá también su espíritu flaqueara ante el volumen de trabajo que aquello podía implicar. Pero le irritaba que la gente murmurara que era un tertuliano de salón que apenas publicaba. Algunos amigos íntimos como Maurice Bowra decían de él burlones que "como Nuestro Señor y Sócrates, no publica mucho". Berlin comprendió que este concienzudo editor joven podía desmentir esta falsedad [17]. Así pues, accedió a la propuesta de Hardy en 1974 y comenzó una relación de veintitrés años en la preparación de la edición que transformaría la reputación de Berlin.

Es mérito de ambos hombres que consiguieran limar sus diferencias. Hardy era todo lo que Berlin no había conseguido nunca obligarse a ser: metódico, incluso pedante, como él mismo admitía alegremente; sabueso infatigable en persecución de citas sin referencia o inexactas —y de ambas había una buena cantidad repartidas por todos los ensayos de Berlin— que nunca había sido un trabajador riguroso: muchas de las "citas" de Berlin eran parafraseadas del original, a menudo en forma abreviada, y pese a tener una memoria fenomenal para las citas era frecuente que olvidara dónde las había encontrado [18]. En todo caso, había dictado la mayoría de su obra y en medio del torrente de la composición era muy poco aficionado a detenerse para las notas a pie de página. Sus ensayos eran castillos de pensamiento muy elaborado y complejo, pero cuando Hardy los abordó, se mantenían en

pie con poca materia en los cimientos. Hardy se proponía introducir todos estos refuerzos eruditos como vigas de acero en una casa vieja.

Hardy llegó a querer a Berlin y a estimar mucho su asociación, pero tuvo también suficiente independencia para no desear nunca convertirse en discípulo y, en cualquier caso, Berlin no se sentía cómodo con los discípulos. No llegaron a intimar especialmente, y aunque vivían en la misma ciudad, Hardy era escrupulosamente respetuoso con el tiempo de Berlin. Prefería escribir cartas solicitando aclaraciones y sugerencias, en lugar de hablar por teléfono o encontrarse en persona. Y sus juicios no siempre coincidieron: Hardy pensaba que en general cualquier trabajo inédito de cierta calidad merecía ser publicado antes o después; a Berlin le preocupaba que su reputación se resintiera si empezaban a aparecer demasiadas cosas. A veces, uno de los manuscritos de Hardy con una nueva colección de escritos de Berlin permanecía en la mesa de éste durante un año o más, esperando a que él pudiera enfrentarse a su lectura.

Pero esta relación, aunque en ocasiones difícil para ambas partes, fue inmensamente productiva. Hardy hurgó en revistas científicas en busca de los trabajos de Berlin y pronto compiló una bibliografía de más de 130 títulos, que cubría el periodo desde su primera publicación de estudiante en 1929 hasta *Vico and Herder* (*Vico y Herder*) en 1976. En 1978 se publicó la primera compilación de Hardy, *Russian Thinkers (Pensadores rusos;* edición preparada junto a la especialista en Rusia Aileen Kelly), en la que se habían reunido los ensayos de Berlin sobre Herzen, Belinsky, Turgénev y Tolstói. En rápida sucesión siguieron *Concepts and Categories (Conceptos y categorías)* de ensayos filosóficos; y *Against the Current (Contra la corriente)* sus escritos sobre la historia de las ideas, incluyendo textos clásicos como la famosa comparación entre Disraeli y Marx. Para *Personal Impressions (Impresiones personales)* su elogio de coetáneos famosos, Berlin añadió su ensayo sobre su encuentros con Ajmátova y Pasternak. El efecto de estos volúmenes fue mantener a Berlin continuamente ante el público

durante todos sus años de jubilación. Aunque algunos críticos hostiles siguieron afirmando que era un mero virtuoso de salón, el trabajo de Hardy empezó a inclinar la balanza de su reputación. Para la mayoría de los críticos era evidente que Berlin era un importante pensador filosófico, cuya combinación de indagación histórica, moral y política le hacía claramente *sui generis*. No había nadie, y desde luego no en Inglaterra, como él ni remotamente.

Cuando Hardy comenzó a mediados de la década de 1970 trabajaba en este proyecto siempre que se lo permitían sus restantes ocupaciones. En 1977 pasó a ser uno de los editores de Oxford University Press y se ocupó de que las obras de Berlin volvieran a salir en formato de bolsillo. En un principio, Hardy creyó que el proyecto Berlin implicaría simplemente preparar nuevas ediciones de lo que estaba ya publicado. A fines de 1988, cuando Berlin le pidió que fuera uno de sus albaceas literarios, Hardy preguntó si había algún manuscrito inédito. Berlin contestó que podría haberlos y Hardy registró Headington House de punta a cabo. Descubrió así un asombroso fárrago de cartas y manuscritos inacabados, algunos metidos en viejas maletas traídas de Hollycroft Avenue o amontonados en cajas cuando Berlin había dejado sus habitaciones de New College en los años cincuenta y de All Souls en los sesenta. Todas sus conferencias sobre "La libertad y su traición" estaban allí; las lecciones Mellon sobre el Romanticismo; las *Storrs Lectures* de Yale; un manuscrito sin terminar sobre el antirracionalista alemán del siglo XVIII Johann Georg Hamann; sus notas de la escuela de St. Paul's y fotografías de familia que había conservado la madre de Berlin; y sobre todo, más de sesenta años de correspondencia con algunos de los hombres y mujeres más famosos de su tiempo. En total, Hardy calculaba que había más de un millón de palabras de conferencias y ensayos inéditos, junto a muchos millones más en cartas. Pronto se hizo patente que poner en orden todos estos materiales y prepararlos para su publicación iba a ser para Hardy la obra de toda una vida. Con ayuda de los archiveros de la Biblioteca Bodleian de Oxford empezó a clasifi-

car los documentos por orden de fecha y a ensamblar los ensayos. En 1990 Alan Bullock había logrado ayuda de la Fundación Wolfson y otras fuentes, y Wolfson College había concedido a Hardy calidad de *fellow* sin estipendio; y así empezó a formar un Archivo Berlin y a ocuparse en ello hasta su publicación.

El trabajo de preparación de estos materiales para que pudiera publicarse necesitó de una tenacidad e inventiva prodigiosas; por ejemplo, emplear un filtro ultravioleta para hacer visible una página mecanografiada ilegible a causa de la luz del sol [19]. Cuando estaba recomponiendo el ensayo de 40.000 palabras sobre Hamann, escrito a comienzos de la década de 1960 y después abandonado sin terminar, Hardy comprendió que faltaba un fragmento esencial de uno de los principales capítulos. En el sótano de Headington encontró los *dictabelts* en los que había dictado el original, pero no el aparato para oírlas. Con ayuda del Archivo Nacional de Sonido y el Museo Nacional de Ciencia se localizó un ejemplar de esta máquina, pusieron las cintas y, por encima de ruidos y siseos, se oyó claramente la voz de Berlin dictando las páginas que faltaban: unas 4.000 palabras en total. Hardy transcribió el fragmento y, después de más labores editoriales de reconstrucción, el manuscrito completo fue finalmente publicado en 1993 con el título de *The Magus of the North (El mago del norte)* [20].

Berlin, por su parte, contemplaba las labores de resurrección de Hardy con distanciamiento divertido y ocasional irritación, seguida por una creciente gratitud y orgullo. Decía a todo el que quería oírle que Hardy había transformado su reputación. La mayoría de sus conferencias y ensayos databan del periodo dorado entre 1952 y 1966 aproximadamente: ahora Isaiah podía comprobar que, en efecto, había sido extraordinariamente productivo. Surge la pregunta de por qué fue Berlin tan poco cuidadoso respecto a lo que escribía; por qué elaboró monografías sobre De Maistre y Hamann y las abandonó después como si fueran torsos inacabados; por qué redactó no menos de siete series de conferencias y des-

pués no las publicó. Si su intención fue efectivamente abandonarlas, o en realidad miraba con un ojo hacia la posteridad, lo cierto es que sin las prodigiosos esfuerzos de resurrección de Hardy nunca habrían visto la luz del día.

Y no fue Hardy el único en emprender la tarea de revaloración y reconsideración de la reputación de Berlin. Discípulos, amigos y admiradores produjeron dos *festschriften*: uno en su setenta cumpleaños, por iniciativa de Henry Hardy y edición a cargo de Alan Ryan, que contribuyó a establecer su central importancia como filósofo de la libertad; el segundo cuando cumplió ochenta años, a cargo de Avishai y Edna Margalit, que exploraba su trabajo en la filosofía del pluralismo moral [21]. Además de estos signos de reconocimiento de sus amigos más próximos, Isaiah recibió doctorados *honoris causa* de Harvard, Yale, Oxford y Cambridge, Atenas, Bolonia, Toronto y muchas otras universidades. A fines de los años setenta era el intelectual público más celebrado de Inglaterra, si bien raramente adoptaba posturas públicas y rehuía toda publicidad. Isaiah y Aline eran invitados de Buckingham Palace y Downing Street siempre que se honraba a algún dignatario israelí o personaje de la intelectualidad. En Downing Street, durante el mandato de Margaret Thatcher, le presentaron a Mijaíl Gorbachov, que, al estrecharle la mano, dijo con característica mezcla de simpatía y amenaza: "Sabemos todo sobre usted". Berlin quedó menos cautivado por Gorbachov que muchos de sus amigos liberales, convencido de que cualquier intento de revivir el idealismo leninista y salvar el sistema comunista estaba condenado al fracaso [22]. Vivió lo suficiente para que se demostrara que tenía razón.

Para irritación de sus amigos de izquierdas, Berlin aceptaba las invitaciones a Downing Street y disfrutaba bastante con la compañía de la señora Thatcher. Cada vez que se veían, ésta le preguntaba en qué estaba trabajando y él respondía que en poca cosa, y ella agitaba un dedo ante él con burlón reproche: "Tiene que trabajar, Isaiah, tiene que trabajar". "Sí, señora", respondía él obedientemente [23].

En 1979 le fue concedido el más prestigioso honor literario de Israel, el Premio Jerusalén; en 1983 fue uno de los distinguidos con el Premio Erasmus; y en 1988 le honraron con el Premio Agnelli por su contribución al entendimiento ético de las sociedades avanzadas. Él se confesaba confundido por este último honor, dado que nunca había escrito nada sobre este tema. Apreciaba el reconocimiento, le preocupaba que los homenajes fueran desmedidos y disfrutaba muchísimo con la teatralidad de estas ocasiones laudatorias. El Premio Agnelli, por ejemplo, le fue entregado en el teatro de la Ópera de Turín ante más de mil personas, entre las que figuraba el ex canciller alemán Helmut Schmidt, el banquero y financiero norteamericano Felix Rohatyn y su viejo amigo, el editor lord Weidenfeld. Berlin se sentaba junto al magnate de la Fiat, Giovanni Agnelli, que no paró de moverse durante los interludios musicales: el *Concierto Emperador* de Beethoven y la *Quinta Sinfonía* de Chaikovski. Comprendiendo que su benefactor se estaba cansando de tanta alta cultura y bonitos discursos, Berlin aconsejó a Agnelli que alejara el tedio pensando en algo agradable. A Agnelli se le alegró la expresión y susurró que repasaría —lenta y voluptuosamente— todas las mujeres más hermosas que había conocido. Esto, le confió *sotto voce*, le llevaría al menos tres cuartos de hora o incluso una hora entera. Adoptó una expresión beatífica, se olvidó de la música y la oratoria y se sumió en una "deliciosa rememoración" [24].

Berlin lo pasaba bien con la animación y frivolidad de estos actos, pero eran también ocasiones para hacer recuento. No era cosa fácil, porque nunca había tenido un sentido fuerte de su propio proyecto intelectual. En efecto, hasta que otras personas comenzaron a exponer sus ideas a fines de los años setenta y comienzos de los ochenta no empezó él a comprender hasta qué punto había en ellas una coherencia oculta. Ahora podía mirar hacia atrás y ver la senda que había seguido. Cuando recibió el Premio Agnelli intentó expresar la cosa grande que el erizo había sabido siempre. El ensayo que compuso —"The Pursuit of the Ideal" ("La búsqueda del

ideal")— era excesivamente largo, no sólo para el señor Agnelli, sino también para el resto del público reunido en el teatro de la Ópera de Turín; así pues, una versión muy abreviada fue leída no por el propio Berlin (dado que tanto su voz como su italiano eran escasos para semejante ocasión), sino por su editor italiano. En este ensayo quedaba claro que todos sus dispares estudios sobre Maquiavelo, Vico, Herder, Herzen y Tolstói no constituían ejercicios distintos sino una sostenida indagación filosófica sobre la historia de los valores humanos [25]. Estos estudios le habían enseñado, decía, que los sistemas de valores —la piedad cristiana frente a la *virtù* romana, por ejemplo— tenían autonomía propia y no eran susceptibles de comparación con las de otras épocas. Era posible el progreso en las ciencias y la tecnología, pero no existía un guión similar en ética. Las virtudes y valores de fines de la modernidad no eran ni mejores ni peores que los de la edad medieval: no eran equiparables.

Esta perspectiva podía desembocar fácilmente en relativismo, en la proposición según la cual la conducta humana sólo puede ser juzgada por principios internos, variables o contextuales. Esto era prácticamente lo que el amigo y colega de Berlin, Arnoldo Momigliano, había sugerido en una crítica de *Vico and Herder* en 1976 [26]. De ser así, la tolerancia liberal de Berlin no descansaba más que en un oscilante vive y deja vivir.

Berlin insistía en que Momigliano había confundido relativismo con pluralismo. Pues, por muy diferentes que pudieran ser los diversos sistemas de valores, para poder llamarse humanos tenía que hacer referencia a necesidades y fines humanos reconocibles. "Las formas de vida difieren. Los fines, los principios morales, son múltiples. Pero no infinitos: tienen que habitar dentro del horizonte humano" [27]. A la luz de este horizonte común, ciertos criterios de valoración definitivos y no relativistas eran reconocidos como algo común a todas las culturas humanas. Pero si todas las culturas condenaban ciertos delitos, no todas reconocían las mismas virtudes. Era una forma racionalista de arrogancia suponer que

estas diferencias podían achacarse a superstición o ignorancia. La variedad, incluida la variedad moral, formaba parte innata de la constitución de la humanidad; y estas diferencias, siempre que quedaran en el horizonte humano, eran dignas de respeto y debían tener garantías en un régimen de libertad.

Más aún: los sistemas de valores carecían siempre de coherencia interna. El conflicto de valores —libertad frente a igualdad; justicia frente a clemencia; tolerancia frente a orden; libertad frente a justicia social; resistencia frente a prudencia— era intrínseco a la vida humana. La libertad debía tener una cierta prioridad —pues, sin un mínimo de ella, decía Berlin, "no existe elección y, por tanto, no hay posibilidad de conservar nuestro carácter humano según entendemos esta palabra"—, pero incluso la libertad podía restringirse en interés de la justicia social [28]. En "The Pursuit of the Ideal", este hombre, en nada político, presentaba una defensa de la necesidad de la política; este hombre, en nada conflictivo, insistía en la inevitabilidad del conflicto moral; y este hombre, en nada trágico, afirmaba la necesidad de elección trágica. "Algunos de los Grandes Bienes no pueden cohabitar. Ésta es una verdad conceptual. Estamos condenados a elegir, y toda elección puede implicar una pérdida irreparable" [29]. Los crímenes del siglo —y él veía entonces su propio siglo como el peor de toda la historia conocida— eran consecuencia de la fe en las soluciones finales, y de ahí la incapacidad para reconciliarla con los límites de la razón humana y lo inevitable de la pérdida y el error [30].

Todas éstas eran, sin duda, sus creencias esenciales: en el pluralismo moral, en la libertad en sentido liberal y en su mutua correspondencia. Del pluralismo de Berlin ha emanado una cantidad inmensa de escritos, por razones que a él le desconcertaban, pero que en mirada retrospectiva resultan bastante claras [31]. En una era posimperial, las visiones del mundo —religiosas, laicas, occidentales, orientales, cristianas, islámicas— compiten entre sí para captar seguidores en condiciones de creciente igualdad. La reflexión sobre cómo

hacer posible la coexistencia de todas estas visiones éticas en el mismo espacio político ha otorgado especial relieve al problema del pluralismo moral. Se ha producido además una fragmentación en el seno mismo de los valores occidentales. La reaparición de la disensión moral dentro de las formas de gobierno liberales cuando grupos previamente oprimidos o sin derecho al voto (mujeres, niños, homosexuales) han logrado voz política, contribuyó a hacer de la pregunta planteada por Berlin —cómo mediar entre mundos morales opuestos— la cuestión central de la política de la modernidad tardía. Berlin, por su parte, nunca se había detenido mucho a meditar sobre estas características de la sociedad occidental reciente. En realidad, el peso de su argumentación radicaba en que el conflicto moral era una característica de la condición humana *tout court*, no sólo de la época moderna. Él nunca había pretendido que su obra fuera "relevante", pero de pronto empezó a serlo para su tiempo, en un sentido que nunca había buscado.

Nunca afirmó haber sido el primero en pensar sobre el pluralismo [32]. Pero Berlin tenía motivos para creer que había sido el primero en sostener que el pluralismo *implicaba* liberalismo: es decir, si los seres humanos disentían en torno a los fines últimos, el sistema político que mejor les permitía dilucidar dichos conflictos era uno que privilegiara su libertad, pues sólo en estado de libertad podían llegar a los compromisos entre valores necesarios para mantener una vida social libre. Aparte de la evidente circularidad de esta argumentación, su verdadera dificultad, como ha sostenido John Gray, estriba en que el pluralista no puede situar la libertad en primer lugar [33]. La libertad es simplemente uno de los valores que hay que reconciliar con los demás; no es una carta ganadora. Y si es así, ¿por qué ha de valorarse una sociedad libre por encima de todo lo demás? En la obra tardía de Berlin se plantean todas estas cuestiones, pese a que no encuentran respuesta satisfactoria. Simultáneamente, el carácter inconcluso mismo de sus escritos incrementa su poder de sugestión y Berlin vivió para ver sus obras debatidas hasta el fin de

sus días [34]. Tan a menudo recibía cartas con peticiones de que aclarara algún punto de su pensamiento que su secretaria, Pat Utechin, solía gemir ante la sola mención de la palabra "pluralismo", puesto que eso significaba irremediablemente una mañana dura tomando al dictado un intento de Berlin inmensamente largo, oscuro y difícil para explicarse una vez más [35].

Él lo habría negado, pero estaba mirando hacia atrás, intentando discernir los hilos ocultos que daban consistencia a su vida. En una carta cariñosamente nostálgica escrita a Mary Fisher (Bennett) —que había sido su amiga fiel desde que su padre fuera *warden* de New College— decía Berlin que le afligía descubrir que su vida estaba "dividida en compartimentos",

> conectados mediante acoplamientos sobre los que se *puede* caminar, pero con esfuerzo; compartimentos son: Rusia; el colegio de primaria; St. Paul's; Oxford antes de la guerra; Washington; Oxford + Londres [demasiado del segundo] después de la guerra; matrimonio & Headington: todos ellos no exactamente estancos, sino separados por espacios y unidos por eslabones, no "orgánicos" & no totalmente míos: *detesto* el cambio, romper muros, & parecía condenado a esto... [36]

Berlin exageraba las discontinuidades porque le daba vergüenza haber visto tan poco a Mary desde la guerra y quería resaltar que este olvido era sintomático. Pero mantuvo, hasta un grado increíble, activas todas sus amistades más antiguas: Maurice Bowra, David Cecil, Shiela Sokolov Grant, Stephen Spender, Nicolas Nabokov, Noel Annan y, ante todo, Stuart Hampshire. Y había mantenido los ámbitos que le definían: asociación a All Souls y vida en Headington, Albany y Paraggi. Son las continuidades, y no lo contrario, las que son notables, y ellas debieron contribuir a ese sentido fijo de saber quién era, de encontrarse bien en su piel, que todo el mundo advertía cuando entró en el otoño e invierno de su vida.

Tuvo la fortuna de que sus amigos más antiguos vivieran para poder hacerle compañía. Los más antiguos y más íntimos de todos eran Stephen Spender y Stuart Hampshire, ingleses distinguidos, ingeniosos, de buena presencia y cabello blanco, conservando ambos sin merma toda el cosmopolitismo y la convicción de los años treinta. Al final de su vida, Spender envió a su viejo amigo un poema de un escritor chino del siglo IX que era una elegía a su amistad de toda una vida:

Juntos nos hacemos viejos, tú y yo;
Preguntémonos, ¿qué es la edad?
La cabeza ociosa, aún sin peinar a medio día.
Inclinarse sobre un bastón, en ocasiones un paseo fuera;
O sentarse todo el día con las puertas cerradas.
No te atreves a mirar la faz bruñida del espejo;
No puedes leer libros con letra pequeña.
Cada vez más hondo, el amor a los viejos amigos;
Cada vez más escaso, el trato con muchachos jóvenes.
Sólo una cosa, el placer de la charla sin objeto,
Es tan intensa como siempre, cuando tú y yo nos encontramos[37].

Spender murió en 1993, y Berlin escribió a Natasha Spender recordando con tristeza cuánto les había gustado ir a escuchar juntos a Artur Schnabel; que Stuart Hampshire había dicho con admiración, una vez que hablaban sobre Stephen, que "nada se interpone entre él y el objeto"; y que parecía imposible comprender que nunca volvería a verle [38]. Cuando tenía ya más de ochenta años, este tejido de continuidad, que le proporcionaban sus viejos amigos masculinos, empezó a deshacerse lentamente. Ya se habían ido Bowra, Cecil, Spender. A otros, como Shiela Sokolov Grant, Mary Fisher y Jean Floud, los veía con menos frecuencia. Asistía a funerales, escribía homenajes en recuerdo de ellos, enviaba cartas afectuosas a sus familias —en las que siempre resaltaba que las palabras eran herramientas, insuficientes para su finalidad— y escudriñaba en las páginas necrológicas de los coetá-

neos desaparecidos. Estos ritos de partida no podían por menos que hacerle consciente de la inminencia de la suya propia. Una vez, al salir del funeral en memoria de lord Goodman, en el que lord Annan había leído el homenaje, Berlin hizo un aparte con Annan y susurró, con un guiño: "Quiero contratarte para el mío" [39].

Su sentido del humor manaba de su vitalidad y le ayudó a mantener a raya los pensamientos nocturnos. Bromeaba sobre su propia longevidad, recordando las palabras de un bandido siciliano a quien el cura pidió en su lecho de muerte que perdonara a sus enemigos. "Padre, no tengo ninguno, los he matado a todos". Pero echaba de menos intensamente a algunos de sus amigos y comprendió que, en realidad, hacerse viejo le había hecho más, y no menos, sensible al infortunio de los demás. Como dijo a Morton White:

> La proposición de que cuanto más vives más indiferente te vuelves hacia los males que nos acosan a nosotros y a nuestros seres más queridos es totalmente falsa; yo sufro mucho más por todo esto que antes, y ahora comprendo que ha debido haber largos periodos en mi vida en que fui, hablando en términos comparativos, muy poco sensible a las desgracias de los demás, por cercanos que fueran, y sin duda a las de mis amigos... [40]

Pese a perder a sus amigos más antiguos, consiguió, incluso a los setenta y ochenta años, hacer otros nuevos y mucho más jóvenes. La más importante de estas amistades fue con la familia Brendel, con Alfred, el pianista, su mujer Reni y sus tres hijos. Les unía su pasión común por Schubert, Beethoven y Mozart, pero pronto empezaron a hablar y discutir sobre todo tipo de cuestiones. Brendel se había criado en la Croacia fascista durante la guerra y la disposición de Berlin a hablar positivamente del nacionalismo le parecía una postura desconcertantemente tendenciosa, que sólo podía achacar al sionismo de Berlin. Como pianista expatriado que se ganaba la vida en las salas de concierto del mundo entero, no sentía un similar anhelo de pertenencia [41]. Pero coincidían

en mucho más de lo que disentían; por ejemplo, compartían exactamente el mismo trío de aversiones inamovibles: "Ruido, humo de cigarrillo y fanáticos". Ambos tenían un fuerte sentido del absurdo y se les veía en la residencia de los Brendel de Hampstead, riéndose de algún chiste privado, los ojos de Brendel encendidos de regocijo demoniaco, los hombros de Isaiah agitados por una risa silenciosa.

Brendel era un hombre profundamente reflexivo y culto cuyo trabajo como intérprete carecía del todo de grandilocuencia, exhibicionismo o emoción falsa. Su ejecución emanaba seguridad en el timbre emocional y comprensión filosófica del significado de nobleza y *pathos* en la música. Berlin admiraba también su feroz dedicación. Junto a las fotografías de Liszt de la habitación donde practicaba había un cartel en alemán que rezaba: "El Arte es Bonito, pero significa Trabajar Mucho". Brendel, por su parte, sabía aprovechar la extraordinaria memoria de Berlin para interpretaciones y repertorios, que se remontaba hasta los años treinta, y pese a que Isaiah no sabía leer música elaboraron una especie de taquigrafía privada para sus conversaciones musicales: Berlin a veces tarareaba una melodía o la tamborileaba en su rodilla, Brendel la identificaba y después pasaba revista a los diversos modos en que podían tocarse estos temas. Reni Brendel llegó a ser una de las grandes confidentes en la vejez de Isaiah, telefoneándole casi a diario, visitándole siempre que su ajetreada vida se lo permitía. Ella sería la última de una serie de mujeres vivaces y capaces atraídas hacia la vitalidad de Isaiah, y cuya *joie de vivre* reanimaban la suya propia.

Aunque él lo habría negado, Isaiah estaba haciendo también algunas despedidas cuidadosamente elegidas. A fines de marzo de 1988 volvió a San Petersburgo y Moscú, donde Brendel dio dos recitales. Paseó por última vez por las calles lluviosas de San Petersburgo, frente a la Casa de la Fuente y el piso de Ajmátova [42]. Se despidió sin lágrimas y sin sentimentalismos de la ciudad de su infancia y de un encuentro que, más que ningún otro, había cambiado su vida.

19. Epílogo

Nunca había escrito un diario y había descartado la posibilidad de una autobiografía. Creía que ensimismarse era una pesadez. Su lema era *après moi le déluge*. Pero esto no le impidió hacer intentos de poner su vida en orden. Yo aparecí en su vida como biógrafo en 1987 para ayudarle en la labor de rememoración. En un principio se mostró cauto, contándome viejas anécdotas con estilo formulario, y hasta después de pasar varios años no empezó a desviarse de los caminos bien conocidos para adentrarse en cuestiones y temas que había enterrado dentro de sí. Durante una de estas largas sesiones frente a la grabadora en sus habitaciones de Albany le hice la pregunta central sobre la relación entre su vida y su obra: por qué una persona que no había tenido una vida trágica había concedido tanta importancia a la elección trágica y mostrado tanta empatía hacia las personas agitadas por conflictos internos. Su respuesta fue concisa: "Mi vida es lo contrario de mis opiniones... Creo que toda elección es dolorosa, no que elegir sea doloroso para mí" [1]. De ser esto cierto, su obra no fue una manifestación de lo que le debía a la vida sino de lo que debía a su capacidad para imaginar las vidas ajenas.

Cuando le pregunté acerca de su misterioso, su sereno, bienestar, contestó con su tranquilo estilo deflacionario, que se sentía contento porque era superficial. "Yo vivo mucho más en la superficie de lo que la gente se piensa". Quería dar-

me a entender, pues, que su vida era un testamento a las virtudes de la levedad de ser.

Para el Premio Jerusalén, que le otorgaron antes de su setenta cumpleaños, Berlin escribió lo que sería su única incursión en la autobiografía intelectual amplia, donde detalló los tres hilos de su vida —ruso, inglés y judío— que él había trenzado en la madeja singular de su identidad [2]. De los pensadores rusos, sus queridos Herzen y Turgénev, había tomado la fascinación por las ideas y el sentido de que éstas tenían poder para esclavizar a los hombres, no menos que la naturaleza o las instituciones. De la tradición rusa provenía también un sentido de la función esencialmente admonitoria y moral del intelectual [3]. De la parte inglesa había extraído su empirismo, la convicción de que el mundo era como nos decían nuestros sentidos. El público de Jerusalén, con amargos recuerdos del mandato británico, quizá no se sintiera muy a gusto con esto, pero Berlin achacaba también a lo inglés el contenido total de sus convicciones políticas: la tolerancia, el debate libre, el respeto a la opinión de los demás. En cuanto al tercer y último hilo, dijo ante el público de Jerusalén que debía a su judaísmo el hecho de que en su liberalismo hubiera quedado tanto espacio para la necesidad humana de pertenecer. Había sido un error de los filósofos de la Ilustración suponer que los hombres y las mujeres podían vivir sus vidas de acuerdo con principios abstractos, valores cosmopolitas y lo que él llamaba "un internacionalismo doctrinario idealista pero vacío". Añadió después:

> Esta negación de los vínculos naturales me parece noble pero equivocada. Cuando los hombres se quejan de soledad, a lo que se refieren es a que nadie entiende lo que dicen: ser entendido significa compartir un pasado común, sentimientos y lengua comunes, supuestos comunes, la posibilidad de comunicación íntima; en suma, compartir formas de vida comunes.

Ser judío, declaró, implicaba una comprensión especial de esta clase de soledad. Suponía también saber hasta qué

punto necesitaban hombres y mujeres sentirse en casa en algún lugar del mundo. Pertenecer era algo más que la sola posesión de una tierra o la formación de un Estado; era la condición misma de ser entendido.

Rindió el debido tributo a lo que debía a su gente, pero sabía que no era por fuerza mejor o más verdaderamente entendido en Israel que en cualquier otro sitio; o siquiera que él entendiera Israel especialmente bien. En los últimos veinte años de su vida se encontró cada vez más perplejo, más enojado y más deprimido por lo que había ocurrido a sus sueños sionistas. Berlin había creído en la partición desde la Comisión Peel de 1937, y hasta el final de sus días se consideró un sionista partidario de dos Estados, defensor tanto del Estado de Israel como de compartir la tierra con los palestinos. En realidad, esta situación encarnaba exactamente los conflictos entre ideas encontradas del bien que su propia perspectiva filosófica creía inevitables en la vida moral. En un conflicto entre dos derechos de autodeterminación de igual legitimidad, Berlin no podía entrever ninguna otra solución sino que Israel cediera partes considerables de los territorios ocupados a la autoridad palestina. Esta firme convicción le enfrentó a los gobiernos de Begin y Shamir. Silenciosamente, en entrevistas y cartas a amigos israelíes, se alineó con la organización Paz Ahora, pero las posturas públicas vehementes eran ajenas a su carácter y, en cualquier caso, siempre creyó que todo consejo que viniera de fuera, aun si provenía de un judío, sería siempre rechazado [4]. Con todo, la idea de que no había tomado postura explícitamente le remordía la conciencia.



Del mismo modo que volvió a considerar sus relaciones con Israel, también meditó nuevamente sobre su judaísmo. No se retractó de nada, pero sí explicitó muchas cosas que habían quedado implícitas. En asuntos de fe, siguió siendo lo que su amigo Jerry Cohen denominaba un "ateo verificacionista", fiel a las convicciones antimetafísicas del positivismo lógico oxoniense de los años treinta [5]. Pero era más escéptico que herético, y expresaba su radical escepticismo con suavi-

dad, asegurando al rabino mayor, Immanuel Jakobovits, que ciertamente le gustaría creer en Dios y en la vida después de la muerte, pero que sencillamente no tenía evidencia alguna de que dichas cosas existieran [6]. Sin embargo, el escepticismo religioso convivía alegremente en él con la observancia religiosa. En cualquier parte del mundo en que se encontrara el día de Yom Kippur no dejaba nunca de ayunar y asistir a la sinagoga. Mientras vivió su madre celebró Passover todos los años en su casa. Después de su muerte, esta ceremonia se celebraba bien en Headington House o bien en casa de Peter Oppenheimer y su familia en Oxford. Oppenheimer, profesor de Economía y figura destacada de la comunidad ortodoxa de Oxford, había emparentado por matrimonio con los Pasternak que allí vivían, por lo que él y Berlin estaban unidos por lazos judíos y rusos a la vez. El Seder (primer día de la Pascua judía) era en ocasiones una solemne ocasión social, con asistencia de lord Rothschild, lord Goodman, el pintor R. B. Kitaj y el pianista Murray Perahia [7]. Otras veces era más íntimo, celebrándolo solamente con los Oppenheimer y los hijos y nietos de Aline. Los pasajes rituales eran leídos y cantados en hebreo, y Berlin participaba plenamente, explicando en ocasiones el significado de ciertos rasgos del ritual a los niños menores. La celebración de la libertad que contenía esta tradición era muy importante para él y nunca dejó de hacerlo. Lo mismo era aplicable a Ros ha-Sanah, el Año Nuevo judío. Si se encontraba en Jerusalén, celebraba el Año Nuevo con sus amigos Avishai y Edna Margalit y sus hijos.

Muchos de sus amigos judíos se sorprendían de que Berlin nunca hubiera dirigido su judaísmo en el sentido de la Reforma [8]. El movimiento de Reforma en teoría debía depurar el judaísmo de arcaísmos y adaptar su mensaje ético a los tiempos. Pero Berlin se mantuvo inflexible en su sentido de que, si efectivamente había observancia, ésta tenía que ser todo lo auténtica, todo lo tradicional y próxima a la fe antigua como fuera posible. Decía bromeando que "la sinagoga ortodoxa es la sinagoga a la que yo no voy". Pero asistía en efecto, dos veces al año, y estas prácticas constituían un entramado

esencial de su calendario, regresos rituales a sus orígenes, que eran algo más que culto a los antepasados. Pese a todo su escepticismo, su respeto por el contenido religioso del ritual era verdadero. Le repelía el inmaduro anticlericalismo volteriano de la Ilustración y había rastreado la mayoría de los males del siglo XX hasta la idolatría de la razón laica. "Los ateos resecos", escribió en una ocasión, "no comprenden gracias a qué viven los hombres" [9]. Respetaba la tradición judía —y los sentimientos religiosos en general— precisamente porque enseñaba a los hombres los límites de su razón. En una carta escrita en 1981, comentando el "sermón" de Peter Oppenheimer en la sinagoga de Oxford con ocasión del Año Nuevo, Berlin observaba:

> La validez de la religión, a mi juicio, no tendría que depender de sus implicaciones morales: es trascendente, absoluta, pone orden en cosas que, en términos humanos, pueden horrorizar [como es frecuente en los episodios más sangrientos del A. T., Antiguo Testamento], pero que *son* la esencia de una verdadera actitud religiosa... [10]

Mirando hacia atrás, parece evidente que, cuando Igor Stravinsky le pidió que escribiera un libreto para una cantata de tema religioso, Berlin hubiera pensado de inmediato en la atadura de Isaac: era ley religiosa en su forma más autoritaria e inhumana, pero eso era precisamente lo que suscitaba el respeto de Berlin. Imaginaba vivamente a Abraham llevando a su hijo por el pedregoso monte hasta el lugar del sacrificio. En este episodio, en el corazón de su propia tradición, latía la *terribilità*, la sobrecogedora e implacable necesidad que él admiraba en la música más sublime, la grandiosidad de escala que empequeñecía todo lo meramente humano. Claro está que le repugnaba la ciega sumisión de Abraham y la crueldad del mandato; pero estas emociones eran fáciles. Con su habitual fascinación hacia los estados espirituales radicalmente ajenos al suyo, le fascinaba la capacidad humana para obedecer una orden por encima de su propio entendimiento [11].

Es posible que esta profunda comprensión de la necesidad —de ciertos aspectos de la vida que sólo podían experimentarse como mandato o destino— le salvara de la rabia cuando la luz empezó a apagarse. No era exactamente una actitud religiosa, pero sí implicaba aceptación, y hasta resignación, que podrían haber sido más difíciles de haber tenido él un talante más racionalista.

Cada vez pensaba más en la muerte, hablando de ella con sus amigos cercanos en tono de perplejidad, como si admirara una perspectiva lejana o un cuadro desconcertante [12]. Admitía que tenía miedo a morir, pero consideraba una incoherencia temer a la muerte en sí. Fue a los ochenta y seis años cuando citó a Epicuro ante un periodista: "¿Por qué temes a la muerte? Dónde tú estás, no está la muerte. Donde está la muerte, no estás tú. ¿Qué es lo que temes?". La muerte, insistía, citando a menudo un comentario de Wittgenstein, "no es un hecho de la vida" [13].

Le parecía un absurdo suponer que su propia vida tenía un plan o un destino; que él había hecho manifiesta la dirección o finalidad que estaba latente en ella. El orden que pudiera apreciarse en ella sólo se hacía patente después de haberla vivido. En sentido futuro, la vida no tenía forma alguna. Esta forma iba haciéndose al vivirla. De modo característico, estos pensamientos se expresaron solamente como comentarios al margen de un texto escrito hacia el final de su vida, en respuesta a una petición de un profesor chino de que diera cuenta y razón de su propia obra para publicarlo en una guía china de la filosofía angloamericana. A Berlin le encantaba pensar que su obra llegara hasta el último bastión de una fe, al menos nominal, en el comunismo. En este ensayo citaba a su querido Herzen, y se aproximó más que nunca a formular su propio credo personal:

> "¿Dónde está la canción antes de ser cantada?". ¿Dónde, en efecto? "En ningún sitio" es la respuesta; la canción se crea al cantarla, al componerla. Así también, la vida la crean los que la viven, paso a paso.

Esta canción retuvo su atención hasta el final mismo. Uno de sus rituales preferidos, que llevaba a cabo en su despacho del piso superior de Headington House junto a su secretaria, Pat Utechin, era reservar entradas para los conciertos, con toda la antelación posible. Era hacerle apuestas a la vida el hacer planes para asistir a Glyndebourne, Salzburgo o Pesaro con dos años de antelación cuando él tenía ochenta y seis, pero cuando había dado instrucciones a Pat Utechin y su agenda estaba realmente llena a su gusto, se recostaba y suspiraba satisfecho. Una vez, cuando Pat se iba ya y le dejaba solo, volvió la mirada y le vio en su sillón, susurrando para sí en voz baja, con una voz a un tiempo triste y plena de deleite, "amo tanto la música" [14].



En 1996, la National Portrait Gallery propuso a Lucian Freud el encargo de pintar el retrato que él eligiera. Preguntó si podía pintar a Isaiah. Ambos hombres se habían conocido en Maresfield Gardens en octubre de 1938, cuando tomaron juntos el té en el jardín con el abuelo del pintor. Entre pasteles vieneses, Lucian había dicho a Sigmund que había ido a ver *Romeo y Julieta.* El anciano rió: "Creía que tú eras tu propio Romeo". Entonces, en el estudio de su casa de Kensington Church Street, Lucian, a los setenta y cuatro años, e Isaiah, con ochenta y seis, volvieron a encontrarse. Hubo más de una docena de sesiones, que ocuparon buena parte de la mañana. Isaiah se sentaba en un viejo sillón desvencijado mientras Freud le dibujaba primero a lápiz y después empezaba a pintarle al óleo. Pasaban el tiempo en cotilleos y después en silencio, roto sólo por el sonido del carboncillo sobre el papel o el pincel sobre el lienzo. Mientras Freud trabajaba, Isaiah se dormía y despertaba alternativamente. En el dibujo a carboncillo, de ocho por diez pulgadas aproximadamente, Isaiah tiene los ojos cerrados, la cabeza apoyada en el respaldo del sillón, la boca cerrada, perfectamente captada la curvatura del labio superior, así como la forma de la frente despejada y las mejillas hundidas y marchitas a causa de la edad. En el cuadro, no mucho mayor que una hoja normal de pa-

pel, Isaiah aparece recostado hacia atrás, con la cabeza descansando en el respaldo del viejo sillón. A diferencia del dibujo a carboncillo, tiene los ojos abiertos mirando llenos de melancolía hacia la izquierda, hacia algo que no puede ver. El retrato nunca quedó terminado [15].

El 17 de julio de 1997 entró en la habitación de Aline a primeras horas de la mañana. Había estado vomitando y le faltaba la respiración. Llamaron a una ambulancia que le llevó al hospital, donde los médicos lucharon para que volviera a respirar con normalidad y extraerle de los pulmones el vómito que había inhalado. Ya anteriormente se habían producido episodios de vómitos pero esta vez contrajo una pulmonía. Pasó un mes en el hospital, sin poder ver a nadie más que a Aline y a uno o dos de sus mejores amigos. Debido a una aguda constricción del esófago tragar le resultaba doloroso, y también peligroso, porque había riesgo de asfixia o de que otra vez entraran líquidos en los pulmones. A consecuencia de ello empezó a perder peso y el corazón se le debilitó a causa de los ataques de asfixia. Por primera vez, sus amigos más íntimos le encontraron auténticamente deprimido y triste. Cuando Pat Utechin le dijo con dulzura que no tenía otro remedio que sonreír y aguantar, contestó que estaba aguantado, eso sí, pero sonreír se le estaba haciendo imposible. Y, sin embargo, le quedaba algo de chispa. Una vez Bernard Williams llegó y se encontró a Isaiah dormido y a Reni Brendel, recién llegada del campo vestida con traje de montar, leyendo el periódico mientras esperaba a que despertara. Ambos hablaron sobre Isaiah un buen rato mientras él dormía. Pasado un tiempo, le despertaron con suavidad. ¿Había oído lo que estaban diciendo? Isaiah sonrió: "Sin perder palabra" [16].

Cuando regresó a Headington House en el mes de agosto estaba débil y demasiado enfermo para leer o recibir otras visitas que no fueran sus amigos más allegados. Con ayuda de Casimiro y Claudina Botelho, Aline y sus amigos intentaron animarle. Hicieron todo lo posible, pero Berlin estaba abatido y le dijo a Jerry Cohen, su sucesor en la cátedra Chichele

de teoría política, que la vida había perdido todo su sabor. Su vigor disminuía día a día, pero seguía luchando, resuelto a mantener las rutinas de siempre, tan vivificadoras. Pat Utechin seguía viniendo para cumplir el ritual matutino del dictado y, hasta finales de octubre, siguió contestando su correspondencia.

Sus pasiones y temas más perdurables volvieron a cruzar su vida en las semanas últimas. Recibió una carta de Anatoly Nayman, amigo y biógrafo de Ajmátova, adjuntándole algunas reflexiones sobre el amor a Dante de la escritora. Berlin sentía un afecto especial por Nayman y la generación rusa de la década de 1960 que tan valientemente se había mantenido fiel a lo mejor de la tradición rusa prerrevolucionaria, y por ello su carta de adiós a Nayman —la carta última que escribió— mostraba una especial ternura [17].

Pero había otras despedidas aún más dolorosas que hacer. A Berlin le atormentaba haber hecho tan poco para ayudar a los asediados liberales israelíes que seguían defendiendo la idea de intercambiar paz por tierras. Como su héroe Turguénev, que cuando estaba muriéndose de cáncer había dictado "Fuego en el mar" a Pauline Viardot, para absolverse de la acusación de cobardía, Berlin dictó un llamamiento público al compromiso político en Israel. El 16 de octubre de 1997, a iniciativa propia y de nadie más, compuso una declaración en que imploraba a los israelíes que aceptaran la partición de los territorios con los palestinos. Jerusalén debía mantenerse como capital del Estado judío, pero instaba a los israelíes a que accedieran a que Naciones Unidas garantizara el derecho de acceso a los Santos Lugares de los musulmanes, y el derecho de residencia a los palestinos, todo bajo supervisión internacional. La alternativa, advertía Berlin, era un ciclo interminable de intolerancia terrorista por ambas partes y una guerra cruel. El llamamiento fue enviado a sus mejores amigos israelíes, Avishai y Edna Margalit. Berlin estaba poniendo orden en su vida, poniendo su conciencia en paz [18].

El 23 de octubre de 1997 el primer ministro, Tony Blair, escribió a Berlin sobre el futuro de la izquierda europea. En

una entrevista, realizada por Steven Lukes en 1991 pero que sólo se publicó completa en la revista *Prospect*, y una selección en el *Sunday Telegraph* de septiembre de 1997, Berlin se había preguntado en voz alta si la izquierda como tal tenía algún futuro. ¿Dónde, preguntaba, estaban las ideas nuevas? [19] Liberalismo y socialismo habían sido siempre *frères ennemis*. La doctrina de Berlin de libertad negativa había sido una defensa de la libertad humana frente al paternalismo socialista incluso el mejor intencionado. Blair quería polemizar en este punto. ¿No era verdad, preguntaba el primer ministro, que "las limitaciones de la libertad negativa" en las sociedades occidentales habían inducido a muchas generaciones de personas a encontrar algún modelo de sociedad que superara el "*laissez-faire*"? Sin duda, a su parecer, la "libertad positiva" tenía validez, "no obstante sus depredaciones en el modelo soviético" [20]. Las ideas de Berlin conservaban todo su poder de provocación, pero entonces se encontraba demasiado enfermo para responder al primer ministro.

En la última semana de octubre Isaiah pidió verme. Estaba sentado en su mecedora junto a la puerta del despacho del piso bajo en Headington House, con un montón de libros y revistas desparramados sin leer sobre la mesa que había al lado de su brazo. Estaba demacrado y pálido, y su inmaculado traje de *tweed* le sobraba por todos lados. En un momento dado le ayudé a moverse en la silla, y al levantarle me impresionó sentirle las costillas por debajo del traje. Estaba débil pero lúcido y mostraba una intensidad febril que yo no recordaba en ninguna de nuestras anteriores reuniones. Pasó revista a las alternativas más o menos lúgubres que le aguardaban. Los doctores decían que la constricción del esófago y la pérdida de peso no les dejaban otra opción que insertarle un tubo en el estómago para alimentarle. A Berlin le parecía aquello una posibilidad temible pero estaba resignado a ella: no tenía ninguna alternativa buena, dijo, encogiéndose levemente de hombros. Pero eso no era lo que en realidad quería decir. Acerqué mi silla hasta que nuestras rodillas casi se rozaron y él se inclinó hacia delante y habló en un su-

surro apremiante, repasando toda su vida hacia atrás y hacia delante, corrigiendo posibles malentendidos sobre éste o aquel pormenor, mostrando preocupación porque yo acaso no hubiera comprendido bien ciertas confesiones o comentarios marginales. Me dolía pensar que hubiera estado inquietándose por la verdad biográfica; necesitaba todas sus fuerzas para cosas más importantes. Pero no conseguí que cambiara de tema: quería dejar claro el historial. También esto me resultaba doloroso porque no estaba en su carácter. En todo momento había dicho que no le importaba lo que yo pudiera deducir de su vida; esto nos había dejado a los dos en libertad. Su indiferencia a mi proyecto, cuidadosamente cultivada, había sido una forma de generosidad, un intento de aligerar el peso de nuestra amistad. Pero ahora ambos nos enfrentábamos al momento de cierre, en que súbitamente las palabras adoptaron una urgencia que nunca habían tenido antes. El tiempo, que se había alargado en nuestra perspectiva durante tantas tardes, mientras el reloj de la chimenea daba las horas y la conversación versaba sobre la totalidad de su vida, parecía ahora terriblemente breve. Las fuerzas le estaban abandonado ante mis ojos. Tuvo sólo la energía suficiente para un pensamiento más. Con un voz que era poco más que un susurro, me dijo cuánto amaba a Aline y hasta qué punto ella había sido el centro de su vida. Esto es lo que por encima de todo quería que yo entendiera. Le dije que lo entendía. Y después le cogí las manos e intenté tranquilizarle asegurándole que lo haría lo mejor que supiera. Lo que quise decir —aunque no conseguí decirlo— era que haría todo lo posible para no traicionarle, que correspondería a la confianza que había depositado en mí sin recelo, sin cálculo, diez años antes. Hasta hoy sigo preguntándome si comprendió lo que intentaba decirle. Cuando me marché, me incliné y le di un beso en cada mejilla y otro para que no faltara, como siempre habíamos hecho. Después, Aline me acompañó a la puerta y mientras caminaba hacia el coche pasé ante la ventana del despacho y le vi allí, por última vez, con la barbilla hundida en el pecho, dormido.

Ingresó en el hospital en la tarde del 4 de noviembre para que le introdujeran el tubo en el estómago. Se estaba recuperando de esta intervención en la noche del día siguiente cuando le sobrevino otro ataque de asfixia y murió de inmediato. El viernes 7 de noviembre —día en que todos los periódicos de Gran Bretaña y la mayoría de Estados Unidos y Europa publicaron su necrología, y los periódicos de Israel el texto de su último llamamiento a la paz— fue enterrado en el sector judío del cementerio de Wolvercote en Oxford. Su familia y amigos arrojaron tierra húmeda con la pala sobre su tumba, y a continuación el rabino mayor entonó, en hebreo e inglés:

> *Tehi nishmato tserurah betsror hachaim.* Que su alma quede enlazada con los lazos de la vida eterna. *Vehi zichro barukch.* Y sea siempre su memoria una bendición.

En los días que siguieron a su muerte, prensa y revistas de ambos lados del Atlántico le dedicaron en sus páginas necrológicas una atención generalmente reservada a los hombres de Estado. El tono de la mayoría de los artículos era reflexivo y respetuoso, pero hubo veneno de la izquierda y la derecha y estas contribuciones confirmaron lo que él siempre había creído: que pese a todo su éxito, el suelo que le sostenía había sido siempre más estrecho de lo que suponía la mayoría y su liberalismo siempre había estado asediado [21]. Pero también se vio claramente que había sido un hombre querido, especialmente por los ingleses, que le habían dado un hogar. En el artículo del *Daily Telegraph,* su compañero de All Souls William Waldegrave decía: "Si me hubieran pedido que les mostrara a lo que me refiero por el ideal de lo inglés les habría llevado a ver a una mezcla de todas las culturas de Europa, letona, judía, alemana, italiana. Les habría llevado a ver a Isaiah Berlin" [22].

En los actos conmemorativos que se celebraron en la sinagoga de Hampstead, el Sheldonian Theatre de Oxford y la Embajada británica de Washington, sus amigos más próximos intentaron expresar lo que Berlin había significado para

ellos, evocar lo que le hacía tan singular. En Washington, Kay Graham recordó que cuando le pidieron que hablara más lentamente si quería que los norteamericanos le entendieran había respondido: "Sí, ya lo sé, lo sé, lo sé. Pero si lo hiciera, sería una persona muy diferente, muy diferente" [23]. En Oxford, su amigo de Jerusalén, Avishai Margalit, recordó a Isaiah como "el príncipe de los exiliados". Noel Annan dijo que Isaiah le había enseñado a "pensar con más claridad, sentir más profundamente, tener esperanza y confiar en la vida" [24]. Stuart Hampshire, con su cabello blanco, apoyado en un bastón y quebrándosele súbitamente la voz, rindió homenaje a su "amigo creador de vida". Bernard Williams dijo que siempre recordaría a Isaiah escuchando música, "ligeramente inclinado hacia delante, la cabeza ladeada, escuchando, por encima de las conversaciones, las discusiones y la historia" [25].

En los actos conmemorativos de despedida se tocó música de todos los momentos de su vida, los lamentos litúrgicos, una *sarabande* de Bach interpretada por Isaac Stern, el *andante* del *Cuarteto, opus 130,* de Beethoven y el *andante sostenuto* de la *Sonata en si menor* de Schubert, que sonó en medio del silencio de la sinagoga de Hampstead tocada por Alfred Brendel. En el tributo del pianista al hombre que hubiera deseado que fuera su padre latía todo lo que hay de inexpresable en el llanto de los que le quisieron. Cuando se desvanecieron las últimas notas y el público de la sinagoga salió en silencio a la calle invernal del norte londinense embargó a muchos la emoción de sentir que esta clase de actos nunca habían parecido completos sin el parecer de Isaiah sobre ellos. Por primera vez salían de una ocasión solemne sin poder disfrutar de la coda, susurrada en voz baja, que había caracterizado siempre la conclusión esencial de aquellos actos. La fuente de todos los veredictos que importaban ya no estaba entre ellos.

Cuando tenía ochenta y cinco años le pregunté a Isaiah qué era lo que más le sorprendía de su vida. "El simple hecho de que haya vivido con tanta serenidad y tanto contento a través de tantos horrores" [26]. Su felicidad siempre estuvo oscu-

recida por el sentimiento de culpa del superviviente. ¿Cómo olvidar las tinieblas? Habían reclamado todo lo que era suyo. Había sido "el peor siglo de todos", por su destrucción sin sentido de vidas humanas inocentes y su asesina irracionalidad disfrazada de razón. Era este sentido de oscuridad circundante lo que había dotado de una elocuencia sombría a sus mejores escritos y de pasión a su vocación intelectual. Pero no permitió que los tiempos dictaran su carácter. La biografía es el arte de lo singular y él era absolutamente singular: su voz, su espíritu, la lozanía de ambos, la levedad de su ser y la gravedad de sus ideas mejores eran todos ellos únicos. En un siglo oscuro, él demostró cómo debe ser la vida del espíritu: escéptica, irónica, desapasionada y libre.



Agradecimientos

Aline Berlin pasó muchas horas hablándome de Isaiah, compartió conmigo las cartas que tenía de él y me ofreció su hospitalidad en Headington House, Albany y Paraggi. No es fácil ver tu vida expuesta en papel, y debe ser grande la tentación de poner límites y barreras al avance del biógrafo. Por eso es mucho más extraordinario que ella no levantara ninguno en el mío. Quiero darle las gracias por su paciencia.

Como editor y albacea literario de Berlin, Henry Hardy reunió las cartas de Berlin a cientos de destinatarios; ordenó sus manuscritos inéditos y los preparó para su publicación; y formó un archivo de documentos, fotografías, cintas magnetofónicas y vídeos. Además, me concedió muchas horas de su tiempo, corrigiendo errores y dirigiendo mi atención hacia algunas fuentes que yo había pasado por alto. No se le debe hacer responsable de ninguna de las imprecisiones que puedan haber quedado y merece la parte del león en cuanto al mérito que pueda tener la exactitud lograda. Su colaboración conmigo ha sido un modelo de generosidad, y su labor en el Archivo Berlin ha sentado un extraordinario estándar de buen hacer intelectual.

El Cerbero que guardaba la puerta de la vida de Isaiah Berlin durante más de veinte años era su secretaria, Pat Utechin. A ella le agradezco que me concediera citas solicitadas con muy poca antelación, me corrigiera incontables errores

de carácter extraño en anteriores versiones de este libro y compartiera conmigo sus recuerdos de "el jefe".

Cuando trabajé en Oxford pude alojarme en la residencia del presidente de Magdalen College gracias a Anthony Smith, que me ha ofrecido hospitalidad y afecto durante más de veinte años y ha escuchado mis preocupaciones sobre mis libros con mayor frecuencia de la que probablemente él quiera recordar.

Entrevisté a muchos amigos, compañeros y estudiantes de sir Isaiah y quiero agradecer a todos su cooperación y asistencia. Allí donde sus comentarios aparecen en el manuscrito, su contribución es reconocida en las notas a pie de página. A este respecto, quiero expresar mi particular reconocimiento a Peter y Philippe Halban, Herbert y Jenifer Hart, Stuart Hampshire, Stephen y Natasha Spender, Alfred e Irene Brendel, Noel y Gabrielle Annan, Jean Floud, George Weidenfeld, William Deakin, Willian Hayter, Avishai y Edna Margalit, Robert Silvers, Arthur Schlesinger Jr., Daphne Straight, Clarissa Avon, Brenda Tripp, John Gray, Richard Wollheim, Bernard Williams, Richard Wilberforce, Michael Brock, Ralph Dahrendorf, Harry Shukman, Katharine Graham, Eric Hobsbawm, Steven Lukes, Gerald Cohen, Berel Rodal, Ian Buruma, Tim Garton Ash, Ben Rogers, David Butler, Andrzej Walicki, Bernard Wasserstein, Peter Oppenheimer, Leonard Wolfson, David Daiches, Edward Mortimer, Shiela Sokolov Grant, Cressida Ridley, Mary Bennett, Dimitri Obolensky, Nicholas Henderson, Max Beloff, David Cesarani, Isabel Roberts, Ronald Hope, Michael Goldman, Norman Davies, Shirley Anglesey, Charles Taylor, Larry Siedentop y Jonathan Sacks.

Michael Brock, antiguo vicepresidente y tesorero de Wolfson College, me prestó una ayuda inapreciable para los años de Berlin en la presidencia del colegio.

Es imposible agradecer individualmente a los cientos de personas e instituciones que respondieron al llamamiento de Henry Hardy y mío para enviar copias de las cartas de Berlin que conservaran. Hemos recibido ayuda y cooperación

de bibliotecas de investigación e instituciones del mundo entero, con una sola excepción: All Souls. Es de lamentar que una comunidad de estudiosos que depende para su trabajo de convenciones aceptadas en cuanto al acceso a materiales de archivo niegue a un biógrafo la posibilidad de consultar los papeles de uno de los miembros que honró a su institución durante más de sesenta años.

Espero que los amigos y colegas de Isaiah que busquen su nombre en el índice de mi libro no se decepcionen si no se encuentran en sus páginas. La variedad de sus amistades era tan grande que hubo que sacrificar el criterio de inclusión en aras de la coherencia narrativa. De modo similar, todo el que le conoció tenía un Isaiah propio. He incluido tantas de estas versiones como he podido y espero que las personas que no encuentren las suyas puedan al menos sorprenderse de la variedad de Isaiahs distintos que surgen de estas páginas.

Quiero también dar las gracias a Briony Glassco (Walton), actriz, madre de tres hijos y esposa, por el entusiasmo y *joie de vivre* que puso en la investigación que realizó para este proyecto.

Los miembros de St. Antony's College, Oxford, tuvieron la amabilidad de elegirme para una Alastair Horne Fellowship mientras trabajaba en esta biografía. En especial, quiero expresar mi agradecimiento a mi benefactor, Alastair Horne, por su generosidad. Doy gracias también al personal de la London Library y la Wiener Library por su asistencia bibliográfica.

Tuve la fortuna de que mi editora de Chatto, Jenny Uglow, fuera una excelente biógrafa por derecho propio y pudiera aportar a mi libro su sentido de cómo revivir una vida. Ella contó con la ayuda competente del equipo de revisión de Chatto, dirigido por Alison Samuel. Su predecesor, Jonathan Burnham, dio acogida al libro y recuerdo su perspicacia y sus consejos con afecto y respeto. En Nueva York, Sara Bershtel de Metropolitan Books aportó una inmejorable revisión, y en Toronto, Cynthia Good y su equipo prestaron la excelente asistencia editorial que es habitual en ellos.

Quiero agradecer a las siguientes personas que leyeran el manuscrito y ofrecieran sus comentarios: Suzanna Zsohar, Bernard y Patricia Williams, Pat Utechin, Aline Berlin, Reni Brendel, Avishai Margalit y Henry Hardy. Quiero también expresar mi agradecimiento a Douglas Matthews, antiguo bibliotecario de la London Library, por su ayuda en la elaboración del índice.

Los errores que puedan quedar son, cómo no, míos.

Reconocimientos por textos e ilustraciones: quiero dar las gracias por haberme permitido incluir citas de obras publicadas a: Zephyr Press, Boston, por *The Complete Poems* de Anna Ajmátova, traducidos por Judith Hemschemeyer y edición de Roberta Reeder (1989); Angel Books, Londres, por *The Eyesight of Wasps*, de Osip Mandelstam, traducido por James Greene (1989); John Stalworthy y el *Oxford Magazine* por "The Guest from the Future: a tryptych, 1940-88" (1989). Los fragmentos de las cartas inéditas de A. J. Ayer se han reproducido por cortesía del Estate of A. J. Ayer; el fragmento de la carta de Elizabeth Bowen del 27 de septiembre de 1935 ha sido reproducido con permiso de Curtis Brown Limited, Londres; el fragmento de la carta de T. S. Eliot del 9 de febrero de 1952 se ha reproducido con permiso de la señora Valerie Eliot; el de la carta inédita de Pasternak del 26 de julio de 1946 con permiso del Patronato Pasternak; los fragmentos de la correspondencia de Stephen Spender se han publicado por cortesía del Estate of Stephen Spender y el de la carta inédita del 23 de octubre de 1997 por cortesía del primer ministro.

Quisiera también agradecer a Aline Berlin, a Henry Hardy y al Archivo Berlin del Wolfson College (Oxford) que me suministraran muchas fotografías y tuvieran la amabilidad de concederme permiso para reproducirlas. Agradezco al Estate of Cecil Beaton, y a Clive Barda, Deborah Elliot y Steve Pyke su permiso para incluir sus fotografías-retrato de sir Isaiah y lady Berlin con Andrei Sajárov y Elena Bonner; a Patricia

Williams sus fotografías de Isaiah con su sombrero de vacaciones, y a John Murray, editor, y Europaïsche Verlaganstalt el retrato de Anna Ajmátova, incluido en *The Guest from the Future* de György Dalos (1998).





Notas

La fuente principal de mi trabajo ha sido mi serie de entrevistas con el propio Berlin, que comenzaron en diciembre de 1988 y continuaron hasta finales de octubre de 1997. Éstas tuvieron lugar con tanta frecuencia y en emplazamientos tan variados —en los descansos de conciertos o durante la cena o paseando— que en ocasiones era imposible tomar notas. Allí donde se hicieron transcripciones, éstas han quedado depositadas en el Archivo Berlin que ha formado Henry Hardy, en Wolfson College. Dichas entrevistas se citan con la referencia MI/IV IB, seguido, siempre que es posible, por la fecha de la entrevista y la página de la transcripción. El archivo está cerrado a los investigadores hasta que Henry Hardy haya finalizado su edición de las cartas de Berlin.

La segunda gran fuente fue la colección de correspondencia, a y de Berlin, que se halla en el Archivo Berlin de Wolfson College. En este caso, cito con la referencia: IB a (nombre del destinatario) seguido de la fecha: día, mes, año.

Las entrevistas con otras personas se citan: MI/IV, seguido del nombre de la persona entrevistada, junto a la fecha de la entrevista. Entre estas entrevistas fueron muy pocas las que quedaron grabadas o transcritas, pero en caso de que lo fueran, las cintas han quedado depositadas en el Archivo Berlin de Wolfson.

La lista definitiva de los escritos de Berlin se encuentra en Henry Hardy: "A Bibliography of Isaiah Berlin", en su edición de *Against the Current: Essays in the History of Ideas* (Londres, 1997) de Isaiah Berlin. Para citar las obras de Berlin en las notas he adoptado las siguientes abreviaturas:

KM: *Karl Marx: His Life and Environment*, introducción de Alan Ryan, guía para lecturas relacionadas de Terrell Carver (Londres, 1939; Oxford, 1978, 1995); (trad. esp.: *Karl Marx*, Madrid, Alianza, 1988).

AE: *The Age of Enlightenment: The Eighteenth Century Philosophers* (Nueva York, 1956; Oxford, 1979).

4E: *Four Essays on Liberty* (Londres, 1969); (trad. esp.: *Cuatro ensayos sobre la libertad*, Madrid, Alianza, 1993).

ZP: *Zionist Politics in Wartime Washington: A Fragment of Personal Reminiscences*, Yaachov Herzog Memorial Lecture (Jerusalén, 1972, Universidad Hebrea de Jerusalén).

VH: *Vico and Herder: Two Studies in the History of Ideas* (Londres, 1976).

RT: *Russian Thinkers*, ed. de Henry Hardy y Aileen Kelly, introducción de Aileen Kelly (Londres, 1978); (trad. esp.: *Pensadores rusos*, México, FCE, 1992).

CC: *Concepts and Categories: Philosophical Essays*, ed. de Henry Hardy, introducción de Bernard Williams (Londres, 1978); (trad. esp.: *Conceptos y categorías: ensayos filosóficos*, México, FCE, 1992).

AC: *Against the Current: Essays in the History of Ideas*, ed. de Henry Hardy, introducción de Roger Hausheer (Londres, 1979); (trad. esp.: *Contra la corriente: ensayos sobre historia de las ideas*, México, FCE, 1992).

WD: *Washington Despatches, 1941-1945: Weekly Political Reports from the British Embassy*, ed. de H. G. Nicholas, introducción de Isaiah Berlin (Londres, 1981).

PI: *Personal Impressions*, ed. de Henry Hardy, introducción de Noel Annan (Londres, 1980; 2ª ed. 1988); (trad. esp.: *Impresiones personales*, México, FCE, 1992).

CTH: *The Crooked Timber of Humanity: Chapters in the History of Ideas*, ed. de Henry Hardy (Londres, 1990); (trad. esp.: *El fuste torcido de la humanidad*, Barcelona, Ed. 62, 1992).

MN: *The Magus of the North: J. G. Hamann and the Origins of Modern Irrationalism*, ed. de Henry Hardy (Londres, 1993).

SR: *The Sense of Reality: Studies in the Ideas and their History*, ed. de Henry Hardy, introducción de Patrick Gardiner, (Londres, 1996; (trad. esp.: *El sentido de la realidad*, Madrid, Taurus, 1998).

PSM: *The Proper Study of Mankind: An Anthology of Essays,* ed. de Henry Hardy y Roger Hausheer, con introducción de Roger Hausheeer (Londres, 1997).

RR: "The Roots of Romanticism", Mellon Lectures, National Gallery of Art, Washington, 1965, manuscrito inédito, Archivo Berlin, Wolfson College. [*The Roots of Romanticism,* ed. de Henry Hardy (de próxima publicación, Londres, 1999)].

Las siguientes abreviaturas también se utilizan en las notas:
DNB: Dictionary of National Biography.
FO: Foreign Office Papers, PRO, Kew.
NYRB: New York Review of Books.
PRO: Public Record Office, Kew.
THES: Times Higher Education Supplement.
TLS: Times Literary Supplement.

1. ALBANY

[1] Se refería a Patricia de Bendern, de soltera Douglas. *Vid.* el capítulo 8.

[2] MI/IV Stephen Spender, 1992.

[3] Joseph Brodsky, "Isaiah Berlin: A Tribute", en A. y E. Margalit (eds.), *Isaiah Berlin: A Celebration,* Londres, 1991, p. 208; *vid.* también Solomon Volkov, *Conversatios with Joseph Brodsky,* Nueva York, 1998, pp. 230-231, 268.

[4] Virginia Woolf, *Letters,* V, Londres, 1979, pp. 410-411: "Discutí con Isaiah Berlin, que es un profesor muy inteligente, demasiado inteligente, como Maynard en su juventud: un judío violento".

[5] Albert Einstein a Felix Frankfurter, 12-III-1952.

2. RIGA, 1909-1915

[1] Hice un viaje a Riga en 1991 y quiero agradecer a Marger Vesterman, de la Sociedad Letona de Cultura Judía, su ayuda para recrear el mundo de los judíos de Riga antes del Holocausto. *Vid.* tam-

bién *Fragments of the Jewish History of Riga*, 1991, publicado por el Museo y Centro de Documentación de la Sociedad Letona de Cultura Judía. Los detalles de los antepasados familiares de Berlin y de sus años primeros en Riga están en buena medida extraídos de sus propios recuerdos. *Vid.* MI/IV IB, 20-X-1988, 11-X-1989 y 27-IX-1990.

[2] I Samuel 1-2.

[3] S. M. Eisenstein, *Immoral Memories: An autobiography*, Londres, 1986, p. 26; ed. de Marie Seton, *S. M. Eisenstein*, Londres, 1952, pp. 17-30.

[4] Mendel Bobe, *The Jews in Latvia*, Tel Aviv, 1971, pp. 243-261.

[5] "Riga", *Encyclopedia Judaica*, vol. 14; H. D. Löwe, *The Tsars and the Jews*, Chur, 1993, pp. 85-101.

[6] Mendel Berlin, "Autobiographical Notes", 11-III-1946, transcrito por Henry Hardy, Archivo Berlin, Wolfson College.

[7] L. B. Namier, "Zionism", *New Statesman*, 5-XI-1927, pp. 103-104; incluido en *Skyscrapers and Other Essays*, Londres, 1931; *vid.* también IB, "L. B. Namier", en **PI**, pp. 91-111.

[8] *Vid.* "Shneur Zalman of (Liozna) Lyady, 1745-1813", en *Encyclopedia Judaica*, vol. 14; Ada Rapoport-Albert (ed.), *Hasidism Reappraised*, Londres, 1997, pp. 298-299, 433-434, 356, 436.

[9] Para una descripción memorable de los madereros judíos del río Dvina, *vid.* Simon Schama, *Landscape and Memory*, Londres, 1995, pp. 26-32.

[10] IB a Anthony Storr, 29-IX-1978.

3. PETROGRADO, 1916-1920

[1] M. Berlin, "Autobiographical Notes", pp. 47-48. MI/IV IB, 27-IX-1990, 20-X-1988 y 11-X-1989.

[2] IB a Roma Schapiro, 3-XI-1983. También entrevista inédita con IB de Harry Shukman, St. Antony's College, 5-VI-1986.

[3] Ramin Jahanbegloo, *Conversations with Isaiah Berlin*, Londres, 1992, pp. 3-6 (trad. esp.: *Isaiah Berlin en diálogo con Ramin Jahanbegloo*, Madrid, Anaya & Mario Muchnik, 1993); Steven Lukes, "Interview with Isaiah Berlin", parte 1, 1991.

[4] IB, "Yitzak Sadeh", en **PI**, pp. 78-91; *vid.* además el capítulo 12.

[5] Era abuelo de Aline de Gunzbourg, con quien se casaría IB en 1956.

[6] M. Berlin, "Autobiographical Notes", p. 60.

[7] M. Berlin, "Autobiographical Notes", p. 61.

[8] Sobre las fechas de la salida de Riga y la llegada a Inglaterra de IB, *vid.* Mendel Berlin a Henry Snowman, 14-I-1926.

4. LONDRES, 1921-1928

[1] Vladimir Nabokov, *Speak, Memory*; las citas de Berlin de este capítulo se encuentran en MI/IV IB, 27-X-1988, cintas 1 y 2.

[2] IB "The Three Strands in My Life", en **PI**, p. 257.

[3] IB, "The Purpose Justifies the Ways", NYRB, 14-V-1998, p. 53.

[4] M. Berlin, "Autobiographical Notes", p. 60.

[5] M. Berlin, "Autobiographical Notes", p. 64.

[6] Mendel Berlin a Henry Snowman, 11-II-1926; *vid.* también Mendel Berlin, "Particulars Regarding Application for Naturalisation", texto mecanografiado, 16-II-1926; actualizado el 11-II-1930.

[7] A. H. Mead, *A Miraculous Dought of Fishes: A History of St. Paul's School, 1509-1900*, Londres, 1990, p. 115. *Vid.* también IB a J. Donaldson, 28-X-1971.

[8] Christopher Dean, archivero de la escuela St. Paul's, a Michael Ignatieff, 21-VI-1991.

[9] Arthur Calder-Marshall a Henry Hardy, 3-IV-1991.

[10] Archivo de Berlin, notas del Colegio St. Paul's, otoño de 1927.

[11] Compárese la reacción de Berlin hacia St. Paul's con la de su coetáneo Walter Ettighausen, el cual, con el nombre de Walter Eytan, llegaría a ser un distinguido diplomático israelí. *Vid.* Walter Eytan a Henry Hardy, 18-III-1992.

[12] IB a Edward Lowbury, 12-IV-1989.

[13] KM, prefacio; *vid.* también S. Rachmilievitch a IB, 14-XII-1935.

[14] Betty Spiro se casó con el médico y psiquiatra Emanuel Miller en 1933 y fue novelista y estudiosa. *Vid.* la introducción de Sarah Miller a: Betty Miller, *On this Side of the Angels*, Londres, 1985, esp. X, para los recuerdos de ella que tenía IB. El hijo de Betty Spiro y

Emanuel Miller es el médico, director de teatro y ópera Jonathan Miller.

[15] IB a Ida Samunov, sin fecha, 1928.

[16] *The Debater*, nº 10, noviembre de 1928, St. Paul's School.

5. OXFORD, 1928-1932

[1] IB entrevistado por Brian Harrison en *Corpuscles*, Oxford, 1921.

[2] MI IV Spender, 16-X-1989.

[3] *Vid.*, por ejemplo, editorial, *Oxford Outlook*, 10 (1930), pp. 561-565.

[4] Diana Hopkinson, *The Incense Tree*, Londres, 1969, pp. 82-84, 1969; *vid.* también su carta a Henry Hardy, 8-III-1995.

[5] Shiela Sokolov Grant a IB, 1983; MI/IV S. Sokolov Grant 1983; 1985, 1993.

[6] G. E. Moore, *Principia Ethica*, p. 95.

[7] IB, "Maurice Bowra", en **PI**, p. 156; *vid.* también Hugh Lloyd Jones (ed.), *Maurice Bowra*, Londres, 1974; Noel Annan, *Our Age*, Londres, 1990, pp. 90-95.

[8] Para una descripción coetánea de Bowra en pleno, *vid.* IB a Mary Fisher, 23-III-1936; las traducciones que hizo Bowra de Blok se encuentran en C. M. Bowra, "The Position of Alexander Blok", en *Criticism*, xi, 44, abril de 1932, pp. 422-438.

[9] IB a Jenifer Fischer Williams, sin fecha.

[10] IB a Bowra, sin fecha, desde el Reform Club, para la expresión más clara de IB de su deuda con Bowra.

[11] El interés de IB en Rusia se mantuvo durante los años de estudiante. *Vid.*, por ejemplo, su traducción de la obra de Alexander Blok "The Collapse of Humanism" en *Oxford Outlook*, 11, 1931, pp. 89-112.

[12] IB a Charles Henderson, IX-1931.

[13] Spender a IB, sin fecha, desde Berlín.

[14] Stephen Spender, *World Within World*, Londres, 1951, p. 70.

[15] MI/IV Spender, IX-1989.

[16] Spender a IB, sin fecha, 1932.

[17] Spender, *World Within World*, pp. 71-72; M. P. Steinberg, *The Meaning of the Salzburg Festival*, Ithaca, NY, 1990, pp. 29, 37, 219, 234.

[18] MI/IV Spender, IX-1989.

[19] Spender a IB, 19-V-1935; *vid.* también IB, "The Naïveté of Verdi", en **AC,** pp. 287-296; el análisis de Bernard Williams de la distinción entre *naïve* y "sentimental" en A. y E. Margalit (eds.), *Isaiah Berlin,* pp. 180-193.

[20] *Vid.* la crítica de IB sobre la interpretación de la *Eroica* bajo dirección de sir Thomas Beecham en *Oxford Outlook,* 12 , 1932, p. 57.

[21] IB a Charles Henderson, 20-IX-1931.

[22] Sobre el examen oral de Berlin, *vid.* M. Corley a IB, 24-VII-1932.

6. ALL SOULS

[1] Para All Souls en los años treinta, *vid.* MI/IV IB, 30-XI-1988, 13-XII-1988.

[2] IB "John Petrov Plamenatz", en **PI**, p. 146.

[3] IB y Stuart Hampshire, "Reminiscences", All Souls, 6-III-1992, manuscrito mecanografiado inédito, Archivo Berlin, Wolfson College.

[4] IB a Mrs. James Rothschild, 8-V-1957. IB, "Mr. James de Rothschild: "'Grand Seigneur'", *The Times,* 13-V-1957.

[5] A. L. Rowse, *All Souls and Appeasement,* Londres, 1961.

[6] IB a Spender, 26-II-1935.

[7] IB a Spender, sin fecha, 1935.

[8] W. H. Auden y L. MacNeice, *Letters from Iceland,* Londres, 1937.

[9] MI/IV Spender, 1989; Philip Toynbee, *Diaries,* vol. II, 19-V-1937. El Archivo Toynbee, en posesión de Sally Toynbee.

[10] IB a Eliazabeth Bowen, sin fecha, otoño de 1937.

[11] Victoria Glendinning, *Elizabeth Bowen,* Londres, 1977 (ed. de 1988), pp. 40-43, 114-122.

[12] IB a Bowen, 30-XI-1933; *vid.* también Harrison, *Corpuscles*; IB a Mary Fisher, sin fecha, 1933; Hermione Lee, *Virginia Woolf,* Londres, 1996, p. 647.

[13] V. Woolf, *Letters,* V, p. 255.

[14] IB, "Virginia Woolf", en **PI**.

[15] IB a Spender, sin fecha, 1935.

[16] IB a Spender, sin fecha, II-1935.

[17] IB a Bowen, sin fecha, 1937.

[18] MI/IV Edward Mortimer, 13-VI-1995.

[19] Rachel Walker a IB, 26-VIII-1935.

[20] Rachel Walker a IB, sin fecha, 1935.

[21] Mary Fisher a B. J. Lynd, 10-XI-1935.

[22] IB a John Hilton, 13-X-1935.

[23] IB a Bowen, sin fecha [octubre, 1935].

[24] Bowen a IB, 27-IX-1935.

[25] MI/IV IB, 4-I-1989, 3.

[26] MI/IV Edward Mortimer, 13-VI-1995; Edward Mortimer a Henry Hardy, 21-V-1994.

[27] H. A. L. Fisher Papers, Bodleian Library, Oxford.

[28] Christopher Hill a IB, 30-VIII-1935; también 9-XI-1935, 26-XI-1935, 14-XII-1935.

[29] **RT**, pp. 82-113; 186-210.

[30] IB a Shiela Grant Duff, sin fecha (1936).

[31] IB a John Hilton, 13-X-1935.

[32] Shiela Gran Duff, *The Parting of Ways,* Londres, 1982, p. 55.

[33] **PI**, pp. 112, 114; IB y Stuart Hampshire, "Reminiscences", p. 7.

[34] IB a Sheila Grant Duff, 18-VIII-1936.

[35] IB a Mary Fisher, sin fecha, ¿XII-1936?

[36] Moore Crossthwaite a IB, XI-1938.

[37] Shiela Grant Duff, *The Parting of Ways, op. cit.*

[38] Shiela Grant Duff, *A Noble Combat: The Letters of Shiela Grant Duff and Adam von Trott zu Solz, 1932-9,* ed. K. von Klemperor, Oxford, 1988, *passim.*

[39] Giles MacDonogh, *A Good German,* Londres, 1989, pp. 33-60; Christopher Sykes, *Troubled Loyalty,* Londres, 1968; Christabel Bielenberg, *The Past is Myself,* Londres, 1968 (trad. esp.: *El pasado soy yo,* Debate, Madrid, 1989).

[40] MI/IV IB, 13-XII-1988, 7.

[41] Hopkinson, *The Incense Tree,* p. 148; *Manchester Guardian,* pp. 22, 23, 134; MacDonogh, *A Good German, op. cit.,* pp. 60-61; Sykes, *Troubled Loyalty,* p. 104; *vid.* la carta de Von Trott en el *Manchester Guardian,* 21-II-1934.

42 IB a Adam von Trott, sin fecha, ¿VII-1934?; también IB a Shiela Grant Duff, sin fecha, II-1934. Sykes, *Troubled Loyalty, op. cit.*, pp. 110-111.

43 Von Trott a IB, sin fecha, ¿III-1937?

44 Von Trott a IB, sin fecha, ¿XI-1937?; MacDonogh, *op. cit., A Good German*, pp. 91, 96.

45 Sykes, *Troubled Loyalty, op. cit.*, p. 265.

46 IB, "L. N. Namier", en **PI**, p. 100.

47 Maurice Bowra, *Memories,* Londres, 1966, pp. 304-306.

48 IB a Shiela Grant Duff, 21-VI-1956; *vid.* su "A Personal Tribute to Adam von Trott (Balliol 1931)", Balliol College Annual Record, 1986, pp. 61-62; *vid.* también H. O. Malone, "Adam von Trott zu Solz: The Road to Conspiracy Against Hitler", tesis doctoral inédita, Universidad de Texas, Austin, 1980.

7. LA HERMANDAD, 1934-1940

1 Sobre Palestina bajo el mandato, *vid.* A. J. Sherman, *Mandate Days: British Lives in Palestine, 1918-48,* Londres, 1997; Amos Elon, *The Israelis,* Nueva York, 1983; Elie Kedouri y S .G. Haim (eds.), *Zionism and Arabism in Palestine and Israel,* Londres, 1982; Bernard Wasserstein, *Herbert Samuel: A Political Life,* Oxford, 1992.

2 MI/IV IB, 13-XII-1988.

3 IB a Felix Frankfurter, 7-XII-1934.

4 IB a Frankfurter, 7-XII-1934; Sherman, *Mandate Days,* p. 92.

5 IB a M. Berlin, sin fecha.

6 IB a Frankfurter, 7-XII-1934.

7 Thomas Hodgkin, *Letters from Palestine, 1932-6,* Londres, 1986.

8 IB a M. Berlin, sin fecha.

9 *Vid.* las referencias a las visitas de Berlin a los palestinos en Bernard Wasserstein, "Staying to Get Out", *TLS,* 24-IV-1998.

10 MI/IV IB, 13-XII-1988, 14.

11 IB a Marion Frankfurter, 20-III-1935.

12 MI/IV IB, 13-XII-1988. Sobre Stern, *vid.* H. M. Sachar, *A History of Israel,* Nueva York, 1996, pp. 246-249.

[13] Ben Rogers, *A. J. Ayer: A Biography* (de próxima publicación, Londres, 1999); *vid.* también A. J. Ayer, *Part of My Life,* Oxford, 1978, pp. 97-98; y también su libro *More of My Life,* Londres, 1984.

[14] A. J. Ayer a IB, sin fecha, Viena, 1932.

[15] Bernard Williams, "Introduction", en **CC**, xiii.

[16] A. J. Ayer a IB, 26-II-1933.

[17] Ray Monk, *Ludwig Wittgenstein: The Duty of Genius,* Nueva York, 1990, pp. 241-245; A. J. Ayer, *Wittgenstein,* Londres, 1985; Allan Janik y Stephen Toulmin, *Wittgenstein's Vienna,* Nueva York, 1973.

[18] IB, "Felix Frankfurter in Oxford", en **PI**, pp. 117-118.

[19] A. J. Ayer, *Language, Truth and Logic,* Londres, 1936, prefacio.

[20] IB, "I'm going to tamper with your beliefs a little", diálogo con Stuart Hampshire sobre el nacimiento de la filosofía analítica de Oxford, en seis películas de Michael Channan, 1972, 5. Sobre la valoración oficial de IB respecto a Ayer como filósofo, *vid.* IB al registrador, Universidad de Oxford, 9-I-1959, apoyando la candidatura de Ayer para la cátedra Wykeham de Lógica.

[21] IB, "Review of Julius Weinberg, *An Examination of Logical Positivism*", *Criterion,* 17, 1937, pp. 174-182.

[22] Annan, *Our Age,* p. 303.

[23] MI/IV Richard Wolheim.

[24] **PI**, p. 143.

[25] **PI**, p. 136. El observador era el amigo de IB Jasper Ridley. *Vid.* los Diarios de Ridley, 1935, en posesión de Cressida Ridley.

[26] **PI**, p. 140; también MI/IV IB, 30-XI-1988.

[27] MI/IV IB, 30-XI-1988, 11.

[28] J. L. Austin a IB, 18-I-1937.

[29] Arthur MacIver a IB, 18-I-1937.

[30] **PI**, pp. 144-145; *vid.* también IB a Benedict Nicolson, sin fecha, 1935.

[31] IB, "Induction and Hypothesis", *Proceedings of the Aristotelian Society,* 16 , 1937, pp. 63-102; "Verification", *Proceedings of the Aristotelian Society,* 39, 1939, pp. 225-248; **CC**, pp. 12-32.

[32] IB, "Logical Translation", en **CC**, p. 78.

[33] Bernard Williams, "Introduction", en **CC**, xii.

[34] MI/IV IB, 30-XI-1988, 1.

[35] **CC**, pp. 146-47.

[36] *Vid.* su ensayo inédito de estudiante, sin fecha, "Can the divergence of ethical judgements be reconciled with the existence of an absolute standard of morality?", Archivo Berlin, Wolfson College. También **CC**, pp. 146-47.

[37] Stuart Hampshire a IB, sin fecha, 1937.

[38] IB a Elizabeth Bown, XI-1933.

[39] MI/IV Stuart Hampshire, 1994; *vid.* también Stuart Hampshire, "The Man of Feeling", *TLS*, 29-V-1998.

[40] Glendinning, *Elizabeth Bowen* (ed. de 1988), pp. 40-43, 114-122; *vid.* también MI/IV IB, 12-III-1994, 10.

[41] IB a Elizabeth Bowen, sin fecha, 1938. IB a M. Berlin, 26-VI-1938, 28-VIII-1938, 8-IX-1938, 10-XI-1938. También MI/IV IB, 14-XII-1988, 6. **KM**, prefacio, xv.

[42] MI/IV IB, 14-XII-1988.

[43] MI/IV IB, 11-X-1989, 6-7.

[44] MI/IV IB, 23-III-1989; vid. también **PI**, pp. 34-65.

[45] Sherman, *Mandate Days,* p. 125.

[46] H. M. Murray a IB, 23-I-1940.

[47] IB a Elizabeth Bowen, sin fecha, 1939.

[48] MI/IV IB, 14-XII-1988; **KM**, xviii; IB a A. D. Lindsay, 31-X-1939.

[49] Guy Branch a IB, sin fecha, 1940.

[50] **KM**, p. 7.

[51] IB a Felix Frankfurter, 23-VI-1940.

[52] MI/IV IB, 7-III-1990.

[53] Goronwy Rees, *A Chapter of Accidents,* Londres, 1972, pp. 110-136.

[54] MI/IV IB, 8-II-1994; *vid.* también Andrew Boyle, *The Climate of Treason,* Londres, 1979, p. 195; A. Purdy y D. Sutherland, *Burgess and MacLean,* Londres, 1963, pp. 46-55; Rees, *A Chapter of Accidents,* pp. 134-139. B. Penrose y S. Freeman, *Conspiracy of Silence,* pp. 230-232.

[55] *Vid.* V. W. Newton, *The Cambridge Spies,* p. 19; Andrew Boyle, *The Climate of Treason,* pp. 195-198; Y. Modin, *My Five Cambridge Friends,* Londres, 1994, p. 84.

8. LA GUERRA DE ISAIAH: NUEVA YORK, 1940-1941

[1] IB a M. Berlin, 16-VII-1940.

[2] IB a Mary Fisher, 30-VII-1940.

[3] MI/IV IB, sin fecha. *Vid.* también MI/IV IB, 12-III-1994, 6-7.

[4] MI/IV IB, sin fecha. J. Costello, *Mask of Treachery,* Londres, 1988, pp. 378-379.

[5] MI/IV IB, 8-II-1994.

[6] MI/IV IB, 8-II-1994; IB a Marion Frankfurter, 5-VIII-1940; PRO/FO 371 24847 — N 6064/40/38.

[7] IB a Mary Fisher, 21-VIII-1940; MI/IV IB, 30-I-1989.

[8] IB a Marion Frankfurter, 5-VIII-1940; *vid.* también IB a Shiela Grant Duff, 22-VIII-1940.

[9] IB a Marion Frankfurter, 23-VI-1940; MI/IV IB; *vid.* también Humphrey Carpenter, *W. H. Auden: A Biography,* Londres, 1981, p. 292; IB a Marion Frankfurter, 23-VIII-1940.

[10] H. Nicolson a IB, 9-IX-1940; IB a M. Berlin, 5-X-1940.

[11] IB a Mary Fisher, 21-VIII-1940; IB a M. Berlin, 31-VII-1940; IB a Mary Fisher, 30-VII-1940.

[12] IB a M. Berlin, 31-VII-1940.

[13] John Wheeler Bennet, *Special Relationship,* Londres, 1975, p. 126.

[14] MI/IV IB, 8-II-1994.

[15] IB a M. Berlin, 5-X-1940.

[16] Harold Nicolson, *Diaries and Letters,* II (1939-45), Londres, 1967, p. 124.

[17] IB a Maire Lynd, 3-I-1941.

[18] Nicholas Cull, *Selling War: The British Propaganda Campaign against American 'Neutrality' in World War II,* Oxford, 1995, pp. 127-131, 163-168.

[19] IB a Maire Lynd, 3-I-1941.

[20] MI/IV Daphne Straight, 15-XI-1995.

[21] IB a Mary Fisher, 25-X-1941.

[22] Donald F. Drummond, *The Passing of American Neutrality, 1937-41,* Londres, 1955; T. A. Bailey, *The Man in the Street,* Nueva York, 1948; MI/IV IB, 30-I-1989.

[23] Wheeler-Bennet, *Special Relationship,* p. 128; Cull, *Selling War,* cap. 6.

[24] Sherman, *Mandate Days*, p. 154.

[25] IB a M. Berlin, 27-II-1941; *vid.* también Stephen Wise, *Challenging Years*, Londres, 1951.

[26] MI/IV IB, 30-I-1989; **ZP**, pp. 12-13.

[27] MI/IV IB, 30-I-1989; 27-IX-1990; *vid.* también IB a Marion Frankfurter, 5-VIII-1940: T. Michael Ruddy, *The Cautious Diplomat*, Londres, 1986.

[28] MI/IV IB, 30-I-1989, 10.

[29] **PI**, p. 49; IB a M. Berlin, 17-V-1941.

[30] *Letters and Papers of Chaim Weizmann*, ed. Barnett Litvinoff (Londres, 1980), XX, pp. 134, 339, 369, 373, 386.

[31] *Vid.* S. Teveth, *Ben-Gurion: The Burning Ground 1886-1948*, Londres, 1987; Norman Rose, *Chaim Weizmann: A Biography*, Londres, 1987.

[32] PRO/FO 371 27128 — E 5649/60/31.

[33] **ZP**, p. 28.

[34] MI/IV Daphne Straight, 15-XI-1995.

9. LA GUERRA DE ISAIAH: WASHINGTON, 1942-1945

[1] Aunque sus informes eran para el Foreign Office, siguió haciéndolos desde el Servicio de Información británico de Nueva York hasta la primavera de 1942. *Vid.* IB a M. Berlin, 14-II-1942. PRO/FO 371 26162 A 4562/16/45.

[2] IB a M. Berlin, 12-XII-1941, 2-I-1942; *vid.* también **PI**, p. 11.

[3] David Brinkley, *Washington Goes to War*, Nueva York, 1988.

[4] IB a Walter Bell, 8-IV-1981.

[5] *Letters and Papers of Chaim Weizmann*, XX, p. 316.

[6] Arthur Schlesinger, Jr., "'Prich': A New Deal Memoir", *NYRB*, 28-III-1985; Katharine Graham, *Personal History*, Londres,1997, pp. 106-108. MI/IV Mrs. John Ferguson, 1995; MI/IV Katharine Graham, 1997.

[7] IB a M. Berlin, 21-II-1943.

[8] MI/IV IB, 4-I-1989, 6-8.

[9] MI/IV Stuart Hampshire, 1994.

[10] MI/IV IB, 4-I-1989, 8.

[11] IB a M. Berlin, 16-VIII-1943, para su visita al estado de Washington; *vid.* también IB a M. Berlin, 26-IX-1943, para las visitas a San Francisco, Los Ángeles y Chicago.

[12] **WD**, vii-xiv.

[13] MI/IV IB, 6-V-1994.

[14] William Hayter, *A Double Life,* Londres, 1974, p. 69; MI/IV Hayter, 1994.

[15] H. G. Nicholas a IB, 21-V-1943.

[16] IB a H. G. Nicholas, 7-VII-1943.

[17] PRO/FO 371/30378.6, 23-II-1942.

[18] PRO FO 371/31379, 9-VII-1942.

[19] *Letters and Papers of Chaim Weizmann,* XX, 321.

[20] IB a Weizmann, 26-X-1942.

[21] IB a M. Berlin, 2-X-1942, 5-X-1942, 7-X-1942, 17-X-1942.

[22] M. Weisgal a C. Weizmann, 27-X-1942, Archivos Weizmann.

[23] L. Woodward, *History of British Foreign Policy in the Second World War,* Londres, 1972, pp. 386-389.

[24] PRO/FO 371/35034, 22-V-1943.

[25] MI/IV IB, 5-IV-1989.

[26] PRO/FO 371/35036 4212, 10-VII-1943.

[27] MI/IV IB, 23-III-1989; *vid.* también Peter Grose, *Israel in the Mind of America,* Nueva York, 1983, pp. 179-181.

[28] **WD**, p. 43. PRO/FO 371/35037/5043, 28-VIII-1943. *Vid.* también IB a H. G. Nicholas, 4-VIII-1943.

[29] **ZP**, p. 26

[30] PRO/FO 371/45041, 15-XI-1943.

[31] PRO/FO 371/4019.4745, 21-I-1944.

[32] PRO/FO 371/40131/4690, 6-VI-1944.

[33] PRO/FO 371/30131.4690, 9-VI-1944.

[34] **ZP**, pp. 47-48; *vid.* también Blanche Dugdale, *Baffy: The Diaries of Blanche Dugdale,* Londres, 1988, p. 217.

[35] H. L. Feingold, *The Politics of Rescue,* Nueva York, 1980; A. D. Morse, *While Six Million Died,* Londres, 1968; Wise, *Challenging Years,* pp. 190-194; Tony Kushner, *The Holocaust and the Liberal Imagination,* Londres, 1994, cap. 6; J. B. Schechtman, *The United States and the Jewish State Movement,* Nueva York, 1966, pp. 92-117; 134-137.

[36] PRO/FO 371/350234, 22-V-1943.

[37] PRO/FO 371/35036/4674, 6-VII-1943; MI/IV IB, 23-III-1989, 30-I-1989.

[38] MI/IV IB, 30-I-1984; *vid.* también W. D. Rubinstein, *The Myth of Rescue: Why the Democracies Could Not Have Saved More Jews From the Nazis*, Londres, 1997.

[39] PRO/FO 371/40129.4745, 9-II-1944.

[40] S. Volschonok a IB, 19-I-1940.

[41] MI/IV IB, BBC2, 18-XI-1997.

[42] MI/IV David Daiches, XI-1997.

[43] **ZP**, p. 60.

[44] **ZP**, p. 66.

[45] **ZP**, p. 40.

[46] PRO/FO 371/38537.9019, 19-I-1944, 28-I-1944.

[47] IB a M. Berlin, 26-IX-1943; MI/IV IB, 30-I-1989.

[48] MI/IV IB, 30-I-1989, 3-4; MI/IV IB, BBC2, 18-XI-1997; John Colville, *Footprints in Time*, Londres, 1984, pp. 168-170; *vid.* también John Colville, *The Fringes of Power: Downing Street Diaries, 1939-1955*, Londres, 1985, pp. 471-472; L. Bergreen, *As Thousands Cheer: The Life of Irving Berlin*, Londres, 1990, pp. 430-432; IB a Ted Weeks, 13-XII-1979.

[49] John Russell a IB, sin fecha, IV-1944.

[50] A. Chisholm y D. Davie, *Beaverbrook: A Life*, Londres, 1992, pp. 450, 472.

[51] IB a M. Berlin, 12-XII-1944; Birkenhead, Earl of, *Halifax: The Life of Lord Halifax*, Londres, 1965, pp. 496-497.

[52] R. Skidelsky, *J. M. Keynes*, Londres, 1992, II, p. 427, fecha la reunión en 1930. Según IB, había ocurrido en 1935, MI/IV IB, 5-VI-1994, 6.

[53] MI/IV IB, 5-VI-1994, 6-8.

[54] **WD**, p. 535.

[55] Graham, *Personal History*, pp. 155-157; MI/IV IB, 8-II-1994; Boyle, *The Climate of Treason*, pp. 291-293

[56] MI/IV IB, sin fecha.

[57] IB a David Scott, 23-III-1945.

[58] MI/IV IB, 11-X-1989, 5.

[59] IB a Anthony Rumbold, 11-I-1945.

60 IB a Donald Hall, 11-XII-1944.

61 **CC**, vii-viii.

62 IB a Herbert Hart, 23-II-1945.

63 IB a H. G. Nicholas, 4-IV-1945.

64 **WD**, pp. 545-546.

65 IB a H. G. Nicholas, 8-V-1945.

66 IB a Joe Alsop, 11-II-1944. *Vid.* también Charles Bohlen, *The Transformation of American Foreign Policy,* Londres, 1970; Charles Bohlen, *Witness to History: 1929-1969,* Londres, 1973, p. 126; T. M. Ruddy, *The Cautious Diplomat,* Londres, 1986, pp. 48-51.

67 MI/IV IB, 9-XII-1995, 10-XII-1995.

68 MI/IV IB, 18-VI-1989.

69 J. Balfour a IB, 27-VII-1945.

70 IB a M. Berlin, 31-I-1944.

71 IB a M. Crosthwaite, 12-V-1945.

72 IB a H. G. Nicholas, 8-V-1945.

73 IB a Warden Sumner, 6-VI-1945.

74 MI/IV IB, 12-III-1994, 13.

75 MI/IV Noel Annan, 1992; *vid.* también Noel Annan, *Changing Enemies: The Defeat and Regeneration of Germany,* Londres, 1996.

76 IB a M. Berlin, 5-V-1945.

10. Moscú, 1945

1 IB a M. Crosthwaite, 12-IV-1945.

2 IB a Charles Henderson, 20-IX-1931, con referencia a la visita a Moscú.

3 IB a Miriam Gross, 4-V-1971; lo mismo dijo a Stephen Spender. MI/IV Spender.

4 **PI**, p. 206.

5 **PI**, p. 206; Marie Seton, *Eisenstein,* pp. 442-448.

6 Vitaly Shentalinsky, *The KGB's Literary Archive,* Londres, 1995, pp. 25-26 (trad. esp.: *De los archivos literarios del KGB,* Madrid, Anaya & Mario Muchnik, 1995).

7 P. B. Maggs, *The Mandelstam and 'Der Nister' Files: An Introduction to Stalin-era Prison and Labor Camp Records,* Londres, 1996, 5; so-

bre el destino de Babel, *vid.* Shentalinsky, *op. cit.*, cap. 2; Eugenia Ginzburg, *Within the Whirlwind,* Londres, 1981; Veronique Garros *et al.* (eds.), *Intimacy and Terror: Soviet Diaries of the Thirties,* Nueva York, 1995; Nadezhda Mandelstam, *Hope Against Hope,* Londres, 1971; *Hope Abandoned,* Londres, 1974.

[8] L. Fleishman, *Boris Pasternak,* Londres, 1990, pp. 234-249.

[9] PRO/FO 371.56725 N 1811/24/38, "A note on Literature and the Arts in the Russian Soviet Federated Socialist Republic in the Closing Months of 1945".

[10] **PI**, pp. 208-210.

[11] **PI**, p. 205.

[12] IB a M. Berlin, 19-IX-1945.

[13] IB a M. Berlin, 11-X-1945.

[14] IB a M. Berlin, 19-IX-1945; MI/IV IB, 25-I-1996, 5-I-1994.

[15] IB a M. Berlin, 24-X-1945.

[16] IB a M. Berlin, 5-XII-1945: "He visto a Rosa Raskin el otro día —sigue agradable— quiere volver. Su mamá no esta bien. Su tío dice que hasta donde sabe no queda nadie en Riga—"; *vid.* también IB, "Extract from a book entitled 'Imprisoned by the Red Pharaoh' "; 21-III-1996, para detalles de la vida de Leo Berlin.

[17] IB a Angus Malcolm, 20-II-1946.

[18] PRO/FO 371/47925.

[19] **PI**, pp. 211-212.

[20] **PI**, pp. 213-226.

[21] Fleishman, *Pasternak,* p. 191; *vid.* también J. Rubenstein, *Tangled Loyalties: The Life and Times of Ilya Ehrenburg,* Nueva York, 1996, pp. 125-129; **PI**, p. 214; Peter Levi, *Boris Pasternak,* Londres, 1990, pp. 188-189.

[22] Shentalinsky, *op. cit.*, pp. 38-41.

[23] Fleishman, *op. cit.*, p. 204.

[24] E. Radzinsky, *Stalin,* Londres, 1996, pp. 301-302; Mandelstam, *op. cit.*, pp. 172-178; Fleishman, *op. cit.*, pp. 180-82; Shentalinsky, *op. cit.*, p. 183; **PI**, pp. 223-224.

[25] **PI**, p. 217.

[26] L. P. Levi, *op. cit.*, pp. 64, 209, 241; G. G. de Mallac-Sauzier, *Boris Pasternak,* Norman, Oklahoma, 1981, pp. 182-185.

[27] **PI**, p. 216.

[28] **PI**, p. 219, *vid.* también PRO/FO 371/56725, 28.

[29] Leonid Pasternak, *Memoirs*, trad. al inglés de Jennifer Bradshaw, introducción de Josephine Pasternak, Londres, 1982, pp. 125-128; **PI**, p. 221.

[30] **PI**, p. 222.

11. LENINGRADO, 1945

[1] Brenda Tripp, "Diary", 12-XI-1945; **PI**, p. 232.

[2] PRO/FO 371/56724, 21.

[3] Joseph Brodsky, *Less Than One*, Nueva York, 1986, p. 4; *vid.* también S. Volkov, *Conversations with Joseph Brodsky*, Nueva York, 1998.

[4] PRO/FO 371/56724, 22.

[5] PRO/FO 371/56724, 24.

[6] IB a Anna Kurt, 19-XII-1988; Mijaíl Zoshchenko, *Scenes form the Bathouse*, trad. al inglés de Sidney Monas, Ann Arbor, 1962.

[7] IB a M. Bowra, 7-VI-1945; C. M. Bowra, *A Book of Russian Verse*, Londres, 1943; *vid.* también *A Second Book of Russian Verse*, Londres, 1948.

[8] **PI**, p. 233.

[9] Roberta Reeder, *Anna Akhmatova*, Nueva York, 1995; *vid.* también Amanda Haight, *Anna Akhmatova: A Poetic Pilgrimage*, Londres, 1976.

[10] *Vid.* la "cronología" en *The Complete Poems of Anna Akhmatova*, trad. al inglés de Judith Hemschemeyer, ed. de Roberta Reeder, Boston, 1989, pp. 59-60.

[11] Osip Mandelstam, *The Eyesight of Wasps*, trad. al inglés de James Greene, Londres, 1989, p. 78.

[12] Mandelstam, *Hope Against Hope*, pp. 8-12, 14-17, 20, 30.

[13] Hemschemeyer, p. 388.

[14] Hemschemeyer, p. 384.

[15] Lydia Chukovskaya, *The Akhmatova Journals I* (1938-41), trad. al inglés de M. Michalski, S. Rubashova, Londres, 1994, pp. 6-7; *vid.* también Lydia Chukovskaya, *Sofia Petrovna*, trad. al inglés de D. Floyd, Londres, 1989.

[16] Mandelstam, *op. cit.*

[17] Gyorgy Dalos, *The Guest From the Future: Anna Akhmatova and Sir Isaiah Berlin*, trad. de Antony Wood, Londres, 1998, pp. 25-27.

[18] **PI**, p. 233.

[19] Hemschemeyer, p. 423.

[20] **PI**, pp. 233-234.

[21] Jon Stallworthy, "The guest from the future: a triptych, 1940-1988", *Oxford Magazine*, 48, 1989.

[22] IB, "Mrs Salome Halpern" (obituario), *The Times*, 17-V-1982; Reeder, *op. cit.*, pp. 38-42.

[23] Stallworthy, *op. cit.*

[24] Stallworthy, *op. cit.*

[25] Reeder, *op. cit.*, p. 38.

[26] Hemschemeyer, p. 393.

[27] **PI**, p. 237.

[28] PRO/FO 371/56724, 25.

[29] Chukovskaya, *op. cit.*, p. 19; **PI**, pp. 238-239.

[30] **PI**, p. 203.

[31] Dalos, *op. cit.*, pp. 162-163.

[32] MI/IV IB, 10-XI-1994, 5-VI-1994.

[33] Stallworthy, *op. cit.*: *"y su mano sosteniendo un puro/y dirigiendo algo de Mozart"*.

[34] **PI**, p. 242.

[35] MI/IV Tripp.

[36] PRO/FO 371/56725 N 1811/24/38.

[37] Hemschemeyer, p. 770.

[38] Haight, *op. cit.*, p. 143.

[39] Hemschemeyer, p. 453.

[40] MI/IV IB, 5-VI-1994, 21-II-1989.

[41] IB a Frank Roberts, 20-II-1946.

[42] Hemschemeyer, p. 454.

[43] Heinrich Böll Stiftung, *Stasi, KGB und Literatur*, Colonia, 1993, pp. 115-126; Dalos, *op. cit.*, pp. 11, 48-78.

[44] Reeder, *op. cit.*, p. 289.

[45] Borís Pasternak a IB, 26-VII-1946.

[46] J. Livingstone a IB, 1-VI-1946.

[47] Mandelstam, *Hope Abandoned*.

[48] Haight, *op. cit.*, p. 144.

[49] Hemschemeyer, p. 547.
[50] Brenda Tripp a IB, 12-II-1947.
[51] Carta sin firma a IB, 19-II-1947.
[52] PRO/FO 371/66395.
[53] Carta sin firma a IB, 12-IV-1948.
[54] Heinrich Böll Stiftung, *op. cit.*, pp. 115-125.
[55] MI/IV Harry Shukman; Dalos, *op. cit.*, pp. 102-107.
[56] IB a Jean Floud, 31-VII-1975.
[57] Gennadi Kostyrchenko, *Out of the Red Shadows: Anti-Semitism in Stalin's Russia*, Amherst, NY, 1995, pp. 282-283.
[58] IB notas sobre la edición rusa de Kostyrchenko, 21-III-1996; MI/IV IB, 26-I-1996.

12. La tribu

[1] IB, "Review of David Footman, *The Primrose Path*", Tercer programa, BBC, 17-XII-1946; *vid.* también Humphrey Carpenter, entrevista con IB en Radio 3, 3-I-1996.
[2] Chisholm y Davie, *Beaverbrook*, p. 472
[3] MI/IV IB, 18-V-1989, 13. IB a Marion Frankfurter, 29-I-1953; IB a John Sparrow, 21-XI-1953; IB a Anna Kallin, 2-XII-1953; MI/IV IB, 18-V-1989; *vid.* también **PI**, pp. 126-127.
[4] A. J. Ayer a IB, sin fecha, 1951.
[5] Martin Gilbert, *W. S. Churchill*, Londres, 1988, VIII, pp. 383, 391, 393, 394.
[6] IB a Winston Churchill, 14-II-1948; *vid.* también W. S. Churchill, *The Gathering Storm*, Londres, 1948, pp. 64-65, 225, 287.
[7] IB, "Political Ideas in the Twentieth Century", *Foreign Affairs*, 28, 1950; reeditado en **4E**; bajo el seudónimo O. Utis, "Generalissimo Stalin and the Art of Government", *Foreign Affairs*, 30, 1952, pp. 197-214. Sobre este seudónimo, *vid.* IB a Hamilton Fish Armstrong, 16-VIII-1951: "Como tengo [espero seguir teniendo] parientes en la URSS y como hice allí visitas a literatos inocentes, siempre he seguido la política de no publicar nada sobre la Unión Soviética directamente con mi firma, porque esto podría fácilmente desembocar en algún terrible perjuicio para la gente con la que hablé allí".

[8] IB, "Why the Soviet Union Chooses to Insulate Itself", transcripción de una charla ofrecida en el Royal Institute of International Affairs, Chatham House, 27-VII-1946.

[9] PRO/FO 371/66395, "Philosophy in the Soviet Union", enviado a IB, 27-XI-1947.

[10] Anthony Beevor y Artemis Cooper, *Paris After the Liberation, 1944-9,* Londres, 1994, p. 349; Alex Danchev, *Oliver Franks: Founding Father,* Oxford, 1993, p. 81.

[11] IB a Chaim Weizmann, 15-IX-1947.

[12] Ronald Hope a Henry Hardy, 19-I-1998.

[13] Isabel Roberts a MI, 24-XI-1997; *vid.* también Bernard Ely a MI, 7-XII-1997; Michael Goldman a MI, 1-I-1998; Deborah Thornton a MI, 14-I-1998; David Butler, "Isaiah Berlin and Felix Frankfurter", sin fecha, 1998, a MI.

[14] IB a Sybil Colefax, 9-XI-1946.

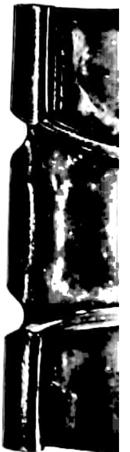
[15] MI/IV Stuart Hampshire.

[16] MI/IV Clarissa Eden, VI-1995; *vid.* también MI/IV Stuart Hampshire, Jenifer Hart.

[17] **RT**, p. 22; lord Oxford a H. Hardy, 5-II-1992.

[18] MI/IV IB, 10-XI-1994.

[19] IB, "The Trends of Culture", contribución a "The Year 1949 in Historical Perspective", en *Britannica Book of the Year* de 1950, xxii-xxxi; *vid.* también IB a Anna Kallin, 27-VII-1951: "No tengo nada que ver con [Karl] Jaspers. No dice más que bobadas oscuras...".



[20] Karl Popper, *The Open Society and its Enemies,* 2 vols. , Londres, 1945; Bryan Magee, *Popper,* Londres, 1973.

[21] MI/IV IB, 13-III-1994; Christopher Hill, *Lenin and Revolution,* Londres, 1947, p. 217.

[22] **RT**, p. 155.

[23] IB a Alice James, 3-IX-1950.

[24] IB a Alice James, 14-VIII-1951.

[25] Stuart Hampshire a IB, 16-XII-1947.

[26] Oliver Lyttelton a IB, 4-VII-1950. Lyttelton fue nombrado secretario de Colonias en la segunda administración Churchill, 1951-1954; *DNB.*

[27] Discurso ante el Congreso Sionista, Basilea, borrador, 12-XI-1946, Archivo Weizmann.

[28] Chaim Weizmann a M. Weisgal, 18-XI-1946, Archivo Weizmann.

[29] Chaim Weizmann a Felix Frankfurter, 7-I-1947; *vid.* también 18-III-1947; Sachar, *A History of Israel*, pp. 267-268.

[30] MI/IV IB, 23-III-1989.

[31] IB a Patrick Reilly, 3-VIII-1947; Sherman, *Mandate Days*, pp. 206-207.

[32] IB a M. Berlin, sin fecha, 1947; M. Berlin a IB, 6-VIII-1947.

[33] IB a M. Berlin, VIII-1947.

[34] IB a Patrick Reilly, 3-VIII-1947.

[35] MI/IV IB, 5-IV-1989.

[36] IB a Patrick Reilly, 3-VIII-1947.

[37] IB a Felix Frankfurter, 12-IX-1949.

[38] MI/IV IB, 5-IV-1989.

[39] MI/IV IB, 5-IV-1989.

[40] **PI**, pp. 78-84.

[41] IB a Patrick Reilly, 3-VIII-1947.

[42] Sachar, *op. cit.*, pp. 295-325.

[43] IB a Chaim Weizmann, 6-VI-1948; Weizmann a IB, 12-VI-1948.

[44] MI/IV IB, 5-IV-1989.

[45] IB a Chaim Weizmann, 16-IX-1948.

[46] Abba Eban, *Personal Witness,* Londres, 1993, pp. 38-39; George Weidenfeld, *Remembering My Good Friends,* Londres, 1995, pp. 202-203, 211; *vid.* también IB a Walter Eytan, sin fecha, 4-V-1951.

[47] Vera Weizmann a IB, 19-VI-1951.

[48] MI/IV IB, 5-IV-1989.

[49] IB a Marion Frankfurter, 17-VIII-1950.

[50] **PI**, p. 88.

[51] IB a Felix Frankfurter, 10-I-1951.

[52] Avi Shlaim, *Collusion Across the Jordan,* Oxford, 1988, pp. 611-612.

[53] "Israel — A Survey", en *The State of Israel,* Londres, 1953, pp. 42-55.

[54] IB a Alice James, 9-XII-1952; IB, "Dr Chaim Weizmann" (artículo necrológico suplementario), *The Times,* 17-XI-19; IB, "The Biographical Facts", en M. W. Weisgal y J. Carmichael (eds.), *Chaim Weizmann,* Londres, 1962, pp. 17-56; también **PI**, pp. 34-66.

[55] *Jewish Chronicle*, 5-V-1950; *vid.* también Arthur Koestler, "Judah at the Crossroads", en *The Trail of the Dinosaur and Other Essays*, Londres, 1955, pp. 106-142; carta de IB en Douglas Villiers (ed.), *Next Year in Jerusalem: Jews in the Twentieth Century*, Londres, 1976; IB a Arthur Koestler, 18-XI-1954; Koestler a Berlin, 16-XI-1954 (en el Archivo Koestler, Universidad de Edimburgo). Las referencias son cortesía del doctor David Cesarani. *Vid.* el Diario/Cuaderno de Koestler, 1944-1949 (MS 2304), 29-IV-1944: "He conocido a Isaiah Berlin; bastante desagradable, una torpeza... aceitosa..."; 29-XII-1954: Berlin, "frívolo y super-profesoral".

[56] IB, "Jewish Slavery and Emancipation", *Jewish Chronicle*, IX-19; se incluye en Norman Bentwich (ed.), *Hebrew University Garland*, Londres, 1952, pp. 18-42. *Vid.* también F. Raphael, "Berlin Revisited", *Jewish Quaterly*, primavera 1998, XI-1917.

[57] IB a Goronwy Rees, 23-XII-1952; Avishai Margalit, "Address", Sheldonian Theatre, Oxford, 21-III-1998.

[58] IB, "Jewish Slavery", p. 11.

[59] MI/IV IB, sin fecha.

[60] K. Joseph a IB, sin fecha, ¿X-1951?

[61] IB, "Jewish Slavery", pp. 21-22: toda referencia a Eliot fue eliminada de la versión *Festschrift*.

[62] *Criterion*, 27, 1937, pp. 174-182; T. S. Eliot a IB, 1-II-1949.

[63] Anthony Julius, *T. S. Eliot, anti-Semitism and Literary Form*, Cambridge, 1995, pp. 37, 217; Dannie Abse, *A Poet in the Family*, Londres, 1974, pp. 130-132; Peter Ackroyd, *T. S. Eliot*, Londres, 1984, p. 201; *vid.* también Christopher Ricks, *T. S. Eliot and Prejudice*, Londres, 1994, pp. 63-76.

[64] T. S. Eliot a IB, 28-XI-1951.

[65] IB a Eliot, 30-I-1952; *vid.* también T. S. Eliot, *After Strange Gods*, Londres, 1934; Julius, *op. cit.*, pp. 146-167.

[66] T. S. Eliot a IB, 9-V-1952.

[67] *Vid.* IB a Eliot, 7-XI-1952, agradeciéndole "sus cartas sumamente eficaces y fascinantes sobre los judíos, etc.". En 1996 IB pidió a su editor Henry Hardy que reinsertara las referencias eliminadas a Eliot si alguna vez volvía a reeditar "Jewish Slavery".

[68] T. S. Eliot, *Notes Towards the Definition of Culture*, Londres, 1948, pp. 48, 70, 122.

13. GUERRA FRÍA

[1] M. Bowra a IB, 1-X-1949.

[2] IB, "Notes on the Way", *Time and Tide*, 30, 1949, pp. 1133-1134, 1157-1158, 1187-1188.

[3] IB, "Notes on the Way"; *vid.* también IB a Shirley Anglesey, 9-V-1949: "La propia Cambridge no se siente confiada sino llena de culpa: se considera que aprender es un lujo que hay que expiar con una forma muy falsa de trabajo social".

[4] IB a E. H. Carr, 14-V-1949; IB a Alan Bullock, 23-II-1949.

[5] MI/IV IB, 10-XI-1994; *vid.* también "The Divorce between the Humanities and the Sciences", en **AC**, pp. 80-110.

[6] IB a L. Fischer, 3-VI-1949.

[7] A. Schlesinger, Jr., "A Great Man in a Grim Time: In Memory of Isaiah Berlin", *New York Times*, 10-XI-1997, MI/IV IB, 29-IV-1989.

[8] Robert W. Merry, *Taking on the World: Joseph and Steward Alsop Guardians of the American Century*, Nueva York, 1996; *vid.* también E. W. Yoder, *Joe Alsop's Cold War*, Chapel Hill, N. C., 1995.

[9] E. Prichard a IB, 31-X-1949: "No tengo ningún sentimiento particular de haber sido victimizado sino más bien de que me ha abandonado una prolongada racha de fenomenal buena suerte. Este asunto me ha hecho también intensamente consciente de las funestas posibilidades de las travesuras de posgraduado. Me hice mayor tan pronto en algunos aspectos que tardé en hacerme mayor en otros; y el intenso deseo de poner todo patas arriba, aunque menos frecuente en los últimos años, no me abandonó a tiempo de evitar el desastre". *Vid.* también IB a Joe Alsop, 1-VIII-1949, 21-X-1949.

[10] **PI**, p. 172.

[11] Edmund Wilson a Mamaine Koestler, 6-VI-1949; Jeffrey Meyers, *Edmund Wilson: A Biography*, Boston, 1955, pp. 157, 166, 324, 346-349.

[12] IB a E. von Hoffmansthal, 10-VI-1949; IB a Clarissa Avon, 10-V-1949.

[13] IB, "Democracy, Communism and the Individual", conferencia inédita, Mount Holyoke College, junio de 1949.

[14] "Study of Marxism Backed at Parley", *New York Times*, 29-VI-1949. *Vid.* la carta de Berlin, 30-VI-1949: "Mi conferencia en realidad resaltaba la incompatibilidad entre cualquier forma de convicción democrática y la doctrina marxista".

[15] IB a George Kennan, 30-VI-1949; Kennan a Loach, 5-VII-1949.

[16] IB a Alice James, 16-VII-1949; *vid.* también IB a Joe Alsop, 1-VII-1949: "Presiento que pasaré el resto de mi vida con mentís a personas como el rector de Harvard de que soy una especie de serpiente ambigua... No quiero exagerar la nota innecesariamente, pero en este momento me siento totalmente enloquecido".

[17] IB a Marion Frankfurter, 5-I-1950: "Me siento con ánimo frívolo, súbitamente, y con la sensación de que nada muy grave está ocurriendo en ningún sitio, pese a Hiss, Formosa, el comunismo en China, Bevin, etc., todo ha perdido repentinamente su significado fatal y siniestro". *Vid.* también IB a Marion Frankfurter, 2-II-1950; IB a Marietta Tree, 16-VII-1949.

[18] Roy Harrod a IB, sin fecha, 1953: "Guy Burgess envía saludos a Isaiah, si está dispuesto a aceptarlos". W. Hayter a IB, VI-1951; N. Annan a IB, VI-1951; Peter Wright, *Spycatcher*, Londres, 1987; MI/IV IB, 12-III-1994, 6: la llamada a Wright para que rindiese informe ocurrió en 1961-1962, según Berlin.

[19] Rees, *A Chapter of Accidents*; *vid.* también J. Rees, *Looking for Mr Nobody: A Life of Goronwy Rees*, Londres, 1987.

[20] *The People*, IV-1956; IB a Goronwy Rees, 27-IV-1956; G. Rees a IB, sin fecha, IV-1956: "Guy es ahora un hombre terriblemente peligroso... es capaz de hacer mucho daño a un gran número de personas, algunas de las cuales... son amigos tuyos y míos". *Vid.* también IB a J. Rees, 16-XI-1994: "Lo que alteró a algunos amigos de Goronwy no fue el ataque a Burgess de 1956... fue el tono general y en particular los irresponsables ataques al Foreign Office calificándolo de nido de comunistas homosexuales".

[21] Albert Einstein a Felix Frankfurter, 12-III-1952.

[22] IB a Vera Weizmann, 10-IV-1952; *vid.* también **PI**, pp. 66-77.

[23] "The Anglo-American Predicament", *Listener*, 42, 1949, pp. 518-519, 538; *vid.* también "Mr Berlin", *Evening Standard*, 3-X-1949; IB a Joe Alsop, 9-X-1949: "Es muy propio de Heart, personal y

apuntando por debajo del cinturón. ¿Pero sabe Lord B. dónde está el cinturón?". *Vid.* también IB a Joe Alsop, 21-X-49; IB a Felix Frankfurter, 12-IX-1949: "Es un estilo muy americano de mala calidad y quintacolumnista y temo que si lo ven, va a irritar a la señora Laski y a Eccles por igual...".

[24] IB, "Mr Churchill", *Atlantic Monthly,* 184, 3, septiembre de 1949; reeditado con el título "Mr Churchill and F. D. R.", *Cornhill Magazine,* 981, 1950, pp. 219-240; **PI**, pp. 1-23.

[25] **PI**, p. 4.

[26] Harold Laski a IB, 26-II-1950, 4-III-1950; *vid.* también Isaac Kraunick y B. Sheerman, *Horold Laski: A Life on the Left,* Londres, 1993.

[27] S. Rachmilievitch a IB, 30-III-1950

[28] IB a Roland Burden-Muller, 29-XII-1949; *vid.* también 2-IV-1950.

[29] MI/IV IB, sin fecha. IB dio versiones diferentes de este comentario. En ocasiones era: "No oscurezca el discernimiento".

[30] MI/IV IB William Deakin, XI-1997; *vid.* también IB a Joe Alsop, 29-XII-1949: "El artículo sobre Winston ha provocado un telegrama, también tarjetas de Navidad con Mte Ste Victoire pintado por él: un esfuerzo en estilo Cézanne y muy, muy malo". Winston Churchill a IB, 24-XII-1949: "He leído con enorme deleite lo que escribe en su artículo americano. Mis mejores deseos para Navidad y el Año Nuevo, Winston Churchill".

[31] IB sobre *Desert Island Discs,* BBC Radio 4, 19-IV-1992.

[32] IB a Vera Weizmann, 30-XII-1949; *vid.* también IB a R. Burden-Muller, 30-XII-1949.

[33] MI/IV IB, 10-XI-1994.

[34] **4E**, p. 38. *Vid.* también Daniel Bell, *The End of Ideology;* y su obra *The Cultural Contradictions of Capitalism,* Londres, 2ª ed., 1979, pp. 257-261.

[35] *The Times,* artículo de fondo, XI-1952; *vid.* también IB, "The Fate of Liberty", *The Times,* 16-XII-1952, 9. Lo que en realidad comentaba Carr era la emisión por radio de "Freedom and its Bretrayal" de XI-1952, pero sus observaciones son también aplicables al artículo de *Foreign Affairs.*

[36] H. R. Luce a IB, 26-IV-1950; IB a H. R. Luce, 4-V-1950, 25-V-1950, 1-VI-1950.

[37] IB a Herbert Elliston, 30-XII-1950. Sobre Elliston, *vid.* Graham, *Personal History*, pp. 104, 148, 163, 169, 171-172, 196, 200, 208.

[38] Neil Berry, "Encounter", *Antioch Review,* 1993, pp. 194-211; N. Nabokov, *Bagazh: Memoirs of a Russian Cosmopolitan,* Londres, 1975, pp. 178, 208-210, 214-216.

[39] IB a J. Rees, 16-XI-1994. Sobre el papel de IB cuando se conoció la parte de la CIA en *Encounter, vid.* M. Laski a IB, 13-IV-1967; IB a S. Spender, 30-V-1967; también Mel Laski a Dwight MacDonald, 12-IV-1967; e IB a Melvin Laski, 18-IV-1967, en Josselson Papers, Harry Ransom Center, Austin, Texas. Agradezco esta referencia a Frances Stonor Saunders.

[40] IB, "The Birth of the Russian Intelligentsia", *Encounter,* 4, 6, junio de 1955, pp. 27-39; "Belinsky: Moralist and Prophet", *Encounter,* 5, 12, diciembre de 1955, pp. 22-43; "Herzen and the Grand Inquisitors", *Encounter,* 6, 5, mayo de 1956, pp. 20-34.

[41] IB a Hamilton Fish Armstrong, 27-V-1950; IB a Marion Frankfurter, 17-VIII-1950.

[42] George Kennan a IB, 26-IV-1950.

[43] IB a George Kennan, 13-II-1951.

[44] IB, "On Political Ideas in the Romantic Age: Their Rise and Influence on Modern Thought", conferencia 3: "Two Concepts of Freedom: Romantic and Liberal", manuscrito inédito, Archivo Berlin, Wolfson College.

[45] IB, "Freedom and its Bretayal", manuscrito inédito, Archivo Berlin, Wolfson College, 171.

[46] Popper, *The Open Society and its Enemies*; Jacob Talmon, *The Origins of Totalitarian Democracy,* Londres, 1952.

[47] IB, "Freedom and its Betrayal", pp. 188-189.

[48] Humphrey Carpenter, entrevista con IB, BBC Radio 3, I-1996; Asa Briggs, *The History of Broadcasting in the UK,* 5, Londres, 1995; *vid.* también Humphrey Carpenter, *The Envy of the World: 50 Years of the BBC Third Programme and Radio 3, 1946-1986,* Londres, 1996.

[49] IB a Alice James, 9-XII-1952; IB a R. Niebuhr, 30-XII-1952.

[50] IB a Marion Frankfurter, 28-XII-1952.

[51] MI/IV IB, 29-IV-1989.

[52] IB, "Historical Inevitability", Auguste Comte Memorial Trust Lecture, 1, Londres, 1954, en **PSM**, pp. 119-190.

[53] **PSM**, p. 189.

14. UN DESPERTAR TARDÍO

[1] IB a Shiela Grant Duff, entonces Shiela Newsome, 6-VI-1949.

[2] IB, traducción de *First Love* de Iván Turgénev, con *Rudin*, trad. de Alex Brown, e introducción de lord David Cecil, Londres, 1950; reeditado con el título *First Love and Other Stories*, Londres, 1994.

[3] MI/IV IB, 10-XI-1994. Sobre Shirley Anglesey, *vid.* Weidenfeld, *Remembering My Good Friends*, pp. 155-157; S. Anglesey a MI, 1-VII-1998.

[4] IB a Shirley Anglesey, 9-V-1949; *vid. First Love and Other Stories*, p. 8.

[5] *First Love and Other Stories*, p. 68.

[6] MI/IV IB, 10-XI-1994, 4-I-1989.

[7] MI/IV Aline Berlin, 11-X-1989; Philippe de Gunzbourg, "Les Origines Russes", manuscrito inédito, copia mecanografiada propiedad de lady Berlin, Headington House.

[8] MI/IV IB, 11-X-1989.

[9] MI/IV Peter Halban, 1997; Philippe Halban, 1998.

[10] **RT**, p. 81; *vid.* también Weidenfeld, *Remembering My Good Friends*, p. 234. Publicado con el título "Lev Tolstoy's Historical Scepticism", *Oxford Slavonic Papers*, 2, 1951, pp. 17-54. Reeditado con el título *The Hedgehog and the Fox: An Essay on Tolstoy's View of History*, Londres, 1953 ("La zorra y el erizo"); *vid.* también la crítica de W. H. Auden, "Holding up the Mirror to History", *The New Yorker*, 25-IX-194; también R. D. Hines, *Auden*, Londres, 1995, p. 269.

[11] MI/IV Aline Berlin, 11-X-1989.

[12] IB a R. B. Muller, 2-XII-1952.

[13] IB a A. Kallin, 13-I-1954; *vid.* también IB a Shirley Anglesey, 3-I-1954: "Sentía una total devoción por él y no llego a hacerme a la idea de que no voy a verle más". IB a Noel Annan, 13-I-1954: "...era un hombre inocente, juvenil, elegante, grato, civilizado, dulce y de

corazón puro cuya compañía me deleitaba y a quien quería como a una especie de hermano menor". IB a Irving Singer, 4-I-1954: "Es un momento extraño ése en el que te ves de pronto ascendido a la generación mayor, y tienes que cuidar en lugar de ser cuidado". IB a Mary Fisher, 13-I-1954: "Era tan inocente, tan joven, de hábitos mentales tan elegantes, tan meticulosamente vestido, y no sabía lo que era ni la vida ni la muerte".

14 IB a R. B. Muller, 14-II-1954.

15 IB a Alice James, 22-XII-1953.

16 IB a Aline Halban, 20-IV-1954; MI/IV IB, 4-I-1989.

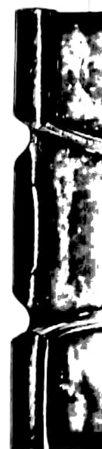
17 MI/IV IB, 4-I-1989.

18 MI/IV Aline Berlin, 11-X-1989.

19 M. Berlin a John Sparrow, 28-II-1956.

20 MI/IV Aline Berlin, 11-X-1989.

21 IB a Mrs. Irving Singer, 9-VIII-1955: "Admiro a los franceses y estoy encantado de estar en su país. Todas las caras me parecen inteligentes, llenas de vida, individuales, exactamente como tendrían que ser los seres humanos. De hecho son más parecidos a los seres humanos según se describen en las obras de filosofía y de ficción que ningunos otros. Y, sin embargo, creo absolutamente imposible vivir entre ellos. Tienen una excesiva falta de espontaneidad, son demasiado tiesos y administran las emociones a dedales".



22 MI/IV Richard Wolheim; *vid.* también R. Wolheim a H. Hardy, 29-V-1992.

23 IB a Arthur Schlesinger, 2-V-1955: "Picasso fue muy divertido cuando contó cómo cada vez que le invitaban a Moscú él proponía que se hiciera una exposición de su obra allí y cómo esto siempre acababa bruscamente con la invitación. Es perfectamente independiente, su comunismo no es realmente relevante a nada, y es un placer estar en su compañía. Pertenece en última instancia a la misma índole de humanidad que Casals, Toscanini y, pese a sus bobadas, Einstein. Su cabeza y su rostro son muy conmovedores, pero es que, como me dijo una vez Edmund Wilson con severidad, yo soy un mitómano y no hay que creer mis comentarios sobre las personas a quien quiero adorar".

24 IB a M. Berlin, 19-IV-1955.

25 IB a Hamilton Fish Armstrong, 23-XII-1954.

[26] IB a M. Berlin, sin fecha, V-1955; *vid.* también IB, "Generalissimo Stalin and the Art of Government", pp. 197-214.

[27] *Vid.* Leo Strauss, "Relativism", en *The Rebirth of Classical Political Rationalism: An Introduction to the Thought of Leo Strauss*, ensayos y conferencias de Leo Strauss, ed. de Thomas L. Pangle, Chicago, 1989, pp. 13-26, esp. 13-18.

[28] IB a Arthur Schlesinger, sin fecha (¿1955?).

[29] IB a M. Berlin, 3-XI-1955, 20-XI-1955.

[30] IB a Aline Berlin, sin fecha, 10-XI-1955.

[31] IB a Marion Frankfurter, 13-VIII-1954.

15. Fama

[1] IB a Marie Berlin, VIII-1958.

[2] IB a Peter Halban, 8-VI-1961; IB a Peter Halban, 5-X-1962, 25-X-1962.

[3] IB a T. S. Eliot, 21-VI-1957; Harold Macmillan a IB, 13-V-1957; MI/IV IB, 13-IV-1989, para la reacción de su madre.

[4] IB a Mary Fisher, 20-VI-1957; M. Berlin a J. Sparrow, 18-VII-1957; IB a Morton White, 19-VII-1957: "...el Primer Ministro estaba repartiendo patronazgo entre las personas que le entretienen o le divierten de una manera u otra. Lo cual podría, en efecto, ser verdad, porque el motivo de su 'elevación' me resulta tan auténticamente oscuro a mí como a los demás".

[5] Patricia de Bendern a IB, sin fecha, VI-1957.

[6] IB a Shirley Anglesey, 13-VII-1957.

[7] Robert Kee, "Eternal Oxford", *Picture Post*, 25-X-1950: "Gordo, animado, cuarentón, hinchado de deleite sedentario ante los milagros y absurdos de este mundo persistente, nos miraba, a nosotros y nuestra misión, con horror benevolente".

[8] IB a Ved Mehta, 17-I-1963; IB al director, *Sunday Times*, 7-XI-1966; Kenneth Rose a IB, 20-XI-1964; William Shawn a IB, 4-I-1965; *vid.* también Robert Craft a IB, 24-I-1964, accediendo a retirar una entrada publicada del diario donde había comentarios peyorativos sobre IB; *vid.* también Ved Mehta, *Fly and the Fly-Bottle*, Londres, 1963.

[9] *Vid.* IB, "Jewish Slavery and Emancipation", *Jewish Chronicle*, 21-IX-1951, 5-X-1951, 12-X-1951.

[10] MI/IV Robert Silvers, 1997.

[11] MI/IV G. A. (Jerry) Cohen, 1998.

[12] IB al Oxford University Registrar, 5-II-1957; Richard Pares al Registrar, 14-II-1957; Charles Webster al Registrar, 10-II-1957; Gilbert Ryle al Registrar, 28-II-1957; Registrar a IB, 12-III-1957. Oxford University Archives.

[13] Edmund Ions, "Isaiah Berlin: Lectures and Graduate Classes at Oxford, c. 1957-1964", manuscritos, Archivo Berlin, Wolfson College, pp. 2-3; Peter Jay a IB, 3-VI-1987.

[14] IB a Marc Raeff, 12-III-1958.

[15] IB a Anna Kallin, 25-IX-1958: "Estoy en el acostumbrado estado de desesperación sobre un tema que no te será desconocido, esto es: la conferencia inaugural. Esta vez por motivos intelectuales mucho más graves que antes, a saber, que ya no se cuál es la verdad y creo que voy a soltar no entelequias sino confusiones y falsedades".

[16] IB a Richard Wolheim, 13-X-1958.

[17] **4E**, p. 166; Alsop, *To Marietta from Paris*, p. 331, para una descripción de lo que fue escuchar la conferencia.

[18] **PSM**, p. 202.

[19] **PSM**, p. 197.

[20] **PSM**, p. 239.

[21] M. White a IB, 17-III-1958; IB a White, 6-V-1958.

[22] IB, "From Hope and Fear Set Free", en **PSM**, pp. 91-118.

[23] **PSM**, p. 242.

[24] IB a Stephen Spender, 18-XI-1958: "Vestir y alimentar a la gente acaso sea más importante que liberarles, y hablar de libertad a los desnudos y los hambrientos puede ser frívolo y despiadado, pero no me parece que esto altere el hecho de que la libertad, al menos en uno de sus sentidos políticos, es libertad de interferencias; y el hecho de que otros valores puedan ser más importantes e incompatibles con esto —pongamos por caso el amor o la igualdad o la fraternidad o la cooperación amistosa, o todas las cosas en las que creen las personas como Rousseau y G. D. H. Cole (pese a todo lo que hablan sobre la libertad, prefieren estas cosas cordiales

y confortables a la libertad, que no es particularmente cordial y desde luego nada confortable)— no hace que la libertad sea idéntica a ellos".

[25] Kennan a IB, 5-III-1959.

[26] Bloom a IB, 16-V-1959.

[27] IB a S. Lukes, 4-IV-1963; IB a Bernard Crick, sin fecha, 1966; *vid.* también IB a Stephen Spender, 18-XI-1958.

[28] Karl Popper a IB, 17-II-1959.

[29] IB a Karl Popper, 26-III-1958; Popper a IB, 21-III-1959.

[30] Charles Taylor, "What's Wrong with Negative Liberty", en Alan Ryan (ed.), *The Idea of Freedom,* Oxford, 1979, pp.75-195; *vid.* también **IB**, introducción a James Tully (ed.), *Philosophy in an Age of Pluralism: The Philosophy of Charles Taylor in Question,* Cambridge, 1994, pp. 1-3.

[31] A. Blunt a IB, sin fecha, 1956; para los "saludos" de Guy Burgess a Berlin, *vid.* Roy Harrod a IB, 1-IV-1958.

[32] IB a corresponsal desconocido, 22-II-1962.

[33] IB a Violet Bonham Carter, 10-I-1957.

[34] IB, "The Silence in Russian Culture", *Foreign Affairs,* 36, 1957, pp. 1-24; "Four Weeks in the Soviet Union", manuscrito inédito, Archivo Berlin, Wolfson College.

[35] **PI**, pp. 184-187.

[36] IB a Hamish Hamilton, 5-X-1956; IB a Stephen Spender, 18-X-1957.

[37] IB a Edmund Wilson, 17-XII-1957; IB a Mark Bonham Carter, 15-XI-1957; IB a David Astor, 27-X-1958; IB a James Billington, 25-XI-1958; IB a Anna Kallin, 13-X-1958; IB a N. Nabokov, 2-IV-1959.

[38] IB a R. B. Muller, 18-VI-1958; *vid.* también lord Dacre a MI, 6-II-1998.

[39] MI/IV IB, 5-IX-1994, MI/IV Aline Berlin, 1996; Dalos, *The Guest From the Future,* cap. 6.

[40] MI/IV Harry Shukman, 1995; Haight, *Anna Akhmatova*; Anatoly Nayman, *Remembering Anna Akhmatova,* Londres, 1989, p. 98.

[41] IB a Jean Floud, 31-VII-1975.

[42] IB a Philip Toynbee, 24-I-1958.

[43] IB a Stephen Spender, 11-XI-1960: "No veo cómo se pueden firmar documentos a favor de un manifiesto pro FLN si, en efecto,

se piensa que las consecuencias de su triunfo, si se cumplen con los métodos que están empleando, serían peores que la horrible situación actual. No podría tampoco haber firmado el manifiesto a favor de Lenin, o Bela Kun, o los terroristas judíos".

[44] IB a Stephen Spender, 11-XI-1960; IB a Ignazio Silone, 2-XI-1960; Silone a IB, 8-XI-1969; Silone y Chiaromonte a IB, 2-I-1961.

[45] MI/IV IB, sin fecha.

[46] IB a Kenneth Tynan, 1-V-1961; Tynan a IB, 8-V-1961.

[47] Perry Anderson, "Components of the National Culture", *New Left Review*, 50, julio-agosto de 1968, pp. 3-57, esp. 25-28; la reacción de IB a Anderson está en IB a Anna Kallin, 1-IV-1969.

[48] IB a J. S. Fulton, 4-IV-1963; *Black Dwarf*, 14-II-1969; IB a Tamara Deutscher, 2-VI-1969; la opinión de IB sobre Deutscher en IB a David Astor, 13-V-1958.

[49] R. H. Crossman a IB, 5-II-1963; IB a Crossman, 11-II-1963 y 6-IV-1963. Citaba a Tawney con aprobación en "Dos conceptos...", **PSM**, p. 240.

[50] IB a E. H. Carr, 3-VII-1961: "No conozco ningún historiador que, de hecho, por comisión u omisión, no haga juicios morales: después de todo, usted mismo califica ciertas fuerzas y personas de progresivas, otras de fútiles o perturbadoramente reaccionarias; su valoración de Lenin... Yo no intentaba realmente instar a la gente a moralizar, sino decirles que no pueden evitarlo en modo alguno...".

[51] IB, "What is History?", *Listener*, 65, 1961, pp. 877, 1048-1049; E. H. Carr, *What is History?*, Londres, 1962 (trad. esp.: *¿Qué es la historia?*, Barcelona, Ariel, 1987); IB, "Mr Carr's Big Battalions", crítica del libro de E. H. Carr, *What is History?*, *New Statesman*, 63, enero-junio de 1962, pp. 15-16. *Vid.* también IB a E. H. Carr, 3-VII-1961, 31-I-1962; IB a Hugh Trevor-Roper, 6-III-1962; IB a Morton White, 15-I-1962.

[52] IB a Clarissa Eden, 1-XI-1956; para su cambio de opinión, *vid.* IB a Violet Bonham Carter, 10-I-1957; *vid.* también IB a Michel Strauss, 8-XI-1956.

[53] Robert Rhodes James, *Anthony Eden*, Londres, 1987, p. 552; MI/IV IB, sin fecha.

[54] IB a David Ben Gurion, 23-I-1959; también IB, "Memories of Brief Meetings with Ben Gurion", *Jewish Quarterly*, 333, 1986.

[55] IB a David Ben Gurion, 23-I-1959, Archivo Ben Gurion, Beersheba, Israel.

[56] Robert Craft a IB, 26-IX-1958, informando a IB que le había regalado a Stravinsky los ensayos de IB "Marx, Erizo y zorra y lo Inevitable en la historia". Craft a IB, 17-XI-1958; IB a Igor Stravinsky, 21-IX-1958.

[57] IB a R. B. Muller, 17-XI-1958.

[58] IB a Shirley Anglesey, 27-IV-1979.

[59] IB a Robert Craft, 7-XI-1961, 28-XII-1961, 12-I-1962.

[60] IB a R. B. Muller, 20-X-1961; Robert Craft, *Chronicle of a Friendship, 1948-1971,* Londres, 1972, pp. 122-23, 223-225.

[61] IB a Nicolas Nabokov, 7-IX-1963, 20-VIII-1964; IB a Robert Craft, 10-IX-1964.

[62] Edmund Wilson, *The Sixties: The Last Journal,* ed. de L. Dabney, Nueva York, 1993, p. 5.

[63] Stephen Spender, *Journals, 1939-1983,* Londres, 1985, p. 274.

[64] Arthur Schlesinger, "Oral History Interview with Sir Isaiah Berlin", 12-IV-1965, J. F. Kennedy Library; *vid.* también IB a Bertell Ollman, 3-XII-1962; IB a Aline Berlin, 17-X-1962.

[65] IB a Aline Berlin, 17-X-1962.

[66] IB a Aline Berlin, 17-X-1962; *vid.* también S. M. Alsop, *To Marietta from Paris,* Londres, 1976, para otra versión de la cena Kennedy-Bohlem.

[67] IB a Aline Berlin, 30-X-1962.

[68] IB a Noel Annan, 6-XII-1962.

[69] MI/IV IB y Aline Berlin, 1995-1996; IB a Aline Berlin, 30-X-1962; *vid.* también IB a Maurice Bowra, 27-X-1962. La conferencia de la Casa Blanca se ha reeditado en forma revisada con el título "Artistic Commitment: A Russian Legacy", en **SR**, pp. 194-231.

[70] IB a Robert Oppenheimer, 4-XII-1962.

[71] MI/IV IB, 1989.

16. El liberal acorralado, 1963-1971

[1] **RR**, Lectura 2, pp. 28-30; titulada "Algunas fuentes del Romanticismo" dado que el héroe de la novela de Saul Bellow *Herzog*

(1964) se debate sin éxito con una serie de conferencias sobre el tema "Las raíces del Romanticismo". La publicación de Henry Hardy en 1999 de estas conferencias le devolverán su título original y más resonante.

[2] **RR**, p. 82.

[3] **RR**, pp. 182-187.

[4] MI/IV Philippe Halban, III-1998.

[5] Henry Hardy, "Broadcasts by Isaiah Berlin", Archivo Berlin, Wolfson College, item 33.

[6] IB a R. H. Crossman, 31-I-19.63.

[7] IB a Jean Floud, 5-VII-1968; *vid.* también IB a Jean Floud, sin fecha (agosto, 1967): "...siempre quiero satisfacer a todo el mundo: satisfacer al lobo, dice el proverbio ruso, pero sin que se coma las ovejas: lo cual, yo diría, no puede conseguirse en este mundo...".

[8] **CTH**, p. 191.

[9] **CTH**, pp. 193-194.

[10] **CTH**, pp. 179-180.

[11] **CTH**, p. 121.

[12] MI/IV IB, 1-I-1990; *vid.* también IB a MI, 7-VI-1991: "No considero que los nazis sean, en mi o tu perspectiva, absolutamente inaceptables; algunos de ellos quizá, pero no los nazis como tales, no los idiotas morales, los asesinos patológicos, los torturadores patológicos como algunos de los seguidores de Stalin o Hitler sin duda fueron o se hicieron. Sino que —como tú mismo apuntas— les considero personas atrapadas por emociones que son universales —es decir, el nacionalismo— y llevadas hasta extremos patológicos; y, pese a todo, no inhumanos; alimentados de estupideces empíricas, pero estupideces inteligibles, simplemente falsas y falsas de un modo que indica una profunda incomprensión de la vida en general; pero, con todo, no inhumanas". *Vid.* Michael Ignatieff, "Understanding Fascism", en A. y E. Margalit (eds.), *Isaiah Berlin*, pp. 135-146.

[13] **CTH**, p. 203.

[14] **CTH**, p. 204.

[15] IB "The Pursuit of the Ideal", en **CTH**, p. 17.

[16] MI/IV Larry Siedentop, 1994.

[17] IB a Jean Floud, 16-VIII-1968.

[18] IB a Norman Birnbaum, 5-XII-1959.

[19] IB a Richard Pipes, 13-IX-1967.

[20] MI/IV IB, 1989.

[21] IB a J. V. Stephenson, 21-I-1963.

[22] IB "Georges Sorel", en **AC**, p. 328.

[23] **AC**, p. 330.

[24] Maurice Cranston, "Herbert Marcuse", *Encounter*, 32, marzo de 1969, pp. 38-50.

[25] IB a Jean Floud, 8-III-1969; *vid.* también IB a Gershom Scholem, 18-II-1972.

[26] IB a Bernard Crick, 4-XI-1963: "Porque cuando yo la conocí en 1942, su fanático nacionalismo judío, que ahora se ha convertido en lo contrario, era como yo lo recuerdo excesivo para mí".

[27] IB, "Between Philosophy and the History of Ideas, a conversation with Steven Lukes", Archivo Berlin, Wolfson College, 43: "En una situación tan extrema, ningún acto de las víctimas [mal que le pese a Miss Arendt] puede ser condenado. Sea lo que sea que hagan, debe considerarse plenamente justificado. Es inexpresable arrogancia por parte de los que nunca se han visto en situación tan espantosa el juzgar las decisiones y actos de los que sí han estado. El elogio y la acusación están fuera de lugar; las categorías morales normales no son aplicables. Las cuatro opciones, el martirio heroicoy salvar vidas inocentes a expensas de otros no pueden ser sino aplaudidos".

[28] *Vid.* R. Jahanbegloo, *Conversations with Isaiah Berlin*, pp. 81-85 (trad. esp.: *Isaiah Berlin en conversación con Ramin Jahanbegloo*, Madrid, Anaya & Mario Muchnik, 1995); *vid.* también "IB in Conversation with Ramin Jahanbegloo", Oxford, 7-VII-1997, entrevista inédita, Archivo Berlin, Wolfson College; *vid.* también *Between Friends: The Correspondence of Mary McCarthy and Hannah Arendt, 1949-1975*, Londres, 1995, 4-X-1953, 14; Elizabeth Young-Bruehl, *Hannah Arendt: For Love of the World*, New Haven, 1982, pp. 343-347.

[29] IB a Bernard Williams, 19-II-1969; *vid.* también IB a Gerry Cohen, 10-II-1969.

[30] IB a Maurice Bowra, 2-IV-1969.

[31] IB a Anna Kallin, 1-X-1968.

[32] IB a Jean Floud, 28-III-1969.

[33] IB en Cecil Woolf y John Bagguley (eds.), *Authors Take Sides on Vietnam,* Nueva York, 1967, pp. 20-21.

[34] IB a John Roberts, 21-IV-1970.

[35] IB a McGeorge Bundy, 15-I-1969.

[36] IB a Franco Venturi, 28-XI-1969.

[37] IB a A. Walicki, 26-VI-1970; *vid.* también el artículo de A. Walicki "Commentary to a Selection of Isaiah Berlin's Letters", publicado en polaco en la revista *Res Publica* (¿1995?).

[38] IB a Noel Annan, 13-V-1970: "Me propongo tratar a Turgénev como un hombre que se llevó más patadas de las debidas por seguir una vía entre Escila [Dostoiveski y los caballeros que más le gustaban] y Caribdis [estudiantes barbudos y revolucionarios de Londres y París a los que admiraba y que sentían hacía él privadamente una simpatía razonable]...".

[39] IB, "Fathers and Children: Turgenev and the Liberal Predicament", en **RT**, p. 263.

[40] Adam Smith, *The Theory of Moral Sentiments,* ed. de D. D. Raphael y A. L. Macfie. Oxford, 1976; *vid.* también István Hont y Michael Ignatieff (eds.), *Wealth and Virtue: The Shaping of Political Economy in the Scottish Enlightenment,* Cambridge, 1983.

[41] IB a Jean Floud, 27-VIII-1969: "¡Ojalá no hubiera heredado el carácter timorato y conejil de mi padre! Puedo ser valiente, pero, ¡ay, después de qué lucha terriblemente sobrehumana con la cobardía!".

[42] IB, "Introduction" a Ivan Turgénev, "A Fire at Sea", en *First Love and Other Stories,* p. 243.

17. WOLFSON, 1966-1975

[1] Kenneth Wheare a IB, 6-XI-1965.

[2] *Wolfson College: The Early Years,* Oxford, 1979 (Wolfson College Website edition); MI/IV Michael Brock, 1997.

[3] MI/IV IB, 18-V-1989.

[4] MI/IV Jean Floud, 1995.

[5] MI/IV IB, 1989; *vid.* también IB a John Sparrow, 21-XI-1953.

[6] MI/IV Raymond Hoffenberg, 19-VII-1991, Archivo Berlin, Wolfson College.

[7] IB a K. Wheare, 19-XI-1965; IB a Wheare, 30-XI-1965; Wheare a IB, 6-XI-1965.

[8] Alan Bullock a IB, 1-XII-1965; Herbert Hart a IB, 18-XII-1965; MI/IV William Hayter, 1994; W. Hayter a IB, 1-VII-1966; Marcus Dick a IB, 14-XII-1965.

[9] IB a Maurice Bowra, 3-XII-1965; *vid.* también IB a K. Wheare, 19-XI-1965; MI/IV IB, 1989.

[10] IB a John Sparrow, 14-III-1964; *vid.* también IB a Sparrow, 12-XI-1965; IB a H. G. Nicholas, 13-VII-1965; *vid.* también John Lowe, *The Warden: A Portrait of John Sparrow*, Londres, 1998, pp. 193-212.

[11] IB y Stuart Hampshire, "Reminiscences"; *vid.* también IB a John Sparrow, 17-I-1964 y XII-1965, sin fecha.

[12] Report of the Commission of Inquiry (The Franks Report), 2 vols., Oxford, 1966, i. 49 (párrafo 96); MI/IV Jean Floud, 1994.

[13] IB a Marcus Dick, 22-XII-1965.

[14] IB a Pat Utechin, 6-II-1966.

[15] IB a J. V. Stephenson, 21-I-1963.

[16] Report of Iffley College, 1965, Oxford, 1966; *vid.* también John Dancy, *Walter Oakeshott: A Diversity of Gifts*, Londres, 1995, pp. 258-289.

[17] *Wolfson College: The Early Years*, "The New Buildings", 1.

[18] IB a Joe Alsop, 13-III-1966.

[19] IB a Maurice Bowra, 20-I-1963; en abril de 1966 ya era entusiasta de las virtudes de Bundy. *Vid.* IB a Joe Alsop, 20-IV-1966.

[20] MI/IV IB, 1989; IB/IV Hoffenberg, 1991.

[21] M. Bundy a L. Wolfson, 20-IV-1966.

[22] M. Bundy a IB, 18-II-1966.

[23] MI/IV IB, 1989.

[24] IB/IV Hoffenberg.

[25] MI/IV IB, 18-V-1989.

[26] L. Wolfson a IB, 4-V-1966; sobre la actitud de Crosland, *vid.* también *THES*, 3-I-1997.

[27] IB a Joe Alsop, 20-IV-1966: "Solly fue como el malo de la obra: violentamente hostil al plan, patológicamente contrario a Oxford y Cambridge y no muy partidario de mí".

[28] MI/IV Michael Brock, 1998; Solly Zuckerman, *Monkeys, Men and Missiles*, Londres, 1988.

[29] IB a R. von Hofmannsthal, 16-IV-1966.

[30] IB a Oliver Franks, 9-V-1966.

[31] IB a lord Florey, 19-IV-1966; MI/IV IB, 1989.

[32] MI/IV IB, 18-V-1989; IB/IV Hoffenberg, 1991.

[33] IB a Joe Alsop, 20-IV-1966.

[34] MI/IV IB, 18-V-1989; IB/IV Hoffenberg, 1991.

[35] Report of Iffley College, 1965; Hugh Trevor-Roper a IB, 29-VI-1966; IB a Anthony Crosland, 13-VI-1966; Maurice Bowra a IB, 18-V-1966; IB a H. G. Nicholas, 25-VII-1966.

[36] Agradezco a Polly Friedhoff, de St. Antony's College, esta información, 20-V-1998.

[37] IB a Sylvester Gates, 25-VII-1966; *Wolfson College: The Early Years.*

[38] IB a Philip Johnson, 7-VI-1967; Wolfson College Record, 1992-1993, "From the Archives: The Search for Architects for a New College", 1967, pp. 43-63.

[39] Michael Brock, "Nine Years With Isaiah Berlin", *Oxford Magazine*, Michaelmas 1997, 13.

[40] Wolfson College Record, 1992-1993; IB, "Memorandum of a Visit to Cambridge", 27-II-1967.

[41] Wolfson College Record, 1992-1993, pp. 56-58.

[42] Wolfson College Record, 1992-19993, p. 60.

[43] *Wolfson College: The Early Years.*

[44] IB, "Notes on the Foundation of Wolfson College", *Lycidas* (revista de Wolfson College), 1, 1973, pp. 2-4.

[45] Roger Hausheer, "Some Memories of Early Wolfson", Wolfson College Record, 1991-1992, pp. 36-44.

[46] IV/IB en *THES*, 14-VII-1972.

[47] IB a Leonard Wolfson, 3-V-1971.

[48] MI/IV Michael Brock, XII-1997.

[49] IB a un destinatario desconocido, 13-IX-1966.

[50] MI/IV IB, 1989.

[51] Brock, "Nine Years with Isaiah Berlin", p. 13.

[52] MI/IV Aline Berlin, 1995; MI/IV Michael Brock, 26-VI-1996. También M. Argyle, "Isaiah Berlin and the Creation of Wolfson College", conferencia inédita, Wolfson College, 20-VI-1998.

53 IB a Shirley Anglesey, 6-VI-1971; IB a Noel Annan, 3-VI-1971: "Tengo, tengo realmente, la absoluta convicción de que mis atributos han sido *enormemente* sobrestimados..."; IB a Arthur Calder Marshall, 7-VI-1971.

54 *Vid.* IB, "Notes on the Foundation of Wolfson College", pp. 2-4.

55 MI/IV Michael Brock, 1996.

56 IB a Hamilton Fish Armstrong, 13-VI-1972: "Tiene ya noventa y tres años, ha tenido una especie de derrame cerebral y se encuentra ahora en lo que los médicos, de manera algo frígida, llaman 'etapa preterminal'. En pocas palabras, sólo me reconoce a mí, a Aline, al médico y a una de las enfermeras".

57 MI/IV IB, 1988-1999; IB a John Sparrow, 16-II-1974.

58 IB a Jean Floud, 16-II-1974; IB a Herbert Hart, 15-II-1974.

59 IB a Stuart Hampshire, 23-II-1974; *vid.* también IB a Sheila Sokolov Grant, 19-II-1974.

60 IB a Noel Annan, 21-II-1974: "Pero es por uno mismo por quien nos lamentamos: la incapacidad de ahora para emplear ciertas palabras, alusiones, bromas — algo que nadie puede ya entender — esto es sin duda la soledad — que nadie entienda lo que uno quiere decir — en mi caso un inmenso mundo ruso-judío se ha desplazado — el puente está destruido — es visible pero no es visible...".

61 Martin Gilbert a IB, 13-14-II-1974.

18. Retrospectiva, 1975-1997

1 Discurso de Harold Macmillan en la inauguración de Wolfson College, *Lycidas*, 3, 1974-1975, pp. 9-10.

2 *Vid.* IB, "Introduction" en *Derek Hill: Portraits*, Londres, 1978.

3 IB, "Presidential Address", *Proceedings of the British Academy*, 61, 1975, pp. 78-79.

4 IB, "Presidential Address", p. 77.

5 IB, "Presidential Address", *Proceedings of the British Academy*, 64, 1978, p. 3.

6 IB, "Performances memorable —and not so memorable", *Opera*, 26, 1975, pp. 116-20. Para un ejemplo de su participación en Covent Garden, *vid.* IB a Clive Priestley, 10-VII-1983.

[7] IB a destinatario desconocido, 20-XI-1984.

[8] IB a Jean Floud, 12-VIII-1975.

[9] IB a Richard Pipes, 24-XI-1970.

[10] IB a Morton White, 16-III-1977.

[11] IB a James Billington, 20-XII-1988; Library of Congress *Information Bulletin*, 28-XI-1988, 13-II-1989.

[12] IB a Morton White, 1-X-1986.

[13] IB a Bernard Crick, 1-XI-1979; IB a J. Alsop, 2-II-1981, 3-III-1981.

[14] IB a Joe Alsop, 2-II-1981.

[15] IB a destinatario desconocido, 20-XI-1984.

[16] "Headlines and Footnotes", *British Book News*, enero de 1978, p. 15.

[17] Maurice Bowra a Noel Annan, 1971; *vid.* Noel Annan, "A Man I Loved", en H. Lloyd-Jones (ed.), *Maurice Bowra: A Celebration*, Londres, 1974, p. 53.

[18] *Vid.* IB, *The Roots of Romanticism* (próxima publicación, Londres, 1999), prefacio del editor.

[19] Henry Hardy, "Isaiah Berlin Papers Project: Summary of Progress, Sept. 1991-July 1992", p. 2.

[20] Henry Hardy, "Isaiah Berlin Papers Project: Summary of Progress, November 1990-August 1991", p. 3.

[21] Alan Ryan (ed.), *The Idea of Freedom: Essays in Honour of Isaiah Berlin*, Oxford, 1979; A. y E. Margalit (eds.), *Isaiah Berlin.*

[22] MI/IV IB, 1989.

[23] MI/IV IB, 1989.

[24] IB a Joe Alsop, 18-IV-1988.

[25] IB, "The Pursuit of the Ideal", en **CTH**.

[26] Arnoldo Momigliano, "On the Pioneer Trail", *NYRB*, 11-XI-1976; *vid.* también IB, "Note on Alleged Relativism in Eighteenth Century European Thought", en **CTH**.

[27] **CTH**, pp. 11-12.

[28] **CTH**, pp. 12.

[29] **CTH**, p. 13.

[30] *Vid.* la cita de IB con que comienza el libro de Eric Hobsbawm *The Age of Extremes*, Londres, 1994, prefacio. También MI/IV IB, "The Late Show", BBC2, XI-1997.

[31] *Vid.* Henry Hardy, "Writings about Isaiah Berlin", lista manuscrita inédita, Archivo Berlin, Wolfson College, 24-XI-1994.

[32] *Vid.* James Fitzjames Stephen, *Liberty, Equality, Fraternity* (1873), Indianápolis, 1993, pp. 93 y ss., 118, 169, 172, 174, 180, 206, 225.

[33] Gray, *Berlin*, cap. 6.

[34] *Vid.* Hardy, "Writings about Isaiah Berlin", 24-XI-1994. *Vid.* en especial Claude Galipeau, *Isaiah Berlin's Liberalism*, Oxford, 1994; *vid.* también J. Steinberg, "Post-Enlightenment Philosophy and Liberal Universalism in the Political Thought of Isaiah Berlin and Richard Rorty", tesis doctoral inédita, Universidad de Oxford, 1998.

[35] MI/IV Pat Utechin; también IB a H. R. Hoetink, 15-VI-1983; IB a Beata Polanowska-Sygulska, 17-VII-1997, 24-II-1986.

[36] IB a Mary Bennett, 9-VIII-1974.

[37] Stephen Spender a IB, 14-VII-1993; el poema se publicó también en el *Sunday Telegraph*, 18-VII-1993.

[38] IB a Natasha Spender, 1-VIII-1995.

[39] MI/IV Noel Annan, 1998.

[40] IB a Morton White, 21-V-1991.

[41] Sobre el nacionalismo, *vid.* MI/IV IB, "The Late Show", BBC2, 5-II-1992; IB, "Nationalism: Past Neglect and Present Power", en **AC**, pp. 333-356.

[42] MI/IV Alfred y Reni Brendel, 1998.

19. EPÍLOGO

[1] MI/IV IB, 1-XI-1990, p. 12.

[2] IB, "The Three Strands of My Life", en **PI**, pp. 255-261.

[3] **CTH**, p. 2.

[4] IB a Chimen Abramsky, 5-VII-1978; IB a Walter Eytan, 11-IV-1980: "...prácticamente ningún gentil [a mi parecer] de ningún sitio, y pocos judíos [al menos en este país] pueden ya ofrecer apoyo incondicional a Israel bajo su actual gobierno".

[5] MI/IV Jerry Cohen, 1998.

[6] IB a I. Jakovobits, 27-VII-1996.

[7] MI/IV Peter Oppenheimer, 1998.

[8] MI/IV Claus Moser, 1997.

[9] IB a Fred Worms, 24-II-1992.

[10] IB a Peter Oppenheimer, 13-X-1981.

[11] IB a Fred Worms, 3-XII-1992: "Tengo la convicción de que Abraham creía auténticamente que si era necesario tenía que sacrificar a su hijo, y que ése es precisamente el sentido de la 'prueba': que aquello que manda el Señor ha de hacerse por más que vaya en contra de la moral natural". Agradezco a Leon Wieseltier que me apuntara esta conexión entre el respeto estético de Berlin por la *terribilità* en el arte y su respeto por el carácter de los mandamientos religiosos.

[12] IB a Joe Alsop, 30-IX-1981; MI/IV IB, 1989-1990.

[13] Anna Howard, *Breaking the Taboo,* Londres, 1996, pp. 31-37.

[14] MI/IV Pat Utechin, 1997.

[15] MI/IV IB, 11-X-1989, p. 6; el retrato inconcluso de Berlin hecho por Freud se encuentra ahora en posesión de Aline Berlin.

[16] MI/IV Bernard Williams, 1998; Reni Brendel, 1998.

[17] IB a Anatoly Nayman, 31-X-1997; *vid.* también su *Remembering Anna Akhmatova.*

[18] MI/IV Avishai y Edna Margalit, 1997. El 5-I-1997 Berlin dio su aprobación para que se publicara la declaración "Israel and the Palestinians", fechada el 16-X-1997, que apareció en los periódicos israelíes el 7-XI-1997.

[19] *Vid.* IB/IV con Steven Lukes en el *Sunday Telegraph,* 21-IX-1997; también *Prospect,* X-1997.

[20] Tony Blair a IB, 23-X-1997.

[21] Para una reacción de la derecha, *vid.* Paul Johnson, "A Low Risk Philosopher", *New York Times,* 12-XI-1997; para una reacción de la izquierda, *vid.* Christopher Hitchens, "Farewell to Berlin", *The Nation,* 19-XI-1997.

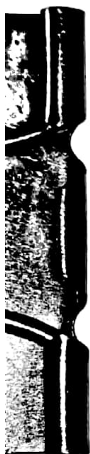
[22] *Daily Telegraph,* 10-XI-1997.

[23] Katharine Graham en la Embajada británica, Washington, 28-I-1998.

[24] Noel Annan, "Adress at Hampstead Synagogue", 14-I-1998.

[25] Bernard Williams, Avishai Margalit y Stuart Hampshire, Sheldonian Theatre, 21-III-1998.

[26] MI/IV IB, BBC, 24-XI-1997.



ÍNDICE DE MATERIAS



ILUSTRACIONES

Este libro
se terminó de imprimir
en los Talleres Gráficos de
Mateu-Cromo, S. A., Pinto, Madrid,
España, en el mes de mayo de 1999







Otros títulos publicados en esta colección:

WILLIAM I. MILLER
Anatomía del asco

NIALL FERGUSON (Dir.)
Historia virtual

SYLVIANE AGACINSKI
Política de sexos

W. G. RUNCIMAN
El animal social

ROBERT DAHL
La democracia. Una guía para los ciudadanos

FRANCISCO SÁNCHEZ-BLANCO
La mentalidad ilustrada

ANTHONY GIDDENS
La tercera vía

RICHARD FORTEY
La vida. Una biografía no autorizada

EMMANUEL TODD
La ilusión económica

INÉS ALBERDI
La nueva familia española

MICHAEL IGNATIEFF
El honor del guerrero

JOSÉ LUIS SANZ
Mitología de los dinosaurios

JOSÉ MARÍA BENEYTO
Tragedia y razón



Michael Ignatieff

Isaiah Berlin
Su vida

Isaiah Berlin nunca quiso escribir su autobiografía —«No me considero un tema de reflexión lo suficientemente importante o interesante»—, dijo en una ocasión. Pero para muchos era justamente lo contrario: no sólo era uno de los principales filósofos liberales de este siglo, sino que su propia vida fue una vívida y apasionante crónica de nuestro tiempo.

A lo largo de su vida, Berlin (1909-1997), formado en tres grandes tradiciones —rusa, judía y británica— fue testigo de las principales corrientes del siglo. Nacido en Riga (Letonia) en 1909, vivió de niño la revolución rusa en San Petersburgo y cuando tenía once años se trasladó a Londres con su familia. Gracias a su gran capacidad de adaptación, obtuvo una beca para estudiar en Oxford, donde se relacionó con los más brillantes pensadores de su generación. Durante la II Guerra Mundial estuvo en el centro neurálgico de la diplomacia angloamericana y formó parte del cuerpo de la embajada británica en Moscú; allí surgió su amistad con Boris Pasternak y Anna Ajmátova. Tras la guerra, y de vuelta en Oxford, Isaiah Berlin puso en marcha su gran obra sobre la historia de las ideas y del pensamiento nonocentista ruso, mientras sus programas de la BBC lo hacían popular en todo el Reino Unido.

Michael Ignatieff ha recogido en este libro la primera biografía autorizada de Berlin, fruto de las conversaciones que mantuvieron durante la última década de su vida. Un trabajo de admirable identificación con su protagonista, donde el lector percibe todo el sentido del humor de Berlin y recupera, como viviéndolos, los recuerdos del maestro. Sus encuentros con Virginia Woolf y Wittgenstein, sus momentos de inspiración y de duda, su talento para gozar de la vida.

Isaiah Berlin: Su vida es una de esas raras biografías en las que la fuerza del personaje está por encima de su propia obra.

ISBN: 84-306-0356-5

